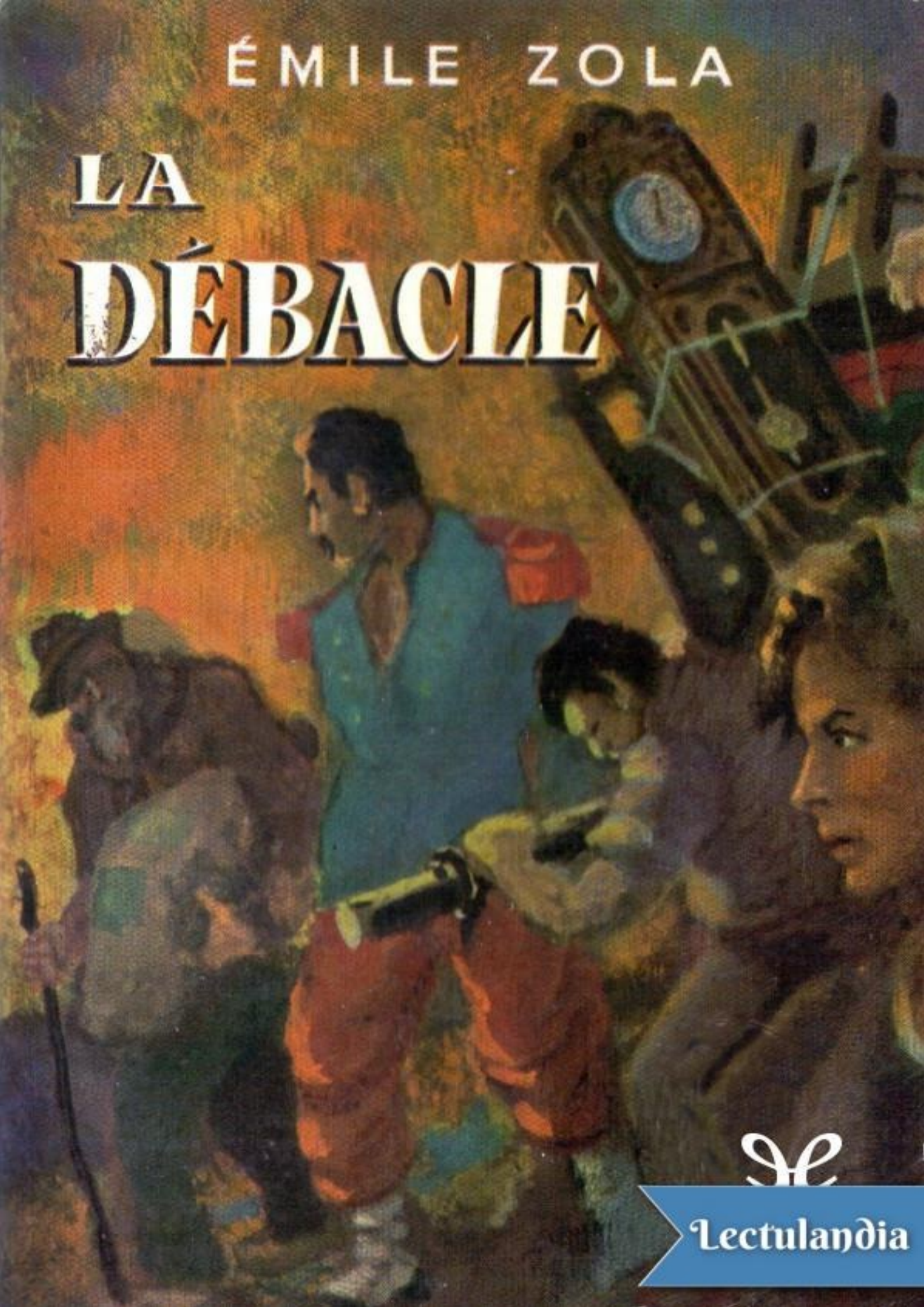


ÉMILE ZOLA

LA
DÉBACLE



Lectulandia

La Débâcle es la penúltima novela de la colección Los Rougon-Macquart. Narra algunos aspectos políticos y militares que llevaron a la caída del régimen del Segundo Imperio encabezado de Napoleón III en 1870, en particular la guerra franco-prusiana, la batalla de Sedan y la Comuna de París.

Lectulandia

Émile Zola

La Débâcle

(El desastre)

Los Rougon-Macquart - 19

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *La Débâcle*

Émile Zola, 1892

Traducción: «El Nervión» de Bilbao

Digitalización original perteneciente a los fondos de la Biblioteca Nacional de España y distribuida bajo licencia CC-BY-NC-SA

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

I

El campamento se había colocado a dos kilómetros de Mulhouse, hacia el Rhin, en medio de una llanura fértil. Al terminar aquel día del mes de agosto, bajo un cielo plomizo que recorrían las nubes, las tiendas de campaña se alineaban por los campos de labranza y los pabellones formados por los fusiles relucían, se espaciaban por el frente de la línea, mientras que los centinelas con los fusiles cargados, vigilaban inmóviles con la vista fija en lontananza, en las nieblas violáceas del lejano horizonte que subían del río.

Se había llegado de Belfort a las cinco. Eran las ocho y los soldados acababan entonces de recoger sus víveres. Pero la leña debía haberse extraviado, pues no se había podido repartir. No había medio de encender fuego y hacer el rancho. Fue preciso contentarse con mascar galleta fría, remojándola con buenos tragos de aguardiente, lográndose así que las piernas, ya endebles, aflojasen más. Sin embargo, dos soldados, detrás de los pabellones, cerca de la cantina, se empeñaban en querer encender unos trozos de leña verde que habían cortado con sus sables y que no querían arder. Una humareda negra y espesa flotaba en el aire de aquella tarde de una tristeza indefinible.

No había allí más que doce mil hombres, todo lo que el general Félix Douay conservaba del séptimo cuerpo de ejército. La primera división, reclamada la víspera, había salido para Frœschwiller; la tercera se encontraba todavía en Lyon, habiéndose decidido a abandonar Belfort con la segunda división, la artillería de reserva y una división de caballería incompleta. Se habían visto fuegos cerca de Lorrach. Un telegrama del subprefecto de Schelestadt decía que los prusianos iban hacia el Rhin por Markolsheim. El general, que se encontraba demasiado aislado a la extrema derecha de los otros cuerpos, sin comunicación con ellos, acababa de precipitar su movimiento hacia la frontera, con tanta más razón cuanto que la víspera se había recibido la noticia de la desastrosa sorpresa de Wissemburgo. A cada momento temía verse obligado a rechazar al enemigo o ser llamado para apoyar al primer cuerpo. Ese día, ese sábado tempestuoso, el 6 de agosto, debían haberse batido en algún sitio, del lado del Frœschwiller, bien se presentía al ver el cielo triste por el cual pasaban grandes ráfagas de viento que destrozaban los nubarrones. La división llevaba dos días de marcha, creyendo encontrar siempre los prusianos en esa caminata desde Belfort a Mulhouse.

El día terminaba; la retreta salió de un rincón lejano del campamento, señalada por el redoble de los tambores y los toques de cornetas cuyos ecos se llevaba el aire. Juan Macquart, que estaba ocupado en el arreglo de su tienda de campaña, se puso de pie. Al primer anuncio de la guerra había abandonado su pueblo, Rognes, con la pesadumbre que le había producido el drama en que acababa de perder a su mujer

Francisca y las tierras que le había llevado en dote; se había reenganchado a los treinta y nueve años, obteniendo inmediatamente los galones de cabo; con esta graduación se incorporó al 106.º regimiento de línea, cuyos cuadros se completaban entonces. A veces le causaba extrañeza verse con el capote, él, que después de la batalla de Solferino, había abandonado el servicio, tan alegre por no tener que arrastrar sable y matar gente. ¿Pero qué iba a hacer? Cuando no se tiene oficio, ni mujer, ni bienes, y cuando el corazón está triste, es mucho mejor ir a estrellarse contra el enemigo. Recordaba su frase, ¡vive Dios! Cuando no se tiene valor para trabajar la tierra, hay que defenderla.

Juan, puesto en pie, lanzó una ojeada hacia el campamento que se conmovía al toque de la retreta. Algunos hombres corrían; otros, adormecidos ya, se levantaban, se desesperaban, desfallecidos, disgustados. Él aguardaba con paciencia la lista, con esa tranquilidad y esa resignación que hacían de él un soldado excelente; sus compañeros decían que si hubiese tenido instrucción, hubiera podido subir mucho; pero él, que solo sabía leer y escribir muy poco, no ambicionaba ni el grado de sargento.

Pero al ver el fuego de leña verde que seguía humeando, interpeló a los dos individuos Loubet y Lapouille, diciéndoles:

—¡Dejad eso! nos estáis envenenando.

Loubet, escuálido, con cara risueña, replicó:

—Ya arde, os lo aseguro... sopla tú.

Y empujaba a Lapouille, un coloso, que intentaba en vano encender el fuego, soplando, con los carrillos inflados, la cara congestionada, los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas.

Otros dos soldados de la escuadra, Chouteau y Pache, el primero echado de espaldas como un holgazán que desea estar a sus anchas, el otro en cuclillas, muy entretenido remendando sus pantalones, soltaron una carcajada al ver la horrible cara de aquel bruto de Lapouille.

—Da la vuelta y sopla por el otro lado y lo harás mejor —gritó Chouteau.

Juan los dejó reír. Acaso no volvería a presentarse a menudo ocasión de reír; él con su aire de buen mozo, con la cara llena y regular, no era melancólico; hacia, como que no veía cuando sus soldados se entretenían.

Pero otro grupo llamó su atención; un soldado de su escuadra, que estaba hablando con un paisano hacía ya algún tiempo; era Mauricio Levasseur, que conversaba con un caballero rubio, de unos treinta y seis años, de cara simpática, que iluminaban dos ojos azules, ojos de miope, por cuya causa se había visto obligado a, renunciar a servir a la patria en el ejército. Un sargento de artillería de la reserva, de aire resuelto, con bigote negro, se había unido al grupo y los tres hablaban como si estuvieran en familia.

Para evitarles algún contratiempo, Juan creyó oportuno intervenir.

—Hará usted bien en marcharse, caballero. La retreta viene y si el teniente le

viera...

Mauricio no le dejó acabar.

—Quédese usted, Weiss.

Y dirigiéndose al cabo díjole secamente:

—Este señor es mi cuñado. Tiene un permiso del coronel, a quien conoce.

¿En qué se entrometía ese aldeanazo cuyas manos olían a estiércol? Él, que había sido recibido abogado durante el otoño último, que había sentado plaza y con el apoyo del coronel había sido incorporado al 106.º de línea sin pasar por los depósitos, se resignaba a llevar el morral, pero desde los primeros momentos sentía repugnancia invencible contra aquel cabo, sin instrucción, a quien tenía que obedecer.

—Bueno va —replicó Juan con voz tranquila—, que los trinquen ¡poco me importa!

Después, volvió la espalda al grupo al notar que Mauricio no le engañaba, pues en aquel momento el coronel señor Vineuil, pasaba por allí, airoso, distinguido, con su larga cara amarilla cortada por espesos bigotes blancos y saludó a Weiss y al soldado, sonriéndose.

El coronel iba muy de prisa a una casería que se veía a la derecha, a unos doscientos o trescientos metros, medio oculta entre ciruelos, donde se había alojado el estado mayor para pasarla noche. No se sabía si el comandante del séptimo cuerpo se encontraba allí con la desesperación del que acaba de perder a su hermano, muerto en Wissemburgo. Pero el general de brigada Bourgain-Desfeuilles, que tenía a sus órdenes al 106.º, estaría allí seguramente, tan vocinglero como de costumbre, con sus piernas cortas que sostenían un cuerpo voluminoso, con su tez sonrosada de *bon vivant*, a quien su poco seso no molestaba mucho.

El movimiento alrededor de la casería iba en aumento; los ordenanzas de caballería salían y volvían a cada momento. Se aguardaban con febril impaciencia los telegramas dando cuenta de aquella batalla que todos presentían fatalmente desde el amanecer. ¿Dónde se había verificado y cuál había sido su resultado? A medida que la noche avanzaba, parecía que sobre la huerta, sobre las ruedas del molino, esparcidas alrededor de la cuadra, la ansiedad se hacía mayor, como si rondara por aquellos contornos sombríos. Decíase que se había detenido un espía y que había sido llevado a la casería para ser interrogado por el general. Tal vez el coronel Vineuil habría recibido algún telegrama y por eso iba tan de prisa hacia el sitio donde se albergaba el estado mayor.

Mauricio había vuelto a hablar con su cuñado Weiss y su primo Honorato Fouchard, el sargento. La retreta que venía de lejos, se dejó oír más próxima, pasó cerca de ellos, tocando y redoblando en la paz melancólica del crepúsculo y parecía que no la habían oído. Nieto de un héroe del gran ejército de Napoleón I, el joven había nacido en el Chêne Populeux, de un padre alejado del camino de la gloria, reducido al modesto empleo de recaudador de contribuciones. Su madre, una aldeana, había muerto al darlos a luz a él y a su hermana gemela Enriqueta, la cual le había

educado, y si se encontraba allí como voluntario, era a consecuencia de graves faltas, de una vida de crápula, de su temperamento débil y exaltado, por el dinero que había derrochado en el juego, con las faldas, en las necedades de ese París devorador, a donde llegó para terminar el derecho, a expensas de la familia que se había impuesto grandes sacrificios para hacer de él un hombre, un caballero. El padre había muerto de disgustos; la hermana, después de haberse despojado de todo cuanto poseía, había tenido la buena suerte de encontrar un marido, ese honrado Weiss, un alsaciano de Mulhouse, empleado durante mucho tiempo en la refinería del Chêne Populeux, hoy contraamaestre en casa del señor Delaherche, uno de los principales fabricantes de paños de Sedan. Mauricio creía haberse enmendado, con su carácter nervioso pronto a confiar en el bien, como propenso a los descorazonamientos del mal, generoso, entusiasta, pero sin fijeza alguna, sometido a todos los vaivenes del viento que pasa. Rubio, pequeño, con la frente muy desarrollada, nariz y barba delgada, la cara fina, tenía ojos grises, acariciadores, locuaces algunas veces.

Weiss había llegado a Mulhouse en vísperas de las primeras hostilidades, con el deseo de arreglar asuntos de familia y si se había aprovechado para ver a su cuñado de su buena amistad con el coronel Vineuil, es porque este último era tío de la señora Delaherche, una linda viudita con la que se había casado un año antes el fabricante de paños y a quien Mauricio y Enriqueta habían conocido cuando era aún muy niña.

—Abrace usted a Enriqueta por mí —decía el joven, a su cuñado al separarse, pues adoraba a su hermana—. Dígala que puede estar contenta y que al fin quiero que se enorgullezca de mí.

Los ojos se le llenaban de lágrimas al recordar sus locuras. Su cuñado, conmovido, abrevió la despedida, y dirigiéndose al artillero Honorato Fouchard, le dijo:

—Cuando pase por Remilly, iré a decir al señor Fouchard que le he visto.

—¡Bueno! —replicó tranquilamente Honorato—; a mi padre le importará muy poco, pero vaya usted.

En aquel momento se produjo algún movimiento delante de la casería; vieron salir de allí libre, conducido por un oficial, al hombre que habían detenido por sospechas de que fuera un espía. Es probable que hubiese podido demostrar su inocencia, porque se le expulsaba solo del campamento. Desde tan lejos y en la penumbra del día se le distinguía apenas, enorme, cuadrado, con una cabeza rojiza.

Sin embargo, Mauricio lanzó un grito.

—Mira, Honorato... cualquiera diría que es el prusiano Goliath.

Este nombre hizo saltar al artillero. Miró con sus ojos ardientes. Goliath Steinberg, el carnicero, el que le había hecho reñir con su padre, que le había robado el cariño de Silvina, toda la historia triste que tanto le había hecho padecer, volvía a su memoria. Quería correr, estrangularlo, pero Goliath estaba ya lejos, más allá de los pabellones de armas y su cuerpo se desvanecía entre las sombras de la noche.

—¡Ah! Goliath —murmuró—, no es posible. Está allí con los otros... Si alguna

vez le encuentro... —y de un gesto amenazador señaló el horizonte oscuro, todo aquel oriente violáceo que para él era Prusia. Hubo un momento de silencio y se oyó de nuevo la retreta, pero muy lejana, que se perdía al otro extremo del campamento.

—¡Caramba! —dijo Honorato—, me van a pescar, si no llego a la lista... ¡Buenas noches!

Y después de dar un apretón de manos a Weiss, se marchó hacia el montículo, donde se encontraba la reserva de la artillería, sin volver a hablar de su padre, ni de Silvina, cuyo nombre le quemaba los labios.

Pasaron algunos minutos y hacia la izquierda volvieron a sonar las cornetas, donde estaba la segunda brigada. Más cerca se oyó otro toque. Después un tercero muy lejos. Todos fueron sonando hasta que Gaude, el corneta de la compañía, tocó a su vez lanzando a todo vuelo notas agudas. Era un muchacho alto y flaco, sin pizca de barba, siempre callado, pero que tocaba su corneta con tanta fuerza como si soplara una tormenta.

Entonces el sargento Sapin, un hombrecillo enteco y de mirada yaga, comenzó a pasar lista. Su voz delgada lanzaba los nombres, mientras que los soldados que se habían acercado contestaban en todos los tonos, desde el de violoncello hasta el de la flauta. Pero hubo una pausa.

—¡Lapouille! —repitió el sargento muy alto.

Nadie contestó y fue preciso que Juan echase a correr hacia el montón de leña que Lapouille, excitado por sus compañeros, se empeñaba en hacer arder. Ahora, tocando con el vientre la tierra, soplabla al montón de leña, del que salía una humareda espesa.

—¡Pero demonio!, ¡suelta eso! —dijo Juan y contesta a la lista.

Lapouille, atontado, se levantó, pareció comprender y aulló: ¡presente! con una voz tan salvaje, que Loubet cayó de espaldas muerto de risa. Pache, que había acabado de remendar sus pantalones, contestó con voz apenas inteligible, como si murmurase algún rezo; Chouteau, desdeñosamente, sin levantarse, lanzó la palabra y volvió a estirarse más.

El teniente Rochas, de servicio aquella noche, aguardaba a alguna distancia. Cuando terminó de pasar la lista, el sargento Sapin fue a darle el parte: «Sin novedad»; pero el teniente refunfuñó y señalando con la cabeza a Weiss, que seguía hablando con Mauricio, dijo:

—¡Pues todavía hay uno de sobra!, ¿qué hace aquí ese individuo?

—Tiene permiso del coronel, mi teniente —creyó deber replicar Juan.

Rochas alzó furiosamente los hombros y sin decir palabra echó a andar a lo largo de las tiendas de campaña, hasta que apagaron los fuegos; mientras que Juan, cansado por aquella terrible marcha, se sentaba a algunos pasos de Mauricio, cuyas palabras llegaban a sus oídos, sin escucharlas, preocupado él mismo como lo estaba, con reflexiones oscuras, apenas formuladas en el fondo de su espeso y lento cerebro.

Mauricio quería la guerra, la creía inevitable y aun necesaria para la existencia de los pueblos. Esto se imponía a su imaginación desde que las ideas evolutivas se

habían apoderado de su cerebro, como se había apasionado toda aquella juventud ilustrada de la teoría de la evolución.

¡Pues qué!, ¿no es la vida una guerra de cada segundo? La condición de la naturaleza humana, ¿no es un combate continuo? La victoria del más digno, la fuerza sostenida y renovada por la acción, la vida renaciendo siempre, siempre joven, de la muerte. Recordaba el gran arranque que había tenido, cuando para expiar sus faltas había querido sentar plaza, ser soldado, ir a batirse a la frontera. Él mismo había dicho ocho días antes que aquella guerra era culpable e imbécil. Tal vez la Francia del plebiscito, al entregarse al emperador, no quería la guerra. Se discutía acerca de aquella candidatura de un príncipe alemán al trono de España; con la confusión que poco a poco se había ido apoderando de los espíritus, parecía que nadie tenía razón; tanto, que no se sabía de dónde había salido la provocación, y solo quedaba en pie lo inevitable, la ley fatal, que a la hora señalada lanzaba a un pueblo contra otro. Pero un escalofrío había recorrido todo París; recordaba la noche tumultuosa, los boulevares atestados de gentes entusiasmadas que recorrían en grupos con antorchas encendidas gritando: ¡A Berlín!, ¡a Berlín! Delante del ayuntamiento, aún veía subida sobre el pescante de un coche a una hermosa mujer, con el perfil de reina, envuelta en los pliegues de una bandera, cantando la *Marsellesa*. ¿Era acaso embustero y no había latido el corazón de París? Y luego, como ocurría siempre, después de aquella excitación nerviosa, venían los momentos de duda horrible y de disgusto; su llegada al cuartel, el sargento que le había recibido, el cabo que le había hecho vestir, el dormitorio apestado de mugre, la sociedad grosera con sus nuevos compañeros, el ejercicio mecánico que le aniquilaba los miembros y le abrumaba el cerebro. En menos de una semana se acostumbró a aquella vida que ya no le repugnaba y volvió a entusiasmarse cuando el regimiento emprendió la marcha hacia Belfort.

Desde los primeros días Mauricio había creído en la seguridad de la victoria. A su modo de ver, el plan del emperador era muy claro; echar cuatrocientos mil hombres sobre el Rhin, pasar el río antes que los prusianos estuviesen preparados, separar la Alemania del Norte de la del Sur y, gracias a algún éxito brillante, obligar a Austria e Italia a unirse a Francia. ¿No había circulado el rumor de que el séptimo cuerpo de ejército, del que formaba parte su regimiento, debía embarcarse en Brest para desembarcar en Dinamarca y operar de tal modo, que Prusia se verla obligada a inmovilizar uno de sus ejércitos? Iba a ser sorprendida, aplastada en todas partes, destrozada por completo y destrozada en algunas semanas. Todo se reducía a un paseo militar desde Straburgo a Berlín. Pero desde que se detuvo en Belfort, la inquietud le atormentaba. El séptimo cuerpo de ejército, encargado de vigilar el boquete de la Selva Negra, había llegado en una confusión lamentable, faltándole todo, incompleto. Se aguardaba de Italia la tercera división; la segunda brigada de caballería estaba en Lyon por temor a que estallara un movimiento popular, y tres baterías se habían extraviado, sin saber por donde. Además había una penuria extraordinaria; los almacenes de Belfort, que debían proveer de todo al ejército

estaban vacíos: ni fajas de franela, ni cantinas médicas, ni forjas, ni cabezales para los caballos. Ni un sanitario, ni un obrero de administración militar. A última hora se acababa de notar que faltaban 30,000 piezas de recambio para el servicio de los fusiles y había sido preciso enviar a París un oficial que trajo unas 5,000, arrancadas no sin trabajo. Por otra parte, lo que le angustiaba era la inacción. Hacia dos semanas que se encontraban allí. ¿Por qué no iban adelante? Comprendía muy bien que cada día de retraso era una falta irreparable, la pérdida de una victoria, y ante el plan soñado se presentaba la realidad de la ejecución, lo que debía saber más tarde y ahora ignoraba; los siete cuerpos de ejército escalonados, diseminados a lo largo de la frontera desde Metz a Bitche y de Bitche a Belfort; los cuadros incompletos; los cuatrocientos treinta mil hombres reducidos a doscientos treinta mil; los generales envidiándose y decididos a ganarse cada uno el grado de capitán general, sin ayudar a los vecinos: la más espantosa imprevisión, la movilización y la concentración hechas de golpe y porrazo para ganar tiempo y que terminaban en un laberinto inexplicable; la parálisis lenta, que procedía de arriba, del emperador enfermo, incapaz de adoptar una solución rápida, y que iba a apoderarse de todo el ejército, desorganizarle, aniquilarle, lanzarle a los mayores desastres, sin que pudiera defenderse. Y sin embargo, en medio de aquel malestar sordo del que aguarda, con el escalofrío instintivo de lo que iba a suceder, la certidumbre de la victoria quedaba siempre.

Bruscamente, el 3 de agosto, habíase extendido la noticia de la victoria de Sarrebruk, ganada la víspera.

Gran victoria, aunque no se sabía a punto fijo. Pero los periódicos se desbordaban de entusiasmo; era la Alemania invadida, el primer paso de la gloriosa marcha, y el príncipe imperial, que había recogido una bala con mucha sangre fría, en el campo de batalla, empezaba su leyenda. Luego, dos días después, cuando se supo la sorpresa y la derrota de Wissemburgo, un grito de rabia se había escapado de todos los pechos. Cinco mil hombres cogidos en una emboscada, que habían resistido durante diez horas a treinta y cinco mil prusianos, ¡eso pedía venganza! Los jefes tenían la culpa de todo aquello, se habían dejado sorprender, no habían previsto nada. Pero todo el daño iba a repararse. MacMahon había llamado a la primera división del séptimo cuerpo de ejército; el primer cuerpo se vería apoyado por el quinto, los prusianos debían haber vuelto a pasar el Rhin, empujados por las bayonetas de nuestros soldados, y la idea de que se habían batido furiosamente en aquel día, la esperanza de recibir noticias, toda la ansiedad generalizada, se ensanchaba a cada minuto bajo el inmenso cielo que palidecía.

Era lo que Mauricio repetía a Weiss: «¡Ah! con seguridad les han dado hoy una paliza a los prusianos».

Sin contestar, Weiss movió la cabeza. Él también miraba hacia el Rhin, hacia aquel oriente, donde la noche había caído, como una muralla negra, sombreada por el misterio. Desde los últimos toques de corneta, un gran silencio se había apoderado del campamento, interrumpido apenas por los pasos de algunos soldados retrasados.

Una luz acababa de encenderse, una estrella centelleante, en la sala de la casería donde velaba el estado mayor, aguardando los despachos que llegaban de hora en hora, algo oscuros todavía. Y el fuego de leña verde, abandonado ya, humeaba siempre, con humareda espesa, triste, que un viento ligero empujaba por encima de aquella casería, obscureciendo en el cielo las primeras estrellas.

—Una paliza —acabó por repetir Weiss—. ¡Dios le oiga!

Juan que continuaba sentado a algunos pasos de distancia, prestó atención; mientras que el teniente Rochas, que había oído las últimas palabras de Weiss, se paró para escuchar.

—¡Pues qué! —dijo Mauricio— ¿no tiene usted plena confianza?, ¿cree usted en la posibilidad de nuestra derrota?

Su cuñado le detuvo y todo tembloroso añadió:

—¡Una derrota! ¡Dios no lo quiera!... Sabe usted que he nacido en este país, que mis abuelos fueron asesinados por los cosacos en 1814, y cuando pienso en la invasión, recuerdo aquellos tiempos y me siento capaz de agarrar un fusil y hacer fuego como un soldado. ¡Una derrota!, ¡no, no quiero creer en ella!

Se calmó y ya más sereno, apesadumbrado, añadió:

—Pero qué quiere usted, no estoy tranquilo... Yo conozco muy bien mi Alsacia; acabo de recorrerla para mis negocios y hemos visto nosotros lo que saltaba a la vista y lo que los generales no han querido ver. ¡Ah! la guerra con Prusia la deseábamos, la esperábamos desde hace mucho tiempo para saldar nuestras cuentas. Pero esto no nos impedía sostener buenas relaciones con nuestros vecinos de Baden y de Baviera; tenemos todos parientes o amigos al otro lado del Rin. Creíamos que, como nosotros, ellos también deseaban hacer bajar la cabeza a los orgullosos prusianos... y nosotros, tan prudentes, tan resueltos, estamos hace quince días llenos de zozobra, al ver que todo marcha de mal en peor. Desde que se ha declarado la guerra, se ha dejado a los hulanos aterrorizar las aldeas, reconocer el terreno, cortar los hilos telegráficos. Baden y Baviera se levantan en armas. En este momento críticos grandes masas de hombres recorren el Palatinado, las noticias que nos llegan de todas partes, de los mercados, de las ferias, nos demuestran que la frontera está amenazada y cuando los habitantes, los alcaldes, asustados al cabo, van a contar lo que ocurre a los oficiales que pasan, estos se encogen de hombros; visiones de gente asustadiza, el enemigo está aún muy lejos... Cuando no hubiera debido perderse una hora, pasan días y días sin hacer nada ¡qué!, ¿aguardamos a que Alemania entera se nos eche encima?

Hablaba en voz baja, desesperanzado, como si hablara para sí mismo, cosas que tenía pensadas hace mucho tiempo.

—¡Ah! Alemania; la conozco muy bien; y lo malo, lo horrible es que vosotros parecéis ignorarla como si fuera la China... ¿Se acuerda usted, Mauricio, de mi Gunther, ese muchacho que vico a verme durante la primavera a Sedan? Es primo mío, por parte de mi madre, la suya es hermana de la mía, se casó en Berlín. Y él, ya

se conoce que es prusiano, odia a Francia de todo corazón. Hoy sirve con el grado de capitán en la guardia prusiana. Cuando se marchó fui a despedirle, y recuerdo aún sus últimas palabras: «Si Francia nos declara la guerra, la derrotaremos».

En aquel momento, el teniente Rochas, que se había callado hasta entonces, se adelantó enfurecido. Tenía unos cincuenta años, y era un hombre alto, flacucho, con una cara larga, hundida, curtida, ahumada. Su enorme nariz encorvada, caía sobre una boca grande, que cubrían unos bigotazos grises. Se encolerizaba, y con voz de trueno, dijo:

—¿Pero que demonios hace usted aquí? ¿Para qué viene usted a desanimar a nuestros soldados?

Juan, sin tomar parte en la discusión, comprendió que el teniente tenía razón. Él, a pesar de que comenzaba a extrañarse de los retrasos y del desorden, jamás había dudado de que los prusianos iban a ganarse una soberana paliza. Debía suceder así, puesto que habían venido para eso.

—Pero, mi teniente, contestó Weiss un tanto desconcertado, no quiero desanimar a nadie, muy al contrario, quisiera que todo el mundo supiese lo que yo sé, porque lo mejor es saber, conocer, para poder evitar... Y mire usted, esa Alemania...

Continuó hablando, razonando, explicando sus temores; Prusia, aumentada después de Sadowa, el movimiento nacional que la colocaba a la cabeza de los demás Estados alemanes, todo aquel vasto imperio en embrión, rejuvenecido, entusiasmado, deseando conquistar su unidad; el sistema del servicio militar obligatorio, que ponía en pie de guerra la nación entera, instruida, disciplinada, provista de armamento potente, acostumbrada a la gran guerra, con los laureles frescos de la victoria rápida sobre el Austria: la inteligencia, la fuerza moral de aquel ejército, mandado por jefes jóvenes, obedeciendo a un generalísimo, que parecía renovar el arte de la guerra, con una prudencia y una previsión tan perfectas, dotado de un golpe de vista maravilloso. Y enfrente de aquella Alemania, Weiss se atrevió a colocar a Francia, el imperio envejecido, aclamando aun en el plebiscito, pero podrido en su base, que había debilitado la idea de la patria destruyendo la libertad, que se había hecho liberal demasiado tarde, lo que contribuirá a su ruina, próximo a derrumbarse, cuando no pudiese satisfacer los apetitos que había desencadenado; el ejército, sin duda alguna, era un ejército valiente, admirable, cargado aún con los laureles conquistados en Crimea y en Italia, pero echado a perder con la sustitución por medio del dinero, que continuaba con sus rutinarias prácticas de la guerra de África, demasiado confiado en el éxito de la victoria para intentar el gran esfuerzo de la ciencia moderna: los generales, por último, medianos, envidiándose, algunos de una ignorancia supina, y a la cabeza, el emperador, enfermo, dudando, engañado y engañándose en la terrible aventura que comenzaba, donde todos se lanzaban a ciegas, sin preparación seria, en medio del atolondramiento de la desbandada de un rebaño llevado al matadero.

Rochas, aturdido, con los ojos desmesuradamente abiertos, escuchaba. Su enorme nariz se había arrugado. De pronto se echó a reír a carcajadas hasta desencajarse las

mandíbulas.

—¿Qué nos cuenta usted?, ¿qué quiere usted decir?

Esas son tonterías sin sentido común, no hay necesidad de romperse la cabeza para comprenderlas. ¡Vaya usted a contar eso a unos quintos, pero no a mí que llevo veintisiete años de servicio!

Se daba puñetazos en el pecho. Hijo de un albañil de Lemosín, nacido en París, repugnábale el oficio de su padre y se enganchó a los diez y ocho años. Soldado afortunado, cabo en África, sargento en Sebastopol, teniente en Solferino, había empleado quince años de vida ruda y de heroicos esfuerzos para conquistar el grado, pero tan falto de instrucción que nunca podía llegar a ser capitán.

—Pero señor mío, usted que lo sabe todo, no sabe esto... Si en Mazagan tenía yo diez y nueve años y éramos ciento veintitrés hombres, ni uno más, y hubimos de sostenernos durante cuatro días contra doce mil árabes... Si durante muchos años, allá en África, en Mascara, en Biskra, en Dellys, más tarde en la gran Kábila, después en Langhonat, si hubiese usted estado con nosotros, hubiera visto a todos aquellos bandidos correr como liebres en cuanto asomábamos. ¡Y en Sebastopol! aquello fue durito. Tempestades que erizaban los pelos, un frío de lobo, siempre alertas y después aquellos salvajes que hicieron volar todo, lo que no nos impidió hacerlos saltar y con música, en la gran sartén. ¡Y en Solferino!, ¡no estaba usted allí!, ¿entonces, por qué habla usted? En Solferino, donde hizo tanto calor y eso que cayó allí más agua de la que usted puede ver en toda su vida. En Solferino, la gran paliza a los austriacos; había que verlos delante de nuestras bayonetas, correr, empujarse para correr más, como alma que lleva el diablo.

Estallaba de gusto. Toda la alegría militar francesa rebosaba en aquella risa francota. Era la leyenda del soldado francés recorriendo el mundo con su mujer y su botella; la conquista de la tierra hecha cantando. Un cabo y cuatro soldados y ejércitos inmensos caían a tierra.

De repente gruñó:

—Derrotada, Francia derrotada... Esos canallas de prusianos van a pegarnos ¡a nosotros!, ¡a nosotros!

Se acercó, cogió a Weiss por la solapa:

—Escuche usted, caballero. Si los prusianos se atreven a venir, los echaremos de aquí a puntapiés; a puntapiés, lo oye usted bien, a puntapiés hasta Berlín.

Weiss, atontado, casi convencido, se apresuró a declarar que era ego lo que deseaba, y Mauricio, que estaba callado, no atreviéndose a interrumpir a su superior, acabó por echarse a reír, y Juan, con movimientos de cabeza, había ido aprobando todas las declaraciones del teniente. Él también había estado en Solferino, donde había llovido tanto, y lo que había dicho el teniente era la pura verdad. Si todos los jefes hubiesen hablado así, poco hubiera importado que faltasen víveres en algunas ocasiones.

Ya era completamente de noche y Rochas continuaba agitando sus largos brazos

mientras hablaba entusiasmado. Solo había leído, por casualidad, un libro en el que cantaban los hechos gloriosos de Napoleón I, y no podía tranquilizarse, lanzando al aire, impetuosamente, toda su ciencia militar.

¡El Austria derrotada en Castiglione, en Marengo, en Austerlitz, en Wagan!
¡Prusia derrotada en Eylau, en Jena, en Lutzen! ¡Rusia derrotada en Friedland, en Smolensk, en Moscowa! ¡Derrotadas todas las naciones, en todas partes, y hoy nos iban a derrotar! ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Había cambiado el mundo, acaso?

Se creció aún más, y levantando su brazo como si fuera un asta de bandera, continuó:

—Mire usted, hoy se han batido allá, se aguardan noticias de un momento a otro. Pues bien, las noticias voy a dárselas a usted yo mismo. Han pegado a los prusianos una paliza soberana, tan soberana que no han quedado rastros de ellos.

Bajo el cielo sombrío vibró entonces un gemido doloroso. ¿Era la queja de un ave nocturna, o una voz misteriosa, llegada de lejos y preñada de lágrimas? Todo el campamento envuelto en tinieblas sintió un tremendo escalofrío, y la ansiedad aumentada por la falta de noticias, creció de modo indecible. A lo lejos, en la casería, alumbrando la velada del estado mayor, la bujía brillaba y ardía más alta, con una llama recta e inmóvil como la de un cirio.

Dieron las diez; Gaude surgió del suelo, negro como un fantasma y tocó a silencio. Los otros cornetas repitieron el toque, que fue apagándose lentamente y perdiéndose en la inmensidad de la noche. Weiss, que se había retrasado mucho, abrazó a Mauricio, dándole ánimos y prometiéndole dar noticias suyas a Enriqueta y al tío Fouchard. Entonces, cuando se marchaba, un rumor recorrió el campamento, agitándole. Era la noticia de una gran victoria que el mariscal MacMahon acababa de ganar; el príncipe real de Prusia hecho prisionero con 25,000 hombres; el ejército enemigo destruido, rechazado, dejando en nuestro poder cañones e impedimenta.

—¡No podía ser otra cosa! —gritó Rochas con voz de trueno.

Y después, siguiendo a Weiss que se retiraba, añadió:

—¡A patadas, caballeros, a patadas los llevaremos a Berlín!

Un cuarto de hora más tarde, otro telegrama decía que el ejército había tenido que abandonar a Woorth y se batía en retirada. ¡Qué noche! Rochas, rendido de sueño, acababa de envolverse en una manta y dormía sobre el suelo, como le ocurría a menudo. Mauricio y Juan se habían metido en la tienda de campaña, en la que ya se encontraban Loubet, Chouteau, Pache y Lapouille; cabían seis hombres en cada una apretándose un poco. Loubet había animado a sus compañeros, diciéndoles que al día siguiente habría pollo para el rancho, pero todos estaban tan cansados que muy pronto se durmieron. Un momento después Juan estuvo acostado, apretado contra Mauricio, sin moverse; a pesar del cansancio, tardaba en cogerle el sueño, preocupado con todo lo que había dicho Weiss de Alemania; comprendió que su compañero tampoco dormía, preocupado lo mismo que él. Después Mauricio hizo un movimiento y Juan comprendió que le molestaba. Entre el aldeano y el señorito, la

enemistad, la repugnancia aumentaban y producían algo así como un malestar físico. Juan lo comprendía y esto le daba vergüenza, trataba de empequeñecerse para verse libre de aquel desprecio hostil que adivinaba. La noche había refrescado, pero dentro de la tienda se ahogaban tanto, que Mauricio dio un salto y fue a acostarse fuera. Juan, impresionado, durmió muy mal, preocupado y con el presentimiento de que había ocurrido alguna gran desgracia, allá a lo lejos.

Debieron de pasar muchas horas; todo el campamento, inmóvil, parecía aniquilarse bajo la opresión de la noche inmensa donde flotaba aún algo horrible, sin hombre. Del lago de sombras venían sobresaltos. Ahora eran ruidos que no se explicaban, el galope de un caballo, el chocar de un sable, la huida de algún hombre, todos los ordinarios rumores, que parecían más amenazadores. Pero de repente, cerca de las cantinas, apareció un gran resplandor, iluminándose todo el frente de las banderas, se distinguieron los pabellones de armas, correctos, claros, donde brillaban reflejos rojos parecidos a chorros de sangre fresca y los centinelas sombríos destacaron sus siluetas en aquel repentino incendio. ¿Era el enemigo anunciado por los jefes ya ya dos días y que habían ido a buscar de Belfort a Mulhouse? Luego hubo una explosión de chispas y la llamarada se apagó. Era el montón de leña verde que tanto había hecho soplar a Lapouille, que después de haberse consumido durante muchas horas, había ardido para apagarse.

Juan, asustado por aquella claridad, salió a su vez de la tienda y estuvo a punto de tropezar con Mauricio. Ya habían desaparecido los reflejos y los dos hombres quedaron tendidos en tierra a algunos pasos de distancia. No tenían enfrente de ellos, en la noche oscura, más que la ventana donde velaba el Estado Mayor. ¿Qué hora era? Las dos, tal vez las tres. Allí, el Estado Mayor no se había acostado. Se oía la voz chillona del general Bourgain Desfeuilles, molesto por aquella noche de vela, que procuraba pasar bebiendo sendos tragos, fumando y charlando. Llegaban nuevos telegramas, las cosas debían ir de mal en peor, las sombras de las estafetas galopaban alocadas, casi invisibles. Hubo ruido de pasos, juramentos, como un grito ahogado de muerte, seguido de un horrible silencio. Pues qué ¿era aquello el acabose? Un soplo helado había pasado sobre el campamento, aniquilado por el sueño y el cansancio.

Entonces fue cuando Juan y Mauricio reconocieron al coronel Vineuil, que pasaba rápidamente. Debía hallarse con el comandante Bouroche, un hombre grueso con cabeza de león. Los dos cambiaban sus impresiones con palabras incompletas; murmuradas, como las que se oyen en sueños.

Viene de Basilea... nuestra primera división ha quedado destruida, doce horas de combate, todo el ejército está en retirada.

La sombra del coronel se paró, llamó a otra sombra que marchaba ligera, fina y correcta.

—¿Es usted, Beaudoin?

—Sí, mi coronel.

—¡Ah! mi buen amigo. MacMahon derrotado, en Fröeschwiller, Frossard

derrotado en Spickeren, Faily sin poderse mover, inútil entre los dos... En Frœschwiller, un solo cuerpo contra todo un ejército; se han hecho prodigios, pero todo inútil, la derrota, el pánico, Francia abierta al enemigo.

Las lágrimas le ahogaban, las palabras se perdieron y las tres sombras desaparecieron.

Mauricio, sobresaltado, se puso de pie.

—¡Dios mío! —murmuró.

Y no supo decir más, mientras que Juan murmuraba:

—¡Qué suerte más desgraciada!... Ese señor, su pariente de usted, estaba en lo cierto, cuando decía que eran mucho más que nosotros.

Mauricio tenía ganas de estrangularle. Los prusianos más fuertes que los franceses, eso era precisamente lo que le dolía.

—No importa —añadió Juan—, aunque nos han dado una paliza, se la devolveremos.

Pero vieron delante de ellos un cuerpo largo, inmóvil. Reconocieron al teniente Rochas envuelto en su manta, y a quien habían despertado los ruidos errantes. La noticia de la derrota le había despertado. Preguntó, quería conocer el desastre en todos sus detalles.

Cuando comprendió la magnitud del daño, un estupor inmenso se pintó en sus ojos de niño:

—¡Derrotados! ¡Completamente derrotados!, ¿cómo?, ¿por qué?

Aquel desastre era el que llenaba de angustia los corazones en aquella fúnebre noche. Ahora, en el Oriente, el día comenzaba a blanquear, un día triste, de una tristeza infinita; sobre las tiendas adormecidas, en una de las cuales se comenzaba a distinguir las caras de Loubet, de Lapoulle, de Chouteau y de Pache, que seguían roncando con la boca abierta. Una aurora de duelo se levantaba entre las nieblas de color de humo, que subían lentamente del lejano río.

II

A las ocho, el sol rasgó las pesadas nubes y un ardiente y espléndido domingo resplandeció sobre Mulhouse, en medio de la vasta y fértil llanura. Desde el campamento, despierto, rebosando vida, se oían las campanas de todas las parroquias, cuyos sonidos llegaban claros y distintos. Aquel hermoso domingo, de horrible catástrofe, tenía su alegría, su cielo brillante de los días de fiesta.

Gaude tocó a provisiones y Loubet estaba asombrado. ¿Qué ocurría? ¿Era acaso el pollo que había prometido la víspera a Lapoulle? Nacido en el barrio de los mercados, en la calle de la Cossonnerie, hijo del acaso, enganchado en el ejército, por los cuartos, como decía él, después de haber probado toda clase de oficios, era el cocinero de la escuadra, siempre alerta para recoger lo que cayese a mano. Se fue a buscar algo, mientras que Chouteau, el artista, el pintor de puertas y ventanas de Montmartre, buen mozo y revolucionario, renegando de su suerte por haber sido llamado al ejército después de haber cumplido, se burlaba de Pache, a quien había sorprendido rezando de rodillas detrás de la tienda de campaña. «Hombre —le decía—. ¿Por qué no pides al cielo que te envíe una renta de cien mil pesetas?». Pero Pache, recién llegado de una aldea de la Picardía, flacucho, enjuto, de cabeza puntiaguda, dejaba que se burlasen de él con la resignación muda de los mártires. Era el que sufría todos los golpes de la escuadra, en compañía de Lapoulle el coloso, el bruto nacido en las charcas de la Sologne, tan ignorante, que el día que llegó al regimiento quiso ver al rey. A pesar de que la noticia del desastre de Frœschwiller circulaba desde el amanecer, los cuatros hombres se reían y hacían sus habituales faenas con la indiferencia de una máquina.

Pero en aquel momento recibieron una alegre sorpresa. Era Juan, el cabo, el cual, acompañado de Mauricio, volvía de las provisiones con una carga de leña. Por fin, se distribuyó la leña, que las tropas habían aguardado inútilmente la víspera para hacer el rancho. ¡Doce horas de retraso!

—¡Bien por la administración militar! —dijo Chouteau.

—Poco importa; ya la tenemos. Ahora veréis qué rancho voy a hacer. ¡Os vais a chupar los dedos!

Tenía por costumbre hacer el rancho y se lo agradecían, porque guisaba muy bien, pero cuando entraba en faenas, mareaba a Lapoulle dándole órdenes.

—Ve a buscar el champagne. Tráeme las trufas.

Aquella mañana tuvo una idea feliz, de pilluelo parisiense, para burlarse de Lapoulle.

—Menéate, hombre, dame el pollo.

—¿Dónde está el pollo?

—Ahí, hombre, a tu lado... El pollo que te he prometido, el pollo que acaba de

traer el cabo, y señalaba una piedra blanca que tenía a sus pies.

Lapouille, sin saber lo que hacía, cogió la piedra y empezó a darle vueltas.

—¡Demonio!, ¿quieres lavar el pollo?... Todavía... Lávale las patas... Lávate el cuello... ¡Con mucha agua, holgazán!

Y para terminar la broma, con la alegría que le infundía la esperanza de un buen rancho, echó al puchero, con la carne, el pollo, es decir, la piedra, que había lavado Lapouille.

—¡Ya está! Vaya un gusto que va a dar al caldo. ¿Con que, no conocías esto? Ya verás, animal, como te vas a rechupar los dedos. Te voy a dar la pechuga ¡ya verás qué tierna está!

La escuadra entera se desternillaba de risa al ver a Lapouille, el cual se relamía de gusto, y cuando el fuego empezó a arder, bajo aquel cielo hermoso, cuando el agua comenzó a hervir, todos los soldados, alegres, rodeando el puchero, seguían con atención todas las peripecias, saboreando de antemano aquel manjar. Tenían hambre canina, y desde la víspera la idea de comer, de comer algo caliente, era su única preocupación. Estaban cansados y había que llenar el estómago; las fogatas ardían y los pucheros despedían un olor muy grato y se llenaban de alegría los corazones, con una alegría voraz, en medio del repiqueteo de las campanas que llegaba desde Mulhouse.

Pero al ir a dar las nueve, se agitó el campamento, los oficiales corrieron en todas direcciones, y el teniente Rochas, a quien el capitán Beaudoin acababa de dar una orden, pasó por delante de las tiendas de su sección.

—¡Vamos! Recogedlo todo, empaquetadlo, ¡nos vamos!

—¿Y el rancho?

—Otro día se comerá. Marchamos en seguida.

La corneta de Gaude se dejó oír. Fue una consternación general, una cólera sorda. Marcharse sin aguardar una hora hasta que estuviese la comida. La escuadra quiso tomar el caldo, pero era agua caliente y la carne sin cocer, se resistía, parecía cuero entre los dientes. Chouteau gruñó algunas palabras de rabia. Juan tuvo que intervenir para acelerar los preparativos de marcha. ¿Qué ocurría para largarse de ese modo, atropellándolo todo, sin dar tiempo para comer a los soldados extenuados?

En aquel instante dijeron delante de Mauricio que aquella marcha precipitada obedecía a que se habían dada órdenes para salir al encuentro de los prusianos, para vengar el desastre de Frœschwiller.

En menos de un cuarto de hora se había levantado el campamento, las tiendas de campaña, dobladas y atadas, dejaron la planicie limpia, solo quedaban señales de que allí habían acampado hombres, por las hogueras que iban apagándose lentamente.

Habían existido graves razones para que el general Douay se decidiese a emprender inmediatamente la retirada. El telegrama del subgobernador de Schelestadt, recibido tres días antes, se confirmaba, pues telegrafiaban que se habían visto los fuegos de los prusianos que amenazaban Markolsheim, y por otro conducto

un despacho anunciaba que un cuerpo de ejército enemigo pasaba el Rhin por Huningue. Llegaban detalles abundantes, precisos; la caballería y la artillería habían sido vistas, las tropas en marcha que se dirigían por todas partes al punto señalado para concentrarse. Si se perdía una hora en levantar el campamento, la retirada quedaba cortada sobre Belfort. Con la noticia recibida de la derrota, después de los desastres de Wissemburgo y Frœschwiller, el general aislado, perdido en la vanguardia, no tenía más remedio que replegarse a toda prisa, con tanto mayor motivo cuanto que por las noticias recibidas durante la mañana, la situación continuaba agravándose.

El Estado Mayor había salido el primero al trote, haciendo correr los caballos por temor de que los enemigos se adelantasen, y de encontrarlos ya en Altkirch. El general Bourgain-Desfeuilles, que preveía una dura etapa, había tenido la precaución de atravesar Mulhouse para almorzar opíparamente, aunque lamentándose de aquella atropellada retirada, y Mulhouse, al ver pasar a los oficiales, estaba consternado. Los vecinos, al anuncio de la retirada de las tropas, salían de sus casas lamentándose de aquella brusca marcha del ejército, cuya llegada habían implorado; los abandonaban, pues, sin remedio, y las riquezas acumuladas en la estación iban a caer en poder del enemigo, y la ciudad sería aquella misma noche una ciudad conquistada.

Además, en los caminos, en los campos, los vecinos de las aldeas, de las casas aisladas, salían a las puertas asustados y sin saber qué pensar de todo cuanto ocurría. ¡Pues qué! ¿Aquellos regimientos que habían visto pasar la víspera para batirse, se replegaban ya, huían sin haber combatido? Los jefes estaban sombríos, espoleaban sus caballos sin querer contestar a las preguntas que les dirigían, como si les persiguiese la desgracia. ¿Era, pues, cierto que los prusianos acababan de aplastar al ejército, y que corrían por todas partes como la inundación de un río? Y ya en el aniquilamiento de aquellos instantes supremos, los pueblos, sobrecogidos por el pánico creciente, creían oír el lejano ruido de la invasión que crecía y aumentaba a cada instante y las carretas se llenaban de muebles, las casas se vaciaban, las familias se escapaban en largas hileras por los caminos, espantadas por aquel inmenso e imprevisto desastre.

En la confusión de la retirada, a lo largo del canal del Ródano al Rhin, cerca del puente, el 106.º de línea tuvo que detenerse en el primer kilómetro de la etapa. Las órdenes de marcha, mal dadas y peor ejecutadas, habían acumulado allí toda la segunda división y el paso era tan estrecho, que el desfile se eternizaba.

Transcurrieron dos horas, el 106.º aguardaba, siempre inmóvil, ante el interminable oleaje que pasaba delante de él. Los hombres de pie, bajo el ardiente sol, con la mochila en la espalda, el arma al brazo, acababan por impacientarse.

—Parece que somos de la retaguardia —dijo la voz guasona de Loubet.

Pero Chouteau se encolerizó.

—Esto es para burlarse de nosotros, nos dejan asar. Éramos los primeros, y debíamos haber pasado.

Y como del otro lado del canal, por la vasta llanura fértil, por los caminos rectos, entre los trigos maduros, se daban cuenta exacta del movimiento de las tropas, que volvían andar lo recorrido la víspera, se oyeron palabras burlonas, pero de burla furiosa.

—¡Ah! Nos paseamos —dijo Chouteau. Vaya un modo de ir a buscar el enemigo de que nos vienen hablando hace días, hasta dejarnos sordos. Llegamos y luego echamos a correr sin tener tiempo para tomar un bocado.

El descontento aumentaba, y Mauricio, que se hallaba cerca de Chouteau, asentía a cuanto decía. Puesto que estaban parados durante dos horas ¿por qué no los habían dejado comer el rancho? El hambre volvía a hacerles sufrir horriblemente; el recuerdo del rancho tirado al suelo, crudo, llenábalos de rencor hacia sus jefes y no comprendían por qué les habían hecho salir tan precipitadamente, sin darles tiempo de reponer sus estómagos. ¡Vaya unos jefes!

Pero el teniente Rochas amonestó al sargento Sapin, a quien culpaba de la insubordinación de los soldados. Atraído por el ruido, el capitán Beaudoin se acercó:

—¡Silencio en las filas! —dijo.

Juan, callado, como soldado viejo de Italia, acostumbrado a la disciplina, miraba a Mauricio, a quien la charla violenta y de mal género de Chouteau parecía entretener, y extrañaba que un señorito, tan instruido, pudiese aprobar tales palabras, que aunque contuviesen un gran fondo de verdad, no debían pronunciarse. Si cada soldado empezaba a criticar a los jefes y a dar su opinión, no irían muy lejos, seguramente.

Después de una hora de espera, el 106.º recibió la orden de marcha, pero como el puente estaba aún ocupado por la retaguardia de la división, se produjo un desorden espantoso. Mezcláronse algunos regimientos, desfilaron compañías enteras, arrastradas, empujadas, mientras que otras, rechazadas a la linde del camino, tuvieron que marcar el paso, y para completar la confusión, un escuadrón de caballería se empeñó en pasar, empujando, atropellándolo todo, obligando a los rezagados que la infantería sembraba, a refugiarse en los campos que bordeaban el camino. Al cabo de una hora de marcha, los soldados, desbandados, se arrastraban penosamente.

De este modo, Juan se encontró a retaguardia, aislado, en un camino bajo, con su escuadra, a la que no había querido abandonar. El 106.º había desaparecido, no se veía ni un oficial ni un soldado de la compañía. Solo quedaban allí soldados desperdigados, una barahúnda de desconocidos, cansados, reventados, molidos desde el comienzo de la etapa, marchando cada cual a su antojo por las veredas. El sol caía a plomo y hacía mucho calor, y la mochila aumentaba con el complicado material de campaña, que abultaba sus proporciones, pesaba extraordinariamente sobre aquellas espaldas. Muchos no se habían acostumbrado a llevarla, y solamente con el peso del capote de campaña, semejante a gruesa chapa de plomo, se sentían muy molestos. De pronto, un soldado pequeño, pálido, con los ojos hinchados, se detuvo, tiró su mochila a una zanja, lanzando a la vez un enorme suspiro, el suspiro de un hombre

que agonizaba y vuelve a la existencia.

—Ese está en lo cierto —murmuró Chouteau.

Sin embargo, continuó la caminata, doblegado bajo el peso que llevaba; pero otros dos hombres tiraron al poco rato lo que tanto les cansaba y ya no pudo contenerse.

—¡Fuera lo que estorba! —dijo, y a su vez tiró a la zanja su mochila—. ¡Gracias a Dios —decía—, veinticinco kilos sobre mis riñones! ¡Pues ni que fuéramos burros de carga para arrastrar tanto peso!

En seguida Loubet le imitó y obligó a Lapoulle a hacer lo propio. Pache, que se santiguaba delante de las cruces que encontraba en el camino, desató la carga con cuidado y la colocó contra un muro, como si tuviera que volver a recogerla.

Solo quedaba Mauricio, cuando al volverse Juan y ver a sus hombres de aquel modo, les dijo:

—¡Recojed vuestras mochilas! pues si no yo pagaré el pato.

Pero los hombres sin sublevarse, mudos, de mal talante, seguían andando y empujando al cabo delante de ellos en aquel estrecho camino.

—¿Quieren recoger lo que han tirado o daré parte por escrito?

Aquello fue como un latigazo para Mauricio. Dar parte por escrito ¡aquel brutazo de patán! porque unos desgraciados que no podían más, con los músculos destrozados ya, soltaban su pesada carga. Y en un momento de rabia imitó a sus compañeros echando su mochila a tierra, al mismo tiempo que desafiaba al cabo con la mirada.

—Bueno va —dijo Juan con calma comprendiendo, que no podía luchar—. Esta noche ajustaremos las cuentas.

Mauricio sufría enormemente de los pies. Aquellos zapatos gruesos a que no estaba acostumbrado, le habían puesto los pies en carne viva. Era delicado de salud y conservaba aun en la espalda la herida que le había causado la mochilla, que le hacía sufrir mucho, a pesar de haberse quitado aquel enorme peso de encima, y el fusil, que no sabía como llevar, bastaba para cansarle. Pero su angustia se veía aumentada por una agonía moral, en una de esas crisis desesperantes a las que estaba sujeto.

Bruscamente, sin resistencia posible, asistía a la ruina de su voluntad, volvía a sus malos instintos, a ese abandono de su persona, que después le hacia llorar de vergüenza.

Sus faltas en París no habían sido más que locuras del *otro*, como él decía, del muchacho débil, a las que se doblegaba su naturaleza en las horas de cobardía en que se sentía capaz de cometer las mayores villanías. Desde que arrastraba su cuerpo bajo aquel sol de justicia, en aquella retirada que parecía una derrota, se había convertido en una bestia más de aquella manada dispersa, desbandada, que iba sembrando hombres por el camino. Era la influencia de la derrota, del trueno que había estallado muy lejos, a algunas leguas, y cuyo eco perdido agujijoneaba a aquellos hombres, aniquilados por el pánico, que huían sin haber visto al enemigo. ¿Qué se aguardaba a

aquella hora? ¿No había acabado todo?

Habíanlos derrotado y no les quedaba más recurso que tumbarse y morir.

—¡Caramba! —dijo en voz alta Loubet con su sonrisa de pilluelo—, pues por aquí no vamos a Berlín.

¡A Berlín, a Berlín! Mauricio recordó aquel grito aullado por el gentío aquel que hormigueaba durante la noche de loco entusiasmo en los boulevares de París; noche durante la cual se decidió a sentar plaza. Las cosas habían cambiado completamente cual si hubiesen estado sujetas a la influencia de un viento de tempestad, y todo el temperamento de la raza se hallaba compendiado en aquella excesiva confianza que se convertía bruscamente, con los primeros desastres, en total decaimiento, como lo demostraban aquellos soldados errantes, vencidos y dispersos sin haber combatido.

—¡Pues no me fastidia poco este chisme! —añadió Loubet cambiando de brazo su fusil—, ¡vaya un chirimbolo para ir de paseo!

Y aludiendo a lo que había percibido como sustituto añadió:

—¡Caramba, mil quinientas pesetas por hacer este oficio; no se ha dejado robar el que me las ha pagado!... ¡Y con qué tranquilidad fumaré sentado en una butaca el ricachón que me ha comprado y que me ha enviado aquí para que me rompan el bautismo!

—¡Yo —gritó Chouteau— ya había cumplido y me iba a marchar a casa! ¡Francamente, no he tenido mucha suerte al venir a parar aquí!

Movía su fusil con rabia. Después le lanzó con violencia por encima de una valla, diciendo:

—¡Anda, vete a paseo!

El fusil dio un par de vueltas en el aire, y fue a caer en un surco donde quedó largo e inmóvil, semejante a un muerto. Otros fusiles le siguieron. El campo se llenó en seguida de armas que yacían sobre él, con una tristeza aumentada por el abandono, bajo aquel sol abrumador. Fue una locura epidémica, el hambre que atormentaba los estómagos, el calzado que hería los pies, aquella marcha que hacía sufrir tanto, la derrota imprevista que amenazaba a retaguardia. Ya no había que esperar nada bueno; los jefes les abandonaban, la administración militar no les daba de comer, el cansancio, el aburrimiento, el deseo de acabar en seguida, antes de haber principiado. Entonces ¿para qué servía? El fusil podía ir a reunirse con la mochila, y en un momento de rabia imbecil, en medio de carcajadas parecidas a las de locos que se divierten, los fusiles empezaron a volar por el aire imitando los últimos a los primeros rezagados, esparcidos a lo lejos en el campo.

Loubet, antes de soltar el suyo, hizo con él un molinete, como si fuera el bastón de un tambor mayor; Lapouille, al ver a sus compañeros tirar las armas, debió creer que aquello formaba parte de la maniobra y los imitó. Pero Pache, con la confusa conciencia del deber, efecto de su educación religiosa, se negó a tirar el suyo a pesar de los insultos de Chouteau, que le llamaba sacristán.

—¡Vaya un muñeco! Porque su aldeanaza de madre le ha hecho comulgar todos

los domingos... vete a ayudar a misa... ¡es una cobardía no imitar a los compañeros!

Mauricio marchaba silencioso, con la cabeza caída, bajo aquel cielo de fuego.

Y no avanzaba más, porque se hallaba influido por una pesadilla atroz, causado, alucinado por fantasmas, como si marchara a un precipicio que veía allá a lo lejos delante de él: era el abatimiento de toda su cultura de hombre instruido, una humillación que le arrastraba a la bajeza de los miserables que le rodeaban.

—¡Mire, usted tiene razón! —dijo bruscamente a Chouteau.

Mauricio había dejado ya su fusil sobre un montón de piedras, cuando Juan, que intentaba en vano oponerse a aquel abandono inaudito de las armas, le vio y se acercó a él.

—Coja usted su fusil inmediatamente, ¿lo oye usted? inmediatamente.

Una oleada de cólera terrible había enrojecido el rostro de Juan. Él, tan templado siempre, acostumbrado a conciliarlo todo, tenía los ojos inyectados y hablaba con voz de trueno. Los soldados que no le habían visto nunca así, se pararon sorprendidos.

—¡Coja usted en seguida su fusil o tendrá que entenderse conmigo!

Mauricio, estremecido, solo pronunció una palabra para ultrajarle.

—¡Aldeano!

—Sí, eso es; soy un aldeano, mientras que usted es un señorito... Por eso mismo es usted un cochino, se lo digo a usted cara a cara.

Hubo algunas protestas, pero el cabo continuó con extraordinaria animación:

—Cuando un hombre tiene instrucción lo demuestra. Si somos aldeanos y brutos debiera usted darnos ejemplo, puesto que sabe usted más que nosotros... Coja usted su fusil o hago que le fusilen al llegar.

Domado Mauricio, había recogido el fusil. Lágrimas de rabia se escapaban de sus ojos. Continuó la marcha tambaleándose como un borracho, entre los camaradas que ahora se burlaban de él porque había cedido. ¡Ah!, ¡cuánto odiaba a Juan después de haber recibido aquella dura lección cuya justicia comprendía! y como Chouteau gruñía que a los cabos de esa clase se les ajustaban las cuentas un día de batalla, metiéndoles un balazo dentro de la cabeza, se figuró ya que estaba matando a Juan detrás de algún muro.

Un incidente vino a cambiar el orden de sus ideas. Loubet notó que Pache, durante la reyerta, había abandonado también su fusil, suavemente, dejándolo al pie de un terraplén. ¿Con qué objeto? No trató de explicarlo; se reía de aquella ocurrencia, un poco avergonzado, como un chicuelo bueno a quien echan en cara su primer pecadillo. Muy alegre, rehecho un tanto, siguió andando con las manos Ubres y por aquellos interminables caminos alumbrados por el sol, entre los higos maduros y los plantíos de lúpulos que se sucedían siempre iguales, la desbandada continuó; pues los rezagados, sin mochilas y sin fusiles, no eran más que un tropel de hombres extraviados, perdidos; una mezcla de pillos y de mendigos, al acercarse los cuales se cerraban todas las puertas de los pueblos por donde pasaban.

En aquel instante hubo un encuentro que acabó de encolerizar a Mauricio. Un

sordo y continuo rumor llegaba de lejos: era la artillería de reserva que había salido la última, y cuya cabeza desembocaba de repente en el recodo del camino; los rezagados desbandados, solo tuvieron tiempo de saltar las lindes y dejar el paso libre. Marchaba en columna y desfilaba al trote en orden correcto, todo el regimiento de seis baterías, el coronel en el centro, los oficiales en su puesto. Los cañones pasaban resonantes, a intervalos iguales, acompañado cada uno de su carro, de seis caballos y de sus hombres. Mauricio reconoció en la quinta batería el cañón de su primo Honorato.

El sargento estaba allí muy plantado sobre su caballo, a la izquierda del conductor delantero, un joven rubio, Adolfo, que montaba un caballo fuerte, un hermoso alazán admirablemente acoplado; mientras que entre los seis sirvientes de la pieza, sentados de dos en dos sobre los cajones, se encontraba en su sitio el artillero Luis, un muchacho moreno, el compañero de Adolfo, la pareja, como decían, según la regla establecida de aparejar un hombre de a caballo con un hombre de a pie. Aparecieron a los ojos de Mauricio, que los había conocido en el campamento, más grandes; el cañón, arrastrado por sus cuatro caballos, que seguía el carro de municiones arrastrado por otros seis caballos, le pareció brillante como un sol, cuidado, limpio, querido de todo el mundo que le rodeaba, de los hombres y de los animales que marchaban a su lado como si formaran familias de valientes; pero Mauricio sufrió atrozmente al notar la mirada de desprecio que su primo Honorato lanzaba sobre los rezagados, asombrado de verle a él entre aquella manada de hombres desarmados. El desfile terminaba, el material de las baterías, los tiros, las forjas, y poco después, en una última oleada de polvo, pasaron los hombres y los caballos de recambio, que desaparecieron al trote largo en otro recodo del camino, en medio del ruido que poco a poco se perdía de cascos y ruedas.

—¡Vaya, vaya, bien se puede estar tieso cuando se va en coche!

El Estado Mayor había encontrado libre a Altkirch. Los prusianos no habían llegado aún y siempre con el temor de verlos aparecer de un momento a otro, el general Douay había querido continuar hasta el pueblo de Dannemarie, a donde las cabezas de las columnas habían llegado a las cinco de la tarde. Eran las ocho y la noche se echaba encima cuando apenas había empezado a establecerse el campamento, en la confusión de los regimientos reducidos a la mitad. Los hombres, extenuados, caían al suelo rendidos por el hambre y el cansancio. Hasta cerca de las diez de la noche fueron llegando, buscando sus compañías y no encontrándolas, los soldados aislados, los pequeños grupos, toda aquella lamentable e interminable cola de soldados, estropeados y rebeldes, que el ejército había ido sembrando a lo largo de los caminos durante aquella marcha forzada.

Juan, tan pronto como encontró su regimiento, fue a buscar al teniente Rochas para darle el parte. Le encontró con el capitán Beaudoin que conferenciaba con el coronel; se hallaban los tres delante de la puerta de una taberna muy preocupados de los soldados que faltaban. A las primeras palabras que el cabo dirigió al teniente, el

coronel Vineuil, que las había oído, hizo que se acercara, obligándole a que lo refiriera todo. Su larga cara amarilla, animada por unos ojos muy negros que hacían resaltar aún más los blancos cabellos y largos bigotes, expresó al oír el relato del cabo, una desolación muda.

—Mi coronel —dijo el capitán Beaudoin sin aguardar a conocer la opinión de su jefe—, hay que fusilar a media docena de esos bandidos...

El teniente Rochas aprobaba la opinión del capitán moviendo la cabeza, pero el coronel hizo un gesto de impotencia.

—Son muchos... ¿cómo quieren ustedes fusilarlos?, ¡son cerca de setecientos! ¿A quién vamos a fusilar entre tantos?... Además, ya saben ustedes que el general no quiere, pues dice que en África no ha castigado nunca a un soldado... No, no; no puedo hacer nada. Esto es horrible.

El capitán se atrevió a repetir:

—Esto es horrible... esto es el acabose.

Juan se retiraba, cuando oyó al comandante Bourocbe, a quien no había visto, de pie, delante de la taberna, murmurar palabras sueltas... ¿No hay disciplina, no hay castigos?, pues se acabó el ejército; antes de ocho días los jefes recibirán puntapiés de los soldados, mientras que si se hubiese fusilado en el acto a unos cuantos, los otros tal vez se hubiesen corregido.

Nadie fue castigado. Algunos oficiales de la retaguardia que escoltaban los carros del convoy, habían tenido la precaución de hacer recoger las mochilas y los fusiles a lo largo del camino y solo faltaron unos cuantos; los soldados recibieron de nuevo el armamento al amanecer, furtivamente, para echar tierra al asunto. Se había dado orden de levantar el campamento a las cinco de la mañana: pero a las cuatro se despertó a los soldados y se precipitó la retirada sobre Belfort, ante el temor de que los prusianos se hallasen a dos o tres leguas de distancia. Hubo que contentarse otra vez con galleta; las tropas estaban cansadas de aquella noche demasiado corta y febril, sin recibir nada caliente en el estómago. Nuevamente, aquella mañana, el orden de marcha se vio comprometido con tan precipitada salida.

Fue una jornada peor aún que la anterior, de una tristeza infinita. El aspecto del país cambió por completo: habían entrado en un país montañoso, los caminos subían y bajaban por pendientes plantadas de abetos y los estrechos valles, cuajados de plantas, florecían lucientes como el oro. Pero a través de aquellos campos brillantes, a favor del sol de agosto, el pánico se extendía más alocado a cada momento, desde la víspera. Un nuevo telegrama recomendando a los alcaldes previnieran a los habitantes la conveniencia de ocultar los objetos preciosos, acababa de llevar el espanto a su colmo. ¿El enemigo estaba allí? ¿Quedaría tiempo para salvarse? Y todos creían oír que aumentaba el ruido sordo de la invasión, ese ruido de río desbordado, que ahora en cada nueva aldea se agravaba con un nuevo espanto en medio de los clamores y de los lamentos.

Mauricio marchaba con paso de sonámbulo, los pies sangrando, los hombros

aplastados por la mochila y el fusil. Ya no cavilaba, avanzaba con la pesadilla de lo que veía; y alrededor de él, la idea de burlarse de los compañeros había desaparecido, solo veía a Juan a su izquierda, extenuado por el mismo cansancio y el mismo dolor. Aquellas aldeas que atravesaban ofrecían un aspecto doloroso, inspiraban una piedad que angustiaba los corazones. En cuanto asomaban las tropas que iban de retirada, aquella desbandada de soldados reventados y maltrechos, arrastrando las piernas, los habitantes todos se ponían en movimiento, preparándose para huir. ¡Ellos que estaban tan tranquilos quince días antes, toda aquella Alsacia que aguardaba la guerra con entera confianza, convencida de que se batirían en Alemania! ¡Y ahora, Francia estaba invadida y era en su país, alrededor de sus hogares, en sus campos, donde la tempestad estallaba, como uno de esos terribles huracanes de rayos y granizo que aniquila una provincia en dos horas! Delante de las puertas, en medio de una horrible confusión, los hombres cargaban los carros, amontonaban los muebles, aun a riesgo de estropearlos todos. Arriba, por las ventanas, las mujeres tiraban el último colchón, sacaban la cuna que quedaba olvidada, ataban al niño dentro, y colocaban la cuna en lo alto de la carreta entre las patas de las sillas y mesas volcadas. En otra carreta, se ataba por detrás, contra un armario, al abuelo inválido, que se llevaban como un mueble más. Después se veía a los que no tenían carro, que amontonaban su mobiliario sobre una carretilla, y otros se alejaban con su ajuar debajo del brazo; algunos, solo se habían acordado del reloj de pared, que apretaban contra su corazón, como si fuera un niño. No había medio de recogerlo, ni llevarlo todo; muebles abandonados, paquetes de ropa demasiado pesados, se dejaban a la orilla del río. Algunos, antes de abandonar sus casas, las cerraban cuidadosamente; las casas parecían muertas, con las ventanas y puertas cerradas, mientras que otros, la mayoría, con la prisa de abandonarlo todo, con la seguridad desoladora de que todo sería destruido, dejaban las viejas casas, las ventanas y puertas abiertas sobre el vacío de los cuartos desamueblados; y eran las más tristes, de una tristeza horrible de ciudad conquistada, despoblada por el miedo, aquellas pobres casitas, abiertas a todos los vientos, de donde habían huido hasta los gatos, con el presentimiento de lo que iba a suceder. En otras aldeas, el lamentable espectáculo aumentaba, en tristeza, el número de gentes que huían era mayor cada vez, entre los atropellos crecientes, los lamentos, las lágrimas y los juramentos de rabiosa tristeza.

Mauricio, que andaba a lo largo de la carretera, sentía que la angustia le ahogaba. A medida que se acercaban a Belfort, la cola de los fugitivos se apretaba, formando un cortejo sin interrupción. ¡Ah!, ¡las pobres gentes creían encontrar un asilo en los muros de la plaza! El hombre arreaba al caballo, la mujer seguía, arrastrando a los pequeñuelos. Familias enteras se apresuraban, dobladas bajo el peso de los fardos, desbandadas, los niños no podían seguirles, cegados por la blancura del camino que calentaba un sol de plomo. Muchos se habían quitado los zapatos y marchaban descalzos para correr más, y madres apenas vestidas, apresuraban el paso, dando de mamar a niños que lloraban. Las caras, asustadas, se volvían hacia atrás, hacían

gestos como para cerrar el horizonte, en aquel ambiente de pánico, de terror, que enloquecía las cabezas, y en aquel aire que hacía flotar los vestidos, mal atados. Otros, aldeanos ricos, acompañados de todos sus criados, se lanzaban a campo traviesa, empujando delante de ellos los rebaños sueltos, las ovejas, los bueyes, las vacas, los caballos, que habían sacado a estacazos de las cuadras y se dirigían a las alturas en demanda de las selvas desiertas, levantando el polvo de las grandes emigraciones, como cuando en otras ocasiones los pueblos invadidos cedían su puesto a los bárbaros conquistadores.

Iban a vivir bajo tiendas de campaña, en algún circo formado por las rocas solitarias, tan lejos de los caminos, que ningún soldado se atrevería a arriesgarse para llegar hasta ellos. Y las humaredas volantes que les acompañaban se perdían detrás de los bosques de abetos, con el ruido que producían los mugidos y los cascos del ganado, mientras que en la carretera, la oleada de carros y de peatones pasaba siempre molestando a las tropas, tan compacta en las cercanías de Belfort, con una fuerza tan irresistible de torrente desbordado, que fue preciso hacer alto algunas veces.

Durante una de aquellas paradas, Mauricio presenció una escena, cuyo recuerdo conservó como el de una bofetada recibida en pleno rostro.

A la orilla del camino se encontraba una casa aislada, la de un pobre aldeano, cuyas escasas tierras se extendían por detrás de ella.

Aquel hombre no había querido abandonar su hogar, sujeto a aquel suelo por profundas raleas, y como se quedaba allí, no pudiéndose alejar sin dejar trozos de su propia carne, veíasele en una salita baja, alicaído sobre un banco, mirando con ojos extraviados desfilar aquel ejército, cuya retirada íbale a hacer entregar el trigo maduro al enemigo. De pie y a su lado, se hallaba su mujer, joven aún, tenía un niño pequeño en brazos, mientras otro se agarraba a sus faldas; y los tres se lamentaban. Mas, de pronto, en el marco de la puerta, abierta con violencia, apareció la abuela, una mujer muy vieja, alta, delgada, con los brazos desnudos, parecidos a cuerdas nudosas, que movía furiosamente. Sus cabellos grises que se escapaban de la cofia, revoloteaban alrededor de su descarnada cabeza y tenía tal rabia, que las palabras que gritaba, se ahogaban en su garganta, incomprensibles, como en un hipo de agonía.

Al pronto los soldados se echaron a reír.

—¡Estará loca! —se dijeron.

Después llegaron a sus oídos algunas palabras; la vieja gritaba:

—¡Canallas!, ¡bandidos!, ¡cobardes!, ¡cobardes!

Con voz cada vez más chillona, escupíales al rostro, lanzábales el insulto y hasta su cobardía a todo vuelo. Cesaron las risas, un escalofrío recorrió las filas. Los hombres bajaban la cabeza y miraban a otra parte.

—¡Cobardes!, ¡cobardes!, ¡cobardes!

Bruscamente, pareció que aún aumentaba su estatura. Se encrespaba trágicamente, envuelta en un jirón de su vestido, trazando líneas con su largo brazo

del Oeste al Este, con un gesto tan inmenso que parecía llegar al cielo.

—¡Cobardes!, ¡el Rhin no está allí!, ¡el Rhin está allá!, ¡cobardes!, ¡cobardes!

Por último, volvieron a emprender la marcha y Mauricio, cuya mirada se encontró en aquel momento con la de Juan, vio que los ojos de este estaban preñados de gruesas lágrimas. Sintió un espasmo que aumentó su pesadumbre, al notar que hasta los brutos habían sentido la injuria que no merecían, pero que había que aguantar. Todo se desvaneció en su pobre cabeza dolorida; nunca pudo recordar cómo había acabado la etapa, aniquilado por los horribles padecimientos físicos y morales.

El 7.º cuerpo había empleado el día entero en recorrer los veintitrés kilómetros que separan a Dannemarie de Belfort; y de nuevo la noche se venía encima; era muy tarde cuando las tropas pudieron instalar su campamento, bajo las murallas de la plaza, en el mismo sitio donde habían acampado cuatro días antes, para marchar contra el enemigo. A pesar de lo avanzado de la hora y de la fatiga enorme, los soldados quisieron encender la lumbre y hacer el rancho. Desde la salida, era la primera vez que metían en el estómago algo caliente. Y alrededor de las hogueras, en la noche fresca, las caras se hundían en los platos, y los gruñidos de satisfacción empezaban a dejarse oír, cuando un rumor circuló, creció, estalló, llenando de asombro al campamento entero. Dos nuevos telegramas habían llegado en aquel momento: los prusianos no habían pasado el Rhin en Markolsheim y no quedaba uno solo en Huningue. El paso del Rhin en Markolsheim, el puente de barcas instalado a la luz de grandes focos eléctricos, todas aquellas noticias alarmantes, eran sencillamente una pesadilla, una alucinación del subprefecto de Schelestadt. Y en cuanto al cuerpo de ejército que amenazaba a Huningue, el famoso cuerpo de ejército de la Selva Negra, ante el cual temblaba Alsacia, solo estaba compuesto de un ínfimo destacamento de wurtemburgueses, dos batallones y un escuadrón, cuya hábil táctica de marchas y contramarchas repetidas, y apariciones imprevistas y repentinas, había hecho creer que se trataba de un cuerpo de ejército de treinta a cuarenta mil hombres. ¡Y pensar que durante aquella mañana habían estado a punto de hacer volar el viaducto de Dannemarie! Veinte leguas de una región riquísima acababa de destrozarse, sin motivo alguno, por causa del más necio de los pánicos; y los soldados, al recordar lo que habían visto durante aquella lamentable jornada, los habitantes huyendo alocados, llevando sus ganados al monte, la oleada de carros cargados de muebles corriendo hacia la ciudad, entre el rebaño de niños y de mujeres, se incomodaban.

—¡Ah, esto pasa de la raya! —decía Loubet, con la boca llena y moviendo su cuchara—. ¿Era ese el enemigo con quien íbamos a pelear? ¡Pues si no había nadie! ... Doce leguas para allá, doce leguas para acá, y sin encontrar una mosca delante de nosotros. ¿Y todo por qué? ¡Por haber tenido miedo!

Chouteau, que a la sazón fregaba su plato con fuerza, empezó a decir pestes contra los generales, sin nombrarlos.

—¡Vaya unas calabazas!, ¡si serán burros!, ¡vaya unas liebres que nos han tocado

en suerte! ¿Si han echado a correr así cuando no había nadie, que hubieran hecho si se hubiesen encontrado con un verdadero ejército delante de sí?

Habían echado una nueva carga de leña al fuego que lanzó al aire una gran llamarada, y Lapouille, que se calentaba tranquilamente las piernas, se echó a reír con una risa de idiota, sin comprender nada de lo que decían, hasta que Juan, que había empezado por hacerse el sordo, se atrevió a decir paternalmente:

—¡Eh, callarse! que si les oyen podrían castigarles.

Él mismo, con su buen sentido, comprendía la torpeza de sus jefes. Pero era preciso hacerles respetar, y como Chouteau gruñía aún, le cortó la palabra.

—¡Cállese usted! Ahí viene el teniente; si tiene usted alguna queja... diríjase a él.

Mauricio, sentado aparte, había bajado la cabeza. Aquello era, en efecto, el acabose.

Apenas había empezado y ya había concluido. Aquella indisciplina, aquella rebeldía de los soldados en los primeros contratiempos, hacían del ejército una facción sin lazos de ningún género, desmoralizada y dispuesta para todas las catástrofes. Allí, bajo los muros de Belfort, no habían visto aún a los prusianos y ya estaban vencidos.

Los días que siguieron fueron, con su monotonía, bastante tristes. Para ocupar las tropas, el general Douay las empleó en trabajos de defensa de la plaza que eran muy incompletos. Se removía la tierra con rabia y se cortaban las rocas. ¡Y sin una noticia! ¿Dónde estaba el ejército de MacMahon? ¿Qué hacían en Metz? Los rumores más extravagantes circularon, aumentados por algunos periódicos de París, cuyas contradicciones mantenían al ejército en los tinieblas. Dos veces había escrito el general pidiendo órdenes sin obtener contestación.

Sin embargo, el 12 de agosto, el séptimo cuerpo se completó con la tercera división, que llegaba de Italia; pero de todos modos solo había allí dos divisiones; porque la primera, derrotada en Frœschwiller, había sido arrastrada en la retirada, sin que se supiese aun a donde la había llevado la corriente. Luego, después de una semana de abandono, de separación total con el resto de Francia, un telegrama trajo la orden de marcha. Fue recibida la orden con alegría, pues todo era preferible a aquella vida entre murallas. Y durante los preparativos, empezaron de nuevo las preguntas, pues nadie sabía a dónde iban: unos decían que iban a defender a Strasburgo, mientras que otros hablaban de una marcha atrevida hacia la Selva Negra, para cortar la retirada a los prusianos.

Al siguiente día por la mañana, el 106.º salió uno de los primeros, amontonado en wagones. El wagón donde se encontraba la escuadra de Juan, estaba lleno, hasta el punto de que Loubet decía que no tenía sitio ni para estornudar. Como el reparto de provisiones acababa de hacerse una vez más en medio del mayor desorden, los soldados, que habían recibido en aguardiente lo que hubiesen debido recibir en víveres, estaban casi todos borrachos, pero con una borrachera violenta y vocinglera que se desahogaba cantando canciones obscenas. El tren rodaba y no se veían las

caras en el vagón que el humo de las pipas anegaba en espesa niebla; reinaba allí un calor insoportable, la fermentación de aquellos cuerpos amontonados; mientras que del coche negro que huía, salían vociferaciones que dominaban el estrépito producido por las ruedas, que iban a perderse a lo lejos en los campos sombríos, y solo al llegar a Langres, comprendieron las tropas que regresaban a París.

—¡Vive Dios! —repetía Chouteau, que reinaba ya en su rincón, como amo indiscutible, por su gracia— con seguridad que nos van a llevar a Charentonneau, para impedir que Bismarck vaya a dormir a dormir a las Tullerías.

Los otros se reían, encontrando aquello muy gracioso, sin saber por qué.

Verdad es que los menores incidentes del camino hacían prorrumpir en carcajadas ensordecedoras. Los aldeanos, colocados en los linderos de la vía, los grupos de gentes, ansiosas de saber algo, que aguardaban el paso de los trenes en las estaciones del tránsito, con la esperanza de obtener noticias, toda aquella Francia, azorada, calenturienta, ante la invasión. Y las gentes, llegadas así, con la ansiedad natural, al paso de los trenes, recibían las bocanadas del humo de la locomotora y la visión rápida del tren, ahogado entre el vapor y el ruido, los aullidos de toda aquella carne de cañón, acarreada en gran velocidad. En una estación en donde hubo una parada, tres señoras muy elegantes, que repartían a los soldados tazas de caldo, tuvieron una ovación. Los hombres lloraban al dar las gracias y las besaban las manos.

Algo más lejos, las canciones y gritos infames volvieron a empezar. Y sucedió que un poco después de Chaumont, el tren se cruzó con otro cargado de artilleros que iban conducidos a Metz. La velocidad de los trenes había sido disminuida, y los soldados pudieron fraternizar en medio de un horrendo clamoreo. Pero los artilleros, que tal vez estaban más ebrios, sacando las manos fuera de los vagones, lograron hacerse oír lanzando este grito con tal violencia y desesperación, que pareció cubrirlo todo:

—¡Al matadero, al matadero, al matadero!

Aquello fue como si hubiera pasado un gran frío, un viento helado de osario. Hubo un momento de silencio, durante el cual pudo oírse la voz de Loubet:

—No van muy contentos los compañeros.

—Pues tienen razón —dijo Chouteau con su voz de taberna—; es repugnante enviar así un montón de hombres para que se rompan la cabeza por cosas que no les importan y de las que no saben ni una palabra.

Y continuó hablando.

Era el que los pervertía, como obrero holgazán de Montmartre, el pintor de brocha gorda, bullanguero y amigo de divertirse, que no había digerido bien los discursos oídos en las reuniones públicas, mezclando borricadas repugnantes con los grandes principios de igualdad y libertad. Lo sabía todo, quería hacer prosélitos entre los compañeros, sobre todo en Lapoulle, del que había prometido hacer un hombre.

—¡La cosa es bien sencilla! Si *Badinguet*^[1] y Bismarck tienen una disputa, que se arreglen entre sí a puñetazos, sin molestar a cientos de miles de hombres que no se

conocen y no tienen ganas de matarse.

Todo el vagón se reía, distraído y conquistado. Lapouille, sin saber quién era Badinguet e incapaz de decir si se peleaba por un emperador o un rey, repetía con un aire de coloso niño:

—¡Eso es, a puñetazos, y después a echar unas copas!

Pero Chouteau había vuelto la cabeza hacia donde estaba Pache, con quien entabló nuevamente conversación.

—Lo mismo que tú, que crees en Dios. Dios ha prohibido que se maten los hombres. Entonces, ¡pedazo de animal!, ¿a qué has venido?

—¡Caramba! —replicó Pache— no he venido por mi gusto... pero ¿y los gendarmes?

—¡Los gendarmes!, ¿y qué?, como si no existieran... ¿Sabéis lo que debíamos de hacer, si fuéramos todos hombres de temple?... Pues cuando lleguemos y salgamos de estas jaulas, escaparnos, sí; escaparnos tranquilamente, dejando a ese indecente de Badinguet y a toda su caterva de generales de tres al cuarto, que se las arreglen con esos bestias de prusianos.

Estallaron aplausos; la perversión obraba y Chouteau triunfó entonces exponiendo sus teorías, con las que andaban mezcladas como en agua turbia, la república, los derechos del hombre, la podredumbre del imperio, que había que tirar al suelo, la traición de todos los jefes que los mandaban, vendidos por un millón cada uno, como estaba probado. Él se proclamaba revolucionario; los otros no sabían aún si eran republicanos, ni de qué modo podían serlo; excepto Loubet, el cocinero de la escuadra, quien también tenía su opinión, no habiéndose ocupado nunca más que en hacer el rancho; pero todos, arrastrados, gritaban contra el emperador; los oficiales y todo lo que les molestaba y a los que abandonarían en la primera ocasión, y atizando su borrachera que subía de punto, Chouteau atisbaba a Mauricio, al señorito, a quien distraía y cuya compañía le llenaba de orgullo, tanto, que para ponerle de su parte, se le ocurrió la idea de arremeter contra Juan, inmóvil y adormecido hasta entonces en medio del barullo, con los ojos medio cerrados. Desde aquella dura lección dada por el cabo al voluntario, a quien obligó a recoger su fusil, si este conservaba aun algún rencor hacia su jefe, aquella era la ocasión de poner a los dos hombres frente a frente.

—¡Como algunos a quienes conozco, que han hablado de hacernos fusilar! —añadió Chouteau, amenazador—; ¡algunos pillos que nos tratan peor que si fuéramos animales, que no comprenden que es muy natural que cuando no podemos con mochila y fusil los tiremos al suelo para ver si echan crías! ¿Qué dirían esos, si ahora que los tenemos arrinconados los tirásemos a la vía?... ¿Estamos? Hay que hacer un ejemplo para que no nos fastidien más con esa guerra. ¡Mueran los chinches! ¡Mueran a Badinguet! ¡Que mueran los que quieren que nos matemos!

Juan se puso rojo; la sangre se le había subido a la cabeza, cosa que le ocurría pocas veces. Aunque estaba pensando por sus vecinos, como en un barril de sardinas, se levantó, con los brazos tendidos y la cara encendida, con expresión tan imponente,

que Chouteau palideció:

—¿Quieres callarte, bandido? Hace algunas horas que no digo nada, puesto que no tenemos jefes, ni aún puedo meteros en el calabozo. Creo que hubiera prestado un buen servicio al regimiento quitando de enmedio un granuja como tú... pero oye: desde el momento en que los castigos no sirven, tendrás que entendértelas conmigo. Aquí ya no hay más cabo, no hay más que un hombre a quien estás reventando, y que te va a cortar la lengua... ¡cobarde! No quieres batirte y quieres impedir a los otros que se batan... ¡Repítelo si te atreves, cobarde!

Todo el vagón, entusiasmado con la conducta de Juan, abandonaba a Chouteau que tartamudeaba, retrocediendo ante los puños de su adversario.

—Lo mismo que a ti me importa a mí un bledo Badinguet, ¿lo oyes? Nunca me han importado nada la república ni el imperio, y hoy, como otras veces, cuando trabajaba en el campo, no deseo más que una sola cosa; la felicidad de todos, el orden y los buenos negocios... A nadie le gusta batirse, pero esto no impide que a los canallas que, como tú, vienen a desalentarnos cuando ya tenemos tantas penas, diga que es conveniente fusilarlos. ¿Para qué? compañeros ¿no se os enardece la sangre, cuando os dicen que los prusianos están en Francia y que es preciso echarlos?

En aquel momento, merced a esa facilidad que tienen las muchedumbres para cambiar de opinión, los soldados aclamaron al cabo, que prometía su promesa de romper la cabeza al primero de la escuadra que hablase de no batirse. ¡Bien por el cabo, ahora si que se le iban a ajustar pronto las cuentas a Bismarck!

Y en medio de la salvaje ovación Juan, más tranquilo, dijo cortésmente a Mauricio, como si no se hubiese dirigido a uno de sus soldados:

—¡Caballero, usted no puede estar entre los cobardes... deje usted, todavía no nos han pegado, y Dios mediante, acabaremos nosotros por pegar a esos infames prusianos!

En aquel momento, Mauricio sintió calor en el corazón. Se sentía humillado y presa de grande emoción. Pues qué ¿aquel hombre era algo más que un patán?

Y recordaba el horrible rencor, el odio que hubo de inspirarle cuando le obligó a recoger su fusil, que había tirado al suelo en un instante de desfallecimiento. Pero repuesto también de su emoción, cuando vio las gruesas lágrimas que rodaban por las mejillas del cabo y recordó la vieja abuela, con sus cabellos grises al aire, que los insultaba señalándoles el Rhin, allá, detrás del horizonte... ¿Era acaso la fraternidad de las mismas fatigas y de los mismos dolores sufridos juntos, lo que se llevaba así su odio? Él, de familia bonapartista, no había siquiera soñado nunca con la república más que teóricamente y más bien sentía compasión por el emperador; opinaba por la guerra, impuesta por la condición misma de la vida de los pueblos. Súbitamente, la esperanza volvió a apoderarse de él en uno de aquellos repentinos cambios que eran familiares a su imaginación, mientras que el entusiasmo que una tarde le había llevado a sentar plaza, volvía a renacer en él, alegrando su corazón con la certidumbre de la victoria.

—¡Tiene usted razón, cabo —dijo alegremente—, los derrotaremos!

El vagón rodaba, rodaba siempre, llevando su cargamento de hombres, con la espesa humareda de las pipas y el calor malsano de los cuerpos amontonados, lanzando en las estaciones que atravesaban, a los aldeanos asustados, de pie a lo largo de la vía, sus canciones obscenas en el espasmo de la borrachera. El 20 de agosto llegaron a París, a la estación de Pantín, y aquella misma noche volvieron a salir, para desembarcar al día siguiente en Reims, ya en camino para el campamento de Chalons.

III

Con gran sorpresa notó Mauricio que el 106.º bajaba a Reims y recibía allí la orden de acampar. ¿No iban, pues, a Chalons, para reunirse al ejército? Y cuando dos horas después, el regimiento formó los pabellones de armas a una legua de la población, del lado de Bouceilles, en la vasta llanura que se extiende a lo largo del canal, del Aisne al Marne, su extrañeza aumentó aún, al saber que todo el ejército de Chalons se replegaba desde por la mañana e iba a acampar en el mismo sitio. En efecto, de un extremo a otro del horizonte, hasta Saint-Thierry y la Neuville, aun más allá del camino de Laon, se velan tiendas de campaña, y las hogueras de los cuatro cuerpos de ejército arderían allí aquella noche. Seguramente había prevalecido el plan de tomar posiciones al alcance de París, para aguardar allí a los prusianos y esto los llenó de júbilo; ¿no era acaso el plan más prudente?

En aquella tarde del 21 de agosto, Mauricio se paseó por todo el campamento en busca de noticias. Eran muy libres, la disciplina parecía haberse aflojado; todavía los hombres entraban y salían a gusto suyo. Él pudo volver tranquilamente a Reims, donde quería cobrar una libranza de 100 francos que le había enviado su hermana Enriqueta.

En un café oyó hablar a un sargento del pésimo espíritu que predominaba en los 18 batallones de la guardia móvil del Sena, que acababan de regresar a París. El 6.º batallón, especialmente había estado a punto de asesinar a sus jefes. Y allá, en el campamento, los generales se veían a la continua insultados, y los soldados no saludaban ni al mariscal MacMahon, desde la batalla de Frœschwiller. El café se llenaba de gente, se entabló una violenta discusión entre dos pacíficos ciudadanos, con motivo del número de hombres que el mariscal iba a tener bajo sus órdenes. Uno hablaba de 300.000 hombres; aquello era una locura. El otro, más razonable, enumeraba los cuatro cuerpos de ejército: el 12.º, que se había completado de mala manera en el campamento, con auxilio de los regimientos de marcha y una división de infantería de marina; el 1.º, cuyos restos llegaban desbandados, desde el día 14, y en el que se reformaban los cuadros como se podía; el 5.º, destrozado, sin haber combatido, arrastrado, dislocado en la retirada, y el 7.º, que desembarcaba ahora, desmoralizado también, disminuido de su primera división, que acababa de encontrar en Reims a trozos; en total unos 120.000 hombres, contando con la caballería de reserva, y con las divisiones de Bonnemain y Margueritte. Pero el sargento se mezcló en la disputa, tratando con un desprecio furioso a aquel ejército, de un conjunto de hombres sin cohesión, un rebaño de inocentes llevados al sacrificio por imbéciles, y los dos ciudadanos, asustados, temiendo verse comprometidos, desfilaron.

Una vez fuera del café, Mauricio compró periódicos, llenándose los bolsillos con todos los que pudo hallar; los leía andando, bajo los grandes árboles de los

magníficos paseos que rodean la ciudad. ¿Dónde estaban los ejércitos alemanes? Parecía que se habían perdido. Dos de ellos se encontraban sin duda al lado de Metz. El primero, el que el general Steinmez mandaba, vigilaba la plaza; el segundo, el del príncipe Federico Carlos, trataba de subir por la margen derecha del Mosela, para cortar a Bazaine, el camino de París. Pero el tercer ejército, el del príncipe real de Prusia, el ejército victorioso en Wísemburgo y en Fröeschwiller y que perseguía al 1.º y 5.º cuerpo, ¿dónde se encontraba realmente, en medio del desbarajuste que reinaba en la cuestión de informes? ¿Estaba aun acampado en Nancy? ¿Llegaba delante de Chalons, para que se hubiese abandonado con tal prisa, incendiando los almacenes, los objetos de equipo, los forrajes y las provisiones de todas clases? Y la confusión, las hipótesis más contradictorias volvían a empezar con motivo de los planes que se atribuían a los generales. Mauricio, como separado del mundo, no supo hasta entonces lo ocurrido en París; la horrible sorpresa que la derrota había causado sobre todo un pueblo que creía segura la victoria, la emoción terrible en las calles, la convocatoria de las Cámaras, la caída del ministerio liberal que había hecho el plebiscito, desposeído al Emperador de su título de general en jefe, lo que le obligaba a entregar el mando superior al mariscal Bazaine. Desde el día 16, si emperador se encontraba en el campamento de Chalons, y todos los periódicos hablaban de un Consejo celebrado el 17, al que habían asistido el príncipe Napoleón y varios generales: pero no estaban conformes entre sí al dar cuenta de las decisiones tomadas, aparte de los hechos que de ellas resultaban: el general Trochu, nombrado gobernador de París, el mariscal MacMahon al frente del ejército de Chalons, lo que implicaba que se prescindía en absoluto del emperador. Se sentía un azoramiento, un pavor grandísimo, y los planes más opuestos se presentaban y sucedían de hora en hora. Y siempre esta misma pregunta: ¿Dónde estaban los ejércitos alemanes? ¿Quién tenía razón entre los que pretendían que Bazaine se hallaba libre, operando en retirada por las plazas del Norte, y los que aseguraban que estaba bloqueado en Metz?... Circulaba un rumor persistente anunciando batallas gigantescas, luchas heroicas, sostenidas desde el 14 al 20, durante toda una semana sin que de ello se desprendiese otra cosa que un tremendo chocar de armas, lejano y perdido.

Mauricio, cansado ya, se sentó sobre un banco. Alrededor de él, la ciudad parecía vivir en su vida ordinaria, y las niñas, bajo los frondosos árboles, cuidaban de los niños, mientras que los pequeños rentistas daban con paso tranquilo y lento su habitual paseo. Volvió a coger su periódico, cuando sus ojos se fijaron en un artículo al cual no había hasta entonces dado importancia. El artículo era de un periódico de la oposición, republicano. Las tinieblas se desvanecieron. El periódico afirmaba que en el consejo celebrado el 17 en el campamento de Chalons, se había acordado la retirada del ejército sobre París y que el nombramiento del general Trochu no tenía más objeto que preparar el regreso del emperador. Pero añadía que esos acuerdos acababan de hallar una oposición tenaz en la emperatriz regente y en el nuevo ministerio. La emperatriz creía que si regresaba el emperador estallaba la revolución,

y hasta se citaba esta frase de ella: «No llegaría vivo a las Tullerías». Así es que se mostraba muy enérgica pidiendo que el ejército marchara adelante para unirse al ejército de Metz, opinión que apoyaba también el general Palikao, ministro de la Guerra que tenía un plan de marcha avasalladora y victoriosa para darle la mano. Y con el periódico extendido sobre las rodillas, Mauricio, pensativo, creía ahora explicárselo todo: los dos planes que se combatían, las dudas del mariscal MacMahon para emprender aquella marcha de flanco tan peligrosa, con tropas poco sólidas; las órdenes impacientes, cada vez más enérgicas, que le llegaban de París, que le empujaban a emprender aquella temeraria y loca aventura. Luego, en medio de aquella lucha trágica, tuvo de repente la visión del emperador, depuesto de la autoridad imperial que había confiado a la emperatriz regente, despojado del mando de general en jefe del que acababa de dar posesión al mariscal Bazaine, no siendo ya nada, una sombra de emperador indefinida y vaga, una inutilidad sin nombre, un estorbo del que no se sabía qué hacer, que París rechazaba y que no tenía ya puesto en el ejército, desde que se había comprometido a no dar ni una orden.

No obstante, a la mañana siguiente, después de una noche de fiebre que durmió fuera de la tienda, envuelto en su manta, fue un consuelo para Mauricio el saber que se había acordado la retirada sobre París. Se hablaba de un nuevo consejo de guerra celebrado la víspera, al que asistió el antiguo viceemperador, señor Rouher, enviado por la emperatriz para acelerar la marcha sobre Verdun, y a quien el mariscal MacMahon, parecía haber convencido del peligro de tal movimiento. ¿Se habían recibido malas noticias de Bazaine? Nadie se atrevía a afirmarlo, pero la misma carencia de noticias era un hecho significativo y todos los oficiales algo inteligentes opinaban por la retirada sobre París, con lo que la capital tendría un ejército de socorro. Y, convencido de que la retirada comenzaría al día siguiente, puesto que se decía se habían dado las oportunas órdenes, Mauricio, feliz, quiso satisfacer un capricho de niño que le atormentaba: el de librarse, a lo menos por una vez, de comer rancho, almorzando en cualquier parte, teniendo sobre la mesa, cubierta con blanco mantel, una botella de agua, otra de vino, un plato, todas esas cosas que le parecía le faltaban desde hacía tantos meses. Tenía dinero en el bolsillo y echó a andar alegremente buscando una taberna.

Realizó su deseo más allá del canal, a la entrada del pueblecito de Courcelles. La víspera le dijeron que el emperador se había albergado en una casa de aquel pueblo; y fue allá a pasearse por curiosidad, recordando haber visto en el ángulo formado por dos carreteras una taberna con su emparrado, del que colgaban hermosos racimos de uva dorada y madura. Bajo el emparrado había algunas mesas pintadas de verde, mientras que en la cocina, por la puerta abierta, se veían el reloj de pared, las estampas de Epinal pegadas a las paredes, la posadera enorme preparando la comida. Detrás se veía un juego de bolos. Todo aquello era alegre, bonito y muy risueño.

Una moza garrida y de amable presencia preguntole enseñando su blanca dentadura:

—¿Quiere almorzar?

—¡Pues ya lo creo, quiero almorzar!... Deme usted huevos fritos, una chuleta, queso y un poco de vino blanco.

Volvió a llamarla.

—Diga usted: ¿no se ha hospedado en una de estas casas el emperador?

—Mire usted, en esa que está enfrente de nosotros... No verá usted la casa, está detrás de esa pared, por donde asoman los árboles.

Se instaló entonces bajo el emparrado, desabrochóse el cinturón para estar más cómodo y escogió su mesa, sobre la cual los rayos del sol que atravesaban los pámpanos, enviaban reflejos de oro y volvió a mirar aquella pared amarillenta que albergaba al emperador. Era en efecto una casa escondida, misteriosa, de la que no se podían ver ni aun las tejas desde fuera. La entrada daba al otro lado, sobre la calle del pueblo; una calle estrecha sin una tienda ni una ventana, rodeada de enormes muros sombríos. Detrás el pequeño parque formaba una a modo de isla, cubierta de espeso follaje entre las casas vecinas. Y allí vio, al otro lado del camino, un patio rodeado de cuadras y cocheras, atestado de todo el material de coches y furgones, en medio del continuo ir y venir de hombres y caballos.

—¿Es para el emperador todo eso? —preguntó en son de guasa a la moza que colocaba sobre la mesa un blanco mantel.

—Precisamente, para el emperador es todo —contestó alegremente, satisfecha de poder enseñar su bonita y blanca dentadura.

Y, aleccionada sin duda por los palafreneros, que desde la víspera iban allí a echar algunos tragos, empezó a enumerar: el Estado mayor, compuesto de veinticinco oficiales, de los sesenta guardias imperiales y del pelotón de guías al servicio de la escolta, más los seis gendarmes encargados del servicio de vigilancia; después la casa imperial, que se componía de sesenta y tres personas, chambelanes, criados, cocineros; después cuatro caballos de silla y dos coches para el emperador, diez caballos para los caballeros, ocho para los picadores y lacayos, sin contar cuarenta y siete caballos para los correos; luego un *char à bancs*, doce furgones de equipajes, dos de los cuales, reservados para la cocina, habían causado gran admiración a la muchacha por la enorme cantidad de utensilios, de platos y de botellas, colocados en orden admirable.

—¡Ah, caballero, no se puede usted formar idea de cómo son esas cazuelas! brillan como soles... y toda clase de platos, de vasos, de aparatos, que ni aún puedo decirle a usted para qué sirven... Y una bodega tal con Burdeos, Borgoña, Champagne, lo bastante para una gran comida...

Con la alegría que le produjo la vista del blanco mantel, satisfecho con el vino blanco que brillaba en su vaso, Mauricio comió dos huevos con un apetito que no se conocía. A la izquierda, cuando volvía la cabeza, podía contemplar la vista que ofrecía la inmensa planicie, llena de tiendas de campaña, toda una ciudad que acababa de surgir en el campo, entre el canal y Reims. Unos cuantos árboles, muy

pocos, daban la nota verde sobre la gris de la llanura. Pero por encima de los confusos tejados de Reirás, que medio ocultaban las ramas de los castaños, la enorme silueta de la catedral se perfilaba en el horizonte azul como un gigante, a pesar de la distancia, junto a las casas del pueblo. Y el recuerdo del colegio, de las lecciones en él aprendidas, volvía a su memoria: la consagración de nuestros reyes, la santa ampolla, Clodoveo, Juana de Arco, toda la gloriosa y vieja Francia.

Después, como Mauricio, preocupado de nuevo con la idea del emperador en aquella modesta casa, tan discretamente cerrada, volviere sus miradas, sobre la pared amarillenta, leyó con sorpresa, en grandes letras hechas con carbón, esta frase: «¡Viva Napoleón!» y al lado algunas obscenidades. La lluvia había lavado las letras, la inscripción debía ser bastante antigua, ¡qué singular coincidencia! Sobre aquella pared, ese grito de entusiasmo guerrero que aclamaba sin duda al tío, al conquistador, y no al sobrino. Toda su niñez, toda su juventud renacía, evocada por los recuerdos, cuando allá, en el Chene Populeux, oía desde la cuna contar las historias de su abuelo, uno de los soldados del gran ejército. Su madre había muerto, su padre había tenido que admitir un empleo de recaudador de contribuciones, en aquella ruina de la gloria que había alcanzado a los hijos de los héroes a la caída del imperio; y el abuelo vivía allí de una modesta pensión, en aquella habitación de empleado, sin otro consuelo que el de contar sus campañas a sus nietos, dos gemelos, niño y niña, con los mismos cabellos rubios, reemplazando un poco a la madre muerta. Colocaba a Enriqueta sobre su pierna izquierda, a Mauricio sobre la derecha, y durante horas enteras entretenía a los niños con el relato de homéricas batallas.

Los tiempos se confundían, aquello parecía ocurrir fuera de la historia, en un choque espantoso de todos los pueblos. Los ingleses, los austriacos, los prusianos, los rusos, desfilaban uno a uno y todos juntos, según lo requerían las alianzas concertadas, sin que fuese posible saber a punto fijo, en la mayor parte de los casos, por qué unos eran derrotados en vez de los otros. Pero como resultado final todos salían derrotados, inevitablemente derrotados de antemano, al empuje irresistible del genio y del heroísmo, que barrían los ejércitos como si fueran paja. Era en Marengo, la clásica batalla en la llanura, con sus grandes líneas sabiamente dispuestas, su intachable retirada, como en tablero de ajedrez, por batallones, mudos e impasibles bajo el fuego; la legendaria batalla perdida a las tres de la tarde y ganada a las seis, donde los 800 granaderos de la guardia consular contuvieron el empuje de toda la caballería austriaca, donde Desais llegó para morir y cambiar la comenzada derrota en una inmortal victoria. Era en Austerlitz, con su hermoso sol de gloria, en la niebla del invierno; Austerlitz, comenzando por la toma de la meseta de Pratzen, terminando con el terrible deshielo de los estanques que se hallaban helados, todo un cuerpo de ejército ruso hundiéndose bajo el hielo, los hombres y los animales devorados en un espantoso crujido, mientras que el dios Napoleón, que lo había naturalmente previsto todo, apresuraba el desastre a cañonazos. Más tarde Jena, la tumba del poder prusiano; primero el fuego de las guerrillas a través de las nieblas de octubre, la

impaciencia de Ney, que estuvo a punto de comprometerlo todo, después la entrada en batalla de Augereau, que le libertó el gran choque, cuya violencia se llevó por delante todo el centro enemigo, y, por último, el pánico, el sálvese quien pueda de una caballería demasiado alabada, que nuestros húsares sabletean como avena madura, sembrando el valle romántico de hombres y de caballos moribundos. Luego Eylau, el horrible Eylau, la más sangrienta de todas las batallas, carnicería en donde se amontonan los cuerpos atrozmente desfigurados; Eylau, rojo de sangre, bajo su tempestad de nieve, con su triste y heroico cementerio; Eylau, donde aún retumba la homérica carga de los ochenta escuadrones de Murat, que atravesaron de parte a parte el ejército ruso, sembrando el suelo con tal número de cadáveres que el mismo Napoleón lloró. Era Friedland, el gran lazo horrible, donde los rusos vinieron de nuevo a caer como una bandada de gorriones atontados; la obra maestra de estrategia del emperador, que lo sabía todo y lo podía todo; en donde nuestra izquierda permanecía inmóvil, imperturbable, mientras que Ney, que había tomado la ciudad calle por calle, destruía los puentes, y después nuestra izquierda, lanzándose sobre la derecha enemiga, empujándola al río, aplastándola en aquel callejón sin salida, en el que realizó tal exterminio, que a las diez de la noche todavía se continuaba matando gente. Quedaba aún Wagram, en donde los austriacos, queriendo cortarnos el Danubio, reforzaban constantemente su ala izquierda para batir a Massena, quien, herido, dirigía sus tropas en coche descubierto, y Napoleón, malicioso y titánico, dejábalos obrar para de pronto hacer romper el fuego a sus cien cañones, aplastando con sus terribles disparos al centro endeble, rechazándolo a más de una legua, mientras que la izquierda, asustada de su aislamiento, retrocediendo dejante de Massena victorioso, arrastra el resto del ejército y realiza una devastación, cual si un dique se hubiera roto. Y Moskowa, por último, donde el claro sol de Austerlitz reapareció por la postrera vez, una imponente refriega de hombres, la confusión del número y del valor, crestas atacadas bajo el incesante fuego, reductos tomados al arma blanca; continuas ofensivas disputando cada pulgada de terreno, con tal encarnizamiento y bravura por la guardia rusa, que fueron precisas para alcanzar la victoria las cargas furiosas de Murat, el trueno de trescientos cañones disparando juntos y el valor de Ney, triunfal príncipe de la jornada. Y cualquiera que fuese la batalla, las banderas flotaban con el mismo estremecimiento glorioso, en el silencio de la noche los mismos gritos de ¡viva Napoleón! sonaban a lo hora en que los fuegos del campamento se encendían sobre las posiciones conquistadas; Francia estaba en todas partes en su casa, como conquistadora que paseaba sus águilas invencibles de un extremo a otro de Europa, no teniendo más que poner su pie en las naciones, para hacerlas volver a la triste condición de pueblo domado.

Mauricio acababa de comer su chuleta, alegre, alegrado más que por el vino blanco que brillaba en el fondo de su copa, por tanta gloria evocada, cantando en su memoria, cuando sus ojos reconocieron a dos soldados, destrozados, llenos de barro, semejantes a bandidos cansados de rodar por los caminos, y oyó que pedían a la

criada noticias sobre la posición exacta de los regimientos acampados a lo largo del canal.

—¡Eh, compañeros, por aquí!... ¡pues si son del séptimo cuerpo!

—Y de la primera división —contestó uno—, y se lo aseguro a usted; la prueba es que me encontraba en Fröschwiller, donde no hacía frío, seguramente... y mire usted, el compañero pertenece al primer cuerpo, y se encontraba en Wissemburgo, donde no era ya muy agradable la estancia.

Contaron su historia; arrastrados por el pánico y por la derrota, habían quedado muertos de cansancio uno y otro, levemente heridos los dos, y desde entonces, arrastrando sus cuerpos detrás del ejército, obligados a detenerse en las poblaciones, agotadas las fuerzas por la fiebre, tan retrasados, en fin, que llegaban ahora, un poco repuestos, buscando su regimiento.

Con el corazón oprimido, Mauricio, que iba a empezar a comer un pedazo de queso, vio que los dos soldados se fijaban en su plato.

—Oiga usted —dijo dirigiéndose a la criada—, traiga usted queso, pan y vino... ¡Compañeros, echaremos un trago juntos, yo convidó! ¡A vuestra salud!

Se sentaron contentos a la mesa, y él, preocupado, los miraba, notando el lamentable aspecto que ofrecían aquellos dos soldados sin armas, vestidos con pantalones encarnados y capotes tan rotos y sucios, que parecían gitanos o mendigos que acababan de ponerse trajes recogidos en algún campo de batalla.

—¡Demonio! —dijo el más grande con la boca llena—, le aseguro a usted que aquello no era divertido; hay que haberlo visto; cuéntalo tú, Coutard.

Y el otro, más pequeño, empezó la narración haciendo muchos gestos y moviendo el pan.

—Yo estaba lavando mi camisa, mientras que hacían el rancho... figúrese un agujero, un verdadero embudo, rodeado de bosques a cuyo favor se habían acercado esos cochinos de prusianos, sin que nadie lo sospechase... en aquel momento, a las siete, empiezan a caer bombas sobre nuestras ollas. ¡Demonio! cogimos entonces nuestros fusiles y hasta las once, ¡cómo hay Dios! creíamos que les atizábamos una paliza de las buenas... pero tiene usted que saber que no éramos 5.000 hombres y que esos cochinos continuaban llegando siempre. Yo estaba en una ladera del monte, echado detrás de un zarzal, y les veía desembocar enfrente, a la derecha, a la izquierda, como hormigas, hileras de hormigas negras, tanto que cuando no había mes, todavía volvían a salir: no es que yo lo diga, pero todos pensábamos que los jefes tenían que ser unos borricos para habernos metido en aquel embudo lejos de los compañeros, sin venir en nuestro auxilio... más entonces se presenta nuestro general, el pobre general Douay, que no era tonto ni cobarde, y de buenas a primeras recibe una píldora y cae derrumbado. Muerto él ya no queda nadie; no importa, nos defendemos, nos defendemos. Sin embargo, eran muchos y había que escapar de allí. Nos batimos en un cercado, defendimos la estación en medio de una granizada tal, que era para volverse sordo... y luego ya no vi más: la ciudad debió de ser tomada.

Nos hemos encontrado sobre una montaña, el Geissberg, como ellos dicen según creo; y allí parapetados en una especie de castillo, no se puede usted imaginar los que hemos matado de esos cochinos: saltaban al aire y daba gusto verlos caer de narices... y ¡qué quiere usted! continuaban llegando, diez hombres contra uno y cañonazos hasta hartarse, el valor en aquellos momentos no servía más que para quedarse allí. Por último, una verdadera tortilla y tuvimos que largarnos...; pero, ¡caramba!, hay que reconocer que nuestros oficiales, como brutos, han demostrado serlo; ¿no es verdad, Picot?

Hubo un momento de silencio. Picot, el más grande, bebió un vaso de vino blanco y, secándose con el revés de la mano, añadió:

—Ya lo creo... lo mismo ocurrió en Frœschwiller, era preciso no tener dos dedos de frente para batirse en tales condiciones. Mi capitán, un hombre que lo entiende, lo decía... pero lo cierto es que nadie estaba prevenido. Todo un ejército de esos canallas se nos vino encima, cuando nosotros apenas si llegábamos a cuarenta mil hombres. Y nadie se figuraba que aquel día tendríamos jaleo; la batalla comenzó poco a poco, sin que los jefes lo quisieran, según parece... En resumen yo no lo he visto todo, naturalmente, pero lo que sé es que la danza duró todo el día y cuando se creyó que había acabado volvió a empezar con más bríos Primero en Woerth, un pueblecito muy mono, con un campanario muy bonito, que parece una estufa con los azulejos que le adornan. No sé para qué nos hicieron dejarlo por la mañana, porque trabajamos mucho e inútilmente para ocuparlo de nuevo, sin conseguirlo. ¡Vaya una carnicería, compañeros! Después nos zurraron de lo lindo alrededor de otro pueblo: Hasshausen, un nombre que tira para atrás. Nos cañoneaban muy a su gusto desde lo alto de un monte que habíamos abandonado también por la mañana. Y entonces vi, yo mismo, con mis propios ojos, la carga de los coraceros. ¡Cómo se han hecho matar esos pobres diablos! ¡Daba lástima verlos! Pero también ¿a quién demonio se le ocurre lanzar la caballería sobre aquel terreno en cuesta, lleno de zarzales y cortado por fosos? Y luego ¿para qué? ¡De todos modos aquello era imponente y daba gusto verlo! Después, parecía natural que nos largáramos de allí. El pueblo ardía como una cerilla, los bávaros, los wurtemburgueses, los prusianos, todos, en fin, más de ciento veinte mil hombres, según se supo después, acabaron por envolvernos... Pues en vez de largarnos, empezó de nuevo la música, desde Frœschwiller. Porque la verdad, MacMahon será tonto, pero lo que es valiente, lo es. ¡Había que verle montado a caballo, en medio de las bombas que caían! Otro se hubiera largado al principio, pues nadie tiene la obligación de aceptar la batalla con fuerzas tan superiores; pero él, ya que la cosa había empezado, quiso batirse hasta no poder más. Y lo ha logrado ¡vive Dios! En Frœschwiller no eran solo hombres, sino caballos los que caían. ¡Durante dos horas los arroyos arrastraban sangre!... Después, después... ¡claro! hubimos de retirarnos. ¡Y cuando pienso que posteriormente han venido a decirnos que habíamos arrollado a los bávaros, en nuestra izquierda! ¡Si llegamos a ser ciento veinte mil y hubiésemos tenido bastantes cañones y jefes más listos!

Y desesperados, violentos aún, con sus uniformes hechos pedazos, blancos de polvo, Coutard y Picot, cortaban pan, tragaban grandes trozos de queso, mientras lanzaban la pesadilla de sus recuerdos, bajo el emparrado alegre, con sus racimos maduros, que los rayos del sol traspasaban. Ahora llegaban a la espantosa retirada que había sido como el epílogo de aquellas batallas, los regimientos desbandados, desmoralizados, hambrientos, huyendo a través de los campos, en las carreteras, rodando en horrible confusión, hombres, carruajes, cañones, todo el desastre de un ejército destruido arrastrado por el vendaval del pánico. Puesto que no habían sabido replegarse prudentemente y defender el paso de los Vosgos, donde diez mil hombres hubiesen podido contrarrestar a cien mil, se hubiera debido por lo menos hacer saltar los puentes e inutilizar los túneles. Pero los generales se retiraban despavoridos y soplaba tal tempestad de estupor, arrastrando a la vez a vencidos y vencedores, que durante un momento los dos ejércitos se habían perdido, como en una persecución a tientas. MacMahon, huyendo hacia Luneville, mientras que el príncipe real de Prusia le buscaba hacia el lado de los Vosgos. El día 7 los restos del primer cuerpo cruzaban por Salerne como un río desbordado, arrasando todo lo que encontraba a su paso. El día 8, en Sarreburgo, el quinto cuerpo caía sobre el primero, como un torrente desbordado sobre otro, huyendo también, derrotados sin haber combatido, arrastrando a su jefe, el triste general De Failly, atontado porque se hacía caer sobre él la responsabilidad de la derrota. Los días 9 y 10 la retirada continuaba; un sálvese el que pueda bestial, que no dejaba mirar hacia atrás; bajo la persistente lluvia bajaban hacia Bayon, dejando a un lado a Nancy, a consecuencia de un falso rumor, que había anunciado que esta ciudad estaba en poder del enemigo. El 12 acampaba en Haroué; el 13 en Vichexey, y el 14 estaban en Neufchateau, donde el ferrocarril recogió aquella masa de hombres cargándolos en los trenes durante tres días, para transportarlos a Chalons. Veinticuatro horas después de la salida del último tren, llegaban los prusianos.

—¡Vaya una suerte negra! —terminó diciendo Picot—. ¡Ya ha habido necesidad de menear las piernas!... ¡Y a nosotros que nos habían dejado en el hospital!

Coutard acababa de vaciar la botella en su vaso y en el de su compañero.

—Sí, hemos corrido de veras y todavía corremos... pero ahora estamos mejor, puesto que podemos echar un trago a la salud de los que no han muerto.

Mauricio comprendió entonces la situación. Después de la sorpresa estúpida de Wiaemburgo, la derrota de Frœschwiller era el golpe final que mostraba en toda su horrible desnudez la terrible verdad. No estábamos preparados, no teníamos cañones, ni hombres, ni generales; y el enemigo, tan despreciado, aparecía fuerte y sólido, numeroso, con disciplina y táctica perfectas. La débil muralla de nuestros siete cuerpos de ejército, diseminados de Metz a Strasburgo, acababa de ser destrozada por los tres ejércitos alemanes, con irresistible empuje. Ahora nos quedábamos solos, ni Austria ni Italia vendrían en nuestro auxilio; el plan del emperador había quedado destruido a causa de la lentitud de las operaciones y de la incapacidad de los jefes. Y

hasta la fatalidad trabajaba en contra nuestra, acumulando los contratiempos, las coincidencias lamentables, realizando el plan secreto de los prusianos, que consistía en dividir en dos nuestros ejércitos, rechazando una parte bajo los muros de Metz, para aislarlo de Francia, mientras ellos emprendían la marcha sobre París, después de haber aniquilado el resto. Desde luego aquello se comprendía matemáticamente; debíamos ser vencidos por todas las causas cuyo inevitable resultado se dejaba ver; era el choque del valor sin la inteligencia, contra el número y el sabio método. Aunque se disputase después con ahínco, la derrota, a pesar de todo, era inevitable, como la ley de las fuerzas que rigen en el mundo.

De pronto Mauricio levantó los ojos como soñando y volvió a leer allí, delante de sí, la frase ¡Viva Napoleón! escrita con carbón sobre la pared amarillenta. Y sufrió una sensación de inevitable malestar, una punzada cuya quemadura le agujereaba el corazón. ¡Era pues verdad que Francia, la de las victorias legendarias, la que se había paseado con sus banderas por toda Europa, acababa de ser arrollada al primer encuentro por un pueblo despreciado! Cincuenta años habían sido suficientes, el mundo había cambiado, la derrota horrible aniquilaba a los eternos vencedores y recordaba todo lo que Weiss, su cuñado, había dicho durante aquella noche de alerta, delante de Mulhouse. Sí, él solo, en aquella noche, veía claro, adivinaba las causas lentas y ocultas de nuestra debilidad, sentía el aire de fuerza y de juventud que soplaba de Alemania. ¿Por ventura no significaba aquello una edad guerrera que concluía y otra que comenzaba? ¡Desgraciado del que se detiene en el esfuerzo continuo de las naciones, la victoria es para los que van a la vanguardia, para los más sabios, para los sanos, para los más fuertes!

En aquel momento se oyeron las carcajadas de la criada Era el teniente Rochas, que, en la vieja y humeante cocina, sostenía interesante palique con la linda muchacha.

Se presentó bajo el emparrado, donde se hizo servir una taza de café y como había oído las últimas palabras de Coutard y Picot, intervino alegremente en la conversación:

—¡No os apuréis, muchachos, eso no es nada! Es el principio del baile y vais a ver como nos tomamos el desquite. Claro, hasta ahora han sido cinco contra uno. Pero ahora todo va a cambiar, yo os lo aseguro, pues ya somos trescientos mil hombres. Todos los movimientos que hacemos y que no se comprenden, es para atraer a los prusianos sobre nosotros, mientras Bazaine que los vigila, los cogerá por retaguardia... entonces... ¡zas! los aplastamos como a esta mosca.

Y de una palmada aplastó entre sus dos manos una mosca que había cogido al vuelo; se alegraba, hablaba fuerte, creyendo con toda su inocencia en aquel plan tan bien concebido, con aquella fe que tenía en el valor invencible. Cariñosamente indicó a los soldados el sitio exacto donde se encontraba su regimiento y después, feliz y satisfecho, con un cigarro en la boca, se sentó delante de su taza de café.

—El gusto ha sido mío, compañeros —contestó Mauricio a Coutard y Picot, que

se marchaban dándole gracias por aquel convite.

También se había hecho llevar una taza de café y miraba al teniente contagiado por su alegría, aunque sorprendido por aquello de los trescientos mil hombres cuando no eran más que unos cien mil, y más aún, de la extraña manera de aplastar a los prusianos entre el ejército de Chalons y el de Metz. ¡Sentía tal necesidad de ilusión!

¿Por qué no había de confiar aún, cuando el glorioso pasado no se apartaba de su memoria? ¡La taberna estaba tan alegre con su emparrado, del que colgaban los racimos de uvas dorados por el sol! Volvió a tener una hora de confianza, a pesar de la inmensa tristeza que se había apoderado de su ánimo...

Mauricio había seguido con la vista a un oficial de cazadores de África que iba acompañado de un ordenanza que acababan de desaparecer en aquel momento al trote largo, en el ángulo de la silenciosa casa ocupada por el emperador. Después, al aparecer el ordenanza, solo, con los dos caballos, a la puerta de la taberna, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Próspero!... ¡yo que le creía a usted allá en Metz!

Era un hombre de Remilly, un mozo de labranza, que había conocido siendo niño, cuando iba a pasar las vacaciones en casa del tío Fouchard; había caído quinto y se encontraba en África hacía tres años; cuando estalló la guerra, y tenía buena planta con la chaqueta azul claro, el amplio pantalón encarnado con ancha franja azul, con su cara larga seca y sus brazos ágiles y fuertes.

—¡Vaya un encuentro, señor Mauricio!

Pero no se daba prisa; llevaba a la cuadra los caballos cubiertos de espuma, echando al suyo una ojeada de cariño. Era el amor al caballo innato en él sin duda, que desde niño había demostrado y que le había hecho elegir el arma de caballería cuando fue al servicio.

—Es que llegamos de Monthois, más de diez leguas de un tirón —dijo cuando volvió—, y Céfiro tomará un bocado de buena gana.

Céfiro era su caballo; él no quiso comer; pero aceptó el café. Aguardaba a su oficial, quien a su vez aguardaba al emperador. Y aquello podía ser cosa de cinco minutos, como podía durar dos horas. El oficial, en vista de esto, le había dado orden de llevar los caballos a la cuadra. Y como Mauricio tratara de averiguar a qué había venido, contestó:

—No sé... algún encargo tal vez... algún parte que entregar.

Pero Rochas miraba emocionado al cazador, cuyo uniforme le traía a la memoria el recuerdo de África.

—¿Diga usted, muchacho, dónde estaba usted allá?

—En Medeah, mi teniente.

¡Medeah! y hablaron con cierta franqueza a pesar de la jerarquía. Próspero se había acostumbrado a aquella vida de continua alerta, siempre a caballo, saliendo a campaña como quien va de caza a dar una batida a los árabes. Tenían una sola marmita para seis hombres, para cada tribu; y cada tribu era una familia; uno guisaba;

otro lavaba la ropa, los otros instalaban la tienda de campaña, cuidaban los caballos y limpiaban las armas.

Cabalgaban por la mañana y a la caída de la tarde, cargados con muchos paquetes, abrumados por un sol de plomo.

Por la noche se encendían grandes hogueras para ahuyentar los mosquitos, y alrededor de ellas cantaban canciones del país. A menudo, en la noche clara, débilmente alumbrada por las estrellas, tenían que levantarse para poner paz entre los caballos, los cuales, azotados por el viento cálido, se mordían y arrancaban los piquetes, relinchando furiosamente. Después se tomaba el café, el delicioso café, que se molía en el fondo de una marmita y que filtraban a través de una faja roja del uniforme. Pero también había días malos, lejos de todo punto habitado, enfrente del enemigo. Entonces se habían acabado las hogueras, los cantos y la alegría, sufrían a veces horriblemente por no poder dormir, comer ni beber. ¡Pero qué importaba! Aquella vida les agradaba, aquella existencia de aventuras, de escaramuzas, tan apropiada para el brillo del valor personal, entretenida como la conquista de una isla salvaje, amenizada por las *razzias*, el robo en grande y por el merodeo, que toleraban los generales.

—¡Ah! —dijo Próspero—, aquí no es como allí, aquí se baten de otro modo.

Y con motivo de una pregunta que le dirigió Mauricio, contó su desembarco en Tolón, el largo y penoso viaje hasta Luneville. Allí supieron lo que había ocurrido en Wissemburgo y en Frœschwiller. Después ya no recordaba, confundía las poblaciones; de Nancy a San Mihiel, de San Mihiel a Metz. El 14 debía haber habido una gran batalla, el horizonte era de color de fuego, pero él no había visto más que cuatro hulanos detrás de unos arbustos. El 16 se habían batido nuevamente; el cañoneo empezó a las seis de la mañana y le habían dicho que el 18 el jaleo volvió a empezar más terrible aún. Pero los cazadores de África no estaban allí, porque el 16, en Gravelotte, cuando ya estaban dispuestos para entrar en combate, a lo largo de un camino, el emperador, que pasaba en coche, los tomó al paso, para que le escoltaran hasta Verdun. Un buen paseo, cuarenta y dos kilómetros al galope, con el temor de verse cortados por los prusianos a cada momento.

—¿Y Bazaine? —preguntó Rochas.

—¡Bazaine! dicen que está satisfecho de que le haya dejado en paz el emperador.

Pero el teniente quería saber si Bazaine llegaba. Y Próspero hizo un gesto que nada quería decir; ¡quién sabe! Ellos, desde el 16 habían empleado el tiempo en marchas y contramarchas, molestados por la lluvia, en reconocimientos, en grandes guardias, sin ver al enemigo. Ahora formaban parte del ejército de Chalons. Su regimiento, otros dos de cazadores de Francia y uno de húsares, formaban una de las divisiones de la caballería de reserva; la 1.ª división que mandaba el general Margueritte, del que hablaba con cariño entusiasta.

—¡Ah!, ¡vaya un hombre! Mas ¿para qué sirve, puesto que no han hecho más que hacernos correr de un lado para otro?

Hubo un momento de silencio. Después Mauricio habló de Remilly, del tío Fouchard, y Próspero no podría dar un apretón de manos a Honorato, el sargento de artillería cuya batería debía acampar a una legua de allí, al otro lado del camino de Laon. Pero el ruido que produjeron los caballos, hizo que se levantara, y desapareció para ver si a Céfiro le faltaba algo. Poco a poco, soldados de todas clases y de todos grados fueron entrando en la taberna, en aquella hora tan a propósito para tomar el café y la copita. No quedaba libre ni una mesa: aquella variedad multicolor de los uniformes, mezclada con el verde de los pámpanos, daba al cuadro muy alegre aspecto. El comandante Bouroche acababa de sentarse cerca de Rochas, cuando se presentó Juan llevando una orden.

—Mí teniente, el capitán le aguarda a las tres, para actos del servicio.

Con un movimiento de cabeza dijo Rochas que sería puntual, y Juan, que no se marchó en seguida, se sonrió al ver a Mauricio, que en aquel momento encendía un cigarrillo. Desde la escena del vagón, entre los dos hombres había una tregua que parecía necesitaban para estudiarse recíprocamente, pero cada día iba desapareciendo el odio entre ellos.

Próspero salió de la cuadra impaciente.

—Yo voy a comer, si mi jefe no sale...

Puede que al emperador no le dé gana de volver hasta la noche.

—Diga usted —preguntó Mauricio, cuya curiosidad aumentaba—, ¿tal vez traigan ustedes noticias de Bazaine?

—Tal vez, se hablaba de eso en Monthois.

Mas se produjo un brusco movimiento. Y Juan, que se había quedado cerca de la puerta, se volvió diciendo:

—¡El emperador!

Todos se pusieron de pie. Entre los álamos, por la carretera blanca, un pelotón de cien guardias aparecía, con un lujo de uniformes correcto aún y resplandeciente con el sol que doraba sus corazas.

Después seguía el emperador a caballo, en un ancho espacio libre, acompañado de su Estado Mayor, al que seguía un segundo pelotón de guardias.

Las cabezas se habían descubierto; se oyeron algunas aclamaciones. Y el emperador, al pasar, levantó la cabeza, muy pálido, con la cara estirada, los ojos vacilantes, como si estuvieran turbios y llenos de agua. Pareció despertar de un sueño, se sonrió un poco al ver aquella taberna tan alegre.

Entonces Juan y Mauricio oyeron detrás de sí a Bouroche, que murmuraba después de haber examinado detenidamente al emperador:

—¡Vaya una mala pinta que tiene!

Después, con una sola frase expresó su diagnóstico:

—¡Hombre al agua!

Juan, comprendiéndolo así, hizo un movimiento de cabeza. ¡Qué mala suerte para un ejército tener un jefe así! Y diez minutos más tarde, después de haber dado un

apretón de manos a Próspero, cuando Mauricio, contento con el buen almuerzo que había hecho, se fue de paseo a fumar algunos cigarros, llevaba consigo la imagen de aquel emperador tan pálido, tan descolorido, pasando al trote de su caballo. Era el conspirador, el soñador a quien faltaba la energía en el momento de la acción. Decían que era muy bueno, muy capaz de abrigar un generoso pensamiento, y muy tenaz, como hombre callado; y era también muy valiente, despreciando el peligro como un fatalista dispuesto a arrostrar el destino. Pero en las grandes crisis, paralizado delante de los hechos consumados, e incapaz de obrar en aquellos momentos si la fortuna le era adversa. Y Mauricio se preguntaba si aquello no era un estado fisiológico especial, agravado por los padecimientos, si la enfermedad de que se quejaba el emperador no era la causa de aquella indecisión, de aquella incapacidad de que venía dando pruebas desde el comienzo de la guerra. Eso lo hubiera aclarado todo. Unas arenillas en la carne de un hombre, y los imperios se vienen abajo.

Por la noche, en el campamento, después de la lista, reinó mucha agitación; los oficiales andaban de un lado para otro transmitiendo órdenes, arreglando las cosas para emprender la marcha al día siguiente a las cinco.

Y fue causa de gran sorpresa para Mauricio, el comprender que todo había vuelto a cambiar de nuevo; ya no se replegaban sobre París, iban a marchar sobre Verdun al encuentro de Bazaine. Circulaba el rumor de que había llegado durante el día un telegrama de este último, anunciando que operaba un movimiento de retirada, y el joven recordó a Próspero y al oficial de cazadores, que habían venido de Monthois tal vez para traer una copia del despacho.

Eran, pues, la emperatriz regente y el consejo de ministros quienes triunfaban sobre las continuas dudas del mariscal MacMahon, con el espanto que les causaba el regreso del emperador a París, en su deseo de empujar al ejército hacia adelante, para intentar el salvamento supremo de la dinastía. Y este emperador desgraciado, ese infeliz que no tenía ya un puesto en su imperio, iba a ser llevado como un bulto inútil y molesto, entre los bagajes de sus tropas; condenado a arrastrar detrás de él, la ironía de su casa imperial, sus cien guardias, sus coches, sus caballos, sus cocinas, sus furgones con vajilla de plata y vino de Champagne, toda la pompa de su manto imperial sembrado de abejas, barriendo la sangre y el lodo en los caminos, seguido por la derrota.

A media noche Mauricio aún no había podido dormir. Un insomnio febril, acompañado de pesadillas, le hacía dar continuas vueltas dentro de la tienda de campaña. Tuvo que salir fuera y al respirar el aire fresco sintió alivio. El cielo estaba cubierto de nubarrones, la noche era muy oscura y triste en medio de aquellas tinieblas, que las últimas hogueras, que iban apagándose lentamente, alumbraban cual si fueran estrellas.

Y en aquella calma, que aplanaba a causa del mismo silencio, se sentía la lenta respiración de los cien mil hombres que allí se hallaban acostados. Entonces se aplacaron las angustias que atormentaban a Mauricio, el espíritu de fraternidad que le

inspiraban aquellos cien mil hombres dormidos, llenaba su corazón de cariño, pensando que muchos de ellos dormirían muy pronto el sueño eterno de la muerte. ¡Pobres gentes! No estaban muy disciplinados, robaban y bebían. ¡Pero cuánto habían sufrido ya y cuántas excusas para sus faltas en el desquiciamiento de la nación entera!

Los veteranos gloriosos de Sebastopol y de Solferino, eran ya lo menos, mezclados con tropas demasiado jóvenes para resistir mucho tiempo. Aquellos cuatro cuerpos de ejército, formados a la carrera sin lazos sólidos entre sí, componían el ejército de la desesperación, el rebaño, la víctima expiatoria que se enviaba al sacrificio, para intentar aplacar la cólera del destino. Iba a subir al Calvario hasta lo último, pagando las faltas de todos con rojas oleadas de su sangre, engrandecida con el horror mismo del desastre.

Y Mauricio en aquel instante, en la obscuridad de que se sentía rodeado, tuvo conciencia de su deber. No se hacía la ilusión de ganar batallas legendarias. Aquella marcha sobre Verdun, era una marcha a la muerte, y la aceptaba con resignación, con entereza, puesto que era preciso morir.

IV

El 23 de agosto, un martes, a las seis de la mañana, se levantó el campamento. Los cien mil hombres del ejército de Chalons se estremecieron, desfilaron pronto, manando como un inmenso arroyo, como un río de hombres, convertido durante un momento en extenso lago, y a pesar de los rumores que habían circulado la víspera, se sintieron todos sorprendidos cuando advirtieron que en vez de continuar la retirada se volvía la espalda a París, marchando allá, al Este, hacia lo desconocido.

A las cinco de la mañana el séptimo cuerpo de ejército no tenía aún cartuchos. Desde hacía dos días los artilleros se multiplicaban para desembarcar los caballos y el material en la estación, atestada de provisiones que refluían de Metz. A última hora fueron hallados los vagones cargados de cartuchos en medio de la confusión de trenes que reinaba, siendo necesario que una compañía, de la que Juan formaba parte, fuese a buscar doscientos cuarenta mil, transportándolos en carros embargados a toda prisa.

Juan distribuyó los cien cartuchos reglamentarios a cada uno de los hombres de su escuadra, en el momento mismo en que Gaude, el corneta de la compañía, tocaba a marchar.

El 106.º no debía atravesar por Reims; la orden de marcha señalaba que debía dar un rodeo a la ciudad, para coger después el camino de Chalons. Pero esta vez también se habían olvidado de escalonar las horas de salida, de suerte que los cuatro cuerpos de ejército que habían salido a la vez, se encontraron a la entrada del camino, produciéndose gran confusión. La artillería y la caballería cortaban a cada paso las líneas de infantería. Brigadas enteras tuvieron que aguardar durante una hora, con el arma al brazo, en las tierras de labor, a que el camino se despejase. Y lo peor fue que estalló una tormenta diez minutos después de la salida, cayendo un verdadero diluvio durante más de una hora sobre las tropas, calando a los hombres hasta los huesos y aumentando el peso de sus capotes y mochilas. El 106.º, sin embargo, había podido ponerse en marcha, al cesar la lluvia, mientras que en un campo vecino, los zuavos, obligados a aguardar aún, se entretenían tirándose bolas de barro que, al salpicar sobre los uniformes, hacían estallar la risa.

En seguida, reapareció el sol, un sol espléndido, en la calurosa mañana de agosto. Y la alegría volvió a apoderarse de las tropas. Los hombres humeaban como una lejía; muy pronto se secaron, pareciéndose a perros que salían de tomar un baño, burlándose unos de otros, a consecuencia del barro que llevaban en sus pantalones.

En cada encrucijada había que detenerse todavía. Al final de uno de los arrabales de Reims se efectuó la última parada, delante de una tienda de vinos que hacía su agosto.

Entonces se le ocurrió a Mauricio convidar a la escuadra.

—Si permite usted, cabo...

Juan, después de un momento de duda, aceptó una copa. Allí estaban Loubet y Chouteau, este último respetuosamente callado, desde que el cabo se le había impuesto; y se encontraban también Pache y Lapouille, dos buenos muchachos cuando no les contagiaban los malos ejemplos.

—¡A su salud, cabo! —dijo Chouteau con voz de apóstol.

—¡A la vuestra! ¡Y que cada cual procure volver con la cabeza y con los pies sanos! —replicó Juan con mucha finura en medio de la aprobación general.

Pero ya empezaba de nuevo la marcha: el capitán Beaudoin se había acercado, dispuesto a castigarlos, mientras que el teniente Rochas volvía la cabeza indulgente. El desfile por la carretera de Chalons había comenzado: una cinta blanca, bordeada por árboles, recta en la inmensa llanura por entre rastrojos, viéndose aquí y allá grandes pilas de haces y molinos que movían sus aspas. Más al Norte, las hileras de postes del telégrafo señalaban otros caminos, donde se veían líneas oscuras que indicaban otros regimientos en marcha. Muchos cortaban a campo traviesa en masas profundas. Una brigada de caballería por delante, a la izquierda, trotaba deslumbrante bajo el sol. Y todo el horizonte desierto, vacío, triste y sin límites, se animaba, se repoblaba con aquellos ríos de hombres, que se desbordaban por todas partes, inagotables cual gigantesco hormiguero.

A eso de las nueve, el 106.º abandonó el camino de Chalons para tomar a la izquierda el de Suippe, otra cinta recta que se perdía a lo lejos. Marchaban en dos filas espaciadas, dejando libre el centro del camino. Los oficiales marchaban por el centro solos, muy a gusto, y Mauricio había notado que estaban muy preocupados, contrastando su aspecto con el que ofrecían los soldados, alegres y contentos, como chicos, de haber emprendido la marcha.

Como la escuadra se encontraba casi a la cabeza del regimiento veía de lejos al coronel señor Vineuil, cuyo aspecto sombrío, el cuerpo derecho, mecido al paso del caballo, le chocaba. Se había enviado la música a retaguardia, con las cantinas del regimiento. Después, acompañando la división, venían las ambulancias, el tren de equipajes, al que seguía la impedimenta del cuerpo entero, un inmenso convoy de carros cargados de forraje, furgones cerrados con las provisiones, un desfile de carruajes de todas clases, que ocupaba cinco kilómetros y del que se veía en los recodos del camino la interminable cola.

Por último, detrás de los carros cerraban la columna algunos rebaños, una desbandada de bueyes que marchaban envueltos en una oleada de polvo, hostigada a latigazos.

No obstante, Lapouille, de vez en cuando se subía la mochila moviendo los hombros. Con el pretexto de que era él el que tenía más fuerza, le cargaban con los artefactos de la escuadra, la olla y la cantimplora para el agua. Y esta vez le habían cargado hasta con la pala de la compañía, haciéndole creer que aquello era un honor. No se quejaba y se reía de una canción con la que Loubet, el tenor de la escuadra, trataba de distraer la monotonía de la marcha. Loubet tenía una mochila muy célebre,

en la que se encontraba de todo: ropa, zapatos de recambio, mercería, cepillos, chocolate, un cubierto, un vaso de hojalata y de los víveres reglamentarios, galletas, café, y además de tener los cartuchos y sobre la mochila la manta, la tienda de campaña y las estacas, todo aquello le parecía ligero; de tal modo sabía arreglarlo todo.

—¡Vaya un país! —decía de vez en cuando, echando una mirada de desprecio sobre aquellas llanuras tristes de la miserable Champagne.

Las vastas planicies de tierra caliza, se sucedían hasta perderse allá en lontananza. Ni un cortijo, ni un alma, nada más que bandadas de cuervos que manchaban con una nota negra la inmensidad gris del horizonte. A la izquierda, muy lejos, bosques de pinos de un verde sombrío, coronaban las suaves ondulaciones que cerraban el horizonte, mientras que a la derecha se adivinaba el curso del río Vesle que señalaba una línea de árboles. Y allí, detrás de los montecillos, a más de una legua de distancia se veía subir una humareda enorme, cuyos nubarrones acababan por cubrir el horizonte, como si fueran producto de un voraz incendio.

—¿Qué es lo que se quema por allí? —preguntaron algunos.

Bien pronto se supo lo que era. El campamento de Chalons que ardía dos días antes, según decían, por orden del emperador, para salvar de manos de los prusianos las riquezas allí acumuladas. La caballería de retaguardia fue la encargada de incendiar un gran barracón, llamado el almacén amarillo, lleno de tiendas de campaña, de estacas y de esteras y el almacén nuevo, donde había amontonados zapatos, marmitas, mantas, capaz para equipar a más de cien mil hombres. Las pilas de paja y de heno seco, ardían también como antorchas gigantescas. Y ante aquel espectáculo, delante de aquellos remolinos lívidos que se desbordaban por las crestas de los cerros lejanos enlutando el cielo, el ejército que marchaba por la gran llanura triste, habíase tornado en silencioso al sentir la opresión producida por aquel espectáculo. Solo se oía en aquella mañana, en que el sol brillaba espléndido, la cadencia de los pasos, mientras que las cabezas se volvían siempre para ver la humareda que iba en aumento, cuya vista siguió la columna todavía durante una legua más.

La alegría volvió a reinar en la gran parada, en el rastrojo donde los soldados pudieron sentarse sobre sus mochilas para tomar un bocado. Las galletas cuadradas servían para hacer la sopa, y las pequeñas, redondas, las comían como bocado exquisito, solo tenían el defecto de dar durante el día sed. Invitado por sus compañeros, Pache entonó un cántico cuyo estribillo cantaron a coro todos los de la escuadra. Juan, el cabo, bonachón como siempre, se sonreía y los dejaba en libertad, mientras que Mauricio volvía a sentir confianza al ver el entusiasmo de todos, el orden y la alegría que reinaba durante aquella primera jornada en marcha.

El resto de la etapa se recorrió en la misma forma, animados todos del mejor espíritu. Sin embargo, los ocho últimos kilómetros parecieron un poco pesados. Se acababa de dejar a la derecha la aldea de Prosnes, y se abandonó la carretera para

acortar por terrenos incultos, landas arenosas, plantadas de bosquecillos de pinos; y la división entera, seguida del interminable convoy, daba vueltas por aquellos bosques, hundiéndose en la arena. El desierto iba ensanchándose todavía; solo encontraron un rebaño entero de ovejas, custodiado por un perro negro muy grande.

Por último, a las cuatro, el 106.º se detuvo en Dontrien, una aldea que se hallaba en las márgenes del Suipe, un pequeño río que corre por entre bosques de árboles; la vetusta iglesia está en medio del cementerio, que un castaño inmenso cubre con su sombra. En la margen izquierda, en un prado en cuesta, el regimiento colocó sus tiendas de campaña. Los oficiales decían que los cuatro cuerpos de ejército iban a acampar aquella noche en la línea del Suipe, desde Auberive a Heutregiville, pasando por Dontrien, Bethiniville y Pont Faverger, una línea que se extendía cerca de cinco leguas.

En seguida tocó Gaude a provisiones, y Juan tuvo que echar a correr, porque el cabo era el gran abastecedor, siempre alerta. Se había llevado consigo a Lapouille, y volvieron al cabo de media hora con un trozo de carne y un haz de leña. Se habían degollado bajo un árbol tres bueyes de los que seguían a la columna. Lapouille tuvo que volver a buscar el pan, que se estaba cociendo en Dontrien, en los hornos del pueblo. Aquel fue el primer día en que hubo de todo en abundancia, excepto vino y tabaco, de los que nunca probaron las tropas durante toda la campaña.

Al regresar Juan, encontró a Chouteau ocupado en plantar la tienda de campaña auxiliado por Pache. Los miró durante algún tiempo como soldado experimentado, burlándose de lo que hacían.

—La suerte es que esta noche parece que va a ser buena, porque sino el viento nos llevaría la casa. Tendré que enseñaros para otra vez.

Quiso enviar a Mauricio a buscar agua, con una gran cantimplora. Pero este, que se había sentado, se descalzaba para mirar su pie derecho.

—¡Caramba! ¿Qué tiene usted ahí?

—Es el contrafuerte que me ha herido en el talón, los otros zapatos estaban rotos y he tenido que comprar estos en Reims, solo que debiera haberlos comprado más grandes.

Juan se puso de rodillas y se acercó al pie de Mauricio examinándole con precaución, como si fuese el de un niño, meneando la cabeza.

—Hay que tener cuidado —dijo—. Un soldado que no tiene pies no sirve para nada. Mi capitán, en Italia, decía siempre que se ganaban las batallas con las piernas.

Juan ordenó a Pache fuera a buscar agua. El río se hallaba cerca, a unos cincuenta metros. Loubet mientras tanto había encendido la lumbre y pudo instalar en un agujero la marmita grande llena de agua en la que sumergió la carne, cuidadosamente atada. Entonces se pusieron a observar cómo se hacía el rancho. La escuadra entera, libre de servicio, se echó sobre la hierba alrededor del fuego, en familia, contemplando aquella carne que cocía; mientras que Loubet, grave y serio, removía la marmita con su cuchara. Como los niños y los salvajes, no tenían más

preocupación que la de comer y dormir; en aquella carrera se las arreglaban bien, bajo el mando de Juan. Mauricio, complaciente, leyó las noticias más interesantes, mientras que Pache, el sastre de la escuadra, le remendaba su capote, y Lapouille le limpiaba sus armas. Primero se trataba de una gran victoria de Bazaine que había arrollado a los prusianos en las canteras de Jaumont; y aquel cuento imaginario estaba rodeado de circunstancias dramáticas, hombrea y caballos aplastándose contra las rocas, on completo aniquilamiento, tanto, que se habían enterrado trozos de cadáveres. Después venían multitud de detalles sobre el desastroso estado en que se encontraban los ejércitos alemanes, desde que habían invadido Francia; los soldados mal alimentados, con mal equipo, desmoralizados, morían como chinches, a lo largo de los caminos, atacados por enfermedades horribles. Otro artículo decía que el rey de Prusia tenía disentería y que Bismarck se había roto las piernas al saltar por la ventana de una posada, donde había estado a punto de caer en manos de los zuavos. ¡Bueno va! Lapouille se reía a carcajadas, mientras Chouteau y los demás, sin poner en duda lo que el periódico decía, hablaban de recoger prusianos en los campos, como si fueran palominos atontados. Y todos celebraban con grandes risas el susto que habían dado a Bismarck. ¡Ah! los zuavos y los turcos, ¡vaya unos valientes! Circulaban toda clase de leyendas; Alemania temblaba y se incomodaba, diciendo que era indigno de toda nación civilizada emplear en su defensa salvajes como esos. Aunque diezmados ya en Frœschwiller, parecían aún hallarse intactos y ser invencibles.

Dieron las seis en el pequeño campanario de Dontrien y Loubet gritó:

—¡A comer!

La escuadra formó silenciosamente la rueda. A última hora. Loubet había encontrado legumbres en casa de un aldeano: El banquete era completo: una sopa que embalsamaba el aire, que olía a zanahoria y a puerros, algo suave para el estómago, como si fuese terciopelo. Las cucharas no paraban. Después, Juan, que repartía las raciones, tuvo que distribuir la carne, con la más estricta justicia, porque todos miraban con ansia, y con seguridad se hubiese armado camorra si el pedazo de carne que correspondía a uno hubiese sido más pequeño que el que le tocaba a otro. No quedó ni una migaja.

—¡Vamos! —dijo Chouteau, mientras se echaba al suelo—, la verdad es que vale más esta comida que recibir una tanda de palos.

Y Mauricio, que se había hartado, estaba muy satisfecho, sin acordarse de la herida que tenía en el pie, pues con el descanso se le había calmado el escozor. Ahora aceptaba de buena gana aquella compañía un tanto soez, hallando buena la igualdad ante las mismas necesidades y los mismos padecimientos. Aquella noche durmió profundamente, con el mismo sueño pesado de sus cinco compañeros de tienda de campaña; todos juntos, calentándose con sus cuerpos, pues Lapouille, a indicación de Loubet, había traído abundante paja, sobre la cual se acostaron y roncaron como unos bienaventurados. Y en aquella noche clara, desde Auberive y Heutregiville, a lo largo

de las márgenes del Suippe, que se deslizaba lentamente por entre los sauces, las hogueras de los cien mil hombres que descansaban, iluminaban las cinco leguas de la llanura. Al salir el sol, hicieron el café moliendo los granos en una marmita con la culata del fusil y echáronlos después en agua caliente. Aquella mañana la salida del sol fue de una magnificencia regia, en medio de grandes nubes de púrpura y oro, mas el mismo Mauricio no se fijaba ya en aquellos cuadros que ofrecían el horizonte y el cielo, y Juan únicamente, como hombre del campo, miraba con aire inquieto el alba rojiza, que anunciaba la lluvia. Así es que antes de emprender la caminata, y como acabasen de recibir las raciones de pan, reprendió con dureza a Loubet y a Pache, porque las habían colocado encima de las mochilas. Las tiendas se habían doblado ya, todo estaba recogido y nadie le hizo caso. Dieron las seis en todos los campanarios de las aldeas vecinas, cuando el ejército entero se puso en movimiento, emprendiendo de nuevo la marcha hacia adelante, con buenos ánimos, para aquella jornada.

El 106.º, para coger el camino de Reims a Vouziers, tomó por atajos y atravesó por llanuras de rastrojos durante una hora. Abajo, hacia el Norte, se advertía escondida entre árboles, la aldea de Bethiniville, donde debía haber pasado la noche el emperador. Cuando llegaron a la carretera de Vouziers, las planicies de la víspera volvieron a empezar, la Champagne acabó de presentar su pobre campiña de una monotonía desesperante. Viose después el Arne, un riachuelo que corría por la izquierda, mientras que las tierras incultas se extendían por la derecha hasta perderse de vista, prolongando el horizonte con sus líneas planas. Atravesaron varias aldeas: San Clemente, cuya calle única serpentea a lo largo de la carretera; San Pedro, población de ricachos que habían levantado barricadas delante de sus puertas y ventanas. El gran descanso se verificó hacia las diez, cerca de otro pueblo, San Esteban, donde los soldados pudieron encontrar tabaco. El 7.º cuerpo se había dividido en varias columnas; el 106.º marchaba solo, no teniendo detrás de sí más que un batallón de cazadores y la artillería de reserva; Mauricio en todos los recodos del camino echaba la vista hacia atrás, para volver a ver al inmenso convoy que tanto le había entusiasmado la víspera; los rebaños habían desaparecido, y no quedaban más que cañones rodando por aquellas llanuras, parecidos a langostas sombrías.

Pero, después de San Esteban, el camino se hizo insoportable, un camino que subía por ondulaciones lentas, en medio de los vastos campos estériles, en los cuales solo crecían los eternos bosques de pinos, cuyo verde oscuro resaltaba tristemente en aquellas sierras tan blancas. Todavía no habían atravesado un país tan triste. Mal conservado el camino, estropeado por las últimas lluvias, era un verdadero barrizal de arcilla gris, desleída, donde se hundían los pies, como si aquello fuera pez. El cansancio era grande, los hombres apenas podían avanzar, extenuados, y para colmo de males empezaron a caer chaparrones tremendos. La artillería estuvo a punto de quedarse atascada en el camino.

Chouteau, que llevaba el arroz de la escuadra, cansado, molesto por la carga, tiró el paquete, creyendo que nadie le veía. Loubet le había visto.

—Haces mal; porque si todos te imitáramos, nadie podría comer a la noche.

—No importa, puesto que hay provisiones en abundancia; ya nos darán cuando lleguemos.

Y Loubet, que llevaba el tocino, convencido por el razonamiento, lo tiró también.

Mauricio sufría cada vez más de su pie, cuyo talón debía haberse inflamado de nuevo. Se arrastraba tan penosamente, que Juan se compadeció de él.

—¡Eso no se cura! ¿No es verdad?

Como en aquel momento la columna se paró para dar descanso a las tropas, Juan añadió:

—Quítese usted el zapato, y así el barro frío calmará el escozor.

En efecto, Mauricio pudo continuar andando sin gran dificultad, y un profundo sentimiento de gratitud se manifestó en él. Era una gran fortuna para una escuadra tener un cabo como Juan, que había servido y que conocía todas las tretas del oficio; era un aldeano un poco burdo, pero, no obstante, él reconocía que era un buen hombre.

Llegaron muy tarde a Contreuse, donde debían acampar, después de haber atravesado el camino de Chalons a Vouziers, y haber bajado por una pendiente a la rambla de Semide. El país cambiaba, estaban en los Ardennes. Desde las pobladas laderas elegidas para el campamento del 7.º cuerpo por encima del pueblo, se veía a lo lejos el valle del Aisne, perdido en las brumas de los aguaceros.

A las seis, Gaude, el corneta, no había tocado aún a provisiones. Entonces Juan, para entretenerse, quiso plantar la tienda de campaña. Enseñó a sus hombres cómo había que elegir un terreno un poco pendiente, plantar los piquetes de costado, hacer un canalito alrededor de la tela para que pudieran correr las aguas. Mauricio, a causa de la herida que tenía en el pie, estaba relevado de toda clase de trabajo y miraba con sorpresa la maña que se daba Juan para comodidad de todos. Él estaba casi inutilizado, pero le sostenía la esperanza que había vuelto a apoderarse de los corazones.

Habían andado sin descanso desde Reims, echándose sesenta kilómetros a la espalda en dos etapas. Si continuaba en la misma forma y siempre en línea recta, de seguro lograrían arrollar al segundo ejército alemán y unirse a Bazaine, antes que el 3.º, el del príncipe real de Prusia, que decían se hallaba en Vitry-le Français, hubiese tenido tiempo de ir a Verdun.

—¡Pero qué!, ¿nos van a dejar morir de hambre? —dijo Chouteau al notar que a las siete todavía no habían dado nada.

Juan, como hombre prevenido, había encargado a Loubet que encendiera lumbre para calentar el agua, y como no había leña, Loubet arrancó el emparrado de un jardín que se hallaba cerca. Pero cuando habló de hacer un plato de arroz con tocino, hubo que confesarle que el arroz y el tocino se habían quedado entre el barro del camino. Chouteau mentía descaradamente, jurando y perjurando que el paquete se le había caído sin notarlo.

—¡Sois unos animales! —dijo Juan enfurecido—. ¡Tirar la comida cuando tanta gente tiene hambre!

Lo mismo había ocurrido con el pan atado sobre los morrales: no le habían hecho caso y las lluvias le habían mojado hasta el punto que parecía una sopa.

—¡Estamos frescos! —repitió—. Nosotros que teníamos de todo, ahora nos comeremos los codos... Pero ¡qué brutos sois!

Precisamente en aquel momento llamaban al sargento para asuntos del servicio, y al regresar este, previno a los hombres de su sección que como no había medio de repartir provisiones, consumiesen los víveres de campaña que tenían. El convoy decía que se había quedado en el camino, por causa del mal tiempo, y en cuanto al rebaño de bueyes, se había extraviado a consecuencia de órdenes mal dadas o mal interpretadas. Mas tarde, se supo que habiendo subido del lado de Rhetel el 5.º y el 12.º cuerpos, todas las provisiones de los pueblos cercanos habían afluído hacia aquel punto, lo mismo que los habitantes deseosos de ver al emperador; de suerte que, delante del 7.º cuerpo, el país había quedado desierto; no había ni carne, ni pan, ni gentes, y para colmo de males, efecto de una mala interpretación, los aprovisionamientos de la administración militar habían ido a parar al Chéne Populeux. Durante toda la campaña fue aquella la continua desesperación de los desgraciados intendentes, contra los cuales clamaban los soldados, y cuya única culpa era de ser demasiado exactos en enviar los víveres a los puntos que les había designado el Estado Mayor y a donde no llegaban las tropas.

—¡Brutos, animales! —repetía Juan—, merecéis morir de hambre y aunque no sois dignos de que me ocupe de vosotros, voy a ver si encuentro algo para comer.

Se fue llevándose a Pache, a quien estimaba, porque era muy prudente, aunque le parecía demasiado beato.

Desde hacía algún momento, Loubet había husmeado a unos doscientos o trescientos metros una pequeña casería, donde le parecía que había una tienda de ultramarinos. Llamó a Chouteau y a Lapouille, diciéndoles:

—Vámonos por aquí; que me parece que vamos a pescar algo.

Mauricio se quedó vigilando la marmita con orden de ir atizando el fuego. Se había sentado sobre su manta, con el pie descalzo para que se secase la llaga. La vista del campamento le interesaba, todas las escuadras estaban en movimiento preparándose a consumir sus provisiones. En medio de la enorme agitación que le rodeaba, a través de los pabellones de armas, de las tiendas de campaña, notaba que había escuadras que no habían podido encender lumbre, otras, resignadas, se habían acostado ya, mientras que algunas comían con mucho apetito, según el espíritu previsor del cabo que las mandaba, y de los individuos de que se componían. Lo que más llamaba su atención era el orden que reinaba en la artillería de reserva, acampada sobre la loma. Al ponerse el sol, hizo brillar entre dos nubes los cañones, a los que los artilleros habían quitado ya el barro del camino.

En la casería que Loubet y sus compañeros habían descubierto, el jefe de la

brigada, general Bourgain Desfeuilles, acababa de instalarse cómodamente. Había encontrado una cama bastante aceptable y estaba sentado a la mesa, delante de una tortilla y de un pollo asado, lo que hubo de ponerle de muy buen humor, y como el coronel Vineuil había ido a visitarle para un asunto del servicio, le convidó a cenar.

Estaban sentados los dos alrededor de aquella mesa, servidos por un mozo rubio que el dueño de la casa tenía a su servicio, desde hacía tres días; un alsaciano expatriado, al que había arrastrado el desastre de Frœschwiller. El general hablaba todo cuanto se le venía y las mientes, sin preocuparse de aquel hombre; comentaba la marcha del ejército, y después le interrogaba acerca del camino y de las distancias, olvidando que no era aquel país. La ignorancia de que daba prueba el general, acababa de conmovér al coronel. Él había vivido en Mezieres. Dio algunas indicaciones, y al oírlas el general, exclamó:

—¡Pero esto es tonto, sencillamente tonto!, ¿cómo quiere usted que nos batamos en un país que no conocemos?

El coronel se desesperaba. Sabía que desde la declaración de la guerra se habían distribuido a todos los oficiales mapas de Alemania, y que ninguno poseía un mapa de Francia. Todo lo que veía, todo lo que oía, desde el principio de la guerra, le aniquilaba. Solo le quedaba su valor, con su autoridad de jefe, un poco limitada, a quien los soldados querían más bien que temían.

—¡No nos dejan comer en paz! —dijo el general—. Vaya usted a verlo que pasa, alsaciano.

Pero se presentó en aquel momento el casero, desesperado, llorando, lamentándose. Decía que le robaban, que los cazadores y los zuavos le saqueaban la casa. Había tenido la debilidad de abrir la tienda, siendo el único en el pueblo que tenía huevos, patatas, conejos. Vendía sin robar mucho, se guardaba el dinero y entregaba el género, tanto que los compradores, cada vez más numerosos, le habían atontado, y acabaron por atropellarle, por coger cuanto les daba la gana, sin pagarle. Durante la guerra, si muchos aldeanos lo escondieron todo, si negaron hasta un vaso de agua a los soldados, fue por ese miedo que les causaban aquellos atropellos, aquella marea de hombres que se les metía por la casa, y se lo llevaban todo.

—¡Déjeme usted en paz! buen hombre —dijo el general—. Habría que fusilar una docena cada día ¿y puede hacerse eso?

Mandó cerrar la puerta para no verse obligado a intervenir, mientras que el coronel le explicaba que no se habían repartido las provisiones a los hombres y que estos tenían hambre.

Loubet había visto un campo sembrado de patatas, y auxiliado por Lapouille, empezaron a arrancarlas con las manos, llenándose los bolsillos. Pero Chouteau, que estaba encaramado encima de una pared, les llamó y se acercaren; había visto una manada de gansos, una docena de gansos magníficos que se paseaban majestuosamente en un corral estrecho.

Celebraron consejo los tres, y le tocó a Lapouille ir a cazar el ave, para lo cual dio

un salto cayendo al corral. El combate fue terrible; uno, al que había cogido, estuvo a punto de cortarle las narices con su duro pico. Entonces le agarró por el cuello, y quiso estrangularle, mientras que el animal se defendía arañándole el vientre y los brazos. Por último, tuvo que aplastarle la cabeza de un puñetazo, y echó a correr perseguido por el resto de la manada que le picoteaba las piernas.

Cuando los tres llegaron al campamento con el ganso escondido en un saco, juntamente con las patatas, encontraron a Juan y Pache que regresaban contentos de su expedición cargados con cuatro panes y un queso, que habían comprado a una pobre mujer.

—Puesto que el agua hierve, vamos a hacer el café. Tenemos queso y pan; banquete completo.

Pero de pronto vio el ganso, echado a sus pies, y se sonrió tanteándolo como hombre que lo entiende.

—¡Vaya un bicho, lo menos pesa veinte libras!

—Es un pájaro que hemos encontrado —replicó Loubet, con su voz de pillastre— y que ha querido entablar relaciones con nosotros.

Juan movió la cabeza, como renunciando o entrar en más averiguaciones. De algún modo tenían que vivir, y después de todo, ¿por qué no había de tocarles a ellos aquella ganga, después de los malos tragos pasados?

Loubet encendía ya la lumbre, Pache y Lapouille desplumaban el ganso precipitadamente, y Chouteau que había ido a pedir un bramante a los artilleros, volvió con él, colgando al bicho entre dos bayonetas delante del fuego; Mauricio se encargó de darle vueltas para que no se quemara. La grasa comenzaba a caer dentro de la marmita de la escuadra, aquello fue el triunfo del asado a la cuerda. Todo el regimiento, atraído por el buen olor, se fue acercando poco a poco, formando círculo alrededor de aquella afortunada escuadra. ¡Vaya un festín! ¡Ganso asado, patatas cocidas, pan y queso! Cuando Juan partió el ganso, la escuadra se atracó de firme. No quedó nada de aquella ave caída allí tan milagrosamente, pues llevaron un trozo a los artilleros para pagarles de algún modo el préstamo que habían hecho.

Precisamente, aquella noche, los oficiales del regimiento no habían comido. Por un error de dirección, el furgón del cantinero se había extraviado. Si los soldados padecían cuando no se verificaban los repartos de provisiones, acababan siempre por encontrar algo que comer, se ayudaban mutuamente, los hombres de cada escuadra reunían sus esfuerzos, mientras que el oficial entregado a sus propias fuerzas, aislado, se moría de hambre, sin lucha posible en cuanto faltaba la cantina.

Así es que Chouteau, que había oído al capitán Beaudoin echar sapos y culebras, porque había desaparecido el furgón de los víveres, se mofaba de él, al verle pasearse tan tieso y le señalaba con la vista a sus compañeros.

—Miradle, su nariz se mueve, daría un duro por su armazón.

Todos se echaron a reír al notar el hambre canina que tenía el capitán, que no había sabido hacerse querer de sus hombres, demasiado duro y demasiado joven: un

tío orgulloso, como ellos decían. Estuvo a punto de pedir explicaciones a la escuadra, por el escándalo que había provocado con aquella cena, pero temeroso de dar a conocer el hambre que tenía, se alejó, con la cabeza alta, como si nada hubiese visto.

En cuanto al teniente Rochas, atormentado por un hambre feroz, daba vueltas alrededor de la feliz escuadra. Los soldados le querían mucho, en primer lugar porque odiaba al capitán, aquel mocoso salido de la escuela de Saint Cyr y además porque él también había llevado el chopo, como todos ellos. Pero, sin embargo, no tenía muy buen genio y a veces daban ganas de abofetearle.

Juan, que con una mirada había consultado a los compañeros, se levantó haciéndose seguir del teniente y dirigióse detrás de la tienda de campaña.

—Diga usted, mi teniente, sin ofenderle: ¿quiere usted aceptar este obsequio?

Y le dio un pedazo de pan y el plato, donde habían puesto un muslo del ganso, sobre seis rajadas de patatas.

Aquella noche no tardaron mucho en dormirse. Los seis digirieron la cena perfectamente. Y tuvieron que agradecer al cabo lo bien que había plantado la tienda, porque no se dieron cuenta de que hacia las dos de la madrugada sopló un vendaval tremendo, acompañado de un fuerte aguacero. Algunas tiendas volaron, arrancadas por la fuerza del viento, los hombres se despertaron sobresaltados, viéndose obligados a andar de la ceca a la meca, en medio de las tinieblas, mientras que la tienda que les albergaba resistió el temporal, sin que el agua penetrara dentro.

Al amanecer, Mauricio se despertó, y como no debían emprender la marcha hasta las ocho, se le ocurrió subir hasta donde se encontraba la artillería de reserva para saludar a su primo Honorato. Su pie le hacía sufrir menos con el descanso de aquella noche. El aspecto que ofrecía el parque le admiraba; las seis piezas de una batería correctamente en línea, seguidas de los arcones, de las prolongas, de las forrajeras y de las forjas. Más allá, los caballos relinchaban mirando al sol naciente.

En seguida encontró la tienda de campaña donde se albergaba Honorato, gracias al orden perfecto que asigna a todos los hombres de una misma batería una hilera de tiendas, de modo que al ver un campamento se sabe con cuantos cañones cuenta.

Cuando llegó Mauricio, los artilleros estaban tomando el café, y había una disputa entre el conductor delantero, Adolfo, y el apuntador Luis, su compañero.

Desde los tres años que estaban aparejados juntos, siguiendo la costumbre de unir a un conductor un sirviente, siempre estaban de acuerdo en todo, menos cuando llegaba la hora de comer. Luis, más instruido, muy inteligente, aceptaba aquella especie de superioridad que existe entre el artillero montado y el de a pie: plantaba la tienda, hacía los recados y se ocupaba del rancho, mientras que Adolfo cuidaba los dos caballos. Mas el primero, moreno y delgado, con un apetito enorme, se sublevaba cuando el otro, muy alto y con grandes bigotazos, quería hacerse plato como amo. Aquella mañana la disputa había sido originada porque Luis, que había hecho el café, acusaba a Adolfo de tragárselo todo. Fue preciso reconciliarlos.

Al levantarse, todas las mañanas, Honorato iba a visitar el cañón, y ante su vista

hacía que le limpiaran, que le secaran el rocío, como si hubiera querido preservarle de algún catarro, y se encontraba allí, viéndole brillar, con mirada cariñosa, cuando reconoció a Mauricio.

—¡Hombre! sabía que el 106.º estaba aquí cerca; he recibido una carta de Remilly y quería bajar a buscarte. ¡Vamos a tomar la mañana!

Para poder estar solos los dos, se lo llevó hacia la casería que los soldados habían saqueado la víspera y donde el aldeano que la habitaba, incorregible, deseando ganar unos cuartos, acababa de instalar una cantina, empezando un tonel de vino blanco. Delante de la puerta, sobre un tablón, despachaba su mercancía a veinte céntimos el vaso, ayudado por el criado que había tomado tres días antes, el coloso rubio, el alsaciano.

Honorato iba a beber un trago, cuando sus ojos se fijaron en aquel hombre. Lo contempló un momento asombrado. Después salió de su boca una blasfemia.

—¡Ese es Goliath!

Y se tiró sobre él para estrangularle. Pero el aldeano, creyendo que iban a saquearle de nuevo la casa, se echó hacia atrás y cerró la puerta. Hubo algunos momentos de confusión; todos los soldados que allí se encontraban aporreaban la puerta, mientras que el sargento, loco, gritaba:

—¡Abra usted!, ¡abra usted!, ¡animal!... ¡Es un espía!, ¡es un espía!

Ahora Mauricio ya no dudaba. Acababa de reconocer al hombre que habían soltado en el campamento de Mulhouse por falta de pruebas, y aquel hombre era Goliath, el antiguo criado de la casería del tío Fouchard, en Remilly. Cuando el aldeano se decidió a abrir la puerta, aunque registraron toda la casa, el alsaciano había desaparecido, aquel coloso rubio a quien el general Bourgain Desfeuilles había interrogado inútilmente la víspera y delante del cual, mientras cenaba con el coronel Vineuil, había confesado todo cuanto iba a hacer, sin poder sospechar que tenía delante un espía. Sin duda, el hombre había saltado por una ventana trasera que se encontró abierta; pero fue inútil buscarle por los alrededores; él que era tan grande se había evaporado como el humo.

Mauricio tuvo que llevarse aparte a Honorato, cuya desesperación iba a desahogar en palabras con los compañeros, los que no tenían necesidad de enterarse de aquella triste historia de familia.

—¡Vive Dios! Le hubiera estrangulado de tan buena gana... Precisamente, la carta que he recibido ha aumentado la rabia que le tenía hace ya tiempo.

Los dos fueron a sentarse a algunos pasos de la casería, y Honorato entregó la carta a Mauricio.

La historia de aquellos amores contrariados de Honorato Fouchard y de Silvina Morange, era una historia como hay muchas. Ella, una muchacha morena, con ojos hermosos, había perdido siendo muy joven a su madre, una obrera a quien habían seducido, que trabajaba en una fábrica de Raucourt; había sido el doctor Dalichamp su padrino de ocasión, un buen hombre siempre dispuesto a adoptar los hijos de las

desgraciadas a quienes asistía, quien tuvo la idea de colocarla de criada en casa del señor Fouchard. El viejo aldeano, que se había hecho carnicero, por afán de lucro, era de una avaricia sórdida, muy duro; pero cuidaría a la chicuela y si trabajaba se crearía un modo de vivir. De todos modos se libraba de la vida desordenada de la fábrica. Ocurrió que en casa del señor Fouchard, el hijo de este y la criada se enamoraron. Cuando ella entró allí tenía doce años y Honorato diez y seis. Cuando él llegó a los veinte y entró en quintas, tuvo la buena suerte de sacar un número muy alto, librándose de ir al servicio y entonces quiso casarse. Hasta entonces solo habían mediado entre ellos relaciones puramente platónicas, pero cuando habló a su padre de aquel proyectado matrimonio, este, exasperado, testarudo, declaró que antes de casarle preferiría verle muerto y guardó la muchacha tranquilamente, confiando en que aquellos amores pasarían. Durante dos años los dos jóvenes continuaron enamorándose y después de una disputa que sobrevino entre los dos hombres, el hijo no pudiendo continuar de aquel modo, sentó plaza y le enviaron a África, mientras que el viejo persistió en quedarse con la muchacha, de cuyos servicios estaba muy satisfecho. Entonces ocurrió un desastre: Silvina que había prometido ser fiel a Honorato, se encontró una noche, quince días después, entre los brazos de un criado de labranza que había entrado a servir en la casería algunos meses antes; era este, Goliath Steimberg, el prusiano, como se le llamaba, un buen mozo, con el pelo rubio y la cara sonrosada, siempre amable; era el compañero, el confidente de Honorato. ¿Fue acaso el señor Fouchard el que había preparado aquella aventura o fue Silvina la que se entregó en un momento, inconscientemente, enferma y aún debilitada por las lágrimas que había derramado al separarse de Honorato?

Ella misma no lo sabía, abatida, destrozada; lo cierto es que quedó encinta y aceptaba ahora la necesidad de un casamiento con Goliath. Este, siempre amable, no se oponía, pero retrasaba el momento de cumplir esa formalidad, hasta que naciera el pequeño. Después, bruscamente y en vísperas del parto, desapareció. Díjose entonces que había entrado de criado en otra casa, cerca de Beaumont. Habían pasado tres años y nadie dudaba ya que aquel Goliath, aquel hombre tan amable que abandonaba a las mujeres, era uno de esos espías que Alemania había enviado a nuestras provincias del Este. Cuando Honorato llegó a conocer en África aquella triste historia, cayó enfermo y estuvo tres meses en el hospital, como si el sol africano le hubiese aplastado, y nunca quiso aprovechar una licencia para volver a su país por temor de ver a Silvina y al niño.

Mientras que Mauricio leía la carta, las manos del artillero temblaban. Era la carta de Silvina, la primera y única que le había escrito. ¿A qué clase de sentimiento había obedecido, ella tan callada, tan sumisa, ella cuyes hermosos ojos negros, tomaban a veces una expresión extraordinaria, en medio de su continua esclavitud? En la carta decía sencillamente que sabía que estaba en la guerra y que si no debían volverse a ver, que le causaba demasiada pena pensar que podía morir, con la creencia de que ya no le quería. Le quería siempre, no había querido a otro más que a él: y eso mismo

repetía en las cuatro carillas de la carta, con frases siempre iguales, sin buscar excusas, sin tratar de explicar lo que había ocurrido entre ella y Goliath. No decía ni una palabra del niño: terminaba la carta con una despedida muy tierna.

Esta carta produjo mucho efecto a Mauricio, a quien su primo Honorato había tomado otras veces por confidente. Levantó la vista, vio que lloraba y le abrazó con cariño.

—¡Pobre Honorato! —dijo.

Pero ya el sargento, dominada su emoción, guardó la carta cuidadosamente en el pecho y se abrochó de nuevo el capote.

—Estas son cosas que hacen daño —dijo Honorato—. Si hubiese podido coger a ese bandido y estrangularle... Allá veremos.

Las cornetas tocaban llamada, y cada cual tuvo que echar a correr hacia su sitio. Los preparativos para emprender la marcha se hicieron muy pausadamente. Las tropas, con la mochila al hombro, tuvieron que aguardar hasta las nueve. Una grande incertidumbre parecía haberse apoderado de los jefes, ya no existía el entusiasmo de los dos primeros días con el que el 7.º había recorrido sesenta kilómetros en dos etapas. Llegaban noticias poco tranquilizadoras, que circulaban desde por la mañana; la marcha hacia el Norte de los otros tres cuerpos de ejército, el 1.º en Juniville, el 5.º y el 12.º en Rethel, marcha ilógica que trataban de explicar, por las dificultades que ofrecían los aprovisionamientos. ¿Ya no marchaban hacia Verdun? ¿Para qué se había perdido aquella jornada? Lo peor era que los prusianos no debían ahora hallarse muy lejos, pues los oficiales habían prevenido a los soldados que no se retrasaran, porque los rezagados corrían peligro de ser hechos prisioneros por la caballería enemiga.

Era el 25 de agosto, y Mauricio, más tarde, recordando la desaparición de Goliath, se convenció de que aquel hombre fue uno de los que dieron noticia al gran Estado Mayor alemán de la marcha exacta del ejército de Chalons, noticias que decidieron el cambio de frente del tercer ejército.

Al siguiente día, el príncipe Real de Prusia abandonaba a Revigny; la evolución comenzaba, ese ataque de flanco, aquel envolvimiento gigantesco a marchas forzadas, en un orden admirable, a través de la Champagne y de los Ardennes. Mientras que los franceses vacilaban y dudaban, como atacados de brusca parálisis, los prusianos andaban hasta cuarenta kilómetros al día, en aquel círculo inmenso, llevándose por delante el rebaño de hombres que iban cercando hacia los bosques de la frontera.

Por último, empezó la marcha y aquel día en efecto torció el ejército a la izquierda; el 7.º cuerpo solo recorrió las dos leguas escasas que separan a Contreuve de Vouziers, mientras que el 5.º y el 12.º estaban parados en Rethel y el primero se detenía en Attigny. Desde Contreuve al valle del Aisne, las llanuras empezaban de nuevo cada vez más tristes; el camino al acercarse de Vouziers daba vueltas por tierras grises, por montes pelados sin un árbol, sin una casa, como si aquello fuera un desierto; y la etapa, aunque corta, se hizo de un modo tan penoso, que pareció más

larga que las de los días anteriores. Al mediodía las tropas se detuvieron en la margen izquierda del Aisne, acampando entre las tierras peladas que dominaban el valle, vigilando desde allí el camino de Monthois, que sigue el curso del río, y por donde se aguardaba al enemigo.

Fue para Mauricio causa de verdadero estupor el ver llegar por aquel camino de Monthois la división mandada por el general Margueritte, toda aquella caballería de reserva, encargada de apoyar al 7.º cuerpo y de ir a la descubierta por el flanco izquierdo del ejército. Circuló el rumor de que subía hacia el Chene Populeux. ¿Por qué se desguarnecía el ala que amenazaba al enemigo? ¿Por qué se hacían pasar al centro, donde habían de ser completamente inútiles aquellos dos mil caballos que hubieran debido ir a la descubierta a algunas leguas de distancia? Lo malo era que al caer en medio del séptimo cuerpo habían estado a punto de cortar las columnas, armándose una gran confusión de hombres, caballos y cañones. Los cazadores de África tuvieron que aguardar durante dos horas a la entrada de Vouziers.

Por una casualidad, Mauricio reconoció a Próspero, que había llevado su caballo hasta el borde de una charca. El cazador parecía estar atontado, alelado, no sabiendo nada, no habiendo visto nada desde Reims; luego recordó que había visto dos hulanos, unos hombrea que aparecían y desaparecían sin que se supiese de dónde salían ni a dónde volvían. Ya se empezaba a contar cuentos: cuatro hulanos habían entrado al galope en una ciudad, con el revólver en la mano, la habían atravesado, la habían conquistado, a unos veinte kilómetros del cuerpo de ejército a que pertenecían. Estaban en todas partes, precedían a las columnas con un zumbido de abejas, formaban una especie de telón, detrás del cual la infantería disimulaba sus movimientos, y avanzaban con tranquilidad, sin temor alguno, como en tiempo de paz. Mauricio sintió mucho pesar al ver el camino atestado de húsares y cazadores que tan mal se utilizaban.

—Vaya; hasta la vista —dijo dando la mano a Próspero—. Tal vez le necesiten allá arriba.

Pero el cazador parecía estar muy disgustado con el oficio. Acariciaba a Céfiro, su caballo, y contestó:

—¡Para la falta que hago! revientan los caballos y no utilizan a los hombres... esto descorazona.

Por la noche, cuando Mauricio quiso sacarse el zapato para ver cómo tenía su herida del pie, se arrancó la piel, saltó la sangre y lanzó un grito de dolor.

Juan, que se encontraba allí, pareció tenerle mucha lástima.

—Oiga usted, esto es grave; échese usted un poco, voy a curarle, déjeme usted hacer.

Se arrodilló, lavó la llaga, la secó con un trapo limpio, y mientras hacía todas estas operaciones, miraba a Mauricio con cariño, le trataba con dulzura, y le tocaba el pie con sus manazas, haciendo prodigios para no causarle daño.

Una ternura invencible se apoderaba de Mauricio; de su a ojos salían algunas

lágrimas; el deseo de tutear a aquel hombre subía del corazón a sus labios, como si aquel aldeano, a quien había odiado antes y despreciado la víspera, fuese su hermano.

—Eres un hombre de bien; gracias, amigo.

Y Juan, muy contento, le tuteó también sonriéndose.

—Ahora, amiguito, si quieres fumaremos un pitillo; tengo tabaco.

V

Al día siguiente, el 26, Mauricio se levantó con agujetas, a consecuencia de la noche pasada bajo la tienda. Todavía no se había acostumbrado a dormir sobre el duro suelo, y como la víspera se había dado una orden prohibiendo a los soldados se descalzaran, a cuyo efecto los sargentos revistaron las tiendas mientras dormían, para cerciorarse de que ningún soldado había desobedecido, su pie no estaba mejor, continuaba haciéndola sufrir, dándole calentura, y lo peor era que había cogido un frío al querer estirarse durante la noche, sacando los pies fuera de la tienda.

Juan le dijo al verle:

—Amiguito, si tenemos que emprender la marcha, debes ir a ver al médico para que te meta en un carro.

Pero nada se sabía: circulaban versiones muy contrarias. Hubo un momento en que se creyó que se iba a emprender la marcha; se levantó el campamento, y todo el cuerpo de ejército atravesó el pueblo de Vouziers, dejando solo sobre la margen izquierda del Aisne, una brigada de la segunda división, para que continuara vigilando el camino de Monthois, y a poco, al otro lado del pueblo, sobre la margen derecha, se pararon, formáronse los pabellones de armas en los campos y en las praderas que se extienden a ambos lados del camino del Grand Pré. En aquel momento, la salida del 4.º de húsares, alejándose al trote por aquel camino, dio lugar a que se hicieran muchos comentarios.

—Si aguardamos, aquí me quedo —dijo Mauricio a quien repugnaba la idea de ir a visitar al médico.

Pronto se supo, en efecto, que acampaban allí, hasta que el general Douay pudiese obtener noticias exactas acerca de la marcha del enemigo. Desde la víspera, desde el momento en que vio la división Margueritte subir hacia el Chéne, sentía mucha inquietud, sabiendo que ni un solo hombre guardaba los desfiladeros del Argonne, hasta el punto de que podía verse atacado de un momento a otro. Acababa de enviar al 4.º de húsares para que reconociera el país hasta los desfiladeros del Grand Pré y de la Croix-aux-Bois, con orden de traerle noticias a toda costa.

La víspera, gracias a la actividad del alcalde de Vouziers, se había hecho un reparto de pan, carne y forraje; y hacia las diez, aquella mañana, se había autorizado a las tropas para que hicieran el rancho, por temor de que no tuvieran tiempo de hacerlo más tarde, cuando una segunda salida de tropas, la de la brigada Bordas, que tomó el mismo camino que habían llevado los húsares, preocupó de nuevo a todo el mundo. ¿Pero qué, iban a marcharse ya? ¿No les dejaban comer el rancho? Los oficiales explicaron entonces que la brigada Bordas tenía que ocupar a Buzancy, a algunos kilómetros de distancia. Otros, en cambio, decían que los húsares habían encontrado muchos escuadrones enemigos, y que la brigada iba a contenerlos.

Aquellas horas lo fueron de descanso para Mauricio: se había acostado en un campo al lado de donde acampaba el regimiento; y, aletargado por el cansancio, miraba delante de sí aquel lindo valle del Aisne, aquellos prados, llenos de árboles, en medio de los cuales se desliza el río perezosamente. Enfrente de él, cerrando el valle, el pueblo de Vouziers, se levantaba en anfiteatro con sus tejados que dominaba la iglesia, con su flecha esbelta y su torre que terminaba en una cúpula. Abajo, cerca del puente, las chimeneas de las fábricas de curtidos lanzaban al aire espesas columnas de humo, mientras que en el otro extremo, los edificios de un gran molino aparecían enharinados entre los campos verdes. Y aquel horizonte de pueblo, perdido entre las altas yerbas, le parecía lleno de encanto, como si hubiese vuelto a encontrar sus ojos de hombre soñador y sensible. Era su juventud lo que aquellos contornos le recordaban; las expediciones que había hecho a Vouziers cuando vivía en el Chene, su pueblo. Durante una hora lo olvidó todo.

Hacía ya tiempo que se había comido el rancho y continuaban aguardando, cuando a las dos y media, una sorda agitación que fue creciendo poco a poco se apoderó de todo el campamento. Circularon órdenes, se evacuaron los prados, subieron las tropas colocándose en las laderas de los montes, entre dos aldeas, Chestres y Falaise, separadas por una legua. Los ingenieros cavaban zanjas y construían trincheras y espaldones, mientras que a la izquierda la artillería de reserva se colocaba dominando el valle. Circuló la noticia de que el general Bordas había enviado una estafeta para decir que habiendo encontrado fuerzas superiores en el Grand Pré, se veía obligado a replegarse sobre Buzancy, lo que hacía temer que se viera cortada su línea de retirada sobre Vouziers. Así es que el comandante del 7.º cuerpo, creyendo iba a ser atacado inmediatamente, había ordenado a las tropas tomaran posiciones con objeto de sostener el primer choque, mientras el resto del ejército llegaba para apoyarle, y uno de sus ayudantes había salido con una carta para el mariscal MacMahon, previniéndole lo que ocurría y pidiéndole socorros. Por último, temiendo que el convoy de víveres que había llegado durante la noche le estorbaba, lo dirigió hacia Chagny. Era la batalla.

—¡Ahora va de veras!, ¿no es verdad, mi teniente? —dijo Mauricio, dirigiéndose a Rochas.

—¡Ya lo creo! —contestó el teniente moviendo los brazos—. ¡Ya verá usted como no hace frío dentro de un rato!

Todos los soldados estaban muy contentos. Desde que se establecía la línea de batalla entre Chestres y Falaise, reinaba gran animación en el campamento, y la impaciencia se había apoderado de los hombres. Había llegado la hora de ver aquellos prusianos, de los que decían los periódicos que estaban tan destrozados por las marchas, vestidos de harapos, extenuados por las enfermedades, y la esperanza de arrollarlos al primer encuentro animaba a todos.

—No es malo que los encontremos de nuevo —decía Juan—, porque hace ya bastante tiempo que jugamos al escondite, desde que nos perdimos de vista, allá, en la

frontera, después de su batalla... Pero ¿serán esos los que derrotaron a MacMahon?

Mauricio no pudo contestarle.

Según lo que había leído en Reims, le parecía muy difícil que el tercer ejército, mandado por el príncipe real de Prusia, estuviese en Vouziers, cuando la antevíspera aún debían acampar cerca de Vitry-le Français. Se había hablado algo, es verdad, de un cuarto ejército, puesto a las órdenes del príncipe de Sajonia, que iba a operar sobre el Meuse: era este sin duda, aunque le extrañaba la pronta ocupación del Grand Pré, efecto de las distancias. Pero lo que acabó de enmarañar sus ideas fue el estupor que le causó oír al general Bourgain Desfeuilles preguntar a un aldeano de Falaise si el río Meuse pasaba por Buzancy y si había allí buenos puentes. Verdad es que, con su ignorancia supina, el general declaraba que iban a ser atacados por una columna de cien mil hombres, que venían del Grand Pré, mientras que otra de sesenta mil llegaba por Sainte-Menehould.

—¿Cómo va tu pie? —preguntó Juan a Mauricio.

—Ya no me duele —dijo sonriéndose—; si nos batimos, se curará.

Y era la verdad; tanta era la excitación nerviosa que se había apoderado de su cuerpo. ¡Pensar que en toda la campaña no había quemado un cartucho! Había ido a la frontera, había pasado delante de Mulhouse la terrible noche de angustia, sin ver un prusiano, sin tirar un tiro; y había tenido que ir de retirada hasta Belfort, hasta Reims, y nuevamente marchaba al enemigo, desde hacía cinco días, con su fusil virgen, inútil. Un deseo que iba en aumento, una rabia lenta le asustaba, ¡qué ganas tenía de apuntar y disparar, para aliviar sus nervios! En las seis semanas que llevaba en el ejército, después de haber sentado plaza en un momento de entusiasmo, soñando entrar en batalla al siguiente día, solo había estropeado sus pies de hombre delicado, huyendo, marchando siempre lejos de los campos de batalla. Así es que en la febril impaciencia que de todos se había apoderado, era uno de los que con más ansiedad miraba el camino del Grand Pré, que se deslizaba recto hasta perderse de vista entre dos hileras de árboles magníficos. Por debajo de él se desarrollaba el valle, y el Aisne parecía una cinta de plata, entre los sauces y los álamos, y sus miradas volvían siempre al camino escudriñándolo.

Hacia las cuatro, hubo una alerta. El 4.º de húsares, después de un gran rodeo, regresaba; y aumentados cada vez más, circularon los cuentos de combates con los hulanos, lo que confirmó en todos la creencia de que iban a ser atacados inmediatamente. Dos horas después, llegó otra estafeta, diciendo que el general Bordas no se atrevía a abandonar el Grand Pré, convencido de que el camino de Vouziers estaba cortado. No había tal cosa, puesto que la estafeta había podido pasar libremente; pero de un momento a otro podía ocurrir lo que temía el general Bordas y el general Dumont, comandante de la división, salió en seguida con otra brigada, para apoyar la primera y sacarla del apuro. El sol se ponía detrás de Vouziers, cuyos tejados negros se destacaban sobre una nube roja. Durante algún tiempo, entre la doble hilera de árboles, pudieron los ojos seguir a la brigada, que acabó por perderse

en las sombras nacientes.

El coronel Vineul vino a asegurarse de las buenas posiciones que ocupaba su regimiento para pasar la noche. Extrañó no encontrar en su puesto al capitán Beaudoin; y como este volviera entonces de Vouziers, dando por pretexto que había almorzado en casa de la baronesa de Ladicourt, recibió una reprensión que oyó sin replicar palabra.

—Muchachos —dijo el coronel al pasar delante de los soldados—, es probable que nos ataque esta noche y si no, al amanecer... Preparaos y tened en cuenta que el 106.º no ha retrocedido nunca.

Todos le aclamaron, todos preferían acabar de una vez con el cansancio y el descorazonamiento que se iba apoderando de todos ellos desde que habían comenzado la campaña. Revisaron los fusiles, y como se habían alimentado con comida caliente aquella mañana, tomaron café y comieron galletas. Se había dado la orden de que no se acostara nadie. Se pusieron centinelas, muy lejos, hasta en las márgenes del Aisne. Todos los oficiales vigilaron aquella noche alrededor de las fogatas del campamento. Y, apoyados contra una pared, se veían en algunos momentos al resplandor de las llamas los bordados recamados del general en jefe y de su Estado Mayor, sombras que se agitaban ansiosas, que iban hacia el camino por donde se aguardaba al enemigo, acechando, vigilando, prestando atención a los menores ruidos, presas de mortal inquietud por la suerte que hubiera podido caber a la tercera división.

A eso de la una de la madrugada, Mauricio tuvo que colocarse de escucha en el lindero de un campo de ciruelos entre el río y la carretera. La noche era negra como boca de lobo. Cuando se encontró solo, en el imponente silencio del campo dormido, sintió que una especie de terror se apoderó de él, un miedo que no podía vencer, que no era dueño de dominar, que le avergonzaba y le encolerizaba. Había vuelto la cabeza para tener la seguridad de que se velan las hogueras del campamento; pero un bosquecito debía ocultarlos, pues solo hallaba detrás de sí un mar de tinieblas, viéndose solamente, allá muy lejos, algunas luces en Vouziers, cuyo vecindario, prevenido sin duda, temblando ante el temor de la batalla, no se acostaba. Lo que acabó de asustarle, fue que al tratar de hacer puntería no veía la mira del fusil. Entonces empezó la espera más cruel, concentradas todas las fuerzas de su espíritu en el oído, prestando atención a los ruidos más imperceptibles; las tropas que se movían, el agua del lejano río, un insecto que saltaba, todos los rumores llegaban a sus oídos adquiriendo enormes proporciones, creyendo acaso que fueran producidos por el galopar de los caballos o el rumor sordo de la artillería. ¿No había oído a su izquierda el murmullo ahogado de unas voces? Una vanguardia quizá que se acercaba a favor de la obscuridad preparando una sorpresa. Tres veces estuvo a punto de hacer un disparo para dar aviso al campamento. El temor de sufrir una equivocación, de ponerse en ridículo, aumentaba su malestar. Se había arrodillado, apoyando las espaldas contra un árbol; parecía que estaba allí hacía mucho tiempo y que le

habían olvidado, que el ejército se había marchado abandonándole. De pronto perdió el miedo, distinguiendo perfectamente sobre el camino en que estaba, a unos doscientos metros, el paso cadencioso de los soldados en marcha. En seguida cayó en la cuenta de que eran las brigadas que se esperaban con tanta impaciencia, a las inmediatas órdenes del general Dumont. En aquel momento fueron a relevarle de su guardia. Apenas si había durado la hora reglamentaria.

Era en efecto la tercera división que volvía al campamento; todos sintieron un alivio inmenso. Pero se redoblaron las precauciones porque las noticias traídas confirmaban todo lo que creían saber acerca de la proximidad del enemigo. Algunos prisioneros que habían cogido, hulanos sombríos, envueltos en sus grandes capas blancas, se negaron a hablar. Y amaneció el alba triste de una mañana lluviosa, sorprendiendo a las tropas que continuaban aguardando al enemigo, enervadas a impacientes. Llevaban catorce horas sin atreverse a dormir. Serían las siete cuando el teniente Rochas dijo que el mariscal MacMahon llegaba con todo el ejército. La verdad era que el general Douay había recibido en contestación a su despacho de la víspera, anunciando la batalla inevitable en los alrededores de Vouziers, una carta en la que le decía se resistiera hasta que pudiera enviarle fuerzas para que le apoyaran; el movimiento de avance se había paralizado; el primer cuerpo marchaba sobre Terrón, el 5.º sobre Buzancy, mientras que el 12.º se quedaba en el Chene, en segunda línea. Comprendieron todos que no se trataba de un combate aislado, sino de una gran batalla en la que debía tomar parte todo el ejército, que ya no se dirigía hacia el Meuse, sino que marchaba desde luego hacia el Sur, en el valle del Aisne; no se atrevieron a hacer el rancho, tuvieron que contentarse una vez más con café y galletas, porque la batalla iba a comenzar a las doce: todos la deseaban sin saber por qué. Un ayudante del general Douay había salido a todo escape para ver al mariscal MacMahon, con objeto de que enviara el auxilio prometido, puesto que se acercaban los dos ejércitos, y tres horas después salió otro oficial para el Chene, donde debía hallarse el cuartel general para pedir órdenes, tal era la inquietud que se había apoderado de todos a consecuencia de las noticias traídas por un alcalde de aldea, que pretendía haber visto unos cien mil hombres en el Grand Pré, mientras que otros cien mil subían por Buzancy.

Al mediodía aún no se habían presentado los prusianos. A la una, a las dos, tampoco. Y el cansancio y la incertidumbre se apoderaban de las tropas. Algunos empezaron a guasearse de los generales. ¡Tal vez habrán visto la sombra de los prusianos en alguna pared! Había quien ponía a votación la conveniencia de comprarles lentes. ¡Vaya unos farsantes! Pues si no se veía a nadie ¿para qué los habían molestado tanto? Un guasón dijo:

—¿Va a pasar lo mismo que en Mulhouse?

Al oír esta frase, Mauricio sintió que la angustia se apoderaba de nuevo de él. Recordaba aquella huida necia, aquel pánico que había arrastrado al 7.º cuerpo, sin que se hubiese presentado un alemán en diez leguas a la redonda. Y aquella aventura

volvía a empezar, lo presentía. Para que el enemigo no los hubiese atacado veinticuatro horas después de la escaramuza habida en el Grand Pré, era indudable que el 4.º de húsares solo había tropezado allí con algunas fuerzas de caballería en descubierta. Las columnas debían hallarse aún muy lejos, tal vez a dos jornadas de marcha. De pronto le aterró la idea del tiempo que se había perdido. En tres días habíanse andado dos leguas, de Contreuve a Vouziers. El 25, los otros cuerpos de ejército habían subido hacia el norte, para reponer los víveres; mientras que ahora, el 27, bajaban hacia el sur, para aceptar una batalla que nadie les ofrecía. Detrás del 4.º de húsares, hacia los desfiladeros de Argonne, abandonados, la brigada del general Bordas se había creído perdida, arrastrando para socorrerla a toda la división, después al 7.º cuerpo y luego al ejército entero, inútilmente. Y Mauricio pensaba en el valor inapreciable de cada hora, de cada minuto, en aquel proyecto loco, que tenía por objeto reunir los ejércitos de Metz y Chalons, un plan que solo hubiera podido realizar un general de talento, con tropas buenas, marchando resueltamente hacia adelante, arrollando todos los obstáculos que se le presentaran en su camino.

—¡Estamos perdidos! —dijo a Juan, descorazonado, en un momento de lucidez.

Después, como este último abría desmesuradamente los ojos, sin comprender lo que le decía, continuó hablando en voz baja, refiriéndose a los jefes.

—¡Son más tontos que malos, es cierto, y poco afortunados! ¡No saben nada, no prevén nada, no tienen plan, ni ideas, ni suerte!... ¡Todo viene mal, estamos perdidos!

Y aquel desaliento que Mauricio, como hombre instruido e inteligente razonaba, aumentaba y se iba apoderando de aquellas tropas, inmovilizadas, desalentadas todas de aguardar tanto y en vano. Lentamente, la duda, el presentimiento de la verdadera situación, obraba en aquellos cerebros, y ninguno de aquellos soldados, aun el más torpe, dejaba de comprender que le guiaban mal aquellos jefes y que les hacían andar y padecer inútilmente. ¿Qué diantre hacían allí quietos, puesto que no venían los prusianos? Debían batirse en seguida, o marcharse a cualquiera parte para dormir tranquilamente. Desde que el último ayudante se había marchado para traer órdenes, aumentaba la ansiedad a cada momento, se habían formado grupos que hablaban, discutían en voz alta. Los oficiales, contagiados por aquella agitación, no sabían qué contestar a los soldados que se atrevían a preguntar algo. A las cinco, cuando corrió el rumor de que había regresado el ayudante de campo trayendo órdenes para replegarse, todos los pechos se ensancharon.

¡Había ganado el partido de la prudencia! El emperador y el mariscal MacMahon, que siempre se habían opuesto a aquella marcha sobre Montmedy, al saber que les habían ganado de nuevo en velocidad, y temiendo tener que hacer frente al ejército del príncipe real de Sajonia y al del príncipe real de Prusia, renunciaban a la improbable unión con el ejército del mariscal Bazaine, para batirse en retirada por las plazas fuertes del norte, y replegarse después sobre París. El 7.º cuerpo recibía la orden de ganar Chagny, por el Chéne, mientras que el 5.º debía marchar sobre Poix, el 1.º y el 12.º sobre Vendresse. Pero, si retrocedían, ¿por qué habían avanzado hasta

el Aisne? ¿Por qué perder tantos días, y tantas fatigas? ¿Cuando hubiera sido tan fácil ir desde Reims a tomar fuertes posiciones en el valle del Marne! ¿No había dirección, ni talento militar, ni sentido común? Pero acabaron de preguntar, con la alegría que les había producido el partido razonable y prudente, que había convencido a todos de la necesidad de sacar los tropas de aquel atolladero en que las habían metido. Desde los generales hasta los últimos soldados, todos presentían que bajo los muros de París se harían fuertes, llegarían a ser invencibles y que allí, necesariamente, derrotarían a los prusianos. Era preciso evacuar a Vouziers al amanecer, de modo que pudieran emprender la marcha hacia el Chene, antes de haber sido atacados, e inmediatamente, el campamento adquirió extraordinaria animación; sonaban las cornetas, se cruzaban las órdenes, mientras que los bagajes y el convoy de la administración militar salían por delante para no entorpecer la retirada.

Mauricio estaba satisfechísimo. Luego, como intentara explicar a Juan el movimiento de retirada que se iba a ejecutar, el dolor le hizo dar un grito: había desaparecido la excitación nerviosa y se encontraba con la herida del pie, que le hacía sufrir mucho.

—¿Qué es eso?, ¿vuelve a empezar? —preguntó el cabo.

Tuvo una idea feliz, práctica, y la comunicó al joven.

—Ayer me dijiste que tenías algunos conocidos en el pueblo. Debías pedir permiso al médico para que te dejaran ir en coche al Chene, donde podrías pasar la noche en una buena cama. Mañana, si no te encuentras bien, te cogeremos al paso. ¿Te conviene?

En Falaise, la aldea cerca de la cual se hallaban, Mauricio se había encontrado con un antiguo amigo de su padre, que iba a llevar a su hija en el coche, con una tía que vivía en el Chene y precisamente estaban preparados para marcharse.

Pero cuando empezó a hablar con el médico Bouroche, las cosas se le presentaron con mal cariz.

—Estoy inútil, tengo una herida en el pie, señor doctor...

Al oír aquello, Bouroche sacudió su melena de león y rugió:

—No soy el señor doctor... ¿quién me ha enviado un soldado tan animal?

Mauricio, asustado, tratada de disculparse, pero Bouroche añadió:

—Soy el médico mayor, ¡oye usted, bruto!

Después, comprendiendo con quién se las había, debió de avergonzarse y se incomodó de veras.

—¡Conque el pie, eh!... sí, hombre, sí, le doy a usted permiso. ¡Suba usted al coche, suba usted en globo! ¡Tenemos bastantes vagos, bastantes holgazanes!

Cuando Juan ayudó a Mauricio a subir al coche, este último se volvió para darle las gracias y los dos hombres se abrazaron, como si no debieran volver a verse más. ¿Quién podía saberlo en aquella retirada y con los prusianos detrás? Mauricio se sorprendió del cariño que profesaba a Juan y se volvió dos veces para despedirse de él. Abandonó el campamento en el momento en que se preparaban a encender

grandes fogatas, pero engañar al enemigo mientras se marchaban las tropas antes del amanecer.

Durante el camino, el amigo de su padre no cesó de hablar. No había tenido el suficiente valor para quedarse en Falaise y ya le pesaba, pues si el enemigo le quemaba la casa, quedaba arruinado. Mauricio no oía, dormía sentado, mecido por el vaivén del coche que en menos de hora y media recorrió las cuatro leguas que separan al Chéne de Vouziers. No eran las siete, el crepúsculo empezaba, cuando el joven, medio atontado, bajó en el puente del canal, en la plaza, enfrente de la estrecha casa amarilla, donde había nacido y donde había pasado veinte años de su vida. Se dirigía allá maquinalmente, aunque la casa había sido vendida diez y ocho meses antes, a un veterinario. Y al que le había llevado en el coche, que él interrogaba, contestó que sabía a donde iba, y le daba las gracias por el favor que le había prestado.

Al llegar al medio de la pequeña plaza triangular, cerca del pozo, se quedó perplejo, inmóvil, sin acordarse de nada. ¿A dónde iba? De pronto se acordó que iba a casa del notario, la cual tocaba con la que había sido suya, allí encontraría a la madre del notario, una señora muy anciana y muy buena, que le quería mucho y que le había dado muchas chucherías siendo niño. No se reconocía dentro del pueblo, tal era la extraordinaria agitación que hubo de producir en aquellas generalmente solitarias calles, la presencia en los alrededores de un cuerpo de ejército. Las calles estaban llenas de oficiales, de estafetas, de ordenanzas y de merodeadores. Encontró el canal que atravesaba la población de parte a parte, cortando la plaza central cuyo estrecho puente de piedra reunía los dos triángulos; el mercado allá, al otro lado del río, con su tejado musgoso, conservaba siempre el mismo aspecto; fue reconociendo poco a poco la calle Beroud que se dirigía por la izquierda, y el camino de Sedan por la derecha. Pero desde el sitio donde se encontraba tenía que levantar la vista, reconocer el campanario de pizarra, por encima de la casa del notario, para asegurarse de que era aquel el rincón desierto donde jugaba en su niñez, tal era el gentío que se apiñaba delante de él, por la calle de Vouziers hasta el Ayuntamiento. En la plaza le pareció que trataban de despejar la gente, alejando a los curiosos. Y allí, ocupando un ancho espacio, le extrañó ver algo así como un parque de coches, furgones, carros, todo un campamento de equipajes, que ya había visto alguna vez, en otra parte.

Aún era de día, el sol acababa de desaparecer detrás del canal y Mauricio iba a decidirse a echar andar, cuando una mujer que le miraba con atención hacía un momento, exclamó:

—¿Pero no es usted el hijo de Levasseur?

Reconoció a la señora Combette, la mujer del farmacéutico, cuyo despacho se encontraba en la plaza. Manifestó a su interlocutora, que en aquel momento iba a pedir una cama a la señora Desroches, pero no le dejó concluir.

—No, no, venga usted a mi casa, voy a decirle algo.

Después, en la farmacia, cuando cerró la puerta, añadió:

—¿No sabe usted que el emperador está alojado en casa de la señora Desroches?

...

Han pedido la casa para él y no están muy contentos con la honra que les han dispensado. ¡Cuándo recuerdo que han obligado a la pobre abuela, una señora de más de sesenta años, a que le cediera su cuarto y que ella ha ido a dormir al desván, en una mala cama!... Mire usted; todo lo que hay en la plaza es del emperador, sus equipajes y sus coches.

Mauricio reconoció entonces los coches furgones, todo el magnífico tren de la casa imperial que había visto en Reims.

—Si supiera usted —añadió la señora Combette—, todas las cosas que han sacado de esos furgones: ¡vajilla de plata, botellas de vino, cestas de provisiones, ropa blanca, a qué sé yo cuantas cosas más! Durante un par de horas no han parado y el caso es que no sé dónde habrán podido colocar tantas cosas, porque la casa no es muy grande... ¡Mire usted; vaya un fuego que han encendido en la cocina!

Mauricio se fijaba en la casita blanca de dos pisos que formaba ángulo con la plaza y la casa de Vouziers, una casita modesta, tranquila, cuyo interior recordaba el paseo central abajo, las cuatro habitaciones de cada piso, como si hubiese estado allí la víspera. Arriba, hacia el ángulo, la ventana del primer piso que daba sobre la plaza, estaba alumbrada; y la mujer del farmacéutico le explicaba que aquel cuarto era el del emperador, pero lo que deslumbraba a las vecinas era la cocina situada en la planta baja. Nunca habían visto cosa parecida, una oleada de curiosos que se renovaba a cada momento delante de las ventanas contemplaba aquella cocina donde se hacía la comida del emperador. Los cocineros tenían completamente abiertas las ventanas para poder respirar un poco. Eran tres, con sus trajes blancos, resplandecientes, moviéndose delante de los pollos que estaban asando, condimentando las salsas en cacerolas enormes, cuyo baño de cobre relucía como el oro. Los más ancianos de Vouziers no recordaban haber visto en la fonda del *León de Plata*, ni aún para las bodas más sonadas, tanta comida, ni tantos artefactos.

Combette, el farmacéutico, un hombrecillo seco y nervioso, entró en su casa muy excitado por todo lo que había visto y oído. Parecía que estaba en el secreto de todo cuanto ocurría, siendo como era teniente alcalde. A las tres y media el mariscal MacMahon había teleografiado a Bazaine, anunciándole que la llegada del príncipe Real de Prusia a Chalons le obligaba a replegarse sobre las plazas del Norte y otro despacho al ministro de la Guerra, anunciando a este la retirada que se veía obligado a emprender el ejército para no verse cortado y aplastado. En cuanto al telegrama dirigido a Bazaine, ya podía correr si tenía buenas piernas, porque todas las comunicaciones con Metz debían estar interrumpidas desde hace algunos días. Pero el otro telegrama era más grave; y bajando la voz, el boticario añadió que había oído decir a un jefe superior: «Si lo llegan a saber en París estamos perdidos». Nadie ignoraba con qué tesón la emperatriz regente y el Consejo de ministros querían la marcha hacia adelante. Además; la confusión y el desbarajuste aumentaban por

momentos; las noticias más extravagantes iban llegando, anunciando la proximidad de los ejércitos alemanes. ¿Era acaso posible que el príncipe real de Prusia estuviese en Chalons? ¿Y con qué fuerzas había tropezado el séptimo cuerpo en los desfiladeros del Argonne?

—En el Estado Mayor nada saben —continuó diciendo el boticario—. ¡Vaya un desbarajuste! Menos mal si mañana emprende la retirada el ejército.

Se compadeció de Mauricio.

—Oiga usted, joven, voy a curarle a usted ese pie; después cenará con nosotros y luego se acostará allá arriba, en el cuarto de mi dependiente que se ha escapado.

Mauricio, atormentado con el deseo de ver y de saber, quiso poner en práctica su primer pensamiento, yendo a la casa de enfrente a visitar a la señora Desroches. Le sorprendió que le dejaran pasar. La puerta de la calle estaba abierta y ningún centinela la custodiaba. Entraba y salía gente a cada instante, oficiales y paisanos. En la escalera no había ninguna luz y tuvo que subir a tientas. En el primer piso se detuvo delante de la puerta, detrás de la cual, sabía se hallaba el emperador; el corazón le latía con violencia, pero en aquel cuarto reinaba un silencio sepulcral. Y arriba, en el umbral de la puerta del cuarto de la criada, la bondadosa señora Desroches se asustó al pronto, pero cuando le reconoció, dijo:

—¡Pobre hijo mío!, ¡en qué momentos nos volvemos a ver!... Yo le hubiera cedido de buena gana esta casa al emperador; ¡pero trae consigo gente tan mal educada! Han cogido todo lo que les ha dado la gana y lo van a quemar todo. En cuanto a él me inspira compasión. Tiene cara de desterrado, ¡y está tan triste!

Después, al marcharse el joven, le acompañó, e inclinándose por encima de la barandilla de la escalera, añadió:

—¡Mire usted, se le vé desde aquí!... Estamos perdidos sin remisión. Adiós, hijo mío.

Mauricio se quedó parado en un escalón, en la obscuridad. Veía por una claraboya una escena de la que conservó inolvidable recuerdo.

El emperador estaba allí, en el fondo de la habitación, delante de una mesita donde habían puesto un cubierto, alumbrada con dos candeleros de varias luces. Cerca de él, dos ayudantes de campo, mudos, silenciosos. Un *maître d'hotel*, de pie, cerca de la mesa, aguardaba. La copa estaba aún vacía, el pan sin empezar, y en el plato un trozo de pollo se enfriaba. El emperador, inmóvil, miraba el mantel con esos ojos vacilantes, turbios, acuosos, que ya tenía en Reims. Parecía aún más cansado, y cuando se decidió a tomar un bocado, solo probó un poco de pollo, rechazando todo lo que había sobre la mesa. Había cenado. Una expresión de dolor sufrido secretamente, hizo palidecer aún más su descolorido semblante.

Al pasar, en la planta baja, por delante del comedor, se abrió la puerta y Mauricio pudo ver un enjambre de caballerizos, de ayudantes, al resplandor de las luces que despachaban los platos, vaciaban botellas, animados de cierta alegría. La seguridad de que se iba a emprender la retirada, llenaba de júbilo a toda aquella gente desde que

había salido el despacho en que el mariscal MacMahon daba cuenta de la operación. Dentro de ocho días estarían en París, allí tendrían buenas camas.

Mauricio, sintió en aquel momento el terrible cansancio que le aniquilaba; era seguro, el ejército entero se replegaba y ya no tenía más que echarse a dormir para aguardar a que pasara el 7.º cuerpo.

Volvió a atravesar la plaza, entró en la farmacia, cenó como en un sueño.

Después creyó que le curaban el pie, que le subían a un cuarto. Y fue la noche negra, el anonadamiento. Dormía como aniquilado, casi sin respirar. Después de un tiempo indeterminado, horas o siglos, un escalofrío agitó su sueño y le hizo sentarse en la cama, en las tinieblas. ¿Dónde estaba? ¿Qué ruido era aquel, parecido al de un trueno continuo, que le había despertado? En seguida volvió a la realidad, se levantó, fue a la ventana para ver. Abajo, en la obscuridad, en aquella plaza de ordinario tan tranquila, desfilaba la artillería al trote, una masa de hombres, caballos y cañones, cuyo estrépito conmovía las casas. Una inquietud irreflexiva le sobrecogió ante aquella repentina salida.

¿Qué hora era? Dieron en aquel momento las cuatro en el reloj del Ayuntamiento. Trató de tranquilizarse, diciendo que aquello era el principio de la retirada, cuyas órdenes se habían dado la víspera, cuando un cuadro que vio enfrente acabó de trastornarle: la ventana de la esquina, en casa del notario, tenía siempre luz, y la sombra del emperador se dibujaba allí, en un perfil sombrío, a intervalos iguales.

Mauricio, empero, empezó a vestirse para salir de la casa, pero Combette se presentó en aquel momento con una luz en la mano.

—Le he visto a usted desde abajo al regresar del Ayuntamiento y he subido para decirle... Figúrese usted que no me han dejado dormir; hace dos horas que nos ocupamos el alcalde y yo en embargar carros y acémilas... todo ha cambiado de nuevo. ¡Qué razón tenía el jefe que no quería que se enviase el telegrama a París!

Continuó hablando durante mucho tiempo, con frases entrecortadas; hasta que Mauricio llegó a comprender de lo que se trataba. Hacia media noche había llegado un despacho del ministro de la Guerra para el emperador, en contestación al enviado por el mariscal. No se conocía el texto exacto, pero un oficial había dicho en el Ayuntamiento que la emperatriz y el Consejo de ministros temían estallara una revolución en París, si abandonando a Bazaine, regresaba el emperador a la capital. El despacho, en el que se probaba que en París no se conocían las posiciones que ocupaban los alemanes, exigía que el ejército avanzase inmediatamente contra viento y marea.

—El emperador ha llamado al mariscal MacMahon, y han conferenciado solos durante una hora. Naturalmente, no sé qué es lo que se han dicho, pero lo que todos los oficiales me han asegurado es que ya no se trata de emprender la retirada, sino de volver al plan primitivo, es decir; a marchar sobre el Meuse... Hemos embargado todos los hornos del pueblo para el 1.er cuerpo que reemplazará mañana aquí al 12.º, cuya artillería, como ve usted, sale ahora para la Besace... Esta vez ya no hay escape,

¡ahora van ustedes a batirse!

Dejó de hablar y miraba también a la ventana de enfrente alumbrada. Luego en voz baja, añadió:

—¿Qué habrán podido decirse?... Ya es raro, ya, replegarse a las seis de la tarde, ante la amenaza de un peligro, y marchar a media noche a meterse de cabeza en la boca del lobo, cuando la situación es idéntica.

Mauricio oía siempre el rodar de los cañones, abajo, en las calles del pueblo, en la obscuridad de la noche, la oleada de hombres, caballos y carros, al trote, se deslizaba hacia el Meuse, marchando hacia lo desconocido horrible de la mañana... Y, sobre las cortinas de la ventana de enfrente veía reflejarse a intervalos iguales la sombra del emperador, el ir y venir de aquel enfermo que el insomnio obligaba a estar de pie, necesitando moverse, a pesar del padecimiento que le minaba, atronados los oídos con el ruido que producían aquellos hombres y aquellos caballos que dejaba ir a buscar la muerte.

Habían bastado unas cuantas horas para cambiarlo todo; ahora era el desastre, decidido, aceptado. ¿Qué habían podido decirse aquel emperador y aquel mariscal, prevenidos los dos del desastre hacia el cual marchaban, convencidos plenamente de que iban o ser derrotados dadas las horribles condiciones en que se iba a encontrar el ejército, no habiendo podido cambiar de rumbo por la mañana, cuando el peligro aumentaba por momentos? El plan del general Palikao, la marcha fulminante avasalladora sobre Montmedy, ya muy temeraria el veintitrés, posible aún el 25 con buenos soldados y un jefe de talento, era el 27 un acto de locura, en medio de las vacilaciones continuas de los que mandaban y de la desmoralización creciente del ejército. Si los dos lo sabían ¿por qué cedían a los despiadados mandatos de los que aguijoneaban su indecisión? El mariscal de MacMahon, tal vez, solo era un soldado que obedecía, alma grande en su abnegación, y el emperador, que no ejercía mando, aguardaba al destino. Les pedían su vida y la vida del ejército: las daban. Fue la noche del crimen, la noche horrenda, en que se consumó el asesinato de una nación; porque el ejército, desde aquel momento se hallaba desamparado. Cien mil hombres eran enviados al matadero.

Pensando en esas cosas tan tristes, Mauricio, seguía con la vista la sombra del emperador sobre la muselina de la buena señora Desroches, la sombra febril, que parecía empujar la despiadada orden llegada de París. Aquella noche, la emperatriz ¿no había deseado acaso la muerte del padre para que reinara el hijo? ¡Anda!, ¡anda! sin mirar hacia atrás, bajo la lluvia, en el barro, a la exterminación, para que en aquella partida suprema del imperio agonizante, se juegue hasta la última carta. ¡Anda!, ¡anda!, ¡muero como un héroe sobre los cadáveres amontonados de tu pueblo, conmueve al mundo entero, llénale de admiración, para que perdone a tu descendencia! Y sin duda el emperador iba a la muerte.

Abajo, en la cocina, se habían apagado los fuegos, los caballerizos, los ayudantes, todos dormían, la casa descansaba, mientras que, sola, la sombra iba y venía sin

cesar, resignada a la fatalidad del sacrificio, en medio del ensordecedor estrépito del duodécimo cuerpo que continuaba desolando en las tinieblas.

Mauricio se acordó entonces que si se emprendía la marcha hacia adelante, el cuerpo, no subiría al Chêne; y se vio repentinamente a retaguardia, separado de su regimiento habiendo desertado de su puesto. No sentía ya la quemadura del pie; una cura hábil y algunas horas de descanso habían calmado la fiebre. En cuanto Combette le dio unos zapatos suyos, anchos, con los que andaba muy a gusto, quiso marcharse en seguida, con la esperanza de encontrar al 106.º en el camino del Chêne a Vouziers. El boticario trató de detenerle, e iba ya a enganchar el coche para conducirlo, cuando se presentó su dependiente, Fernando, explicando que había ido a ver a su prima. Aquel muchacho pálido, apocado, enganchó el coche y se llevó a Mauricio. Habían dado las cuatro, diluviaba, el agua cala de aquel cielo de tinta, los faroles del coche palidecían alumbrando apenas el camino, en medio del campo anegado, lleno de inmensos rumores, que los hacían parar a cada kilómetro, creyendo que pasaba algún ejército.

Allá delante de Vouziers, Juan no había podido dormir. Desde que Mauricio le había explicado cómo aquella retirada podía salvarlo todo, vigilaba, impidiendo a sus soldados separarse, aguardando la orden de marcha que podía darse de un momento a otro. A eso de las dos de la madrugada, con la profunda obscuridad que las hogueras hacían resaltar con puntos rojizos, un ruido producido por caballos atravesó el campamento: era la caballería que marchaba de vanguardia, hacia Ballay y Quatre Champa, con objeto de vigilar los caminos de Boulton-aux-Bois y de la Croix aux-Bois. Una hora después la artillería y la infantería se pusieron en movimiento abandonando aquellas posiciones de Falaise y de Chestres, que llevaban defendiendo dos días contra un enemigo que nunca se presentaba. El cielo se había cubierto, la noche era muy oscura y cada regimiento se alejaba en medio del mayor silencio era un desfile de sombras: desvaneciéndose en las tinieblas. Todos los corazones latían llenos de júbilo, como si hubiesen escapado de alguna emboscada. Se creían ya bajo los muros de París, en vísperas de tomarse el desquite.

Juan trataba de reconocer el camino en la obscuridad de la noche. La carretera se deslizaba entre dos hileras de árboles, y le parecía que atravesaba extensas praderas; después se presentaron subidas y bajadas. Llegaron a una aldea, que debía ser Balay, cuando el pesado nubarrón que obscurecía el cielo, reventó en forma de lluvia torrencial. Los soldados habían recibido tanta agua, que ya no se incomodaban. Dejaron atrás Balay, y a medida que se acercaban de Quatre Champs, por el valle que iba ensanchándose, algunas ráfagas de aire violento, azotaron el rostro de los hombres. Más allá de Quatre Champs, cuando subieron sobre la vasta meseta cuyas tierras peladas van hasta Noirval, la tormenta se desencadenó con furia y un aguacero espantoso volvió a caer sobre las tropas. Se dio allí la orden de hacer alto, y uno a uno, fueron parándose todos los regimientos. El 7.º cuerpo entero, compuesto de treinta y tantos mil hombres, se encontró reunido, al amanecer de aquel día cenagoso.

¿Qué ocurría? ¿Para qué aquella parada? La incertidumbre se apoderaba de nuevo de toda aquella gente, algunos decían que las órdenes habían sido mal interpretadas o habían sido cambiadas. Habíase prohibido romper filas. Por momentos las ráfagas de viento barrían la meseta con tal violencia, que tenían que apretarse unos contra otros, para que no los llevara el aire. La lluvia les cegaba, les acribillaba la piel, una lluvia helada, que se escurría sobre sus trajes. Y pasaron dos horas, una espera interminable, sin saber por qué, en medio de la angustia que de nuevo oprimía los corazones.

A medida que el día clareaba, Juan intentaba orientarse. Le habían enseñado el noroeste, del otro lado de Quatre Champs, el camino del Chéne, que subía por un montecillo. ¿Por qué habían tomado a la derecha, en vez de ir por la izquierda? Después le llamó la atención, ver instalado el Estado Mayor en la Converserie, una casería situada en lo alto de la meseta. Allí parecían estar atolondrados, los oficiales corrían de un lado para otro, discutían gesticulando. Y nada venía, ¿qué podía ser lo que aguardaban? La meseta era una especie de circo, había rastros hasta perderse de vista, que dominaban al Norte y al Este en las alturas muchos bosques; hacia Sur se extendían también otros bosques; mientras que por una especie abertura al Oeste, se veía el valle del Aisne, con las casitas blancas de Vouziers. Y debajo de la Converserie, resaltaba el campanario de pizarra de Quatre Champs, que apenas se distinguía; tanta era el agua que caía, que parecía fundir los tejados mohosos del pueblo. Mientras Juan miraba la calle en cuesta, distinguió perfectamente un cochecito que llegaba al trote largo del caballo, por la calzada convertida en torrente.

Era Mauricio que desde las laderas de enfrente, acababa de ver al 7.º cuerpo. Llevaba dos horas recorriendo los alrededores, engañado por los informes de un aldeano, y extraviándose a consecuencia de la mala voluntad del conductor, a quien el miedo a los prusianos daba calentura. En cuanto alcanzó la casería, saltó del coche y encontró en seguida su regimiento.

Juan se sorprendió al verle.

—¡Eres tú! ¿Para qué has venido si teníamos que ir a donde estabas?

—Mal andas de noticias... No vamos por allí, vamos por allá, ¡y a morir todos!

—¡Bueno va! —dijo Juan palideciendo—. Al menos nos matarán juntos.

Los dos hombres se abrazaron. Mauricio entró en las filas, los soldados continuaban recibiendo el agua que caía del cielo: Juan se colocó en su puesto, aguantando el chaparrón, sin una queja, para dar ejemplo.

La noticia había circulado. No se replegaban sobre París, marchaban de nuevo hacia el Meuse. Un ayudante acababa de llevar al 7.º cuerpo la orden de ir a acampar a Nouart; mientras que el 5.º, dirigiéndose hacia Beauclair, tomaría la derecha del ejército y que el 1.º reemplazaría al 12.º en el Chéne, camino para Besace, en el ala izquierda. Si estaban allí parados hacía tres horas, aquellos treinta y tantos mil hombres, recibiendo a pie quieto el enorme aguacero, era porque el general Donay, en medio de la deplorable confusión, que había producido aquel nuevo cambio de frente, estaba muy preocupado por la suerte que podía correr el convoy, enviado la víspera

hacia Chagny y era preciso aguardar para que se reuniera a las tropas. Decíase que el convoy se había encontrado con el del 12.º cuerpo, en el Chéne, además, parte del material, las forjas de la artillería, habían equivocado el camino y volvían de Terron, por el camino de Vouziers, donde probablemente caerían en poder de los alemanes. Nunca fue mayor el desorden, ni la ansiedad más justificada.

Entre los soldados la desesperación fue muy grande. Muchos querían sentarse sobre sus mochilas, encima del barro de aquella meseta, y aguardar la muerte bajo la lluvia. Se burlaban de sus jefes, los insultaban. ¡Vaya usos jefes!, ¡deshaciendo por la noche lo que han hecho por la mañana, tan tranquilos cuando no veían al enemigo y escapándose cuando se presentaba! Una desmoralización final acababa de hacer de aquel ejército un rebaño sin fe, sin disciplina, que se llevaba al matadero, por los azares del camino. Allá, cerca de Vouziers, acababa de comenzar el tiroteo entre la retaguardia del 7.º cuerpo y la vanguardia del ejército alemán; y hacía rato que todas las miradas se dirigían al valle del Aisne, por donde subían espesas columnas de humo negro: se supo que era la aldea de Falaise incendiada por los hulanos. La desesperación se apoderó de los soldados. ¿Pues qué era aquello?

¿Llegaban ahora los prusianos? ¡Los habían aguardado durante dos días para darles tiempo de llegar y después se largaban de este modo! Hasta los más idiotas comprendían la irreparable falta que se había cometido, aguardando tontamente; aquel lazo tan burdo y que tan buen resultado había dado. Los escasos pelotones de la caballería del cuarto ejército alemán, que iban a la descubierta entreteniéndose a la brigada Bordas, parando, inmovilizando uno a uno todos los cuerpos del ejército de Chalons para dar tiempo de llegar al príncipe real de Prusia, al frente del ejército. Y a aquella hora, gracias a la ignorancia del mariscal MacMahon, que no sabía qué fuerzas tenía enfrente, se unían los dos ejércitos alemanes, y el 7.º y el 5.º cuerpos iban a ser hostigados, perseguidos, bajo la continua amenaza de un desastre.

En el horizonte miraba Mauricio como ardía Falaise. En aquel momento tuvieron el consuelo de ver el convoy que habían creído perdido, que desembocaba por el camino del Chéne. Inmediatamente, mientras que la primera división se quedaba en Quatre Champs para aguardar y proteger el interminable desfile de los bagajes, la segunda se ponía en movimiento en demanda de Boult-aux-Bois, por el bosque, mientras que la tercera se apostaba a la izquierda, en las alturas de Belleville, para asegurar las comunicaciones. Y como el 106.º en el momento en que el agua volvía a caer con más fuerza, abandonaba la meseta, volviendo a emprender la marcha infame, inaudita, sobre el Meuse, hacia lo desconocido, Mauricio volvió a ver la sombra del emperador, yendo y viniendo, triste, sombrío, sobre las cortinas de la ventana de la señora Desroches. ¡Ah!, ¡ese ejército de la desesperación; ese ejército de perdición que se enviaba a que lo aplastaran, a que lo aniquilaran, para salvar una dinastía! ¡Anda! ¡Anda!, ¡sin mirar hacia atrás, bajo la lluvia, en el lodo, al exterminio!

VI

—¡Demonio! —dijo al despertarse Chouteau a la mañana siguiente, helado y cansado, dentro de la tienda— de buena gana tomaría un caldo, con mucha carne alrededor.

En Boulton-aux-Bois, donde acamparon, solo había habido un reparto de patatas, pues la administración militar, cada vez más aturdida y desorganizada por las marchas y contramarchas continuas, no llegaba nunca a encontrar las tropas en los sitios señalados por el Estado Mayor. No sabían ya donde encontrar entre el desorden que existía, los rebaños, y esto significaba la penuria a cada instante y la miseria en perspectiva.

Loubet, que se desesperaba, dijo desilusionado:

—¡Se acabaron para siempre los gansos asados!

La escuadra estaba triste, sombría. Cuando no comían, no había alegría. Y para colmo de males, la lluvia continuaba sin cesar y el barro les servía de cama.

Al ver que Pache se santiguaba después de haber rezado, como tenía por costumbre todas las mañanas, Chouteau se volvió hacia él, encolerizado:

—Pídele a Dios, hombre, que nos envíe un par de salchichones y una botella de vino.

—¡Si siquiera tuviésemos pan hasta hartarnos! —añadió Lapouille, que sufría enormemente, mucho más que los otros, pues tenía un apetito terrible.

El teniente Rochas los hizo callar. ¿No era vergonzoso pensar siempre en llenarse la tripa? Él, filosóficamente, se apretaba el cinturón cuando no había qué comer. Desde que las cosas habían tomado tan mal cariz y que por momentos se oía el tiroteo, había vuelto a recuperar toda su confianza, más testarudo que nunca. La cosa no podía ser más sencilla. ¿Estaban allí los prusianos? sí, ¡pues ya estaban derrotados! y hacia un movimiento de hombros, como burlándose del capitán Beaudoin, ese joven, como él le llamaba, que había perdido su equipaje y que estaba inconsolable. Se podía pasar sin comer, bueno, pero lo que le indignaba era no poder mudarse la camisa.

Mauricio se despertó temblando de frío y disgustado. Su pie, gracias al calzado ancho, no se le había inflamado, pero el diluvio de la víspera, que le había calado el capote, le dejó todo el cuerpo destrozado. Le enviaron a buscar el agua para hacer el café y miraba la llanura en cuyo extremo estaba situado Boulton-aux-Bois: los bosques se dirigen al Norte y al Oeste sube una cuesta hasta el pueblo de Belleville; mientras que del lado de Buzancy, al Este, se extienden vastos terrenos llanos, con ondulaciones suaves, en las que se ocultan algunas aldeas. ¿Se aguardaba por allí al enemigo? Al volver con la cantimplora llena de agua, una familia de aldeanos, acongojada, delante de la puerta de su casita, le llamó, preguntándole si se iban a

quedar las tropas para defenderlos. En tres ocasiones, con el ir y venir de órdenes y contraórdenes, el 5.º cuerpo había atravesado el país. La víspera se había oído el cañoneo del lado de Bar, los prusianos debían estar a unas dos leguas. Cuando dijo que el 7.º cuerpo iba a marchar probablemente, las pobres gentes empezaron a llorar. Los abandonaban, los soldados no iban allí para batirse, los veían aparecer y desaparecer, huyendo siempre.

—Los que quieran azúcar —dijo Loubet mientras servía el café— no tienen más que meter el dedo y aguardar a que se derrita.

Ninguno se rio de la ocurrencia. El café sin azúcar era poco agradable; ¡si hubiesen tenido galletas siquiera! La víspera, para pasar el tiempo sobre la meseta de Quatre Champa, casi todos habían dado fin de las provisiones que tenían, comiéndose hasta las migajas. Pero lo escuadra encontró, afortunadamente, una docena de patatas, que se repartió amigablemente.

—Sí hubiera podido preveer esto —dijo Mauricio—, hubiese comprado un pan en el Chéne.

Juan escuchaba, pero callaba. Al levantarse había tenido una disputa con Chouteau, a quien había querido enviar a buscar la leña, pero este se negó, insolentándose, diciéndole que no le correspondía. Desde que las cosas marchaban de mal en peor, aumentaba la indisciplina, y los jefes no se atrevían a castigar a los soldados. Juan, con su calma, comprendió que no tenía más remedio que prescindir de su autoridad para no provocar tumultos a cada instante. Se había familiarizado con su escuadra, haciéndose amigo de los soldados, a los que su experiencia y práctica de la vida militar prestaba grandes servicios. Si en su escuadra no se comía siempre bien, no se moría de hambre como pasaba en otras. Lo que sufría Mauricio le hacía enternecer, le miraba preocupado, preguntándose cómo podría llegar hasta el fin da la jornada aquel muchacho tan débil.

Cuando Juan oyó que Mauricio se quejaba de la falta de pan, se puso en pie, desapareció un momento y volvió después de haber registrado su mochila.

—¡Toma! —dijo entregándole a escondidas una galleta—. Escóndela, pues no tengo para todos.

—Pero ¿y tú? —preguntó el joven.

—Yo, no tengas cuidado... Me quedan dos.

Era verdad. Había guardado tres galletas para el caso de que tuvieran que batirse, sabiendo de antemano que en los campos de batalla se desarrollaba el apetito. Además, había comido una patata, y esto le bastaba. Después Dios diría.

A las diez, el 7.º cuerpo se puso en movimiento. La primera idea del mariscal MacMahon había sido de enviarle por Buzancy, sobre Stenay, donde hubiera pasado el Meuse. Pero los prusianos, ganando en velocidad al ejército de Chalons, debían hallarse en Stenay y aún tal vez en Buzancy. Así es que rechazado hacia el Norte, el 7.º cuerpo acababa de recibir la orden de dirigirse a la Besace, a unos veinte kilómetros de Boult-aux-Bois, para ir desde allí, al día siguiente, a pasar el río Meuse,

por Mouzon. Al emprender la marcha, los soldados se quejaban, tenían el estómago casi vacío, los cuerpos cansados, extenuados por las fatigas de los últimos días; los oficiales entristecidos por lo que veían, cediendo al malestar de la catástrofe hacia la cual marchaban, se lamentaban de aquella inacción, se irritaban porque no los habían enviado a Buzancy para apoyar al 5.º cuerpo, cuyo cañoneo habían oído. Aquel cuerpo debía también batirse en retirada, subir hacia Nouart, mientras que el 12.º salía de Besace para Mouzon y el 1.º tomaba la dirección de Raucourt. Era aquella una marcha de rebaño apaleado, hostigado por los perros, empujándose, atropellándose, hacia aquel Meuse tan deseado, después de tantos retrasos y tardanzas.

Cuando el 106.º dejó a Boulton aux Bois a retaguardia de la caballería y de la artillería, en aquel chorrear de hombres de las tres divisiones que rayaban la llanura, el cielo se encapotó de nuevo, y aquellas nubes lívidas acabaron de entristecer a los soldados. El 106.º seguía la carretera de Buzancy, adornada con magníficos álamos. En Germond, una aldea, en la cual los montones de estiércol humeaban delante de las puertas, las mujeres lloraban, cogían los niños, los tendían hacia las tropas, como pidiendo que se los llevaran. No quedaba allí un bocado de pan, ni una patata. Después, en vez de seguir hacia Buzancy, el 106.º tomó por la izquierda, subiendo hacia Authé, y los soldados, al ver del otro lado de la llanura, sobre la cuesta, a Belleville, que habían atravesado la víspera, comprendieron que desandaban lo andado.

—¡Rayos y truenos! —dijo Chouteau— ¿pero creerán que somos peones?

Y Loubet añadió:

—¡Vaya unos generales de tres al cuarto! Ya se conoce que nuestras piernas no les cuestan dinero.

Todos se incomodaban. No se cansaba a tantos hombres por el solo gusto de pasearse. Y por la extensa llanura, entre los anchos repliegues del terreno, avanzaban por columnas en dos filas, una a cada lado del camino; en el centro marchaban los oficiales; pero ya no era como al día siguiente de salir de Reims, en la Champagne, una marcha alegrada por canciones y chistes, con la mochila al hombro, fuertes y llenos de esperanza, con el deseo de ganar por la mano a los prusianos y de batirlos luego; ahora, silenciosos y tristes, irritados, arrastraban sus cuerpos con el odio hacia el fusil que los magullaba y renegando de su mochila que les rendía, sin fe en sus jefes, dejándose caer con tal abatimiento que solo marchaban como el ganado, bajo la fatalidad del látigo. El miserable ejército empezaba a subir su calvario.

Mauricio hacía unos momentos que miraba con mucha atención. Por izquierda, hacia el valle que subía en las gradaciones, acababa de ver salir de un bosquecillo lejano a un hombre a caballo. En seguida aparecieron otros dos. Los tres estaban inmóviles, pequeños, a causa de la distancia. Creyó que era algún reconocimiento de caballería, cuando algunos puntos brillantes de los hombros, sin duda los reflejos de las hombreras, le llamaron la atención.

—¡Mira allí! —dijo Juan—. Son hulanos.

El cabo se restregó los ojos.

—¡Aquello!

En efecto, eran hulanos; los primeros prusianos que veía el 106.º. Llevaba el regimiento mes y media en campaña y no había quemado un cartucho y ni aun había visto su enemigo.

Corrió la voz, todas las cabezas se volvieron con curiosidad. No tenían mala pinta aquellos hulanos.

—Uno de ellos está bastante bien de carnes —hizo notar Loubet.

Pero a la izquierda del bosquecito, en la meseta, se presentó un escuadrón. Y ante aquella aparición amenazadora, la columna hizo alto. Llegaron órdenes y el 106.º fue a colocarse detrás de unos árboles, al lado de un riachuelo. La artillería retrocedió para establecer las baterías sobre una meseta. Durante dos horas estuvieron así, formados en batalla sin que ocurriera nada. En el horizonte la masa de caballería permanecía inmóvil, y comprendo por último que perdían el tiempo inútilmente, volvieron a emprender lo marcha.

—¡Vamos! —dijo Juan— otra vez será.

A Mauricio le quemaban las manos, tenía deseos de disparar un tiro. Y volvió a caer en la cuenta de que la víspera se había cometido una torpeza no acudiendo a apoyar el 5.º cuerpo. Si los prusianos no atacaban debía obedecer a que no tenían aún bastante infantería disponible; de manera que aquellas demostraciones, aquellas descubiertas de caballería solo debían tener por objeto paralizar, retrasar la marcha de los cuerpos. De nuevo volvían a caer en el lazo, y en efecto, desde aquel momento, el 106.º vio continuamente a los hulanos a su izquierda en cada accidente del terreno los seguían, lo vigilaban, desaparecían detrás de cualquier casa, para volver a aparecer en otro sitio.

Poco a poco los soldados se cansaban al verse envueltos de aquel modo, como en las mallas de una invisible red.

—¡Nos fastidian! —decían Pache y el mismo Lapouille—. Si les enviáramos unas cuantas peladillas, nos serviría de algún consuelo.

Continuaban andando, marchando siempre, penosamente, cansándose mucho. Con el malestar que producía aquella caminata, sentían que el enemigo los iba cercando por todas partes, del mismo modo que se siente la tormenta antes de que estalle. Se habían dado órdenes muy severas a la retaguardia, y ya no había rezagados, con la certidumbre que tenían de que los prusianos seguían los cuerpos y recogían al que se quedaba en el camino. La infantería enemiga llegaba a toda prisa, marchando a razón de cuarenta kilómetros por día, mientras que los regimientos franceses, cansados, paralizados, apenas avanzaban.

En Authe, el cielo se despejó, y Mauricio, que se guiaba por la dirección del sol, pudo notar que en vez de subir hacia el Chéne, a tres leguas de allí, daban la vuelta para dirigirse en línea recta hacia el Este. Eran las dos de la tarde y el calor empezó a molestar a las tropas, después de haber tenido frío con el agua que sobre ellos había

caído durante dos días. El camino subía dando muchos rodeos por entre planicies desiertas. Ni una casa, ni un ser viviente rompían la monotonía del paisaje; de vez en cuando algún bosquecito y el triste silencio de aquellas soledades había contagiado a los soldados, que con la cabeza baja y sudando arrastraban penosamente los pies. Llegaron a Saint-Pierremont y se presentaron a la vista algunas casitas vacías sobre un montecillo. No atravesaron la aldea y Mauricio pudo notar que tomaban por la izquierda, hacia el Norte, en dirección de la Besace.

Comprendió entonces qué camino habían elegido con objeto de llegar a Monzón antes que los prusianos. ¿Lograrían lo que se habían propuesto con tropas tan cansadas y desmoralizadas? En Saint-Pierremont volvieron a presentarse los hulanos, allá, a lo lejos, en el recodo del camino que conducía a Buzancy, y al abandonar la aldea la retaguardia, una batería envió algunas granadas, que cayeron sin causar bajas.

No contestaron; continuaron la marcha, cada vez más penosa.

Desde Saint-Pierremont hasta la Besace quedaban tres leguas, y Juan, a quien Mauricio acababa de decírselo, dio señales de desesperación; los soldados no podrían recorrerlas, lo comprendía perfectamente al ver su abatimiento, al notar lo extraviado de sus miradas. El camino seguía subiendo entre dos montecitos que se estrechaban poco o poco. Fue necesario hacer alto. Pero aquel descanso solo había logrado enfriar los miembros, y cuando emprendieron de nuevo la caminata, fue peor todavía; los regimientos no avanzaban, y algunos hombres cayeron. Juan, que veía palidecer a Mauricio, cuyas miradas se extraviaban, hablaba mucho contra su costumbre, para animarle, distraerle.

—¿Dices que tu hermana vive en Sedan? ¡Tal vez pasemos por allí!

—¿Por Sedan? ¡Nunca! No es nuestro camino, tendrían que haberse vuelto locos.

—¿Es joven tu hermana?

—Tiene la misma edad que yo. Ya te he dicho que somos gemelos.

—¿Se parece a ti?

—Sí, es tan rubia como yo, y con el pelo rizado, muy suave... muy pequeñita, con la cara delgada y no mete mucha bulla. ¡Pobrecita!

—¿Os queréis mucho?

—Sí... sí...

Hubo un momento de silencio y Juan, que no perdía de vista a Mauricio, notó que cerraba los ojos y que iba a caer.

—¡Eh! compañero... tente derecho, ¡vive Dios! Dame tu fusil, así descansarás un poco... Vamos a perder la mitad de la gente en el camino. ¡No es posible ir más allá por hoy!

En este momento acababa de ver enfrente el pueblecito de Ochés, cuyas casitas se presentaban en forma de anfiteatro. La iglesia, de color de ocre, lo dominaba todo.

—Con seguridad que vamos a dormir allí —dijo Juan.

Había adivinado. El general Douay que notaba el cansancio de las tropas,

comprendió que era imposible llegar a la Besace aquel día. Lo que le decidió sobre todo, fue la llegada del convoy, aquel molesto convoy que venía arrastrando detrás de sus tropas desde Reims y cuyas tres leguas de carros y de acémilas, tanto retrasaban las marchas. Había dado orden para que desde Quatre Champs se dirigiera directamente a Saint-Pierremont, y en Oches fue donde el convoy había alcanzado al ejército, tan agotadas las fuerzas que las caballerías no querían andar más. Eran las cinco. El general Douay, temiendo penetrar en los desfiladeros de Stonne, renunció a acabar la etapa señalada por el mariscal. Se detuvieron y acamparon; el convoy abajo, en las praderas, estaba guardado por una división, mientras que la artillería se instalaba detrás, sobre una eminencia y más arriba la brigada que debía ir a retaguardia, enfrente de Saint Pierremont. Otra división, de la que formaba parte la brigada de Bourgain Desfeuilles, se estableció detrás de la iglesia, sobre una ancha meseta que bordeaba un bosque de encinas.

Llegaba la noche, cuando el 106.º pudo por fin instalarse en la orilla del bosque, no sin gran trabajo, tal había sido la confusión para elegir los puestos.

—¡Silencio! —dijo Chouteau—, ¡yo no como, duermo!

Todos decían lo mismo. Muchos no tenían alientos para clavar las tiendas de campaña, se dormían donde caían.

Además, para poder comer hubiera sido necesario que la administración militar hubiese hecho un reparto de provisiones, y la administración militar, que aguardaba al séptimo cuerpo en la Besace, no se hallaba en Oches. En el abandono que reinaba, ya no se tocaba a provisiones. El que podía se aprovisionaba y el que no, lo dejaba. Desde este momento ya no se distribuyó nada a las tropas; los soldados tuvieron que vivir con los víveres que debían llevar en sus mochilas, y las mochilas estaban vacías; pocos fueron los que encontraron algo de lo que les había sobrado en Vouziers. Tenían aún café; los menos cansados lo bebieron sin azúcar.

Cuando Juan quiso comer, dando a Mauricio una de las dos galletas que le quedaban, vio que este dormía profundamente. Quiso despertarle, pero después, estoicamente, volvió a colocar las dos galletas en la mochila, escondiéndolas como si fuera oro; se contentó con beber café, como los demás.

Había exigido que plantaran la tienda, y todos estaban ya acostados cuando volvió Loubet con unas cuantas zanahorias que había arrancado cerca de allí. Como no había medio de cocerlas, las comieron crudas, pero tanto exasperaban el hambre, que Pache se puso enfermo.

—No, no, déjele usted dormir —decía Juan a Chouteau, viendo que este quería despertar a Mauricio para darle su parte.

—¡Ah! —dijo Lapouille—, mañana cuando llegemos a Angulema tendremos pan... un primo mío ha estado allí de guarnición y dice que es buen punto.

Todos se extrañaban de aquella salida, y Chouteau dijo:

—¡Pero qué! ¿Vamos a Angulema? ¡Vaya un animal, que cree que estamos cerca de Angulema!

No hubo medio de obtener explicaciones de Lapouille. Creía que iban a Angulema. Él fue también quien aquella mañana, al ver los hulanos, había sostenido que eran soldados del ejército de Bazaine.

El campamento quedó envuelto en tinieblas, en medio de un silencio sepulcral. A pesar del fresco de la noche, se había prohibido encender hogueras.

Sabían que los prusianos se encontraban a pocos kilómetros, y los ruidos se ensordecían por temor de que los descubrieran. Los oficiales habían prevenido a las tropas que la marcha empezaría a las cuatro de la mañana para ganar el tiempo perdido, y todos, de prisa, se durmieron, aniquilados. Por encima de aquellos campamentos dispersos, la respiración fuerte de aquella multitud subía en las tinieblas, como si fuera el aliento mismo de la tierra.

De pronto, un tiro despertó a la escuadra. La noche era muy oscura. Debían ser las tres. Todos se pusieron de pie, y la alarma cundió por todo el campamento, creyendo que el enemigo atacaba. Era que Loubet, que no dormía ya, se había levantado e internándose en el bosque, donde debía de haber conejos. ¡Vaya un banquete si al amanecer llevaba un par de conejos a los compañeros! Pero como estaba buscando un puesto, oyó que venían hacia él algunos hombres rompiendo ramas, se asustó y disparó un tiro creyendo que eran prusianos.

—Juan, Mauricio y otros acudían, cuando una voz ronca gritó:

—No tiréis, ¡vive Dios!

Era en la orilla del bosque; un hombre alto y delgado, cuyas barbas toscas apenas se distinguían. Llevaba una blusa gris ceñida por un cinturón rojo, y tenía un fusil. En seguida explicó que era francés, sargento de voluntarios, y que venía con dos hombres desde los bosques de Dieulet, para dar algunos informes al general.

—¡Eh! ¡Cabasse! ¡Ducat! —gritó volviéndose—, ¡venid acá, holgazanes!

Los dos hombres habían tenido miedo, sin duda, pero se acercaron; Ducat era pequeño, regordete, pálido, casi calvo; Cabasse, alto, seco, la tez morena, casi negra, con una nariz larga en forma de cuchillo.

Mauricio, que examinaba muy de cerca al sargento, acabó por preguntarle:

—¿Diga usted? ¿No es usted Guillermo Sambuc, de Remilly?

Y, como este, después de algunas vacilaciones, contestara que sí, el joven retrocedió un paso, porque aquel Sambuc tenía fama de ser un granuja, digno hijo de una familia de leñadores, que andaba en malos pasos; al padre, un borracho, se le encontró una noche degollado, en un bosque; la madre y la hija, mendigas, ladronas, habían desaparecido. Guillermo contrabandeaba, y uno solo, de toda aquella manada de lobos, había crecido honrado, Próspero, el cazador de África, que antes de tener la suerte de ser soldado, había sido mozo de labranza, por odio a la selva.

—He visto a su hermano en Reims y en Vouziers —dijo Mauricio—. Está muy bien.

Sambuc no contestó. Para cortar la conversación añadió:

—Llebadme al general. Díganle que somos los voluntarios de los bosques de

Dieulet, y que tenemos que comunicarle algo muy importante.

Cuando regresaban hacia el campamento, Mauricio se acordaba de aquellas compañías de voluntarios, en las que se habían fundado tantas esperanzas y que solo producían quejas. Tenían que hacer la guerra de escaramuzas, de emboscadas, aguardando al enemigo detrás de los vallados, hostigarle, matarle los centinelas, guardar los bosques, de donde ni un prusiano saldría vivo. Y, en verdad, estaban a punto de ser el terror de los aldeanos, a los que defendían muy mal y a los que destrozaban los campos. Por horror del servicio militar regular, todos los aventureros se apresuraban a vestir el uniforme de voluntario, contentos de no verse sujetos a la disciplina, de poder andar a su capricho por los caminos, comiendo y durmiendo donde podían.

En algunas compañías el reclutamiento había sido infernal.

—¡Eh! Cabasse, ¡eh! Ducat —continuaba diciendo Sambuc— acercaos, holgazanes.

A esos dos también los conocía Mauricio y sabía que eran dos individuos de la peor casta. Cabasse, el alto, nacido en Tolón, antiguo mozo de café en Marsella, que había ido a parar a Sedan como comisionista, había estado a punto de ir a la cárcel, por una historia de robo que no pudo ponerse muy en claro. Ducat, el pequeño, procurador en Blainville, había tenido que traspasar su cargo por las inmoralidades que había cometido, y había estado a punto de ser procesado por hechos análogos en Raucourt, donde era tenedor de libros de una fábrica. Este último sabía latín, mientras que el primero apenas si sabía leer; pero los dos formaban la pareja, una pareja que inspiraba bastante cuidado.

El campamento se despertaba. Juan y Mauricio llevaron a los voluntarios al capitán Beaudoin, quien a su vez los presentó al coronel Vineuil. Este los interrogó, pero Sambuc, confiado en su importancia, quería hablar al general; y como el general Bourgain Desfeuilles, que había pasado la noche en casa del cura de Oches, acababa de presentarse en la puerta del presbiterio de mal humor por aquella madrugada para emprender una nueva jornada de fatiga y de hambre, acogió a los voluntarios con malos modales.

—¿De dónde vienen?, ¿qué quieren? ¡Ah!, ¡sois vosotros los voluntarios!, ¡vaya unos caballeros!

—Mi general —dijo Sambuc sin amilanarse—, somos los que guardamos los bosques de Dieulet.

—¿Qué bosques son esos?

—Los que están entre Stenay y Mouzon, mi general.

—Stenay, Mouzon, no conozco eso; ¡cómo voy a saber yo dónde estoy con tantos nombres nuevos!

El coronel Vineuil intervino discretamente para recordarle que Stenay y Mouzon estaban sobre el Meuse, y que habiendo ocupado los alemanes el primer punto, iban a intentar pasar el río por el puente del segundo pueblo, un poco más al Norte.

—Mi general —añadió Sambuc— hemos venido para prevenirle que los bosques de Dieulet están llenos de prusianos... Ayer, al salir el quinto cuerpo de Bois-les-Dames, tuvo un encuentro, cerca de Nouart.

—¡Pero qué!, ¿se han batido ayer?

—Sí, mi general, el quinto cuerpo se ha batido replegándose, y debe estar esta noche en Beaumont... y mientras los compañeros han ido a prevenirle, nosotros hemos venido aquí, para que supiera cuál era su situación y pudiese usted ir a socorrerle, porque le van a caer encima sesenta mil alemanes por la mañana.

El general Bourgain Desfeuilles al oír aquella cifra, manifestó algunas dudas.

—¡Sesenta mil hombres! muchos hombres son; ¿por qué no ha dicho cien mil? El miedo le hace ver el doble. No puede haber cerca de nosotros sesenta mil hombres, sin que lo supiéramos.

Y no hubo medio de convencerle, a pesar de que Ducat y Cabasse confirmaron lo dicho por Sambuc.

—Hemos visto los cañones —dijo el provenzal—, y tienen que ser muy testarudos para meterlos por el camino del bosque, que está imposible con las lluvias de estos últimos días.

—Alguno les sirve de guía —dijo el exprocurador.

El general, desde lo ocurrido en Vouziers, ya no creía en la concentración de los dos ejércitos alemanes, de que tanto le habían hablado. Y no creyó oportuno enviar a los voluntarios para que hablaran con el jefe del séptimo cuerpo, con quien estos creían estar hablando. Si hubiesen hecho caso de cuanto decían los aldeanos, de todos los que traían noticias, no hubiera habido medio de dar un paso. Dio orden a los voluntarios de que siguieran a la columna puesto que conocían el país.

—De todos modos hay que agradecerles que hayan venido —dijo Juan a Mauricio mientras volvían a su puesto para recoger la tienda de campaña—. Han andado cuatro leguas durante la noche para poder avisarnos.

Mauricio convino en ello. Le atormentaba la idea de que los prusianos se hallaban en los bosques de Dieulet, camino de Sommauthe y de Beaumont. Se había sentado, cansado ya, antes de emprender la caminata, con el estómago vacío, el corazón oprimido, al amanecer de aquel día que presentía iba a ser horrible.

Al verle tan pálido, el cabo le preguntó cariñosamente:

—¿Estás mal, no es verdad? ¿Te hace sufrir el pie todavía?

Mauricio dijo que no. El pie estaba muy bien, gracias a los anchos zapatos que tenía.

—¿Tienes hambre?

Y Juan, viendo que no contestaba, sacó sin que le vieran una de las dos galletas, y mintiendo, con mucha sencillez:

—Toma —le dijo—, te he guardado tu ración... yo he comido la mía ahora mismo.

Amanecía cuando el 7.º cuerpo salía de Oches, camino de Mouzon, por la Besace,

a donde hubiera debido pernoctar. Primero había salido el enorme convoy, acompañado de la primera división, y si los carruajes del tren con buen ganado marchaban a buen paso, en cambio los carros embargados, vacíos la mayor parte e inútiles, se retrasaban mucho en las cuestas del desfiladero de Stonne. El camino sube, especialmente después de la aldea de la Berlière, entre los dos montes cubiertos de árboles, que lo dominan. A las ocho, cuando las otras dos divisiones se ponían en marcha, se presentó el mariscal MacMahon, desesperándose al ver allí aquellas tropas que creía habían salido ya de la Besace por la mañana y que solo tenían que andar algunos kilómetros para llegar a Mouzon. Tuvo una discusión bastante fuerte con el general Douay, acordándose por último dejar a la primera división que escoltara al convoy en marcha hacia Mouzon, y que las otras dos divisiones, para no retrasarse más con aquella pesada vanguardia, tomasen el camino de Raucourt a Autrecourt, con objeto de pasar el río Meuse en Villers. Había que subir de nuevo hacia el Norte, con la prisa que tenía el mariscal de poner el río entre su ejército y el del enemigo. Costara lo que costara, había que estar aquella noche al otro lado del Meuse y la retaguardia se encontraba aún en Ochés. Una batería prusiana desde un cerro lejano, del lado de Saint Píerremont, empezó a cañonearlos como la víspera; primero contestaron a aquellos disparos y después las últimas tropas se replegaron.

Hasta las once el 106.º siguió lentamente el camino que serpentea en el fondo del desfiladero del Stonne, entre los altos cerros. Sobre la izquierda las crestas empinadas suben desnudas, escarpadas, mientras que por la derecha los bosques descienden por pendientes suaves. El sol había vuelto a aparecer y hacía mucho calor en aquel valle estrecho y completamente solitario. Después de la Berlière, que domina un calvario grande y triste, no se encuentra una casa, ni un ser viviente y los hombres tan cansados, tan destrozados, hambrientos y sin haber dormido apenas, se arrastran penosamente sin valor para sufrir más y renegando.

De pronto, mientras estaban parados al lado del camino, volvióse a oír el disparo de los cañones a la derecha. Los cañonazos eran tan secos que el combate no debía librarse a más de dos leguas de distancia. Sobre aquellos hombres, cansados de replegarse enervados de tanto aguardar, el efecto que produjeron los cañonazos fue extraordinario.

Todos de pie, agitados, olvidando sus penas y sus fatigas, querían batirse, hacerse matar antes que continuar huyendo a la desbandada, sin saber cómo ni por qué.

El general Bourgain-Desfeuilles, acababa en aquel momento de subir a un cerro, llevándose consigo al coronel Vineuil para reconocer el país. Se les veía allá en lo alto, entre dos bosquecitos, examinando el terreno con sus gemelos; enviaron en seguida un ayudante para que hiciera subir a los voluntarios. Algunos soldados, Juan y Mauricio entre ellos, acompañaron a estos para en el caso de que los necesitaran.

En cuanto el general vio a Sambuc, gritó:

—¡Vaya un país, con estas cuestas y estos bosques!... ¿Oye usted? ¿Dónde es, dónde se baten?

Sambuc, seguido de Ducat y Cabasse escuchó, examinó un momento el vasto horizonte sin contestar. Mauricio, muy cerca de él, miraba también sorprendido por el inmenso desarrollo de los valles y bosques que veía. Hubiérase dicho que aquello era un mar sin límites, con olas inmensas y lentas. Los bosques manchaban con tintes verdes las tierras amarillentas, mientras que las colinas lejanas, bajo el sol ardiente, se anegaban en vapores rojizos. No se advertía nada, ni la más pequeña humareda en el fondo claro del cielo, pero el cañón seguía retumbando cada vez con mayor estrépito, semejante al de una tempestad lejana que iba aumentando por momentos.

—Allí está Sommauthe, a la derecha —acabó por decir Sambuc, señalando un monte—: Yoneq está aquí, a la izquierda. La batalla es en Beaumont, mi general.

—Sí, en Verniforet o en Beaumont —replicó Ducat.

El general gruñía:

—Beaumont, Beaumont, nunca sabe uno donde se encuentra en este endiablado país...

Después añadió en voz alta:

—¿Qué distancia hay desde aquí hasta Beaumont?

—Unos diez kilómetros, tomando por el camino del Chéne a Stenay que pasa por allí.

El cañoneo continuaba y parecía avanzar del Oeste al Este, aumentando siempre en intensidad. Sambuc añadió:

—¡Demonio! ¡La cosa está que arde!... Lo esperaba, se lo había prevenido esta mañana, mi general; con seguridad que son las baterías que hemos visto en los bosques de Dieulet. A estas horas el 5.º cuerpo debe tener encima todo ese ejército que llegaba por Buzancy y por Beaulair.

Volvieron a callar y mientras tanto la batalla se oía cada vez más estruendosa. Mauricio apretaba los dientes, pues tenía ganas de gritar. ¿Por qué no iban en seguida al sitio donde hacían falta? Nunca había experimentado tal excitación. Cada cañonazo resonaba en su pecho y le conmovía, le impelía a ir al combate, para acabar de una vez y entrar en la batalla. Pues qué, ¿iban a oír el fuego otra vez, a pasar junto a aquel campo de batalla, rozarle casi sin disparar un tiro? ¿Se habían propuesto acaso llevarlos así de ese modo, huyendo siempre desde el principio de la guerra? En Oches, el enemigo acababa de cañonearlos un momento por la espalda. ¡Seguirían corriendo de ese modo, no irían a apoyar a sus compañeros en aquel trance! Mauricio miró a Juan que estaba muy pálido; los ojos le brillaban, efecto de la fiebre. Todos los corazones vibraban en los pechos al oír aquella llamada del cañón.

Tuvieron que detenerse una vez más. El Estado Mayor subía por el estrecho sendero. Era el general Douay, que acudía muy preocupado. Cuando interrogó a los voluntarios, se le escapó un grito de rabia. ¡Qué hubiera podido hacer, aunque lo hubiese sabido por la mañana! La orden del mariscal MacMahon era muy severa. Era preciso atravesar el Meuse antes de la noche, fuera como fuera. ¡Y ahora, de qué modo podría reunir todas las tropas que estaban escalonadas y en marcha hacia

Raucourt para dirigirlas con rapidez sobre Beaumont! ¿No llegarían demasiado tarde? El 5.º cuerpo debía batirse ya en retirada por el lado de Mouzon y los cañonazos lo indicaban, cada vez se oían más al Este, como si fuera un huracán de truenos y granizos, que marchaba y se alejaba. El general Douay levantó los brazos al aire y con un gesto de furiosa impotencia, dio la orden de continuar la marcha hacia Raucourt.

¡Qué marcha aquella, en el fondo del desfiladero de Stonne, por entre las altas crestas, mientras que a la derecha, detrás de los bosques, el cañoneo continuaba! A la cabeza del 106.º el coronel Vineuil marchaba tieso en su caballo, con la cabeza derecha, pálido el semblante, temblándole los párpados, como si contuvieran lágrimas que pugnaban por escapársele. El capitán Beaudoin, mudo, silencioso, se mordía el bigote, mientras que el teniente Rochas, a pesar suyo, recriminaba, lanzaba insultos contra todos y contra sí mismo. Y, entre los soldados que no tenían ganas de batirse, entre los menos valientes, aumentaba el deseo de gritar, de pegar, la rabia de la continua derrota, el deseo de marcharse pesadamente, mientras que aquellos condenados de prusianos degollaban allá a los compañeros.

Al pie de Stonne, cuyo camino en forma de lazo baja por entre montes, el terreno se había ensanchado; las tropas atravesaban bastas tierras cortadas por bosques. A cada momento desde la salida de Ochés, el 106.º, que se encontraba ahora a retaguardia, esperaba verse atacado, porque el enemigo seguía a la columna, la vigilaba, aguardando sin duda el momento oportuno para cogerla por la cola. La caballería, aprovechando los menores repliegues del terreno, intentaba ganarla por los flancos; se vieron algunos escuadrones de la guardia prusiana, desembocar por detrás de un bosque; pero se detuvieron ante la maniobra que hizo un regimiento de húsares que se adelantó barriendo el camino. Y gracias a ese avance la retirada continuó efectuándose con bastante orden, cuando al acercarse a Raucourt, un espectáculo vino a aumentar la angustia, acabando por desmoralizar a los soldados. De repente por un camino vieron desembocar una masa de hombres, precipitadamente; oficiales heridos, soldados desbandados y sin armas, carruajes del convoy a escape, hombres y animales huyendo alocados se esparcían extraviándose. Eran los restos de una brigada de la 1.ª división, que escoltaba un convoy que había salido por la mañana hacia Mouzon, por la Besace. Una equivocación de caminos, una casualidad desgraciada hacia hecho que aquellas tropas y una parte del convoy fuesen a caer a Varniforet, cerca de Beaumont, cuando el 5.º cuerpo se retiraba presa del pánico. Sorprendidos, atacados de flanco habían huido y el mismo pánico los devolvía, ensangrentados, medio locos, trastornando a sus compañeros con el espanto. Sus revelaciones sembraban el miedo, parecían como el eco del cañoneo que oían sin cesar desde el mediodía.

Al atravesar Raucourt fue la ansiedad, el atropello tonto. ¿Debían tomar a la derecha, en dirección a Autrecourt, para pasar el Meuse en Villers como se había acordado? Vacilando, dudando, el general Douay temió encontrar allí, el puente

atestado y tal vez ya en poder de los prusianos. Prefirió seguir derecho por el desfiladero de Haraucourt, para llegar a Remilly antes que anocheciera. Después de Douzon. Villers y después de Villers, Remilly: subían siempre y los hulanos galopando, espoleándolos. Solo faltaban dos kilómetros, pero eran ya las cinco y sentíanse muy cansados. Estaban en pie desde el amanecer, habían tardado doce horas en recorrer tres leguas, parándose y marchando, entre emociones y temores sin límite. Durante las dos últimas noches los hombres apenas habían dormido y apenas si comieron desde Vouziers. Se caían de inanición. Lo de Raucourt fue horrible.

La pequeña ciudad es muy rica, con fábricas numerosas, su calle mayor de buenas edificaciones se extiende por ambos lados de la carretera con su linda iglesia y la Casa Consistorial muy bonita. Pero como el emperador había pasado allí la noche con el mariscal MacMahon, y detrás de ellos hubo de pasar el primer cuerpo entero, que durante toda la mañana había recorrido el camino, no quedaban ya recursos ni provisiones. No se encontraba vino, pan ni azúcar, nada de lo que se bebe ni de lo que se come. Habíase visto a algunas señoras distribuyendo tazas de caldo y vasos de vino, hasta agotarlo todo. Y cuando los primeros regimientos del 7.º cuerpo empezaron a desfilar, fue aquello una desesperación. ¿Pues qué, todavía quedaban más soldados? De nuevo por la calle mayor empezaron a pasar hombres extenuados, cubiertos de polvo, muriéndose de hambre, sin que tuviesen ya nada que darles. Muchos se paraban en las puertas, llamaban y tendían las manos a las ventanas pidiendo por misericordia un pedazo de pan y algunas mujeres lloraban, haciendo señales de que no podían darles nada, que no tenían.

En la esquina de la calle de los Dix Potiérs, Mauricio, desmayado, cayó al suelo y Juan que había acudido oyó que le decía:

—No, déjame; esto se acabó... prefiero morir aquí.

Se había dejado caer en la esquina. El cabo quiso mostrarse severo, como si estuviera descontento.

—¡Vive Dios!, ¿quién me ha traído un soldado tan flojo?, ¿quieres que te recojan los prusianos? ¡Vamos, arriba!

Después, viendo que el joven no contestaba, lívido, con los ojos cerrados, siguió jurando, pero con tono paternal, casi llorando:

—¡Por vida del demonio!

Echó a correr hacia una fuente, llenó su plato de agua y volvió para mojarle la cara. Después, sin ocultarse, sacó de su mochila la última galleta que había guardado con tanto cuidado, la rompió a pedazos y fue metiéndoselos en la boca. El hambriento abrió los ojos, y devoró.

—Pero ¿y tú? —preguntó recordándolo—, ¿no has comido?

—Yo —dijo Juan—, tengo la piel muy dura, y puedo aguardar... ¡Un buen trago de jarabe de ranas y ya estoy firme!

Se fue a llenar el plato de nuevo, lo vació de un trago y luego dio un chasquido con la lengua y eso que él también tenía la cara lívida, y tanta hambre, que le

temblaban las manos.

—¡Vamos, levántate! hay que alcanzar a los compañeros.

Mauricio se levantó, dio el brazo a Juan y se dejó arrastrar como un niño. Jamás el brazo de ninguna mujer le había hecho latir tanto el corazón. En el desquiciamiento de todo, en medio de aquella miseria, con la muerte enfrente, le confortaba la idea de tener a su lado un ser que le quería tanto y que le cuidaba, y tal vez la idea de que el corazón de aquel hombre que tanta abnegación le demostraba, era el de un aldeano, que le había inspirado antes alguna repugnancia, añadía a su gratitud una dulzura infinita. ¿No era acaso aquello la fraternidad tal como debía ser al principio del mundo, la amistad antes que la cultura de las clases, esa amistad de dos hombres unidos y confundidos en la común necesidad de su asistencia, de su mutuo apoyo, ante la amenaza de la naturaleza enemiga? Ola latir su humanidad en el pecho de Juan y se sentía orgulloso de verle más fuerte, socorriéndole, ayudándole, mientras que Juan, sin analizar sus sensaciones, sentía mucha alegría protegiendo en su amigo, aquella gracia, aquella inteligencia, que en él se hallaban en estado rudimentario. Desde que había ocurrido la muerte violenta de su mujer, arrebatada por un sangriento drama, creía que no tenía corazón y había jurado no volver a ver esas criaturas que hacen sufrir tanto aun cuando no sean malas. Y la amistad era para los dos como un bálsamo; aunque no se abrazaban, se sentían uno dentro del otro, aunque eran muy distintos, en aquel terrible camino de Remilly, sosteniéndose mutuamente, formando un solo ser de piedad y de sufrimiento.

Al abandonar la retaguardia a Raucourt, los alemanes entraban por el otro extremo, y dos de sus baterías, instaladas inmediatamente, a la izquierda, sobre las alturas, empezaron a cañonearlos. En aquel momento el 106.º, que desfilaba por el camino que baja del Emmane, se encontraba en la línea de tiro. Un proyectil cortó un álamo en la margen del río; otro se enterró en un prado al lado del capitán Beaudoin, sin estallar. Pero hasta llegar a Haraucourt el desfiladero iba estrechándose, y las tropas se amontonaban, como en un callejón es trecho, dominado por ambos lados, con crestas llenas de árboles: si un puñado de prusianos se emboscaba allá arriba, el desastre era seguro. Cañoneados por la cola, y amenazados de un ataque posible a derecha e izquierda, las tropas avanzaban con ansiedad para salir pronto de aquel sitio peligroso. Un último arranque de energía había aniquilado a los más fatigados. Los soldados que momentos antes se arrastraban penosamente, al pasar por Raucourt, alargaban el paso, reanimados al verse espoleados por el peligro. Hasta los caballos parecían tener conciencia del peligro y de que si se perdía un minuto, se podría pagar muy caro. La cabeza de la columna debía estar ya en Remilly, la marcha continuaba, muy de prisa, cuando repentinamente hubo una parada.

—¡Demonio! —dijo Chouteau—, ¿nos van a dejar aquí?

El 106.º no había llegado aún a Haraucourt y continuaban cayendo granadas.

Mientras el regimiento aguardaba, marcando el paso, estalló una a la derecha, sin herir a nadie, afortunadamente. Pasaron cinco minutos de agonía horrible. Nadie se

movía, debía haber algún obstáculo que impedía la marcha. Y el coronel, derecho sobre los estribos, nervioso, miraba, sintiendo que detrás de él el pánico se apoderaba de sus hombres.

—Todo el mundo sabe que estamos vendidos —dijo con rabia Chouteau.

Empezaron los murmullos, que iban en aumento, bajo los latigazos del miedo. ¡Sí!, ¡sí! los habían llevado allí para venderlos, para entregarlos a los prusianos. En el encarnizamiento de la desgracia y con el exceso de faltas cometidas, no quedaba ya en el fondo de aquellos cerebros limitados, más que la idea de una traición que pudiese explicar tal serie de desastres.

—¡Nos hacen traición!, ¡nos hacen traición! —repetían las voces alocadas.

Y Loubet tuvo una idea.

—Tal vez sea ese cochino de emperador, que estará allá, en mitad del camino, con sus equipajes, impidiendo el paso.

La noticia circuló en seguida. Se afirmaba que el obstáculo consistía en el séquito del emperador, que cortaba la columna, y fue aquello una cosa horrible, palabras atroces, todo el odio que inspiraba la insolencia de las gentes que estaban al servicio del emperador, que se apoderaban de los pueblos donde dormían, desempaquetando las provisiones, las cestas de vinos, la vajilla de plata, delante de los soldados extenuados, a quienes faltaba de todo; que encendían las cocinas, cuando los infelices soldados no tenían que comer. ¡Ah!, ¡ese miserable emperador, en aquel momento sin trono y sin mando, semejante a un niño extraviado en su imperio, que llevaban como un paquete inútil, entre los bagajes de las tropas, condenado a arrastrar en pos de sí, la ironía de su casa de gala, sus cien guardias, sus coches, sus caballos, sus cocineros, sus furgones, toda la pompa de su manto imperial, sembrado de abejas, barriendo la sangre y el lodo de los caminos de su derrota!

Uno tras otro cayeron dos proyectiles. El kepis del teniente Rochas se lo llevó un pedazo de hierro. Y las filas se apretaron, hubo una oleada de empujones, una oleada súbita cuyo reflujo se sintió muy lejos. Las voces se ahogaban en las gargantas. Lapouille gritaba furiosamente para que avanzaran. Un minuto más todavía de espera, e iba a producirse una espantosa catástrofe, que hubiera aplastado a aquellos hombres en el fondo de aquel estrecho callejón, en una oleada furiosa.

El coronel se volvió muy pálido.

—¡Hijos míos!, ¡hijos míos! un poco de paciencia. He enviado a uno para que se entere... ya ha principiado la marcha...

No comenzaba esta y los segundos parecían siglos. Juan había vuelto a coger a Mauricio de la mano, y con mucha sangre fría le explicaba al oído que si los compañeros empujaban, los dos saltarían a la izquierda, para trepar por los bosques del otro lado del río. Buscaba a los voluntarios con la mirada, creyendo que conocerían los caminos; pero le dijeron que habían desaparecido, al pasar por Raucourt. Y de pronto, volvieron a emprender la marcha, dieron la vuelta en un recodo del camino, al abrigo ya de las baterías alemanas. Más tarde se supo, que la

causa del desbarajuste de aquella jornada desgraciada, había sido la división Bonnemain que cortó y paralizó al 7.º cuerpo, para dar paso a los cuatro regimientos de coraceros.

La noche se venía encima cuando el 106.º atravesó Angecourt. Las aristas de los bosques continuaban a la derecha; pero el desfiladero se ensanchaba por la izquierda, un valle azulado aparecía a lo lejos. Por fin, desde las alturas de Remilly, percibieron en las brumas de la noche, una cinta de plata pálida, entre el desarrollo inmenso de prados y tierras. Era el Meuse, ese Meuse tan deseado, donde parecía que se hallaba la victoria.

Y Mauricio, con los brazos extendidos hacia las luminarias que se veían en lontananza, que se encendían alegremente en el fondo verdoso, en el fondo de aquel valle tan fecundo, de un encanto delicioso bajo la suavidad del crepúsculo, dijo a Juan, con la alegría de un hombre que vuelve a encontrar su país amado:

—¡Mira! ¡Mira allí!... ¡Ese es Sedan!

VII

En Remilly una espantosa confusión de hombres, caballos y carruajes llenaba la calle en cuesta que desciende hacia el Meuse. Delante de la iglesia, a la mitad de la cuesta, los cañones, con las ruedas atas cadas, no podían avanzar, a pesar de los latigazos que los conductores arreaban al ganado; allá abajo, cerca de la fábrica de hilados, por donde pasa el Emmane, formaban cola los furgones atascados, volcados, que cerraban el camino; mientras que una oleada de soldados que por momentos aumentaba se peleaba en la posada de la Cruz de Malta, sin poder obtener un vaso de vino.

Y aquel empuje furioso iba a pasar más lejos, al otro extremo de la aldea, que un bosquecillo separa del río y donde los ingenieros habían colocado por la mañana un puente de barcas. La casa del barquero se encontraba allí muy blanca, solitaria, entre las hierbas altas. En las dos márgenes del río, se habían encendido grandes hogueras que se atizaban continuamente y que alumbraban los contornos, en aquella noche oscura, como si fuera de día. Entonces se veía el enorme hacinamiento de tropas que aguardaban, mientras que por la pasarela solo podían transitar dos hombres a la vez y sobre el puente, de unos tres metros de ancho, la caballería, la artillería y los bagajes desfilaban al paso con gran lentitud. Decíase que había allí aún una brigada del primer cuerpo, un convoy de municiones, sin contar los cuatro regimientos de coraceros de la división Bonnemain. Y detrás llegaba todo el 7.º cuerpo, treinta y tantos mil hombres, creyendo tener al enemigo a la espalda, empujando, con el deseo ardiente de ponerse al abrigo de sus ataques, al otro lado del río.

La desesperación fue inmensa. ¡Cómo!, ¡andaban desde por la mañana sin comer, acababan de salir a fuerza de energía del terrible desfiladero de Haraucourt y todo ese esfuerzo ¿para qué? para tropezar en medio de aquel desorden con una infranqueable barrera! Antes de muchas horas tal vez, los últimos que habían llegado no podrían pasar; y todos comprendían muy bien que si los prusianos no se atrevían a continuar persiguiéndolos de noche, al amanecer se presentarían allí. Se dio la orden de formar pabellones y acamparon sobre las inmensas laderas cuyas pendientes, costeadas por la carretera de Mouzon, bajan hasta las praderas situadas a la orilla del Meuse. Detrás, coronando la meseta, la artillería de reserva se estableció en batalla, apuntando los cañones hacia el desfiladero para batirlo en caso de necesidad, y de nuevo comenzó la espera, sublevadas y angustiadas las tropas.

El 106.º se encontraba encima del camino, en un rastrojo que dominaba la planicie extensa. Los soldados habían soltado sus armas con algún recelo, no sin mirar antes hacia atrás, ante el temor de verse atacados. Todos, con la cara seria, se callaban, murmurando solo de vez en cuando palabras preñadas de rabia. Iban a dar las nueve y llevaban allí dos horas; y muchos, a pesar del cansancio, no podían

dormir, echados sobre el suelo, estremecidos, prestando atención al menor ruido. No luchaban ya contra el hambre que los devoraba; comerían luego, al otro lado del río, y comerían hierba si no encontraban otra cosa. Pero los obstáculos que se oponían al paso parecía que iban aumentando; los oficiales que el general Douay había apostado cerca del puente, regresaban cada veinte minutos con la misma desconsoladora noticia de que hacían falta muchas horas todavía para pasar el río.

Por último, el general se decidió a abrirse paso hasta el puente. Se le veía a caballo, dentro del agua, activando la maniobra.

Mauricio, sentado en un declive con Juan, volvió a repetir señalando el Norte:

—Sedan está allí, en el fondo... ¡Y mira! Bazeilles está ahí... y después Bouzy, y luego Carignan a la derecha... Es probable que nos reconcentremos en Carignan... ¡Si fuese de día, ya verías como hay sitio!

Y su mano señalaba el inmenso valle, lleno de sombras. El cielo no estaba tan oscuro que no se pudiese seguir, en el desarrollo de los prados negros, el curso del río. Los bosquecillos de árboles formaban pesadas masas, una hilera de álamos, especialmente a la izquierda, cerraba el horizonte como si fuera un dique fantástico. Después, en el fondo, detrás de Sedan, tachonado con algunas luminarias, era un hacinamiento de tinieblas, como si todos los bosques de los Ardenes hubiesen echado allí el telón de sus encinas seculares.

Juan había vuelto a mirar el puente de barcas que se hallaba por debajo de ellos.

—¡Mira, mira! Se va a desbaratar. Nunca podremos pasar por ahí.

Las hogueras en los dos ribazos seguían ardiendo y su claridad era tanta en aquel momento, que la escena en su horror, se contemplaba como si fuese la de una aparición. Bajo el peso de la caballería y de la artillería que desfilaban desde por la mañana, los maderos que sostenían las barcas, habían acabado por hundirse, de modo que el tablero del puente se encontraba dentro ya del agua algunos centímetros. Ahora pasaban los coraceros de dos en dos y en fila, saliendo de las sombras de un ribazo para desaparecer en las sombras del otro, y no se veía el puente, parecía que marchaban sobre el agua, sobre aquellas aguas que iluminaban un incendio. Los caballos relinchaban; con las crines encrespadas y las patas tendidas avanzaban con terror por aquel suelo movedizo que sentían vacilar. Derechos sobre los estribos, recogidas las bridas, los coraceros pasaban, pasaban siempre, envueltos en sus capotes blancos, no dejando ver más que los cascos que reflejaban el incendio de las hogueras. Parecían jinetes fantásticos yendo a la guerra de las tinieblas, con cabelleras de llama.

Una queja lastimera profirieron en aquel momento los labios de Juan.

—¡Tengo hambre!

Al rededor de ellos, los hombres se habían dormido a pesar de tener el estómago vacío. El cansancio hacía olvidar el miedo, haciéndoles caer al suelo de espaldas, con la boca abierta, aplanados bajo aquel cielo sin luna. Mientras esperaban a que se franquease el paso, el ejército desde un extremo al otro había entregado al silencio.

—¡Tengo hambre!, ¡tengo mucha hambre!

Era el grito que Juan, tan duro para sufrir, no podía contener ya, que le salía de la garganta, bien a pesar suyo, en el delirio del hambre, después de haber pasado treinta y seis horas sin comer. Mauricio se resolvió entonces, viendo que en dos o tres horas no podría pasar su regimiento.

—Oye, tengo un tío por aquí, el tío Fouchard, de quien te he hablado... Es allá arriba, a unos quinientos o seiscientos metros y dudaba si ir, pero puesto que tienes tanta hambre, ya nos dará pan el tío ¡qué demonio!

Y se llevó a su compañero que se abandonaba. La casería del señor Fouchard se encontraba a la salida del desfiladero de Haraucourt, cerca de la meseta donde había tomado posiciones la artillería de reserva. Era una casita baja con bastantes dependencias; un pajar, un establo y una cuadra, y del otro lado del camino, en una a modo de cochera, el señor Fouchard había instalado su comercio de carnicero ambulante, donde degollaba los animales, cuya carne iba a vender después por los pueblos.

Al aproximarse le chocaba a Mauricio el no ver ninguna luz en la casería.

—¡Ah! el miserable avaro lo habrá cerrado todo y no querrá abrir.

Desde lejos se paró. Delante de la casería una docena de soldados se agitaban desesperadamente; merodeadores o hambrientos que buscaban algo. Primero habían llamado a voces, después habían empezado a patadas, y ahora, viendo la casa oscura y silenciosa, daban culatazos en la puerta, con objeto de hacer saltar la cerradura. Los soldados se impacientaban y juraban.

—¡Vamos!, ¡echad la puerta abajo, puesto que no hay nadie!

Bruscamente se abrió el postigo de una ventana del pajar; un viejo, con blusa, la cabeza descubierta, apareció con una vela en la mano y un fusil en la otra. Bajo su encrespado pelo blanco se encuadraba una cara cortada por largas arrugas, la nariz gruesa, los ojos grandes y pálidos.

—¡Sois ladrones, puesto que lo rompéis todo! ¿Qué queréis?

Los soldados, sorprendidos, retrocedían.

—Nos moriremos de hambre, queremos comer.

—Nada tengo, ni un mendrugo... ¿Creéis acaso que tengo provisiones en mi casa para dar de comer a cien mil hombres?... ¡Esta mañana han pasado por aquí otras tropas, las del general Ducrot, y se han llevado todo lo que tenía!

Uno a uno los soldados volvían a acercarse.

—Abra usted, buen hombre; de todos modos des cansaremos y ya encontrará usted algo para comer...

Y volvieron a empezar los culatazos, hasta que el viejo, colocando el candelero en el alféizar de la ventana, apuntó.

—¡Como hay Dios, que le levanto la tapa de los sesos al primero que toque la puerta!

La batalla estuvo a punto de comenzar. Los sitiadores aullaban que era necesario

quitar de en medio al viejo aldeano que, como todos los otros, habría enterrado el pan, antes que dar un becado a los soldados. Y los cañones de los fusiles le apuntaban, le iban a fusilar casi a bocajarro; mientras que el viejo, testarudo, no cedía.

—¡Nada!, ¡ni un mendrugo!... ¡Me lo han cogido todo!

Mauricio echó a correr seguido por Juan.

—¡Compañeros!, ¡compañeros!...

Desviaba la puntería de los fusiles, haciendo bajar los cañones y levantando la cabeza en tono de súplica.

—¡Vamos! atienda usted a razones... ¿No me reconoce usted? Soy yo.

—¿Quién eres?

—Mauricio Levasseur, su sobrino.

El señor Fouchard había vuelto a coger la luz. Debió reconocerle. Pero se empeñaba en no querer dar ni un vaso de agua.

—Sobrino o no, ¡quién puede saberlo, con esta noche tan negra!... ¡Marchaos todos o tiro!

Y, a pesar de las imprecaciones, de las amenazas de quemarle la casa y degollarle, continuaba el viejo repitiendo:

—¡Largaos de aquí o tiro!

—¿A mí también, padre? —preguntó repentinamente una voz fuerte, dominando el tumulto.

Los soldados se apartaron y un sargento de artillería se presentó. Era Honorato, cuya batería se encontraba a unos doscientos metros de allí y que llevaba dos horas luchando contra el irresistible deseo de llamar a aquella puerta. Habíase jurado no volver a pasar el dintel, no había escrito ni una carta en los cuatro años que llevaba en el servicio, a aquel padre a quien interpelaba tan secamente. Los soldados empezaron a cuchichear, concertándose. ¡El hijo del viejo y un sargento!, ¡nada quedaba que hacer, había que ir a buscar por otra parte! Desfilaron, se desvanecieron en las sombras de la noche.

Cuando el señor Fouchard comprendió que se había salvado del pillaje, añadió sin emoción alguna, como si hubiese visto la víspera a su hijo:

—¿Eres tú?... bueno, ahora bajo.

Fue larga la espera. Se oyó dentro un ruido de abrir y cerrar cerraduras, como hombre prevenido. Por último se abrió la puerta, pero muy poco.

—¡Entra tú! y nadie más.

Pero no pudo negarse a dar asilo a su sobrino, a pesar de su desconfianza.

—¡Vamos, entra tú también!

Y rechazaba a Juan, sin compasión alguna; fue preciso que Mauricio suplicara. Pero se obstinaba: ¡no!, ¡no!, ¡no quiero que entre gente desconocida!, ¡no quiero que entren ladrones en mi casa! Por último, Honorato, de un empujón hizo entrar a Juan y el viejo no tuvo más remedio que ceder, gruñendo, amenazando. No había aún

soltado la escopeta. Luego, cuando los llevó a la cocina y dejó la escopeta cerca del armario y el candelero sobre la mesa, se sentó sin decir una palabra.

—¡Diga usted, padre, estamos muertos de hambre! ¡Ya nos dará usted un poco de pan y queso!

No contestaba, parecía que no oía, se volvía a cada momento para mirar por la ventana y ver si no venía alguna otra bandada a sitiar la casa.

—¡Tío, Juan es mi hermano! ¡Se ha quitado la comida de la boca para dármela y hemos sufrido tanto juntos!

Daba vueltas por la cocina, se aseguraba de que no le faltaba nada, ni siquiera los miraba. Sin decir una palabra se decidió. Volvió a coger el candelero, los dejó a oscuras, teniendo buen cuidado de cerrar la puerta con llave, para que nadie le siguiera. Le oyeron bajar las escaleras de la cueva. Tardó mucho tiempo. Y cuando regresó, cerrándolo todo, dejó encima de la mesa un pan grande y un queso, sin despegar los labios, en el silencio que sigue a las disputas. Además, los tres hambrientos se echaron sobre el pan, devorándolo, y solo se oía el ruido furioso de sus bocas.

Honorato se levantó y fue a buscar cerca del armario un cántaro de agua.

—Padre, hubiera usted podido darnos vino.

Entonces, con mucha calma, seguro de sí mismo, el señor Fouchard volvió a hablar.

—¡Vino!, ¡no tengo ni una gota!... ¡Los del general Ducrot me lo han bebido todo, me lo han comido todo, me lo han robado tocio!

Mentía, y a pesar de los esfuerzos que hacía se le conocía. Dos días antes había hecho desaparecer el ganado, algunos animales que tenía para su servicio, así como los destinados a la carnicería, llevándoselos de noche, escondiéndolos sin saber dónde, en la espesura de algún bosque o de alguna cantera abandonada. Acababa de pasar algunas horas trabajando para enterrar el vino, el pan, las menores provisiones, hasta la sal y la harina, de modo que era inútil que registraran los armarios. La casa estaba limpia de polvo y paja. Se había negado a vender a los primeros soldados que se habían presentado algunas provisiones. Quién sabe, acaso se presentarían mejores ocasiones: y algunas ideas indeterminadas de comerciante, se cruzaban en su cráneo de avaro paciente y pillo.

Al terminar, Mauricio habló el primero.

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted a mí hermana Enriqueta?

El viejo continuaba andando, echando ojeadas a Juan que no cesaba de tragar, y sin darse prisa, después de pensar mucho, dijo:

—¡Enriqueta! sí; la vi el mes pasado en Sedan... Pero he visto a Weiss, su marido, esta mañana, en compañía de su principal, el señor Delaherche, que le había ofrecido un asiento en su coche para ir a ver pasar el ejército en Mouzon, para distraerse.

Una ironía profunda se dejó ver en la cara del aldeano.

—Acaso lo habrán visto demasiado y no habrán podido divertirse, porque desde las tres no se podía andar por los caminos, atestados de soldados que huían.

Con la misma voz tranquila e indiferente, dio algunos detalles sobre la derrota del 5.º cuerpo, sorprendido en Beaumont, en el instante mismo en que hacían el rancho, obligado a replegarse, arrollado hasta Mouzon por los bávaros; soldados desbandados, alocados por el pánico, que pasaban por Remilly, le habían gritado que el general de Failly había vuelto a venderlos a Bismarck. Y Mauricio recordaba las marchas precipitadas de los dos últimos días, las órdenes del Mariscal MacMahon apresurando la retirada, queriendo pasar el Meuse a toda costa, cuando se habían perdido tantos días lastimosamente. Era demasiado tarde. ¡Sin duda alguna el mariscal MacMahon, que se había enfurecido al encontrar en Oches el 7.º cuerpo, que creía se hallaba en la Besace, había debido creer que el 5.º cuerpo acampaba ya en Mouzon, cuando este se había retrasado en Beaumont y se dejaba aplastar allí por el enemigo! ¿Pero qué podía pedirse a aquellas tropas tan mal mandadas, desmoralizadas por la huida y muriéndose de hambre y de cansancio?

El señor Fouchard acabó por colocarse detrás de Juan, el cual seguía devorando. Y fríamente en tono de guasa:

—¿Qué tal va? —le dijo.

El cabo levantó la cabeza, y contestó:

—¡Empieza a arreglarse!, ¡muchas gracias!

Desde que se encontraba allí y a pesar del hambre que tenía, Honorato dejaba de comer con frecuencia; volvía la cabeza al menor ruido que oía. Si después de muchas cavilaciones había faltado a la promesa hecha de no volver a pisar el umbral de aquella puerta, había sido por el irresistible deseo de volver a ver a Silvina. Conservaba dentro del cuerpo, contra su pecho, la carta que había recibido en Reims, aquella carta tan tierna, donde le decía que le quería siempre y que no querría a nadie más que a él, a pesar del pasado cruel, a pesar de Goliath y del pequeño Charlot, su hijo. Y no se acordaba más que de ella, y le molestaba no haberla visto ya, aunque procuraba ocultar su ansiedad a su padre. Pero pudo más el amor y preguntó a su padre, del modo más natural:

—Y Silvina, ¿no está ya aquí?

El señor Fouchard echó a su hijo una mirada oblicua.

—Sí, sí.

Después se calló, escupió y el artillero tuvo que volver a decir.

—¿Está acostada?

—No, no.

Por último el viejo comenzó a explicarse. Aquella mañana había ido al mercado de Raucourt, con su carricoche, llevándose a la criada. No era un motivo para suspender los negocios ni para que la gente dejara de comer carne, el que pasaran soldados. Como todos los martes, había llevado al mercado un cordero y un cuarto de vaca y terminaba la venta, cuando la llegada del 7.º cuerpo, le metió en un berenjenal

de todos los diablos. Corrían, se empujaban las gentes. Entonces tuvo miedo de que le robaran el carricoche y el caballo, y salió dejando a Silvina, que había ido a hacer algunas compras.

—No tardará en venir dijo, con voz tranquila. Se habrá refugiado en casa de su padrino, el doctor Dalichamp... Es una muchacha muy valiente, muy sumisa; tiene muchas y buenas condiciones.

¿Quería burlarse?, ¿quería explicar por qué guardaba aquella muchacha que le había hecho reñir con su hijo, y a pesar del niño que había tenido con el prusiano, del que no quería separarse? De nuevo echó una mirada oblicua a Honorato.

—Charlot duerme ahí, en su cuarto, y ella no tardará mucho.

Honorato miró de tal modo a su padre que este echó a andar de nuevo. Y el silencio volvió a reinar, infinito, mientras que, maquinalmente, recortaba trozos de pan, comiendo siempre. Juan continuaba comiendo, sin pronunciar palabra. Mauricio, harto ya, con los codos sobre la mesa, examinaba los muebles, el armario viejo, el reloj antiguo, soñando con las vacaciones que había pasado otras veces en Remilly, con su hermana Enriqueta. El tiempo pasaba, dieron las once.

—¡Demonio! no hay que dejarlos marchar.

Y, sin que se opusiera el señor Fouchard, fue a abrir la ventana. Todo el valle oscuro se presentó, mostrando su mar de tinieblas. Pero cuando los ojos se acostumbraban a aquella oscuridad, se distinguía muy bien el puente, alumbrado por las hogueras de las dos márgenes. Los coraceros continuaban pasando envueltos en sus grandes capotes blancos, pareciendo caballeros fantasmas, con los caballos espoleados por el miedo, marchando sobre el agua, y aquel desfile proseguía lentamente, continuo, inacabable. Hacia la derecha, las peladas colinas donde dormía el ejército, estaban envueltas en un silencio de muerte.

—¡Vaya una suerte! —dijo Mauricio—, no podremos pasar hasta mañana.

Había dejado la ventana abierta, y el señor Fouchard, cogiendo su fusil, saltó por la ventana, con la agilidad de un joven. Oyeron que andaba durante algún tiempo, como un centinela a paso lento, después solo se oyó el rumor lejano de los soldados y caballos que pasaban por el puente; debía haberse sentado a la orilla del camino, se sentía más tranquilo allí, viendo venir el peligro, dispuesto a entrar de un salto, para defender su casa.

A cada instante, Honorato miraba el reloj de pared. Su inquietud aumentaba. No había más que seis kilómetros de Raucourt a Remilly, una hora de camino para una muchacha fuerte y lista como Silvina. ¿Por qué no estaba allí ya? Habían pasado muchas horas desde que el viejo la había perdido, en medio de la confusión que le había producido, el espectáculo de todo un cuerpo de ejército que ocupaba el país y entorpecía los caminos. Debía haber ocurrido alguna catástrofe y se figuraba verla, perdida, pateada por los caballos, en el camino.

Mas de pronto, los tres se levantaron. Alguien venía corriendo por el camino y oyeron que el viejo montaba la escopeta.

—¿Quién va? —preguntó enérgicamente este último. ¿Eres tú, Silvina?

No contestaron. Amenazó con descerrajar un tiro, mientras repetía la pregunta. Entonces una voz temblorosa, oprimida, pudo decir:

—Sí, sí, soy yo señor Fouchard.

Después preguntó:

—¿Y Charlot?

—Está acostado, duerme.

—Bueno, gracias.

Dejó de andar de prisa, lanzó un suspiro, en el que iba envuelto el cansancio y la angustia.

Y al saltar, se encontró sorprendida frente a los tres hombres. Bajo la luz vacilante de la vela, parecía muy morena, con sus espesos cabellos negros, sus grandes ojos muy hermosos, que bastaban para hermosearla, con su cara ovalada, dejando adivinar cuán sumisa era.

Pero en aquel momento, al ver a Honorato, toda la sangre de su corazón había afluido a sus mejillas y no le extrañaba verle ahí, pues había pensado en él, desde Raucourt a Remilly.

Honorato, emocionado, desfalleciendo, afectaba una calma que no sentía.

—Buenas noches, Silvina.

—Buenas noches, Honorato.

Y para no echar a llorar, volvió la cabeza, saludando a Mauricio a quien acababa de reconocer. La presencia de Juan la molestaba, se ahogaba, se quitó el pañuelo del cuello.

Honorato añadió, sin tutearla:

—Estábamos con cuidado, por usted Silvina, con tantos prusianos como llegan.

Se puso pálida, y mirando involuntariamente hacia el cuarto donde dormía Charlot, moviendo las manos como para ahuyentar una visión horrible, murmuró:

—¡Los prusianos!, ¡oh! sí, sí, los he visto.

Cansada de tanto correr, se dejó caer en una silla, y contó que cuando el 7.º cuerpo entró en Raucourt, se había refugiado en casa de su padrino, el doctor Dalichamp, confiando en que el señor Fouchard iría a buscarla, antes de marcharse. La calle Mayor estaba tan atestada de soldados, que era difícil pasar por allí. Y hasta las cuatro, había aguardado con paciencia, haciendo hilas con unas señoras, porque el doctor Dalichamp, creyendo que enviaban allí heridos desde Metz o desde Verdun, se ocupaba en instalar una ambulancia. Llegaba gente diciendo que la ambulancia podía servir inmediatamente, pues en efecto, al medio día se había oído el cañoneo del lado de Beaumont. Pero la lucha era lejos, y todavía no había miedo, mas de pronto, cuando los últimos soldados franceses abandonaban a Raucourt, una granada cayó en las cercanías, luego cayeron otras dos más; era una batería alemana que cañoneaba la retaguardia del 7.º cuerpo. Algunos heridos de Beaumont se encontraban en la ambulancia instalada en el ayuntamiento, y se temió que algún proyectil, fuese a

acabarlos sobre el jergón, donde se hallaban tendidos aguardando el doctor. Locos de miedo, los heridos se levantaban, queriendo bajar a los sótanos, a pesar de los sufrimientos que les producían sus heridas.

—Y entonces, añadió Silvina, no sé como sucedió, hubo un silencio. Me asomé a una ventana que da a la calle y al campo. No veía a nadie, ni un solo pantalón encarnado, cuando oí pasos muy pesados y una voz gritó no sé qué y todas las culatas de los fusiles cayeron a tierra a un tiempo... Eran, abajo, en la calle, unos hombres negros, pequeños, sucios, con unas cabezas muy grandes y muy feas, cubiertas con cascos, parecidos a los de los bomberos. Me han dicho que eran bávaros, después al levantar la vista, he visto ¡Dios mío! millares y millares, que llegaban por las carreteras, por los campos, por los bosques, en columnas sin fin. Una invasión negra, de saltamontes negros, y siempre más, cada vez más, tanto que en breve espacio de tiempo no se veía la tierra.

Temblaba al recordarlo, movía las manos como para alejar la horrible visión.

—Y entonces ocurrió algo inaudito... Parece que esas tropas llevaban tres días de marcha y que acababan de batirse en Beaumont como fieras. Estaban muertos de hambre, los ojos fuera de las órbitas, medio locos... Los oficiales no han tratado de detenerlos, todos se metieron en las casas, en las tiendas, haciendo saltar puertas y ventanas, rompiendo muebles, buscando algo para comer y beber, tragando todo lo que hallaban a la mano... En casa del señor Simonnet, el tendero de ultramarinos, he visto a uno que metía su casco en un barril de me laza. Algunos mordían trozos de tocino crudo. Otros mascaban harina. Decían que no quedaba nada después de cuarenta y ocho horas que llevaban las tropas desfilando; y ellos seguían encontrando, sin duda eran las provisiones ocultadas; de modo que estaban como locos, rompiéndolo, destrozándolo todo, creyendo que se les negaba la comida. En menos de una hora los ultramarinos, las panaderías, las carnicerías, todas se han quedado sin escaparates, sin mostradores, sin armarios; en las bodegas no ha quedado nada. En casa del doctor ha ocurrido una cosa que parece increíble; he visto a uno muy gordo que se ha comido todo el jabón. Pero en la bodega han hecho horrores. Se les oía desde arriba aullar como fieras, romper botellas, dejando abiertas las barricas, el vino caía como si fuere una fuente. Subían con las manos enrojecidas y para que se vea lo que es el hombre cuando se vuelve fiera, el señor Dalichamp ha querido evitar que un soldado bebiera un litro de jarabe de opio, que había descubierto, y con seguridad que a estas horas el desgraciado ha muerto, tanto era lo que padecía cuando me he venido.

Volvía a acongojarse y al recordar las escenas de vandalismo y de saqueo, se ponía las manos sobre los ojos para no ver.

—¡No, no! he visto demasiado, ¡me ahoga!

El señor Fouchard, que continuaba en la carretera, se había acercado a la ventana para escuchar; aquel saqueo le preocupaba; le habían dicho que los prusianos lo pagaban todo; ¿pues qué; iban ahora a convertirse en ladrones? Mauricio y Juan se

apasionaban al oír aquel relato, con aquellos detalles, contado por aquella mujer, que acababa de ver a los enemigos y a los que no habían podido encontrar desde hacía un mes que había empezado la campaña; mientras que Honorato, preocupado, con el alma dolorida, solo pensaba en Silvina y en la desgracia antigua, que los había separado.

En aquel momento se abrió la puerta del cuarto y se presentó Charlot. Debía haber oído la voz de su madre y acudió en camisa, para besarla. Rubio y sonrosado, muy fuerte, tenía una cabeza pálida y rizada y grandes ojos azules.

Silvina se estremeció, al verle tan de repente, como sorprendida de la imagen que le recordaba. ¿No conocía ya a ese hijo adorado a quien miraba asustada, como una evocación de su pesadilla? Después empezó a llorar.

—¡Pobre hijo mío!

Le abrazó, le estrechó entre sus brazos, le besaba como una loca, mientras que Honorato, lívido, se fijaba en la extraordinaria semejanza entre Charlot y Goliath: era la misma cabeza cuadrada y rubia, toda la raza germánica en una hermosa salud de niño, fresca y sonriente. ¡El hijo del prusiano, como le llamaban los guasones de Remilly! ¡Y aquella madre francesa, le estrechaba contra su corazón, horrorizada aún ante el terrible espectáculo de la invasión!

—¡Pobre hijo mío!, ¡vas a ser bueno, ven a acostarte, duerme hijo mío!

Se lo llevó. Cuando volvió, no lloraba, había vuelto a calmarse.

Honorato habló primero:

—¿Y los prusianos?...

—¡Ah! si, los prusianos... lo habían roto todo, saqueado todo, comido todo, bebido todo. Robaban también la ropa, las servilletas, las sábanas, hasta las cortinas que rasgaban para curarse los pies. He visto algunos cuyos pies eran una pura llaga de tanto andar. Delante del doctor, en el arroyo, una partida de ellos se habían descalzado y se envolvían los talones en camisas de mujer adornadas con encajes, robadas sin duda a la hermosa señora Lefebre, la esposa del fabricante... El saqueo duró hasta la noche. Las casas se quedaron sin puertas, y por las ventanas abiertas se veían los muebles destrozados... espectáculo que hacía salir de quicio aun a los más pacíficos... Yo estaba como una loca. Han querido obligarme a que me quedara allí, diciéndome que no me dejarían pasar, que me matarían, pero yo no he querido atender estas razones, me he escapado, a campo traviesa, a la derecha, al salir de Raucourt. Llegaban carretadas de franceses y de prusianos de Beaumont. Dos carretas han pasado cerca de mí, en la obscuridad y he oído unos lamentos, unos quejidos que partían el corazón ¡qué horror! eché a correr saltando zanjas, pasando bosques, sin saber por dónde, rodeando del lado de Villers... He tenido que esconderme tres veces, creyendo que me perseguían los soldados. Solo he encontrado a una mujer que corría también, que se escapaba de Beaumont, y que me ha dicho cosas que ponen los pelos de punta... Por fin, estoy aquí ¡qué desgraciada, qué desgraciada soy!

Las lágrimas volvieron de nuevo a humedecer sus mejillas. No podía apartar de

su imaginación las escenas que había presenciado y quiso contar lo que le había dicho la mujer de Beaumont. Era una mujer que vivía en la calle Mayor del pueblo, estaba viendo pasar la artillería alemana, desde la caída de la tarde. A ambos lados del camino una hilera de soldados llevaban antorchas de resina, que alumbraban el camino con luz rojiza de incendio. Y en medio, los caballos, los cañones, los cajones, a escape, al galope furioso. Tenían una prisa rabiosa para alcanzar la victoria, deseando perseguir diabólicamente a los franceses, aplastarlos en cualquier parte. No respetaban nada, lo rompían todo, pasaban por encima de todo. Los caballos que caían y cuyos tiros se cortaban a escape, eran desmenuzados, aplastados, rechazados como cosa inútil. Unos hombres que quisieron atravesar la calle, cayeron a su vez y las ruedas les pasaron por encima. En aquella tempestad, los conductores muriéndose de hambre no se paraban, cogían los panes que les echaban al vuelo, mientras que los que llevaban antorchas, con la punta de las bayonetas, les tendían trozos de carne. Después, con las mismas, aguijoneaban a los animales que coceaban, corriendo a más y mejor. Y la noche avanzaba y la artillería pasaba siempre, con aquella violencia de tempestad en medio de ¡hurra! frenéticos.

A pesar de la atención que prestaba a aquel relato, Mauricio, después del opíparo banquete y rendido de cansancio, dejó caer su cabeza sobre la mesa, entre sus dos brazos. Juan siguió luchando contra el sueño, pero vencido a su vez, se durmió en el otro extremo. El señor Fouchard había vuelto a rondar. Honorato se encontró solo con Silvina, sentada, inmóvil, enfrente de la ventana abierta.

El sargento se levantó, se acercó a la ventana. La noche seguía oscura, inmensa, hinchada con el aliento penoso de las tropas. Algunos ruidos más sonoros, choques y crujidos llegaban desde el río. Allá abajo desfilaba ahora la artillería, sobre el puente medio sumergido. Los caballos se encabritaban, asustados por aquella agua movediza. Los arcones resbalaban a medias y era preciso tirarlos al río. Y al ver aquella retirada tan lenta, tan penosa y que no terminaría al amanecer, el joven se acordaba de aquella otra artillería, de aquella que, cual torrente salvaje, lo arrollaba todo, aplastando hombres y animales, en Beaumont, para llegar antes.

Honorato se acercó a Silvina, y suavemente, ante aquel mar de tinieblas:

—¿Es usted desgraciada? —dijo.

—¡Ah! sí, desgraciada.

Comprendía que iba a hablar del suceso horrible, y bajaba la cabeza.

—Dígame usted, ¿cómo ocurrió?... quisiera saber...

Pero no podía contestar.

—Diga, ¿y la sedujo?... ¿Consintió usted?...

Entonces murmuró con voz apenas inteligible.

—¡Dios mío! no lo sé; le juro que no lo sé yo misma... Pero ya vé usted, ¡obraría muy mal mintiendo! no puedo decir que me haya pegado... se había usted ido, estaba loca, y la cosa sucedió. ¡No sé, no sé cómo!

Los sollozos la ahogaron, y él, descolorido, aguardó un minuto. Esa idea de que

no quería mentir, le calmaba. Continuó interrogándola, preocupado con todo lo que no había podido comprender.

—¿Mi padre la ha guardado a usted?

No alzó los ojos, apaciguándose, volviendo a su resignación valerosa.

—Hago los quehaceres, no como mucho, pero como hay otra boca conmigo, lo ha aprovechado para disminuirme la soldada... Ahora, sabido es que tengo que hacer todo lo que me manda.

—Pero ¿por qué se ha quedado usted?

Esta pregunta la sorprendió tanto, que se atrevió a mirarle.

—¿A dónde quiere usted que vaya? Al menos aquí el niño y yo comemos, estamos tranquilos.

Volvió a reinar silencio. Ahora los dos se miraban; y, a lo lejos, por el valle obscuro, el hálito de la multitud subía más amplio, mientras que el rodar de los cañones sobre el puente de barcas, se prolongaba. Se oyó un grito terrible, un grito de hombre o de fiera, que recorrió las tinieblas con piedad infinita.

—Escuche usted, Silvina —añadió Honorato—, me ha escrito usted una carta que me ha causado mucha alegría... Nunca hubiera vuelto. Pero esa carta la he vuelto a leer hoy, y tiene cosas que no se pueden decir mejor...

Había palidecido al oírle hablar. Tal vez estuviera incomodado porque se había atrevido a escribirle. Luego, a medida que Honorato se explicaba, sus mejillas se coloreaban.

—Sé que no quiere usted mentir, y por eso creo lo que dice usted en la carta... Ahora sí lo creo... Ha hecho usted bien en creer que si moría en la guerra; sin volverla a ver, me hubiera causado mucha pena marcharme de este mundo sabiendo que no me quería usted... Puesto que me quiere usted siempre, puesto que no ha querido usted a nadie más que a mi...

Estaba emocionado, torpe de lengua, no encontraba palabras con que expresar sus ideas.

—Oye, Silvina, si esos cochinos de prusianos no me matan, serás mía ¡sí! nos casaremos, en cuanto tome la licencia.

Se levantó, lanzó un grito de alegría y cayó en los brazos del joven. No podía hablar, toda la sangre de sus venas le subía a la cara. Honorato se sentó y la rodeó el cuerpo con el brazo.

—Lo he pensado bien; era lo que quería decirte al venir aquí... Si mi padre me niega su consentimiento nos marcharemos juntos, el mundo es grande... Y en cuanto a tu hijo, no podemos estrangularle, ¡pobrecillo! Vendrán otros y acabaré por no conocerle en el montón.

Era el perdón. No quería creer en tanta felicidad y se atrevió a decir:

—No, no es posible, es demasiado. Tal vez te arrepientas algún día... Pero qué bueno eres, Honorato, y cuánto te quiero.

Con un beso la hizo callar. Y no tenía valor para negarse a aquella felicidad que la

llegaba de nuevo, ¡toda la vida dichosa que creía había muerto para ella! Con un arranque irresistible le cogió entre sus brazos, le abrazó, le besó a su vez con toda su fuerza de mujer, como un bien que había vuelto a recuperar, que la pertenecía y que no podían robarla. Le pertenecía de nuevo, él a quien ella había perdido y moriría antes que faltarle.

En aquel momento un rumor se dejó oír, un gran tumulto, que llenó la noche espesa. El ejército se despertaba. Se gritaban órdenes, sonaban las cornetas y las sombras se agitaban, se movían, se levantaban de la tierra, un mar confuso y movedizo cuya marea bajaba hacia el camino. Abajo, las hogueras de las dos orillas se apagaban, no se veían más que masas confusas, sin poderse dar cuenta si continuaba el paso del río. Nunca tal angustia, tal estupor, habían atravesado las tinieblas.

El señor Fouchard se acercó a la ventana diciendo que el ejército se marchaba. Despertados, estremeciéndose, Juan y Mauricio se pusieron en pie. Honorato había ya cogido las manos de Silvina.

—Está jurado... Aguárdame.

No encontró una palabra, le miró con toda su alma en una continua y larga mirada, al mismo tiempo que saltaba por la ventana y a la carrera, se marchaba a buscar su batería.

—¡Adiós, padre!

—¡Adiós, muchacho!

Y eso fue todo; el aldeano y el soldado se separaron de nuevo, como se habían encontrado, sin un abrazo, como padre e hijo que no necesitaban verse para vivir.

Cuando a su vez abandonaron la casería, Mauricio y Juan corrieron rápidos por las pendientes. Allá abajo no encontraron al 106.º, todos los regimientos estaban ya en movimiento y tuvieron que seguir corriendo, les hicieron andar de aquí para allá. Por último, casi atontados y en medio de una confusión tremenda, cayeron sobre su compañía que guiaba el teniente Rochas; en cuanto al capitán Beaudoin y al regimiento mismo, estaban en otra parte. Y Mauricio se sorprendió al notar que todo aquel enjambre de hombres, cañones y animales, salía de Remilly y subía del lado de Sedan por el camino de la margen izquierda. ¿Qué ocurría? ¿No pasaban el Meuse?, ¿se batían en retirada hacia el monte!

Un oficial de cazadores que se encontraba allí, no se sabe cómo, dijo en alta voz:

—¡Vive Dios! el día veintiocho era cuando debíamos habernos largado, cuando estábamos en el Chéne y no ahora.

Otros explicaban los movimientos y llegaban noticias. A las dos de la mañana un ayudante del mariscal MacMahon, vino a decir al general Douay que todo el ejército tenía orden de replegarse sobre Sedan, sin perder un minuto. Aplastado en Beaumont el 5.º cuerpo, arrastraba a los otros tres en su desastre. En aquel momento, el general que vigilaba cerca del puente de barcas se desesperaba, viendo que solo había pasado el río la tercera división. Iba a amanecer y podían verse atacados de un momento a

otro.

Así es que previno a todos los jefes que se hallaban a sus órdenes que llegaran a Sedan, cada cual por su cuenta por los caminos más cortos. Y él, abandonado el puente que mandó destruir, desfiló por la margen izquierda con la primera división y la artillería de reserva; mientras que la tercera división seguía por la margen derecha y la primera destrozada en Beaumont, desbandada, huía sin saberse por dónde. Del 7.º cuerpo que no se había batido aún, solo quedaban trozos dispersos, perdidos en los caminos y galopando entre tinieblas.

No habían dado aún las tres y la noche seguía siendo muy oscura. Mauricio, a pesar de que conocía el país, no sabía por dónde andaba, incapaz de reconocerse entre aquel torrente desbordado, compuesto de los que se habían salvado en Beaumont; soldados de todas clases, en jirones, cubiertos de sangre y de polvo, se mezclaban a los regimientos, sembrando el espanto.

Del valle entero, al otro lado del río, un rumor parecido subía. El primer cuerpo, que acababa de salir de Carignan y Douzy, el 12.º cuerpo, salido de Mouzon con los restos del 5.º, todos destrozados, arrastrados por la misma fuerza lógica e invencible, que desde el 28, empujaba al ejército hacia el norte, hacia aquel callejón sin salida, donde debía perecer.

Al amanecer la compañía atravesaba el pueblo de Pont Maugis, y Mauricio reconoció el terreno, los montes del Liry a la izquierda, el Meuse a la derecha, lamiendo el camino. Pero aquella aurora gris iluminaba con una tristeza infinita a Bazeilles y Balan, allá ocultos en el fondo de las praderas, mientras que un Sedan lívido, un Sedan de pesadilla y de luto, se evocaba en el horizonte, sobre el inmenso y sombrío telón de los bosques. Y, después de pasar por Wadelincourt, cuando alcanzaron la puerta de Torcy, hubo que parlamentar, suplicar, incomodarse, sitiar casi la plaza para obtener del gobernador que bajara el puente levadizo. Eran las cinco; el séptimo cuerpo entró en Sedan, ebrio de fatiga, de hambre y de frío.

VIII

Con el atropello que hubo al final de la carretera de Wadelincourt, en la plaza de Torey, Juan se vio separado de Mauricio, y corrió, se perdió entre aquel gentío, sin poder encontrarle. Era una verdadera desgracia, porque había aceptado el ofrecimiento del joven, que quería llevárselo a casa de su hermana: allí descansarían, dormirían en buena cama. Reinaba tal desorden, confundidos todos los regimientos, sin jefes ni órdenes, que los hombres estaban casi libres para hacer lo que les diera la gana. Cuando hubiesen descansado algunas horas, tendrían tiempo para orientarse y unirse a sus compañeros.

Juan, atolondrado, se encontró sobre el viaducto de Torcy que cruzaba por encima de extensas praderas que el gobernador había hecho inundar con las aguas del río. Después de haber franqueado otra puerta, atravesó el puente sobre el Meuse y le pareció, a pesar de que había amanecido, que volvía a anochecer en aquella ciudad estrecha, ahogada entre sus murallas, con las calles húmedas y las casas altas.

No recordaba ni el nombre del cuñado de Mauricio; sabía solo que su hermana se llamaba Enriqueta. ¿A dónde iría? ¿Por quién preguntaría? Sus pies apenas podían sostenerle y comprendía que si se paraba, caería. Como hombre que se ahoga, solo oía el zumbido, el rumor sordo, solo distinguía el manar continuo de aquel tropel de hombres y de animales entre los que era arrastrado. Como había comido en Remilly, solo tenía ganas de dormir, y alrededor suyo, el cansancio se imponía al hambre, el rebaño de sombras tropezaba por aquellas calles desconocidas. A cada paso, un hombre caía sobre la acera, se dejaba ir contra una puerta y se quedaba allí como muerto, dormido.

Al levantar la vista, Juan leyó en un letrero: «Avenida de la Subprefectura». Al final había un monumento en un jardín. En la esquina de la Avenida vio un jinete, un cazador de África a quien creyó reconocer. ¿No era acaso Próspero, el chico de Remilly que había visto en Vouziers con Mauricio? Se había bajado de su caballo, y el caballo, temblando sobre sus pies, debía sufrir tanto de hambre, que estiraba el cuello para comer las tablas de un furgón que se hallaba arrimado a la acera. Los caballos no habían recibido raciones en los dos últimos días y morían de inanición. Los dientes de Céfiro raspaban con furia la madera y Próspero lloraba de rabia.

Después, cuando Juan, que se había alejado volvía sobre sus pasos, pensando que acaso Próspero supiese las señas de Mauricio, no le volvió a ver. Entonces empezó la desesperación negra; vagaba por las calles, se encontró ante la subprefectura, llegó hasta la plaza de Turenne. Allí se creyó salvado al ver ante el Ayuntamiento, al pie de la estatua, al teniente Rochas, con algunos hombres de la compañía. Puesto que no podía encontrar a su amigo, se uniría al regimiento y dormiría bajo la tienda de campaña. El capitán Beaudoin no había parecido y el teniente Rochas trataba de

reunir su gente, informándose, preguntando inútilmente don de se había fijado el campamento de la división. A medida que avanzaban por la población, la compañía en vez de aumentar disminuía. Un soldado, haciendo ademanes de loco, entró en una taberna y no se le volvió a ver más. Otros tres se pararon delante de la puerta de una tienda de comestibles, llamados por unos zuavos que habían abierto un barril de aguardiente. Algunos estaban tirados en medio del arroyo, otros querían echar a andar y caían, aplastándose como masas inertes. Chouteau y Loubet se hicieron una seña y desaparecieron detrás de un paseo persiguiendo a una mujer que llevaba un pan. Solo quedaban con el teniente Pache y Lapouille, con una docena de compañeros.

Al pie de la estatua de Turenne, el teniente Rochas hizo esfuerzos enormes para tenerse en pie, con los ojos abiertos, cuando reconoció a Juan.

—¡Ah!, ¿es usted, cabo? ¿Y sus hombres?

Juan hizo un ademán para indicar que no sabía donde estaban. Pero Pache, señalando a Lapouille contestó llorando:

—¡Estamos aquí! estamos solos los dos... ¡que Dios se compadezca de nosotros, esto es demasiado! El otro, Lapouille, el tragón, miraba las manos de Juan, con aire voraz, sublevándose de verlas siempre vacías. Tal vez hubiese soñado que el cabo había ido a buscar provisiones.

—¡Demonio!, ¡tampoco vamos a comer hoy! —gruñó.

Gaude, el corneta, que aguardaba la orden de tocar, apoyado contra la verja, se quedó dormido de pie, y cayó al suelo cuan largo era. Todos sucumbían uno a uno y dormían en el santo suelo. Únicamente el sargento Sapin permanecía aún con los ojos abiertos, como si leyese el destino que le aguardaba en el horizonte de aquella ciudad desconocida.

El teniente Rochas no pudo resistir más y se sentó. Quiso dar una orden.

—Cabo, es preciso... es preciso...

No encontraba las palabras, rendido por el cansancio, y, de pronto, su cuerpo osciló y quedó tendido en tierra, dormido.

Temiendo que le ocurriera lo propio, Juan se fue de allí. Quería buscar una cama a toda costa. Al otro lado de la plaza, en una ventana del hotel de la Cruz de Oro, había visto al general Bourgain Desfeuilles, en mangas de camisa, dispuesto a meterse en la cama. ¿Para qué iba a continuar ocupándose de las tropas? De pronto tuvo un alegrón, un nombre surgió de su memoria: el del fabricante de paños donde estaba empleado el cuñado de Mauricio, el señor Delaherche. Sí, eso era; se dirigió a un hombre que pasaba.

—¿El señor Delaherche, dónde vive?

—En la calle Maqua, casi en la esquina de la calle del Beurre, una casa muy grande, con muchas esculturas...

Se marchó y a poco volvió corriendo.

—Oiga. ¿Es usted del 106.º?... ¡Si busca usted su regimiento sepa al menos que ha vuelto a salir por el castillo, allá!... Acabo de encontrar al coronel señor Vineuil, a

quien conocí cuando estaba en Meziers.

Juan se marchó impaciente. ¡No! ¡No! Ahora que tenía seguridad de encontrar a Mauricio, no quería acostarse sobre el suelo. A pesar de todo, le remordía la conciencia porque veía al coronel, con su alta estatura, tan duro al cansancio a pesar de su edad, durmiendo como sus soldados bajo la tienda de campaña. En seguida tomó por la calle Mayor, se perdió de nuevo en el tumulto creciente, y acabó por preguntar a un chiquillo que le llevó a la calle Maqua.

Era allí donde un abuelo del actual Delaherche había edificado en el siglo pasado la fábrica monumental, que, en los ciento sesenta años transcurridos, no había dejado de pertenecer a la familia.

Hay así en Sedan, fundadas desde el reinado de Luis XV, fábricas de paños, grandes como el Musco del Louvre, con fachadas majestuosas. La de la calle Maqua tenía tres pisos, ventanas grandes y esculturas muy severas, y en el interior un patio inmenso, de palacio, tenía árboles gigantescos de la época de la fundación de la casa. Tres generaciones de Delaherche habían hecho allí enormes fortunas. El padre de Julio, el actual propietario, que había heredado la fábrica de un primo suyo muerto sin hijos, había hecho que pasara el edificio a poder de la rama segunda de la familia. El padre había aumentado la prosperidad de la fábrica, pero había sido una especie de Tenorio e hizo muy desgraciada a su mujer. Así es que esta, viuda ya, temiendo que el hijo siguiera el camino del padre, quiso sujetarle hasta los cincuenta años como si fuera un chiquillo, después de haberle casado con una mujer muy sencilla y muy devota. Lo malo es que la vida tiene crueles desengaños. Al morir su mujer, Delaherche, joven aún, se había enamorado de una viudita de Charleville, ciudad alegre y bullanguera. Nunca se hubiera realizado el casamiento si Gilberta no hubiese tenido un tío como el coronel Vineuil, próximo a ascender a general. Aquel parentesco, la idea de que se había enlazado con una familia militar, halagaba mucho al fabricante de paños.

Aquella mañana, Delaherche, sabiendo que el ejército iba a pasar por Mcuzon, había dado con Weiss, su tenedor de libros, un paseo en coche, del que había hablado el señor Fouchard. Alto y grueso, colorado de nariz gruesa y de labios espesos, era de carácter expansivo y le alegraban los desfiles de las tropas. Habiendo sabido por el farmacéutico de Mouzon que el emperador se encontraba en la casería de Baybel, se fue allá, le vio y había estado a punto de hablar con él, y esa excursión servía de tema a sus conversaciones.

¡Pero que terrible regreso, con el pánico de Beaumont, por aquellos caminos atestados de soldados que huían! Muchas veces el carruaje había estado a punto de ir a parar a algún foso. Los dos hombres no habían regresado hasta bien entrada la noche, después de vencer muchos obstáculos. Y aquella excursión, aquel ejército que Delaherche había ido a ver desfilar a dos leguas de allí, y que le había hecho retroceder envolviéndole en su retirada, toda aquella aventura imprevista y trágica, le había hecho repetir muchas veces durante el trayecto:

—¡Yo que creía al ejército iba camino de Verdun, y no quería perder la ocasión de verlo!... ¡Pues ya lo he visto! ¡Y creo que lo vamos a ver en Sedan más de lo que deseábamos!

Por la mañana, a las cinco, despertado por los rumores producidos por el 7.º cuerpo al atravesar la ciudad, se vistió muy de prisa, y la primera persona que se había echado a la cara en la plaza de Turenne, fue al capitán Beaudoin.

El año anterior, en Charleville, el capitán era uno de los contertulios de la linda señora Maginot; de modo que Gilberta, antes del casamiento, le había presentado. Las malas lenguas decían que el capitán, no teniendo que desear nada, se había retirado delante del fabricante de paños, por delicadeza, no queriendo privar a su amiga de la inmensa fortuna que se le ponía al alcance de la mano.

—¿Es usted? —dijo Delaherche— ¡y en qué facha Dios mío!

Beaudoin tan pulcro y correcto siempre, se hallaba en un estado lamentable; el uniforme manchado, asqueroso, la cara y las manos negras. Desesperado, había caminado con los zuavos, sin poder darse cuenta de cómo había perdido su compañía. Como los demás, se moría de hambre y de sueño, pero lo que más le mortificaba era que no había podido mudarse de camisa desde Reims.

—Figúrese usted que me han extraviado mi equipaje en Vouziers, algunos imbéciles a los que de buena gana rompería la cabeza si los conociese... Y no me ha quedado nada, ni un pañuelo, ni un par de calcetines. ¡Es cosa de volverse loco!

Delaherche quiso llevárselo a su casa en seguida; pero él se resistía: ¡no, no! no tengo facha para presentarme ante nadie, decía, no quiero asustar a la gente. El fabricante tuvo que jurar que ni su mujer ni su madre se hallaban levantadas, y además, le daría todo lo necesario para que se arreglase.

Al dar las siete, el capitán Beaudoin, lavado, cepillado, vistiendo bajo el uniforme una camisa del marido, se presentó en el aristocrático comedor de la casa. La señora Delaherche, la madre, estaba allí, pues, como de costumbre, se había levantado al amanecer, a pesar de sus setenta y ocho años. Muy blanca, tenía una nariz que se había adelgazado y una boca que no sonreía, en una cara larga y delgada. Se levantó, estuvo muy atenta e invitó al capitán a que se sentara delante de una de las tazas de café con leche que había sobre la mesa.

—¿Tal vez preferirá usted carne y vino, después de tantas fatigas?

—Mil gracias, señora, un poco de leche con pan y mantequilla, me viene mejor ahora.

En aquel momento se abrió una puerta y Gilberta entró, alargando la mano. Delaherche debía haberla prevenido, porque no acostumbraba a levantarse antes de las diez. Era alta, flexible y fuerte, con hermoso pelo negro, hermosos ojos negros, sonrosada, alegre, un poco locuaz, pero sin malicia. Su peinador de sarga, con bordados de seda encarnada, procedía de París.

—¡Ah! capitán; qué amable ha sido usted al haberse detenido en este rincón de provincia —le dijo, mientras le daba un apretón de manos.

Después se echó a reír.

—¡Seré tonta! Segura estoy que preferiría usted no hallarse en Sedan en estas críticas circunstancias... ¡Estoy tan contenta de haberle vuelto a ver!

En efecto, sus hermosos ojos brillaban de alegría. Y la señora Delaherche, que debía de saber algo de lo que las malas lenguas habían hecho correr en Charleville, les miraba muy seria. El capitán se portaba muy discretamente, como hombre que había conservado un buen recuerdo de la hospitalidad que otras veces le habían dado.

Almorzaron y en seguida Delaherche volvió a mencionar su paseo de la víspera, no pudiendo resistir al deseo de contarlo de nuevo.

—He visto al emperador en Baybel.

Y empezó a contar. Primero fue una descripción de la posesión, con un patio interior cerrado por una verja y situado sobre un montecillo que domina Mouzon, a la izquierda del camino de Carignan. Después volvió al 12.º cuerpo que había atravesado y estaba acampado entre los viñedos, tropas magníficas, que brillaban al sol y cuya vista había halagado su amor patrio.

—Estaba allí, cuando de pronto salió el emperador de la casa a donde había subido para almorzar y descansar. Llevaba un gabán sobre el uniforme de general, aunque hacía mucho calor. Detrás de él un criado llevaba una silla de tijera... No tenía buena cara, encorvado y andaba con dificultad, tenía la cara amarilla, el aspecto de un hombre enfermo de verdad. Y no lo he extrañado porque el boticario de Mouzon acababa de decirme que un ayudante había ido a comprarle medicinas... sí, medicinas para...

Delante de su madre y de su mujer no quería señalar con más claridad la disentería que padecía el emperador desde el Chene y que le obligaba a detenerse en las caserías.

—El criado colocó la silla de tijera en un campo de trigo y el emperador se sentó... Estaba quieto, inmóvil, como rentista que calienta al sol sus dolores. Miraba con sus ojos tristes el inmenso horizonte, abajo el Meuse deslizándose por el valle, enfrente los montes llenos de bosques cuyas cimas se pierden en lontananza, a la izquierda los bosques de Dieulet, a la derecha la eminencia de color esmeralda de Sommauthe... Le rodeaban ayudantes de campo, oficiales superiores, y un coronel de dragones que me había pedido algunos datos acerca del país, me acababa de decir que no me alejara, cuando de pronto...

Delaherche se levantó, llegaba al punto interesante del relato y quiso añadir la mímica a la palabra.

—De pronto, estallan detonaciones y vemos presamente enfrente de los bosques de Dieulet, algunos proyectiles describir curvas en el cielo... Aquello me pareció una función de fuegos artificiales en pleno día... Alrededor del emperador empezaron a inquietarse. El coronel de dragones vino a preguntarme si podía precisar donde se batían. En seguida contesté que en Beaumont. Volvió cerca del emperador, sobre cuyas rodillas un ayudante extendió un mapa. El emperador no quería creer que se

batiesen en Beaumont. Yo porfiaba que era allí, puesto que los proyectiles se acercaban siguiendo el camino de Mouzon... y entonces, como le veo a usted, vi al emperador que volvía la cabeza hacia donde yo estaba. Me miró durante algunos momentos con sus ojos turbios, llenos de desconfianza y de tristeza, y después su cabeza volvió a caer sobre el mapa y no se movió más.

—¿Y el emperador volvió a entrar en la casa? —preguntó el capitán Beaudoin.

—No lo sé: yo le dejé en la misma postura... Era mediodía, la batalla se acercaba y empecé a preocuparme de mi regreso... Lo único que puedo añadir, es que un general a quien señalaba el pueblo de Carignan a lo lejos, en la llanura, detrás de nosotros, parecía sorprenderse al saber que la frontera de Bélgica estaba tan cerca, a unos kilómetros... ¡Bien servido está este pobre emperador!

Gilberta sonriente, muy a gusto, como en el saloncillo de su viudez, donde le recibía otras veces, obsequiaba al capitán, le daba mantequilla y pan tostado. Le propuso que aceptase una cama, pero no quiso, solo aceptó descansar un par de horas sobre un sofá, en el despacho de Delaherche, antes de ir a buscar a su regimiento. En el momento en que tomaba de manos del Gilberta el azucarero, la señora Delaherche, que no les perdía de vista, vio que se oprimían los dedos; ya no dudaba.

En aquel momento entró una criada.

—Señor, hay abajo un soldado que pregunta las señas del señor Weiss.

Delaherche no era orgulloso, le gustaba hablar con los desheredados, le agradaba la popularidad.

—Las señas de Weiss, ¡ya es raro!... que entre ese soldado.

Juan entró tan rendido que se caía. Al ver a su capitán, sentado a la mesa con dos señoras, quedó sorprendido y retiró la mano que había avanzado para apoyarse en una silla. Contestó con brevedad a las preguntas del fabricante, que le hablaba con cariño. Explicó la amistad que le unía a Mauricio y por qué le buscaba.

—Es un cabo de mi compañía —acabó por decir el capitán.

A su vez le interrogó para saber qué había sido del regimiento. Como Juan dijese que acababan de ver al coronel atravesar la ciudad al frente de los soldados que le quedaban, para ir a acampar al norte, Gilberta empezó a hablar de prisa con su vivacidad de mujer bonita, que no reflexionaba.

—¿Por qué no ha venido a almorzar aquí mi tío? Le hubiéramos preparado una cama. ¡Vamos a enviar a buscarle!

La señora Delaherche hizo un movimiento de soberana autoridad. Por sus venas circulaba la sangre de la clase media de las ciudades fronterizas, donde el patriotismo es muy rígido. Interrumpió la severidad de su silencio para decir:

—Deje usted al señor Vineuil, está cumpliendo con su deber.

Aquello fue un jarro de agua fría. Delaherche se llevó al capitán a su gabinete y le instaló sobre el sofá y Gilberta se fue, a pesar de la dura lección, como un pájaro, moviendo las alas, alegre a pesar de la tempestad, mientras que la criada a quien habían confiado Juan, guiaba a este por los patios de la fábrica, por un laberinto de

pasillos y escaleras.

Los Weiss vivían en la calle des Voyards, pero la casa, que pertenecía a Delaherche, comunicaba con el edificio monumental de la calle Maqua. La calle des Voyards era una de las más ahogadas de Sedan, una callejuela estrecha, húmeda, obscurecida por las murallas, cerca de las que se hallaba. Los tejados de las alcas fachadas se tocaban casi y los paseos oscuros parecían bodegas, especialmente en el extremo, donde se encontraba la alta pared del colegio. Pero Weiss, alejado allí gratuita mente, ocupando todo el tercer piso, se encontraba muy a gusto, cerca de su oficina, a donde podía ir en zapatillas. Era un hombre feliz desde que se había casado con Enriqueta, a quien había deseado mucho tiempo, cuando la conoció en el Chene, en casa de su padre, el recaudador de contribuciones; ama de casa a los seis años, reemplazando a la madre, muerta; mientras que él, que había entrado en la Refinería general, casi como un peón, se instruía poco a poco, y llegaba al empleo de tenedor de libros a fuerza de trabajo. Y aun, para realizar su ensueño, había sido necesario que muriera el padre y que el hermano cometiese en París las faltas graves que había cometido aquel Mauricio, del que la hermana gemela era poco menos que la criada, a quien se había sacrificado para hacer de él un caballero. Educada en el hogar, sabiendo apenas leer y escribir, acababa de vender la casa y los muebles, sin poder tapar el agujero abierto por las locuras del joven, cuando acudió el bueno de Weiss ofreciendo lo que poseía, con sus brazos sólidos y su corazón; había aceptado el casamiento, agradecida de su afecto, muy buena, estimándole mucho, ya que no enamorada. Ahora les sonreía la fortuna; Delaherche hablaba de asociar a Weiss en sus negocios, y aquello sería la felicidad, en cuanto tuviera hijos.

—¡Cuidado! —dijo la criada a Juan.

Este tropezaba, porque la obscuridad era muy profunda, hasta que se abrió una puerta y penetró luz en la escalera. Oyó una voz suave que decía:

—Es él.

—Señora —dijo la criada—, aquí hay un soldado que pregunta por usted.

—¡Bueno!, ¡bueno!, ¡sé quién es! —dijo con alegría la señora Weiss.

Después, como al llegar el cabo, ahogándose, se paraba en la puerta, añadió:

—Entre usted, señor Juan... le estamos aguardando hace un par de horas, ¡con mucha impaciencia! Mauricio está adentro.

Al entrar, a la luz pálida de la habitación, la vio, muy parecida a Mauricio, con ese extraordinario parecido de los hermanos gemelos. Era un poco más pequeña y un poquito más delgada, de aspecto más delicado, con su boca un poco grande, las facciones menudas, bajo su admirable cabellera rubia, de un rubio claro de avena madura. Lo que la diferenciaba de Mauricio eran sus ojos grises, serenos y valientes, donde revivía toda el alma heroica del abuelo, el héroe del gran ejército de Napoleón I. Hablaba poco, andaba muy quedo, tan activa y lista, tan buena y cariñosa, que se la sentía, como una caricia en el aire, por donde pasaba.

—Entre usted por aquí, señor Juan —repitió—. Todo estará pronto y listo.

Juan balbuceaba algunas palabras, no encontrando frases, tal era su emoción al verse recibido tan cariñosamente. Sus párpados se cerraban, solo la veía a través del sueño que le rendía, como una especie de neblina, donde flotaba, como destacada de la tierra. ¿No era acaso aquello una visión encantadora, que le socorría y le halagaba con tal sencillez? Le parecía que le tocaba la mano, que sentía la presión de la suya, leal y firme como la de un buen amigo.

Desde aquel momento, Juan no se dio cuenta exacta de lo que ocurría. Estaban en el comedor, había pan y carne sobre la mesa, pero no tenía fuerzas para llevarse los pedazos a la boca. Un hombre estaba allí, sentado sobre una silla. Reconoció a Weiss a quien había visto en Mulhouse. Pero no entendía lo que decía, entristecido y moviendo los brazos pausadamente. En un catre, delante del calorífero, Mauricio dormía, inmóvil, casi muerto. Y Enriqueta se daba prisa echando un colchón sobre un diván; vio las sábanas, las mantas, la almohada, lo arreglaba todo con mucho arte, metiendo sus manos delicadas, por entre las sábanas blancas como la nieve.

¡Ah! aquellas sábanas blancas, aquellas sábanas tan deseadas. ¡Juan no veía otra cosa! No se había desnudado, no se había acostado en una cama en seis semanas. Era una golosina, una impaciencia de chiquillo, un deseo insensato que le impulsaba a meterse entre aquellas telas blancas, y anonadarse. En cuanto le dejaron solo, se desnudó, se acostó, lanzando un gruñido de satisfacción. El día plácido entraba por una ventana y como ya medio dormido, abría los ojos, vio aún la visión de Enriqueta, una Enriqueta, más indecisa, inmaterial, que entraba de puntillas, para colocar cerca de él, sobre la mesa, una botella de agua y un vaso. Se quedó allí algunos segundos, mirando a los dos, su hermano y él, con su tranquila sonrisa de una bondad infinita. Después la visión desapareció. Juan dormía entre las blancas sábanas, aniquilado.

Pasaron horas o años. Juan y Mauricio no existían. Diez años o diez minutos, el tiempo no existía; era aquello como el desquite del cuerpo fatigado, descansando en la muerte de todo el ser. Bruscamente, sobresaltados a la vez, los dos se despertaron. ¿Qué ocurría?, ¿cuánto tiempo llevaban durmiendo? La misma luz pálida, entraba por la ventana. Estaban destrozados, todos los huesos les dolían, más cansados que al acostarse. Creyeron que solo habían dormido una hora y no extrañaron el ver sentado en la misma silla a Weiss, que parecía aguardar a que se despertaran.

—¡Demonio! —dijo Juan—, tenemos que levantarnos para encontrar el regimiento antes de mediodía.

Dio un salto y se vistió, no sin quejarse de los dolores que tenía.

—Antes del mediodía —repitió Weiss—; son las siete de la tarde, han dormido ustedes doce horas.

¡Las siete! se asustaron. Juan, vestido ya, quería echar a correr, mientras que Mauricio, en la cama aún, decía que no podía mover las piernas. ¿Cómo iban a encontrar el regimiento? Los dos se incomodaban, no debían haberlos dejado dormir tanto, Weiss hizo un movimiento como desesperanzado.

—¡Para lo que han hecho! bien podían estar durmiendo.

Él, desde por la mañana, había recorrido Sedan y los alrededores. Acababa de regresar de su excursión, apenado por aquella inacción del ejército, por aquel día, el 31, perdido tan lastimosamente. Una sola excusa había, el cansancio de las tropas, la necesidad de que descansaran y no se explicaba cómo no había continuado la retirada después de algunas horas de sueño.

—Yo, añadió, no tengo la presunción de ser muy entendido, pero comprendo que el ejército está muy mal colocado en Sedan... El 12.º cuerpo se encuentra en Bazeilles, donde se han batido esta mañana, el 1.º está a lo largo del Givonne, del Moncelle hasta el bosque de Garenne; mientras que el 7.º está acampado en la meseta de Floing, y el 5.º, medio destruido, está amontonado al lado de las murallas del castillo... Y eso es lo que me causa miedo, de verlos así a todos al rededor de la ciudad, aguardando a los prusianos... Yo me hubiera largado, a escape, sobre Mezieres. Conozco el país; no hay otra línea posible para la retirada y si no, serán rechazados hacia Bélgica... Además, venga usted y verá algo...

Cogió a Juan por la mano y le llevó hacia la ventana.

—Mire usted allí, en aquellos montes.

Por encima de las fortificaciones, por encima de los edificios vecinos, la ventana daba sobre el mediodía de Sedan, sobre el valle del Meuse. Era el río que se desarrolla por las vastas praderas; Remilly a la izquierda, Pont Maugis y Wadelincourt en frente, Frénois a la derecha; y los montes dejaban ver sus pendientes de color de esmeralda, primero Liry, después Marfée, y la Croix Piau con sus grandes bosques. El crepúsculo llegaba y el inmenso horizonte tenía una limpidez de cristal.

—¿No ve usted allá, a lo largo de los montes, aquellas líneas negras que andan, aquellas hormigas negras que desfilan?

Juan abrió los ojos, mientras que Mauricio, de rodillas sobre la cama, alargaba el cuello.

—¡Ah! sí —dijeron a la vez—. Allí se ve una, allá otra, aquí otra, y todavía otras. Hay en todas partes.

—Pues bien —dijo Weiss—, son los prusianos... Desde esta mañana los miro y los veo pasar, y siguen pasando siempre. ¡Le aseguro a usted que si nuestros soldados los aguardan, ellos se dan prisa para venir!... Y todos los vecinos de Sedan los han visto como yo y solo los generales están ciegos. He hablado hace poco con un general; se ha encogido de hombros y me ha dicho que el mariscal MacMahon estaba convencido de que solo tenía en frente setenta mil hombres. ¡Dios quiera que no se equivoque! ¡Pero mírelos usted; la tierra está cubierta!, ¡vienen, vienen las hormigas negras!

En aquel momento Mauricio se dejó caer de nuevo en la cama y empezó a llorar. Enriqueta entraba entonces, se acercó a su hermano, alarmada.

—¿Qué te pasa?

Pero él la rechazaba.

—No, no, déjame, abandóname, solo te he causado pesares. ¡Cuándo me acuerdo

que no te hacías vestidos y que yo estaba en el colegio! ¡Vaya una instrucción que he recibido y qué mal la he aprovechado!... Además, he estado a punto de deshonorar nuestro nombre; no sé dónde estaría a estas horas si no te hubieses sacrificado por mí, para reparar mis faltas.

Ella se sonreía con su plácida calma.

—Vaya un despertar triste que tienes... ¡Ya se ha olvidado todo, se ha borrado todo! ¿No cumples ahora tu deber como buen francés? Desde que has sentado plaza estoy muy orgullosa de ti, te lo aseguro.

Como pidiendo ayuda se había vuelto hacia Juan. Este la miraba, sorprendido de verla menos hermosa que por la mañana, ahora que no la veía medio alucinado por el cansancio. Lo que resaltaba siempre era el parecido con su hermano; y sin embargo, toda la diferencia de sus temperamentos se ponía al descubierto en aquel momento: él nervioso como una mujer, atacado por la enfermedad de la época, sufriendo la crisis histérica y social de su raza, capaz de un momento a otro de los más nobles entusiasmos y de los más cobardes descorazonamientos; ella, tan diminuta, toda abnegación, con su aspecto resignado, la frente sólida, los ojos valientes, de la madera sagrada de que se hacen los mártires.

—¡Orgullosa de mí! —añadió Mauricio—. ¡No sé por qué! Hace un mes que huimos siempre como unos cobardes que somos.

—¡Demontres! —dijo Juan filosóficamente—; no somos los únicos, hacemos lo que nos mandan.

La crisis del joven estalló más violenta.

—¡Precisamente ya tengo bastante, estoy harto de esta vida! ¿Pues qué, no es para llorar lágrimas de sangre estas continuas derrotas, estos jefes imbéciles, estos soldados a los que llevan estúpidamente al matadero, como un rebaño?... Ahora estamos en un callejón sin salida. Veis que los prusianos llegan por todas partes y nos van a aplastar; el ejército está perdido... No, no; me quedo aquí, prefiero que me fusilen como desertor... Juan, puedes marcharte. No, no vuelvo al regimiento, me quedo aquí.

Un nuevo raudal de lágrimas le hizo caer sobre la almohada. Era un desahogo de sus nervios, uno de esos desfallecimientos repentinos, con la desesperación, con el desprecio del mundo entero y de sí mismo, a los que estaba sujeto con tanta frecuencia. Su hermana, que le conocía muy a fondo, le oía sin alterarse.

—Obrarías muy mal, mi querido hermano, si abandonarás tu puesto en los momentos de peligro.

De una sacudida se sentó sobre la cama.

—Pues bien, dame un fusil, voy a romperme la cabeza, así acabaré antes.

Después, con el brazo extendido, señalando a Weiss, inmóvil y silencioso:

—Él solo es razonable, él solo lo ha visto claro... ¿Te acuerdas, Juan, lo que me decía delante de Mulhouse, hace un mes?

—Es verdad —contestó el cabo—, el señor dijo que nos derrotarían.

Lo escena se evocaba, la noche angustiosa de alerta, el desastre de Frœschwiller pasando ya por el cielo triste, mientras que Weiss relataba sus temores, Alemania preparada, mejor dirigida, mejor armada, empujada por una gran ráfaga de patriotismo; Francia atontada, entregada al desorden, atrasada, pervertida, no teniendo ni los jefes, ni los hombres, ni el armamento necesario. Y la horrible profecía se realizaba.

Weiss alzó sus manos temblorosas. Su cara expresaba un profundo dolor.

—No me halaga mucho haber dicho la verdad. Soy un tonto, ¡pero se veía la cosa tan clara! Más si nos derrotan se pueden matar prusianos malditos. Creo que vamos a perder la partida, pero sería un consuelo matar muchos prusianos, muchos muchos, tantos, que se pudiese cubrir la tierra allá.

Se había puesto de pie y señalaba con la mano el valle del Meuse; sus ojos de miope, por los cuales le habían declarado inútil para el servicio, echaban chispas.

—Yo me batiría si fuese libre de hacerlo. No sé si es porque reinan como amos en mi país, en este país donde los cosacos hicieron tanto daño, pero no puedo acordarme de ellos, verlos en nuestras casas sin que me entren ganas de abrir en canal una docena. ¡Ah! ¡Si no me hubiesen declarado inútil, si fuese soldado!

Después de un corto silencio, añadió:

—Además ¿quién sabe?

Era la esperanza, la necesidad de creer en la victoria posible que existía aún entre los más desilusionados. Mauricio, avergonzado ya de sus lágrimas, le escuchaba, se agarraba a aquel sueño. La víspera había circulado el rumor de que Bazaine estaba en Verdun. La fortuna podía hacer un milagro en obsequio a Francia, que había sido tanto tiempo victoriosa.

Enriqueta había desaparecido; cuando volvió a entrar, vio sin extrañeza que su hermano se había vestido y que estaba ya listo para marcharse. Quiso que Juan y él comieran delante de ella. Tuvieran que sentarse a la mesa, pero los bocados les ahogaban, les daban náuseas, atontados como se hallaban aún por el sueño. Juan cortó un pan en dos pedazos, colocó una mitad en su mochila y otra en la de Mauricio. La noche se acercaba y era necesario marcharse. Enriqueta se había parado delante de la ventana, mirando, al ver a lo lejos sobre el Marfée las tropas prusianas, las hormigas negras desfilando sin cesar, perdiéndose poco a poco en las sombras crecientes; dejó escapar una queja.

—¡Oh! ¡La guerra, la atroz guerra!

Mauricio quiso tomarse el desquite.

—Pero qué, hermanita, ¿tú que quieres que nos batamos, maldices a la guerra?

Se volvió para contestar de frente.

—Es verdad, la maldigo, la encuentro injusta, horrible... Tal vez sea únicamente porque soy mujer. Esas matanzas me sublevan. ¿Por qué no habían de explicarse y entenderse los enemigos?

Juan aprobaba lo que decía Enriqueta con un movimiento de cabeza. Nada le

parecía más fácil a él, hombre sin instrucción, que ponerse de acuerdo dándose buenas razones. Pero Mauricio, acudiendo a su ciencia, encontraba la guerra necesaria, la guerra que es la vida misma, la ley del mundo. ¿No es acaso el hombre quien ha introducido en la vida la idea de la justicia y de paz, cuando la impasible naturaleza no es más que un continuo campo de matanza?

¡Ponerse de acuerdo! sí, tal vez dentro de unos cuantos siglos. Si todos los pueblos no formaran más que uno, se podría en rigor aguardar la llegada de esa edad de oro, y aún así, ¿si se acaba la guerra no se acabará la humanidad?... Era un imbécil antes; hay que batirse puesto que es la ley.

A su vez sonreía, repitiendo la frase de Weiss:

—Y después de todo ¿quién sabe?

De nuevo la ilusión se apoderaba de él, una necesidad de guerra en la exageración enfermiza de su sensibilidad nerviosa.

—Oye —dijo—, ¿y el primo Gunther?

—El primo Gunther pertenece a la guardia prusiana... ¿Está por aquí la guardia?

Weiss no lo sabía, los dos soldados tampoco, y era natural, puesto que ni los generales sabían qué enemigos tenían enfrente.

—Vámonos, voy a acompañaros. He averiguado donde está acampado el 106.º.

Entonces dijo a su mujer que aquella noche no volvería, que iría a dormir a Bazeilles. Acababa de comprar allí una casita que terminaba de amueblar para vivir allí el invierno. Se encontraba cerca de una tintorería que pertenecía al señor Delaherche. Estaba con cuidado porque había llevado a la casita algunas provisiones, que desaparecerían si la casa se quedaba vacía: un barril de vino, dos sacos de patatas. Su mujer le miraba con mucha fijeza.

—Puedes estar tranquila —añadió sonriéndose—, no tengo otra intención que la de guardar lo que allí tenemos y te prometo que si atacan al pueblo, si hay un peligro cualquiera, volveré enseguida.

—Vete —añadió ella—, pero vuelve, porque si no voy a buscarte.

En la puerta abrazó a Mauricio. Después dio la mano a Juan y la retuvo en la suya durante algunos segundos, estrechándola cariñosamente.

—Le confío a mi hermano de nuevo... Me ha dicho cuanto ha hecho usted por él y se lo agradezco mucho; le quiero a usted mucho.

Se emocionó tanto, que solo pudo apretar aquella mano delicada. Se marchó llevándose la impresión que había recibido al entrar; aquella Enriqueta de pelo color de avena madura, tan ligera, tan alegre que llenaba el aire alrededor de ella como una caricia.

En la calle volvieron a ver el Sedan sombrío y triste. El crepúsculo había llegado ya a las calles estrechas y una agitación confusa las obstruía. La mayoría de las tiendas estaban cerradas, las casas parecían muertas, mientras que fuera en las calles no se podía dar un paso. Pudieron llegar a la plaza del Ayuntamiento sin muchas dificultades y allí encontraron al señor Delaherche, que se paseaba curioseando. Se

alegró de reconocer a Mauricio y contó que precisamente acababa de acompañar al capitán Beaudoin, del lado de Floing, donde se encontraba al regimiento; aumentó su satisfacción al saber que Weiss iba a dormir a Bazeilles, porque él también había hecho el propósito de ir a pasar la noche en la tintorería, para ver lo que ocurría.

—Weiss, iremos juntos... y mientras tanto, vamos a la Subprefectura, donde podremos ver al emperador.

Desde que había estado a punto de hablarle en la casería de Baybel, no se preocupaba más que de Napoleón III, y acabó por arrastrar los dos soldados. Algunos grupos estaban parados en la plaza, hablando en voz baja, mientras que, de vez en cuando, entraban en el edificio algunos oficiales, asustados. Una sombra melancólica desvanecía ya los árboles, se oía el ruido del agua del Meuse, que corría al pie de las casas. Entre los grupos se decía que el emperador había abandonado a Carignan hacia las once de la noche, no había querido retirarse a Mezieres para quedarse en el peligro y no desmoralizar las tropas. Otros decían que no estaba allí, que había huido dejando a uno de sus ayudantes vestido con su uniforme, como un maniquí que se le parecía mucho y que podía engañar al ejército. Otros afirmaban que habían visto entrar en el jardín de la Subprefectura, los coches cargados con el tesoro imperial, cien millones en oro, en monedas de veinte francos, nuevas. En realidad era todo el material de la casa imperial: el *char à bancs*, los dos coches, los doce furgones, cuya vista había causado tanta estupefacción, en los pueblos de Courcelles, Chène, Raucourt, aumentado por las imaginaciones; una cola inmensa que entorpecía los movimientos del ejército y que iban a parar allí, malditos y avergonzados, ocultos a las miradas, detrás de las lilas del subprefecto.

Cerca de Delaherche, que se empinaba examinando las ventanas de la planta baja, una mujer vieja, alguna obrera, con el cuerpo encorvado, las manos destrozadas por el trabajo, murmuraba entre dientes:

—Un emperador... quisiera ver uno... sí, para ver cómo es...

De pronto, Delaherche, cogió el brazo de Mauricio:

—¡Mire usted! es él... allí, mire usted en la ventana de la izquierda... no me engaño, no, le vi ayer muy de cerca, le reconozco... ha levantado la cortina, sí, es aquella cara pálida, contra el cristal.

La vieja, que lo había oído, estaba asustada... Era en efecto una aparición cadavérica, con los ojos apagados, las facciones descompuestas; los bigotes palidecían también en aquella postrera angustia. Y la vieja, asombrada, volvió la espalda con desdén y se fue:

—¡Eso es un emperador! —dijo—, ¡vaya un bicho!

Un zuavo estaba allí, uno de esos soldados desbandados que no se apresuraban a volver a su regimiento. Movía su fusil jurando, escupiendo, amenazando, y dijo a un compañero:

—¡Aguarda, que voy a meterle un balazo en la cabeza!

Delaherche, indignado, intervino. Pero el emperador se había retirado. El ruido

del agua del Meuse continuaba, una queja de tristeza infinita parecía haber pasado en la sombra. Otros clamores se oían a lo lejos. ¿Era acaso el ¡anda!, ¡anda! la orden terrible lanzada desde París que había empujado a aquel emperador de etapa en etapa, arrastrando por los caminos de la derrota la ironía de su escolta imperial, abocado ahora al horrible desastre que preveía y que había ido a buscar? ¡Cuántos valientes iban a morir por su culpa y qué trastorno en todo el ser en aquel enfermo, en aquel soñador sentimental, silencioso en la triste espera del destino!

Weies y Delaherche acompañaron a los dos soldados hasta la meseta de Floing.

—¡Adiós! —dijo Mauricio, abrazando a su cuñado.

—¡No, no, hasta la vista, qué demonio! —dijo alegremente el fabricante.

Juan, con su buen olfato, encontró en seguida el 106.º, cuyas tiendas de campaña se alineaban en la pendiente de la meseta, detrás del cementerio. La noche se había venido encima, pero se veían aún en grandes masas los tejados sombríos de la ciudad, después más allá, Balan y Bazeilles, en las praderas, que se extendían hasta los montes de Remilly y Frénois; mientras que a la izquierda se divisaba la mancha negra de los bosques del Garenne, y sobre la derecha, abajo, brillaba la ancha cinta pálida del Meuse. Durante un momento, Mauricio, contempló aquel inmenso horizonte que iba desapareciendo en las tinieblas.

—¡Aquí está el cabo! —dijo Chouteau—. ¿Vendrá de recoger provisiones?

Hubo un rumor. Durante todo el día los hombres dispersos habían ido llegando, unos solos, otros por pequeños grupos, tanto, que los jefes habían renunciado a pedir explicaciones. Cerraban los ojos, aceptando muy contentos a los que regresaban.

El capitán Beaudoin acababa de llegar, el teniente Rochas había llegado a las dos con la compañía reducida a una tercera parte; ahora estaba casi completa. Algunos soldados estaban borrachos, otros se hallaban en ayunas, sin haberse podido procurar un pedazo de pan, y las distribuciones de víveres continuaban faltando. Loubet se había procurado unas berzas y las estaba cociendo, pero no había ni sal ni manteca. Los estómagos continuaban pidiendo pan.

—¡Vamos, cabo! usted que se las sabe arreglar, vea usted de encontrar algo, yo no lo necesito, he comido en casa de una señora con Loubet.

Todos miraban a Juan, la escuadra le aguardaba. Lapouille y Pache, que no habían encontrado nada que comer, confiaban en él, a quien creían capaz de sacar harina de unas piedras. Y Juan, conmovido, apenado ante tantos sufrimientos, remordiéndole la conciencia de haberlos abandonado, repartió entre ellos la mitad del pan que había guardado.

—¡A Dios gracias! —decía Lapouille devorando su ración, no encontrando otras palabras para explicar su satisfacción, mientras que Pache rezaba muy quedo un *Padre Nuestro* y un *Ave María*, pidiendo a Dios le protegiera y le enviara comida para el día siguiente.

El corneta Graude tocaba llamada. Pero no hubo retreta, el silencio reinó en seguida en todo el campamento. Cuando el sargento Sapin notó que su media sección

estaba completa, dijo, tranquilamente:

—Mañana faltarán algunos.

Después, como Juan le mirase, añadió con tranquilidad:

—En cuanto a mí, mañana me matarán.

Eran las nueve; la noche prometía ser fría porque desde el Meuse subían las brumas, tras las cuales se ocultaban las estrellas. Y Mauricio, acostado cerca de Juan, al pie de un vallado, se estremeció de frío, e indicó la conveniencia de ir a acostarse dentro de la tienda de campaña. Pero destrozados, más doloridos aún, después del descanso que habían tomado, ni uno ni otro podían dormir. Envidiaban al teniente Rochas, que se encontraba a su lado y que, envuelto en una manta, roncaba como un héroe sobre la tierra húmeda. Después, durante mucho tiempo, se fijaron en la llama de una bujía que ardía en una tienda donde velaban el coronel y algunos oficiales.

Durante toda la tarde el coronel había estado muy preocupado, porque no había recibido órdenes para el día siguiente. Comprendía que su regimiento estaba muy de avanzada y eso que había retrocedido un poco, abandonando el puesto que había ocupado por la mañana. El general Bourgain-Desfeuilles, no se había presentado, pues estaba enfermo, según decían y se hallaba en cama en el hotel de la *Cruz de Oro*, y el coronel tuvo que decidirse a enviarle un oficial, para prevenirle que la nueva posición parecía peligrosa, dado lo desparramado que estaba el 7.º cuerpo, obligado a defender una línea demasiado extensa, desde el Meuse al bosque de Garenne. Seguramente la batalla empezaría al amanecer. No quedaban por delante más que seis o siete horas de aquella gran calma negra. Mauricio extrañó que al apagarse la claridad en la tienda del coronel, desfilara el capitán Beudoin, pasando muy cerca de él, viéndole desaparecer en dirección de Sedan.

Cada vez se espesaban más los vapores que subían del río, obscureciéndolo todo con una niebla muy triste.

—¿Duermes, Juan? —preguntó Mauricio. Juan dormía y Mauricio se quedó solo. La idea de ir a unirse a Lapouille y a los otros, bajo la tienda, le causaba mucha pereza. Oía sus ronquidos que contestaban a los del teniente Rochas, y les tenía envidia. Si los grandes capitanes duermen bien la víspera de la batalla, será acaso porque estarán muy cansados. Del campamento inmenso, oculto en las tinieblas, solo oía el aliento del sueño. Sabía solo que el 5.º cuerpo debía acampar por allí, bajo las murallas que el 1.º se extendía desde el bosque del Garenne a la aldea de Moncelle, mientras que el 12.º, al otro lado de la ciudad, ocupaba a Bazeilles.

Todo dormía, la lenta palpitación iba desde las primeras a las últimas tiendas, desde el fondo vago de la sombra. Después, más allá, era otra cosa desconocida, cuyos rumores llegaban por momentos, tan lejanos, tan tenues, que hubiese podido confundirlos con el zumbido de sus oídos: el galopar perdido de la caballería, el rodar amortiguado de los cañones, sobre todo, la marcha pesada de hombres, el desfile sobre las alturas del negro hormiguero humano, aquella invasión, aquel envolvimiento que la noche no había podido paralizar. Y, allá, eran aquellos fuegos

que se apagaban, repentinamente, aquellas voces dispersas que gritaban, toda la angustia que iba en aumento y que llenaba aquella noche última de espera, aguardando el espantoso día.

Mauricio había cogido a tientas la mano de Juan. Entonces, ya más tranquilo, se durmió. Solo interrumpía aquel silencio un reloj de Sedan, cuyas campanadas caían una a una.

SEGUNDA PARTE

I

En Bazeilles, en el pequeño cuartito negro, un brusco sacudimiento hizo saltar a Weiss de la cama. Escuchó: era el cañón. A tientas tuvo que encender la vela, para ver qué hora marcaba su reloj: eran las cuatro, el día empezaba a clarear. Cogió sus lentes y miró por la calle Mayor el camino de Douzy, que atraviesa el pueblo; pero una especie de polvo espeso lo obscurecía todo y no se veía nada. Entonces pasó a otra habitación, cuya ventana daba al campo hacia el Meuse; y allí, comprendió que las nieblas que subían del río eran las que ocultaban el horizonte. El cañoneo continuaba más fuerte, allá, detrás de aquel velo, al otro lado del río. De pronto, una batería francesa contestó, tan cercana y con tal estrépito, que las paredes de la casita temblaron.

La casa de Weiss se encontraba en el centro de Bazeilles, a la derecha, antes de llegar a la plaza de la iglesia. La fachada, un tanto escondida, daba sobre la carretera, tenía un solo piso, con tres ventanas y arriba el granero; detrás había un jardín bastante grande, cuya pendiente bajaba hacia las praderas, desde donde se descubría el inmenso panorama de montes que se extiende desde Remilly hasta Frénois, Weiss, con el entusiasmo que le producía ser dueño de una casa, no se había acostado hasta las dos de la mañana, después de haber ocultado en la cueva todas las provisiones y de haberse arreglado del mejor modo posible para proteger los muebles contra las balas, defendiendo las ventanas con colchones. Una cólera sorda se iba apoderando de él, al pensar que los prusianos podían destruir aquella casa, tan deseada, a tanta costa adquirida y de la que había disfrutado durante tan poco tiempo.

En aquel momento le llamaron desde la calle.

—¡Weiss!, ¿oye usted el jaleo?

Abajo encontró al señor Delaherche, que había querido dormir en la tintorería, un gran edificio de ladrillo que solo se hallaba separado de la casa de Weiss, por una pared medianera. Los obreros habían huido, por los bosques, en dirección a Bélgica; y solo quedaba para guardar la casa, la portera, viuda de un albañil, que se llamaba Francisca Quittard. Si se había quedado allí, temblorosa, atontada, era porque su hijo Carlitos, un chico de diez años, estaba en cama atacado de una fiebre tifoidea, y no había medio humano de sacarle de casa.

—Oiga —dijo Delaherche—, la cosa empieza bien... Lo más prudente sería volver a Sedan, en seguida.

Weiss había prometido formalmente a su mujer que al primer síntoma de peligro serio, dejaría a Bazeilles. Pero aquello solo era un combate de artillería a gran distancia, en las nieblas del amanecer.

—¡Aguardemos, que demonio! No hay prisa. Delaherche sentía tal curiosidad, que se iba haciendo valiente. No había cerrado los ojos en toda la noche,

interesándose en los trabajos de defensa. Prevenido de que iba a ser atacado al amanecer, el general Lebrun, que mandaba el 12.º cuerpo, había empleado la noche parapetándose en Bazeilles, cuya ocupación debía impedir a toda costa. Las barricadas cerraban el camino y las calles; en todas las casas había guarniciones de un puñado de hombres; cada callejuela, cada jardín, estaban transformados en fortaleza. Y desde la tres, en la noche oscura, las tropas, despertadas sin ruido, estaban en su puesto de combate, los *chassepots* engrasados, las cartucheras conteniendo los noventa cartuchos reglamentarios. El primer cañonazo del enemigo no sorprendió a nadie, y las baterías francesas, instaladas entre Balan y Bazeilles, habían contestado, como para que supieran que estaban allí, tirando sin saber cómo, a su libre albedrío.

—La tintorería —dijo Delaherche—, va estar bien defendida... Tengo allí, una sección entera. Venga usted a ver.

En la tintorería se habían instalado unos cuarenta y tantos soldados de infantería de marina, a cuyo frente se hallaba un teniente, un muchachón rubio, joven, de aspecto muy enérgico y testarudo. Los hombres habían tomado posesión del edificio; unos abrían troneras en las ventanas del primer piso que daban a la calle, otros reforzaban el muro del corral, que dominaba las praderas por detrás de la casa.

En aquel corral encontraron Delaherche y Weiss al teniente, que miraba en lontananza, tratando de distinguir algo a pesar de la niebla.

—¡Vaya una niebla inoportuna! —murmuró—. ¡No vamos a poder batirnos a tientas!

Después de un momento de silencio sin transición aparente, preguntó:

—¿Qué día es hoy?

—Jueves —contestó Weiss.

—Jueves, es verdad... con esta vida no sabe uno si el mundo existe.

En aquel momento, a pesar del ruido sordo que producía el cañoneo, se oyó el luego de fusilería, al lado de las praderas, a unos doscientos o trescientos metros. Fue aquello como una mutación de teatro, el sol se levantaba, los vapores del Meuse volaron a trozos, como delicada muselina, el cielo azul apareció, sereno, de una limpidez sin mancha. Era la alegre mañana de un hermoso día de verano.

—¡Ah! —dijo Delaherche—, pasan el puente del ferrocarril. Los ve usted que tratan de ganarlo siguiendo la vía férrea... Pero es una estupidez no haber volado el puente.

El teniente hizo un gesto de cólera. Los hornos de mina estaban cargados, dijo; pero la víspera, después de haberse batido durante cuatro horas, para volver a tomar el puente, se había olvidado de pegar fuego a la mecha.

—Esa es nuestra mala suerte —dijo con voz breve.

Weiss, silencioso, miraba, tratando de darse cuenta de lo que ocurría. Los franceses ocupaban en Bazeilles una posición muy fuerte. Construido a ambos lados de la carretera de Douzy, el pueblo dominaba las praderas, y solo había este camino, que torcía a la izquierda, pasando delante del castillo, mientras que otro camino, el

del puente del ferrocarril, que se alejaba a la derecha, se encontraba con el primero en la plaza de la iglesia. Los alemanes tenían que atravesar las praderas, los anchos espacios pelados, que separaban las primeras casas, del río Meuse y de la vía férrea. Conocida su habitual prudencia, parecía poco probable que el verdadero ataque comenzara por aquel lado. Continuaban llegando masas profundas por el puente, a pesar del destrozo que las ametralladoras, instaladas en la entrada de Bazeilles, causaban en las filas; e inmediatamente, los que habían pasado, se desplegaban en guerrillas, por entre los escasos sauces, se reformaban las columnas y avanzaban. Era de allí de donde partía el fuego de fusilería que iba en aumento.

—Son bávaros —hizo notar Weiss—; distingo perfectamente sus cascos de cordoncillo.

Creyó comprender que otras columnas medio ocultas detrás de la vía férrea, desfilaban hacia la derecha, tratando de ganar los bosques cercanos, para poder caer después sobre Bazeilles, por un movimiento oblicuo. Si lograban de ese modo ponerse al abrigo en el parque de Mont-Villers, el pueblo podía ser tomado, tuvo de esto una rápida y vaga sensación. Después como se agravara el ataque de frente, desapareció.

De pronto se volvió hacia las alturas de Floing, que se veían, por encima de Sedan. Una batería había empezado el fuego; las nubecillas de humo, subían por el espacio, mientras que las detonaciones llegaban muy claras. Debían ser las cinco.

—Vamos —dijo—, el baile va a ser completo.

El teniente de infantería de marina, que miraba también, dijo de un modo de absoluta certeza:

—Bazeilles es el punto importante. Aquí se decidirá la suerte de la batalla.

—¿Lo cree usted así? —dijo Weiss.

—No hay lugar a dudas. Con seguridad que este es el pensamiento del mariscal MacMahon, que ha venido a vernos durante la noche, para decirnos que nos hiciéramos matar hasta el último, antes que dejar tomar el pueblo.

Weiss movió la cabeza, echó una mirada al horizonte, y con voz entrecortada, como si hablara consigo dijo:

—¡Pues no! ¡No, y mil veces no! ¡No es eso! Tengo miedo de otra cosa y no me atrevo a decirla.

Se calló. Había abierto los brazos, muy grandes, parecidos a los de un torno, y con la cara vuelta hacia el Norte unía las manos, como si las bocas del torno se hubiesen cerrado de pronto.

Desde la víspera abrigaba algunos temores, conociendo como conocía el país, después de haberse dado cuenta exacta de la marcha de los dos ejércitos. Ahora, a medida que la vasta llanura se ensanchaba, en la luz radiante, sus miradas se dirigían hacia los montes de la margen izquierda por donde durante todo un día y toda una noche había desfilado un hormiguelo de tropas alemanas. A la izquierda de Remilly una batería cañoneaba. Pero de la que se empezaban a recibir granadas había tomado

posición en Maugis, a la orilla del río.

Colocó los dos cristales de sus lentes uno sobre otro, para ver mejor las pendientes plantadas de árboles, y no veía más que las nubecillas de humo blanco, de las piezas que iban coronando las alturas poco a poco.

¿Dónde se hallaba ahora el río de hombres que había salido de allí? Por encima de Noyers y de Frénois, sobre el Marfée, acabó por distinguir en la eminencia de un bosque de pinos, un grupo de uniformes y de caballos, oficiales sin duda, algún estado mayor. Y el cierre del Meuse estaba más allá cerrando el oeste; solo quedaba para la retirada sobre Mezieres un camino estrecho que seguía el desfiladero de Saint-Albert, entre el cierre del río y los bosques de los Ardennes.

La víspera, Weiss se había atrevido a hablar a un general con quien se encontró en un camino del valle de Givonne, que creyó después era el general Ducrot, comandante del 1.º cuerpo, de aquella única línea de retirada; si el ejército no se retiraba en seguida por aquel camino, si aguardaba a que los prusianos le cortaran el paso, después de haber franqueado el Meuse en Donchery, iba a verse inmovilizado, rechazado hacia la frontera. Ya, por la tarde, afirmaban que no quedaba tiempo, que los hulanos ocupaban el puente, un puente más que habían olvidado de volar, esta vez por no haberse acordado de llevar pólvora. Y, desesperado, Weiss se decía que el hormigueo de hombres debía hallar se en la llanura de Donchery, en marcha hacia el desfiladero de Saint Albert, lanzando ya su vanguardia sobre Saint Menges y sobre Floing, a don de había llevado la víspera a Juan y a Mauricio. Con el brillo del sol, el campanario de Floing se le aparecía como una fina aguja blanca.

Después, al Este se encontraba el otro brazo del torno. Se veía al Norte de la meseta de Illy, la meseta de Floing, donde se hallaba la línea de batalla del 7.º cuerpo, mal apoyado por el 5.º, que se hallaba colocado de reserva bajo los muros de la plaza, le era completamente imposible saber lo que pasaba al Este, a lo largo del valle de Givonne donde el 1.º cuerpo se encontraba apostado, desde el bosque del Garenne hasta la aldea de Daigny. Pero ya se oía el cañoneo por aquel sitio; la lucha debía haber empezado en el bosque de Chevalier, delante de la aldea. Su inquietud procedía de que algunos aldeanos habían señalado desde la víspera la llegada de los prusianos a Francheval; de modo que el movimiento que se efectuaba al Oeste, por Donchery, se verificaba también al Este, por Francheval, y las bocas del torno lograrían unirse allá al Norte del calvario de Illy, si la doble marcha de envolvimiento no se contrarrestaba. Nada sabía de ciencia militar, solo le guiaba su buen sentido, y temblaba al ver aquel inmenso triángulo del cual formaba uno de los lados el Meuse, y cuyos otros dos estaban representados al Norte por el 7.º cuerpo, al Este por el 1.º, mientras que el 12.º al Sur, en Bazeilles, ocupaba el ángulo extremo, dándose la espalda los tres, aguardando sin saber por qué ni cómo, un enemigo que llegaba de todas partes. En medio, como en el fondo de una fosa, la ciudad de Sedan estaba allí, armada con cañones fuera de uso, sin municiones y sin víveres.

—Comprenda usted —dijo Weiss, repitiendo su movimiento, ensanchados los

brazos y unidas las manos—, va a suceder así, si vuestros generales no se cuidan de lo que pasa... Los entretienen a ustedes en Bazeilles.

Pero se explicaba mal, confusamente, y el teniente, que no conocía el país, no podía comprender sus explicaciones. Así es que movía los hombros desdeñosamente, impacientado de ver a aquel paisano con lentes y paletó, que quería saber más que el mariscal MacMahon. Irritado ya de oírle decir que el ataque de Bazeilles no tenía más objeto que distraer para ocultar el verdadero plan, le dijo:

—¡Déjenos usted en paz! vamos a echar al Meuse a vuestros bávaros y ya verán como nos divierten.

Desde hacía un momento los tiradores enemigos se habían ido acercando, las balas llegaban con un sonido opaco a estrellarse contra los ladrillos de la tintorería, y ocultos detrás del pequeño muro del corral, los soldados habían empezado a contestar. A cada instante se oía una detonación seca de *chassepot*.

—¡Echarlos al Meuse! ya lo creo —murmuró Weis—, y pasar por encima de ellos, para cogerles el camino de Carignan; eso sería lo bueno.

Después, dirigiéndose a Delaherche, que estaba escondido detrás de la fuente para evitar las balas, añadió:

—¡No importa! El verdadero plan era el de largarse ayer sobre Mezieres y en su lugar preferiría estar allí. De todos modos hay que batirse, porque la retirada es imposible.

—¿Viene usted? —preguntó Delaherche, que a pesar de su ardiente curiosidad empezaba a palidecer, porque si tardamos un poco no podremos entrar en Sedan.

—Aguarde usted un minuto y le sigo.

A pesar del peligro que corría, se alzaba sobre las puntas de los pies, quería ver, darse cuenta de lo que ocurría. Hacia la derecha, las praderas inundadas por orden del general gobernador, el inmenso lago que se extendía desde Torcy a Balan, protegían la ciudad; era una superficie inmóvil, de un azul delicado que brillaba reflejando el sol. El agua cesaba a la entrada de Bazeilles y los bávaros se habían acercado a través de las hierbas, aprovechando los fosos, los árboles, todo lo que podía servirles para resguardarse.

Se hallaban a unos quinientos metros; y lo que le chocaba era la lentitud de sus movimientos, la paciencia de que daban prueba, ganando el terreno poco a poco, exponiéndose lo menos posible. Además se veían apoyados por una potente artillería; en el aire fresco y puro resonaban los silbidos de las balas y de las granadas. Levantó los ojos y vio que la batería de Pont-Maugis no era la única que tiraba sobre Bazeilles; otras dos instaladas a mitad del camino de Liry, habían empezado el fuego, barriendo el pueblo y aun más allá los terrenos pelados de Moncelle, donde se hallaban las reservas del 12.º cuerpo y hasta las pendientes llenas de bosques de Daigny, que ocupaba una división del primer cuerpo.

Todas las crestas de la margen izquierda se inflamaban. Los cañones parecían surgir del suelo, era aquello como una cintura que iba ensanchándose cada vez más:

una batería de Wadelincourt, que tiraba sobre Sedan, una batería en Frénois, por encima de la Marfée, otra formidable batería, cuyas granadas pasaban por encima de la ciudad, para ir a estallar entre las tropas del 7.º cuerpo, sobre la meseta de Floing. Aquellos montes que tanto quería y cuya vista halagaba a sus ojos, cerrando a lo lejos el valle alegre de verdura, los miraba ahora Weiss con verdadero terror, convertidos de pronto en enorme y gigantesca fortaleza, dispuesta a aplastar las inútiles fortificaciones de Sedan.

La caída de un trozo de yeso, le hizo levantar la cabeza. Era una bala que había ido a aplastarse contra su casa, cuya fachada veía por encima de la pared medianera. Aquello le contrarió mucho.

—¡Pues qué! me la van a echar abajo esos bandidos.

Pero detrás de sí un ruido blando le extrañó. Al volverse, vio un soldado, herido en el corazón, que caía de espaldas. Una ligera convulsión agitó las piernas, la cara se quedó plácida, serena. Era el primer muerto y se asustó, sobre todo por el estrépito producido por el *chassepot*, que rebotaba sobre el empedrado.

—Yo me voy —dijo Delaherche—. Si no viene usted, me voy solo.

El teniente, a quien molestaban mucho, les dijo:

—Lo mejor que pueden ustedes hacer es marcharse... Nos pueden atacar de un momento a otro.

Entonces, después de lanzar una última mirada a las praderas, donde los bávaros ganaban terreno, Weiss se decidió a seguir a Delaherche. Pero al llegar al otro lado, en la calle, quiso cerrar su casa con cerrojo y se unió por último a su compañero, cuando un nuevo espectáculo los paralizó.

En el extremo del camino, a trescientos metros próximamente, una fuerte columna bávara atacaba la plaza de la Iglesia. El regimiento de infantería de marina, encargado de defenderla, pareció disminuir el fuego como para dejarlos avanzar. Después, cuando la columna se encontró enfrente, hicieron una maniobra extraordinaria e imprevista: los soldados se apartaron a ambos lados del camino, muchos se echaron a tierra, y en el espacio que bruscamente dejaron libre, las ametralladoras, puestas en batería en el otro extremo, vomitaron una granizada de balas. La columna enemiga quedó barrida. Los soldados se habían levantado de un salto y corrían a la bayoneta sobre los bávaros, acabando de atropellarlos y de rechazarlos. Dos veces empezó la maniobra con el mismo éxito. En el esquinazo de una callejuela, en una casita pequeña, se habían quedado tres mujeres y tranquilamente, desde una de las ventanas, reían y aplaudían, contentas de haber presenciado aquel espectáculo.

—¡Demonio! —dijo Weiss—, he olvidado de cerrar la puerta de la cueva y de coger la llave... Aguarde usted, es cosa de un minuto.

Aquel primer ataque había sido rechazado y Delaherche, en quien el deseo de ver volvía a surgir, tenía menos prisa por marcharse. Estaba de pie, delante de la tintorería, hablando con la portera, que había salido de su cuchitril.

—Mi pobre Francisca, debía usted venirse con nosotros. Una mujer sola no está bien en medio de tanto desastre.

Levantó los brazos temblorosos.

—¡Ah! señor, puede usted creer que me hubiese marchado, sino fuera por la enfermedad de Carlitos... Entre usted y le verá.

No entró, pero alargó el cuello y movió la cabeza al ver al niño, acostado en una cama muy blanca, la cara roja de fiebre, mirando a su madre con sus ojos brillantes.

—¿Por qué no se lo lleva usted? La instalaré en Sedan... Envuélvale usted en una manta caliente y véngase con nosotros.

—¡No puede ser! El médico me ha dicho que le matarla si le sacaba a la calle. ¡Si viniese su padre! Pero solo quedamos los dos y tenemos que conservarnos el uno para el otro. Acaso esos prusianos no quieran hacer daño a una mujer sola y a un niño enfermo.

En aquel momento se presentó Weiss, muy contento por las medidas de precaución que había tomado.

—Si quieren entrar, tendrán que romperlo todo. ¡Ahora, vámonos! arrimados a las casas, si no queremos pescar algo.

En efecto, el enemigo debía preparar un nuevo ataque, porque aumentaba el fuego de fusil y el silbido de las granadas no cesaba. Dos habían caído ya en el camino a un centenar de metros, otra se había empotrado en un jardín, sin estallar.

—Oiga, Francisca, quiero dar un beso a Carlitos... Pues no está muy mal; dentro de un par de días estará fuera de peligro... Tenga usted valor y métase usted en casa; no se asome usted para nada.

Los dos hombres se marchaban.

—Hasta la vista, Francisca.

—Hasta la vista, señores.

En aquel mismo instante se produjo un estrépito horrible. Era una granada que después de haber echado abajo una chimenea de la casa de Weiss, caía sobre la acera, donde reventó con tal violencia, que todos los cristales se rompieron. Un polvo espeso, una humareda pesada, impidieron ver al pronto. Después la fachada reapareció, estropeada, y, allí, sobre el umbral, Francisca estaba atravesada, muerta, con las calderas rotas, la cabeza aplastada, un pingajo humano, todo rojo, horrible.

Weiss acudió inmediatamente. No encontraba palabras, solo salían de su boca juramentos.

Se acercó. Estaba muerta. Se había bajado a su lado, le tentaba las manos, y al levantarse se encontró con el semblante rojo de Carlitos, que había levantado la cabeza para mirar a su madre. No decía nada, no gritaba, únicamente sus ojos, desmesuradamente abiertos, contemplaban aquel cuerpo horrible, que no reconocía.

—¡Ahora —dijo Weiss furioso—, esos canallas se entretienen matando mujeres!

Se había puesto en pie y amenazaba con el puño a los bávaros, cuyos cascos volvían a presentarse, del lado de la Iglesia. La vista del tejado de su casa, medio

destruido por la caída de la chimenea, acabó por ponerle rojo de cólera.

—¡Indecentes! matáis a las mujeres y destruís mi casa... ¡No, no puede ser, no puedo irme de este modo, me quedo!

De un salto cogió el *chassepot* y los cartuchos del soldado muerto. En las grandes ocasiones, cuando quería ver muy claro, llevaba siempre un par de gafas que no se ponía por no disgustar a su mujer. Arrancó los lentes y los reemplazó con las gafas, y aquel buen hombre en paletó, con su cara redonda, que la rabia transfiguraba, casi cómico y magnífico de heroísmo, se puso a disparar tiros a los bávaros, al montón que se hallaba al otro extremo de la calle. Eso le calmaba la sangre y estaba muy contento tumbando a algunos, vengándose así de los atropellos de 1814, cuyos cuentos habían mecido su niñez.

—¡Indecentes!, ¡indecentes! —repetía.

Y seguía tirando siempre, tan rápidamente, que el cañón del *chassepot* acababa por quemarle los dedos.

El ataque se anunciaba terrible. Del lado de las praderas el fuego había cesado. Dueños de un riachuelo estrecho, bordeado de álamos y de sauces, los bávaros se disponían a dar el asalto a las casas que defendían la plaza de la Iglesia, y sus tiradores se habían replegado prudentemente; el sol únicamente dormía, tendiendo sus hilos de oro sobre el desarrollo inmenso de las hierbas, que manchaban algunas los cuerpos de los soldados muertos. El teniente había abandonado el patio de la tintorería, dejando solo allí un centinela, comprendiendo que el peligro estaba ahora del lado de la calle.

Colocó a sus hombres a lo largo de la acera, con orden de si el enemigo se apoderaba de la plaza, parapetarse en el primer piso y defenderse hasta agotar el último cartucho. Acostados sobre la tierra, ocultándose detrás de los marcos de las puertas, aprovechando los menores intersticios, los hombres tiraban a voluntad; y en aquella ancha vía, alumbrada por el sol y desierta, pasaba un huracán de plomo, una humareda, algo como una granizada empujada por el viento. Vieron a una joven atravesar la calle de una carrera y sin que le alcanzaran las balas. Después, un aldeano, un viejo, que se empeñaba en hacer entrar un caballo en la cuadra, recibió un balazo en medio de la frente y con tal violencia, que fue a caer en medio del camino. El tejado de la Iglesia se había hundido, a consecuencia de la caída de una granada. Otras dos habían incendiado las casas, que ardían dejando oír el crujido de sus maderas. Y aquella infeliz Francisca, aplastada, cerca de su hijo enfermo, aquel aldeano con una bala en la frente, aquellos destrozos, aquellos incendios, acababan por exasperar a los habitantes, que habían preferido morir allí que escaparse a Bélgica. Obreros, señores y aldeanos disparaban con rabia y sin cesar desde las ventanas.

—¡Ah! esos bandidos han dado la vuelta —dijo Weiss—. Les veía que tomaban a lo largo de la vía férrea... ¡Mire usted! ¿Los oye usted? allá, a la izquierda.

En efecto, acababa de empezar el tiroteo por detrás del parque de Montivillers,

cuyos árboles bordeaban el camino. Si el enemigo se apoderaba del parque, Bazeilles estaba perdido. Pero la violencia misma del fuego, probaba que el comandante del 12.º cuerpo había previsto el movimiento y que el parque se hallaba defendido.

—Tenga usted cuidado ¡torpe! dijo el teniente, obligando a Weiss a arrimarse a la pared, va usted a quedar hecho una tortilla.

Aquel hombrachón tan valiente, con sus gafas, había acabado por interesarle y como sintiera que venía una granada, le había apartado paternalmente. El proyectil cayó a unos diez pasos, reventó llenándoles de metralla. Weiss se quedó de pie sin recibir un arañazo, mientras que el teniente tenía las dos piernas destrozadas.

—¡Vamos!, ¡ya tengo lo que me hacía falta!

Había caído sobre la acera, e hizo que le apoyaran contra la puerta, cerca de la mujer que yacía allí, atravesada y su fisonomía conservó el mismo aire enérgico y testarudo.

—Esto no es nada, muchachos, escuchadme... Tirad a gusto, sin precipitarse. Ya os avisaré cuando haya que atacarlos a la bayoneta.

Continuó mandándolos, manteniendo derecha la cabeza, vigilando al enemigo. Enfrente, otra casa había empezado a arder. El chisporroteo, el tiroteo, los estallidos de las granadas, desgarraban el aire que se llenaba de polvo y de humo. Algunos hombres caían en los esquinzos de las callejuelas, los muertos, aislados unos, otros en montones, formaban manchas sombrías, salpicadas de rojo. Y encima del pueblo, aumentaba el clamoreo, la amenaza de millares de hombres arrojándose sobre algunos centenares de valientes, dispuestos a morir.

Entonces, Delaherche, que no había cesado de llamar a Weiss, preguntó por última vez:

—¿No viene usted?... ¡Pues le dejo!, ¡adiós!

Eran las siete y se había retrasado mucho. Mientras que pudo andar al amparo de las casas, se aprovechó de los resquicios de las puertas, pegándose, arrimándose a la pared a cada descarga. Nunca se hubiera creído tan joven ni tan ágil. Pero al final de Bazeilles, cuando tuvo que seguir durante trescientos metros el camino desierto que barrían las baterías del Liry, empezó a temblar, aunque estaba sudoroso. Durante un momento, avanzó agachado, en un foso. Después echó a correr, derecho, atontado, oyendo continuos disparos. Sus ojos se quemaban, creía marchar entre llamas. Aquello duró una eternidad. De pronto, vio una casita a la izquierda y se metió dentro, pareciéndole que se le había quitado del pecho un peso enorme. Alguna gente le rodeaba, hombres y caballos. Primero no había conocido a nadie, después le extrañó ver tanta gente.

¿No era aquel el emperador con todo su estado mayor? Dudaba aunque creía conocerle, desde que había estado a punto de hablarle en Baybel; después se quedó perplejo. Era Napoleón III, que se le aparecía más grande a caballo, con los bigotes tan retorcidos, afilados, las mejillas tan pintadas, que lo vio en seguida rejuvenecido, pintarrajeado como un actor. Indudablemente se había hecho pintar la cara, para no

pasear entre su ejército el espanto de su pálido semblante, descompuesto por el dolor, con la nariz delgada y los ojos turbios. Prevenido de que se batían desde las cinco en Bazeilles, había acudido silencioso y triste, como un fantasma, reanimadas las carnes con bermellón.

Una tejería estaba allí, ofreciendo un refugio. Por el otro lado una granizada de balas acribillaba las paredes y las granadas a cada instante calan sobre el camino. Toda la escolta se había detenido.

—Señor; murmuró una voz, hay peligro...

El emperador se volvió, ordenó a su estado mayor se colocara en el estrecho callejón, que bordeaba la tejería. Allí los hombres y los caballos estaban completamente ocultos.

—Señor; esto es una locura... señor, le suplicamos...

Repitió la orden, como para decirles que la aparición de un grupo de uniformes, sobre aquel camino pelado, llamaría la atención de las baterías de la margen izquierda. Y, solo, se adelantó, en medio de las balas y de las granadas, sin prisa, con el mismo paso triste e indiferente, yendo a su destino. Sin duda oía detrás de sí la vez implacable que le empujaba hacia adelante, la voz que gritaba desde París: «¡Anda, anda! muere como un héroe sobre los cadáveres de tu pueblo, llama la atención del mundo entero, para que tu hijo pueda reinar». Avanzaba al paso menudo de su caballo. Anduvo así un centenar de metros. Después se detuvo, aguardando la muerte que había ido a buscar. Las balas silbaban como un viento de equinoccio, una granada había estallado, cubriéndole de tierra; continuó aguardando. Las crines de su caballo se encrespaban, toda su piel se estremecía, en un instintivo retroceso, delante de la muerte que pasaba a cada segundo, sin querer hacer presa en aquel hombre ni en aquel caballo. Entonces, después de aquella espera, el emperador, con su fatalismo resignado, comprendiendo que su destino no estaba allí, volvió tranquilamente, como si solo hubiera deseado reconocer la exacta posición de las baterías alemanas.

—Señor, ¡cuánto valor! por favor, no se exponga más...

Hizo un movimiento invitando a que le siguiera su estado mayor, y exponiéndole esta vez como él mismo se exponía, subió hacia la Moncelle a través de los campos, por los terrenos al descubierto de la Rapaille. Un capitán cayó muerto, dos caballos también. Los regimientos del 12.º cuerpo, ante los cuales pasaba, le veían llegar y desaparecer como un espectro, sin un saludo, sin una aclamación.

Delaherche había presenciado aquellas cosas. Temblaba al pensar que en cuanto abandonase la tejería, él también iba a verse envuelto en una lluvia de balas. No tenía prisa en marcharse, oía ahora la conversación de varios oficiales que habían perdido sus caballos y que se habían quedado allí.

—Le digo a usted que ha quedado muerto en el acto, una granada le ha partido en dos pedazos.

—No, hombre; he visto cuando se lo llevaban... una herida sin importancia, en el muslo.

—¿A qué hora?

—A las seis y media, hace una hora...

Allá arriba, cerca de la Moncelle, en un caminito cubierto...

—¿Ha regresado a Sedan?

—Sí, ya está en Sedan.

¿De quién hablaban? Delaherche acabó por comprender que hablaban del mariscal MacMahon, herido al ir a visitar las avanzadas. ¡El mariscal herido! Era nuestra buena suerte, como había dicho el teniente de infantería de marina. Estaba reflexionando acerca de las consecuencias del accidente, cuando pasó a todo escape una estafeta, gritando a un compañero a quien acababa de conocer:

—¡El general Ducrot es general en jefe! Todo el ejército va a concentrarse en Illy para batirse en retirada sobre Mezieres.

La estafeta se bailaba ya lejos, entraba en Bazeilles, bajo el fuego que aumentaba; mientras que Delaherche, asustado por tantas noticias tan extraordinarias, temiendo verse cogido en la retirada de las tropas, se decidió y echó a correr hacia Balan, desde donde ganó Sedan, sin muchas dificultades.

En Bazeilles, la estafeta galopaba siempre buscando a los jetes para darles órdenes. Y las noticias corrían también, el mariscal MacMahon herido, el general Ducrot comandante en jefe, todo el ejército replegándose sobre Illy.

—¿Cómo?, ¿qué es lo que dicen? —dijo Weiss, en negrecido por el humo de la pólvora—. ¡Batirse en retirada sobre Mezieres a aquella hora! Pero es una locura, nunca podrán pasar.

Se desesperaba, remordiéndole la conciencia de haber aconsejado la víspera, precisamente al general Ducrot, la retirada sobre Mezieres. La víspera no había otro plan aceptable; la retirada, la retirada inmediata por el desfiladero de San Alberto. Pero ahora el camino debía hallarse cogido, todo el hormigueo negro de prusianos, se había ido allá, a la llanura de Donchery. Y locura por locura, no había más remedio que escoger una de desesperados y de valientes, la de echar a los bávaros al Meuse y pasar por encima de ellos para tomar el camino de Carignan.

Weiss explicaba las posiciones al teniente, sentado, apoyado contra la puerta, con las dos piernas rotas, muy pálido y agonizando a consecuencia de la sangre que perdía.

—¡Mi teniente, le aseguro a usted que tengo razón!... Diga usted a sus hombres que no se retiren. Ya ve usted que somos victoriosos, ¡un esfuerzo más y los tiramos al Meuse!

En efecto, el segundo ataque de los bávaros acababa de ser rechazado. Las ametralladoras habían barrido de nuevo la plaza de la iglesia, los cadáveres amontonados formaban barricadas, y de todas las callejuelas, se rechazaba al enemigo a la bayoneta, a las praderas; una desbandada, una huida hacia el río, que se hubiera cambiado en derrota, si algunas tropas de refresco hubiesen apoyado a los marinos, ya extenuados y diezmados. Por otra parte, en el parque de Montivillers, el tiroteo no

avanzaba mucho, lo que indicaba que, por aquel sitio también, algunos refuerzos habían despejado el bosque.

—Diga usted a sus hombres, mi teniente... ¡a la bayoneta, a la bayoneta!

Blanco como la cera, la voz moribunda del teniente tuvo aún fuerza para decir:

—¿Oís, hijos míos? ¡A la bayoneta!

Y fue su último aliento; murió con la cabeza derecha, abiertos los ojos, mirando siempre la batalla.

Las moscas revoloteaban y se paraban sobre la cabeza destrozada de Francisca, mientras que Carlitos, en la cama, presa del delirio de la fiebre, la llamaba, pedía agua en voz baja y suplicante.

—Madre, despierta, levántate... Tengo sed, tengo mucha sed...

Pero las órdenes eran muy severas, los oficiales tuvieron que ordenar la retirada, disgustados de no poder sacar partido de las ventajas que habían obtenido. Seguramente que el general Ducrot, asustado por el movimiento envolvente, lo sacrificaba todo al intento loco de escapar de aquella encerrona.

La plaza de la iglesia fue evacuada, las tropas se replegaron de calle en calle, y el camino quedó desierto. Gritos y lamentos de mujeres se dejaban oír; los hombres juraban, amenazaban, furiosos de verse abandonados. Muchos se encerraban en sus casas, dispuestos a defenderse hasta morir.

—Pues bien, yo no me voy —dijo Weiss fuera de sí—. No, prefiero perder el pellejo... ¡que vengan a romperme los muebles y a beber el vino!

Solo quedaba en él la rabia, el furor inextinguible de la lucha, el pensamiento de que el extranjero iba a entrar en su casa, sentarse en su silla, beber en su vaso. Eso sublevaba todo su ser y hacia que se olvidara de toda su existencia, de su mujer, de sus negocios. Se encerró en su casa, hizo barricadas, daba vueltas como una fiera en su jaula, pasando de una a otra habitación, asegurándose de que todas las aberturas estaban bien cerradas. Contó los cartuchos, y vio que le quedaban unos cuarenta. Después, al ir a echar una última ojeada hacia el Meuse para asegurarse de que no había que temer ningún ataque por aquel sitio, la vista de los montes de la margen izquierda le hizo detenerse de nuevo. Algunas nubecillas de humo indicaban exactamente las posiciones que ocupaban las baterías prusianas. Y, dominando la formidable batería de Frénois, en el ángulo del bosque de la Marfée, vio el grupo de uniformes, más numeroso, tan brillante al sol, pues poniendo los lentes por encima de las gafas distinguía el oro de las hombreras y de los cascos.

—¡Indecentes! ¡Indecentes! —repetía amenazándoles con el puño.

Allá arriba, sobre la Marfée, estaban el rey Guillermo y su Estado Mayor. Desde las siete en que había venido de Vendresse, donde había dormido, se encontraba allá arriba al abrigo de todo peligro, teniendo ante su vista el campo de batalla sin límites. El inmenso plano en relieve iba de un extremo a otro del cielo, mientras que de pie sobre el montecillo, como desde un trono reservado, desde aquel gigantesco palco de gala, miraba atentamente.

En medio, sobre el fondo sombrío del bosque de los Ardennes, envuelto en el horizonte, se destacaba Sedan con las líneas geométricas de sus fortificaciones que las praderas inundadas y el río anegaban al Sur y al Oeste. En Bazeilles ardían algunas casas, una polvareda de batalla envolvía el pueblo. Después, al Este, desde la Moncelle a Givonne, solo se veían, semejantes a líneas de insectos, atravesando los rastros, algunos regimientos del 12.º y del primer cuerpos, que desaparecían por momentos en el estrecho vallecito donde las aldeas se escondían; y enfrente aparecía el reverso: campos yermos que el bosque Chevalier manchaba con su masa verde. Pero sobre todo, al Norte, el 7.º cuerpo estaba muy a la vista, ocupando con sus movedizos puntos negros la meseta de Floing, una ancha banda de tierras rojizas, que bajaban desde el bosque de la Garenne hasta el borde del agua.

Más allá se veía Floing, Saint Menges, Fleigneux, Illy, aldeas perdidas entre las ondulaciones del terreno, toda una región atormentada, cortada, escarpada. Y a la izquierda, el cierre del Meuse, las aguas lentas, como plata nueva, al sol claro, encerrando la península de Iges; en su ancha y perezosa revuelta, cerrando el camino de Mezieres, dejando solo entre la ribera extrema y los inextricables bosques, la puerta única: el desfiladero de Saint Albert.

Los cien mil hombres y los quinientos cañones del ejército francés estaban allí, amontonados, cercados en aquel triángulo; y cuando el rey de Prusia se volvía hacia el Oeste, veía otra llanura, la de Donchery, campos vacíos ensanchándose en dirección a Briaucourt, Maraucourt y Vrignes-aux-Bois, tierras grises hasta perderse de vista, y cuando se volvía hacia el Este, se divisaba también enfrente de las líneas francesas, tan apretadas, una inmensidad libre, un pululamiento de pueblos, Douzy y Carignan primero; después, subiendo, Rubécourt, Pourru-aux-Bois, Francheval, Villers Cernay, hasta la Chapelle, cerca de la frontera. Toda la tierra que había alrededor le pertenecía, empujaba a capricho los doscientos cincuenta mil hombres y los ochocientos cañones de sus ejércitos y abrazaba de una sola ojeada su marcha avasalladora.

Ya por un lado el 11.º cuerpo avanzaba sobre Saint Menges, mientras que el 5.º cuerpo estaba en Vrignes-aux Bois y que la división wurtemberguesa aguardaba cerca de Donchery, y del otro lado, si los árboles y los montes le molestaban, adivinaba los movimientos; acababa de ver al 12.º cuerpo penetrar en el bosque Chevalier y sabía que la guardia debía haber alcanzado Villers Cernay. Eran los brazos del torno, el ejército del príncipe real de Prusia a la izquierda, el ejército del príncipe real de Sajonia a la derecha, que se abrían y subían con irresistible movimiento, mientras que los dos cuerpos bávaros se lanzaban sobre Bazeilles.

A los pies del rey Guillermo, desde Remilly a Frénois, las baterías atronaban el espacio sin descanso, cubriendo de granadas la Moncelle y Daigny, yendo por encima de Sedan a barrer las mesetas del Norte. Eran poco más de las ocho y aguardaba el inevitable resultado de la batalla, con la vista fija en aquel gigantesco tablero de ajedrez, ocupado en guiar aquellas masas de hombres, fijándose en la lucha

encarnizada de algunos puntos negros, perdidos en medio de la eterna y sonriente naturaleza.

II

Sobre la meseta de Floing, al amanecer, en la niebla espesa, la corneta de Gaude tocó diana a plenos pulmones. Mas había tanta humedad en el aire, que los alegres toques de corneta se perdían en el espacio. Los hombres de la compañía que no habían tenido valor de colocar las tiendas, envueltos en las lonas, acostados en el barro, no se despertaban, parecidos ya a cadáveres con las caras pálidas, endurecidas por el sueño y el cansancio. Hubo que moverlos uno por uno para sacarlos de aquel letargo; y se levantaban como si resucitaran, lívidos, los ojos llenos del terror de vivir.

Juan había despertado a Mauricio.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estamos?

Asustado, miraba, no divisaba más que aquel mar gris, donde flotaban las sombras de sus compañeros. Nada se distinguía a veinte metros de distancia. Toda orientación se hacía imposible, no hubiera podido decir hacia qué lado se encontraba Sedan. En aquel momento, el cañón, en alguna parte, muy lejos, se dejó oír.

—¡Ah! sí, hoy nos batimos... ¡Tanto mejor, así acabaremos de una vez!

Algunos, alrededor suyo, decían lo mismo; y era una sombría satisfacción la que les impulsaba a acabar con aquella pesadilla, la de ver por fin a los prusianos, que habían ido a buscar y ante los cuales huían desde hacía tantas horas. Iban a enviarles algunas balas, aligerarse de unos cuantos cartuchos que habían llevado desde tan lejos, sin quemar uno siquiera. Esta vez, todos lo comprendían, la batalla era inevitable.

El cañoneo en Bazeilles era cada vez más nutrido y Juan, de pie, escuchaba.

—¿Dónde tiran?

—Creo —dijo Mauricio—, que debe ser hacia el Meuse, pero que el diablo me confunda si sé dónde estoy.

—Oye, amiguito —dijo entonces el cabo—, no te separes de mi, porque hay que saber arreglárselas para no pescar algo... Yo he visto ya estas cosas y te cuidaré y me cuidaré.

La escuadra empezaba a gruñir por no tener nada caliente que comer. No había medio de encender lumbre, sin leña seca y con un tiempo tan húmedo. En el momento mismo en que empezaba la batalla, el problema de llenar el estómago se presentaba imperioso, decisivo. Héroes, tal vez, pero estómagos ante todo. Comer era la única preocupación, y ¡con qué placer espumaban el puchero los días en que había buena sopa y qué rabetas de niños y de salvajes cuando faltaba el pan!

—¡Cuando no se come, no se bate la gente! —dijo Chouteau—. ¡Lo que es a mí hoy no me limpian!

El espíritu revolucionario volvía a apoderarse de aquel demonio de pintor, gran charlatán de Montmartre, teórico de taberna, echando a perder las pocas ideas sanas,

cogidas aquí y allá, en la más tremenda mezcolanza de borricadas y de embustes.

—Además, ¿no se han querido burlar de nosotros diciéndonos que los prusianos se morían de hambre y de enfermedades, que no tenían ni camisa y que se les encontraba en los caminos, sucios, destrozados, como mendigos?

Loubet se echó a reír con su risa de pilluelo parisiense, que no comulga con ruedas de molino.

—¡Buenas tragaderas hacen falta! ¡Los que se mueren de hambre y de miseria y a los que darían una limosna cuando pasamos, somos nosotros!... Y las grandes victorias, ¡vaya unos guasones los que nos contaban que Bismarck había sido hecho prisionero y que todo un ejército había sido precipitado en una cantera!... ¡Bien nos han tomado el pelo!

Pache y Lapouille, que escuchaban, apretaban los puños, moviendo furiosamente la cabeza. Otros también se incomodaban, porque el efecto que a la larga producían aquellas noticias falsas de los periódicos, era desastroso. ¡Se había perdido por completo la confianza y no se creía ya en nada! Las imaginaciones de aquellos muchachos, tan predispuestas a las grandes esperanzas, caían ahora en pesadillas locas.

—¡Claro está! La cosa no tiene malicia —dijo Chouteau—, y se explica perfectamente... puesto que estamos vendidos... ya lo sabéis de sobra todos.

La sencillez del aldeano Lapouille se exasperaba cada vez que se pronunciaba esa palabra.

—¡Oh! vendidos, ¡si habrá canallas!

—Vendidos, como Judas vendió al Señor —murmuró Pache, que recordaba ahora la Historia Sagrada.

Chouteau triunfaba.

—¡La cosa es muy sencilla! Se conocen las sumas... MacMahon ha recibido tres millones, y los otros generales cada uno un millón, para traernos aquí... Eso se ha arreglado en París durante la primavera última; y esta noche han lanzado un cohete para dar la señal de que la cosa estaba preparada y que podían venir a cogernos.

Lo estúpido del invento sublevó a Mauricio. Otras veces Chouteau le había distraído, casi conquistado, con su charla; pero ahora no toleraba a aquel que quería pervertirlos, a aquel mal obrero que renegaba de todos los trabajos, de todas las cosas, para disgustar a los demás.

—¿Para qué cuenta usted tales atrocidades? —dijo—. Demasiado sabe usted que eso es mentira.

—¿Conque no es verdad?... ¿Conque ahora resulta que no es verdad que estamos vendidos?... ¡Oye tú, señorito!, ¿pertenece a esa cuadrilla de traidores?

Se acercaba amenazador.

—Sabes, debías decirlo, señorito, porque sin aguardar a tu amigo Bismarck, te ajustaríamos enseguida las cuentas.

Los otros empezaban a gruñir y Juan creyó deber intervenir.

—¡Silencio! o doy parte del primero que se mueva.

Chouteau, envalentonado, se burló de él. ¡Bastante le importaba que diera parte! Se batirla o no se batiría, haría lo que le diese la gana; y no tenían que molestarle, porque los cartuchos que poseía no estaban destinados solo a los prusianos. Ahora que la batalla había empezado, el resto de disciplina sostenido por el miedo, desaparecía: ¿qué podían hacerle? se largaría cuando le diese la gana. Estuvo muy grosero, excitando a los compañeros contra el cabo, que los dejaba morir de hambre. Si la escuadra no había comido durante tres días, era por culpa suya, mientras que los demás habían comido sopa y carne. Pero el cabo había ido con el señorito a hospedarse en Sedan, en algún sitio. Ya los habían visto.

—¿Has ido a gastarte el dinero de la escuadra? ¿Te atreverás a negarlo, canalla?

Las cosas se ponían mal. Lapouille apretaba los puños, y Pache, a pesar de su bondad, enfurecido por el hambre, pedía explicaciones. El más razonable fue Loubet, que se echó a reír, diciendo que era sencillamente estúpido tener camorras, cuando los prusianos estaban allí. Él no estaba por las disputas ni a puñetazos ni a tiros; y haciendo alusión a los centenares de pesetas que había recibido como sustituto, añadió:

—En verdad, ¡si creen que mi pellejo no vale más que eso!... Voy a darle por su dinero.

Mauricio y Juan, irritadísimos por aquella agresión imbécil, contestaban con malos modos, se disculpaban, hasta que una voz fuerte salió de entre la niebla:

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa?, ¿quiénes son los que disputan?

Y el teniente Rochas se presentó con el kepis mudado de color por las lluvias, con su capote, al que le faltaban algunos botones, con toda su flaca y desgarrada personalidad, en tal estado de abandono y de miseria, que inspiraba lástima. A pesar de todo, brillaba en sus ojos algo que inspiraba confianza.

—Mi teniente —dijo Juan, fuera de sí—, son esos hombres que dicen que estamos vendidos... sí, que nuestros generales nos habrán vendido...

En el cerebro angosto de Rochas, aquella idea de traición empezaba a germinar porque era la única que podía explicar los desastres, que no podía comprender.

—¿Y qué les importa si estamos vendidos?

Nada tienen que ver eso. Lo que es preciso que sepan es que los prusianos están ahí y que les vamos a atizar una soberana paliza, de esas que no se olvidan fácilmente.

A lo lejos, detrás del espeso telón de niebla, el cañoneo de Bazeilles continuaba.

En un ademán inmenso, extendió los brazos:

—¡Esta vez es de veras!... ¡Vamos a echarlos a culatazos!

Desde que empezaron los cañonazos se había olvidado de todo: la lentitud, las incertidumbres de las marchas, la desmoralización de las tropas, el desastre de Beaumont, la agonía última de la retirada forzada sobre Sedan. Puesto que se batían ¿no era segura la victoria? No había aprendido nada, ni olvidado nada; seguía con su

desprecio del enemigo, con su ignorancia completa de las nuevas condiciones de la guerra, con su obstinada certidumbre de que un viejo soldado de África, de Crimea y de Italia no podía ser vencido. ¡Pues no faltaba más sino que empezara a su edad a perder batallas!

Una risotada enorme le hizo abrir la inmensa boca. Tuvo una de esas ternezas que le habían conquistado el cariño de los soldados, a pesar de los mojicones con que a veces les obsequiaba.

—Oíd, muchachos, en vez de regañar lo mejor es echar un trago... Os voy a convidar y beberéis a mi salud.

Y de un bolsillo de su capote sacó una botella de aguardiente, añadiendo con aire de triunfo que era regalo de una señora. La víspera, en efecto, se le había visto muy bien instalado, en una taberna de Floing, muy entusiasmado con la criada. Ahora los soldados reían, alegres, tendían sus platos en los que iba echando el aguardiente.

—¡Muchachos, hay que beber a la salud de vuestras novias, si las tenéis, y a la gloria de Francia!... No hay más que eso. ¡Viva la alegría!

—¡Es la verdad, mi teniente, a su salud y a la salud de todo el mundo!

Todos bebieron, reconciliados.

Aquel trago les vino muy bien con el fresco de la mañana al ir a comenzar la batalla. Mauricio, sintió que el licor bajaba por sus venas, dándole calor y despertando apagadas ilusiones. ¿Por qué no habían de derrotar a los prusianos? ¿Acaso las batallas no ofrecían sorpresas, cambios inesperados que la historia relataba? Aquel demonio de hombre añadía que Bazaine había emprendido la marcha y que se le aguardaba antes de la caída de la tarde: la noticia era segura; se lo había dicho un ayudante de un general, y aunque señalaba a Bélgica, como el camino por donde debía venir el mariscal Bazaine, Mauricio se abandonó a una de esas crisis de esperanza, sin las cuales no podía vivir. Tal vez fuera el desquite.

—¿Qué aguardamos, mi teniente? —se atrevió a preguntar—, ¡no vamos a ellos!

Rochas manifestó que no había recibido órdenes. Después de un momento de silencio, añadió:

—¿Ha visto alguien al capitán?

Nadie contestó. Juan se acordaba de haberle visto, de noche, alejarse del lado de Sedan; pero un soldado prudente no debe nunca ver a su jefe, fuera del servicio, se callaba, cuando al volverse, vio una sombra que regresaba a lo largo del vallado.

—Es él —dijo.

Era, en efecto, el capitán Beaudoin. Extrañó a todos, verle tan correcto, con el traje cepillado, el calzado limpio, todo lo cual contrastaba tanto con el aspecto del teniente. Había además algo de coquetería en su porte, sus manos blancas, los bigotes rizados, un vago perfume de lilas de Persia, que denunciaba había pasado por el tocador de una mujer.

—¡Caramba! —dijo Loubet—. ¡El capitán ha encontrado su equipaje!

Pero nadie celebró la ocurrencia, porque todos sabían que tenía mal genio. No le

querían los soldados. Desde los primeros descalabros, estaba poco contento y el desastre que todos preveían le parecía más que inconveniente. Bonapartista convencido, bien recomendado por algunos salones, tenía asegurado el ascenso y comprendía que toda su fortuna se iba a pique entre aquel fango. Decíase que tenía una bonita voz de tenor que le había prestado buenos servicios. No era tonto, aunque nada sabía de su oficio, deseando únicamente agradar, y muy valiente cuando era necesario, pero sin arrebatos.

—¡Qué niebla! —dijo, cuando encontró su compañía, a la que buscaba con afán hacia media hora, temiendo haberse perdido.

En seguida llegó una orden y el batallón tuvo que avanzar. Nuevas nieblas más densas debían subir del Meuse porque andaban a tientas entre un rocío blanquecino que caía en forma de lluvia menudita. Mauricio vio entonces como una visión al coronel Vineuil, surgiendo de pronto, inmóvil sobre su caballo, en el ángulo formado por los dos caminos, muy grande, muy pálido, como una estatua de la desesperación, el caballo estremeciéndose con el frío de la mañana, con la cabeza vuelta, allá hacia donde sonaba el cañoneo. A diez pasos, detrás de él, estaba la bandera del regimiento que llevaba el alférez, desplegada, moviéndose en la niebla, como una aparición de gloria, próxima a desvanecerse.

El águila dorada estaba humedecida por el agua, mientras que la seda de tres colores, donde se hallaban bordados los nombres de las batallas gloriosas, palidecía, ahumada, agujereada por antiguos jirones, y solo la cruz de la Legión de honor, clavada en la corbata, daba algún brillo con su esmalte a aquella bandera.

La bandera y el coronel desaparecieron y el batallón avanzaba siempre, sin saber por dónde, como a través de una espesura. Habían bajado una pendiente y ahora subían por un camino estrecho. Después se oyó la voz de alto, y se mantuvieron así, arma al brazo, sin moverse. Debían de hallarse sobre una meseta, pero nada distinguían a más de veinte pasos. Eran las siete, el cañoneo parecía haberse acercado, nuevas baterías tiraban del otro lado de Sedan, más cercanas cada vez.

—En cuanto a mí —dijo repentinamente el sargento Sapin a Juan y a Mauricio—, hoy me matarán.

No había desplegado los labios desde que se habían levantado, amodorrado como en un sueño.

—¡Vaya una ocurrencia! —dijo Juan—, ¿quién puede saber lo que va a pescar?... Hay píldoras para todos y para nadie.

El sargento movió la cabeza como si estuviera seguro de lo que afirmaba.

—Por lo que a mí toca, cosa hecha... ¡hoy me matan!

Algunos se volvieron, le preguntaron sí lo había visto en sueños. No, no lo había soñado, lo presentía únicamente.

—Y me fastidia, porque iba a casarme en cuanto me fuera a casa.

Sus ojos se enturbiaron de nuevo ante ellos, como en una visión pasada ante sí toda su vida. Hijo de unos tenderos de Lion, echado a perder por su madre, que se

había muerto, no habiendo podido arreglárselas con su padre, se había quedado en el regimiento, disgustado de todo, sin querer dejarse reemplazar; y después, durante una licencia, se había puesto en relaciones con una prima, tomándole gusto a la vida, formando juntos el feliz proyecto de poner tienda, gracias al capital que ella debía llevarle. Tenía alguna instrucción, sabía escribir, tenía buena ortografía y entendía de cuentas. Llevaba un año pensando en la felicidad de la vida que le aguardaba.

Tuvo un escalofrío y repitió con mucha calma:

—Sí, es muy poco agradable, pero hoy me matarán.

Nadie hablaba, continuaban esperando. No sabían si estaban frente al enemigo o si le tenían por la espalda. Ruidos indecisos venían de vez en cuando de la niebla, rodar de carros, trotes de caballos, marchas de hombres. Eran los movimientos que la niebla ocultaba, toda la evolución del 7.º cuerpo que tomaba posiciones de combate. Los vapores que los envolvían hacíanse menos densos por momentos. Desaparecían trozos, hechos jirones, descubriéndose pedazos de cielo azul. Y en uno de aquellos momentos despejados, vieron desfilar los regimientos de cazadores de África, que formaban parte de la división Marguerite. Tensos sobre sus caballos, con sus chaquetas de ordenanza, con sus fajas encarnadas, arreaban los pequeños caballos que desaparecían casi por completo bajo el complicado arreo. Después de un escuadrón, otro escuadrón, y todos salían de la niebla y volvían a desaparecer entre la niebla. Sin duda molestaban y los llevaban más lejos, no sabiendo qué hacer de aquella caballería, como venía ocurriendo desde el principio de la campaña. Solo habían servido para ir a la descubierta, y en cuanto empezaba el combate, los hacían pasear de un sitio a otro, como masas inútiles.

Mauricio los veía pasar, acordándose de Próspero.

—¡Mira! tal vez sea aquel.

—¿Quién? —preguntó Juan.

—Ese chico de Remilly, cuyo hermano hemos encontrado en Oches.

Pero los cazadores habían pasado y se oyó otro galope, el de un Estado Mayor que bajaba por el camino. Esta vez, Juan reconoció al general Bourgain-Desfeuilles, que agitaba un brazo con violencia. Se había resignado a abandonar el hotel de la *Cruz de Oro* y su mal humor decía lo mucho que le había molestado levantarse tan temprano y en malas condiciones.

Su voz de trueno se dejó oír:

—¡Qué demonio! el Mosela o el Meuse, ahí hay agua.

La niebla se despejaba. Se presentó de pronto, como en Bazeilles, un panorama magnífico, detrás de aquel telón que subía lentamente hacia las alturas. El sol iluminó el espacio y Mauricio reconoció en seguida el sitio en donde se encontraban.

—¡Ah! —dijo Juan—, estamos sobre la meseta de la Argelia... Ves, allí enfrente, aquella aldea es Haing, y allá más lejos, es Saint-Mengues y más allá aún, es Fleigneux. Después, en el fondo, el bosque de los Ardennes y más allá, donde están aquellos árboles escuetos, es la frontera...

Continuó describiendo el país. La meseta de la Argelia, una lista de tierra rojiza, larga de tres kilómetros, bajaba su pendiente suave desde el bosque del Garenne hasta el Me use, del cual le separaban las praderas.

Allí era donde el general Douay había colocado al séptimo cuerpo, disgustado por no tener bastantes hombres para defender una línea tan extensa y para unirse al primer cuerpo, que ocupaba perpendicularmente a él, la encañada del Givonne, desde el bosque del Garenne hasta Daigny.

—¡Eh!, ¿qué te parece?, ¡es grande el panorama!

Mauricio señalaba, dando la vuelta, todo el horizonte. Desde la meseta de la Argelia, todo el campo de batalla se desarrollaba, inmenso, hacia el Sur y el Oeste: primero Sedan, cuya ciudadela dominaba los tejados; luego Balan y Bazeilles envueltos en una humareda turbia: en el fondo los montes de la ribera izquierda, el Lizy, la Marfée, la Croix-Piau. Pero especialmente al Oeste, hacia Douchery, se perdía la vista. El cierre del Meuse envolvía la península de Iges, con una cinta pálida; y allí se daban exacta cuenta de lo estrecho que era el camino de Saint-Albert, que cruzaba por entre el ribazo y un monte escarpado, que corona más allá el bosquecillo de Seugnon. En lo alto de la cuesta, en la encrucijada de la Maison Rouge, desembocaba el camino de Brigneaux-Bois a Donchery.

—Lo ves, por allí podíamos replegarnos sobre Mezieres.

En aquel momento un cañonazo salió de Saint-Mengues. En las llanuras quedaban aún jirones de niebla, y solo se veía una masa confusa camino del desfiladero de Saint Albert.

—¡Ah! aquí están —dijo Mauricio bajando la voz, sin nombrar a los prusianos—. ¡Estamos cortados!

No eran las ocho. El cañoneo que redoblaba del lado de Bazeilles, se hacía oír también al Este, en la encañada del Givonne, que no se podía ver, era el momento en que el ejército del príncipe de Sajonia, al salir del bosque Chevalier, abandonaba al primer cuerpo, delante de Daigny. Y ahora que el 11.º cuerpo prusiano marchaba hacia Floing, abría el fuego contra las tropas del general Douay. La batalla se había generalizado por todas partes de Norte a Sur, sobre aquel perímetro de varias leguas.

Mauricio acababa de comprender la irreparable falta que se había cometido, no retirándose sobre Mezieres, durante la noche. Pero las consecuencias de aquella falta se le presentaban algo confusas. El instinto del peligro le hacía mirar con inquietud las alturas cercanas que dominaban la meseta de la Argelia.

Si no había habido tiempo de batirse en retirada, ¿por qué no se habían ocupado aquellas alturas, apoyándose en la frontera para pasar a Bélgica en el caso de ser arrollados?

Dos puntos especialmente amenazaban mucho, la altura de Hattoy, encima de Floing, a la izquierda, y el Calvario de Illy, una cruz de piedra entre dos tilos. La víspera, el general Douay había hecho ocupar el Hattoy por un regimiento, el cual, al amanecer, se había replegado harto de prisa. En cuanto al Calvario de Illy, debía ser

defendido por él a la izquierda del primer cuerpo.

Los campos se extendían entre Sedan y el bosque de los Ardennes, vastos y pelados, con muchas ondulaciones, y la llave de la posición se encontraba allí, al pie de aquella cruz y de aquellos tilos, desde donde se dominaba toda la región.

Sonaron otros dos cañonazos, y después se oyó una salva completa. Esta vez vieron el humo en una altura a la izquierda de Saint-Menges.

—¡Ahora nos toca a nosotros! —dijo Juan.

Pero no llegaban los proyectiles. Los hombres, quietos, arma al brazo, se entretenían mirando la buena formación de la división segunda, situada delante de Floing, y cuya izquierda daba frente al Meuse, para poder parar cualquier ataque que viniese de aquel lado. Hacia el Este, se desplegaba la tercera división hasta el bosque del Garenne, por debajo de Illy, mientras que la primera, muy destrozada en Beaumont, se encontraba en segunda línea. Durante la noche, los ingenieros habían trabajado en construir obras de defensa y ahora, bajo el fuego del enemigo, continuaban abriendo zanjas.

Un tiroteo comenzó, al pie de Floing, pero cesó en seguida y la compañía del capitán Beaudoin recibió orden de retroceder unos trescientos metros. Llegaron a un campo sembrado de berzas, cuando el capitán dio orden de que todos se echaran al suelo.

Tuvieron que tumbarse. Las berzas estaban humedecidas por el rocío, y sus espesas hojas de oro verde contenían gotas de una pureza y un resplandor como si fueran gruesos brillantes.

—La mira a 400 metros —gritó el capitán Beaudoin.

Entonces Mauricio apoyó el cañón del *chassepot* sobre una berza que tenía delante. No veían nada en aquella incómoda postura: los terrenos se extendían confusos, cortados por líneas verdes, y tocó a Juan con el codo preguntándole qué es lo que hacían allí.

Juan le enseñó sobre en cerro cercano una batería que estaban instalando, y debían haberlos colocado allí para apoyarla. Mauricio, deseando saber si Honorato estaba allí con su cañón, se levantó para mirar, pero la artillería de reserva se encontraba más atrás, al abrigo de unos árboles.

—¿Quiere usted echarse, muñeco? —gritó Rochas.

Mauricio acababa de obedecer, cuando pasó una granada silbando, y desde aquel momento no cesaron. El tiro se reguló con lentitud, las primeras granadas fueron a caer más allá de la batería, que también había empezado a disparar. Además, muchos proyectiles no estallaban, se empotraban en la tierra blanda; los soldados empezaron a burlarse de la torpeza de aquellos alemanes.

—¡Vaya, vaya! Los fuegos artificiales no resultan —dijo Loubet.

—¡Los habrán mojado! —añadió Chouteau.

El teniente Rochas tomó parte en la conversación.

Pero una granada estalló a unos diez metros, cubriendo de tierra a la compañía, y

aunque Loubet decía en guasa a los compañeros que sacaran los cepillos, Chouteau palideció y se calló. No había estado nunca en ninguna acción de guerra, ni Pache, ni Lapouille; ninguno de la escuadra, excepto Juan.

Los párpados temblaban sobre los ojos algo turbios, las voces eran más débiles, como si salieran ahogadas desde las gargantas. Bastante dueño de sí, Mauricio trataba de estudiarse; no tenía miedo todavía porque no se creía en peligro, y solo comenzaba a sentir en el epigastro una sensación de malestar, mientras que su cabeza se vaciaba, incapaz de ligar dos ideas. Su esperanza iba en aumento, como una borrachera, desde que había visto el buen orden de todas las tropas. Ya creía en la victoria, siempre que se pudiera atacar a la bayoneta.

—¡Caramba!, ¡cuántas moscas!

Había creído oír el zumbido de algunas abejas.

—¡No, no; no son moscas —dijo Juan—, son balas!

Se oyeron otros zumbidos. La escuadra entera volvía la cabeza, se enteraba. Un deseo irresistible les hacía estirar el cuello, levantar la cabeza; no podían estarse quietos.

—Oye —dijo Loubet a Lapouille, queriendo burlarse—: cuando veas llegar una bala, no tienes más que poner así el dedo delante de la nariz: corta el aire y la bala pasa a la derecha o a la izquierda.

—Pero si no las veo —dijo Lapouille.

Una carcajada enorme estalló a su alrededor.

—¡Cómo que no las ves!... ¡Abre los ojos, tonto!... ¡Mira!, ¡ahí viene una!, ¿ves?, ¡ahí viene otra!, ¿ves?... ¿no la has visto? Esta era verde.

Y Lapouille abría los ojos cuanto podía, ponía un dedo delante de la nariz, mientras que Pache tentaba el escapulario que llevaba, el cual hubiera querido extender para hacer de él una coraza que le cubriera todo el pecho.

El teniente Rochas, que continuaba de pie, gritó con voz guasona:

—Muchachos, nos se os prohíbe saludar las granadas. En cuanto a las balas, es inútil, hay demasiado...

En aquel momento un trozo de granada fue a romper la cabeza de un soldado en la primera fila. No lanzó un grito: un chorro de sangre y de sesos, y fue todo.

—¡Pobre hombre! —dijo el sargento Sapin, muy tranquilo y muy pálido—; ¡a otro!

Pero ya no se oían. Mauricio sufría, sobre todo por el estrépito horrible. La batería que se hallaba cerca, tiraba sin descanso, atronando el espacio, haciendo temblar la tierra y las ametralladoras rasgaban el aire haciendo más ruido aún. ¿Iban a estar mucho tiempo así, echados entre las berzas? No veían nada, no sabían nada. No había medio de formarse una idea de cómo iba la batalla: ¿era una verdadera gran batalla? Por encima de la línea recta de los campos, Mauricio solo reconocía la cima redonda, poblada de árboles, del Hattoy, muy lejos, desierto aún. En el horizonte no se veía un prusiano. Solo se veían las humaredas, flotar, elevarse y desaparecer, y al volver la

cabeza, quedó sorprendido al ver en el fondo de una encañada separada, protegida por pendientes muy fuertes, un aldeano que labraba la tierra sin prisa, guiando el arado que arrastraba un caballo grande, blanco. ¿Por qué había de perderse un día? No porque se batiesen los hombres había de dejar de crecer el trigo y de vivir el mundo.

Impaciente, no pudiendo resistir más, Mauricio se puso en pie. De una ojeada vio las baterías de Saint Menges que los cañoneaban, coronadas por vapores oscuros; volvió a ver, viniendo de Saint-Albert, el camino negro, lleno de prusianos, que pululaban, que lo invadían todo, como una horda avasalladora. Juan le había cogido por las piernas para hacerle caer al suelo con violencia.

—¿Estás loco?, ¡vas a dejar el pellejo!

Por su parte el teniente Rochas juraba.

—¿Quiere usted echarse?, ¡quién me ha enviado soldados que se hacen matar cuando no se les manda!

—Mi teniente —replicó Mauricio—, ¡usted está de pie!

—Yo, es muy distinto, tengo que ver.

El capitán Beaudoin estaba también de pie, muy valiente, pero no despegaba los labios; daba vueltas de un sitio a otro, sin poder estar quieto.

Siempre aguardando y nada llegaba. Mauricio se ahogaba bajo el peso de la mochila, que le aplastaba las espaldas y el pecho, en aquella postura tan incómoda a la larga. Se había ordenado que no se quitaran las mochilas hasta que no pudieran más.

—¿Dime, vamos a pasar todo el día así? —acabó por preguntar a Juan.

—Tal vez... En Solferino estuvimos echados durante cinco horas en un campo sembrado de zanahorias.

Después añadió como hombre práctico:

—¿De qué te quejas? no estamos del todo mal aquí. Tendremos tiempo de exponernos más tarde. A cada cual le toca su turno. Si todos se hiciesen matar al principio, no quedarían para el final.

—¡Mira! ¡Mira! —interrumpió Mauricio—, mira aquel humo sobre el Hattoy... ¡Lo han tomado, ahora sí que vamos a bailar de veras!

Y durante un momento su curiosidad, en la que entraba el primer escalofrío del miedo, tuvo en qué entretenerse. No perdía de vista la cima del cerro, la única eminencia que veía, dominando la línea extensa de los campos. El Hattoy estaba demasiado lejos para que pudiera distinguir los sirvientes de las baterías que los prusianos acababan de establecer y solo veía el humo a cada disparo, por encima de un montículo que ocultaba los cañones. Era, como lo había supuesto, una cosa grave que los enemigos hubiesen tomado aquella posición, cuya defensa había tenido que abandonar el general Douay. Dominaba las mesetas de los alrededores. En seguida las baterías, que abrían el fuego sobre la segunda división del 7.º cuerpo, la diezmaron. Ahora la puntería era más segura y en la batería francesa, cerca de la cual se hallaba tendida en tierra la compañía Beaudoin, cayeron muertos dos sirvientes. Los trozos

de las granadas hirieron a un hombre de la compañía, un furriel que perdió el talón izquierdo y empezó a gritar de un modo horrible, como si se hubiera vuelto loco.

—¡Cállate, animal! —decía Rochas—. ¡Pues qué!, ¡un hombre que tiene vergüenza grita tanto por un rasguño en el pie!

El hombre se calmó súbitamente y se quedó inmóvil, agarrándose del pie.

El tremendo duelo de la artillería continuó, se agravó, por encima de los regimientos, en el campo ardiente y sombrío donde no se veía un alma bajo el sol asolador. Solo existía ese trueno continuo, ese huracán de destrucción, rodando a través de aquella soledad. Las horas pasaban y aquello no parecía acabar. Pero ya se advertía la superioridad de la artillería alemana, las granadas de percusión estallaban casi todas a enormes distancias, mientras que los proyectiles franceses de espoleta, de un vuelo mucho más corto, reventaban casi todos en el aire, antes de caer. ¡No les quedaba más recurso que el de empequeñecerse en el surco donde se encontraban medio enterrados! No tenían así el consuelo de desahogar su rabia disparando tiros, porque continuaban sin ver a nadie en el inmenso horizonte vacío.

—¿Vamos a tirar alguna vez? —decía Mauricio—. Daría un duro por ver un prusiano. Desespera a cualquiera verse ametrallado así sin poder contestar.

—¡Aguarda, hombre! ya llegará la ocasión —decía Juan con mucha calma.

Oyeron el galope de unos caballos a la izquierda y reconocieron al general Douay, seguido de su Estado mayor, que llegaba para darse cuenta de la actitud de sus tropas ante el terrible fuego que precedía de Hattoy. Parecía estar satisfecho, daba algunas órdenes cuando, desembocando por un caminito, el general Bourgain-Desfeuilles se presentó a su vez. Este último, aunque general de salón, trotaba sin preocuparse de los proyectiles, más testarudo cada día, con su rutina de la guerra de África, no habiéndose aprovechado de ninguna lección. Gritaba y gesticulaba como el teniente Rochas.

—Les espero, les espero para cuando estemos frente a frente.

Después, al ver al general Douay, se acercó.

—General, ¿es cierto que ha sido herido el mariscal MacMahon?

—Sí, por desgracia... He recibido un aviso del general Ducrot, anunciándome que el general MacMahon le había designado para tomar el mando del ejército.

—¡Ah!, ¿es Ducrot!... ¿Y qué órdenes hay?

El general hizo un gesto de desesperación. Desde la víspera comprendía que el ejército estaba perdido, había insistido inútilmente para que se ocupasen las posiciones de Saint Menges y de Illy, para asegurar la retirada sobre Mezieres.

—Ducrot vuelve a nuestro plan, todas las tropas van a concentrarse sobre la meseta de Illy.

Y volvió a hacer el mismo gesto como para indicar que era demasiado tarde.

El ruido de los cañones se llevaba las palabras, pero su sentido llegaba perfectamente claro a oídos de Mauricio que estaba como asustado. La cosa no era para menos. ¡El mariscal MacMahon herido! el general Ducrot, comandante en jefe

de todo el ejército en retirada al Norte de Sedan. ¡Y estos sucesos tan graves los ignoraban los soldados, esos pobres soldados que estaban expuestos a hacerse matar! ¡Y aquella partida tan tremenda, tan grave, entregada así al azar de un accidente, a los azares de una dirección nueva! Comprendió la confusión, el desbarajuste en que iba a caer el ejército, sin jefe, sin plan, llevado de aquí para allá, mientras que los alemanes marchaban derechos hacia el fin que se habían propuesto, con la rectitud, con la precisión de una máquina.

Se alejaba el general Bourgain Desfeuilles, cuando el general Douay, que acababa de recibir un nuevo despacho, llevado por un húsar cubierto de polvo, le llamó con violencia.

—¡General!, ¡general!

Su voz era tan fuerte, tan atronadora, tan llena de sorpresa y de emoción, que dominaba el ruido de la artillería.

—¡General!, ¡no es Ducrot el que el manda, es Wimpffen!... Si; llegó ayer, en plena derrota a Beaumont, para reemplazar a de Failly a la cabeza del quinto cuerpo... Y me escribe que tenía un oficio del ministro de la guerra, ordenándole se pusiera al frente del ejército en el caso de que el mando quedara vacante... Y ya no nos replegamos, las órdenes son de volver a conquistar y defender nuestras primeras posiciones.

El general Bourgain Desfeuilles escuchaba medio atontado.

—¡Demonio! —dijo por último—, ¡pues sería preciso saber en qué quedamos! A mí, poco me importa, después de todo.

Y se fue al galope, despreocupado en el fondo, no habiendo visto en la guerra más que un medio rápido de ascender a general de división, deseando únicamente que aquella campaña tonta acabara cuanto antes, desde que disgustaba a todo el mundo.

Entonces, entre los soldados de la compañía Beaudoin fue una de risas y de burlas. Mauricio nada decía, pero era de la misma opinión que Chouteun y Loubet, que se burlaban despreciando a aquellos jefes. ¡Vaya unos jefes!, ¡qué entendederas! ¿Pues no era mucho mejor irse a paseo, teniendo tales jefes? ¡Tres generales en dos horas, tres señores que no sabían lo que se traían entre manos y que daban órdenes contradictorias! ¡Aquello era capaz de desmoralizar al más santo, al más fuerte! Y volvían a salir de los labios las acusaciones fatales de traición: Ducrot y Wimpffen querían ganar los tres millones ofrecidos por Bismarck, lo mismo que MacMahon.

El general Douay se había quedado delante de su Estado mayor solo, mirando a lo lejos las posiciones prusianas, como en un sueño de una tristeza infinita. Durante mucho tiempo examinó el Hattoy y sus baterías, cuyas granadas caían a sus pies. Después se fijó en la meseta de Illy, llamando a un oficial para que fuera a llevar la orden allá a la brigada del 5.º cuerpo, que había pedido la víspera al general Wimpffen, y la que le unía a la izquierda del general Ducrot. Se le oyó decir muy claro:

—Si los prusianos se apoderasen del calvario de Illy, no podríamos permanecer

aquí una hora, nos rechazarían sobre Sedan.

Se marchó; desapareció con su escolta en el recodo del camino. El fuego redobló, pues sin duda habían notado su presencia. Las granadas que hasta entonces habían caído de frente, empezaron a caer de costado, viniendo por la izquierda. Eran las baterías de Frénois, y otra batería instalada en la península de Iges, que cruzaban sus tiros con los de Hattoy. Toda la meseta de la Argelia era barrida por los proyectiles. Desde entonces la posición ocupada por la compañía se hizo terrible. Los hombres, ocupados en vigilar lo que pasaba enfrente de sí, tuvieron otro cuidado más, no sabiendo a qué amenaza escapar. En un momento, tres hombres cayeron muertos, y otros dos, heridos, empezaron a gritar.

De este modo fue como murió el sargento Sapin, según había anunciado. Se había vuelto y vio venir una granada antes de que pudiera evitarla.

—¡Esta es para mí! —dijo.

Su cara diminuta, con grandes ojos, muy hermosos, solo estaba triste. Empezó a quejarse:

—No me dejéis aquí, llevadme a la ambulancia, os lo suplico... Llevadme de aquí.

Rochas quiso hacerle callar. Brutalmente iba a decirle que cuando se tiene una herida así, no se molestaba inútilmente a los compañeros. Después, tuvo piedad.

—Aguarde usted un poco, pobrecillo, que vengan a recogerle los camilleros.

Pero el desgraciado continuaba, llorando ahora la pérdida de la felicidad soñada que se le escapaba con su sangre.

—Llevadme, llevadme de aquí...

El capitán Beaudoin, a quien exasperaban aquellos lamentos, pidió dos hombres de buena voluntad, para que se lo llevaran hasta un bosquecillo cercano donde debía haber una ambulancia volante. De un salto, acudieron Chouteau y Loubet, cogieron al sargento uno por los hombros y el otro por los pies y se lo llevaron al trote. En el trayecto vieron que se estiraba y que expiraba en una última convulsión.

—Oye, ha muerto —declaró Loubet—. Dejémosle.

Chouteau no quería dejarlo.

—¡Quieres andar, holgazán! ¡No ves que si le soltamos aquí nos volverán a llamar!

Continuaron la caminata con el cadáver hasta el bosquecillo, lo echaron al pie de un árbol y se alejaron. No se les volvió a ver hasta la noche.

El fuego continuaba aumentando. La batería cercana había sido reforzada con dos piezas y con aquel estrépito creciente el miedo, miedo loco, se apoderó de Mauricio. No había sentido hasta entonces aquel sudor frío, aquel desfallecimiento doloroso en el fondo del estómago, esa irresistible necesidad de levantarse, de echar a correr aullando. Lo que ahora le pasaba debía ser efecto de la reflexión, como sucede con las naturalezas afinadas y nerviosas. Pero Juan, que le vigilaba, le agarró por la mano, le hizo quedarse a su lado al leer aquella crisis cobarde en el vacilar turbio de sus

ojos. Le insultaba muy quedo, tratando de avengonzarle con palabras violentas, porque sabía que se envalentonaba a los hombres a patadas. Otros también temblaban. Pache, que tenía los ojos llenos de lágrimas, que se quejaba involuntariamente con un lamento suave, como si fuera el grito de un niño que no podía contener.

Y le ocurrió a Lapouille tal accidente, tal revolución en las tripas, que tuvo que bajarse los pantalones allí mismo, sin tener tiempo de alejarse. Le silbaron, le tiraban puñados de tierra al verle en aquella postura grotesca, expuesto a las balas y a las granadas. Muchos hacían lo propio, sin poderlo remediar y los demás reían, se burlaban, y aquellas risas y burlas devolvían el valor a todos.

—Pedazo de cobarde —decía Juan a Mauricio—, supongo que no vas a hacer tú lo que hacen esos... Si no te portas bien, te abofeteo.

Le daba ánimos en esa forma, cuando a unos cuatrocientos metros delante de ellos, vieron una docena de prusianos, vestidos con sus uniformes oscuros salir de un bosquecillo. Eran por fin los prusianos, esos prusianos con cascos en punta, los primeros que veían desde el principio de la campaña al alcance de sus fusiles. Otras escuadras siguieron a la primera y delante de ellas se distinguían las nubecillas de polvo que levantaban las granadas al chocar contra el suelo. Los prusianos se destacaban en el horizonte con una pureza de líneas, parecidos a soldaditos de plomo colocados en orden. Después, como continuaban cayendo granadas, retrocedieron, desaparecieron de nuevo detrás de los árboles.

Pero la compañía Beaudoin los había visto y seguía viéndolos. Los *chassepots* se dispararon por sí solos. Mauricio el primero disparó el suyo. Juan, Pache y Lapouille, todos los demás los imitaron. No se había dado ninguna orden; el capitán quiso mandar alto el fuego y no cedió hasta que Rochas le indicó la conveniencia de tolerar aquel desahogo. ¡Por fin dispararon sus armas, empleando aquellos cartuchos que llevaban encima desde hacía un mes sin quemar uno! Mauricio parecía otro, entretenía su miedo, aturdiéndose con las detonaciones. En el lindero del bosque no se movía ni una hoja, no había vuelto a presentarse ningún prusiano y continuaban tirando sobre los árboles inmóviles.

Después, al alzar la cabeza, Mauricio quedó sorprendido al ver a algunos pasos al coronel Vineuil, sobre su caballo grande, impassibles el hombre y el bruto, como si fueran de piedra. Frente al enemigo, el coronel aguardaba, bajo la lluvia de balas. Todo el regimiento debía haberse replegado allí, otras compañías estaban echadas en los campos cercanos, y el fuego iba aproximándose cada vez más. Y el joven vio también un poco más atrás, la bandera sostenida por el alférez. Pero no era ya aquel fantasma de bandera, anegado en la niebla de la mañana. Bajo el sol ardiente, el águila dorada brillaba, los tres colores de la seda lucían sus notas claras y vivas, a pesar del desgaste glorioso de las batallas. En pleno cielo azul, en medio de los proyectiles, flotaba como una bandera victoriosa.

¿Por qué no habían de vencer, ahora que se batían? Y Mauricio y sus camaradas

tiraban rabiosamente, quemaban los cartuchos, fusilaban el lejano bosque, donde caía una lluvia lenta y silenciosa de ramitas.

III

Enriqueta no pudo dormir aquella noche. La idea de que su marido se hallaba en Bazeilles, tan cerca de las filas alemanas, la atormentaba. A pesar de que recordaba la promesa que la había hecho de volver al menor peligro, a cada momento prestaba atención creyendo que regresaba. A las diez, cuando iba a acostarse, abrió la ventana y se puso a mirar, pasando allí muchas horas.

La noche era muy oscura y apenas se distinguía abajo, el empedrado de la calle de Voyards, un estrecho callejón oscuro, ahogado entre casas viejas. A lo lejos, hacia el colegio, solo se veía la luz temblona de un farol, y de aquel fondo subía un olor de cueva, el maullido de un gato y los pesados pasos de algún soldado extraviado. En Sedan, que se hallaba a sus espaldas, se oían ruidos y rumores no acostumbrados, galopar de caballos, rodar de carros, ruidos que pasaban como estremecimientos de muerte. Prestaba atención al rumor más leve, su corazón latía con fuerza y seguía sin reconocer el paso de su marido en la esquina de la calle.

Pasaron horas y se estremecía al ver los lejanos resplandores en el campo, por encima de las murallas. La noche estaba tan oscura que trataba de recordar los lugares. Abajo, aquella superficie pálida, eran las praderas inundadas. Entonces ¿qué hoguera era aquella que había visto encenderse y apagarse allá arriba, en la Marfée? Y por todas partes se veían fogatas en Pont-Maugis, en Noyers, en Frénois, hogueras misteriosas que flotaban como por encima de una inmensa multitud, pululando en la sombra. Después, más aún, algunos rumores extraordinarios la estremecían, la marcha de un ejército inmenso, el aliento de los animales, el chocar de las armas, toda una cabalgata en el fondo de aquellas tinieblas de infierno. De pronto se oyó un cañonazo, uno solo, enorme, terrible, en el silencio. La sangre se le heló, ¿qué era aquello? Una señal sin duda, algún movimiento que había terminado felizmente, el anuncio de que estaban preparados allá, y que el sol podía aparecer.

A las dos de la madrugada Enriqueta se echó vestida en la cama, sin cuidarse de cerrar la ventana. El cansancio y la ansiedad la ahogaban. ¿Qué ocurría para sentir aquellos escalofríos, ella de ordinario tan tranquila y marchando con paso tan ligero que apenas si se la oía? Y durmió penosamente, aletargada, con la sensación persistente de la desgracia que pasaba en el negro cielo. De nuevo despertó de aquella pesadilla otro cañonazo, varios cañonazos sordos y lejanos que no cesaban. Se sentó en la cama temblorosa. ¿Dónde estaba? No se reconocía, no reconocía el cuarto que parecía haberse llenado de humo. Después comprendió: las nieblas que habían salido del río, habían penetrado en su cuarto. Fuera seguía retumbando el cañoneo. Saltó de la cama y se asomó a la ventana para ver y oír.

Daban las cuatro en un campanario de Sedan. Empezaba el amanecer de un día oscuro y sucio en la bruma rojiza. No se podía ver nada, ni siquiera podía distinguir

el edificio del colegio que se encontraba a algunos metros de distancia. ¿Desde dónde tiraban? Al pronto se acordó de su hermano, porque los tiros parecían proceder del Norte. Después comprendió que el cañoneo era en Bazeilles y tembló por su marido. Se tranquilizó después de breves momentos, creyendo que los cañonazos partían de la derecha. Tal vez se batiesen en Donchery, donde sabía que no había podido volar el puente. Y después, la más cruel incertidumbre se apoderó de ella, ¿era en Donchery, era en Bazeilles? y le fue completamente imposible darse de ello cuenta exacta, tal era el estrépito que se producía. No pudo seguir aguardando, tenía necesidad de saber algo y salió a la calle.

Al llegar abajo, a la calle des Voyards tuvo un momento de duda, tan obscura le parecía la ciudad todavía, bajo la opaca niebla que la envolvía. La aurora no había penetrado aún en aquellas calles estrechas y lóbregas. En la calle del Beurre, en el fondo de una taberna alumbrada por una vela, vio dos soldados borrachos con una mujer. Tuvo que dar la vuelta y entrar en la calle Maqua para encontrar alguna animación: allí vio algunos soldados que se escondían, acaso algunos cobardes que huían buscando un lugar seguro, vio también un gran coracero que llamaba a todas las puertas buscando a su capitán: toda una oleada de pacíficos vecinos que, lívidos de miedo, se amontonaban en un carruaje para ver si aún quedaba tiempo para pasar la frontera e ir al pueblo de Bouillon, a donde había ido medio Sedan en los dos últimos días. Se decidió a ir hacia la Subprefectura con objeto de que la dieran noticia y se le ocurrió acortar la distancia por callejuelas, deseando evitar todo encuentro. Pero en la calle del Four y en la de Laboueurs no pudo pasar: había allí una fila enorme, sin fin de cañones, de carros, de cajones que se habían colocado allá por falta de sido más adecuado, ni un soldado guardaba todo aquel armamento. Aquella artillería inútil le dio mucha lástima. Entonces tuvo que volver por la plaza del Colegio, hacia la calle Mayor, donde, delante del hotel de Europa, algunos ordenanzas cuidaban de los caballos aguardando a los oficiales superiores, cuyas voces se oían en el comedor. En la plaza de Rivage y en la de Turenne había aún más gente, grupos inquietos, mujeres y niños, confundidos con los soldados desbandados, que marchaban en todas direcciones, y allí vio que, jurando, de mal humor, un general salía de la *Cruz de Oro*, y le vio galopar, exponiéndose a arrollar a la gente. Durante un momento estuvo a punto de entrar en el Ayuntamiento, después tomó por la calle de Pont-de-Meuse para ir a la Subprefectura.

Nunca le había causado Sedan tal impresión; la impresión trágica de una ciudad vista así al amanecer, envuelta en la niebla. Las casas parecían estar muertas; muchas hacía dos días que estaban abandonadas y vacías; otras estaban herméticamente cerradas; efecto del miedo que sentían sus moradores. Era una mañana fría, con aquellas calles medio desiertas aún, que poblaban algunas sombras, que se marchaban a escape. El día iba avanzando y la ciudad iba a verse atestada, sumergida bajo el desastre. Eran las cinco y media, apenas se oía el cañoneo, cuyo ruido se amortiguaba entre las altas fachadas.

En la subprefectura, Enriqueta conocía a la hija del conserje, Rosa, una rubita muy linda que trabajaba en la fábrica Delaherche. En seguida entró en la portería: la madre no estaba allí, pero Rosa la recibió muy cariñosamente.

—¡Ah! mi querida señora, no podemos tenernos de pie. Mamá ha ido a descansar un poco. ¡Figúrese usted que hemos tenido que estar levantadas toda la noche, con tantas idas y venidas!

Y sin esperar a que la preguntaran, contaba todo lo que había visto, todas las cosas extraordinarias que desde la víspera pasaban ante sus ojos.

—El mariscal ha dormido bien. ¡Pero ese pobre emperador, no puede usted tener una idea de lo que sufre!... Figúrese que ayer tarde subí para ayudar a dar la ropa blanca, y al pasar cerca del cuarto que está al lado del tocador, he oído gemidos, ¡pero qué gemidos! Como si alguien fuese a morir. Y empecé a temblar, con el corazón oprimido, al saber que era el emperador... Parece que sufre una enfermedad que le obliga a gritar así. Cuando hay gente se contiene, pero cuando se queda solo empieza a quejarse, a gritar; es cosa que pone los pelos de punta.

—¿Dónde se baten desde esta mañana? ¿Lo sabe usted? —preguntó Enriqueta tratando de interrumpirla.

Rosa no contestó a la pregunta y continuó su relación.

—Entonces quise saber, he subido cuatro o cinco veces durante la noche, y he oído pegada al tabique... se quejaba siempre y no ha dejado de gritar en toda la noche, sin poder dormir un momento. ¡Es horrible sufrir tanto, teniendo tantas preocupaciones! ¡Porque hay un desbarajuste tal, que parece que todos se han vuelto locos! Y siempre viene gente nueva, y las puertas no paran, unos se incomodan, otros lloran, y en la casa hay un saqueo completo: los oficiales beben todo el vino, duermen en las camas vestidos; mire usted, el emperador es, después de todo, el más cariñoso, el que ocupa menos sitio; le basta un rincón para quejarse.

Después, como Enriqueta repitiese su pregunta:

—¿Que dónde se baten hoy? En Bazeilles desde esta mañana... fía venido a decírselo al mariscal un soldado de caballería, y el mariscal ha ido a decírselo al emperador. El mariscal se ha marchado hace unos diez minutos, y el emperador va a ir a buscarle, creo que le están vistiendo allá arriba. Hace un momento he visto que le peinaban y que le pintaban la cara.

Enriqueta, averiguado que hubo lo que le interesaba, se escapó.

—Gracias, Rosa. Tengo mucha prisa.

Rosa lo acompañó hasta la puerta de la calle.

Enriqueta volvió a su casa, calle des Voyards. Estaba en la creencia de que su marido habría vuelto, y aún creía que al no encontrarla en casa debía estar pasando un mal rato. Al acercarse a su casa levantó la cabeza para ver si estaba asomado a la ventana. Pero la ventana, abierta de par en par, estaba vacía, y cuando subió y después de recorrer las habitaciones vio que no había nadie, desfalleció casi. El cañoneo continuaba. Se asomó a la ventana. Ahora, aún cuando la niebla la impedía

ver, se daba exacta cuenta de la lucha entablada en Bazeilles, el ruido producido por las ametralladoras, los cañonazos cercanos de las baterías francesas, contestando a los lejanos cañonazos de las baterías alemanas. Hubiérase dicho que los disparos se aproximaban, y que la batalla aumentaba a cada minuto.

¿Por qué no regresaba Weiss? ¡Había prometido tan formalmente volver al primer ataque! Y la zozobra de Enriqueta aumentaba, se figuraba ver cortados los caminos, interceptado el paso, y los proyectiles haciendo peligrosa, o tal vez imposible la retirada. Acaso había ocurrido alguna desgracia. Quería alejar de sí esa idea, encontrando en la esperanza un firme apoyo. Después hizo el proyecto de ir allá, de ir al encuentro de su marido. Algunas dudas la hicieron detenerse: tal vez se cruzaran en el camino. ¿Qué sucedería si no le encontraba, y qué disgusto para él si al volver a su casa no la encontraba? Además, no se la ocultaba lo arriesgado que era ir a Bazeilles, pero después de todo se encontraba su marido, debía encontrarse ella.

Tuvo una idea, se retiró de la ventana y dijo en voz alta:

—¿Y el señor Delaherche? Voy a ver...

Acababa de acordarse de que el fabricante de paños había pasado la noche en Bazeilles, y que si había vuelto tendría noticias de su marido. Volvió a bajar la escalera muy aprisa, pero en vez de salir a la calle, atravesó el patio de la casa y se metió por el pasillo que conducía a la fábrica, cuya fachada monumental daba a la calle Maqua. Al desembarcar en el antiguo salón central, empedrado ahora y del que solo quedaban unos olmos gigantescos, árboles magníficos del siglo pasado, acababa de ver delante de la puerta cerrada de una cochera, un centinela; luego recordó que la víspera se había depositado allí el tesoro del 7.º cuerpo y aquel oro, aquellos millones, según decían, escondidos allí en una cochera, mientras que los soldados se mataban allá lejos, la causaron mucha impresión. En el momento en que iba a subir por la escalera interior para llegar al cuarto de Gilberta, otra sorpresa la dejó parada, un encuentro tan imprevisto, que volvió a bajar los tres peldaños que había subido, no sabiendo si tendría valor para ir a llamar a aquel cuarto. Un soldado, un capitán, acababa de pasar por delante de ella, muy de prisa, como una aparición que se desvanece en seguida; pero había tenido tiempo de reconocerle, habiéndole visto ya en casa de Gilberta, en Charleville, cuando esta aún era viuda. Dio algunos pasos en el patio, miró arriba las ventanas del dormitorio, con las persianas cerradas y por fin se decidió a subir.

En el primer piso, quería llamar a la puerta del tocador, como amiga de la niñez, que iba a hablar confidencialmente. Pero aquella puerta, mal cerrada en las prisas de la salida, se había quedado abierta. No hizo más que empujarla y se encontró en el gabinete y después en el dormitorio. Era una habitación de techo muy alto, desde donde caían anchas cortinones de terciopelo rojo que volvían la cama entera. Y no se oía el más leve rumor, el silencio de una noche feliz, la respiración tranquila, un vago perfume de lilas.

—¡Gilberta! —dijo suavemente Enriqueta.

La joven se había vuelto a dormir y con la débil luz que entraba por la ventana, entre los cortinones rojos, tenía su linda cabeza redonda sobre la almohada, apoyada en un brazo desnudo, en medio de su admirable cabellera negra deshecha.

—¡Gilberta!

Se movió, se estiró para abrir los párpados.

—Sí, adiós... ¡oh! se lo ruego...

Después, levantando la cabeza y reconociendo a Enriqueta:

—¡Calla! eres tú... ¿qué hora es?

Cuando supo que eran las seis, sintió cierto malestar, tratando de reírse para ocultarla algo, diciendo que aquella no era hora para ir a despertar la gente. Después, a la primera pregunta sobre su marido, dijo:

—Pero si no ha vuelto, no volverá hasta las nueve, creo... ¿Para qué quieres que vuelva tan pronto?

Enriqueta al verla tan despreocupada, medio aletargada por el sueño, tuvo que insistir.

—¡Es que se están batiendo en Bazeilles, desde el amanecer, y como estoy muy intranquila por mi marido!...

—¡Oh! querida mía, no tienes motivo para estarlo... Mi marido es tan prudente que de seguro estaría aquí si hubiese habido el menor peligro. ¡Mientras no le veas, no tengas cuidado!

Esa reflexión chocó mucho a Enriqueta. En efecto, Delaherche no era hombre capaz de exponerse inútilmente. Se tranquilizó, fue a correr las cortinas y abrir las persianas y en el cuarto penetró la luz rojiza del cielo, donde el sol empezaba a dorar la niebla. Una de las ventanas se quedó entreabierta y ahora se oía el cañoneo, en aquella habitación templadita, tan cerrada y tan ahogada hacia un momento.

Gilberta, medio levantada, apoyado el codo en la almohada, miraba el cielo con sus lindos ojos.

—Se están batiendo —murmuró muy bajo.

Su camisa se había bajado bastante, uno de sus hombros estaba desnudo, dejando ver la carne sonrosada y fina, bajo las trenzas de pelo negro, mientras que un olor de amor se exhalaba del despertar aquel.

—¡Se baten tan de mañana, Dios mío!, ¡qué ridículo es batirse!

Las miradas de Enriqueta se fijaron en aquel momento sobre un par de guantes de ordenanza, guantes olvidados sobre un almohadón, y no pudo contener un movimiento de sorpresa. Gilberta se avergonzó, la cogió del brazo y la atrajo hacia sí. Después, ocultando la cara contra su hombro:

—Sí, he comprendido que lo adivinabas, que le habías visto... Querida mía, no me juzgues muy severamente... Es un amigo antiguo, te declararé mi debilidad en Charleville, ¿no lo recuerdas?...

Bajó la voz y continuó muy enternecida:

—Ayer, me rogó tanto, cuando hablamos... Figúrate que se baten hoy, que tal vez

muera... ¿Podía negarme?

Y aquello era heroico y encantador, ese último obsequio, aquella noche feliz en la víspera de una batalla. Se sonreía a pesar de su turbación, con su atolondramiento de pájaro. Nunca hubiera podido negarse ya que todas las circunstancias favorecían la cita.

—¿No me perdonas?

Enriqueta la había escuchado, muy seria. Esas cosas la sorprendían porque no las conocía. Ella era muy distinta. Desde por la mañana solo se acordaba de su marido, de su hermano, expuestos al peligro. ¿Cómo podía dormir tan tranquilamente, estar tan alegre, cuando los seres amados estaban en peligro?

—¿Pero tu marido, y ese muchacho mismo, no te apena no estar con ellos?... No piensas que te los pueden traer de un momento a otro, heridos, tal vez muertos.

Gilberta hizo un gesto como para alejar la horrible visión.

—¡Dios mío!, ¿qué es lo que dices? Qué mala eres en echarme a perder así la mañana. ¡No, no quiero pensar en ello, es demasiado triste!

Y a pesar de todo, Enriqueta se sonrió. Recordaba su niñez; cuando el padre de Gilberta, el comandante Vineuil, nombrado director de Aduanas en Charleville, a consecuencia de las heridas recibidas, había enviado a su hija a una casería, cerca del Chene Populeux, preocupado de oírla toser, temiendo ocurriera con la hija lo que le había pasado con la madre, que acababa de morir, joven aún, tísica. La niña no tenía más que nueve años y ya era muy coqueta, representaba comedias y quería desempeñar siempre el papel de reina, envuelta en los trapos que encontraba, guardando el papel de estaño que envolvía el chocolate para hacerse coronas y pulseras. Más tarde continuó siendo la misma. A los veinte años se casó con el inspector de bosques, Maginot. Mezieres, encerrado entre sus murallas, no le gustaba y continuaba viviendo en Charleville, donde gozaba de mucha libertad y donde había muchas fiestas. Su padre había muerto, y se quedó con un marido muy cómodo, cuya nulidad le ahorraba remordimientos. La maledicencia del pueblo la señalaba muchos amantes y en realidad solo había olvidado sus deberes con el capitán Beaudoin, a pesar de vivir rodeada de uniformes, a consecuencia de las antiguas relaciones de su padre y de su parentesco con el coronel Vineuil, y se comprendía que al elegir un amante, había cedido al irresistible deseo de parecer hermosa y de estar alegre.

—Has hecho muy mal en reanudar esas relaciones —dijo Enriqueta muy seria.

Pero Gilberta la cerraba la boca acariciándola.

—Querida mía, puesto que no podía negarme y que era por una sola vez... Ahora ya lo sabes; prefiero morir a faltar de nuevo a mi marido.

Ni una ni otra se hablaron más, abrazadas cariñosamente, tan distintas como eran. Oían latir sus corazones y hubieran podido comprender cuán distinto era su lenguaje, una, todo alegría, gastándose, dividiéndose, la otra, encerrada en una abnegación heroica, con el heroísmo de las almas fuertes.

—¡Es verdad que se baten! —acabó por decir Gilberta—. Tengo que vestirme en

seguida.

Desde que reinaba el silencio, el ruido de los disparos parecía haber aumentado. Saltó de la cama y sin querer llamar a su doncella, se calzó, se puso un vestido para poder recibir y bajar en cuanto fuera preciso. Al terminar de peinarse, llamaron a la puerta y fue a abrir, pues había reconocido la voz de la anciana señora Delaherche.

—Puede usted entrar, querida mamá.

Con su habitual ligereza, la introdujo sin notar que los guantes de ordenanza se habían quedado sobre el almohadón. Enriqueta se precipitó para cogerlos y tirarlos detrás de una butaca. La señora Delaherche debía haberlos visto, porque durante unos momentos estuvo muy sofocada, como si no pudiese respirar. Miró alrededor del cuarto y se fijó en la cama que había quedado sin hacer.

—Entonces —dijo—, es la señora Weiss, que ha subido a despertarla... ¿Habéis podido dormir, hija mía?...

No había ido para hablar de esas cosas. ¡Ah! ¡Ese matrimonio que su hijo se había empeñado realizar sin su consentimiento, a los cincuenta años, después de veinte años de vida con una mujer fría y triste, él, tan razonable hasta entonces, arrastrado por una pasión incomprensible a su edad, por aquella linda viudita, tan ligera y tan alegre! ¡Se había propuesto vigilar el presente y a pesar suyo el pasado volvía! ¿Debía hablar? Solo vivía en la casa como una protesta muda, siempre encerrada en su cuarto, muy devota y muy rígida. Esta vez la ofensa había sido tan grande que se decidió a hablar a su hijo.

Gilberta, avergonzada, contestaba:

—Sí, he podido dormir algunas horas... Ya sabrá usted que Julio no ha vuelto...

La señora Delaherche la interrumpió. Desde que había empezado el cañoneo estaba muy intranquila aguardando el regreso de su hijo. Pero era una madre heroica, y, se acordó del motivo por el cual había subido.

—Vuestro tío, el coronel, nos envía al médico mayor, señor Bouroche, con una esquela escrita con lápiz, para decirnos si no podríamos dejar instalar aquí una ambulancia... Sabe que tenemos sitio de sobra, en la fábrica, y he puesto el patio a su disposición, y también el secadero... pero debe usted bajar.

—¡Ah!, ¡en seguida, en seguida! —dijo Enriqueta—. Vamos a ayudarles un poco.

Gilberta se prestó de muy buena gana a desempeñar el papel de enfermera. Se arregló un poco el pelo y las tres mujeres bajaron. Al llegar a la puerta de la calle, bajo el porche, vieron mucha gente reunida delante de la puerta. Un carruaje pequeño llegaba, lentamente, arrastrado por un caballo que guiaba un teniente de zuavos. Creyeron que era algún herido.

—¡Sí, sí! es aquí. ¡Entren ustedes!

Las desengañaron. El herido que se encontraba en el fondo del carruaje, era el mariscal Mac Malura, herido en la nalga izquierda, a quien llevaban a la subprefectura, después de haberle hecho la primera cura en la casita de un jardinero. Estaba con la cabeza descubierta, medio desnudo, con los bordados de oro de su

uniforme manchados de polvo y de sangre. Sin hablar había levantado la cabeza y miraba con los ojos extraviados. Después, al ver las tres señoras, sobrecogidas y con las manos juntas ante aquella gran desgracia que pasaba, el ejército entero herido en su jefe, con las primeras granadas, inclinó un poco la cabeza y sonrió cariñosamente. Alrededor suyo se habían descubierto algunos curiosos. Otros contaban ya que el general Ducrot había sido nombrado general en jefe. Eran las siete y media.

—¿Y el emperador? —preguntó Enriqueta a un librero que se encontraba delante de su puerta.

—Hace una hora que se ha marchado —contestó el vecino—. Le he acompañado y le he visto salir por la puerta de Balan... Dicen que una granada le ha roto la cabeza.

Pero el tendero de enfrente se incomodaba.

—Calle usted, esas son mentiras. ¡Solo los buenos perderán la vida!

Hacia la plaza del Colegio, el carruaje que llevaba al mariscal se perdía de vista entre el gentío que iba aumentando y entre el cual circulaban las más estupendas noticias, sobre el campo de batalla. Pero una voz fuerte gritó:

—¡Señoras, no es ahí fuera, es aquí donde hacen ustedes falta!

Entraron las tres y se encontraron delante del médico Bouroche, quien se había quitado el uniforme para ponerse un delantal blanco. Su enorme cabeza con el pelo encrespado y su cara de león le daban un aspecto imponente en aquellos momentos, en que se aparecía con aquel delantal blanco y sin manchas aún. Su aspecto las impuso tanto, que desde el primer momento quedaron dominadas, no sabiendo qué hacer para complacerle.

—No tenemos nada... Denme ustedes trapos, procuren ustedes encontrar colchones, enseñen ustedes a mis hombres donde está la fuente.

Corrieron, se multiplicaron y se convirtieron en criadas sumisas y obedientes.

La fábrica reunía excelentes condiciones para ambulancia. Estaba allí el secadero, que era un salón inmenso, cerrado con cristales, donde podían instalarse cómodamente unas cien camas y al lado se bailaba un cobertizo, donde podrían hacer con mucha comodidad todas las operaciones: habían llevado allí una mesa larga y la fuente se hallaba muy cerca. Los heridos leves podrían aguardar allí con cierta comodidad, sentados sobre la yerba del jardín. El sitio era muy agradable, con aquellos hermosos olmos seculares, cuya sombra lo amparaba todo.

Bouroche había preferido instalarse en seguida en Sedan, previendo la matanza, el enorme empuje que iba a echar allí las tropas. Acababa de dejar cerca del 7.º cuerpo, detrás de Floing, dos ambulancias volantes para las primeras curas, las que debían enviarle los heridos. Todas las escuadras de camilleros estaban encargadas de recoger a los heridos bajo el fuego, teniendo allí el material de coches y furgones. Y Bouroche, exceptuando a dos de sus ayudantes, que se habían quedado en el campo de batalla, se había llevado consigo todo el personal, dos médicos de segunda y tres

practicantes, los que bastarían para las operaciones. Tenía además a sus órdenes tres farmacéuticos y doce sanitarios.

Pero seguía incomodado, según su costumbre, no pudiendo hacer nada sin acalorarse.

—¿Qué demonio hacen ustedes? ¡Pongan ustedes bien esos colchones!... Habrá que echar paja en aquel rincón, si es preciso.

El cañoneo continuaba, y sabía que de un momento a otro tendrían mucho que hacer, que llegarían coches cargados de carne sangrando, y metía prisa para que quedara pronta la sala grande, vacía aún. Después, bajo el cobertizo se hicieron otros preparativos; las cajas para las curas y las de farmacia, colocadas en orden, destapadas, paquetes de hilas, de vendas, de trapos, de aparatos para fracturas; mientras que del otro lado, junto a un envase que contenía cerato y un frasco de cloroformo, se veían las bolsas de cirugía, el acero claro de los instrumentos, las sondas, las pinzas, los cuchillos, las tijeras, las sierras, un arsenal completo, todas las formas agudas y cortantes de lo que escudriña, corta, rasga y derriba. Faltaban las jofainas.

—Ustedes tendrán tarros, botes, cubos, marmitas, cualquier cosa parecida... No vamos a nadar en sangre... ¡Y esponjas, búsqüenme esponjas, a escape!

La señora Delaherche atendía a todo; volvió seguida de tres criadas, cargadas con toda clase de tarros que había encontrado. De pie delante de las bolsas de cirugía, Enriqueta había llamado a Gilberta, enseñándoselas, estremecida. Las dos se cogieron de la mano, se quedaron calladas, unidas, estremecidas de terror, dejando ver en su cara la emoción que las embargaba, la piedad infinita que sentían, y que las trastornaba.

—¡Y decir que le pueden cortar a una cualquier cosa!

—¡Pobres gentes!

Sobre la mesa larga, Bouroche había hecho colocar un colchón, que cubría con un hule, cuando unas pisadas de caballos se dejaron oír en la puerta. Era el primer coche de la ambulancia que entraba en el patio, pero solo traía diez heridos leves, sentados frente a frente, la mayor parte con el brazo en cabestrillo, algunos con heridas en la cabeza, que traían vendada. Bajaron del coche y empezó la visita.

Como Enriqueta, que ayudaba a un soldado muy joven que tenía el hombro atravesado por una bala, a quitarse el capote, lo que le hacía gritar, viera el número de su regimiento, le preguntó:

—¡Usted es del 106.º! ¿Pertenece usted a la compañía Beaudoin?

Pertenecía a la compañía Ravaud. Pero conocía al cabo Juan Macquart, y pudo decir que la escuadra de este no había entrado aun en fuego. Esa noticia tan insignificante bastó para alegrar a Enriqueta: su hermano vivía, cuando su marido hubiese vuelto estaría completamente tranquila.

En aquel momento levantó la cabeza y se quedó perpleja al ver a algunos pasos de ella, en medio de un grupo, a Delaherche contando los peligros que había corrido

desde Bazeilles a Sedan. ¿Cómo se encontraba allí? No le había visto entrar.

—Y mi marido, ¿no está con usted?

Pero Delaherche, a quien su madre y su mujer interrogaban con mucho afán, no se dio prisa en contestarla.

—Aguarde usted un momento.

Después continuó su narración:

—Desde Bazeilles a Balan he estado expuesto a morir veinte veces. ¡Una granizada, un huracán de balas y de granadas! Y he encontrado al emperador hecho un valiente. Después, desde Balan hasta aquí, he echado a correr...

Enriqueta le tocó el brazo.

—¿Mi marido?

—¿Weiss? ¡Pues se ha quedado allí!

—¿Cómo allí?

—Sí, ha cogido el fusil de un soldado muerto y estaba haciendo fuego.

—¡Se bate! ¿Por qué?

—¡Está loco! No ha querido seguirme y le he dejado, naturalmente.

Enriqueta le miraba con los ojos fijos, muy abiertos. Hubo un momento de silencio. Después, tranquila ya, se decidió.

—Está bien, voy allá.

Iba a ir, ¿cómo? No era posible; ¡era una locura! Delaherche hablaba de las balas y de las granadas que barrían el camino. Gilberta la había vuelto a coger de las manos, mientras que la señora Delaherche se esforzaba en demostrarla la temeridad de su proyecto. Con su aire tranquilo y resignado, contestó:

—¡No, todo es inútil, voy allá!

No hubo medio de hacerla desistir, solo aceptó el encaje negro que Gilberta llevaba sobre el pelo. Confiando aún que podría convencerla, Delaherche declaró que la acompañaría hasta la puerta de Balan. Pero acababa de ver al centinela, que en medio del barullo que había originado la instalación de la ambulancia, no cesaba de pasearse por delante de la cochera, donde se encontraba encerrado el tesoro del 7.º cuerpo; y se acordó, tuvo miedo, fue a asegurarse de que los millones estaban allí. Enriqueta se hallaba ya bajo el porche.

—¡Aguárdeme usted! ¡Es usted tan loca como su marido! Palabra de honor.

En aquel momento entraba un nuevo coche de la ambulancia, y tuvieron que apartarse para dejarle pasar. Este, más pequeño, de dos ruedas, conducía dos heridos graves, acostados sobre camillas. El segundo tenía la pierna derecha destrozada. Y en seguida mandó Bouroche colocar a este sobre el hule que cubría el colchón, empezando la primera operación entre el continuo ir y venir de los enfermeros y de los practicantes. La señora Delaherche y Gilberta, sentadas cerca de él, preparaban vendas.

Fuera, Delaherche había alcanzado a Enriqueta.

—Vamos a ver, señora; no vaya usted a hacer esa locura... ¿Cómo quiere usted ir

a ver a Weiss allá? No estará ya, seguramente, y habrá cortado por los campos para venirse... Le aseguro a usted que no hay medio humano de acercarse a Bazeilles.

Pero no le escuchaba, andaba muy de prisa, metiéndose por la calle de Ménil para llegar a la puerta de Balan. Eran cerca de las nueve y Sedan no ofrecía el mismo aspecto lúgubre del amanecer, el despertar desierto entre la espesa niebla. Un sol de plomo recortaba las sombras de las casas, y en las calles, un gentío inmenso obstruía el tránsito, y de vez en cuando pagaba a escape una estafeta. Se formaban grupos alrededor de algunos soldados que habían vuelto a la ciudad, heridos unos levemente y los otros gesticulando, moviéndose, gritando. Y sin embargo, la ciudad hubiese conservado aún su aspecto ordinario, sin las tiendas con los escaparates cerrados, sin las fachadas muertas, donde no se veía ni una persiana abierta. Después eran los cañonazos, esos continuos cañonazos que hacían retemblar las piedras, el suelo, las paredes; hasta las pizarras de los tejados retemblaban.

Delaherche seguía luchando interiormente, no sabiendo qué partido tomar, vacilando entre su deber de hombre valiente que le ordenaba no abandonar a Enriqueta y el miedo que le inspiraba la idea de volver a recorrer aquel camino de Bazeilles, bajo las granadas.

De pronto, al llegar a la puerta de Balan, una oleada de oficiales a caballo que regresaban, los separó. Mucha gente se hacinaba cerca de las puertas aguardando noticias. Echó a correr para encontrar a la joven, pero todo fue inútil: debía hallarse fuera del recinto, andando hacia Bazeilles. Y sin llevar más lejos su celo, dijo en voz alta:

—¡Tanto peor! ¡Es demasiado tonto!

Entonces Delaherche se paseó por Sedan como hombre curioso que no quiere perder detalle alguno, preocupado con todo lo que estaba sucediendo. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Y si el ejército era derrotado, no tendría que sufrir la ciudad? Las contestaciones a esas preguntas que él se daba, quedaban muy oscuras, como dependientes de los sucesos. Pero empezaba a tener miedo por su fábrica, por su casa de la calle de Maque, de donde había sacado todos los valores enterrándolos en sitio seguro. Se fue al ayuntamiento y encontró al municipio en sesión permanente: allí se quedó mucho tiempo sin averiguar nada de nuevo, solo supo que la batalla tomaba mal aspecto. El ejército no sabía a quién obedecer, retirándose hacia atrás durante las dos horas en que el general Ducrot había ejercido el mando en jefe, marchando de nuevo hacia adelante, empujado por el general Wimpffen, que acababa de sucederle en el mando, y estas oscilaciones incomprensibles en posiciones que había que conquistar de nuevo después de haberlas abandonado, aquella total ausencia de plan y de enérgica dirección precipitaban el desastre.

Después, Delaherche se fue hasta la Subprefectura para averiguar sí había regresado el emperador. Solo pudieron darle noticias del mariscal MacMahon a quien un cirujano había hecho la cura de la herida, que no ofrecía peligro, y el cual se encontraba tranquilamente en la cama. Pero a eso de las once tuvo que detenerse

durante un momento en la calle Mayor, delante del hotel de Europa, por un cortejo lento de soldados de caballería, cubiertos de polvo, cuyos caballos marchaban al paso. Y a la cabeza del cortejo reconoció al emperador que volvía a Sedan, después de haber estado cuatro horas en el campo de batalla. La muerte no quería hacer presa en él.

Bajo el sudor de angustia de aquella caminata a través de la derrota, los afeites habían desaparecido de las mejillas, los bigotes tan tiesos antes, se habían aflojado y colgaban lacios, y la cara de color de tierra había tomado el aspecto doloroso de la agonía. Un oficial que se había apeado delante del hotel, se puso a explicar a un grupo el camino que habían recorrido desde la Moncelle a Givonne, por todo el vallecito, entre los soldados del primer cuerpo, al que los sajones habían rechazado sobre la orilla derecha del riachuelo, y habían regresado por el camino cubierto del fondo del Givonne, pero había ya tal confusión, tal atropello, que aunque el emperador hubiese deseado volver al frente de las tropas, no hubiera podido hacerlo sin grandes dificultades; verdad es que no había necesidad de que volviera, ¿para qué?

Mientras Delaherche oía esos detalles una detonación violenta conmovió el barrio entero. Una granada acababa de destruir una chimenea, en la calle Sainte Barbe, cerca del Donjon. Fue aquello un sálvese quien pueda, las mujeres empezaron a gritar. Delaherche se había arrimado contra la pared, cuando una nueva explosión rompió los cristales de una casa cercana. La situación se agravaba si empezaban a bombardear a Sedan y echó a correr hacia la calle Maqua, deseando averiguar algo; subió hasta el tejado y allí estuvo mirando desde una terraza que dominaba la ciudad y sus alrededores.

Se tranquilizó en seguida. El combate se verificaba por encima de la ciudad; las baterías alemanas de la Marfée y de Frénois tiraban por encima de las casas y los proyectiles iban a caer sobre la meseta de la Argelia; la trayectoria de las granadas le interesaba, seguía su vuelo de inmensa curva con una ligera humareda que se quedaba sobre Sedan, semejando pájaros invisibles con una estela de plumas grises. Comprendió desde luego, que unas cuantas granadas que habían reventado sobre los tejados a su alrededor, eran proyectiles perdidos. Todavía no bombardeaban la ciudad. Después mirando con más atención, creyó comprender que esos proyectiles debían contestar a los que habían disparado los cañones de la plaza. Se volvió, examinó hacia el Norte, viendo la ciudadela, aquel conjunto complicado de fortificaciones formidables, las murallas negruzcas, las manchas verdes del glacis, un conjunto geométrico de baluartes y, sobre todo, las tres puntas gigantescas, la de los Escoceses, la del Gran Jardín y la de la Roubette, con sus ángulos amenazadores y después una a modo de prolongación ciclópea avalizaba hacia el Oeste; era el fuerte de Massau al que seguía el fuerte del Palatinado, encima de la calle de Menil. Recibió a la vez la impresión melancólica de una enormidad y la que produce la vista de un juguete. ¿Para qué servían, ahora que con esos cañones los proyectiles volaban de un

extremo a otro del cielo? La plaza no estaba en condiciones de defenderse, no tenía ni los hombres, ni los cañones, ni las municiones necesarias. Desde hacía tres semanas apenas, el gobernador militar había organizado una guardia nacional con ciudadanos de buena voluntad, que debían prestar servicio en los cañones utilizables. De ese modo, en el fuerte del Palatinado disparaban tres cañones, mientras que en la puerta de París había una media docena útiles, pero como solo tenían municiones para unos ocho o diez disparos, los economizaban, tirando solo cada media hora y eso para hacer acto de presencia, porque los proyectiles no llegaban, caían en las praderas de enfrente y las baterías alemanas, despreciándolos, no disparaban más que de vez en cuando, como por caridad.

Lo que interesaba mucho a Delaherche eran esas baterías. Registraba con sus miradas penetrantes los montes de la Marfée, cuando recordó que tenía unos anteojos de larga vista, con los que se había entretenido otras veces en mirar el horizonte. Bajó a buscarlos, volvió a subir y se instaló cómodamente; empezó a orientarse, moviéndolos lentamente pasando ante su vista las tierras, los árboles y las casas hasta que dio por encima de la gran batería de Frénois, sobre el grupo de uniformes que Weiss había visto desde Bazeilles, en el ángulo de un bosque de pinos. Pero Delaherche, gracias a sus anteojos, hubiera podido contar los oficiales de aquel Estado Mayor, tan bien los veía. Algunos estaban medio acostados sobre la yerba, otros de pie formaban grupos; y delante de ellos se veía un hombre solo, de pie también delgado, con el uniforme sin brillo, y que sin embargo parecía ser el amo. Era en efecto el rey de Prusia, muy pequeño, visto a aquella distancia, semejante a uno de esos minúsculos soldados de plomo, juguete de niños. Hasta más tarde no tuvo la certeza de que fuera él, no le perdía de vista, volviendo siempre los cristales hacia aquel hombre pequeñito, cuya cabeza del tamaño de la de un alfiler, solo era un punto apenas visible bajo el cielo azul.

No eran las doce, y el rey seguía la marcha matemática, inexorable, de sus ejércitos, desde las nueve. Marchaban, marchaban siempre por los caminos trazados, completando el círculo, encerrando paso a paso con aquella muralla de hombres y de cañones, a Sedan. El ejército de la izquierda, llegado por la llanura de Donchery, continuaba desembocando por el desfiladero de Saint Albert, pasando por Saint Menges y llegando ya a Fleigneux; y veía perfectamente, detrás del XI cuerpo que peleaba contra las tropas del general Douay, deslizarse al V cuerpo, aprovechando los bosques para dirigirse a Illy, mientras que nuevas baterías venían a aumentar el número de las instaladas; una línea de cañones disparando, alargándose por momentos, el horizonte inflamándose poco a poco. El ejército de la derecha ocupaba ya todo el valle del Givonne, el XII cuerpo se había apoderado de la Moncelle, la guardia prusiana acababa de atravesar Daigny, subiendo el riachuelo, en marcha ya hacia la meseta de Illy, después de haber obligado al general Ducrot a replegarse detrás del bosque del Garenne. Un esfuerzo más y el príncipe real de Prusia darla la mano al príncipe real de Sajonia, en aquellos campos pelados en el lindero mismo del

bosque de los Ardennes. Al sur de la ciudad no se veía ya a Bazeilles, que desaparecía detrás de la humareda producida por los incendios, en la oscura polvareda de una lucha rabiosa.

Y el rey, tranquilo, miraba, aguardaba desde el amanecer. Una hora, dos horas, tal vez tres; solo era ya cuestión de tiempo, un engranaje empujaba al otro, la máquina de aplastar hombres estaba puesta en movimiento y acabaría su misión. Bajo el espacio infinito del cielo que alumbraba el sol, el campo de batalla se estrechaba, toda aquella refriega furiosa, aquella pelea de puntos negros se empujaba, se amontonaba cada vez más, alrededor de Sedan. Los cristales brillaban en la ciudad, una casa parecía quemarse hacia el barrio de la Cassine, a la izquierda.

Después más allá de los campos que habían vuelto a quedarse desiertos, hacia Donchery y Carignan, reinaba una paz absoluta, las aguas claras del Meuse, los árboles magníficos, los campos fecundos, las anchas praderas verdes, bajo el sol ardiente del mediodía, respiraban vida.

El rey había pedido un informe. Sobre el tablero gigantesco quería saber y tener en su mano aquella polvareda de hombres que mondaba. A su derecha un vuelo de golondrinas, asustadas por los cañonazos, revoloteó, se elevó muy alto y se perdió después hacia el Sur.

IV

Sobre el camino de Balan, Enriqueta tuvo que andar primero muy de prisa. No eran más de las nueve; la ancha carretera, bordeada de casas y de jardines, estaba libre aún, obstruida, sin embargo, cada vez más, a medida que se acercaba a Balan, por los vecinos que huían y por las tropas que maniobraban. A cada nueva oleada de gente, se aproximaba contra las paredes, se escurría y seguía avanzando. Y su cuerpo delgado, vestido con su traje oscuro, con su hermoso pelo rubio y su cara diminuta, medio ocultos bajo la toquilla de encaje negro, no llamaba la atención, y nada moderaba su paso ligero y silencioso.

Pero en Balan un regimiento de infantería de marina cerraba el camino. Era una masa compacta de hombres que aguardaban órdenes, escondidos detrás de grandes árboles. Se puso de puntillas y no vio el fin de aquella masa. Trató de hacerse más pequeña aún, para escurrirse. La empujaban, sentía en el costado las culatas de los fusiles. A los veinte pasos, hubo algunas voces de protesta. Un capitán volvió la cabeza y se incomodó.

—¡Eh! buena mujer, ¿está usted loca? ¿A dónde va usted?

—Voy a Bazeilles.

—¿Cómo a Bazeilles?

Estalló una carcajada general. La señalaban con el dedo, se burlaban de ella. El capitán, más tranquilo, añadió:

—¡A Bazeilles! ¡Ya podía usted llevarnos en su compañía!... Estábamos allí hace un momento y creo que volveremos; pero la prevengo que allí no hace frío.

—Voy a Bazeilles a buscar a mi marido —declaró Enriqueta con voz suave, mientras que sus ojos, de un azul pálido, reflejaban su decisión tranquila.

Dejaron de reír, un sargento la sacó de entre las filas, obligándola a volver hacia atrás.

—¡Buena mujer, ya ve usted que no es posible pasar...! No es cosa fácil para una mujer ir a Bazeilles en estos momentos... Ya encontrará usted más tarde a su marido... ¡Vamos, atienda usted a razones!

Tuvo que ceder; se paró, empinándose a cada momento para ver a lo lejos, empeñada a continuar la caminata. Lo que oía decir en su alrededor la servía para formarse idea de lo que había pasado. Los oficiales se quejaban amargamente de la orden de retirada, que los había obligado a abandonar Bazeilles, desde las ocho y cuarto, cuando el general Ducrot, al suceder en el mando del ejército al mariscal MacMahon, había querido concentrar todas las tropas sobre la meseta de Illy. Lo peor era que el 1.^{er} cuerpo, habiendo retrocedido demasiado pronto, entregó el valle del Givonne a los alemanes, y el 12.^o cuerpo, atacado con mucho brío de frente, había

sido desbordado por su flanco izquierdo. Y ahora que el general Wimpffen sucedía al general Ducrot, el primitivo plan volvía a dominar, y llegaba la orden de ocupar Bazeilles a todo trance, para echar a los bávaros al Meuse. ¿No era una tontería haberles hecho abandonar una posición que tenían que tomar ahora, cuando el enemigo era dueño de ella? ¡Estaban dispuestos a hacerse matar, pero no por capricho!

Hubo en aquel momento un gran movimiento de hombres y de caballos; el general Wimpffen se presentó, firme sobre los estribos, la cara ardiente y exaltado, dijo:

—Amigos míos, no podemos retroceder, sería el acabose... Si tenemos que batirnos en retirada, iremos sobre Carignan, de ningún modo sobre Mezieres... ¡Pero venceremos; los habéis derrotado esta mañana y los derrotaréis ahora!

Se alejó al galope por un camino que subía hacia la Moncelle. Circulaban rumores según los cuales había tenido con el general Ducrot una discusión violenta, sosteniendo cada cual su plan y atacando el del contrario, declarando uno que la retirada sobre Mezieres no era posible desde aquella mañana, y profetizando el otro que antes de la caída de la tarde, si no se retiraban sobre la meseta de Illy, el ejército se vería encerrado. Se habían acusado mutuamente de no conocer el país ni la verdadera situación de las tropas. Lo peor era que los dos tenían razón.

Hacía un rato que Enriqueta estaba distraída de su afán de avanzar. Acababa de reconocer en el borde del camino, toda una familia de Bazeilles, de pobres tejedores, el marido, la mujer y tres hijas, la mayor de nueve años. Estaban tan destrozados, tan rendidos de cansancio y tan desesperados, que no habían podido ir más allá.

—¡Ah! mi querida señora —decía la mujer a Enriqueta—, no tenemos ya nada... Ya lo sabe usted, nuestra casa estaba en la plaza de la Iglesia y una granada la ha pegado fuego. No sé cómo hemos podido salvarnos.

Las tres niñas al recordar aquella escena empezaron a llorar, mientras que la madre continuaba dando detalles acerca de la misma.

—He visto arder el telar como si fuera paja... las camas, los muebles, todo ha ardido... y hasta el reloj, sí, el reloj que no he podido coger.

—¡Dios de Dios! —dijo el marido, de cuyos ojos caían lagrimones—, ¿qué va a ser de nosotros?

Enriqueta, para tranquilizarlos, dijo en voz baja:

—Están ustedes juntos, sanos y salvos; ¿de qué se quejan ustedes?

Después preguntó, quiso saber lo que había ocurrido en Bazeilles, si habían visto a su marido y cómo habían dejado la casa. Pero con el espanto que les había trastornado, sus contestaciones eran contradictorias. No, no habían visto al señor Weiss. Una de las niñas dijo que le había visto sobre la acera, tendido y con un boquete en la cabeza y su padre le largó una bofetada para hacerla callar, porque, según él, mentía. En cuanto a la casa debía de estar en pie cuando habían huido y aun recordaban haber notado al pasar que la puerta y las ventanas estaban bien cerradas,

como si no hubiese nadie dentro. En aquel momento los bávaros solo ocupaban la plaza de la Iglesia y tenían que tomar el pueblo calle por calle, casa por casa. Pero debían haber ganado mucho terreno, todo Bazeilles debía arder en aquel momento. Y aquellas pobres gentes continuaban hablando de esas cosas, asustados aún, moviendo los brazos y evocando la horrible visión; los tejados ardiendo, la sangre que corría y los muertos que cubrían la tierra.

—¿Y mi marido? —repitió Enriqueta.

No contestaban ya, lloraban tapándose la cara con las manos. Se quedó allí presa de una ansiedad atroz, temblando un poco, pero sin desfallecer. ¿Qué debía hacer? Aunque se esforzaba en creer que la niña se había equivocado, veía a su marido atravesado en la calle, con la cabeza abierta por una bala. Después, aquella casa tan herméticamente cerrada la preocupaba. ¿Por qué estaba cerrada? ¿No estaba allí? La certidumbre de que había muerto la heló el corazón. Pero tal vez solo estuviese herido y la necesidad de ir allá, de estar a su lado, la empujaba de tal modo, que quería intentar atravesar las filas de nuevo. En aquel momento las cornetas tocaban marcha.

Muchos de aquellos soldados bisoños habían llegado de Tolón, de Brest y de Rochefort, con muy poca instrucción y sin haber sido aún fogueados, y ya desde por la mañana se batían como unos veteranos. Ellos que, desde Reims a Mouzon, habían caminado tan pesadamente por la falta de costumbre, se revelaban ahora como los más disciplinados, los más fraternalmente unidos por aquellos lazos que impone el deber y la abnegación frente al enemigo. Tocaban las cornetas y volvían al fuego, volvían al ataque a pesar de la cólera que sentían. Tres veces les habían prometido enviarles en su apoyo una división que no llegaba nunca. Se veían abandonados y sacrificados. Les pedían su vida a todos llevándolos de nuevo a Bazeilles, después de haberlo evacuado. Y lo sabían y daban su vida sin sublevarse, apretando las filas, abandonando los árboles que los protegían para ir a recibir balas y granadas.

Enriqueta lanzó un suspiro. ¡Por fin marchaban! Los siguió, creyendo poder llegar con ellos, dispuesta a echar a correr si corrían. De nuevo se pararon, llovían los proyectiles e iba a ser necesario para recuperar a Bazeilles ganar cada metro de camino, apoderarse de las callejuelas, de las casas, de los jardines, a derecha e izquierda. Las primeras filas habían empezado a tirar y solo avanzaban a saltos, los menores obstáculos hacían perder mucho tiempo. Nunca podría llegar si se quedaba a la cola, aguardando la victoria.

Entonces formó el proyecto de llegar a Bazeilles por aquellas vastas praderas que bordean el Meuse, aunque no comprendía bien cómo podría hacerlo. De pronto se quedó parada frente a un pequeño mar, inmóvil, que la cerraba el camino por aquel lado. Eran las tierras bajas que habían sido inundadas, formando un lago de defensa, y de las cuales no se había acordado. Quiso volver hacia atrás, pero después se arraigó, siguió por el borde, en la hierba mojada, hundiéndose hasta la canilla. Así anduvo un centenar de metros. Después tropezó con la pared de un jardín, el terreno se hundía, el agua chocaba contra el muro, de una profundidad de dos metros. Era

imposible pasar. Apretaba los puños de rabia, tuvo que hacer un esfuerzo para no empezar a llorar. Pasados los primeros momentos, se serenó, bordeó el muro, se creyó salvada, porque conocía aquel dédalo, aquellos senderos que conducían al pueblo mismo.

Pero allí caían granadas. Enriqueta se quedó parada, muy pálida, aterrada por el estrépito de un disparo. Un proyectil acababa de estallar delante de ella, a algunos metros. Volvió la cabeza, examinó las alturas de la margen izquierda, donde estaban emplazadas las baterías alemanas; comprendió entonces de donde venía el peligro y siguió andando con los ojos fijos en el horizonte, buscando las granadas para evitarlas. En la temeridad loca de su carrera se hallaba sostenida por su sangre fría, por toda aquella tranquila bravura de que se hallaba poseída su alma y de que tantas pruebas había dado en el rudo combate por la vida. No quería que la mataran, quería encontrar a su marido, cogerle, vivir juntos, felices aún. Las granadas caían sin cesar, andaba pegada a las paredes, aprovechando los resquicios de las puertas. Se presentó un espacio al descubierto, al final de un camino destrozado, cubierto de pedazos de granadas; y aguardaba bajo un cobertizo, cuando vio delante de sí, en un agujero que casi tocaba con el suelo, la cabeza curiosa de un niño que miraba. Era un chicuelo de unos diez años, descalzo, vestido con una camisa y un pantalón hecho pedazos, algún merodeador a quien la batalla divertía. Sus ojillos negros brillaban y a cada disparo gritaba alegremente:

—¡Qué bonitos son!... ¡No se mueva usted!... ¡Ahí viene una!... ¡Bum!, ¡vaya un ruido que ha hecho esa!... ¡No se mueva, no se mueva usted!

Y a cada disparo se bajaba al fondo del agujero, reaparecía, levantaba la cabeza para volver a desaparecer.

Enriqueta notó entonces que las granadas venían del Liry, mientras que las baterías de Pont Maugis y de Noyers solo tiraban sobre Balán. Veía perfectamente el humo a cada disparo; después oía el silbido que seguía al cañonazo. Debió de haber un descanso porque se disipó la humareda, lentamente.

—¡Con seguridad que están echando un trago! —dijo el rapaz—. ¡Pronto!, ¡pronto!, ¡deme usted la mano, vamos a marcharnos!

La cogió la mano, la obligó a que le siguiera; y los dos corrieron, juntos, bajando la cabeza, salvando así el espacio descubierto; al llegar al otro extremo, al ocultarse detrás de un montón de haces, se volvieron y en aquel momento vieron que una granada caía sobre el cobertizo que acaban de dejar. El estrépito fue horrible, el cobertizo se vino a tierra.

El chicuelo se volvió loco de alegría, encontrando aquello muy divertido.

—¡Bravo!, ¡bien! ¡Vaya un destrozo!... ¡Pues lo hemos dejado a tiempo!

Pero otra vez Enriqueta tropezaba contra obstáculos infranqueables, contra unas tapias de jardín, sin camino alguno. Su pequeño compañero saltó sobre la tapia, se reía, decía que siempre había un medio de pasar. Después la ayudó a saltarla y se encontraron al otro lado, en una huerta sembrada de judías y de guisantes. Estaba

cercada por todas partes y para salir de allí tuvieron que pasar por la casa del hortelano. Él, silbando, con los brazos al aire, marchaba el primero, no extrañándose de nada. Abrió una puerta, se encontró dentro de una habitación, pasó a otra, donde había una mujer anciana, la única persona que había quedado allí. Parecía estar atontada, de pie, cerca de una mesa. Miró aquellos dos desconocidos que pasaban por su casa y no les dijo una palabra ni ellos tampoco. En seguida salieron a una callejuela por donde anduvieron un rato. Después se les presentaron otros obstáculos, durante un kilómetro, saltaban tapias, franqueaban zanjas, una carrera por el camino más corto, por las puertas cocheras, por las ventanas de las habitaciones que lograban franquear. Los perros ladraban, estuvieron a punto de caer atropellados por una vaca. Pero debían acercarse, un olor de incendio llegaba hasta ellos, grandes humaredas rojizas, parecidas a gasas volantes, obscurecían a cada momento el sol.

De pronto, el muchacho se detuvo y se plantó delante de Enriqueta.

—Dígame señora, ¿a dónde va usted?

—Pero ya lo ves, a Bazeilles.

Silbaba, se echó a reír, como un chicuelo que se escapa de la escuela.

—A Bazeilles... ¡Ah! pues yo no voy por allí... Yo voy a otra parte. Adiós.

Se escapó, se fue como había venido, sin que pudiese saber de dónde salía ni a dónde iba. Le había visto asomar por un agujero y le perdió de vista detrás de una pared, y nunca volvería a verle.

Cuando se encontró sola, Enriqueta tuvo miedo. No era una gran protección la que podía prestarle aquel niño, pero su charla la entretenía. Y ahora temblaba, ella tan valiente. Las bombas habían cesado de caer, los alemanes no tiraban sobre Bazeilles por temor, sin duda, de matar a sus compañeros, dueños del pueblo. Pero desde algunos instantes oía silbar las balas, ese zumbido de moscones de que la habían hablado y que ahora recordaba. A lo lejos había tal confusión, tal clamoreo, que no oía ni el ruido de los disparos, tan violentos eran los clamoros. Al dar la vuelta a una casa, oyó, cerca de su oído, un ruido apagado, la caída de un trozo de yeso, que la hizo detenerse: una bala acababa de empotrarse en la fachada, y quedó allí, quieta, paralizada. Después, antes de saber si tendría valor de continuar, recibió, en la frente un golpe como un martillazo y cayó de rodillas, atontada. Una segunda bala al rebotar la había rozado cerca de la ceja izquierda, pero sin penetrar dentro de la cabeza. Se llevó las manos a la frente y las retiró ensangrentadas. Pero había sentido que tenía la cabeza sana, intacta bajo sus dedos y dijo en alta voz, como para darse ánimos.

—No es nada, no es nada. Vamos, no tengo miedo, ¡no! no tengo miedo...

Y era verdad; se levantó, echó a andar entre las balas, sin preocuparse, sin miedo, sin darse cuenta del peligro que corría, como una criatura que hace el sacrificio de su vida. No intentaba ocultarse, protegerse, marchaba derecha, con la cabeza alta, no alargando el paso más que con el deseo de llegar antes. Los proyectiles se aplastaban a su alrededor; más de veinte veces estuvo expuesta a morir, y no hacía caso. Su deseo de llegar, su ligereza al andar, su actividad de mujer callada, parecían ayudarla,

y ella, tan delicada, pasaba por entre aquel peligro, tan fina, tan suelta, que escapaba a él. Estaba por fin en Bazeilles, tomó por mitad de un sembrado para llegar a la calle que servía de carretera y que atraviesa el pueblo. Al desembocar, vio a unos doscientos metros, su casa que ardía, con el tejado aplastado y saliendo por las ventanas bocanadas de humo negruzco. Entonces echó a correr.

Weiss, desde las ocho, se había encerrado allí, separado de las tropas que se replegaban. El regreso a Sedan se había hecho imposible, porque los bávaros, desbordándose por el parque de Montivillers, habían cortado la línea de retirada. Estaba allí solo con el fusil y los cartuchos que le quedaban, cuando vio delante de la puerta unos diez soldados, que se habían quedado atrás, como él, aislados de sus compañeros, buscando con la vista un refugio, para vender cara su vida. A escape bajó y les abrió la puerta y entonces la casa tuvo una guarnición, un capitán, un cabo, ocho hombres, todos fuera de sí, rabiosos, dispuestos a no rendirse.

—¡Calle! Lorenzo, ¿es usted de los nuestros? —dijo Weiss, sorprendido de ver entre ellos a un muchacho delgado, que tenía un fusil en la mano, cogido, sin duda, al lado de un cadáver.

Lorenzo, con pantalón y chaqueta de tela azul, era un jardinero de las cercanías, de unos treinta años, que había perdido a su mujer y a su madre, muertas a consecuencia de la misma enfermedad.

—¿Por qué no había de formar parte? —dijo—, no tengo más que este cuerpo y bien puedo darlo. Y además, esto me entretiene, pues ya sabe usted que no soy manco, y va a tener que ver; tumbar a uno de cada tiro.

El teniente y el cabo inspeccionaban la casa. Nada había que hacer en la planta baja y se contentaron con colocar los muebles contra las puertas y ventanas para hacer sólidas barricadas. Después, en las tres habitaciones del primer piso y en el granero, organizaron la defensa, aprobando desde luego los preparativos hechos por Weiss; los colchones que defendían las ventanas, las troneras abiertas a distancias iguales. Al asomarse el capitán para ver los alrededores oyó gritos de un niño.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Weiss se acordó entonces de Carlitos; enfermo con la cara roja pididiendo agua a su madre, que ya no podía contestarle, con la cabeza destrozada, muerta en la acera. Y al recordar aquella visión dolorosa, contestó:

—Es un pobre chico, enfermo, cuya madre ha muerto, deshecha por una granada.

—Tienen que pagarlo muy caro —dijo Lorenzo.

Solo llegaban aún a la fachada algunas balas perdidas. Weiss y el capitán, acompañados del jardinero y de dos hombres, habían subido al granero desde donde podían vigilar el camino. Le veían oblicuamente hasta la plaza de la iglesia. Esa plaza estaba ahora en poder de los bávaros, pero no avanzaban mucho, tomaban muchas precauciones. En una callejuela, un puñado de soldados los contuvo cerca de un cuarto de hora, haciendo un fuego tan nutrido que los muertos se amontonaban. Después fue en una casa, en otro esquinazo de la que tuvieron que apoderarse antes

de pasar adelante. En un momento en que la humareda se había disipado vieron a una mujer que disparaba desde una ventana. Era la casa de un panadero en la cual se encontraban algunos soldados, que también se habían retrasado, mezclados con los vecinos; y al ser tomada la casa, hubo gritos, atropellos, una oleada de personas fue arrastrada hasta el muro de enfrente; aparecieron allí las faldas de una mujer, una chaqueta de hombre, pelos blancos encrespados, después se oyó una descarga de pelotón y saltó sangre hasta el coronamiento de la pared. Los alemanes eran inflexibles; toda persona cogida con las armas en la mano, que no perteneciese a los ejércitos beligerantes, era fusilada en el acto, como culpable de haberse puesto fuera del derecho de gentes. Ante la furiosa resistencia del pueblo, su cólera aumentaba y las pérdidas enormes que llevaban sufriendo en las cinco horas de ataque, les hacían tomar represalias atroces. Los arroyuelos arrastraban sangre, los muertos cerraban las calles, en algunas encrucijadas había montones de cadáveres de donde salían gritos de agonía. Así es que cada casa que tomaban al asalto, la incendiaban; unos corrían con antorchas, otros echaban petróleo a las puertas y muy pronto calles enteras empezaron a arder y Bazeilles se convirtió en una hoguera.

En medio del pueblo solo quedaba la casa de Weiss, con sus persianas cerradas, semejando una fortaleza dispuesta a no rendirse.

—¡Atención! ya están aquí —gritó el capitán.

Una descarga salida del primero y del último piso derribó en tierra a dos bávaros que avanzaban siguiendo las paredes. Los otros se replegaron y se emboscaron en los recodos de la calle y el sitio de la casa empezó en toda regla; fue tal lluvia de balas lanzada contra ella, que parecía un huracán de granizo. Durante diez minutos aquel fuego no cesó, agujereando las paredes sin causar daño. Pero uno de los hombres que el capitán tenía en el granero, cometió la imprudencia de asomarse y recibió un balazo en la frente.

—¡Uno de menos! —dijo el capitán—. ¡Tengan cuidado, que somos pocos para hacernos matar por capricho!

Había cogido un fusil y tiraba, amparado detrás de una ventana. Lorenzo, el jardinero, le causaba admiración. De rodillas, con el cañón de la escopeta apoyado en una rendija, no disparaba un tiro sin hacer blanco, anunciando de antemano el resultado.

—Al oficial, a aquel chiquitín, en el corazón... —Al otro de más lejos, el alto y flaco, entre las cejas...—. A ese gordo que tiene la barba rubia y que me molesta, en el vientre...

Y a cada tiro el hombre caía, herido en el sitio señalado, y Lorenzo continuaba con mucha calma, no se precipitaba, porque necesitaba mucho tiempo para matarlos a todos.

—¡Ah!, ¡si tuviese buena vista! —decía Weiss enfurecido.

Acababa de romper las gafas y estaba desesperado. Le quedaban los lentes, pero no se le sujetaban encima de las narices, tanto era lo que sudaba, y a menudo tiraba al

azar, calenturiento, temblándole las manos. Un afán creciente, una pasión loca, había hecho desaparecer su calma habitual.

—No se precipite usted, no sirve para nada —decía Lorenzo—. Mire usted, apunte con cuidado a aquel que no tiene casco, en la esquina del tendero... Muy bien, muy bien, le ha roto: usted una pata y está danzando en su propia sangre.

Weiss, un poco pálido, miraba.

—Acábele usted —dijo a Lorenzo.

—¿Perder una bala?, ¡ah!, ¡no! Vale más tumbar a otro.

Los sitiadores debían haber notadlo aquel fuego certero que salía del granero. No podía avanzar un hombre sin caer a tierra. Trajeron tropas frescas y dieron orden de acribillar el tejado, y desde aquel momento fue imposible sostenerse en el granero; las pizarras se rompían, las balas penetraban por todas partes, zumbando como abejas. A cada segundo, corrían peligro de morir.

—Bajemos —dijo el capitán—. Podremos resistirnos en el primer piso.

Al dirigirse a la escalera, una bala le alcanzó en la ingle y cayó a tierra.

—¡Demasiado tarde! —dijo.

Weiss y Lorenzo, auxiliados por el soldado que quedaba, quisieron bajarle, aunque él les decía que no perdieran el tiempo ocupándose de él; tenía lo que le hacía falta y lo mismo le daba morir arriba que abajo. Sin embargo, al echarle en una cama en el primer piso, continuó dirigiendo la defensa.

—Tiren ustedes al montón, no se ocupen de los demás, mientras el fuego no cese; son demasiado prudentes para arriesgarse.

En efecto, el sitio de la casa se eternizaba. Muchas veces parecía que iba a desaparecer bajo la tempestad de hierro que la acribillaba y bajo las ráfagas, en cuanto se disipaba el humo volvía a aparecer de pie, destrozada, agujereada, escupiendo metralla por cada uno de sus boquetes. Los sitiadores, desesperados de verse detenidos tanto tiempo y de perder tanta gente delante de aquella casucha, aullaban, tiraban a distancia, sin tener valor para asaltarla y echar abajo puertas y ventanas.

—¡Cuidado! —dijo el cabo—. ¡Esta persiana se cae!

La violencia de las balas acababa de arrancar una persiana de sus goznes. Pero Weiss, a escape, colocó un armario contra la ventana y Lorenzo, emboscado detrás de él, pudo continuar disparando. Un soldado había caído a sus pies con la boca destrozada y perdiendo mucha sangre. Otro recibió un balazo en la garganta, rodó hasta el muro y murió en un estremecimiento último. Solo quedaban ocho hombres, sin contar el capitán que, demasiado débil para poder hablar, acostado en la cama, daba aún órdenes, por medio de señas.

Lo mismo que en el granero, en los tres cuartos del primer piso, empezaba a ser imposible la situación, porque los colchones, hechos ya pedazos, no resguardaban de los proyectiles; trozos de yeso calan de los techos y de las paredes, los muebles se hacían pedazos, los costados del armario se abrían como si recibieran hachazos, y lo

peor era, que iban a faltar municiones.

—¡Qué lástima! —dijo Lorenzo—, ¡ahora que la cosa marcha bien!

Weiss tuvo una idea feliz.

—Aguarde usted.

Se acordó del soldado muerto en el granero. Subió y le registró para cogerle los cartuchos que debía tener. Todo un costado del tejado se había caído y vio el cielo azul, un trozo de luz que le extrañó. Para que no le mataran se arrastraba de rodillas. Después, cuando cogió los cartuchos, unos treinta, bajó corriendo.

Pero abajo, mientras repartía las municiones con el jardinero, un soldado lanzó un grito y cayó de rodillas. No eran más que siete y a poco rato quedaron reducidos a seis, pues el cabo recibió en el ojo izquierdo una bala que le hizo saltar los sesos.

Desde aquel momento Weiss no tuvo conocimiento de lo que hacía. Él y los otros cinco continuaron disparando como locos, acabando los cartuchos y sin figurarse que tenían que rendirse. En los tres cuartos el suelo estaba obstruido por trozos de muebles. Los muertos estorbaban el paso. Un herido en un rincón lanzaba gritos horribles. Un hilito de sangre bajaba por las escaleras. El aire era ya irrespirable; el ambiente respirado por la pólvora, una humareda, un polvo nauseabundo; una obscuridad casi completa que atravesaban como relámpagos las llamaradas de los disparos.

—¡Demonio! —dijo Weiss—, ¡traen un cañón!

Era verdad. Desesperados, viendo que no podían dominar a aquel puñado de valientes, que los retrasaban, los bávaros estaban colocando un cañón en la esquina de la plaza de la plaza de la Iglesia. Tal vez pudieran pasar al cabo, cuando hubiesen echado la casa abajo a fuerza de cañonazos. Y aquel honor que les dispensaban, aquella artillería que los apuntaba, acabó por enardecer más a los sitiados, que se burlaban despreciándolos. ¡Ah!, ¡los canallas, los cobardes, con su cañón! Siempre arrodillado, Lorenzo apuntaba a los artilleros, matando un hombre de cada tiro; hasta tal punto que no pudieron servirse del cañón, y pasaron cinco o seis minutos antes de que dispararan el primer cañonazo, demasiado alto, pues solo se llevó un trozo de tejado.

Se acercaba el fin del combate. Registraban los muertos, pero ya no quedaba ni un cartucho. Extenuados, rendidos, los seis hombres buscaban a tientas para ver qué podrían tirar por las ventanas, para aplastar enemigos. Uno de ellos, que se dejó ver, vociferando, apretando los puños de rabia, recibió una descarga y quedó muerto. ¿Qué hacer? ¿Bajar, tratar de escapar por el jardín y por las praderas? En aquel momento se oyó un tumulto abajo, una oleada furiosa subió por la escalera: eran los bávaros que habían dado vuelta a la casa, que habían echado abajo la puerta del corral invadiendo la casa. Un combate terrible empezó en las habitaciones, entre los cadáveres y los muebles destrozados. Uno de los soldados cayó atravesado de un bayonetazo en el pecho y los otros dos fueron hechos prisioneros, mientras que el capitán, que acababa de lanzar su último suspiro, permanecía con la boca abierta y los

brazos levantados, como para dar una orden.

Un oficial, un rubio, armado con un revólver, y cuyos ojos inyectados en sangre parecían querer salir de las órbitas, había visto a Weiss y a Lorenzo, el uno con su paletó y el otro con su chaqueta azul, y los apostrofaba en francés:

—¿Quiénes sois?, ¿qué hacéis aquí?

Después, al verlos tan negros de la pólvora comprendió, los injurió en alemán, temblando de rabia. Los apuntaba ya con su revolver para matarlos, cuando los soldados a quienes mandaba se tiraron sobre ellos y los empujaron por la escalera; los arrastraron en medio de aquella oleada que los echó a la calle y los hizo rodar hasta la pared cercana de enfrente, entre un griterío tal que no se oía la voz de los jefes. Durante unos momentos mientras que el oficial rubio los sacaba de entre las garras de los soldados, para fusilarlos, pudieron ponerse en pie y ver lo que pasaba.

Otras casas ardían en Bazeilles, y el pueblo entero iba a ser convertido en hoguera. Por las altas ventanas de la iglesia salían llamaradas. Unos soldados que habían echado a una señora fuera de su casa, la habían obligado a que les entregara cerillas para pegar fuego a su cama.

Los incendios se multiplicaban; con hachones y con petróleo atizaban los bávaros el fuego, y no era más que una guerra de salvajes, enloquecidos por el furor de la lucha; fiera venganza de sus muertos, de los montones de sus muertos, sobre los cuales marchaban. Bandadas de soldados aullaban entre el humo y las chispas, en el espantoso alboroto producido por todos los gemidos, por la agonía, por los tiros, por los hundimientos. Apenas se veían; una gran polvareda subía, obscurecía el sol, se sentía un hedor insoportable de sangre y de hollín, como preñado de las abominaciones de la matanza, de la carnicería.

Mataban aún, destruían en todos los rincones; el bruto suelto, la imbécil rabia, la locura furiosa del hombre destruyendo al hombre.

Y Weiss, por último, delante de sí vio su casa que ardía. Algunos soldados habían acudido con antorchas, otros activaban las llamas lanzando pedazos de muebles. Con gran rapidez ardió el piso bajo; la humareda salió por todos los agujeros de la fachada y del tejado. Pero ya la tintorería de al lado se quemaba, y, caso horroso, se oyó la voz de Carlitos, acostado en su cama, delirando, que continuaba llamando a su madre, mientras que las ropas de la infeliz, tendida en el suelo con la cabeza destrozada, empezaban a arder.

—¡Mamá, tengo sed!... ¡Mamá, dame agua!

Las llamas lamieron la casa, la voz se apagó, no se oyeron más que los gritos de los vencedores.

Pero por encima de los ruidos y de los clamores, se oyó un grito terrible dominándolo todo. Era Enriqueta que llegaba y que acaba de ver a su marido contra la pared, enfrente de un pelotón preparando las armas.

Se echó a su cuello.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa? ¡No irán a matarte!

Weiss, estupefacto, la miraba. ¡Ella! ¡Su mujer tanto tiempo deseada, adorada, idolatrada! Y un estremecimiento le despertó. ¿Qué había hecho? ¿Por qué se había quedado a tirar en vez de ir a buscarla como lo había jurado? En un momento vio perdida su felicidad, la separación violenta y para siempre. Después vio la sangre que corría por la frente de su mujer, y maquinalmente, balbuceando, anonadado al volver a la realidad de la existencia, preguntó:

—¿Estás herida?... Es una locura haber venido aquí...

Ella le interrumpió:

—Yo no tengo nada, es un rasguño... Pero ¡y tú, tú! ¿Por qué te tienen aquí? ¡No quiero que te maten!

El oficial, que en medio de la calle hacía esfuerzos para que retrocediera el pelotón, se volvió al oír una discusión. Cuando vio aquella mujer abrazada a un prisionero, añadió en francés:

—¡Eh! ¡No hagamos tonterías!... ¿De dónde sale usted? ¿Qué quiere usted?

—Quiero mi marido.

—¿Su marido, ese hombre?... Ha sido condenado y tiene que hacerse justicia.

—Quiero mi marido.

—Vamos, sea usted razonable... sepárese usted, no queremos hacerla daño.

—Quiero mi marido.

Renunciando entonces a convencerla, el oficial iba a dar la orden de arrancarla de brazos del prisionero, cuando Lorenzo, callado hasta entonces, impasible, se permitió intervenir.

—Oiga usted, yo he sido el que ha matado tanta gente, y si me fusilan estamos en paz. Además, no tengo padre, ni madre, ni mujer, ni hijo... Mientras que este señor es casado... Suéltele usted, y después me ajustará usted la cuenta...

Fuera de sí, el capitán gritó:

—¡Vaya unos cuentos! ¿Se quieren burlar de mí?... ¡Vamos a ver, un hombre de buena voluntad, que se lleve a esa mujer!

Tuvo que repetir la orden en alemán, y un soldado se adelantó, un bávaro, grueso, con cabeza enorme, con barba y pelo rojos, encrespados, bajo los cuales solo se veía una nariz cuadrada y grandes ojos azules. Estaba manchado con sangre, horrible, parecido a uno de esos osos de la caverna, uno de esos animales enrojecidos con la sangre de sus presos, cuyos huesos está destrozando.

Enriqueta repetía dando alaridos que desgarraban el alma.

—¡Quiero mi marido, matadme con él!

Pero el oficial decía que no era un verdugo, y se daba puñetazos en el pecho; decía que si algunos mataban seres inocentes, él no lo bacía. No había sido condenada y prefería cortarse la mano a tocarla un solo pelo de su cabeza.

El soldado bávaro se acercaba y Enriqueta se pegó al cuerpo de Weiss, con todos sus miembros, alocada.

—¡No me dejes ir!, ¡guárdame conmigo!, ¡quiero morir contigo!...

Weiss lloraba, y sin contestar trataba de soltarse, movía sus hombros, hacía cuanto podía por deshacerse de aquella infeliz, cuyos dedos le agarraban convulsivamente.

—No me quieres ya, quieres morir sin mi... guárdame conmigo, esto los cansará y nos matarán juntos.

Había logrado desasir una de sus manos y la apretaba contra su boca, la besaba, mientras intentaba hacerla soltar la otra.

—¡No, no, quiero morir!...

Por fin logró sujetarla ambas manos. Había estado callado hasta entonces y no dijo más que una palabra:

—Adiós, querida esposa.

Y él mismo la echó en brazos del bávaro; que se la llevaba. Pugnaba por soltarse, gritaba mientras que el soldado, para calmarla, le dirigía algunas palabras. De un esfuerzo violento logró desasir su cabeza y lo vio todo.

La escena duró tres segundos. Weiss, a quien se le habían caído los lentes, quiso ponérselos inmediatamente para ver bien la muerte de frente. Retrocedió, se pegó contra la pared, cruzando los brazos y con su chaqueta hecha pedazos, aquel hombrón tan pacífico tenía la cara exaltada, admirable por su valor. Cerca de él, Lorenzo había metido las manos en los bolsillos. Parecía estar indignado con aquella escena cruel, de aquellos abominables salvajes que mataban los hombres a la vista de sus mujeres; se puso derecho, los miró cara a cara y les escupió con voz llena de desprecio esta palabra:

—¡Cochinos!

El oficial había hecho la señal con su espada, y los dos hombres cayeron como unas mazas, el jardinero con la cara contra el suelo, el otro, el tenedor de libros, de costado a lo largo de la pared. Este, antes de morir, tuvo una convulsión, los párpados temblones, la boca abierta para hablar aún. El oficial, se acercó, le tocó con el pie, para asegurarse si había muerto.

Enriqueta lo había visto todo, aquellos ojos moribundos que la buscaban, aquel estertor de la agonía, aquella bota empujando el cuerpo. No gritó, mordió silenciosamente, furiosamente, lo que pudo, una mano que sus dientes encontraron. El bávaro lanzó un tremendo aullido de dolor. La hizo caer, estuvo a punto de aplastarla. Sus caras se tocaban, nunca debía olvidar aquella barba y aquellos pelos rojizos, manchados de sangre, aquellos ojos azules, abiertos y torcidos por la rabia.

Más tarde, Enriqueta no pudo recordar lo que sucedió después. No había tenido más que un deseo, volver cerca del cuerpo de su marido, cogerle, vigilarle. Pero como ocurre en las pesadillas, se presentaban toda clase de obstáculos, deteniéndola a cada paso. De nuevo acababa de empezar el tiroteo, las tropas alemanas que ocupaban a Bazeilles, empezaron a moverse; era que llegaba la infantería de marina y el combate volvió a empezar con tal violencia, que la joven fue rechazada a la izquierda en una callejuela, con un rebaño de vecinos despavoridos. Además el

resultado de la lucha no podía ser dudoso, era demasiado tarde para conquistar de nuevo las posiciones abandonadas. Durante una media hora la infantería de marina se batió encarnizadamente, se hizo matar, se portó admirablemente; pero los enemigos continuaban recibiendo refuerzos, desbordaban por todas partes de las praderas, por los caminos, por el parque de Montivillers. Nadie hubiera podido desalojarlos de aquel pueblos a tanta costa adquirido, donde algunos millares de los suyos habían perecido y se encontraban revueltos entre la sangre y las llamas. Ahora se consumaba la obra de destrucción, solo había allí montones de cadáveres, miembros esparcidos y restos humeantes y Bazeilles destrozado, aniquilado se deshacía en polvo.

Por última vez Enriqueta vio a lo lejos su casita que se desmoronaba entre torbellinos de llamas. Continuaba viendo enfrente, tendido al pie de la pared, el cuerpo de su marido. Pero una nueva oleada la recogió, las cornetas tocaban retirada, fue arrastrada sin saber cómo entre las tropas que se replegaban. Entonces se convirtió en un objeto, arrastrado, empujado por una muchedumbre que chorreaba por el camino. Y no sabía nada más, se encontró en Balan, en casa de gentes desconocidas y lloraba en una cocina, la cabeza apoyada sobre una mesa.

V

Sobre la meseta de la Argelia, a las diez, la compañía Beaudoin continuaba echada entre las berzas, en el sembrado de donde no se había movido desde por la mañana. Los fuegos cruzados de las baterías del Hattoy y de la península de Iges, que iban aumentando, acababan de matar dos hombres y no llegaba la orden de avanzar: ¿iban a pasar el día así, dejándose ametrallar sin batirse?

Los soldados no tenían ya el consuelo de hacer algunos disparos. El capitán Beaudoin había logrado hacer que cesara el tiroteo, aquel inútil tiroteo contra el bosque de enfrente, donde no debía haber quedado ni un prusiano. El sol los quemaba en aquella postura incómoda, aplastados contra tierra.

Juan notó que Mauricio había dejado caer su cabeza, la mejilla contra el suelo, los ojos cerrados. Estaba muy pálido, con la cara inmóvil.

—¿Qué te pasa?

Mauricio se había quedado dormido. Tanto aguardar y el cansancio le habían rendido, a pesar de la muerte que votaba por todas partes. Se despertó bruscamente, abrió los ojos serenos, en los que se pintó el estupor de la batalla. Nunca pudo saber cuánto tiempo había dormido. Le parecía que había salido de la nada.

—¡Calla!, ¡ya es raro!, ¡he dormido!... y me ha sentado muy bien.

En efecto, no sufría tanto de la cabeza ni del costado y aquella cintura que le ceñía dolorosamente antes, efecto del miedo, no le molestaba. Se burlaba de Lapouille, el cual desde que habían desaparecido Chouteau y Loubet, estaba intranquilo, y quería ir a buscarlos. ¡Vaya una idea buena, para ocultarse detrás de un árbol y fumar una pipa! Pache decía que se habían quedado en la ambulancia donde faltaban camilleros. ¡Vaya un oficio incómodo, el de recoger heridos bajo el fuego! Después, atormentado al recordar las supersticiones de su pueblo, añadió que tocar a los muertos era de mal agüero: los que los tocaban se morían.

—¡Cállese usted, animal! —gritó Rochas—, ¡acaso muere alguien!

El coronel Vineuil, a caballo, volvió la cabeza. Se sonrió por primera vez aquella mañana. Después volvió a quedar inmóvil, impassible siempre, bajo las granadas, aguardando órdenes.

Mauricio, a quien los camilleros interesaban, los seguía con la vista, en los repliegues del terreno. Debía existir al extremo del caminito, detrás de una hondonada una ambulancia volante para las primeras curas, cuyo personal empezaba a registrar la meseta. Rápidamente colocaron una tienda de campaña, mientras que sacaban del furgón el material necesario, algunas herramientas, los aparatos, los trapos, para hacer las primeras curas antes de enviar los heridos a Sedan, a medida que se procuraban carruajes para trasportarlos, cosa que empezaba a faltar.

No había allí más que practicantes, y los camilleros, especialmente, daban

pruebas de mucho heroísmo sin gloria. Los veían, vestidos con trajes color gris, con la cruz roja en la gorra y en el brazo, arriesgarse lentamente, tranquilamente bajo los proyectiles, hasta el punto donde habían caído los soldados. Se arrastraban sobre las rodillas, trataban de aprovecharse de los fosos, de los vallados, de todos los accidentes del camino, sin pretender exponerse tontamente. Después cuando encontraban algún soldado en tierra empezaba su ruda tarea, porque muchos solo estaban desmayados y había que reconocer los muertos entre los heridos. Unos habían quedado con la boca pegada a la tierra, en un charco de sangre, expuestos a asfixiarse; otros tenían la boca llena de barro como si hubiesen mordido la tierra; otros estaban amontonados, las piernas y los brazos encogidos, medio aplastados. Con mucho tiento los camilleros los apartaban, los separaban, recogían a los que aún respiraban, les estiraban los miembros, les levantaban la cabeza, se la limpiaban, lo mejor que podían. Cada uno llevaba una cantimplora con agua fresca, que guardaban con mucho cuidado. Y a menudo se los veía, de rodillas durante mucho tiempo, tratando de reanimar a un herido, aguardando a que abriese los ojos.

A unos cincuenta metros a la izquierda, Mauricio, vio a uno que trataba de reconocer la herida de un soldado, por cuya manga caía la sangre gota a gota. Había allí una hemorragia que el hombre de la cruz roja logró encontrar y detener, comprimiendo la arteria. En los casos urgentes, daban así los primeros cuidados, evitando los falsos movimientos para las fracturas, vendando e inmovilizando los miembros, para poder trasportarlos sin peligro. El transporte era asunto de cuidado: sostenían a los que podían andar, llevaban a los otros en brazos, como si fueran niños; o bien los cogían entre dos, tres y cuatro según las dificultades, haciéndolos una silla entrelazando sus puños o se los llevaban echados, cogiéndolos por los hombros y por los pies. Además de las camillas reglamentarias, tenían inventos ingeniosos, camillas hechas con fusiles aparejados con las correas de las mochilas. Y por todas partes de la llanura que barrían las granadas, se los veía aislados o en grupo, que marchaban con su carga, bajando la cabeza, tentando la tierra con el pie, con heroísmo prudente y admirable.

Mauricio estaba mirando a uno a su derecha, a un muchacho flaco y endeble, que llevaba a un sargento gordo colgado de su cuello, con las piernas destrozadas, como una hormiga laboriosa transporta un grano de trigo demasiado gordo, los vio caer y desaparecer los dos al estallar una granada. Cuando se disipó el humo, el sargento reapareció tumbado de espaldas, sin ninguna herida nueva, mientras que el camillero estaba allí tendido con el costado abierto. Llegó otro, otra hormiga laboriosa y activa, quien después de tocar y olfatear al compañero muerto, cogió al herido abrazado a su cuello y se lo llevó.

Entonces Mauricio la tomó con Lapouille.

—¡Oye! —dijo— ¡si te gusta más ese oficio ves a ayudarlos!

Hacía algunos momentos que las baterías de Saint Menges tiraban con rabia, la granizada de proyectiles aumentaba, y el capitán Beaudoin, que seguía paseándose

delante de su compañía, nervioso, se acercó al coronel, diciéndole que era una lástima agotar las fuerzas morales de los soldados durante tantas horas sin aprovecharlas.

—No tengo órdenes —contestó estoicamente el coronel.

Vieron aún al general Douay pasar al galope, seguido de su estado mayor. Acababa de encontrarse con el general Wimpffen, que había llegado para suplicarle sostuviera lo que había creído poder prometer, pero con la condición formal de que el calvario de Illy, sobre la derecha, sería defendido. Si perdían la posición de Illy, no respondía de nada, la retirada era fatalmente necesaria. El general Wimpffen declaró que las fuerzas del 1.er cuerpo iban a ocupar el calvario y en efecto vieron en seguida un regimiento de zuavos establecerse allí, de manera que ya más tranquilo el general Douay consintió en enviar la división Dumont en socorro del 12.º cuerpo, muy amenazado. Pero un cuarto de hora después, cuando regresaba de ver la actitud firme de su izquierda, se desesperó al levantar la vista y al notar que en el calvario no estaban los zuavos, que habían tenido que abandonarlo, pues era imposible sostenerse allí, tan terrible era el fuego de las baterías de Fleigneux. Y anonadado, previendo el desastre, echo a correr hacia la derecha, cuando se encontró en plena retirada de la división Dumont, que se replegaba en desorden, alocada, mezclada con los restos del 1.er cuerpo. Este último, después de su movimiento de retirada, no había podido apoderarse de las posiciones que había abandonado por la mañana, dejando Daigny al XII.º cuerpo sajón y Givonne a la guardia prusiana; obligado a subir al Norte hacia el bosque del Garenne, cañoneado por las baterías que el enemigo instalaba sobre todas las crestas, de un extremo a otro del valle. El terrible círculo de hierro y de fuego se apretaba; una parte de la guardia continuaba su marcha sobre Illy, de Este a Oeste, dando la vuelta a los montes; mientras que del Oeste al Este, detrás del XII.º cuerpo, dueño de Saint-Meuges, el V.º avanzaba siempre, pasaba de Fleigneux, llevando sus cañones más adelante con una temeridad imprudente, tan convencido de la ignorancia y de la impotencia de las tropas francesas, que no aguardaba a la infantería para apoyar a la artillería. Era medio día, el horizonte entero ardía, tronando, cruzando los fuegos sobre el 7.º y primer cuerpo.

El general Douay, mientras que la artillería enemiga preparaba de tal modo el ataque supremo del Calvario, se resolvió a hacer un esfuerzo desesperado para apoderarse de él. Dio órdenes, se echó él mismo entre los que huían de la división Dumont logró reformar una columna que lanzó sobre la meseta. Resistió allí durante algunos minutos, pero silbaban tan fuertemente las balas, caía tal tromba de granadas, barriendo los campos, vacíos, sin un árbol, que el pánico se apoderó de las tropas y arrastraba a los hombres por las pendientes, por donde rodaban como si fueran pajas sorprendidas por una tormenta. Y el general se empeñó e hizo avanzar otros regimientos.

Una estafeta que pasaba al galope, gritó una orden al coronel Vineuil en el horrísono estrépito. Ya el coronel estaba de pie en los estribos, la cara roja, y con un movimiento de su espada, señaló el Calvario:

—¡Por fin, ahora nos toca, hijos míos!... ¡Adelante; allá arriba!

El 106.º, arrastrado, se puso en movimiento. Una de las primeras, la compañía Beaudoin se puso de pie; en medio de las burlas, los soldados decían que estaban enmohecidos, que tenían tierra en las coyunturas. Pero a los primeros pasos tuvieron que tirarse a una trinchera abrigo que encontraron, tan vivo era el fuego, y desfilaron encorvados.

—Oye, Mauricio —decía Juan—, ¡mucho ojo! esta vez es cosa de cuidado... no asomes la nariz porque te la limpiarían, de fijo... y recoge bien tus huesos bajo el pellejo, si no quieres dejar alguno en el camino. Los que vuelvan sanos de esta, serán los buenos.

Mauricio apenas oía con el zumbido y el clamoreo que le atolondraban. No sabía si tenía miedo, corría arrastrado por los otros, sin voluntad propia, teniendo solo el deseo de acabar pronto. Y hasta tal punto se había convertido en una ola de aquel torrente en marcha, que al producirse un brusco retroceso en el extremo de la trinchera, delante de los terrenos pelados que tenían que recorrer, sintió que se apoderaba el pánico de su cuerpo, pronto a huir. Era en él un instinto desbocado, una sublevación de los músculos obedeciendo al medio ambiente en que se encontraba.

Algunos hombres retrocedían, cuando el coronel se echó sobre ellos.

—¡Vamos, hijos míos, no me causaréis ese pesar, no vais a portaros como unos cobardes!... ¡Acordaos: el 106.º no ha retrocedido nunca, seríais los primeros que manchaseis la bandera!...

Espoleaba su caballo, cerraba el camino a los que huían, encontraba frases para cada uno, hablaba de Francia con voz que hacían temblar las lágrimas.

El teniente Rochas se emocionó tanto, que se encolerizó, y con su espada apaleaba a los hombres, como con un palo.

—¡Indecentes, os voy a hacer subir a puntapiés, yo! ¿Queréis obedecer o abro en canal al primero que vuelva la espalda?

Pero esa violencia, esos soldados llevados al combate a puntapiés, repugnaban al coronel.

—No, no, teniente, me van a seguir todos... ¿No es verdad, hijos míos, no es verdad que no dejaréis a vuestro coronel solo enfrente de los prusianos?... ¡Adelante, allá arriba!

Y salió, y todos le siguieron, de tal modo había hablado a los soldados, como un padre a quien no se puede abandonar sin ser un perdido. Él solo atravesó los campos pelados, tranquilo sobre su caballo grande, mientras que los hombres se separaban, se desplegaban en guerrillas, aprovechando cualquier cosa para resguardarse. El terreno subía, quedaban unos quinientos metros de rastrojos y de campos sembrados de remolacha, antes de alcanzar el calvario. En vez del asalto clásico, tal como se hace en las maniobras, por líneas correctas, no se vieron más que espaldas inclinadas que corrían a nivel del suelo, soldados aislados o por grupos pequeños, arrastrándose, saltando a veces como insectos, ganando la cresta a fuerza de habilidad y de agilidad.

Las baterías enemigas debían haberlos visto, las granadas barrían el suelo con tanta frecuencia, que los estallidos no cesaban. Murieron cinco hombres; un teniente quedó hecho dos pedazos.

Mauricio y Juan tuvieron la suerte de encontrar una valla, detrás de la cual pudieron correr sin grave riesgo y sin ser vistos. Una bala, sin embargo, agujereó las sienes de uno de sus compañeros, que cayó entre sus piernas. Tuvieron que separarle con el pie. Pero ya no se contaban los muertos, había demasiados. El horror del campo de batalla, un herido que advirtieron gritando, sujetando sus entrañas con las manos, un caballo que se arrastraba aún con las patas rotas, toda esa horrorosa agonía, no los conmovía ya. Solo sufrían del horrible calor que hacía, de aquel sol del mediodía que les comía las espaldas.

—¡Qué sed tengo! —murmuró Mauricio—. Me parece que tengo hollín en la garganta. ¿No sientes ese olor de lana quemada?

Juan movió la cabeza.

—Lo mismo olía en Solferino. Tal vez sea el olor de la guerra... Aguarda, tengo todavía un poco de aguardiente, vamos a echar un trago.

Detrás de la valla, tranquilamente, se detuvieron... Pero el aguardiente en vez de apagar la sed, les quemaba el estómago. Exasperaba ese gusto a chamuscado dentro de la boca. Y también se morían de hambre y hubiesen comido de buena gana la mitad del pan que Mauricio tenía en su mochila, pero no era posible. Detrás de ellos, a lo largo de la valla, llegaban otros soldados que los empujaban. De un salto, franquearon la última pendiente. Estaban allí en la meseta, al pie mismo del calvario, en el que se veía la cruz vieja, carcomida por el viento y el agua, entre dos tilos escuetos.

—¡Ya estamos! —dijo Juan—. ¡Ahora solo falta que podamos quedarnos aquí!

Tenía mucha razón, el sitio no era precisamente muy agradable, como hizo notar Lapouille con voz doliente, haciendo reír a todos. Se tumbaron de nuevo en un rastrojo, y a pesar de esto murieron otros tres hombres. Allá arriba era un verdadero huracán desencadenado; llegaba tal número de proyectiles de Saint Menges, de Fleigneux y de Givonne, que la tierra humeaba como si hubiese caído un aguacero de una nube de verano. No podrían conservar esa posición mucho tiempo si la artillería no venía a apoyar las tropas, comprometidas con tanta temeridad. El general Douay, según decían, había dado la orden de que avanzaron dos baterías de la artillería de reserva, y a cada instante los soldados se volvían, aguardando esos cañones que no llegaban.

—¡Es ridículo, esto es ridículo! —decía el capitán Beudoin, que había vuelto a dar sus paseos—. No se envía así un regimiento al aire, sin apoyarle en seguida.

Después, habiendo visto un repliegue del terreno a la izquierda, dijo el teniente Rochas:

—Diga usted, teniente, la compañía podría enterrarse ahí.

Rochas, de pie, inmóvil, movió los hombros.

—¡Oh! mi capitán, ¡aquí o allí lo mismo da! El baile es el mismo... Lo mejor es no menearse.

El capitán Beaudoin, que no juraba nunca, se incomodó.

—Pero ¡vive Dios! ¡Vamos a perecer todos! ¡No podemos dejarnos destruir de este modo!

Se empeñó, quiso darse cuenta por sí mismo de la posición que indicaba. Pero no había andado diez pasos, cuando desapareció en una brusca explosión, con la pierna derecha destrozada por un casco de granada. Cayó de espaldas, lanzando un grito agudo, de mujer sorprendida.

—Era seguro —dijo Rochas—. No sirve para nada moverse tanto; lo que hay que pescar, se pesca.

Algunos soldados de la compañía, al ver caer al capitán, se levantaron; y como pedía auxilio, suplicando que se lo llevaran a la ambulancia, Juan acudió, seguido de Mauricio.

—¡Amigos!, ¡en nombre de Dios, no me abandonéis, llevadme a la ambulancia!

—Es un poco difícil, mi capitán... Probaremos...

Estaban viendo cómo podrían cogerle, cuando vieron, escondidos detrás del vallado, a dos camilleros que parecían estar aguardando trabajo. Los llamaron y lograron que se acercaran. Era la salvación si podían llegar a la ambulancia sin tropiezos. Pero el camino era largo y la granizada de hierro aumentaba.

Cuando los camilleros, después de haber vendado la pierna, se llevaban al capitán, sentado sobre sus puños entrelazados, sujeto a su cuello por los brazos, el coronel Vineuil, prevenido, llegó a caballo. Había conocido al capitán desde que salió de la escuela militar de Saint-Cyr, y le quería mucho.

—Tenga usted valor, pobre hijo mío... No será nada, le salvarán...

El capitán hizo un gesto, como si hubiese vuelto a tener valor.

—No, no, se acabó; lo prefiero. Lo que desespera es aguardar lo que no se puede evitar.

Se lo llevaron, los camilleros tuvieron la suerte de llegar sin tropiezo a la valla, deslizándose a su amparo con su carga. Cuando el coronel los vio desaparecer detrás de los árboles, donde se encontraba la ambulancia, sintió cierto alivio.

—¡Pero mi coronel! —dijo Mauricio—, ¡también usted está herido!

Acababa de ver la bota izquierda de su jefe llena de sangre. El tacón había debido ser arrancado y un pedazo de cuero había entrado en la carne.

El coronel miró un momento su pie, que debía pesarle y quemarle.

—Sí, sí, dijo, me han regalado esto hace poco... Pero no es nada, puedo seguir a caballo...

Y añadió al volver a su puesto, a la cabeza del regimiento:

—Cuando se está a caballo y es posible sostenerse, todo va bien.

Las dos baterías de reserva llegaban. Al verlas, los hombres sintieron cierto alivio, como si aquellos cañones fuesen el baluarte, la salvación, el rayo que iba a

hacer enmudecer, allá, a los cañones enemigos. Y era un espectáculo magnífico, la llegada correcta de las baterías, en orden de batalla, cada pieza seguida de su armón, los conductores montados, los sirvientes sentados sobre los cajones, los cabos y sargentos galopando en el sitio reglamentario. Cualquiera hubiese creído que iban a la parada; conservaban las distancias con mucho cuidado, aunque avanzaban al galope, por entre los rastrojos, con un ruido sordo de tempestad.

Mauricio que se había acostado, en un surco, se levantó entusiasmado para decirle a Juan:

—¡Mira! eso que se instala a la izquierda, es la batería de Honorato; conozco a los artilleros.

Juan le cogió y le tiró al suelo.

—¡Echate, hazte el muerto!

Los dos, con el carrillo pegado a tierra no perdieron de vista a la batería, muy interesados con las maniobras; el corazón les latía, al notar la bravura, la sangre fría y la actividad de aquellos hombres, que les hacían confiar en la victoria.

Bruscamente, sobre una cresta pelada, se detuvo la batería; y fue cosa de un minuto, los sirvientes saltaron a tierra, desengancharon, los conductores dejaron las piezas en posición, hicieron dar media vuelta al ganado, para irse apostar a unos quince metros, detrás, frente al enemigo, inmóviles. Las seis piezas estaban espaciadas, dispuestas en tres secciones, mandadas por tenientes, las seis, reunidas bajo las órdenes de un capitán, delgado, muy alto, cuya silueta se destacaba sobre la meseta. Y oyeron gritar a aquel capitán, después de haber hecho el cálculo:

—¡El alza a mil seiscientos metros!

El objetivo iba a ser la batería prusiana a la izquierda de Fleigneux, detrás de unas zarzas, cuyo fuego terrible hacía imposible resistirse en el calvario de Illy.

—Ya ves —volvió a explicar Mauricio, que no podía estar callado—: el cañón de Honorato, se encuentra en la sección del centro. Mírale, ahora se inclina con el apuntador... ese es Luis: hemos tomado unas copas juntos en Vouziers, ¿te acuerdas? ... Y allá, el conductor, a la izquierda, ese que está tan tieso a caballo sobre un magnífico alazán, es Adolfo...

El cañón con sus seis sirvientes y su sargento, más lejos la delantera, con los cuatro caballos sobre los cuales se hallaban los dos conductores, más lejos el armón, con sus seis caballos y tres conductores, más allá aún la prolonga, la forrajera, la forja, toda aquella cola de hombres, de animales y de material, se extendía en línea recta a unos cien metros, detrás, sin contar con los auxiliares, hombres y caballos para reemplazar a los que se inutilizaran, las piezas de recambio, todo lo que aguardaba a la derecha para no tener que exponerse inútilmente.

Honorato se ocupaba en cargar el cañón. Los dos sirvientes del centro volvían de buscar el cartucho y el proyectil, en el arcón donde vigilaban otros, y en seguida, los dos sirvientes de la boca, después de haber introducido el cartucho, la carga de pólvora envuelta en sarga, que empujaron suavemente con el atacador, deslizaban la

granada, cuyas aletas rechinaban en la ranura. Muy pronto el ayudante dejó al descubierto la pólvora y encendió la mecha. Honorato quiso apuntar aquel primer disparo, medio echado sobre la flecha, moviendo el tornillo para encontrar el alza, indicando la dirección con la mano al apuntador, el cual, detrás y con la palanca, empujaba el cañón a la derecha o a la izquierda.

—Debe estar bien —dijo levantándose.

El capitán fue a verificar el alza. En cada cañón el ayudante tenía en la mano la cuerda, pronto a tirar de la hoja en forma de sierra que prendía el fulminante. Y se dieron las órdenes por números lentamente:

—¡Primera pieza! ¡Fuego!... ¡Segunda pieza! ¡Fuego!...

Se dispararon los seis cañonazos, las piezas retro, cedieron, volvieron ser llevadas a sus puestos mientras que los sargentos notaban que su tiro era demasiado corto. Lo regularon y la maniobra volvió a empezar, siempre lo mismo, y esa lentitud, esa precisión, ese trabajo mecánico hecho con tal sangre fría, sostenían moralmente a los soldados. El cañón, el animal querido, agrupaba a su alrededor una familia, cuyos lazos mantenía la obligación común. Era la única preocupación, todo existía por él, los arcones, los carros, los caballos y los hombres. De ahí procedía la gran cohesión de la batería entera, una unión y una tranquilidad admirables.

Entre los soldados del 106.º, los primeros disparos fueron recibidos con aclamaciones. ¡Por fin iban a poder taparles la boca a aquellos cañones prusianos! En seguida hubo una decepción, cuando vieron que las granadas quedaban cortas y estallaban en el aire la mayoría, antes de haber alcanzado el sitio donde se escondía la artillería enemiga.

—Honorato —dijo Mauricio—, pretende que al lado de su cañón los demás son unos clavos... ¡Ah, su cañón, vaya un cañón, como que sería capaz de acostarse con él! ¡Mira qué ojazos le echa, cómo le hace limpiar para que no se caliente!

Se entretenía con Juan, reanimados ambos por aquel valor y aquella serenidad de los artilleros. Pero las baterías prusianas arreglaron el tiro a los tres disparos: primero demasiado largo, pero luego se hizo tan certero, que las granadas caían sobre los cañones franceses, mientras que estos, a pesar de los esfuerzos que hacían para alargar el tiro, no llegaban nunca. Uno de los sirvientes de Honorato, el de la boca, a la izquierda, cayó muerto. Apartaran el cadáver y el servicio continuó con el mismo cuidado, con la misma regularidad, sin prisa. Los proyectiles llegaban y estallaban de todas partes; y alrededor de cada pieza seguían los mismos movimientos metódicos, el cartucho y la granada se introducían, se arreglaba el alza y hecho el disparo, se colocaba de nuevo en su puesto el cañón, como si ese trabajo absorbiera por completo a los hombres, impidiéndoles ver y oír.

Pero lo que causó mucha extrañeza a Mauricio fue la actitud de los conductores colocados a unos quince metros de distancia firmes sobre sus caballos, dando frente al enemigo. Adolfo estaba allí, ancho de pecho, con sus bigotazos rubios en su cara roja; y se necesitaba en realidad un valor a toda prueba para estar así quieto sin

parpadear, viendo venir las granadas, derechas, sobre sí, sin poder distraerse con nada. Los sirvientes que trabajaban, podían pensar en otras cosas; mientras que los conductores, inmóviles, solo velan la muerte por delante, y no tenían más distracción que pensar en ella y aguardarla, firmes sobre sus caballos. Los obligaban a dar frente al enemigo, porque si hubiesen estado de espaldas, el irresistible deseo de huir hubiera arrastrado a los hombres y a los animales. Viendo el peligro, se le aguarda estoicamente. No hay heroísmo más grande ni más oculto.

Otro hombre había muerto, la cabeza destrozada por un proyectil; dos caballos habían caído, con el vientre abierto; y el tiro del enemigo continuaba, tan mortífero, que la batería entera iba a ser desmontada si se empeñaban en continuar en la misma posición. Era preciso cambiar de puesto a pesar de todos los inconvenientes que ofrecía la maniobra. El capitán no dudó un momento y gritó:

—¡Vengan los tiros!

Y la peligrosa maniobra se llevó a cabo con gran rapidez: los conductores dieron media vuelta, llevando los tiros que los sirvientes engancharon a los cañones. Al ejecutar ese movimiento desplegaron un frente muy extenso y el enemigo se aprovechaba para disparar con más rapidez. Otros tres hombres cayeron muertos. Al trote largo desfilaba la batería, describiendo entre las tierras un semicírculo para situarse a unos cincuenta metros a la derecha, al otro lado del 106.º, sobre una meseta. Se desengancharon las piezas, los conductores se encontraron frente al enemigo y el fuego volvió a empezar, sin parar y con tal estrépito, que la tierra no cesaba de temblar.

Esta vez Mauricio lanzó un grito. De nuevo las baterías prusianas, a los tres disparos, habían hecho blanco y la tercer granada cayó sobre el cañón de Honorato. Viose a este acudir precipitadamente, tentando con mano temblorosa la herida, todo un esquinazo de la boca de bronce. Pero pudo cargarse y la maniobra continuó después de quitar de entre las ruedas el cadáver de otro sirviente, cuya sangre había manchado la pieza.

—No, no es Luis —continuó pensando Mauricio—. Mírale, ahora apunta, pero debe estar herido por que solo se sirve de su brazo izquierdo... ¡Ah! aquel Luis que hacía tan buenas migas con Adolfo, con la condición de que el sirviente, el hombre de a pie, a pesar de ser más instruido, fuese el humilde criado del conductor, del hombre de a caballo.

Juan, que le oía, le interrumpió angustiada:

—¡No podrán resistir! ¡Es cosa perdida!

En efecto, aquella nueva posición era más insostenible a los cinco minutos, que la primera. Los proyectiles llovían con la misma precisión. Una granada rompió un cañón, mató a un teniente y a dos hombres. Ni un tiro se perdía, hasta tal punto, que si seguían allí no quedaría ni un cañón ni un artillero. La artillería alemana lo barría todo.

Entonces, por segunda vez se oyó la voz del capitán:

—¡Vengan los tiros!

La maniobra volvió a empezar; los conductores, a galope, dieron la media vuelta, para que los sirvientes pudieran enganchar. Pero esta vez, durante la maniobra, un trozo de granada abrió la garganta de Luis, que cayó a través de la flecha que iba a levantar. Y como Adolfo llegaba en el momento en que la línea de los enganches se presentaba de flanco, una andanada furiosa cayó: fue volteado, con el pecho destrozado y los brazos abiertos. En una postrera convulsión cogió a Luis, y quedaron abrazados, torcidos, casados hasta la muerte.

Y a pesar de los caballos muertos, a pesar del desorden, a pesar de la mortífera descarga, toda la batería subía una pendiente, yendo a situarse más adelante, a algunos metros del lugar donde Juan y Mauricio estaban acostados. Por tercera vez desengancharon los cañones, mientras que los sirvientes abrían el fuego con un heroísmo admirable.

—¡Es el acabose! —dijo Mauricio, cuya voz se perdió entre el ruido.

Parecía, en efecto, que el cielo y la tierra se habían confundido. Las piedras se partían, una humareda espesa ocultaba el sol por momentos. En medio del estrépito espantoso, se veía a los caballos atontados, con la cabeza baja. Por todas partes se veía al capitán demasiado grande. Fue cortado en dos pedazos, se partió y cayó, como el asta de una bandera.

Alrededor del cañón de Honorato, el esfuerzo continuaba sin precipitación. Él, a pesar de sus galones, tuvo que ponerse a la faena, porque no le quedaban más que tres sirvientes. Apuntaba, limpiaba mientras que los tres artilleros iban a buscar los proyectiles. Habían tenido que pedir auxiliares para reemplazar las bajas y tardaban en llegar y mientras tanto el cañoneo tenía que continuar. Lo que les ponía furiosos era que las granadas no llegaban, que estallaban casi todas en el aire, sin causar gran daño a las baterías enemigas, cuyos tiros eran tan eficaces. Y de pronto, Honorato lanzó un juramento que dominó el estrépito infernal: todas las desgracias caían a la vez ¡la rueda derecha del cañón acababa de ser destrozada! ¡Una pata rota, el cañón estaba allí sobre el costado, la boca a tierra y sin servir para nada! Lloraba de rabia, lo abrazó por el cuello, lo besó, como si quisiera con su cariño ponerle de pie: ¡Un cañón, el mejor de la batería, inutilizado, después de unos cuantos disparos! Después se empeñó en reemplazar aquella rueda inmediatamente, bajo el fuego terrible de las baterías enemigas. Cuando ayudado por el sirviente fue a la prolonga a buscar otra rueda, la maniobra empezó, la más peligrosa que puede hacerse en un campo de batalla. Por fortuna, llegaron los hombres y caballos de repuesto y dos sirvientes le prestaron ayuda.

Pero otra vez fue desmontada la batería. No se podía llevar más allá aquella heroica locura. Iba a darse la orden de replegarse definitivamente.

—¡Vamos de prisa, compañeros! —decía Honorato—. ¡Nos lo llevaremos, no se quedarán con él!

¡Era su pensamiento único, salvar su cañón como se salva una bandera! Y hablaba

aún, cuando cayó arrancado el brazo derecho, el costado izquierdo abierto. Había caído sobre el cañón y se quedó allí como en una cama de honor, la cabeza derecha, la cara intacta y hermosa de cólera, vuelta allá, hacia el enemigo. Por su uniforme roto acababa de deslizarse una carta, que sus crispados dedos habían cogido y que la sangre manchaba gota a gota.

El único teniente que quedaba dio la orden:

—¡Vengan los tiros!

Un armón había saltado hecho pedazos. Tuvieron que decidirse a tomar los caballos de otro armón para salvar un cañón cuyo tiro estaba en tierra. Y esta vez, cuando hubieron enganchado los cuatro cañones que quedaban, galoparon y no se detuvieron hasta llegar a un millar de metros, detrás de los primeros árboles del bosque del Garenne.

Mauricio lo había visto todo y repetía con voz entrecortada:

—¡Pobre Honorato!, ¡pobre muchacho!

Ese pesar parecía que aumentaba aún el dolor creciente que le mortificaba el estómago. Sus fuerzas estaban agotadas, se moría de hambre, la vista se le nublaba, no tenía ya idea del peligro en que se encontraba el regimiento desde que se había retirado la batería. De un momento a otro masas enormes podían atacar la meseta.

—Oye —díjole a Juan—, necesito comer... ¡Prefiero comer y que me maten después!

Abrió su mochila, cogió el pan con las dos manos y lo mordió con voracidad. Las balas silbaban, dos granadas estallaron a algunos metros. Mas para él no existía nada; solo el hambre le preocupaba.

—¿Quieres pan, Juan?

Este le miraba, atontado, con los ojos abiertos y el estómago destrozado.

—Sí, comeré; sufro demasiado.

Repartieron el pan, lo comieron, sin preocuparse de nada mientras quedó un bocado. Después volvieron a fijarse en el coronel, montando sobre su caballo, con el pie ensangrentado. Algunas compañías habían tenido que huir. Por todas partes el 106.º se veía desbordado. Entonces, obligado a ceder al torrente avasallador, levantando su espada, los ojos preñados de lágrimas:

—¡Hijos míos —gritó el coronel Viaeuil—, al amparo de Dios, que no se ha preocupado de nosotros!

Bandadas de hombres que huían le rodeaban y desapareció en un repliegue del terreno.

Después, sin saber cómo, Juan y Mauricio se encontraron detrás de la valla con los restos de su compañía, de la que quedaban unos cuarenta hombres al mando del teniente Rochas; la bandera estaba con ellos; el alférez que la llevaba, había arrollado la seda alrededor del asta, para ver de salvarla. Desfilaron hasta el extremo de la valla y se escondieron entre los arbolitos, en una pendiente, en donde Rochas dio orden de empezar el fuego. Los hombres dispersados, en guerrillas, al amparo de los árboles

podían sostenerse; tanto más cuanto que un movimiento de caballería se verificaba a su derecha, y se colocaban en línea los regimientos para apoyarlos.

Mauricio comprendió entonces cómo se iba verificando lentamente el cerco. Por la mañana había visto a los prusianos desembocar por el desfiladero de Saint Albert, ganar Saint-Menges, y después Fleigneux; y, ahora, detrás del bosque del Garenne, oía los disparos de los cañones de la guardia, y empezaba a ver otros uniformes alemanes, que llegaban por los montes de Givonne. Unos minutos más y el círculo se cerraba y la guardia prusiana daría la mano al 5.º cuerpo, envolviendo al ejército francés con una muralla de hombres, con una cintura de cañones que enviaban la muerte por sus bocas. Con la idea desesperada de hacer un último esfuerzo, para tratar de romper aquella muralla en marcha, una división de caballería de reserva, la del general Margueritte, estaba apostada en un repliegue del terreno, dispuesta a dar una carga. Iban a dar una carga sin resultado posible, solo por el honor de Francia. Y Mauricio, que se acordaba de Próspero, asistió a aquel terrible espectáculo.

Desde el amanecer, Próspero no había cesado de galopar, en marchas y contramarchas continuas de un extremo a otro de la meseta de Illy. Los habían despertado al romper el día, uno a uno, sin llamadas; y para hacer el café se habían ingeniado ocultando los fuegos con mantas para no dar la señal de alarma a los prusianos. Después nada más supieron, oían el cañoneo, veían el humo, movimientos lejanos de la infantería, ignorando toda la batalla, su importancia, sus resultados, en la inacción completa en que los generales les tenían. Próspero se caía de sueño. Era el atroz sufrimiento, las malas noches pasadas; el cansancio de muchos días y una somnolencia invencible se apoderaba de ellos, sobre los caballos. Le daban vahídos, se veía por tierra, caído, roncando sobre un colchón de piedras, soñaba que estaba acostado en una buena cama, con sábanas limpias. Durante algunos momentos se quedaba dormido a caballo, y se convertía en un objeto arrastrado al azar. Algunos compañeros se habían caído del caballo, dormidos. Estaban tan cansados, que los toques de corneta no les despertaban y era preciso ponerlos en pie, sacarlos de aquel aniquilamiento a puntapiés.

—¿Pero qué hacen de nosotros, qué quieren hacer de nosotros? —decía Próspero, para sacudirse aquella somnolencia.

El cañoneo continuaba desde las seis. Al subir sobre una meseta, dos compañeros habían muerto, reventados por una granada, a su lado; y otros tres, un poco más lejos, habían perecido por unas balas que no se sabía de donde venían. Desesperaba aquel paseo militar por el campo de batalla, inútil y peligroso. Por último, a la una, comprendió que los iban a hacer morir con algún provecho. Toda la división Margueritte, tres regimientos de cazadores de África, uno de cazadores de Francia y uno de húsares, habían sido reunidos en un repliegue del terreno, un poco más abajo del calvario de Illy, a la izquierda del camino. Las cornetas tocaron, «pie a tierra» y se oyó la voz de los oficiales que decía:

—¡Cinchad los caballos!

Al bajar del caballo, Próspero, acarició a Céfiro con la mano. Aquel pobre Céfiro estaba tan atolondrado como su amo, reventado con las carreras inútiles que le hacían dar. Además, llevaba encima un mundo: la ropa blanca y la manta, la blusa, el pantalón, la bolsa con los objetos para curar las heridas, y detrás de la silla, los víveres y otra porción de objetos. Una piedad profunda se apoderó del jinete mientras cinchaba el caballo y se aseguraba de que todo el equipo estaba en su sitio.

Fue un momento difícil. Próspero, que no era más cobarde que cualquier otro, encendió un pitillo, pues tenía la boca muy seca. Cuando se va a dar una carga de caballería, cada cual puede decir: «Esta vez me quedo allí»; aquello duró cinco o seis minutos. Decían que el general Margueritte se había adelantado para reconocer el terreno y aguardaban. Los cinco regimientos estaban formados en tres columnas, cada columna estaba dividida en siete escuadrones ¡para que la artillería pudiese aprovechar bien los tiros!

De pronto sonaron las cornetas: ¡A caballo! Y casi a continuación de este, otro toque se dejó oír: ¡sable en mano!

El coronel de cada regimiento había ido a colocarse en su puesto de batalla, a veinticinco metros al frente de sus tropas. Los capitanes estaban en su sitio. Volvieron a aguardar, callados. No se oía ningún ruido, ni un aliento bajo el sol ardiente. Solo los corazones latían. Una orden, la última, y aquella masa inmóvil iba a ponerse en movimiento, lanzándose a todo correr como una tempestad.

En aquel momento apareció en la cresta del montecito, un oficial a caballo, herido, sostenido por dos hombres. Al pronto no le conocieron. Después se oyó un rumor, un clamoreo furioso. Era el general Margueritte, que tenía los carrillos agujereados, atravesados por un balazo, y de esta herida debía morir. No podía hablar, movió el brazo señalando al enemigo.

El clamoreo iba en aumento.

—Nuestro general... ¡hay que vengarle!, ¡hay que vengarle!

Entonces, el coronel del primer regimiento alzó la espada y gritó con voz atronadora.

—¡A la carga!

Se oyeron las cornetas y la masa se puso en movimiento, primero al trote. Próspero se encontraba en primera fila, pero casi a la extrema derecha. El gran peligro se encuentra en el centro, donde el tiro del enemigo hace siempre blanco. Cuando llegaron a la cresta del calvario, y empezaron a bajar del otro lado hacia la llanura, vio, a un millar de metros, los cuadros prusianos sobre los que los lanzaban. Trotaba como en un sueño, con tal ligereza, como un ser dormido que flotara, la cabeza tan vacía, que no le quedaba una idea en el cerebro. Era la máquina que marchaba bajo un impulso irresistible. Los jefes gritaban: «Tacto de piernas» para apretar las filas y darlas consistencia de granito. Después, a medida que el trote se aceleraba se cambiaba en galope furioso; los cazadores de África lanzaban aullidos salvajes, según la costumbre árabe, asustando a sus caballos. Muy pronto la carga fue

una carrera diabólica, un torrente infernal; aquel galope furioso, aquellos aullidos feroces que el ruido de las balas acompañaba, como si fuera una granizada, chocando contra el metal, las marmitas, las cantimploras, el cobre de los uniformes y del equipo, entre aquella granizada, pasaba el huracán de viento y de hierro que hacía temblar la tierra, dejando un olor de lana quemada y de fieras sudorosas.

A quinientos metros, Próspero fue volteado a causa de un remolino que lo arrastraba todo; agarró las crines de Céfiro para ponerse en la silla. El centro, acribillado, había cedido, mientras que las dos alas daban vueltas como torbellinos y se replegaban para volver a la carrera. Era el aniquilamiento fatal y previsto del primer escuadrón. Los caballos caídos cerraban el camino, unos muertos, otros agonizando y se veía a los jinetes desmontados, echar a correr para encontrar otro caballo. Los muertos iban cubriendo ya la llanura, y muchos caballos galopaban sueltos, volvían al puesto del combate para volver al fuego, como atraídos por la pólvora. Volvieron a la carga. El segundo escuadrón avanzaba con furia; los hombres tendidos sobre los caballos con el sable pegado a la rodilla prontos a usarlo. Doscientos metros avanzaron así en medio de los clamores de la tempestad. Pero de nuevo, bajo las balas, el centro cedía y caían hombres y caballos, paralizando la carrera con el laberinto inextricable de sus cadáveres. Y el segundo escuadrón fue segado a su vez, aniquilado, dejando el puesto a los otros, a los que le seguían.

Cuando comenzó la tercera carga, Próspero se encontró mezclado con húsares y cazadores de Francia. Los regimientos se confundían, no formaban más que una ola enorme que se estrellaba y se rehacía sin cesar, llevándose todo lo que encontraba al paso. No le queda idea de nada, se abandonaba a su caballo, a aquel valiente Céfiro a quien tanto quería y al que una herida en la oreja parecía haber vuelto loco. Ahora estaba en el centro; otros caballos se encabritaban, caían a su alrededor; los jinetes saltaban a tierra de bruces, mientras que otros, muertos instantáneamente, se quedaban en la silla, cargaban siempre con los párpados vacíos. Y esta vez, detrás de los doscientos metros que acababan de ganar, aparecieron los rastrojos llenos de muertos y de heridos. Algunos tenían la cabeza empotrada en la tierra. Otros caídos de espaldas, miraban el sol con ojos de terror fuera de las órbitas. Después se veía un caballo negro, un caballo de oficial, con el vientre abierto y que pugnaba en vano por ponerse derecho con las patas delanteras pisándose las tripas. Bajo el fuego que redoblaba, las dos alas dieron la vuelta, se replegaron y volvieron a la carga.

Por fin, el cuarto escuadrón, a la cuarta vez, cayó sobre las líneas prusianas. Próspero empezó a repartir sablazos sobre los cascos, sobre los oscuros uniformes que veía como entre la niebla. Corría la sangre; notó que Céfiro tenía la boca ensangrentada y se figuró que había mordido en las filas enemigas. El clamoreo que había a su alrededor era tal, que no oía su propia voz, a pesar de que tenía la garganta dolorida de tanto gritar. Pero detrás de la primera línea prusiana había otra, después otra y más aún. El heroísmo era inútil, aquellas masas de hombres eran como altas hierbas, donde desaparecían jinetes y caballos. Segaban muchas cabezas, pero

siempre quedaban más. El tiroteo continuaba tan intenso a boca de jarro, que algunos uniformes empezaron a arder; todo zozobró entre aquellas masas de bayonetas en medio de los pechos destrozados y de los cráneos rotos. Los regimientos iban a dejar allí las dos terceras partes de los hombres y solo quedaba de aquella carga famosa la locura gloriosa de haberla intentado. Bruscamente Céfiro, herido por una bala en el pecho, cayó aplastando bajo su peso la cadera derecha de Próspero, que se desmayó.

Mauricio y Juan que habían seguido con la vista la heroica carga de los escuadrones, lanzaron un grito salvaje, expresando toda la rabia que sentían. El valor no servía para nada.

Continuaron disparando sus armas desde el sitio donde se encontraban desplegados en guerrilla. El teniente Rochas había cogido un fusil y disparaba. La meseta de Illy estaba perdida; las tropas prusianas la invadían por todas partes. Debían ser las dos de la tarde: la unión de los ejércitos enemigos se realizaba al fin sin que fuera posible impedirla; el 5.º cuerpo y la guardia prusiana se habían juntado, cerrando el círculo.

En aquel momento Juan cayó a tierra.

—Tengo lo que necesito —dijo.

Había recibido en la cabeza algo así como un martillazo y el kepis roto, arrastrado, estaba a su lado. Primero creyó que tenía abierto el cráneo y que los sesos estaban al descubierto. Durante algunos segundos no se atrevió a tocarse la herida con la mano, temiendo encontrar un agujero. Después, porfía, se llevó la mano a la herida y se llenó los dedos de sangre espesa. La sensación fue tan fuerte que cayó desmayado.

En aquel momento, el teniente Rochas dio la orden de replegarse. Una compañía prusiana se hallaba a unos doscientos o trescientos metros. Iban a verse envueltos.

—No os deis prisa, disparad con calma... Nos reformaremos detrás de aquel muro.

Mauricio se desesperaba.

—Mi teniente, ¡no dejaremos abandonado al cabo!

—Si ha recibido lo que necesitaba, ¿qué vamos a hacer?

—¡No, no, aún respira!... ¡Llévemolo!

Rochas manifestó que no se podían recoger a los que caían. En el campo de batalla los heridos no se cuentan. Entonces Mauricio, suplicó a Pache y a Lapouille.

—Vamos, ayudadme. Yo solo no puedo.

No le escuchaban, no le oían, solo pensaban en salvarse, sobreexcitado el instinto de conservación. Y se escaparon en dirección al muro. Los prusianos se hallaban a unos cien metros.

Y, llorando de rabia, Mauricio, solo, al lado de Juan, lo cogió en brazos y quiso llevárselo. Pero era muy débil, y el cansancio y la angustia, habían agotado sus fuerzas. Cayó en seguida con su carga. ¡Si hubiese visto a algún camillero! Los buscó, creyó reconocer a alguno entre los que huían y los llamaba. Nadie le hacía

caso. Reunió sus fuerzas, cogió a Juan, logró dar unos treinta pasos y una granada estalló a su lado, creyó que iba a morir, encima de su compañero.

Lentamente, se levantó. Se tentaba, no tenía nada, ni un rasguño. ¿Por qué no huía? Aún era tiempo, podía alcanzar el muro en unos saltos y era la salvación. Volvía a tener miedo y estaba alocado. Iba a echar a correr, pero al ver a Juan allí en el suelo no tuvo valor. ¡No era posible abandonarle! Todos sus recuerdos se lo impedían, la fraternidad que se había apoderado de aquellos dos hombres, del aldeano y del señorito, tenía profundas raíces, arrancaba tal vez de los primeros días de la creación, y era también como si solo hubiesen quedado dos hombres en el mundo, entre los que uno no podía renunciar al otro, sin renunciar a sí mismo.

Si Mauricio, una hora antes, no hubiese comido un pedazo de pan bajo las balas, nunca hubiera podido hacer lo que realizó y más tarde ni aún pudo recordarlo. Debió haber echado a Juan sobre sus hombros y después arrastrarse con él, entre los rastrojos cayendo veinte veces y levantándose otras tantas, tropezado a cada paso. Una voluntad invencible le sostente, y le daba fuerzas para poder llevar una montaña. Detrás del muro, encontró al teniente Rochas, y algunos soldados de la escuadra, tirando siempre, defendiendo la bandera que sostenía el alférez.

Para el caso de una derrota, no se había indicado ninguna línea de retirada al ejército. Con aquella imprevisión, con aquella confusión, cada general obraba a su antojo, y todos a la vez caían sobre Sedan, bajo el enorme empuje de los ejércitos alemanes victoriosos. La segunda división del 7.º cuerpo se replegaba con bastante orden, mientras que los restos de las otras divisiones, mezcladas a los restos del 1.er cuerpo, rodaban hacia la ciudad en un desorden completo, un torrente de cólera y de espanto, arrastrando hombres y animales.

En aquel momento, Mauricio vio con alegría abrirse los ojos de Juan y al echar a correr hacia un riachuelo, para lavarle la cara, se quedó sorprendido al ver, a su derecha, en el fondo del valle, algo separado, protegido por las pendientes, al aldeano que había visto por la mañana, que continuaba labrando la tierra tranquilamente, sin prisa, guiando el arado, del que tiraba un caballo blanco. ¿Para qué perder un día? Porque se batiesen los hombres, el trigo no había de dejar de crecer ni el mundo de vivir.

VI

Sobre la terraza a donde había subido para darse cuenta de la situación, Delaherche estaba cada vez más impaciente por averiguar lo que ocurría. Veía que las granadas pasaban por encima de la ciudad y que las tres o cuatro que habían reventado sobre los tejados de las casas cercanas debían ser una contestación a los tiros tan lentos y tan ineficaces del fuerte del Palatinado. Pero no veía nada de la batalla y tenía tal necesidad de obtener noticias, hostigado por el miedo de perder en la catástrofe vida y fortuna, que se bajó de la terraza dejando allí los anteojos apuntados hacia las baterías alemanas.

Abajo, al ver el aspecto que tenía el jardín central de la fábrica, se detuvo un momento. Era la una de la tarde y la ambulancia se veía atestada de heridos. Los coches llegaban sin cesar bajo el porche. Faltaban ya los coches reglamentarios de dos y de cuatro ruedas: se presentaban furgones de material, coches y carros de todas clases, embargados en cualquier sitio, donde los encontraban. Y allí dentro se amontonaban los heridos recogidos en las ambulancias volantes, hechas a escape las primeras turras. Era una multitud horrenda de gentes pálidas, casi verdosas unas, violáceas otras, efecto de las congestiones; muchos estaban desmayados, otros lanzaban lamentos; los había que se abandonaban a los enfermeros, asustados, con los ojos muy abiertos y otros que morían al tocarlos. Era tal la invasión, que todos los colchones de la inmensa sala iban a estar ocupados y el médico Bouroche daba órdenes para que se utilizara la paja con la que había mandado hacer literas en un rincón. El médico y los ayudantes daban aún abasto a las operaciones. Había pedido otra mesa con un colchón y un hule que se colocó bajo el cobertizo donde operaban. El practicante, en cuanto el herido quedaba acostado, le ponía en las narices una servilleta empapada en cloroformo. Los delgados cuchillos de acero relucían, las sierras apenas se oían funcionar, la sangre chorreaba, pero en seguida se cortaba el chorro; se llevaban y se traían sin cesar heridos operados rápidamente, sin dar tiempo apenas para limpiar el hule que cubría el colchón. Y al extremo del jardín, detrás de un macizo de flores, en el osario que habían tenido que instalar, se colocaban los muertos y todos los brazos y piernas cortados, los restos de carne y de huesos que quedaban sobre las mesas.

Sentadas al pie de los grandes árboles, la señora Delaherche y Gilberta no daban abasto para hacer vendas. Bouroche, que pasaba con la cara roja y su delantal blanco manchado de sangre, echó un paquete de trapos a Delaherche, gritándole:

—¡Tome usted!, ¡haga usted algo de provecho!

Pero el fabricante protestó.

—Dispense usted; tengo que ir a buscar noticias. No sabemos si existimos.

Después, acercándose a su mujer, añadió:

—¡Pobre Gilberta, cuando pienso que una granada puede caer aquí y prender fuego a todo esto!

Estaba muy pálida, levantó la cabeza, echó una mirada a su alrededor y luego con la sonrisa en los labios dijo:

—¡Sí, esto es horrible, todos estos hombres hechos pedazos!... ¡Me extraña mucho no haberme desmayado!

La señora Delaherche había notado que su hijo besaba el pelo de su mujer y se acordó que otro hombre acaso lo hubiera hecho también. Sus manos temblaron y murmuró:

—¡Con tantos sufrimientos, Dios mío, olvidamos los nuestros!

Delaherche se marchó diciendo que volvería en seguida, con noticias seguras. Al llegar a la calle Maqua se sorprendió al ver el número de soldados que llegaban, sin armas, con los trajes destrozados, manchados. No pudo obtener detalles precisos a pesar de que interrogó a algunos; contestaban atontados, sin saber lo que decían; otros hablaban tanto, y con tal furia, tan exaltados, que parecían locos. Maquinalmente, se dirigió de nuevo a la subprefectura, en la creencia de que todas las noticias afluirían allí. Al atravesar la plaza del Colegio, dos cañones los dos únicos que quedaban de la batería, llegaron al galope y se pararon contra la acera. En la calle Mayor, notó que la población estaba atestada de gentes que huían; tres húsares desmontados se hallaban sentados en un portal, repartiendo trozos de pan; otros dos llevaban sus caballos por la brida, sin saber en que cuadra iban a meterlos; algunos oficiales corrían sin saber a donde meterse. En la plaza de Turenne, un alférez le aconsejó se retirara, pues caían granadas con suma frecuencia; una de ellas había destrozado la verja que rodeaba la estatua del gran capitán, vencedor del Palatinado. Y en efecto, al retirarse por la calle de la subprefectura, vio dos granadas que estallaban con gran estrépito sobre el puente del Meuse.

Se quedó parado delante de una portería, buscando un pretexto para interrogar a uno de los ayudantes, cuando una voz juvenil le llamó:

—¡Señor Delaherche!... Entre usted pronto, no se está bien ahí fuera.

Era Rosa, la jornalera de la fábrica, de la que no se acordaba. Entró en la portería y se sentó.

—Figúrese usted —dijo Rosa—, que mamá está enferma de tanto trajín, se ha acostado y no ha podido levantarse. Me he quedado sola, porque papá, que es guardia nacional, está en la ciudadela... Hace un momento el emperador ha querido demostrar que era un valiente y ha podido volver a salir, yendo hasta el final de la calle, hasta el puente. Una granada ha caído delante de él, el caballo de uno de sus lacayos ha caído muerto. Y después se ha vuelto... ¿qué quiere usted que haga?

—¿Sabe usted en que estado nos encontramos? ¿No sabe usted lo que dicen esos señores?

Le miraba, estupefacta. Estaba muy fresca, con su pelo menudito, sus ojos claros de niña, que se agitaba, apurada en medio de aquellos horrores, cuyo alcance no

comprendía.

—No, nada sé... al medio día he subido una carta para el mariscal MacMahon. El emperador estaba con él...

Han estado juntos cerca de una hora, el mariscal en la cama, el emperador sentado en una silla, apoyada en el colchón. Esto lo sé, porque los he visto cuando han abierto la puerta.

—¿Y que decían?

Le miró otra vez, y se echó a reír.

—¡Pero si no lo sé! ¿Cómo quiere usted que sepa lo que se han dicho, si nadie lo sabe?

Era cierto, quiso excusarse por aquella pregunta necia. Pero la idea de lo que habían podido decirse en aquella suprema entrevista le molestaba: ¿qué interés había tenido? ¿Qué solución habían adoptado?

—Ahora, el emperador está en su despacho con dos generales que ababan de llegar del campo de batalla...

Se paró, echó una ojeada en la escalera.

—¡Mire usted, aquí viene uno de los generales y ahí va el otro!

Delaherche salió y reconoció al general Douay y al general Ducrot, cuyos caballos aguardaban en la puerta. Después de haber abandonado la meseta de Illy habían acudido para prevenir al emperador que se había perdido la batalla. Daban detalles exactos sobre la situación, el ejército y Sedan se encontraban envueltos por todas partes, el desastre iba a ser espantoso.

El emperador se paseó por su despacho durante unos momentos con el paso vacilante de un enfermo. Solo quedaba allí un ayudante de campo, de pie, callado, cerca de una puerta y Napoleón seguía paseando desde la ventana a la chimenea, la cara descolorida, nervioso. La espalda parecía haberse encorvado como bajo el hundimiento de un mundo, mientras que los ojos apagados, velados por pesados párpados, señalaban la resignación del fatalista que había jugado y perdido contra el destino la última partida. Cada vez que pasaba ante la ventana abierta, un estremecimiento le hacía detenerse allí un instante.

En una de aquellas paradas tan cortas, se le oyó decir:

—¡Oh, ese cañón, ese cañón que se oye desde esta mañana!

Desde allí se oía el estrépito que producían las baterías de la Marfée y de Frénois. Era un trueno continuo que hacia temblar los cristales y las paredes; un ruido incesante, obstinado, que exasperaba. Y debía pensar que la lucha no dejaba lugar a esperanzas, que toda resistencia era inútil y hasta criminal. ¿Para qué dejar derramar más sangre, ver miembros destrozados, cabezas cortadas, más muertos además de los muchos que había esparcidos por el campo? ¿Puesto que estaban vencidos, puesto que todo había acabado, para qué continuar aquella matanza? Había ya bastantes horrores y se oían bastantes gritos de dolor.

El emperador, cerca de la ventana, temblando y levantando las manos, volvió a

repetir:

—¡Oh, ese cañón, ese cañón que se oye desde esta mañana!

Tal vez la idea de las responsabilidades enormes que había contraído se alzaba ante él con la visión de los cadáveres sangrientos que por su culpa habían quedado tendidos allá a millares, y tal vez solo fuese la ternura de su corazón de hombre soñador hostigado por somnolencias humanitarias. En aquel fracaso que rompía y arrastraba su fortuna como una paja, encontraba lágrimas para otros, anonadado por aquella matanza horrible que continuaba, sin fuerzas humanas para sufrirla más tiempo. Ahora aquel cañoneo asesino repercutía en su pecho y aumentaba su mal.

—¡Oh, ese cañón, ese cañón, hacedle callar, enseguida, en seguida!

Y aquel emperador que ya no tenía trono, habiendo conferido sus poderes a la emperatriz regente; ese jefe de un ejército al cual no mandaba desde que había entregado al mariscal Bazaine el mando supremo, tuvo entonces un arranque póstumo, deseando demostrar su poder con el irresistible deseo de ser el amo una última vez. Desde Chalons se había desvanecido, no había querido dar una orden, resignado a ser una cosa inútil y molesta, un bulto que estorba llevado con los bagajes de las tropas. Y no se sintió emperador más que en el momento del desastre, la primera, la única orden que iba a dar, con el corazón lleno de piedad, era la de izar la bandera blanca sobre la ciudadela para pedir un armisticio.

—¡Oh! ese cañón, ese cañón... ¡Coger una sábana, un mantel, cualquier cosa! ¡Correr y decir que lo hagan callar!

El ayudante de campo salió; y el emperador continuó su paseo inseguro, desde la ventana a la chimenea, mientras que las baterías continuaban atronando el espacio, haciendo temblar la casa entera.

Abajo, Delaherche hablaba con Rosa, cuando un sargento de servicio se presentó.

—Señorita, no se encuentra nada, no se ve una criada... ¿no tendría usted un paño, un trozo de tela blanca?

—Quiere usted una servilleta.

—No, no, no es bastante grande... La mitad de una sábana... o cosa así.

Rosa se dirigió al armario.

—Es que no tengo sábanas cortadas... ¡No veo que podré darle! ¡Ah!, ¡mire usted!, ¿quiere usted un mantel?

—¡Un mantel, muy bien, eso es lo que necesitamos!

Al marcharse añadió:

—¡Vamos a hacer una bandera blanca, que se va a izar sobre la ciudadela, para pedir paz!... Muchas gracias, señorita.

Delaherche tuvo un sobresalto de alegría. Por fin iban a quedar tranquilos.

Después aquella alegría le pareció antipatriótica, y la refrenó. Pero su corazón aliviado latía lleno de gozo, y vio con placer salir de la Subprefectura a un coronel acompañado de un capitán y seguidos de un sargento que se dirigía a escape a la ciudadela. El coronel llevaba bajo el brazo el mantel enrollado. En aquel momento

dieron las dos.

Delante del Ayuntamiento, Delaherche se vio atropellado por unos soldados que bajaban a escape por la calle de la Cassine. Perdió de vista al coronel y renunció a la curiosidad de ver izar la bandera blanca. Seguramente, no le dejarían entrar y como por otra parte oía decir que caían granadas sobre el colegio, su inquietud aumentaba; tal vez estuviese ardiendo su fábrica desde que la había abandonado. Echó a correr, pero algunos grupos interceptaban el camino y aumentaban los obstáculos a cada paso. Cuando logró llegar a la calle Maqua y vio la monumental fachada de su casa, intacta, sin una chispa y sin humo, se tranquilizó. Entró en su casa diciendo:

—¡Todo va bien, están izando la bandera blanca y va a cesar el fuego!

Después se detuvo contemplando el aspecto que ofrecía la ambulancia, que era espantoso.

En el amplio secadero, cuya puerta estaba abierta, no solo estaban ocupados todos los colchones, sino que ni aun quedaba un sitio libre en el extremo de la sala donde se había colocado la litera. Empezaron a echar paja entre las camas y estrecharon a los heridos unos contra otros. Había más de doscientos y continuaban llegando. Las anchas ventanas alumbraban con luz clara aquel hospital cuyos cuerpos heridos estaban hacinados. A veces, efecto de un movimiento demasiado brusco, se oía un lamento. Estertores de agonía cruzaban por el aire. En el fondo un lamento continuo se dejaba oír constantemente. Y el silencio se hacía más profundo. Una especie de estupor resignado, la triste pesadumbre de una cámara mortuoria, cuyo silencio solo interrumpían los enfermeros. Las heridas curadas a toda prisa, en el campo de batalla, algunas aun descarnadas, se dejaban ver, entre los trozos del capote y del pantalón, que se habían roto. Se veían pies que se estiraban, calzados todavía, aplastados y sangrando. Rodillas y codos rotos, como a martillazos, dejaban colgar miembros inertes. Había manos rotas, dedos que colgaban sostenidos por un trocito de piel. Los brazos y las piernas fracturadas parecían ser los más numerosos, tiesos, efecto del dolor, con una pesadez de plomo. Pero sobre todo, las heridas de más cuidado eran las que habían agujereado el vientre, el pecho o la cabeza. Los costados sangraban por aquellos boquetes horrorosos, y se habían formado nudos de entrañas bajo la piel, las caderas destrozadas, cortadas a hachazos, torcían las posturas en contorsiones frenéticas. Había pulmones atravesados de parte a parte, unos con agujero tan pequeño que no salía sangre, otros con aberturas enormes, por donde se escapaba la vida en una oleada de sangre; y las hemorragias internas, las que no se veían, acababan con la vida de los heridos. Las cabezas, por último, habían sufrido más aún; bocas machacadas, la lengua y los dientes destrozados; las órbitas hundidas, los ojos medio sacados; los cráneos abiertos, dejando ver los sesos. Todos los que habían recibido balazos en la médula o en el cerebro estaban como cadáveres, en el anonadamiento del coma; mientras que los fracturados, los calenturientos, se movían, pedían agua con voz baja y suplicante.

Después, al lado bajo el cobertizo donde se operaba, era otro horror; con aquel

primer atropello no se procedía más que a verificar las operaciones más urgentes, las que reclamaba el estado desesperado de los enfermos. El temor de una hemorragia decidía al médico Bouroche a hacer la amputación inmediata. Tampoco se retrasaba para buscar los proyectiles en el fondo de las heridas y arrancarlos, si estaban situados en alguna zona peligrosa, la base del cuello, el costado, la raíz del muslo, el doblez del codo o en la pantorrilla. Los demás heridos, que prefería dejar en observación, los curaban los enfermeros siguiendo sus indicaciones. Había practicado cuatro amputaciones, espaciándolas, descansando de las operaciones graves, extrayendo algunas balas y empezaba a estar cansado. No había más que dos mesas, la suya y otra donde trabajaba uno de sus ayudantes. Acababan de colocar una sábana entre las dos, con objeto de que los heridos no se vieran. Y aunque lavaban las mesas con esponjas, no podían hacer desaparecer la sangre, mientras que los cubos que se vertían cerca de allí, esos cubos que un vaso de sangre bastaba para enrojecer el agua clara, parecían cubos de sangre, que anegaban las flores del jardín. Aunque el aire entraba libremente, salía un olor que daba náuseas, de aquellas mesas, de aquellas ropas, de aquellos instrumentos, mezclado con el olor del cloroformo.

Delaherche se estremecía de compasión cuando la entrada de un landau bajo el porche, llamó su atención. Era el único coche que habían podido encontrar y dentro de él habían amontonado ocho heridos, unos sobre otros. El fabricante lanzó un grito de sorpresa al reconocer en el último que bajaron al capitán Beaudoin.

—¡Pobre amigo! aguarde usted, voy a llamar a mi madre y a mi mujer.

Acudieron las dos, dejando en su puesto a dos criadas. Los enfermeros que habían cogido al capitán, se lo llevaban a la sala donde iban a acostarle sobre un montón de paja, cuando Delaherche vio sobre un colchón un soldado que no se movía, la cara lívida, los ojos abiertos.

—¡Oigan, este ha muerto!

—Es verdad —dijo un enfermero; pues es inútil que estorbe.

Entre los dos se lo llevaron al depósito de cadáveres que habían establecido detrás de las flores. Se encontraban allí unos doce muertos colocados en orden, los unos con los pies estirados efecto del dolor, otros encogidos, torcidos en posturas atroces. Los había con los ojos en blanco, con la boca abierta enseñando los dientes, mientras que varios, la cara larga horriblemente triste, lloraban aún. Uno, muy joven, pequeño y delgado, la cabeza medio destrozada; apretaba contra su corazón, con sus dos manos convulsas, una fotografía de mujer, una de esas fotografías pálidas de pueblo, manchada de sangre. Y al pie de los muertos amontonaban también piernas y brazos cortados, todo lo que se separaba de las mesas de operación, el escobazo en la tienda de un carnicero, llevando a un rincón los restos de huesos y de carne.

Delante del capitán Beaudoin, Gilberta se estremecía. ¡Qué pálido estaba, echado sobre aquel colchón! Y el recuerdo de que algunas horas antes había estado entre sus brazos lleno de vida la helaba el corazón. Se había arrodillado.

—¡Qué desgracia, amigo mío! Pero esto no es nada, ¿no es verdad?

Y maquinalmente sacó un pañuelo, le limpió la cara, no pudiendo resistir al deseo de quitarle aquel sudor, aquella suciedad efecto de la pólvora y de la tierra. Le parecía que le aliviaba limpiándole.

—¿No es verdad, esto no es nada, no es más que la pierna?

El capitán, en una especie de somnolencia, abría los ojos. Había reconocido a sus amigos y hacía esfuerzos para sonreírse.

—Sí, es solo la pierna... No he sentido la herida, creí que daba un tropezón y que caía...

Pero hablaba con mucha dificultad.

—¡Tengo sed, mucha sed!

Entonces la señora Delaherche, inclinada al otro lado del colchón, fue a buscar agua. Trajo una botella y un vaso con un poco de cognac. Y cuando el capitán acabó de beber, tuvo que dar agua a los que estaban a su lado: todas las manos pedían, suplicaban. Un zuavo a quien no llegó el agua, empezó a llorar.

Delaherche trataba de hablar al médico para pedir un turno de favor para el capitán. Bouroche acababa de entrar en la sala con su delantal ensangrentado, su cara sudorosa, enrojecida, que sus crines de león parecían incendiar; y a su paso los hombres se sentaban en los colchones, querían detenerle, deseando ser curados, ser socorridos en el acto. ¡A mí, a mí, señor médico! Le rogaban, le tocaban. Pero Bouroche sin perder la cabeza, a pesar del cansancio, organizaba el trabajo sin atender a nadie. Hablaba en voz alta, los contaba con el dedo, los señalaba con números, los clasificaba: este, aquel, el otro; uno, dos, tres; una boca, un brazo, una pierna, mientras que el ayudante que le acompañaba le escuchaba con atención para recordar.

—Señor Bouroche —dijo Delaherche—; está ahí un capitán, el capitán Beaudoin.

—Bouroche le interrumpió:

—¡Que está aquí Beaudoin!... ¡Pobre hombre!

Fue a situarse delante del herido, pero de una ojeada debió comprender la gravedad del caso, porque añadió en seguida sin inclinarse para examinar la pierna:

—¡Bien, me lo traerán en cuanto termine la operación que estoy preparando!

Y se fue bajo el cobertizo seguido de Delaherche, que no quería soltarle por temor de que olvidara su promesa.

Esta vez se trataba de la desarticulación de un hombro, según el método de Lisfranc, lo que llaman los médicos cirujanos una bonita operación, una cosa rápida y elegante; cuarenta segundos a lo más. Daban cloroformo al paciente mientras que un practicante le agarraba el hombro con las manos, los cuatro dedos bajo el sobaco, el pulgar encima. Entonces Bouroche, después de ordenar le sentaran, cogió un cuchillo largo, agarró el deltoide, traspasó el brazo y cortó el músculo; después, volviendo hacia atrás, cortó la juntura de un solo golpe; y el brazo había caído derribado en tres movimientos. El ayudante había dejado escurrir los dedos para tapar la arteria humeral. «¡Acostadle!». Bouroche se sonrió involuntariamente al ligarle, porque solo

había tardado treinta y cinco segundos. Solo faltaba bajar el trozo de carne sobre la herida. Esto era muy bonito por el peligro que ofrecía la operación, pues un hombre podía perder toda su sangre en tres minutos por la arteria humeral, haciendo caso omiso de que al estar un herido bajo la acción del cloroformo hay siempre peligro de muerte.

Delaherche, asustado, hubiera querido huir. Pero no tuvo tiempo, el brazo estaba ya sobre la mesa. El soldado amputado, un quinto, un aldeano fuerte al volver en sí, vio aquel brazo que un enfermero llevaba al depósito. Miró su hombro, le vio cortado y sangrando. Y se puso hecho una furia.

—Pero ¿qué demonio ha hecho usted? ¡Eso es una barbaridad!

Bouroche, extenuado, no contestaba. Después tranquilamente dijo:

—He hecho lo que debía hacer, lo mejor que podía hacer. No quería que reventases. Además, te he consultado y me has dicho que sí.

—¡He dicho sí, sí! Pero ¡qué sabía yo!

Su furia se deshizo en lágrimas.

—¿Qué quiere usted que haga sin brazo?

Se lo llevaron, lo echaron sobre la paja y volvieron a lavar la mesa y el hule y los cubos de agua roja que volvieron a tirar sobre las flores, ensangrentando el ramillete de margaritas.

A Delaherche le extrañaba seguir oyendo el cañoneo. ¿Por qué no cesaba ya? El mantel de Rosa debía estar izado sobre la ciudadela. Y parecía por el contrario que el estrépito aumentaba en intensidad. Era un ruido imponente, un sacudimiento que estremecía hasta a los menos nerviosos de pies a cabeza, en una angustia creciente. Aquellos sacudimientos que taladraban el corazón, no debían de ser muy buenos para los que operaban ni para los operados. La ambulancia estaba calenturienta, alocada hasta la exasperación.

—Si ha acabado todo, ¿por qué continúan? —dijo Delaherche, que prestaba mucha atención, creyendo a cada segundo oír el último cañonazo.

Después, al volver en busca de Bourouche, para recordarle al capitán, le vio en la paja, echado boca abajo, los brazos desnudos, metidos en un cubo de agua helada. Agotadas las fuerzas morales y físicas, el médico descansaba aniquilado, abatido por una tristeza, una desolación inmensas, en uno de esos minutos de agonía de médico que se siente impotente. Este, sin embargo, era un hombre sólido, tenía piel dura y un corazón que había hecho sus pruebas. Pero descorazonado viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, comprendiendo que le era imposible hacerlo todo, ese pensamiento le había paralizado. ¿Para qué?, ¡puesto que después de tanto trabajo heroico, la muerte había de llevarse sus víctimas!

Dos enfermeros llevaban sobre una camilla al capitán Beaudoin.

—Señor Bourouche —se permitió decir Delaherche—, aquí está el capitán.

Bouroche abrió los ojos, sacó los brazos del agua, los sacudió, los secó en la paja. Después, poniéndose de rodillas:

—¡Ah, sí, ahora otro!... No ha acababa del trabajo.

Y estaba de pie, refrescado, sacudiendo su cabeza de león, dispuesto a seguir, gracias a su práctica y a la imperiosa disciplina.

Gilberta y la señora Delaherche habían seguido la camilla y se quedaron a alguna distancia, cuando echaron al capitán sobre el colchón cubierto por el hule.

—Es por encima del tobillo derecho —decía Bouroche que hablaba mucho, para entretener al herido—. No es malo el sitio. Eso tiene buena compostura. Vamos a ver eso.

El estado de atontamiento en que se encontraba el capitán, le preocupaba mucho. Miraba la primera cura que le habían hecho, una venda sencilla, apretada y sostenida sobre el pantalón, por una vaina de bayoneta. Y, entre dientes gruñía, preguntándose quién era el puerco que había hecho aquello. Después se calló.

Acababa de comprender; con seguridad que en el *landau* lleno de heridos, había debido aflojarse la venda, escurriéndose, dejando de comprimir la herida, lo que había originado una gran hemorragia.

Bouroche se encolerizó de pronto y descargó su cólera contra un enfermero.

—¡Pedazo de animal, corta eso pronto!

El enfermero cortó el pantalón y el calzoncillo, cortó el zapato y el calcetín. La pierna y el pie aparecieron blancos, manchados en sangre. Y había allí, por encima del tobillo, un boquete tremendo, en el cual un pedazo de granada había empotrado un trozo de pantalón. Un poco carne destrozada salía por aquella herida.

Gilberta tuvo que apoyarse contra una de las columnas del cobertizo. ¡Ah!, ¡aquella carne tan blanca, aquella carne sangrando ahora y aplastada! A pesar del espanto no podía apartar los ojos de aquel cuadro.

—¡Demontres! —dijo Bouroche—, ¡le han apañado a usted bien!

Tentaba el pie, lo encontraba frío no sentía latir el pulso. Se había puesto muy serlo, frunciendo las cejas, como cuando se veía ante un caso grave.

—¡Demontres!, ¡vaya un pie malo!

El capitán, a quien la ansiedad sacaba de su somnolencia, le miraba, aguardaba; y acabó por decir:

—¿Lo cree usted, Bouroche?

Pero la táctica del médico era la de no pedir nunca directamente al herido la autorización acostumbrada, cuando se imponía una amputación. Prefería que el herido cayese él mismo en la cuenta de que era necesaria.

—¡Vaya un pie malo!, ¡no podremos salvarle!

Nervioso, Beaudoin, añadió:

—Vamos, hay que acabar de una vez, ¿qué piensa usted?

—Pienso en que es usted un capitán muy valiente, y que me va usted dejar hacer lo que es preciso.

—Haga usted lo que quiera.

Los preparativos no fueron muy largos. El ayudante había empapado la servilleta

en cloroformo, que fue aplicado inmediatamente a las narices del herido. Después, en el momento en que la corta agitación que precede a la anestesia se producía, dos enfermeros dejaron escurrir suavemente al teniente sobre el colchón, para que estuvieran las piernas libres, y uno de ellos cogió la izquierda, mientras que el otro apretaba con todas sus fuerzas la derecha a raíz del muslo, para comprimir las arterias. Entonces, cuando vio a Bouruche coger el cuchillo, Gilberta no pudo resistir más.

—¡No, no, esto es horrendo!

Desfallecía, se apoyó sobre la señora Delaherche que pudo sujetarla para que no cayera.

—Pero ¿por qué se quedan ustedes?

Las dos continuaron allí. Volvían la cabeza, no queriendo ver, inmóviles temblorosas, apretadas una contra otra, a pesar de lo poco que se querían.

En aquel momento fue cuando el cañoneo producía más estrépito. Eran las tres y Delaherche, desesperado, declaraba que no comprendía lo que pasaba. Ahora ya estaba fuera de duda, en vez de cesar el fuego, las baterías alemanes lo redoblaban. ¿Por qué?, ¿qué ocurría? Era un bombardeo infernal, la tierra temblaba, el aire quemaba. Alrededor de Sedan, la cintura de bronce de los ochocientos cañones del ejército alemán, tiraban a la vez, atronando el espacio y aquel fuego convergente, de todas las alturas que rodeaban la ciudad, tirando al centro, hubiese quemado y pulverizado la ciudad en un par de horas. Lo malo ora que empezaban a caer granadas sobre las casas. Se oía el estrépito con más frecuencia y estallaron algunas en la calle des Voyards. Otra tiró una chimenea de la fábrica y cayeron algunos trozos delante del cobertizo.

Bouruche alzó los ojos gruñendo.

—¡Qué!, ¿van a acabar con nuestros heridos? ¡Ese estrépito es insoportable!...

Un enfermero había agarrado la pierna del capitán, y con una rápida incisión circular, el médico cortó la piel por debajo de la rodilla, cinco centímetros más abajo del sitio por el cual pensaba aserrar el hueso. Después, con auxilio del mismo cuchillo, que no soltaba para no perder tiempo, separó la piel, la recogió hacia arriba como si estuviera mondando una naranja.

Y cuando se disponía a cortar los músculos, se acercó un enfermero y le dijo al oído.

—El número dos ha muerto.

Con el estrépito que reinaba, Bouruche no oyó.

—¡Hable usted alto! Los oídos echan sangre con ese cañoneo.

—¡El número dos ha muerto!

—¿Quién es ese número dos?

—El brazo.

—¡Bueno, pues me traerá usted al número tres, el de la boca!

Y con una celeridad extraordinaria, sin detenerse, cortó los músculos de un solo

tajo, hasta el hueso. Puso al descubierto la tibia y el peroné e introdujo entre ellos una compresa para sujetarlos. Después, de un golpe de sierra los echó abajo, y el pie se quedó en la mano del enfermero que lo sostenía.

Cayó muy poca sangre, gracias a la presión que ejercían más arriba las manos del ayudante, alrededor del muslo. Ligaron inmediatamente las tres arterias. Pero Bouroche movía la cabeza, y cuando el ayudante separó los dedos, examinó la herida, murmurando, seguro que el paciente no podía oírle aún.

—¡Es lástima, las pequeñas arterias no dan sangre!

Después, de un gesto, acabó el diagnóstico: ¡otro hombre al agua! Y sobre su cara sudorosa reaparecieron la fatiga y la tristeza, esa desesperación que venía a condensarse en esta frase: «¿Para que sirve todo lo que hago? puesto que no se salvan cuatro hombres de cada diez». Se limpió la frente, bajó la piel y empezó a hacer las tres suturas.

Gilberta había vuelto la cabeza. Delaherche le había dicho que la operación había acabado. Pero aún vio al enfermero que se llevaba el pie al osario. Este iba llenándose, había allí otros dos cadáveres, uno con la boca desmesuradamente abierta y negra, parecía que aún chillaba, el otro empequeñecido por una atroz agonía se había vuelto del tamaño de un niño, enclenque y contrahecho. Lo malo era que el montón de restos humanos, acababa por desbordarse en el paseo del jardín. No sabiendo donde colocar convenientemente el pie del capitán, el enfermero dudó un momento y por fin lo echó encima del montón.

—¡Ya se acabó! —dijo Bouroche a Beuadoin, que volvía en sí—. ¡Ya está fuera de peligro!

Pero el capitán se despertó con esa alegría que suele proceder a las operaciones felices. Se levantó un poco, volvió a caer, balbuceando con voz débil:

—Gracias, Bouroche. Prefiero que se haya acabado.

Pero sentía el dolor que le causaba la cura con alcohol. En el momento en que acercaban una camilla para llevárselo, una terrible detonación acababa de oírse detrás del cobertizo conmoviendo toda la fábrica; era una granada que había estallado detrás del cobertizo, en el pequeño patio donde se encontraba la fuente. Volaran cristales, mientras que una humareda espesa llenaba la ambulancia. En la sala, el pánico se apoderó de los heridos sobre sus lechos de paja y todos querían levantarse, echar a correr lanzando lamentos.

Delaherche, alocado, echó a correr para ver el desastre. Pues qué ¿iban a destruirle la casa, a incendiársela ahora?, ¿qué ocurría? Puesto que el emperador quería que cesara el cañoneo ¿por qué había vuelto a empezar?

—¡A ver si no se mueven ustedes! —dijo Bouroche a los enfermeros que estaban asustados—. ¡Lávenme ustedes la mesa. Vayan a buscar el número tres!

Lavaron la mesa, echaron unos cuantos cubos de agua roja a todo vuelo sobre las flores del jardín. Las margaritas nadaban en sangre y las yerbas y las flores flotaban en un lago rojizo. Y el médico, para descansar un poco, empezó a buscar una bala al

número tres, la que después de haberle destrozado el maxilar inferior debía haberse incrustado debajo de la lengua. Caía mucha sangre y se le pegaban los dedos.

El capitán Beaudoin había sido llevado a la sala y estaba echado en un colchón. Gilberta y la señora Delaherche habían seguido la camilla y Delaherche, aunque preocupado, fue allí a hablarle un momento.

—Descanse usted, capitán. Vamos a prepararle un cuarto y se quedará con nosotros.

En medio de su postración, el capitán abrió los ojos, tuvo un momento de lucidez.

—No; creo que voy a morir.

Miraba a los tres con ojos muy abiertos, llenos del espanto de la muerte.

—¿Qué dice usted, capitán? —dijo Gilberta, haciendo esfuerzos para ocultar su dolor—. Dentro de un mes estará usted de pie.

Movía la cabeza, no miraba más que a ella, reflejándose en sus ojos el pesar de abandonar la vida, un sentimiento de abandonar la existencia, tan joven, sin haber agotado los goces del mundo.

—¡Voy a morir!, ¡voy a morir!... ¡Esto es horrible!...

Después notó que su uniforme estaba manchado y roto, que tenía las manos negras y se avergonzó al verse así delante de las señoras. Ese pensamiento le mortificaba tanto, que le dio de nuevo todo su valor y logró decir:

—Pero, si muero, quiero morir con las manos limpias... Señora, hágame el favor de mojar una toalla y de dárme la.

Gilberta corrió y volvió con la toalla, y ella misma quiso frotarle las manos. Desde aquel momento, demostró tener mucho valor, como hombre que desea morir dignamente. Delaherche le animaba, ayudaba a su mujer a colocarle bien y la anciana señora Delaherche, delante de aquel moribundo, al ver al matrimonio tan unido auxiliándole, sintió que su odio se desvanecía. Estaba dispuesta a callarse una vez más, a pesar de que había jurado revelarlo todo a su hijo. ¿Para qué destruir la felicidad de aquella casa puesto que la muerte se llevaba la culpa?

Aquella situación acabó pronto. El capitán Beaudoin, que iba debilitándose, cayó en una especie de sopor. Un sudor frío le inundaba la frente y el cuello. Abrió los ojos un momento, tentó su cuerpo como si hubiese buscado una manta imaginaria, hizo como que se arropaba, con las manos encogidas.

—¡Ah, tengo frío, tengo mucho frío!

Murió, se apagó la vida sin hipo, y su cara tranquila, delgada, conservó una expresión de infinita tristeza.

Delaherche cuidó de que el cuerpo de Beaudoin, en vez de ir a parar al osario, fuese depositado en la cochera. Quiso obligar a Gilberta a que se retirara, pues estaba llorando y muy conmovida, pero ella no quiso, prefirió quedarse con la señora de Delaherche, entre el ruido y la agitación de la ambulancia, que no le daban tiempo para tener miedo. Dio de beber a un cazador de África, a quien la fiebre hacía delirar, ayudaba a un enfermero a curar la mano de un soldado, de un quinto de veinte años,

que había venido a pie desde el campo de batalla con el pulgar cortado; y como era muy alegre y se burlaba de la herida, acabó por distraerse con él.

Mientras el capitán había estado agonizando, el cañoneo parecía haber aumentado; otra granada cayó en el jardín destrozando uno de los árboles más grandes. Gentes asustadas gritaban que todo Sedan ardía, pues un incendio imponente se había declarado en el barrio de Cassine. Todo quedaría destruido si aquel bombardeo continuaba con tal violencia.

—¡No es posible, esto es inaguantable!, ¡quiero volver allí! —dijo Delaherche furioso.

—¿A dónde? —preguntó Bouroche.

—A la subprefectura, para saber si el emperador se burla de nosotros cuando dice que va a izar la bandera blanca.

Bouroche estuvo algunos segundos sin saber lo que le pasaba: la idea de aquella bandera blanca, de la derrota, de la capitulación que caía en medio de su impotencia para salvar a todos aquellos desgraciados que le llevaban, le anonadaba. Estaba desesperado y dijo a Delaherche:

—¡Vaya usted al infierno! De todos modos estamos perdidos.

Delaherche tuvo más dificultades para poder pasar entre los grupos que habían aumentado. A cada instante las calles iban atestándose de soldados desbandados. Interrogó a algunos oficiales que encontró al paso: ninguno había visto la bandera blanca sobre la ciudadela. Por último, un coronel declaró que la había visto flotar un momento, pero que en seguida la habían bajado. Aquello podía explicarlo todo: o los alemanes no la habían visto o habiéndola visto aparecer y desaparecer habían redoblado el fuego, comprendiendo que se acercaba la agonía. Hasta circulaba una historia: un general, loco de cólera al ver la bandera blanca, se había precipitado sobre ella y la había arrancado rompiendo el asta y pateando el mantel. Y las baterías prusianas seguían tirando; los proyectiles llovían sobre los tejados y en las calles ardían las casas; una mujer había sido aplastada en la plaza de Turenne.

En la subprefectura, Delaherche no encontró a Rosa en la portería. Todas las puertas estaban abiertas, el desastre empezaba. Entonces subió, encontrando en la escalera gentes desconocidas, preocupadas, sin que nadie le preguntara cosa alguna. En el primer piso encontró a Rosa.

—¡Ah! señor Delaherche, esto va mal... ¡Mire usted, mire usted pronto si quiere ver al emperador!

En efecto, a la izquierda, una puerta medio entornada permitía ver a Napoleón que había vuelto a emprender sus paseos desde la ventana a la chimenea. Paseaba, no se detenía a pesar de los dolores que le hacían sufrir horriblemente.

Un ayudante acababa de entrar, el que había dejado la puerta entornada, y se oyó la voz del emperador que le decía:

—Pero ¿por qué siguen tirando, puesto que he izado la bandera blanca?

Era su tormento: aquel cañón que no cesaba y que aumentaba en violencia a cada

minuto. No podía acercarse a la ventana sin que su corazón no se oprimiese. ¡Más sangre derramada, más muertos, y todo por su culpa! Cada minuto que pasaba amontonaba más cadáveres. Y en su desesperación de soñador enternecido, había dirigido ya más de diez veces la misma pregunta a las personas que le rodeaban.

—Pero ¿por qué siguen tirando, puesto que he hecho izar la bandera blanca?

El ayudante de campo contestó algo que Delaherche no pudo oír. El emperador había continuado su paseo, cediendo, a pesar de todo, a su deseo de volver delante de aquella ventana donde desfallecía al oír el continuo cañoneo. Su palidez había aumentado desde por la mañana; en su cara larga, triste y estirada de donde aún no había desaparecido la pintura de la mañana, se reflejaba su agonía.

En aquel momento un hombrecito con el uniforme lleno de polvo, y en el que Delaherche reconoció al general Lebrun, atravesó el descansillo y empujó la puerta sin anunciarse. Y en seguida se volvió a oír la voz angustiada del emperador.

—Pero por fin, general, ¿por qué siguen tirando puesto que he hecho izar la bandera blanca?

El ayudante de campo salía, cerró la puerta y Delaherche no pudo oír la contestación del general. Todo había desaparecido.

—¡Ah! —repitió Rosa—, todo se echa a perder; se comprende al ver la cara que tienen esos señores. Es como mi mantel: no le volveré a ver; hay quien dice que lo han roto... En todo lo que pasa, el emperador es el que me da más lástima, porque está más enfermo que el mariscal y estarla mucho mejor en su cama que en ese cuarto paseándose.

Estaba muy emocionada y su linda carita rubia expresaba mucha pena. Delaherche, cuyo furor bonapartista se enfriaba desde hacía dos días, la encontraba un tanto necia. En la portería estuvo un rato con ella aguardando a que saliera el general Lebrun. Y cuando este apareció, le siguió.

El general Lebrun había explicado al emperador que si se quería pedir un armisticio, era preciso enviar una carta firmada por el general en jefe del ejército francés y dirigida al general en jefe de los ejércitos alemanes. Después se había ofrecido a escribir la carta y a buscar al general Wimpffen que tenía que firmarla. Llevaba la carta, pero tenía algún temor de no encontrar al general Wimpffen, ignorando en qué sitio del campo de batalla podía encontrarse. En Sedan era tal la aglomeración de gentes, que tuvo que andar al paso de su caballo, lo que permitió a Delaherche acompañarle hasta la puerta de Meuil.

En la carretera, el general echó al galope y tuvo la suerte al llegar a Balan, de ver al general Wimpffen.

Este había escrito momentos antes al emperador:

«Señor, venga a ponerse a la cabeza de vuestras tropas y tendrán mucha honra en abrirle un camino a través de las líneas enemigas». Así es que cuando oyó hablar de armisticio se puso furioso. ¡No, no!, ¡no firmaría nada, quería batirse! Eran las tres y media. Y fue poco después cuando tuvo lugar aquella tentativa heroica y desesperada,

aquel último empuje para abrir un camino a través de los bávaros, yendo otra vez sobre Bazeilles. Por las calles de Sedan, en los campos cercanos, con objeto de animar a los soldados se gritaba: «¡Bazaine llega, Bazaine llega!». Después por la mañana era este el ensueño de muchos y creían oír los cañones del ejército de Metz, a cada nueva batería alemana que empezaba a disparar. Lograron reunir mil doscientos hombres, soldados desbandados de todos los cuerpos, donde se mezclaban todas las armas; y la pequeña columna se lanzó gloriosamente sobre el camino barrido por la metralla a la carretera. Primero fue magnífico, los hombres que caían no detenían a los demás, recorrieron unos quinientos metros, con una furia heroica. Pero, muy pronto, las filas se aclararon y los más valientes se replegaron. ¿Qué hacer contra el poder del número? Solo había allí la temeridad loca de un jefe de ejército que no quería ser derrotado. Y el general Wimpffen acabó por encontrarse solo con el general Lebrun, sobre aquel camino de Balan a Bazeilles, que tuvieron que abandonar definitivamente. No quedaba más solución que batirse en retirada sobre Sedan.

Delaherche, al perder de vista al general, había regresado a escape a la fábrica, poseído de la idea única de subir a su observatorio, para seguir de lejos los sucesos. Pero al llegar tuvo que detenerse bajo el porche al encontrarse con el coronel Vineuil, al que traían con el pie ensangrentado, medio desvanecido, sobre un montón de heno, en un carrito. El coronel se había empeñado en querer reunir los restos de su regimiento, hasta el momento en que cayó del caballo. En seguida le subieron a una habitación del primer piso y Bouroche que había acudido, no encontrando más que una herida en el tobillo, curó la herida después de sacar unos trozos de cuero de la bota. Estaba desesperado, furioso; bajó las escaleras diciendo que prefería cortarse él mismo una pierna, a continuar su oficio de ese modo, sin el material suficiente y sin los ayudantes necesarios. Abajo, no sabían ya donde colocar los heridos y los dejaban en el jardín sobre la yerba. Había ya dos hileras aguardando, lamentándose, bajo las granadas que continuaban cayendo. El número de heridos llevados a la ambulancia desde las doce, pasaba de cuatrocientos, y Bouroche había pedido cirujanos y solo le habían enviado un médico joven, de la ciudad. No podía dar abasto, sondaba, cortaba, aserraba, cosía, fuera de sí, descorazonado, viendo que le llevaban siempre más trabajo del que podía hacer. Gilberta, ebria de horror, con náuseas al ver tanta sangre y tantas lágrimas, se había quedado cerca de su tío, el coronel, dejando abajo a la señora Delaherche, que daba de beber a los calenturientos y limpiaba las caras sudorosas de los que agonizaban.

Al subir a la terraza, Delaherche trató de darse cuenta de la situación. La ciudad había sufrido menos de lo que se creía, un incendio único lanzaba gran humareda en el barrio de la Cassine. El fuerte del Palatinado no tiraba ya por falta de municiones y únicamente los cañones de la puerta de París disparaban de vez en cuando. En seguida vio que se había izado una bandera blanca en el fuerte, pero no debía verse desde el campo de batalla porque el fuego continuaba con la misma intensidad. Algunos tejados cercanos le ocultaban el camino de Balan y no pudo seguir el

movimiento de las tropas. Además, al mirar con los anteojos, acababa de fijarse en el Estado Mayor alemán que había visto en aquel mismo sitio al mediodía. El amo, el minúsculo soldado de plomo, alto como la mitad de un dedo, en el cual había creído reconocer al rey de Prusia, estaba siempre de pie, con su uniforme oscuro, delante de los demás oficiales, la mayor parte tendidos en la hierba. Había allí oficiales extranjeros, ayudantes de campo, generales, príncipes, provistos todos de anteojos, siguiendo desde por la mañana la agonía del ejército francés, como en un espectáculo. Y el drama tremendo acababa.

Desde aquella altura de la Marfée, el rey Guillermo acababa de presenciar la unión de sus ejércitos. Ya era cosa hecha: el tercer ejército, a las órdenes de su hijo, el príncipe real de Prusia, que había caminado por Saint Menges y Fleigneux, tomaba posesión de la meseta de Illy, mientras que el cuarto, que mandaba el príncipe real de Sajonia, llegaba por su parte a la cita, por Daigny y Givonne, dando la vuelta al bosque del Garenne. El XI.º cuerpo y el V.º daban así la mano al XII.º y a la guardia. Y el esfuerzo supremo para romper el círculo en el momento en que se cerraba, la inútil y gloriosa carga de la división Margueritte, había arrancado al rey un grito de admiración: «¡Ah, qué valientes!». Ahora el envolvimiento matemático, inexorable, se terminaba, las bocas del torno se habían unido, podía abarcar de una ojeada la inmensa muralla de hombres y de cañones que rodea al ejército vencido. Al norte, el cerco se estrechaba cada vez más, rechazando a los que huían, sobre Sedan, bajo el fuego incesante de las baterías, cuya línea bordeaba el horizonte sin interrupción. Al mediodía, Bazeilles conquistado, vacío y triste, acababa de arder lanzando torbellinos de humo y de llamas; mientras que los bávaros, dueños de Balan, apuntaban sus cañones a trescientos metros de las puertas de la ciudad. Y las demás baterías, las de la margen izquierda, instaladas en Pont Maugis, en Noyers, en Frénois, en Wadelincourt, que seguían disparando sin cesar desde hacía unas doce horas, atronaban más fuertemente, completando la infranqueable cintura de llamas, hasta bajo las plantas del rey.

Mas el rey Guillermo, cansado, dejó un momento sus anteojos, y continuó mirando el campo de batalla. El sol oblicuo bajaba hacia los bosques, e iba a desaparecer en un cielo de una pureza sin mancha. Todo el campo inmenso estaba dorado, bañado con una luz tan límpida, que los menores detalles se veían con mucha precisión. Distinguía los menores edificios de Sedan, con los hierros negros de las ventanas, las murallas, la fortaleza, que parecían más grandes, tanto se recortaban las aristas, en rasgos puros. Después, en los alrededores, esparcidos en medio de las tierras, veía las aldeas, frescas y barnizadas, parecidas a las casitas de las cajas de juguetes, Donchery a la izquierda, al pie de su planicie; Douzy y Carignan a la derecha, en los prados. Parecía que se podían contar los árboles en el bosque de los Ardennes, cuyo océano de verdura se perdía hasta la frontera. El Meuse, con sus lentas revueltas, no era, bajo aquella luz espléndida, más que un río de oro fino.

Y la batalla atroz, manchada de sangre, era una pintura delicada vista desde tal

altura, en la despedida del sol: jinetes muertos, caballos reventados, sembraban la meseta de Floing, con manchas alegres; hacia la derecha, del lado de Givonne, los últimos atropellos de la retirada, distraían la vista del torbellino de aquellos puntos negros, que corrían y se empujaban; mientras que en la península de Iges, a la izquierda, una batería bávara, con sus cañones, grandes como cerillas, parecía una pieza de mecánica bien montada; de tal modo se podía seguir la maniobra que se hacía con la precisión de un aparato de relojería. Era la victoria esperada, tremenda; y el rey no tenía remordimientos, delante de aquellos cadáveres tan pequeños, aquellos millares de hombres que ocupaban menos espacio que el polvo de los caminos, aquel valle inmenso donde los incendios de Bazeilles, las matanzas de Illy, las angustias de Sedan, no impedían a la impasible naturaleza ser bella en aquel fin sereno de un hermoso día.

De pronto, Delaherche vio subiendo las pendientes de la Marfée, a un general francés vestido con una levita azul, sobre un caballo negro al que precedía un húsar, con una bandera blanca. Era el general Reille, encargado por el emperador de llevar al rey de Prusia esta carta: «Señor y Hermano, no habiendo podido morir en medio de mis tropas, no me queda más que entregar mi espada en las manos de Vuestra Majestad. Soy de Vuestra Majestad el buen Hermano, Napoleón». En su afán de que acabara la matanza, puesto que no era ya el amo, el emperador se entregaba, esperando apiadar al vencedor. Y Delaherche vio el general Reille, detenerse a unos diez pasos del rey, bajarse del caballo, después adelantarse para entregar la carta, sin arma, teniendo en las manos una fusta. El sol se ponía entre un resplandor rosáceo, el rey se sentó sobre una silla, se apoyó en el respaldo de otra que tenía un secretario, y contestó que aceptaba la espada mientras llegaba el oficial que pudiera tratar de la capitulación.

VII

Desde todas las posiciones perdidas, alrededor de Sedan, de Floing, de la meseta de Illy, del bosque del Garenne, del valle del Givonne, del camino de Bazeilles, una oleada espantosa de hombres, de caballos y cañones refluyó, rodaba hacia la ciudad. Esta plaza fuerte sobre la que habían tenido la desastrosa idea de apoyarse, era una tentación funesta, el amparo que ofrecía a los que huían, el punto de salvación a donde se dejaban arrastrar los más valientes, con la desmoralización y el pánico que se había apoderado de todos. Detrás de las murallas, allá, creían poder escapar a las granadas de aquella potente artillería, que atronaba el espacio desde hacía doce horas; y no quedaba ya conciencia de lo que pasaba, no se razonaba, la bestia arrastraba al hombre, era la locura del instinto galopando, buscando un agujero para enterrarse y dormir.

Al pie de la pared, cuando Mauricio, que lavaba con agua fresca la cara de Juan, vio que este abría los ojos, lanzó un grito de la alegría.

—¡Ah!, ¡pobre infeliz, creí que te habíamos perdido!... ¡Y no es para echártelo en cara, pero vaya un peso que tienes!

Atontado aún, Juan parecía despertar de un sueño. Después debió recordar, porque dos lágrimas rodaron por sus mejillas. ¡Aquel Mauricio, tan débil, a quien quería y a quien cuidaba como a un niño, había encontrado, en la exaltación de su amistad, fuerzas suficientes para llevarle hasta allí!

—Aguarda un poco, quiero ver tu cabeza.

La herida no tenía importancia, era una rozadura del cuero cabelludo, que había sangrado mucho. El pelo pegado con la sangre había cerrado la herida. No quiso mojarle para evitar que se abriera.

—Ya estás limpio, ahora vuelves a tener figura humana... Aguarda, voy a ponerte algo en la cabeza.

Recogió el kepis de un soldado muerto y se lo puso con cuidado sobre la cabeza.

—Es tu medida... Ahora si puedes andar, todo irá bien.

Juan se puso de pie, sacudió la cabeza para asegurarse de que estaba fuerte. Solo sentía un poco de pesadez, la cosa tenía traza de estar arreglada. Y entonces se dejó llevar por un sentimiento tal de gratitud, que cogió a Mauricio entre sus brazos, lo apretó contra su corazón sin poder encontrar más que estas palabras.

—¡Ah, pobrecito mío, querido amigo!

Pero llegaban los prusianos y era cosa de no perder tiempo. El teniente Rochas se batía en retirada con algunos soldados protegiendo la bandera, que el alférez llevaba arrollada bajo el brazo. Lapouille, muy alto, podía alzarse y tirar algunos tiros por encima de la pared; mientras que Pache se había echado el fusil al hombro, pensando sin duda que ya había hecho bastante y que ahora había llegado la ocasión de comer y

dormir. Juan y Mauricio, agachándose, trataron de unirse a ellos. No faltaban fusiles ni cartuchos, no había más que bajarse para cogerlos. Volvieron a armarse, pues lo habían abandonado todo, cuando Mauricio tuvo que cargar con Juan. La pared se extendía hasta el bosque del Garenne, y la compañía creyéndose salvada, se echó detrás de un caserío y de allí corrieron al bosque.

—¡Ah! —dijo Rochas, que conservaba aún toda su inagotable confianza, vamos a respirar un poco antes de tomar la ofensiva.

Al dar los primeros pasos en el bosque todos comprendieron que entraban en un infierno; pero no podían retroceder, era preciso atravesarlo, puesto que era la única línea de retirada. A aquella hora era un bosque horroroso, el bosque de la desesperación y de la muerte. Comprendiendo que las tropas se retiraban por allí, los prusianos lo acribillaban con balas y le cubrían de granadas. Y se veía flagelado como por una tempestad, agitado por un ruido continuo de ramas destrozadas. Las granadas cortaban los árboles, las balas hacían caer las hojas, voces lastimeras parecían salir de los troncos cortados y se oían lamentos por todas partes. Hubiérase dicho que aquello era la angustia de una muchedumbre encadenada, el terror y los gritos de millares de seres clavados en el suelo, que no podían huir bajo aquella metralla. Nunca la angustia ha soplado con más violencia que en un bosque bombardeado.

En seguida Juan y Mauricio, que se habían unido a sus compañeros, se asustaron. Marchaban entonces bajo el arbolado y podían correr. Pero silbaban las balas, se cruzaban, sin que fuese posible comprender la dirección que llevaban para guarecerse de ellas. Murieron dos hombres, heridos uno en la espalda y otro en el pecho. Delante de Mauricio, una encima secular, destrozado el tronco por una granada, cayó con la majestad trágica de un héroe, aplastándolo todo a su alrededor. Y en el momento en que el joven se echaba hacia atrás, un haya colosal, a su izquierda, que una granada acababa de destrozarse, se hundía, como el armazón de una catedral. ¿A dónde huir? ¿Hacia qué lado dirigir los pasos? Por todas partes caían ramas, como si aquello fuese un inmenso edificio que amenazase ruina y cuyas salas se sucediesen bajo techos hundiéndose. Después, cuando llegaron a un soto para librarse de morir aplastados, Juan estuvo a punto de ser cortado por un proyectil, el cual afortunadamente no hizo explosión. Ahora solo avanzaban con muchas dificultades entre un enjambre inextricable de arbolitos. Las ramas delgadas se les enganchaban en las hombreras, las hierbas altas se anudaban al pie, murallas de maleza los inmovilizaban, mientras que la hojarasca volaba a su alrededor, bajo la hoz gigantesca que segaba el bosque. Al lado de ellos, otro soldado quedó muerto de un balazo en la frente, y se mantuvo de pie sostenido entre dos árboles. Multitud de veces, prisioneros de aquellos arbolitos, vieron pasar la muerte a su lado.

—¡Demonio, dijo Mauricio, no saldremos nunca de aquí!

Estaba lívido, un escalofrío se apoderó de su cuerpo; y Juan tan valiente, que le había dado ánimos por la mañana, palidecía también, presa de un frío intenso. Era el

miedo, el miedo horrible, contagioso, irresistible. De nuevo la sed les hacía sufrir mucho: una insoportable sequedad de la boca, una contracción de la garganta, con una violencia dolorosa de estrangulamiento. Acompañaba a todo esto un malestar general, náuseas en el fondo del estómago, mientras que puntas de agujas los arañaban las piernas. Y, con aquellos sufrimientos físicos del miedo, con la cabeza oprimida, veían volar millares de puntos negros, como si hubiesen podido distinguir al paso nube voladora de las balas.

—¡Vaya una suerte perra! —dijo Juan—, da no sé qué hacerse romper la crisma por otros, cuando esos otros se encuentran en cualquier parte, fumando tranquilamente.

Mauricio, extraviado, lívido añadió:

—Sí, ¿por qué he de ser yo, antes que otro?

Era la sublevación del yo, la rabia egoísta del individuo, que no quiere sacrificarse por la especie y acabar.

—¡Y aún, dijo Juan, si supiéramos el motivo, si supiéramos que esto sirve para algo!

Después alzando los ojos y mirando al cielo añadió:

—¡Y ese canalla de sol que no quiere largarse; cuando desaparezca y sea de noche no nos batiremos tal vez!

Desde hacia algún tiempo, no pudiendo saber la hora que era, no teniendo conciencia del tiempo, aguardaba la puesta del sol, que le parecía paralizado y que debía haberse detenido allá por encima de los bosques de la margen izquierda. Y no era aquello cobardía, era una necesidad imperiosa, creciente, de no oír más las granadas ni las balas; de irse a cualquier parte, de hundirse en tierra para anonadarse; sin el respeto humano, el pundonor de cumplir con su deber delante de los compañeros, perderían la cabeza muchos y echarían a correr.

Mauricio y Juan acabaron por acostumbrarse, y en el exceso de su alocamiento, una especie de inconsciencia se apoderaba de ellos; era el valor que volvía. No se daban prisa por salir de aquel bosque maldito. Había aumentado el horror, entre aquel pueblo de árboles, bombardeados, muertos en sus puestos, cayendo por todas partes como soldados inmóviles y gigantes. Bajo la floresta, en aquella deliciosa penumbra verdosa, en el fondo de aquellos misteriosos asilos tapizados de musgo, soplaba brutalmente la muerte. Las fuentes solitarias habían sido violadas, los moribundos agonizaban en los lugares donde hasta entonces solo se habían extraviado parejas de enamorados; un soldado, con el pecho atravesado por una bala, había tenido tiempo de gritar: «Han hecho blanco», cayendo de cara contra la tierra. Otro a quien acababa de romper las dos piernas una granada, continuaba riéndose, no teniendo conciencia de su herida, creyendo haber tropezado con una raíz. Otros, con los miembros agujereados, heridos mortalmente, hablaban, corrían aún, durante algunos metros antes de caer en una brusca convulsión. En los primeros momentos, las heridas más profundas apenas se sentían y más tarde solamente los horribles sufrimientos

empezaban, desahogándose en gritos y lágrimas.

¡Ah!, ¡el bosque infame, la selva asesina, que en medio de los lamentos de los árboles agonizantes se llenaba poco a poco con las voces angustiosas de los heridos abandonados! Al pie de un árbol, Mauricio y Juan vieron a un zuavo que lanzaba aullidos seguidos, como los de un animal a quien degüellan, con las entrañas abiertas. Más allá, otro estaba ardiendo; su cinturón azul se quemaba, y las llamas ganaban y chamuscaban las barbas, mientras que con las caderas rotas, sin poder moverse sin duda, lloraba a lágrima viva. Después era un capitán con el brazo izquierdo arrancado, el costado derecho herido hasta el muslo, tumbado sobre el vientre, que se arrastraba con auxilio del codo, pidiendo que lo acabaran con voz penetrante de súplica, que daba horror. Oíros, otros aún, sufrían atrocemente, sembraban los senderos en número tal, que había que tener mucho cuidado para no aplastarlos al paso. Pero los heridos y los muertos ya no se contaban. El compañero que caía, allí se quedaba abandonado, olvidado. Ni una mirada siquiera. Era el destino. ¡A otro! ¡A sí mismo, tal vez!

De pronto, al alcanzar el lindero del bosque, se oyó una voz:

—¡A mí!

Era el alférez, el que llevaba la bandera, que había recibido un balazo en el pulmón izquierdo. Había caído escupiendo sangre. Y viendo que nadie se paraba tuvo fuerza para gritar:

—¡A la bandera!

De un salto, Rochas llegó hasta él, cogió la bandera cuya asta se había roto, mientras que el abanderado murmuraba unas palabras empastadas con espumarajos rojos:

—¡Yo estoy perdido, no me importa!... ¡salvad la bandera!

Y se quedó solo, retorciéndose en el musgo, en aquel sitio delicioso, arrancando la yerba con sus crispadas manos, el pecho inflado por un estertor que duró muchas horas.

Por fin, se hallaban fuera de aquel bosque espantoso. Con Mauricio y Juan no quedaban de aquel grupo más que el teniente Rochas, Pache y Lapouille. Gaude, el corneta a quien habían perdido, salió a su vez de entre los árboles y echó a correr para unirse a sus compañeros llevando la corneta colgada a la espalda. Y era un verdadero desahogo el volverse a encontrar así, a campo raso, respirando a gusto. El silbido de las balas había cesado y ya no caían granadas por aquel lado del valle.

En seguida oyeron delante de la puerta de una casería juramentos; vieron a un general que se incomodaba, montado sobre un caballo sudoroso. Era el general Bourgain-Desfeuilles, el jefe de su brigada, cubierto de polvo, destrozado por el cansancio. Su cara coloradota expresaba la desesperación que le causaba el desastre que miraba como si fuera una desgracia propia. Desde por la mañana no le habían visto los soldados; sin duda se había extraviado en el campo de batalla corriendo detrás de los restos de su brigada, muy capaz de hacerse matar con la rabia que tenía

contra aquellas baterías prusianas que barrían el imperio y su fortuna, como oficial que era muy querido en las Tullerías.

—Pero, ¡demonio!, ¿no hay nadie en esta casa? —decía—, ¿no hay quien dé un informe en este país?

Los habitantes de la casería debían haberse marchado a ocultarse en los bosques. Por fin se presentó una mujer muy vieja, alguna criada abandonada, que no podía moverse apenas.

—¡Eh!, ¡abuela, por aquí!... ¿Dónde está Bélgica?

Le miraba, atontada, como si no le entendiera.

Entonces se encolerizó, olvidó que hablaba con una aldeana; gruñía que no tenía ganas de dejarse coger en la ratonera, como un tonto, volviendo a entrar en Sedan, que quería escaparse al extranjero. Algunos soldados se habían acercado y escuchaban.

—Pero, mi general, dijo un sargento, no se puede pasar ya, por todas partes hay prusianos... Eso podía hacerse esta mañana.

Circulaban historias; decíase que algunas compañías, separadas de sus regimientos habían pasado sin querer la frontera, otras, más tarde, habían logrado atravesar las líneas enemigas antes de que se verificara la unión de los ejércitos alemanes.

El general, incomodado, gesticulaba.

—Vaya, vaya, con buenos muchachos como vosotros se pasa por todas partes... No me faltarán cincuenta hombres que quieran hacerse romper la crisma.

Después, volviéndose hacia la vieja aldeana:

—¡Pero mujer del demonio, abuela, conteste usted...! Bélgica ¿dónde está?

Esta vez comprendió. Tendió su descarnada mano hacia los grandes bosques:

—¡Allí, allí!

—¡Eh!, ¿qué dice usted? ¿Son aquellas casas?

—No, no, más lejos, mucho más lejos... ¡Allá, muy allá!

Esta vez el general dio rienda suelta a su rabia. Se desahogó.

—¡Vaya un país puerco! Nunca se sabe como está hecho... Bélgica estaba allí; temían que saltáramos dentro sin saberlo y ahora que queremos penetrar en su territorio, resulta que ya no está aquí... ¡No, no!, ¡está demasiado lejos!, ¡que me cojan!, ¡que hagan conmigo lo que les de la gana! ¡Voy a acostarme!

Y espoleando su caballo echó al galope en dirección a Sedan.

El camino daba vueltas y bajaban al fondo del Givonne, un barrio encajonado entre montes, por donde se deslizaba el camino hacia los bosques bordeado de casitas y jardines. Era tal la oleada de gentes que huían obstruyéndole en aquel momento, que el teniente Rochas se encontró como bloqueado, con Pache, Lapouille y Gaude, contra una taberna, en el ángulo de la carretera. Juan y Mauricio se vieron y desearon para poder alcanzarles. Todos quedaron sorprendidos al oír la voz ronca de un borracho que los llamaba.

—¡Vaya un encuentro! ¡Eh, compañeros!

Reconocieron a Chouteau en la taberna, apoyado en una de las ventanas del piso bajo. Muy borracho, continuó hablando:

—¡Oíd! no os molestéis si tenéis sed... Aún queda para los compañeros...

Con la mano llamaba a alguien que debía estar en el fondo de la taberna.

—¡Ven acá, holgazán! Da de beber a estos caballeros...

Loubet se presentó a su vez teniendo en cada mano una botella llena que movía muy alegre. Estaba menos borracho que Chouteau; gritó con su voz guasona de pilluelo parisiense:

—¡Fresca, fresca!, ¿quién quiere beber?

No los habían vuelto a ver desde que se habían ido con el pretexto de llevar al sargento Sapin a la ambulancia. Sin duda habían ido de la ceca a la meca evitando los sitios donde caían granadas. Y habían ido a parar a aquella taberna saqueada.

El teniente Rochas se indignó.

—¡Aguardad, bandidos, os voy a enseñar a beber mientras que los demás nos morimos de pena!

Pero Chouteau no quiso tragarse la reprimenda.

—¡Oye, tú, viejo chiflado!, ¡aquí no hay ya más teniente, aquí no hay más que hombres libres!... ¿No te han arrimado bastantes palos los prusianos?, ¿quieres que te arrimemos unos cuantos más?

Hubo que sujetar a Rochas que quería romperle la cabeza. Loubet, con las botellas en las manos, quería poner paz.

—¡Dejadlo!, ¡no hay que maltratarse, todos somos hermanos!

Al ver a Lapouille y a Pache, los dos compañeros de la escuadra, los interpelló:

—¡No seáis tontos, entrad vosotros; os remojaré la garganta!

Lapouille dudó un momento, comprendiendo a pesar de lo embotados que se hallaban sus sentidos, que era muy malo emborracharse cuando tantos pobres lloraban. Pero estaba tan cansado, tan agobiado por el hambre y la sed, que de pronto se decidió: entró de un salto en la taberna empujando delante de él a Pache, que permanecía en silencio. Y no volvieron a aparecer.

—¡Hatajo de bandidos! —decía Rochas—. ¡Debían fusilaros a todos!

Ahora solo quedaban con él, Juan, Mauricio y Gaude y los cuatro se veían arrastrados, a pesar de su resistencia, en el torrente de los que huían. Se encontraban ya lejos de la taberna. Era la derrota que rodaba hacía los fosos de Sedan en una oleada turbia, parecida a los montones de tierra y de piedras, que una tempestad, asolando las alturas, arrastra hasta el fondo de los valles. De todas las mesetas que rodeaban la ciudad, por todas las pendientes, por todos los repliegues del terreno, por el camino de Floing, por Pierremont, por el cementerio, por el Campo de Marte, lo mismo que por el fondo del Givonne, el mismo tropel rodaba en un galope de pánico que aumentaba sin cesar. ¡Y qué se podía reprochar a aquellos hombres que llevaban doce horas, recibiendo cañonazos a pie quieto, inmóviles, de un enemigo invisible

contra el cual nada podían hacer! Ahora las baterías los cogían de frente, de costado y de espaldas, los fuegos convergían cada vez más, a medida que el ejército se batía en retirada sobre Sedan; era el aplastamiento en masa, el aniquilamiento en el fondo de aquel agujero infame barrido por los cañones alemanes. Algunos regimientos del 7.º cuerpo, especialmente del lado de Floing, se replegaban con bastante buen orden. Pero en el fondo de Givonne no había filas ni jefes; las tropas se empujaban, se atropellaban, restos de todos los regimientos, zuavos, cazadores, la mayor parte sin armas, los uniformes rotos, las caras negras, las manos negras, con ojos que parecían querer salirse de las órbitas, las bocas inflamadas, las gargantas roncas de haber gritado tanto y tan desesperadamente. A veces un caballo sin jinete pasaba a galope, derribando hombres y sembrando el espanto. Después pasaban cañones, baterías desbandadas, arrastradas por un pánico tal, que aplastaban todo lo que encontraban al paso. Y aquella manada seguía andando, corriendo despavorida, un desfile compacto tocándose los codos, una huida en masa, cuyos huecos se cubrían en seguida en el deseo instintivo de llegar allí, de verse fuera de peligro al amparo de una muralla.

Juan levantó de nuevo la cabeza y miró al sol. A través de la espesa polvareda que arrancaban los pies, los rayos del astro quemaban aún las caras sudorosas. La tarde era muy hermosa, el cielo era de un color azul admirable.

—¡Y ese canalla de sol que no quiere largarse! —repetía Juan.

De pronto, Mauricio reconoció en una mujer arrimada contra la pared, expuesta a ser arrollada por la oleada de gente, a su hermana Enriqueta. La veía desde hacía un minuto y se quedó parado delante de ella con la boca abierta. Y fue ella quien habló la primera.

—Le han fusilado en Bazeilles... Sí; yo estaba allí. Y como quiero que me devuelvan el cuerpo he tenido una idea...

No nombraba a los prusianos ni a Weiss. Todo el mundo debía comprender. Mauricio, en efecto, comprendió. La adoraba y se echó a llorar.

—¡Pobre hermanita!

A las dos, cuando pudo darse cuenta de lo que había pasado, Enriqueta se encontró en Balan, en la cocina de una casa desconocida con la cabeza apoyada sobre una mesa, llorando. Pero cesaron sus lágrimas. En aquella mujer silenciosa, tan débil, se despertaba la heroína. No temía nada, tenía un alma fuerte, invencible. En medio de su dolor no soñaba más que en recuperar el cuerpo de su marido para enterrarle. Su primer pensamiento había sido volver a Bazeilles. Todo el mundo trató de disuadirla, demostrándole lo imposible que era. Así es que acabó por buscar a alguien que se encargara de dar los pasos necesarios. Eligió a un primo suyo que había sido subdirector de la Refinería general, en el Chene, en la época en que Weiss había estado empleado allí. Había querido mucho a su marido y no se negaría a auxiliarla. Se había retirado dos años antes a una posesión, el Ermitage, cuyas terrazas se encontraban al otro lado de Sedan, en el fondo del Givonne, e iba allí ahora, a pesar de los obstáculos y del peligro de ser pateada y arrastrada.

Mauricio, a quien explicó su pensamiento, lo aprobó.

—El primo Dubreuil ha sido siempre muy bueno para nosotros... Te será muy útil...

Después se le ocurrió una idea. El teniente Rochas quería salvar la bandera. Se había propuesto ya cortarla para que cada cual se llevara un trozo debajo de la camisa, o bien enterrarla al pie de un árbol, para poder sacarla más tarde. Pero aquella bandera despedazada, aquella bandera enterrada como un muerto, no les agradaba; hubieran querido encontrar otro recurso.

Así es qué, cuando Mauricio propuso entregar la bandera a una persona de confianza que la escondería y la defendería en caso necesario, hasta el día en que la devolviese intacta, todos aceptaron.

—Pues bien —dijo Mauricio dirigiéndose a su hermana—, vamos a ir contigo para ver si Dubreuil está en el Ermitage, pues no quiero abandonarte.

No era muy fácil escaparse de entre aquel tropel de gentes. Por fin lo lograron y tomaron por un sendero que subía a la izquierda. Entonces penetraron en un laberinto de veredas y senderos que llevaban a las huertas y a las casitas de campo de que se hallaban cuajados los alrededores. Esos senderos pasaban entre tapias, formando callejuelas solitarias que torcían en ángulos bruscos y acababan en callejones sin salida; un magnífico campamento atrincherado para la guerra de emboscadas, esquinzos que podían defender diez hombres contra un regimiento durante muchas horas. Se oían ya algunos tiros, porque las huertas y las casitas de campo formaban un barrio que dominaba a Sedan y la guardia prusiana asomaba por el otro lado del valle.

Cuando Mauricio y Enriqueta, seguidos de los otros, torcieron a la izquierda y después a la derecha, entre dos paredones interminables, desembocaron de repente delante de la puerta del Ermitage. La posesión, con su pequeño parque, tenía tres terrazas y sobre una de ellas se alzaba una gran casa cuadrada, hasta la que se llegaba por un paseo adornado con olmos gigantescos. En frente, separadas por el estrecho valle, muy encajonado, se encontraban otras propiedades, en el lindero de un bosque.

Al llegar al Ermitage vieron que la puerta estaba abierta.

—Ya no están —dijo Enriqueta—. Se habrán marchado.

En efecto, Dubreuil se había decidido la víspera a llevar a su mujer e hijos a Rouillon, previendo el desastre. Pero la casa no estaba vacía, se notaba de lejos alguna agitación, a través de los árboles. Al entrar Enriqueta en el jardín, retrocedió delante del cadáver de un soldado prusiano.

—¡Demonio! —dijo Rochas—, por aquí se han batido.

Todos quisieron enterarse, saber lo que habían pasado. Llegaron hasta la casa: las puertas y ventanas del piso bajo habían sido echadas abajo a culatazos, y habían quedado abiertas viéndose las habitaciones saqueadas, mientras que los muebles se encontraban tirados y esparcidos sobre la terraza y la escalinata. Había allí una sillería de seda azul celeste, el sofá, las butacas y las doce sillas. Los zuavos, los

cazadores, los soldados de infantería y otros de infantería de marina, corrían por las habitaciones y por los jardines, disparando tiros contra el bosque de enfrente.

—Mi teniente —explicó un zuavo—, son los prusianos que hemos encontrado aquí saqueándolo todo. Les hemos ajustado las cuentas... Pero ahora vuelven y son diez contra uno.

Otros tres cadáveres de prusianos estaban en la terraza. Enriqueta estaba mirándolos, con el pensamiento fijo en su marido, el cual también dormía allá, desfigurado entre sangre y polvo, cuando una bala fue a incrustarse en un árbol, detrás de ella. Juan se acercó en seguida.

—¡No se quede usted aquí! ¡Escóndase usted dentro de la casa!

Desde que la había vuelto a ver, tan cambiada, tan triste, la miraba con el corazón oprimido, lleno de piedad, recordándola tal como se había presentado la víspera con su sonrisa plácida. Primero no había sabido que decirla, no sabiendo si le reconocía. Hubiera querido sacrificarse por ella, devolverla su alegría y la tranquilidad.

—Agurádenos usted en la casa; en cuanto haya peligro, ya encontraremos un medio para hacerla salir.

—¿Para qué? —dijo ella con indiferencia.

Su hermano la empujaba también y tuvo que subir la escalinata, quedarse un momento en el vestíbulo, desde donde veía el paseo central del parque. Asistió desde allí al combate.

Detrás de uno de los primeros olmos estaban Juan y Mauricio. Los troncos centenarios, de una amplitud gigantesca, podían ocultar muy bien dos hombres. Más allá, el corneta Gaude se había unido al teniente Rochas, que se empegaba en guardar la bandera, puesto que no podía confiarla a nadie y la había colocado al lado suyo, contra un árbol, mientras disparaba el fusil. En cada tronco había un hombre. Los zuavos, los cazadores, los soldados de infantería de marina, de un extremo a otro del paseo, se ocultaban y no sacaban la cabeza más que para disparar.

En frente, en el pequeño bosque, el número de prusianos debía ir aumentando, porque el tiroteo era cada vez más nutrido. No se veía a nadie, apenas el perfil rápido de un hombre que saltaba de un árbol a otro. Una casita de campo, con las ventanas verdes, estaba ocupada por tiradores, cuyos tiros salían de las ventanas del piso bajo. Eran las cuatro. El cañoneo iba cesando poco a poco y en aquel agujero continuaba el combate; allí no se podía ver la bandera blanca, izada sobre el Donjon. Hasta que anocheció, a pesar del armisticio, hubo así tiroteo en algunos sitios, en el fondo del Givonne y en los jardines del Petit-Pout.

Durante mucho tiempo aún, continuaron acribillándose, de un extremo a otro del valle. De vez en cuando, así que un hombre quedaba al descubierto, caía a tierra herido. En el paseo había tres muertos más. Un herido, tumbado boca abajo, agonizaba atrozmente, sin que nadie pensara en ayudarlo a dar la vuelta para que sufriera menos.

De pronto, al levantar la vista, Juan vio a Enriqueta, que había vuelto y que

colocaba bajo la cabeza del desgraciado una almohada, después de haberle hecho acostar de espaldas. Corrió, la atrajo con violencia detrás del árbol donde se ocultaba con Mauricio.

—¿Quiere usted hacerse matar?

Parecía no darse cuenta de lo que había hecho.

—Pero no... Es que tengo miedo, sola en aquel vestíbulo... Prefiero estar fuera.

Y se quedó con ellos. La hicieron sentar a sus pies contra el tronco, mientras que ellos continuaban disparando los últimos cartuchos, a derecha e izquierda, con tal rabia, que habían desaparecido el hambre y el cansancio. No se daban cuenta de lo que hacían, obraban maquinalmente, la cabeza vacía, habiendo perdido hasta el instinto de conservación.

—Mira, Mauricio —dijo Enriqueta—, ¿ese soldado que está delante de nosotros muerto, no pertenece a la guardia prusiana?

Desde hacia un momento examinaba uno de los cuerpos que el enemigo había dejado allí, un muchachón fuerte, con grandes bigotes, echado sobre el costado. El casco de punta había rodado a algunos pasos, roto el barbuquejo. Y el cadáver vestía el uniforme de la guardia: el pantalón gris oscuro, la levita azul con galones blancos, la manta enrollada a través del cuerpo.

—Te aseguro que es de la guardia... Tengo un grabado en casa, y además la fotografía que nos ha enviado el primo Gunther.

Se calló y se fue tranquilamente hasta el muerto, antes que pudieran impedirlo, se había inclinado para leer el número del regimiento.

—¡El cuarto! —dijo—, estaba seguro de ello.

Desde aquel momento Juan ni Mauricio pudieron conseguir que se estuviera quieta. Se movía, asomaba la cabeza, quería ver el bosque, con una preocupación constante. Ellos seguían tirando, la empujaban con la rodilla, cuando se descubría demasiado. Sin duda los prusianos empezaban a creerse bastante fuertes, dispuestos a dar el ataque, porque se dejaban ver y asomaban muchos por entre los árboles y sufrían pérdidas enormes: todas las balas francesas hacían blanco.

—¡Mire usted! —dijo Juan—, tal vez sea ese su primo... Ese oficial que acaba de salir de la casita con ventanas verdes, enfrente.

Un capitán estaba allí, en efecto, se le conocía en el cuello dorado de la túnica y en el águila de oro que el sol oblicuo hacía brillar sobre su casco. Sin hombreras, el sable en la mano, daba las órdenes con voz seca; y la distancia era tan pequeña unos doscientos metros, que se le distinguía perfectamente, la cintura delgada, la cara sonrosada y dura, con unos bigotitos rubios.

Enriqueta le distinguía muy bien.

—Es él —contestó—. Le conozco muy bien.

De un gesto, Mauricio le apuntó:

—El primo... pues va a pagar lo que han hecho a Weiss.

Pero, estremecida, se había levantado, ladeó el fusil, cuyo tiro fue a perderse en el

aire.

—¡No, no, entre parientes no, es horrendo!

Y, volviendo a ser mujer, se dejó caer detrás del árbol, llorando. El horror la desbordaba, no era más que espanto y dolor.

Rochas triunfaba. Alrededor de él el tiroteo de los pocos soldados a quienes animaba con su voz atronadora, había adquirido tal intensidad, a la vista de los prusianos, que estos retrocedían al bosquecillo.

—¡Duro, muchachos, no los dejéis! ¡Ah!, ¡los cobardes! huyen ahora. Vamos a ajustarles las cuentas.

Y estaba alegre, había vuelto a tener confianza. No había habido derrota. Aquel puñado de hombres enfrente de él, eran los ejércitos alemanes, que iba a derrotar, a rechazar muy a gusto. Su alto cuerpo flaco, su larga cara huesosa con su nariz retorcida cayendo encima de la enorme boca, denotaba una satisfacción tan grande, que parecía el soldado dispuesto a conquistar al mundo en compañía de su dama y una botella de vino.

—¡Vaya muchachos! Aquí no estamos más que para arrimarles una paliza... ¡Y no puede ser otra cosa! ¡Cualquier día nos derrotan a nosotros! ¡Derrotados! ¿Puede ser eso? ¡Un esfuerzo más, muchachos, y van a echar a correr como unas liebres!

Chillaba, gesticulaba, tan embriagado con la ilusión de su ignorancia, que los soldados se divertían. De pronto gritó:

—¡A patadas, a patadas hasta la frontera! ¡Victoria, victoria!

Pero en aquel momento, como el enemigo del otro lado del valle parecía replegarse, estalló una descarga por la izquierda. Era el eterno movimiento envolvente; todo un destacamento de la guardia había dado la vuelta por el fondo del Givonne. Entonces la defensa del Ermitage se hizo casi imposible; la docena de soldados que defendían aún las terrazas se encontraba entre dos fuegos, amenazados de verse cortados sobre Sedac: hubo un momento de confusión. Ya los prusianos saltaban el muro del parque, corrían por los paseos en número tal, que el combate empezó a la bayoneta. Con la cabeza descubierta, la chaqueta caída, un zuavo, un hombre magnífico con barba negra, hacia tal labor abriendo los pechos, que crujían los vientres blandos, secando la bayoneta roja de la sangre de uno en el costado del otro, que era digno de admiración; y como la bayoneta se había roto, continuó destrozando cráneos con la culata; y como de un tropezón quedara desarmado, se tiró al cuello de un prusiano; dio tal salto, que los dos rodaron por tierra hasta la puerta de la cocina, abrazados. Entre los árboles del parque, en cada rincón, otras matanzas amontonaban los muertos. Pero la lucha adquirió más furia en la escalinata, alrededor de la sillería azul celeste: los hombres se abrasaban tirándose a boca jarro; se destrozaban con las uñas y con los dientes por no tener cuchillos para abrirse el pecho.

Y Gaude entonces, con su cara dolorida de hombre que ha tenido pesares de los que no hablaba, fue presa de una locura heroica. En aquel desastre final, aún sabiendo

que la compañía estaba aniquilada, que ningún hombre podía acudir al toque de llamada, embocó la corneta, tocó llamada y ataque con tal vigor de tempestad, que parecía querer levantar a los muertos. Y los prusianos llegaban y no se movía, tocando siempre con más bríos. Una descarga le hizo caer en tierra y su último aliento voló por los aires en una nota metálica que llenó el cielo de un escalofrío.

De pie, sin poder comprender lo que pasaba, Rochas no se había movido para huir. Aguardaba; después dijo:

—¿Pero qué pasa?

No le cabía en la cabeza que fuese aún el desastre. Lo cambiaban todo, hasta el modo de batirse. ¿Aquellas gentes no podían haber aguardado al otro lado del valle a que hubieran ido a vencerlos? Cuantos más mataban más llegaban. ¿Qué clase de guerra era aquella en que se reunían diez hombres para aplastar a uno? ¿Qué guerra era esa en la que el enemigo no se dejaba ver hasta la noche, después de haber derrotado al ejército con un prudente cañoneo? Atontado, perdido, no habiendo comprendido hasta entonces nada de aquella guerra, se sentía envuelto, arrastrado por algo superior a lo que no resistía ya, aunque repetía maquinalmente:

—¡Valor, muchachos, la victoria está allí!

En un movimiento rápido había cogido la bandera. Era su pensamiento último; esconderla para que los prusianos no se apoderasen de ella. Pero aunque el asta estaba rota, se enredó en sus piernas; estuvo a punto de caer. Silbaban las balas, sintió la muerte, arrancó la seda de la bandera, la desgarró tratando de destruirla. Y en aquel momento cayó herido en el cuello, en el pecho, en las piernas, envuelto entre aquellos trozos de seda como si hubiese estado vestido con ellos. Vivió un minuto todavía, con los ojos muy abiertos, viendo acaso en el horizonte la imagen verdadera de la guerra, la atroz lucha vital que no hay que aceptar más que con el corazón resignado, como una ley. Después tuvo un hipo y lanzó su último suspiro, atontado como un niño, como un pobre ser de inteligencia limitada, aplastado bajo la necesidad de la impasible y enorme naturaleza. Con él acababa una leyenda.

En seguida de llegar los prusianos, Juan y Mauricio se habían batido en retirada, de árbol en árbol, protegiendo cuanto podían a Enriqueta, detrás de ellos. No cesaban de tirar, disparaban y buscaban donde ocultarse. En lo alto del parque, Mauricio conocía una puertecita que tuvieron la suerte de encontrar abierta. Se escaparon los tres. Cayeron en una especie de callejón entre dos paredes muy altas. Pero al llegar cerca de la salida, unos tiros los hicieron ladearse y tomar por la izquierda, entrando en un callejón sin salida. Tuvieron que retroceder y tomar por la derecha bajo una granizada de balas. El fuego continuaba en cada esquina de aquel laberinto de callejuelas. Había batallas a cada puerta: los menores obstáculos se defendían y se tomaban a la bayoneta con un encarnizamiento terrible. Luego desembocaron en el camino del fondo del Givonne, cerca de Sedan.

Por última vez, Juan levantó la vista: miró hacia el oeste por donde subía un gran fulgor rosáceo; suspiró con tranquilidad.

—¡Ah ese canalla de sol ahora desaparece!

Los tres corrían, corrían sin tomar aliento. Alrededor suyo, la cola de los que huían seguía llenando el camino, aumentando sin cesar como un torrente desbordado. Cuando llegaron a la puerta de Balan, tuvieron que aguardar entre apretones y empujones. Las cadenas del puente levadizo se habían roto y no quedaba más sitio que el pasadizo para peatones de modo que los cañones y caballos no pudieron entrar. En la puerta del Castillo y en la de la Cassine, el tumulto y la confusión eran aún mayores. Era una precipitación loca, un pánico horrible, un atropello inaudito, todos los restos del ejército rodando por las pendientes, viniendo en tropel a Sedan, a caer allí con un ruido de exclusiva rota como en el fondo de una alcantarilla. La atracción funesta de aquellas murallas acabó por pervertir a los más valientes.

Mauricio había cogido a Enriqueta en brazos, y estremeciéndose de impaciencia, le dijo:

—No irán a cerrar la puerta antes de que todo el mundo baya entrado.

Tal era el temor del gentío. A derecha e izquierda los soldados acampaban en los declives de los fosos, mientras que habían ido a parar a los mismos fosos infinidad de cañones, cajones y carros.

Las cornetas se dejaron oír con el toque de retreta. Llamaban a los soldados desperdigados. Algunos llegaban a la carreta, se oían aquí y allá algunos tiros, cada vez más raros; sobre el parapeto de las murallas quedaron algunos destacamentos para defender la ciudad y por fin se cerró la puerta. Los prusianos estaban a unos cien metros. Los veían ir y venir tranquilamente sobre el camino de Balan, ocupando las casas y los jardines.

Mauricio y Juan, llevando por delante a Enriqueta para protegerla, habían entrado en Sedan. Daban las seis de la tarde. Desde las cinco había cesado el cañoneo. Poco a poco los disparos aislados fueron cesando también. Entonces, del estrépito ensordecedor del tronar que repercutía desde por la mañana, no quedó más que un silencio de muerte. Anochecía y las lúgubres sombras caían en un espantoso silencio.

VIII

A las cinco y media próximamente, antes del cierre de puertas, Delaherche había vuelto a la subprefectura, deseando averiguar qué consecuencias iban a desprenderse de aquella batalla que sabía estaba perdida. Estuvo allí cerca de tres horas, paseando por el patio, vigilando, interrogando a los oficiales que pasaban; y así fue sabiendo rápidamente los sucesos. La dimisión enviada y después retirada por el general Wimpffen, los plenos poderes que había recibido del emperador, para ir a obtener del gran cuartel general prusiano, en favor del ejército vencido, las condiciones menos onerosas y por último la reunión de un consejo de guerra para saber si se podía continuar la lucha, defendiendo la fortaleza. Mientras se celebraba el consejo en el que tomaron parte unos veinte oficiales superiores y que le pareció duraba un siglo, el fabricante de paños subió unas veinte veces la escalara. Y bruscamente, a las ocho y cuarto vio bajar al general Wimpffen, muy encarnado, los ojos hinchados, seguido de un coronel y de dos generales. Montaron a caballo y se fueron por el puente del Meuse. Era la capitulación aceptada, inevitable.

Delaherche, tranquilizado, se acordó entonces de que tenía hambre, y resolvió volverse a su casa. Pero en cuanto se encontró fuera, se quedó dudando, ante los obstáculos que habían ido acumulándose en las calles con tanta gente. Las calles y plazas estaban atestadas de gente, llenas hasta tal punto de hombres caballos y cañones, que aquella masa compacta parecía haber entrado allí a viva fuerza, como a martillazos. Mientras que sobre la muralla acampaban los regimientos que se habían replegado en orden, los restos esparcidos de todos los cuerpos, los que habían huido, de todas armas, una turba suelta había asaltado a la ciudad, apoderándose de sus calles, una oleada enorme, espesa, inmovilizada, que no dejaba mover brazos ni piernas. Las ruedas de los cañones, de los carros, innumerables coches estaban atascadas, empotradas, los caballos, hostigados, no tenían sitio para avanzar ni retroceder. Y los hombres, haciendo caso omiso de las amenazas, invadían las casas, devoraban lo que encontraban, se acostaban donde podían, en los cuartos, en las cuevas. Muchos habían caído en los marcos de las puertas y cerraban el paso. Otros, sin tener fuerzas para ir más lejos, se tumbaban en las aceras, dormían allí pesadamente, no levantándose aunque los pisoteaban, prefiriendo que los aplastaran a moverse de sitio.

Entonces Delaherche comprendió la necesidad imperiosa de la capitulación. En algunos barrios, los cajones de municiones se tocaban, una sola granada que hubiese caído encima, los hubiese hecho estallar y Sedan entero hubiera ardido como una antorcha. Además, ¿qué podía hacerse de aquella masa de desgraciados soldados, muertos de hambre y de cansancio, sin cartuchos ni víveres? Nada más que para despejar las calles hubiera hecho falta un día. La fortaleza no estaba artillada, la

ciudad no estaba aprovisionada. En el consejo eran las razones que habían expuesto los más prudentes, los que conservaban bastante sangre fría para darse cuenta de la situación, en medio de los que no sufría su patriotismo; y los oficiales más temerarios, los que se estremecían de vergüenza al decir que un ejército no podía rendirse así, habían tenido que bajar la cabeza, sin encontrar medios prácticos para comenzar de nuevo la lucha, al día siguiente.

En las plazas de Turenne y del Hivage, Delaherche logró con muchas dificultades abrirse paso: al pasar delante del hotel de la *Cruz de Oro*, tuvo la visión triste del comedor, donde estaban sentados varios generales, ante un mesa vacía. No quedaba nada, ni aun pan. Sin embargo el general Bourgain-Desfeuilles, que gruñía en la cocina, había debido encontrar algo, pues se calló y subió las escaleras llevando en la mano un papel grasiento. Había tal gentío en aquella plaza, mirando por las ventanas aquella mesa redonda, lúgubre, barrida por el hambre, que el fabricante tuvo que sudar mucho para pasar, perdiendo a veces de una oleada el terreno que había ganado. Pero en la calle Mayor, la muralla se hizo infranqueable y se desesperó unos momentos. Todas las piezas de una batería parecían haberse echado allí unas sobre otras. Se decidió a saltar por encima de los cañones, por encima de las ruedas, exponiéndose a romperse las piernas. Después fueron los caballos los que le cerraron el camino; se resignó, se bajó, desfilando por entre los pies, por debajo de los vientres de aquellos desgraciados animales medio muertos de inanición. Después de un cuarto de hora de esfuerzos, al llegar a la altura de la calle de Saint Michel, los obstáculos crecientes le asustaron. Tuvo la idea de pasar por aquella calle para dar la vuelta a la de *Laboueurs*, creyendo que en esas vías apartadas había menos dificultades. Por desgracia, existía allí una casa mal afamada y la sitiaban unos soldados borrachos; temiendo ser atropellado, retrocedió. Entonces continuó por la calle Mayor haciendo equilibrios sobre los coches y furgones. En la plaza del Colegio le llevaron suspendido unos treinta pasos. Cayó, estuvo a punto de romperse alguna costilla y debió su salvación a los hierros de una verja. Y cuando alcanzó, por último, la calle Maqua, sudando, destrozado, llevaba una hora para recorrer un camino en el que de ordinario tardaba cinco minutos.

El médico Bouroche, queriendo impedir invadieran los soldados el jardín de la ambulancia, había colocado dos centinelas en la puerta y a Delaherche se le quitó un peso de encima, pues durante el trayecto había estado pensando en la posibilidad de un saqueo. En el jardín, al ver la ambulancia, apenas alumbrada por algunos faroles, y de donde salía un mal aliento de fiebre, tuvo náuseas. Tropezó con un soldado que dormía en el suelo, y recordó que el tesoro del 7.º cuerpo, que custodiaba aquel hombre, estaba allí y el centinela, olvidado de sus jefes, había caído rendido. La casa parecía estar vacía, muy oscura de abajo arriba, con las puertas abiertas. Las criadas debían haberse quedado en la ambulancia, porque no había nadie a la cocina, donde alumbraba una lamparilla muy triste. Encendió una vela, subió despacio la escalera, para no despertar a su madre ni a su mujer, a las que había suplicado se acostaran

después de una jornada tan dura y de tantas emociones.

Pero al entrar en su gabinete, se sobrecogió. Un soldado estaba allí echado sobre el mismo sofá en el que había descansado el capitán Beaudoin la víspera y no comprendió lo que aquello significaba hasta que reconoció a Mauricio, el hermano de Enriqueta. Además vio allí, echado en el suelo, a otro soldado, a Juan, a quien había visto antes de empezar la batalla. Los dos parecían cadáveres. No se detuvo, fue hasta el cuarto de su mujer que estaba muy cerca de allí. Una lámpara ardía sobre un velador, en medio del profundo silencio, y Gilberta se había echado vestida sobre la cama, temiendo sin duda alguna catástrofe. Dormía tranquila, mientras que, cerca de ella, Enriqueta adormecida, agitada por pesadillas, con lágrimas en los ojos, se estremecía; las miró un momento, quiso despertar a Enriqueta para averiguar algo. ¿Habría ido a Bazeilles? ¿Tal vez pudiera saber algo de su tintorería? Pero se apiadó, se retiraba, cuando su madre se presentó y le indicó la siguiera.

Al atravesar el comedor manifestó su extrañeza de verla levantada.

—¿Porqué no se ha acostado usted?

—No puedo dormir —contestó en voz baja—; me he sentado en una butaca cerca del coronel... Tiene mucha fiebre y se despierta a cada momento preguntándome algo... Yo no sé que contestarle. Entra y le verás.

El señor Vineuil se había vuelto a dormir. Apenas se distinguía sobre la almohada su cabeza roja de fiebre, que sus bigotes blancos hacían resaltar. La señora Delaherche había colocado un periódico delante de la lámpara y todo aquel rincón del cuarto estaba oscuro, mientras que la claridad de la luz caía sobre ella, sentada en una butaca, con las manos sueltas, los ojos extraviados, como en un sueño trágico.

—Aguarda, creo que te ha oído; ya se despierta.

En efecto, el coronel abrió los ojos; los fijaba sobre Delaherche sin mover la cabeza. Le reconoció, preguntó con voz que la fiebre hacía temblar:

—¿Se acabó, no es verdad? capitulan...

El fabricante, cuyas miradas se cruzaron con las de su madre, estuvo a punto de mentir. ¿Pero para qué?

—¿Qué quiere usted que hagan? ¡Si pudiera usted ver como están las calles!... El general Wimpffen ha ido al gran cuartel general prusiano para tratar de las condiciones.

Los ojos del coronel volvieron a cerrarse, mientras que de sus labios se escapaba este lamento:

—¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío!

Y sin abrir los párpados, continuó con voz entre cortada:

—Lo que yo quería debían haberlo hecho ayer... Sí; yo conocía el país, he dado cuenta de mis temores al general; pero no le escuchaban siquiera... Allá arriba, por encima de Saint Menges hasta Fleigneux, todas las alturas ocupadas, el ejército dominando a Sedan, dueño del desfiladero de Saint Albert... Aguardamos allí; nuestras posiciones son inexpugnables, el camino de Mezieres queda abierto...

Sus frases se atragantaban; balbuceó aún algunas palabras ininteligibles mientras que la visión de la batalla, nacida de la fiebre, se desvanecía poco a poco en el sueño. Dormía; tal vez continuaba soñando con la victoria.

—Y el médico ¿responde de él? —preguntó Delaherche en voz baja.

La señora Delaherche hizo una señal afirmativa.

—No importa, esas heridas del pie son muy malas. ¿Tendrá que estar en cama mucho tiempo?

Esta vez la señora Delaherche no contestó, como si estuviera pensando en la inmensidad del desastre. Era de otra época, pertenecía a esa antigua y fuerte burguesía de las fronteras, tan ardiente y entusiasta en la defensa de las ciudades. Con la viva claridad de la lámpara, su serena fisonomía, de nariz seca, de labios delgados, daba a conocer su cólera y su dolor, todo lo que en ella se sublevaba y la impedía dormir.

Entonces, Delaherche se sintió aislado, y se apoderó de él una gran tristeza. El hambre volvía a mortificarle y creyó que la debilidad era la que le quitaba el valor. Andando muy despacio, salió del cuarto, bajó a la cocina con la vela. Pero encontró allí más tristeza; los fuegos estaban apagados, los armarios vacíos, los trapos andaban por el suelo en desorden, como si el viento del desastre hubiese pasado también por allí, llevándose toda la viva alegría de lo que se come y se bebe. Primero creyó no encontrar nada, pues los restos del pan habían ido a parar a la ambulancia para hacer la sopa. Después halló en un armario un plato de judías de la víspera, olvidadas. Las comió sin pan, de pie, no atreviéndose a subir al comedor, dándose prisa en aquella cocina triste que un quinqué envenenaba con el olor del petróleo.

Eran más de las diez y Delaherche permaneció sin saber que hacer, aguardando para saber si se firmaría la capitulación. Estaba muy preocupado con el temor de que volviera a empezar la lucha, pensando en las terribles escenas que podían ocurrir, cuyo recuerdo le ahogaba. Cuando subió a su gabinete donde Juan y Mauricio continuaban sin haberse movido, y trató de dormirse en una butaca, no pudo conciliar el sueño, los ruidos de los disparos le hacían saltar, cuando estaba a punto de quedarse dormido. Era el tremendo cañoneo de todo aquel día que se había quedado en sus oídos; y escuchaba un momento, asustado, con el imponente silencio que ahora reinaba. No pudiendo dormir, prefirió levantarse y andar por las habitaciones oscuras, evitando entrar en el cuarto en que se hallaba su madre velando al coronel, porque las miradas de esta acababan por molestarle. Dos veces volvió al lado de Enriqueta para saber si se había despertado, se detuvo ante su mujer, contemplando su plácido semblante. Hasta las dos de la madrugada, no sabiendo que hacer, subió, bajó, cambió de sitio.

Esto no podía durar. Delaherche quiso volver a la subprefectura, sabiendo que no podía descansar, mientras no conociera lo que iba a suceder. Pero al llegar abajo, ante la calle obstruida, se apoderó de él la desesperación: nunca tendría la fuerza necesaria para ir y volver entre tantos obstáculos, cuyo recuerdo le asustaba. Y dudaba, cuando

vio llegar a Bouroche.

—¡No hay quien resista esto! ¡Es cosa de reventar!

Había tenido que ir al Ayuntamiento para suplicar al alcalde embargara el cloroformo que había en las farmacias y que se lo enviara a la amanecer, porque había agotado todo el que tenía, y como era preciso continuar haciendo operaciones urgentes, temía verse obligado a cortar piernas y brazos sin adormecer a los pacientes.

—¿Y qué hay? —preguntó Delaherche.

—¡Pues no saben siquiera si los farmacéuticos tienen aún cloroformo!

Pero al fabricante le importaba un bledo el cloroformo. Continuó:

—No, no es eso... ¿Han acabado allá?, ¿se ha firmado la capitulación?

Bouroche se indignó.

—¡No han hecho nada! Wirapffen acaba de regresar... Según parece esos bestias tienen tales exigencias que sería mejor abofetearlos... ¡Mejor es volver a empezar a ver si reventamos todos!

Delaherche escuchaba palideciendo.

—Me lo han dicho esos señores del Ayuntamiento, que están allí en sesión permanente... Un oficial de la subprefectura había ido a decírselo.

Añadió algunos detalles. La entrevista se había verificado en el palacio de Bellevue, entre el general Wimpffen, el general Moltke, y Bismarck. ¡Vaya un hombre terrible seco y duro, con su cara pálida de químico matemático, que ganaba las batallas desde la mesa de su despacho, a golpes de álgebra! En seguida quiso demostrar que conocía la situación desesperada del ejército francés; sin víveres, sin municiones, la desmoralización y el desorden, la imposibilidad absoluta de romper el círculo de hierro en el que se encontraba encerrado. Mientras que los ejércitos alemanes ocupaban las más fuertes posiciones, podían quemar la ciudad en dos horas. Fríamente dictaba su voluntad: el ejército francés entero prisionero, con armas y bagajes.

Bismarck le apoyaba tranquilamente, con aquel aire de perro dogo bueno. Y desde el primer momento el general Wimpffen había tratado de rechazar esas condiciones, las más duras que se hubiesen impuesto a un ejército vencido. Había señalado su desgracia, el heroísmo de los soldados, el peligro de excitar a un pueblo orgulloso; durante tres horas había amenazado, suplicado, hablado con elocuencia, desesperada y magnífica, pidiendo que se permitiera a los vencidos internarse en el mediodía de Francia, en la Argelia misma; y la única concesión que había obtenido, era la de que aquellos oficiales que se comprometieran por escrito y bajo palabra de honor a no volver a tomar las armas, podrían regresar a sus hogares. Por último, el armisticio se prolongaría hasta el día siguiente a las diez de la mañana. Si a aquella hora no se habían aceptado las condiciones, las baterías prusianas comenzarían a disparar sobre la ciudad y esta quedaría destruida en dos horas.

—¡Eso es estúpido! —dijo Delaherche—; ¡no se destruye una ciudad que nada ha

hecho para eso!

El médico acabó por sacarle de quicio, al añadir que unos oficiales, con los que había hablado en el hotel de Europa, trataban de hacer una salida en masa antes del día. Desde que eran conocidas las exigencias de los alemanes, reinaba una gran excitación y se anunciaban los más disparatados proyectos. El pensamiento mismo de que aquella salida aprovechando las tinieblas, no sería leal, no detenía a nadie y se formaban planes locos, la marcha sobre Carignan, a través de los bávaros, gracias a la oscuridad de la noche, la meseta de Illy conquistada de nuevo por sorpresa, el camino de Mezieres libre y hasta un empuje irresistible para llegar a Bélgica de un salto. Otros, en realidad, nada decían, comprendían la fatalidad del desastre, lo hubieran aceptado todo, firmado todo, para acabar de una vez.

—¡Buenas noches! —terminó diciendo Bouroche—. Voy a ver si duermo un par de horas, pues bien lo necesito.

Al quedarse solo Delaherche, estaba sofocado. ¿Qué, era verdad?, ¿iban a volver a empezar a batirse, a incendiar, a destruir a Sedan? Eso era inevitable, ese horrible trance sucedería forzosamente desde el momento en que amaneciera, en cuanto el sol se alzara en el espacio para alumbrar la matanza. Y maquinalmente, subió las escaleras de las buhardillas, se encontró entre las chimeneas, en el parapeto de la terraza, que dominaba la ciudad. Pero a esa hora estaba allá arriba envuelto entre tinieblas, en un océano infinito de grandes olas sombrías, donde al pronto no pudo distinguir nada. Después fueron destacándose los edificios de la fábrica debajo de él, con sus masas confusas que iba reconociendo: el cuarto de las máquinas, las salas de los telares, los secaderos, los almacenes; y aquella vista, aquel enorme conjunto de edificios que constituían su orgullo y su riqueza, le conmovieron de piedad hacia sí mismo, cuando pensó que dentro de algunas horas solo quedarían cenizas de todo aquello. Sus miradas subieron hacia el horizonte, dieron la vuelta a toda aquella inmensidad negra donde dormía la amenaza del siguiente día. Al Sur, del lado de Bazeilles, revoloteaban algunas llamaradas por encima de las casas que caían hechas ascuas, mientras que al Norte, la casería del bosque del Garenne, incendiada al anochecer, continuaba ardiendo, ensangrentando los árboles con una claridad rojiza.

No se velan otros fuegos, nada más que esas dos hogueras, un insondable abismo que atravesaban los rumores esparcidos, extraviados. Allá, tal vez muy lejos, tal vez sobre las murallas, alguien lloraba. En vano intentaba rasgar el velo, ver el Liry, la Marfée, las baterías de Frénois y de Wadelincourt, aquella cintura de animales de bronce que sentía, estaban allí con la boca abierta. Y como di rigiese sus miradas hacia la ciudad, alrededor de sí sintió el sople de angustia. No era solo el sueño horrendo de los soldados caídos en las calles, el sordo crujido de ese montón de hombres, de animales y de cañones. Lo que creía percibir era el sueño agitado del vecindario, de sus convecinos, que tampoco podían dormir, sacudidos por la fiebre, en la espera horrenda del nuevo día. Todos debían saber que no se había firmado la capitulación; todos contaban las horas y temblaban al pensar que si no se firmaba no

tendrían más remedio que bajar a las cuevas, para morir allí aplastados entre los escombros. Le pareció que una voz extraviada subía de la calle des Voyards, gritando: «¡Al asesino!», en medio de un chocar de armas. Se inclinó y se quedó en la noche inmensa, perdido entre el cielo de bruma, sin una estrella, envuelto en tal escalofrío de terror, que todo el pelo de su cuerpo se ponía de punta.

Abajo, sobre el sofá, Mauricio se despertó al amanecer. Con el cuerpo dolorido, no se movió, los ojos fijos en los cristales que iban palideciendo con el alba lívida. Los horrendos recuerdos volvían: la batalla de la víspera, la huida, el desastre, en la lucidez aguda del despertar. Lo volvió a ver todo, hasta el menor detalle, sufrió atrozmente de aquella derrota, que repercutía en todas las raíces de su ser, como si se hubiera sentido culpable. Y razonaba el mal, analizándole, encontrando afinada la facultad de devorarse a sí mismo. ¿No era él el primero un advenedizo, un cualquiera de aquella época, con una instrucción muy brillante es cierto, pero de una ignorancia supina de todo aquello que hubiera debido saber, además vanidoso hasta el punto de estar ciego, pervertido por la impaciencia de gozar y por la prosperidad engañadora del reino? Después era otra evocación: su abuelo, nacido en 1780, uno de los héroes del Gran Ejército de Napoleón I uno de los vencedores de Austerlitz, de Wagram y de Friedland; su padre nacido en 1811, yendo a parar a la burocracia, modesto empleado, recaudador en el Chene Populeux, donde se había gastado; él, nacido en 1841, educado como un señorito, hecho un abogado, capaz de realizar las mayores tonterías y de abrigar los más grandes entusiasmos, vencido en Sedan, en una catástrofe que adivinaba era inmensa, que acababa un mundo, y aquella degeneración de la raza, que explicaba de que modo la Francia victoriosa con los abuelos, había podido ser derrotada con los nietos, le oprimía el corazón, como una enfermedad de familia, agravada lentamente, llegando a la catástrofe final, al sonar la hora. ¡Con la victoria se hubiera sentido tan valiente y triunfante! En la derrota, con una debilidad nerviosa de mujer, cedía a una de esas desesperaciones inmensas, donde se hundía el mundo entero. No quedaba ya nada, Francia estaba muerta. Las lágrimas le ahogaban, lloraba, juntó las manos, encontrando las oraciones de su niñez:

—¡Dios mío!, ¡tomadme, llevadme de este mundo!... ¡Llevaos a todos esos desgraciados que padecen!...

Envuelto en su manta, en el suelo. Juan se movió y acabó por sentarse.

—¿Qué tienes?... ¿Estás enfermo?

Después, comprendiendo que esas ideas de Mauricio eran de las que no sirven para devanarse los sesos, añadió:

—¡Vamos a ver, hombre!, ¿qué tienes? ¡No pases apuros por tan poca cosa!

—¡Ah! —dijo Mauricio—, ¡estamos perdidos! Podemos prepararnos a ser prusianos.

Y como Juan, con su dura cabeza de hombre sin instrucción, se extrañaba, trató de hacerle comprender la degeneración de la raza, su desaparición necesaria bajo una oleada de nueva sangre. Pero el aldeano meneando con fuerza la cabeza, no admitía

explicaciones.

—¡Cómo!, ¿mi campo no va a ser mío? ¿Lo dejaría coger a los prusianos cuando aún no estoy muerto del todo y tengo mis dos manos? ¡Vaya, vaya, pues no faltaba más!

Después, a su vez, emitió su idea como pudo. ¡Habían recibido una paliza tremenda; eso era innegable! Pero todos no habían muerto, tal vez quedaban algunos y estos bastarían para construir la casa, si eran buenos, trabajaban mucho y no se bebían lo que ganaban. En una familia, cuando se trabaja y se ahorra, siempre hay medio de salir adelante, a pesar de los contratiempos. Aun a veces es bueno recibir una lección: eso hace reflexionar. Y si era cierto que había algunos miembros podridos en alguna parte, más valía cortarlos de un hachazo que no reventar como del cólera.

—¡Perdidos, no, no! Yo no me siento perdido.

Y, aunque estropeado, con el pelo pegado aún por la sangre seca, se levantó como si tuviera necesidad grande de vivir, de volver a coger el azadón y el arado para construir su casa, según había manifestado. Pertenecía a la tierra, era prudente y obstinado, del país de la razón, del trabajo y del ahorro.

—A pesar de todo, me da lástima el emperador... Los negocios marchaban al parecer, el trigo se vendía... ¡Pero en realidad ha sido demasiado tonto; al demonio se le ocurre meterse en un lío como este!

Mauricio, que permanecía aniquilado, tuvo otro momento de desesperación.

—¡Ah! el emperador... Yo le quería a pesar de todo, a pesar de mis ideas de libertad y de república... Sí; tenía eso en la masa de la sangre, por mi abuelo sin duda... Y ahora resulta que por ese lado todo está podrido. ¿A dónde vamos a parar?

Sus ojos se extraviaban, lanzó un lamento tan doloroso que Juan se decidía a acudir hasta él cuando vio a Enriqueta. Acababa de despertarse al oír el ruido de voces en el cuarto de al lado. Un día pálido alumbraba ahora la habitación.

—Llega usted a tiempo para regañarle —dijo sonriéndose—. No es muy bueno.

Pero al ver a su hermana tan pálida, tan afligida, sobrevino en Mauricio una crisis de enternecimiento. Abrió los brazos y la atrajo sobre su pecho. Cuando estuvieron abrazados lloraron y sus lágrimas se mezclaron.

—¡Ah, pobrecita, pobrecita mía; aún avergonzado estoy de no tener valor para consolarte!... ¡Ese pobre Weiss, tu marido que tanto te quería!, ¿qué va a ser de ti? Siempre has sido la víctima, sin haberte quejado nunca... ¡Cuántos pesares te he causado en este mundo y quién sabe si aún te causaré otros!

Le hacia callar, le tapaba la boca con la mano, cuando en aquel momento entró Delaherche, trastornado, fuera de sí. Había concluido por bajar de la terraza, hostigado por el hambre, por una de esas hambres nerviosas que el cansancio exaspera; y como había vuelto a entrar en la cocina para tomar algo caliente, encontró allí a la cocinera con un pariente suyo, de Bazeilles, a quien estaba dando precisamente un vaso de vino caliente. Y aquel hombre, uno de los últimos que había

quedado allá en medio de los incendios, lo había contado que su tintorería estaba completamente destruida y que solo era un montón de escombros.

—¡Vaya unos bandidos!, ¡creerán ustedes —dijo dirigiéndose a Juan y a Mauricio —, que van a incendiar a Sedan como han incendiado a Bazeilles ayer...! ¡Estoy arruinado, estoy arruinado!

La herida que Enriqueta tenía en la cabeza llamó su atención y se acordó que no había podido hablar aún con ella.

—¡Es verdad, ha ido usted allí, y ha cogido usted eso!... ¡Pobre Weiss!

Y, bruscamente, comprendiendo al ver los ojos rojos de tanto llorar, que Enriqueta sabía la muerte de su marido, relató un detalle horrible que el pariente de la cocinera le había contado.

—¡Pobre Weiss! Parece que le han quemado... Sí, han echado los cuerpos de los vecinos fusilados en la hoguera de una casa incendiada, regada con petróleo.

¡Estremecida, horrorizada, Enriqueta le escuchaba! ¡No iba a tener el consuelo de recoger y enterrar a su querido muerto, cuyas cenizas dispersaría el viento! Mauricio la cogió de nuevo, en brazos, la acarició pidiéndola no llorara tanto.

Al cabo de un rato de silencio, Delaherche, que miraba por las ventanas, se volvió para decir a los dos soldados:

—¡Ah! a propósito; me olvidaba decirles que allá abajo en la cochera, un oficial está distribuyendo dinero a los soldados para que no caigan en poder de los prusianos. Debierais bajar, siempre es conveniente tener dinero, si no nos hemos muerto todos esta noche.

El consejo era bueno, Mauricio y Juan bajaron después que Enriqueta consintió en acostarse en el sofá donde había dormido su hermano. En cuanto a Delaherche, atravesó el cuarto vecino donde encontró a Gilberta, que continuaba durmiendo tranquilamente, sin que los ruidos la hubieran hecho cambiar de postura. Y desde allí echó una ojeada al cuarto donde velaba su madre al coronel Vineuil, pero esta se había dormido, mientras que el coronel, con los párpados cerrados, no se había movido, aniquilado por la fiebre.

Abrió los ojos y preguntó:

—¿Ha acabado?, ¿no es verdad?

Contrariado por aquella pregunta que le detenía en el momento en que esperaba escaparse, Delaherche hizo un gesto de cólera, ahogando la voz.

—¡Sí, se ha acabado hasta que vuelva a empezar! No se ha firmado nada.

Con voz muy baja, el coronel continuó, empezando a delirar.

—¡Dios mío!, ¡que muera antes de que acabe!... No oigo el cañoneo. ¿Por qué no tiran más?... Allá arriba, en Saint Menges, en Fleigneux, dominamos todos los caminos, echaremos los prusianos al Meuse si se atreven a volver sobre Sedan para atacarnos. La ciudad está a nuestros pies, entre nosotros y ellos, como un obstáculo que refuerza nuestras posiciones... ¡Adelante! El 7.º cuerpo irá a la cabeza, el 12.º protegerá la retirada...

Y sus manos se agitaban sobre las mantas, como si fuera a caballo. Poco a poco se detuvieron a medida que sus palabras se hacían más pesadas y que se iba durmiendo.

Dejó de hablar, estaba sin aliento, atontado.

—Descanse usted, volveré cuando tenga más noticias; y después de haberse asegurado de que dormía su madre, desapareció.

En la cochera, abajo, Juan y Mauricio, habían encontrado, sentado sobre una silla de cocina, delante de una mesa de pino, a un oficial pagador, el cual, sin pluma, sin recibos, sin papeles de ninguna clase, distribuía fortunas. Metía la mano en los sacos llenos de monedas de oro y sin tomarse el trabajo de contar, a puñados, llenaba los kepis de los sargentos del 7.º cuerpo que desfilaban ante él. Se había convenido que los sargentos distribuirían la suma entre los soldados de sus compañías. Cada uno iba recibiendo aquello, como avergonzado, como si fuera una ración de café o de carne, y después se iban, vaciando sus kepis en los bolsillos, para no encontrarse en las calles con todo aquel oro a la luz del día. La operación se hacía en silencio, no se pronunciaba una palabra, solo se oía el ruido cristalino de las monedas, entre el estupor que causaba a aquellos muchachos verse con aquellas riquezas, cuando ya no quedaba en la ciudad, un pan ni un cuartillo de vino que comprar.

Cuando Juan y Mauricio se acercaron, el oficial retiró primero el puñado de monedas de oro que tenía en la mano.

—No son ustedes sargentos ni uno ni otro, dijo... Solo los sargentos tienen derecho a cobrar...

Después, cansado y deseando acabar:

—Tome usted, cabo, lo mismo da... ¡Pronto a otro!

Y había dejado caer las monedas de oro en el kepis que Juan le tendía. Este, emocionado al ver aquella suma, cerca de seiscientas pesetas, quiso que Mauricio tomase en seguida la mitad. Podían verse separados cuando menos lo pensarán.

Hicieron el reparto en el jardín, delante de la ambulancia, y después entraron en esta, reconociendo encima de la paja, casi a la entrada, al tambor de su compañía, Bastian, un muchacho muy alegre, que había tenido la desgracia de recibir un balazo en la ingle a eso de las cinco de la tarde, cuando ya había concluido la batalla. Estaba agonizando desde la víspera.

A la luz de la mañana, en el momento en que se despertaban, la ambulancia los dejó helados. Tres heridos habían muerto durante la noche, sin que nadie la hubiera advertido; y los enfermeros hacían sitio para otros, llevándose los cadáveres. Los que habían sido operados la víspera, en su somnolencia, abrían los ojos, miraban atontados aquel inmenso dormitorio de sufrimientos, donde, sobre la paja estaba echado todo un rebaño, medio degollado. Aunque habían barrido la víspera, después de terminar la horrible tarea, el suelo conservaba señales de sangre, una gran esponja tinta en sangre parecida a una cereza, nadaba en un cubo de agua; una mano olvidada con los dedos rotos, estaba al lado de la puerta, bajo el cobertizo. Eran las migajas de la carnicería, el horrendo deshecho de una matanza, en el triste amanecer. Y la

agitación, esa necesidad de vida turbulenta de las primeras horas, había reemplazado al anonadamiento de la fiebre. Apenas se oía, interrumpiendo el silencio, un quejido ensordecido por el sueño. Los ojos vidriosos se asustaban al volver a ver el día, las bocas empastadas lanzaban un aliento malsano, toda la sala caía en esa tristeza de los días sin fin, lívidos, nauseabundos, cortados por agonías, que iban a vivir los desgraciados estropeados, que acaso saldrían a los dos o tres meses con un miembro de menos.

Bouroche, que empezaba su visita después de algunas horas de descanso, se paró delante de Bastian y después pasó haciendo un imperceptible movimiento de hombros. Nada hacía que hacer. Bastian había abierto los ojos y, como resucitado, seguía con la vista a un sargento que hacía tenido la buena idea de entrar, con su kepis lleno de oro, para ver si quedaba allí algún soldado de su compañía. Precisamente encontró a dos y dio a cada uno veinte francos. Llegaron otros sargentos y el oro empezó a llover sobre la paja. Y Bastian, que había logrado sentarse, tendió sus manos que la agonía sacudía.

—¡A mí, a mí!

El sargento quiso pasar adelante como había pasado Bourouche. Después, cediendo a un impulso de hombre bueno, echó las monedas sin contar en las dos manos ya frías.

—¡A mí, a mí!

Bastian había caído de espaldas. Trató de recoger el oro que se le escapaba, lo tentó con los dedos tiesos. Y murió.

—¡Buenas noches, dijo un zuavo que se hallaba al lado, este ha apagado la vela! Es lástima cuando se tiene con que echar un trago.

El zuavo tenía el pie izquierdo en un aparato. Logró levantarle un poco y arrastrarse con los codos y con las rodillas; y al llegar cerca del muerto lo recogió todo, registró las manos y los pliegues del capote. Cuando volvió a su puesto, notando que le miraban, se conformó con decir:

—¡No es cosa de que se pierda!

Mauricio, oprimido el corazón en aquella atmósfera de tristeza, se llevó a Juan. Al atravesar el cobertizo vieron a Bourouche, exasperado por no haber podido procurarse cloroformo, que se decidía a cortar una pierna a un chico de unos veinte años. Y huyeron de allí para no ver ni oír.

En aquel momento Delaherche volvía de la calle. Los llamó y les dijo:

—¡Subid, subid pronto, vamos a almorzar; la cocinera ha logrado encontrar leche y no es cosa de desperdiciarlo, pues hay que tomar algo caliente!

Y a pesar de los esfuerzos que hacía, no podía ocultar la alegría que le embargaba. Bajó la voz y añadió muy satisfecho:

—¡Esta vez es cosa hecha! El general Wimpffen ha ido a firmar la capitulación.

¡Ah!, ¡qué gran desahogo; su fábrica se había salvado, la atroz pesadilla desaparecía, iba a volver a la vida dolorosa, pero al fin a la vida! Daban las nueve: era

Rosa que había ido a casa de una panadera tía suya para comprar pan, quien le había dado cuenta de los sucesos ocurridos aquella mañana en la subprefectura. A las ocho, el general Wimpffen había reunido un nuevo consejo de guerra compuesto de treinta generales, a los que dio cuenta del resultado de su entrevista, sus inútiles esfuerzos y las duras exigencias del enemigo victorioso. Sus manos temblaban, una emoción violenta le llenaba los ojos de lágrimas. Y estaba hablando aún cuando se presentó un coronel de Estado Mayor prusiano, en nombre del general Moltke, para recordar que si a las diez no se había tomado una resolución se abriría el fuego sobre Sedan. El consejo, entonces, ante la espantosa situación, no había tenido más remedio que autorizar al capitán para que volviera de nuevo al palacio de Bellevue para aceptarlo todo. El general debía hallarse allí; el ejército francés era prisionero con armas y bagajes.

Después Rosa se había extendido en detalles, dando cuenta de la extraordinaria agitación que reinaba en la ciudad, desde que se sabía la noticia.

En la subprefectura había visto a unos oficiales que arrancaban sus charreteras llorando como niños. Sobre el puente, los coraceros tiraban sus sables al Meuse y todo un regimiento había desfilado, lanzando cada cual el suyo, veían saltar el agua, y luego entraban en las filas. En las calles, los soldados cogían los fusiles por el cañón y destrozaban las culatas contra las paredes; mientras que los artilleros, que habían arrancado el mecanismo de las ametralladoras, las tiraban a las alcantarillas. Había muchos que enterraban y quemaban las banderas. En la plaza de Turenne, un viejo sargento, subido sobre un guardacantón, insultaba a los jefes, los trababa de cobardes, como si le hubiese atacado súbita locura. Otros parecían estar atontados y lloraban. Y, es preciso decirlo, otros, el mayor número, estaban alegres, se les había quitado un peso enorme de encima. ¡Era el fin de sus miserias, eran prisioneros, no se batirían más! ¡Llevaban tantos días sufriendo, con aquellas caminatas y sin comer! Además ¿para qué batirse puesto que no eran los más fuertes? ¡Habían hecho muy bien los jefes, si como se decía, los habían vendido, para acabar pronto! ¡Era tan consoladora la idea de que iban a tener pan blanco y a dormir en buenas camas!

Allá arriba, al entrar Delaherche en el comedor, con Mauricio y Juan, su madre le llamó:

—Ven, el coronel me da cuidado.

El señor Vineuil, con los ojos abiertos había vuelto a hablar, agitado por la fiebre.

—¡Qué importa! si los prusianos nos cortan el camino de Mezieres... Ahí están, ya han dado la vuelta al bosque de Fallsette, mientras que otros suben por el valle del Givonne... La frontera está detrás de nosotros y la pasaremos de un salto cuando hayamos matado todos los que podamos... Eso era lo que yo quería ayer...

Pero su miraba ardiente acababa de cruzarse con la de Delaherche. Le reconoció, pareció volver a la horrible realidad preguntó por tercera vez:

—¡Se ha acabado!, ¿no es verdad?

El fabricante de paños no pudo contener su alegría.

—¡Ah, sí! ¡A Dios gracias! Se acabó. La capitulación debe estar firmada a estas horas.

El coronel se puso de pie, a pesar de su herida; cogió su espada, que estaba sobre una silla y quiso romperla. Pero sus manos temblaban demasiado, el acero cayó al suelo.

—¡Tenga usted cuidado!, ¡se va a cortar! —gritaba Delaherche. Es peligroso, quítale eso de las manos.

Y fue la señora Delaherche quien se apoderó de la espada. Después, ante la desesperación del señor Víneuil, en vez de esconderla como su hijo la decía, la rompió de un golpe seco, contra su rodilla, con una fuerza extraordinaria, de la que ella misma no se creía capaz. El coronel dirigió a su anciana amiga, una mirada muy tierna.

En el comedor, la cocinera acababa de servir el café con leche, para todo el mundo. Enriqueta y Gilberta se habían despertado; esta última descansada gracias a un buen sueño, con la cara fresca y los ojos alegres; y abrazaba tiernamente a su amiga, a quien tenía mucha lástima. Mauricio se colocó cerca de su hermana, mientras que Juan, un poco avergonzado, habiendo tenido que aceptar el convite, se encontró enfrente de Delaherche. La señora Delaherche no quiso sentarse a la mesa, la llevaron una taza y bebió el calé. Pero, a su lado, el desayuno de los cinco, primero silencioso, fue animándose. Estaban sumamente débiles, tenían mucha hambre, y ¿cómo no iban a estar alegres, cuando se encontraban allí, intactos, cuando millares de infelices quedaban tendidos en el campo? En el gran comedor, el mantel blanco daba alegría a los ojos, y el café con leche, muy caliente, estaba delicioso.

Hablaron. Delaherche, tranquilo, había vuelto a su aspecto de rico industrial, con una bondad de patrón a quien halaga la popularidad, duro solamente para la falta de éxito; volvió a hablar de Napoleón III, cuya fisonomía no se apartaba de su vista. Y se dirigió a Juan, el único muchacho sencillo que pudiera atenderle.

—¡Ah! puedo decirlo, el emperador me ha engañado... Porque sus paniaguados podrán pedir para él se tengan en cuenta todas las circunstancias atenuantes que quieran, pero lo cierto es que es el primero, el único causante de nuestros desastres.

Olvidaba ya que, siendo bonapartista acérrimo, había trabajado algunos meses antes para que triunfara en el plebiscito. Y no le inspiraba lástima desde aquel momento el que iba a ser el hombre de Sedan; le echaba en cara todas las iniquidades.

—Es un hombre incapaz de nada, como nos vemos obligados a reconocerlo ahora; pero esto no importaría nada después de todo... Un espíritu quimérico, una cabeza mal equilibrada a quien ha parecido favorecer la suerte mientras todo le ha salido bien... No, créame usted, no es necesario que traten de apiadarnos sobre su destino, diciéndonos que le han engañado, que la oposición le ha negado los hombres y los créditos necesarios. Es él quien nos ha engañado. Sus vicios y sus faltas nos han metido donde nos encontramos.

Mauricio, que no quería hablar, no pudo menos de sonreírse; mientras que Juan,

que se hallaba cohibido temiendo soltar algún disparate, solo se permitió decir:

—Sin embargo, dicen que es una buena persona.

Aquellas palabras, dichas con toda modestia, sacaron de quicio a Delaherche. Todo el miedo que había tenido, todas las angustias que le habían mortificado estallaron en un arranque de desesperación, casi de odio.

—¡Una buena persona! ¡Eso se dice pronto...! ¡No sabe usted que en mi fábrica han caído tres granadas y que no es por culpa del emperador si no se ha quemado...! ¡Sabe usted que yo, que le hablo, voy a perder más de cien mil francos con todos estos jaleos! ¡Ah, no, no! Francia invadida, incendiada, exterminada, la industria paralizada, el comercio destruido ¡esto es demasiado! ¡De una buena persona así que nos libre Dios!... ¡Está en el fango y en la sangre, que se quede!

Con el puño hizo un gesto como si quisiera mantener bajo el agua a algún miserable que hubiera intentado salir. Después acabó de beber su café. Gilberta se había reído involuntariamente al notar las distracciones de Enriqueta, a quien servía como si fuera un niño. Cuando acabaron el desayuno, siguieron aún en la paz feliz del gran comedor fresco.

Y, en aquella misma hora, Napoleón estaba en la pobre casita del tejedor, en el camino de Donchery. A las cinco de la manada, había querido abandonar la subprefectura, muy molesto al sentir a Sedan alrededor suyo, como un remordimiento y una amenaza, atormentado por la necesidad de apaciguar su corazón sensible, obteniendo para su desgraciado ejército mejores condiciones. Deseaba ver al rey de Prusia. Había tomado un coche de alquiler y recorría la carretera adornada por los álamos, la primera etapa del destierro, llevada a cabo, con el fresco del amanecer, con la sensación de toda la grandeza caída que abandonaba en su huida; y sobre aquella carretera había encontrado a Bismarck que llegaba a escape, con su gorra vieja, con sus botazas enormes, con el único deseo de divertirse, de impedirle viera al rey, mientras no se firmara la capitulación. El rey estaba aún en Yendresse, a catorce kilómetros. ¿Y dónde ir? ¿Bajo qué techo aguardar? Allí, perdido en una nube de tempestad, el palacio de las Tullerías había desaparecido. Sedan parecía haber retrocedido leguas, como cerrado por un río de sangre. No existiendo ya más palacios imperiales en Francia, no quedaban más albergues oficiales, ni un rincón en casa del menor funcionario, donde se atreviese a sentarse. Y fue en la casita de un tejedor donde quiso recogerse, en una humilde casa, vista en el borde del camino con su diminuta huerta, cerrada por una tapia, su fachada de un piso, con las pequeñas ventanas tristes. Arriba, el cuarto blanqueado con cal, con suelo de ladrillo, no tenía más muebles que una mesa de pino blanco y dos sillas de paja. Aguardó allí muchas horas, primero en compañía de Bismarck, que se sonreía al oírle hablar de generosidad, solo después, arrastrando su miseria, pegando su cara lívida contra los cristales, mirando aún aquella tierra de Francia, aquel Meuse, que se deslizaba tan hermoso por entre los campos fértiles.

Después, al día siguiente, los demás días, fueron las otras etapas atroces: el

palacio de Bellevue, aquel lindo castillo, dominando el río, donde durmió, donde lloró después de su entrevista con el rey Guillermo; la cruel salida, Sedan evitado por temor a la cólera de los vencidos, de los hambrientos; el puente de barcas que los prusianos habían echado en Iges, el largo rodeo al Norte de la ciudad, los atajos, los caminos separados de Floing, de Fleigneux, de Illy, toda aquella lamentable huida, en coche descubierto; y allí, sobre aquella trágica meseta de Illy, atestada de cadáveres, el legendario encuentro, el miserable emperador que, no pudiendo soportar el trote del caballo, se había caído bajo la violencia de alguna crisis, fumando acaso maquinalmente un cigarrillo, mientras que un rebaño de prisioneros, lívidos, cubiertos de sangre y de polvo, llevados de Fleigneux a Sedan, se colocaba a ambos lados del camino para dejar pasar el coche; los primeros callados, los otros gruñendo, los otros poco a poco exasperados, haciendo estallar su cólera a gritos, amenazándole con los puños en un gesto de insulto y de maldición. Después hubo aún la interminable travesía del campo de batalla, una legua por caminos destrozados, por entre cadáveres, con los ojos grandes abiertos, amenazadores, hubo el campo helado, los vastos bosques mudos, la frontera en lo alto de una cuesta después, al final de todo, bajando el camino, más allá, por entre abetos, por el fondo del estrecho valle.

¡Y qué primera noche de destierro, en Bouillon, en una posada, en el hotel del Correo, rodeado por tal muchedumbre de franceses refugiados y de curiosos, que el emperador creyó deber presentarse entre los murmullos y los silbidos! El cuarto, cuyas tres ventanas caían sobre la plaza, y el Semoy era el cuarto vulgar, con sillas de damasco rojo, con el armario de luna, con la chimenea adornada con un reloj de zinc, con conchas y rasos de flores artificiales, cubiertos con fanales.

A derecha e izquierda de la puerta había dos camas pequeñas. En una se acostó el ayudante de campo, a quien el cansancio hizo que durmiera des de las nueve de la noche. En la otra, el emperador tuvo que dar vueltas durante mucho tiempo, sin poder conciliar el sueño y se levantó para pasear su mal; no tuvo más distracción que mirar colgados a la pared, a los dos costados de la chimenea, unos grabados que se encontraban allí, representando uno a Rouget de Lisie cantando la Marsellesa, el otro, el Juicio final, una llamada furiosa de trompetas, tocadas por arcángeles que hacían salir de la tierra a todos los muertos, la resurrección del osario de las batallas subiendo a declarar ante Dios.

En Sedan, el tren de la casa imperial había que dado abandonado, detrás de las lilas, en el jardín del subprefecto. No se sabía cómo hacerlos des aparecer, quitarlos de la vista de las pobres gentes que morían de hambre, tal era la insolencia agresiva que habían tomado, la ironía atroz que representaban en medio del desastre y que los hacía insoportables. Hubo que aguardar a una noche muy negra. Los caballos, los coches, los furgones, con su vajilla de plata, sus cestas de vinos finos, salieron con mucho misterio de Sedan, se fueron también a Bélgica por caminos extraviados, sin hacer ruido, con un estremecimiento inquieto de robo.

TERCERA PARTE

I

Durante la interminable jornada de la batalla, Silvina, desde el ribazo de Remilly, donde estaba construida la casería del señor Fouchard, no había cesado de mirar hacia Sedan, envuelto entre el humo y el tronar continuo de los cañones, temblando, con el pensamiento fijo en Honorato. Y al día siguiente aumentó su inquietud, por la imposibilidad de procurarse noticias exactas entre los prusianos que guardaban los caminos, que se negaban a contestar, no sabiendo ellos tampoco lo que sucedía. El sol claro de la víspera había desaparecido, habían caído aguaceros que entristecían el valle con una luz lívida.

A la caída de la tarde, el señor Fouchard, atormentado igualmente en su mutismo, no acordándose mucho de su hijo, pero deseando averiguar qué consecuencias iba a tener para él la desgracia de los otros, estaba a la puerta de su casa, aguardando los sucesos, cuando vio a un muchacho alto, con blusa, que desde hacía un momento rondaba por el camino. La sorpresa fue tan grande al reconocerle, que le llamó en alta voz, a pesar de que pasaban en aquel momento tres prusianos por el camino.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Próspero?

De un movimiento rápido el cazador de África le tapó la boca. Después, acercándose, dijo en voz baja:

—Sí, soy yo. Estoy cansado de pelear en balde y me he escapado... Diga usted, señor Fouchard; ¿no necesita usted un criado?

El viejo, astuto siempre, recobró su prudencia. Precisamente buscaba un criado. Pero no había para que decirlo.

—¡Un criado, ahora no! al menos por ahora no... Pero entra a echar un trago. No creas que te voy a dejar penando en el camino.

En la cocina, Silvina ponía la comida a la lumbre, mientras que el pequeño Charlot, se colgaba a sus faldas, jugando y riendo. Al pronto no reconoció a Próspero, el cual, sin embargo, había trabajado con ella; y solo al traer una botella y dos vasos fue cuando cayó en la cuenta de quién era. Lanzó un grito, acordándose de Honorato.

—¡Ah!, ¿viene usted de allí, no es verdad?... ¿Está bueno Honorato?

Próspero iba a contestar, después dudó. Hacia dos días que vivía como en un sueño, entre una violenta sucesión de cosas vagas, que no le dejaban más que tristes recuerdos. Creía haber visto a Honorato, muerto, encima del cañón, pero no lo hubiera afirmado; ¿y para qué hacer daño a la gente no teniendo certeza absoluta?

—Honorato —murmuró—, no sé... no puedo decir nada...

Ella le miró, insistió:

—¿No le ha visto usted?

Con un movimiento pausado, agitó las manos, meneando la cabeza.

—¡Si cree usted que se puede saber algo! ¡Han ocurrido tantas cosas, tantas! ¡De

toda esa batalla maldita, no podría contar ni esto... ni aun los sitios por donde he pasado...! ¡Allí se vuelve uno tonto!

Y, después de beber un vaso de vino, se quedó pensativo, los ojos soñadores, perdidos allá en las tinieblas de su memoria.

—Todo lo que sé es que, cuando volví de mi desmayo, anochecía... Cuando caí en tierra al dar la carga, el sol estaba muy alto. Debía estar allí hacía muchas horas, la pierna derecha aplastada bajo el cuerpo de Céfiro, el que había recibido un trozo de granada en el pecho... Le aseguro a usted que aquella postura nada tenía de cómoda, montones de compañeros muertos, y ni un gato vivo y pensando que yo también moriría allí si nadie venía a recogerme. Poco a poco traté de salir de debajo de Céfiro, pero era imposible, pesaba una barbaridad. Estaba aún caliente. Le acariciaba, le llamaba con cariño. Y esto si que no lo olvidaré nunca: abrió los ojos, hizo un esfuerzo para levantar la cabeza que estaba en tierra al lado de la mía. Entonces charlamos un poquillo. «Pobrecillo, le dije, no es para echártelo en cara, pero sin duda quieres que reviente contigo, porque me aprietas mucho». Claro, no contestó que sí, pero pude leer, en su mirada turbia, la pena que sentía al abandonarme. Y no sé cómo fue, no sé si quiso o si fue una convulsión, pero es el caso que tuvo una sacudida brusca y que se echó al otro lado. Pude levantarme; ¡pero en qué estado! la pierna me pesaba como si fuera de plomo... No importa, cogí la cabeza de Céfiro entre mis brazos, continué consolándole, diciéndole que era un buen caballo, todo lo que me dictaba el corazón, que le quería mucho, que me acordaría siempre de él. ¡Me escuchaba, parecía estar muy contento! Después tuvo otra sacudida, y murió, con sus grandes ojos que no dejaban de mirarme... Acaso no quieran creerme, pero la verdad es que tenía en los ojos lágrimas gordas... Mi pobre Céfiro lloraba como un hombre...

La pena ahogaba a Próspero y empezó a llorar. Después echó otro trago de vino; continuó relatando su historia con frases entrecortadas, incompletas. La noche se iba haciendo más oscura; no había más que un rayo rojo de luz en el campo de batalla que proyectaba a lo lejos la sombra inmensa de los caballos muertos. Él, sin duda, se había quedado mucho tiempo al lado del suyo, incapaz de alejarse con su pierna que le pesaba mucho. Después, un espanto repentino se apoderó de él, haciéndole correr a pesar suyo, la necesidad de no encontrarse solo, el deseo de estar al lado de sus compañeros para no tener miedo. Así de todas partes, de las zanjas, de entre las matas, por todos sitios, los heridos abandonados se arrastraban, trataban de unirse, formaban grupos de cuatro o cinco donde parecía menos duro quejarse y morir. Así fue como en el bosque del Garenne encontró dos soldados del 43.º que no tenían un rasguño, que estaban allí enterrados casi, escondidos como liebres, aguardando a que anocheciera. Cuando supieron que conocía los caminos le indicaron que querían huir a Bélgica, llegar a la frontera por los bosques antes de que amaneciera. Se negó primero a guiarlos; hubiera preferido llegar en seguida a Remilly, seguro de encontrar un refugio; ¿pero dónde podría procurarse una blusa y un pantalón? esto sin contar

que desde el bosque del Garenne a Remilly, de un extremo a otro del valle, no había que confiar en atravesar las líneas prusianas sin tropiezo. Accedió a servir de guía a los dos compañeros. Su pierna se había recalentado; tuvieron la suerte de que les dieran un pan en una casería. Dieron las nueve en un campanario lejano, al ponerse de nuevo en camino. El único peligro que corrieron fue en la Chapelle, donde tropezaron con una avanzada enemiga que dio la alerta y empezó a disparar tiros en las tinieblas, mientras que, agachados, arrastrándose, volvieron a alejarse oyendo los silbidos de las balas. A la vuelta de un sendero anduvieron a gatas, se echaron sobre un centinela y le mataron de una cuchillada en la garganta. Después encontraron los caminos libres, continuaron andando, riendo y silbando. Y a las tres de la mañana llegaron a una aldea de Bélgica, llamaron a una puerta, les abrieron y se acostaron en un pajar.

Ya era muy de día cuando se despertó Próspero. Al abrir los ojos, mientras sus compañeros roncaban, vio al dueño de la casa que estaba engancho un carricoche cargado de pan, de arroz, de café, de azúcar, de toda clase de provisiones escondidas bajo unos sacos de carbón, y supo que el buen hombre tenía en Francia, en Raucourt, dos hijas casadas, a las que iba a llevar provisiones sabiendo que se encontraban sin nada después de haber pasado por allí los bavaros. Se había procurado un salvoconducto aquella mañana. Próspero entró en ganas de sentarse en aquel carricoche para volver allá, a aquel pedazo de tierra cuya nostalgia le angustiaba ya.

La cosa era bien sencilla; se apearía en Remilly, por donde tenía que pasar el coche para ir a Rancourt. Y quedaron arreglados en seguida: le prestaron un pantalón y una blusa y el casero le hizo pasar como si fuera su criado, de manera que a eso de las seis, se bajó delante de la puerta de la Iglesia, después de haber sido detenido dos o tres veces por las avanzadas alemanas.

—¡Yo ya estoy harto! —decía Próspero—. Si hubiesen sacado algún partido de nosotros, como allá en África. Pero ir a la izquierda para volver a la derecha, comprender que no se sirve para nada, acaba por cansar... Y además, ahora, Céforo ha muerto, estoy solo; no tengo más que volver a trabajar al campo. ¿No es verdad? Vale mucho más esto que ser prisionero de los prusianos... ¡Tiene usted caballos, señor Fouchard, ya verá usted como los cuido!

El viejo estaba satisfecho. Echó otro trago y prosiguió:

—¡Dios mío! puesto que te viene bien, te quedarás aquí, te tomaré... Pero, en cuanto al sueldo, no hay que hablar de eso hasta que se acabe la guerra porque no necesito de nadie y los tiempos son malos.

Silvina se había quedado sentada teniendo a Charlot sobre las rodillas. No había perdido de vista a Próspero y cuando este se levantó para ir a la cuadra a ver los caballos le preguntó de nuevo:

—¿No ha visto usted a Honorato?

Esa pregunta hecha bruscamente le hizo, estremecerse. Dudó un momento, después se decidió a hablar.

—Oiga usted, no he querido causarla un disgusto antes, pero creo que Honorato no volverá, se ha quedado allí.

—¿Cómo, que dice usted?

—Creo que los prusianos le han ajustado las cuentas... Le he visto medio caído sobre una cureña, la cabeza derecha, con un agujero, debajo del corazón.

Hubo un silencio, Silvina palideció, mientras que el señor Fouchard, sorprendido, colocaba su vaso sobre la mesa, después de vaciar la botella.

—¿Está usted seguro? —dijo con voz que la pena ahogaba.

—Tan seguro como puede uno estar cuando lo ha visto... Era sobre una eminencia, entre tres árboles, y me parece que iba allí con los ojos vendados.

Era la destrucción de su felicidad. ¡Honorato, que la había perdonado, que se había comprometido a casarse, en cuanto acabara el servicio, en cuanto terminara la guerra! ¡Y se lo habían matado, estaba allí, con un agujero debajo del corazón! ¡Nunca había creído que le amaba tanto, tal era la necesidad que sentía de volverle a ver, de poseerle a pesar de todo!

Dejó a Charlot en tierra.

—¡Bueno! no lo creeré hasta que lo vea yo también. Puesto que sabe usted donde es, va usted a llevarme allí, y si es verdad, si lo encontramos, lo traeremos aquí.

Las lágrimas la ahogaban, se dejó caer sobre la mesa, llorando, mientras que el pequeñuelo, atontado por haberse visto rechazado por su madre, empezó también a llorar. Le cogió, lo apretó contra su corazón, cubriéndolo de besos.

—¡Pobre hijo mío, pobrecito!

El señor Fouchard estaba perplejo. Quería a su hijo a pesar de todo, a su modo y manera. Algunos antiguos recuerdos volvieron a su imaginación, muy lejanos, de la época en que vivía su mujer, cuando Honorato iba a la escuela, y dos lágrimas salieron de sus ojos, y rodaron por el cuero curtido de sus mejillas. No había Horado en diez años. Acabó por incomodarse, al pensar que a aquel hijo que era suyo no le volvería a ver más.

—¡Eso de no tener más que un hijo y que le maten, es infáme!

Pero cuando se calmó le molestaba ver que Silvina continuaba hablando de ir allí a buscar el cadáver de Honorato. Se obstinaba, sin llorar, en un silencio desesperado, invencible; y no la reconocía, ella tan dócil, haciendo todas las labores sin quejarse; sus grandes ojos sumisos, que bastaban para embellecer su cara habían adquirido un aspecto feroz, mientras que su frente pálida se ocultaba bajo su pelo negro. Acababa de quitarse un pañuelo encarnado que llevaba puesto, y quedó vestida de negro como una viuda. En vano intentó demostrarla las dificultades de la empresa, los peligros que podía correr y la poca esperanza de encontrar el cuerpo. No contestaba y el señor Fouchard comprendía que haría cualquier locura si no tomaba cartas en el asunto, lo que le inquietaba más aún, con motivo de las complicaciones que podría acarrearle con las autoridades prusianas. Se fue a ver al alcalde de Remilly, que era algo pariente suyo y los dos arreglaron la cosa. Silvina pasó como viuda de Honorato y

Próspero como su hermano; de manera que el coronel bávaro, instalado en la aldea en la posada de la Cruz de Malta, dio un pase para el hermano y la viuda autorizándoles a traer el cuerpo del marido si lo encontraba. Era ya de noche; lo único que pudieron lograr es que aguardaría al día siguiente para ponerse en camino.

Al día siguiente el señor Fouchard no quiso dejar enganchar uno de sus caballos por temor de que desapareciera. ¿Quién le aseguraba que los prusianos no embargarían el coche y el caballo? Por último accedió de mala gana a prestar el burro y el carrito pequeño, donde aún podía caber un muerto. Dio muchas instrucciones a Próspero, que había dormido bien, pero a quien preocupaba la expedición, ahora que estaba descansado. A última hora Silvina fue a buscar la manta de su cama que plegó en el fondo del carrito y al marchar abrazó a Charlot.

—Se lo confío a usted, señor Fouchard, tenga usted cuidado, no le deje jugar con las cerillas.

—¡Vete tranquila!

Los preparativos habían durado bastante. Daban las siete cuando Silvina y Próspero, detrás del carrito que arrastraba el burro, con la cabeza baja, descendieron por las rápidas cuestas de Remiliy. Había llovido mucho durante la noche, los caminos parecían ríos de barro y grandes nubarrones lívidos corrían por el cielo triste.

Próspero, queriendo tomar el camino más corto, se decidió a pasar por Sedan. Pero antes de llegar a Pont Maugis, una avanzada prusiana detuvo el carrito durante una hora; y cuando el pase circuló entre las manos de cuatro o cinco jefes, el burro pudo emprender de nuevo la marcha, con la condición de dar un gran rodeo, para pasar por Bazeilles. Cuando Silvina pasó el Meuse, sobre el puente del ferrocarril, aquel puente funesto, que no habían hecho saltar y que por cierto tantas pérdidas había costado a los bávaros, vio el cadáver de un artillero, que bajaba a flor de agua. Unas ramas le engancharon, se quedó un rato parado, dio después una vuelta y continuó su viaje.

En Bazeilles, por donde el burro atravesó al paso, de un extremo a otro, la destrucción era completa, todo lo que la guerra puede hacer de ruinas horribles, cuando pasa, devastadora cual furioso huracán. Habían recogido los muertos y no quedaba en las calles ni un cadáver; y la lluvia lavaba la sangre, las charcas quedaban rojas, con restos sospechosos, trozos en los que se creía reconocer aún pelos. Pero la angustia que oprimía el corazón, procedía de las ruinas, de ese Bazeilles tan alegre tres días antes, con sus lindas casitas entre los jardines, dormido ahora, aniquilado, dejando ver solo algunas paredes ennegrecidas por el humo. La iglesia continuaba ardiendo, una gran hoguera de maderos humeando, en medio de la plaza, de donde salía una espesa columna de humo, que se extendía por el cielo como un velo de luto. Habían desaparecido calles enteras, no quedando ni una casa a uno y otro lado, solo se veían montones de piedras calcinadas entre cenizas y un barro negro que lo anegaba todo. En los cuatro extremos, las casas que formaban ángulos habían desaparecido como si las hubieran segado. Otras habían sufrido menos, una por

casualidad había quedado en pie. Aislada, mientras que las de la derecha e izquierda habían sido totalmente destruidas por la metralla. Y salía de allí un hedor insoportable, las náuseas del incendio, la acritud del petróleo especialmente, derramado sobre los pisos de madera. Después era también la desolación muda de lo que se había intentado salvar, muebles tirados por las ventanas, aplastados sobre la acera, las mesas rotas, los armarios destrozados, las ropas tiradas por el suelo, rotas, manchadas, las tristes migajas del saqueo, prontas a deshacerse con la lluvia. Por una fachada abierta, por entre los pisos destrozados se veía un reloj intacto, sobre una chimenea, en lo alto de una pared.

—¡Ah!, ¡los canallas! —gruñía Próspero, cuya sangre se calentaba a la vista de aquel desastre.

Apretaba los puños y fue necesario que Silvina, muy pálida, le calmase con la mirada, a cada centinela que cruzaban por el camino. Los bávaros habían puesto centinelas cerca de las casas que ardían; y esas gentes con los fusiles cargados, con la bayoneta armada, parecían guardar los incendios para que las llamas terminasen su obra. Con gesto amenazador, con un grito gutural, hacían que se separasen los curiosos, los interesados que rondaban por los alrededores. Algunos grupos de vecinos, a distancia, mudos contemplaban aquellas ruinas. Una mujer, muy joven, con los cabellos esparcidos, el vestido manchado de barro, se encontraba dentro de los restos incendiados de una casa, cuyas brasas quería remover, a pesar del centinela que las guardaba. Decían que aquella infeliz se le había muerto un niño abrasado, en la casa. Y de pronto, al apartarla el bávaro con modales bruscos se volvió y te vomitó en la cara su desesperación furiosa, injurias de sangre y lodo, palabras inmundas, que la servían de desahogo. No debía comprenderla, la miraba, intranquilo, retrocediendo.

Acudieron tres compañeros, y le libraron de la mujer, llevándosela, chillando. Ante los escombros de otra casa, un hombre y dos niñas, los tres en el suelo, rendidos de cansancio y de miseria, lloraban, no sabiendo a donde ir, habiendo visto volar en cenizas todo lo que poseían. Pasó una patrulla, que dispersó a los curiosos, y el camino se quedó desierto, con los centinelas, tiesos, firmes, vigilando con mirada oblicua, para hacer respetar su consigna infame.

—¡Canallas, canallas! —decía Próspero sordamente—. ¡Con qué placer estrangularía a u par de ellos!

Silvina le hizo callar de nuevo. Se estremeció. En una cochera que el fuego no había tocado, un perro encerrado, olvidado hacía dos días, aullaba con tono tan lastimero, tan lamentable, que un escalofrío recorrió el cielo, de donde empezaba a caer un poco de agua. Y en aquel momento, en el parque de Montivillers, tuvieron un encuentro. Tres grandes carros atestados de cadáveres, esos carros de la basura que se llenan con palas en las calles todas las mañanas; y del mismo modo los habían llenado de cadáveres, parándolos al encontrarlos para echar los muertos, volviendo a emprender la lúgubre caminata para pararse más lejos, recorriendo Bazeilles entero basta que el montón desbordaba. Aguardaban inmóviles en la carretera a que los

llevaran a enterrar. Salían algunos pies por encima. Una cabeza colgaba, medio arrancada. Cuando los tres carros empezaron a rodar de nuevo, traqueteando en los baches, una mano lívida que colgaba, muy larga, fue a rozar contra una rueda y la mano se gastaba poco a poco, desollándose, comida hasta el hueso.

En Balan cesó la lluvia. Próspero decidió a Silvina a que comiera un pedazo de pan que había tenido la precaución de llevarse. Eran las once. Pero al llegar cerca de Sedan, un puesto prusiano los detuvo de nuevo, y esta vez fue terrible; el oficial se incomodaba, se negaba a devolver el pase, que decía era falso, hablando en correcto francés. Algunos soldados habían llevado el burro y el carrito bajo un cobertizo. ¿Qué iban a hacer? ¿Cómo iban a continuar el camino? Silvina se acordó entonces del primo Dubreuil, un pariente del señor Fouchard, a quien conocía y cuya posesión, el Ermitage, se encontraba a unos pasos de allí. Tal vez hicieran caso de un señor. Dejó el burro, se fue con Próspero, puesto que los dejaban libres, con la condición de quedarse con el carrito. Al llegar al Ermitage, encontraron la verja abierta. Y desde lejos, al entrar en el paseo central, vieron un cuadro que les causó mucha extrañeza.

—¡Demonio! —dijo Próspero—, ¡estos no tienen penas!

En la terraza había una reunión muy alegre. Alrededor de un velador, con tablero de mármol, había butacas y un sofá de satén azul celeste, formando círculo; era un salón muy raro, al aire libre, que la lluvia, debía estar mojando desde la víspera. Dos zuavos sentados en el sofá parecían reírse a carcajadas. Un soldado de infantería, en una butaca, tenía las manos cruzadas como si no pudiera aguantar la risa. Otros tres estaban apoyados tranquilamente en los respaldos de sus asientos mientras que un cazador avanzaba la mano, como para tomar una copa sobre el velador. Debían haber vaciado la bodega y se divertían.

—¿Cómo pueden estar ahí? —decía Próspero asombrado—. ¿Se burlan de los prusianos?

Pero Silvina, cuyos ojos se dilataban, lanzó un grito de horror. Los soldados no se movían, estaban muertos. Los dos zuavos tiesos, con las manos retorcidas, no tenían cara; la nariz arrancada, los ojos fuera de las órbitas. La risa del que tenía las manos cruzadas sobre el vientre procedía de que una bala le había partido los labios rompiéndole los dientes. Aquello atroz, esos desgraciados que se hallaban en actitudes de maniqués rotos, las con miradas vidriosas, las bocas abiertas, frías, inmóviles. ¿Se habían arrastrado hasta allí para morir juntos? ¿O eran los prusianos que se habían entretenido en recogerlos y sentarlos después en corro como para burlarse de ellos?

—¡Vaya una broma fúnebre! —dijo Próspero palideciendo.

Y al mirar los otros muertos a través del paseo, aquellos treinta valientes, entre los cuales se encontraba el cuerpo del teniente Rochas, lleno de heridas, envuelto en la bandera, añadió muy serio:

—Por aquí se han batido de firme. Me parece que no vamos a encontrar las personas que buscamos.

Silvina entró en la casa cuyas puertas y ventanas destrozadas habían dado paso al aire húmedo. No había nadie; los amos de la casa debían haberse escapado antes de que comenzara la batalla. Después, como quiso recorrerlo todo, al penetrar en la cocina dejó escapar otro grito de espanto. Dos hombres se encontraban allí tendidos, un zuavo de barba negra y un prusiano enorme, con el pelo rojo, entrelazados los dos furiosamente. Los dientes del uno habían penetrado en la mejilla del otro, los brazos tiesos, no habían soltado la presa, haciendo crujir aún las columnas vertebrales rotas anudando los dos cuerpos con nudo tal de rabia eterna que iba a ser preciso enterrarlos juntos.

Entonces Próspero se llevó a Silvina, puesto que nada les quedaba que hacer en aquella casa abierta, habitada por la muerte. Y, cuando desesperados regresaron al puesto prusiano, tuvieron la buena suerte de encontrar con el oficial, que tan mal les había recibido, a un general que visitaba el campo de batalla. Este quiso ver el pase, después lo devolvió a Silvina con un gesto de piedad, diciendo que dejaran ir a aquella pobre mujer a recoger el cuerpo de su marido. Sin aguardar más echaron a andar, subiendo hacia el fondo del Givonne, obedeciendo a la orden que les prohibía pasar por Sedan.

Después torcieron a la izquierda para llegar a la meseta de Illy por el camino que atraviesa el bosque de Garenne. Allí fueron detenidos de nuevo, creyeron que no podrían pasar, tantos eran los obstáculos que hallaron. A cada paso los árboles cortados por las granadas, tumbados como gigantes, cerraban el camino. Era el bosque bombardeado a través del cual el cañoneo había cortado existencias de árboles seculares como en un cuadro formado por veteranos. Por todas partes se veían troncos abiertos, agujereados, hendidos como si fueran pechos; y aquella destrucción, aquella matanza de ramas llorando con su savia, ofrecía el aspecto espantoso de un campo de batalla humano. Después vieron cadáveres, soldados caídos abrazados fraternalmente con los árboles. Un teniente, con la boca ensangrentada, tenía las dos manos empotradas en tierra, arrancando puñados de yerba. Más lejos un capitán había muerto echado sobre el vientre, la cabeza levantada como para aullar su dolor. Otros parecía que dormían entre la maleza, mientras que un zuavo, cuya faja azul se había quemado, tenía la barba y el pelo tostados. Y fue preciso varias veces, en aquel estrecho camino, separar los cuerpos para que el burro y el carrito pudiesen continuar.

De pronto, en un pequeño valle, cesó el horror. La batalla no debía haber pasado por allí, no había querido tocar aquel lugar delicioso. Ni un árbol estaba desgajado, ni una mancha de sangre se dejaba ver sobre la yerba. Un riachuelo se deslizaba tranquilamente y el sendero que le acompañaba estaba cuajado de hayas. Aquel sitio encantaba, tranquilo, con una frescura deliciosa en el silencio del campo.

Próspero hizo que parara el borriquillo para que bebiera en el arroyo.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo con un grito de involuntaria satisfacción.

Silvina miró a su alrededor, inquieta también, de sentirse feliz un momento. ¿Por qué había allí tanta felicidad, cuando en los alrededores todo era luto y dolor?

—¡Pronto, pronto, vámonos...! ¿Dónde es? ¿Dónde ha visto usted a Honorato?

Y a unos cincuenta pasos de allí, al desembocar en la meseta de Illy, la llanura se desplegó bruscamente ante sus ojos. Esta vez era el verdadero campo de batalla, los terrenos pelados se extendían hasta los confines del horizonte, bajo el cielo gris de donde caían continuos chaparrones. Los muertos no estaban amontonados, todos los prusianos debían haber sido enterrados, porque no quedaba uno entre los cadáveres de los franceses, esparcidos entre los caminos, en los rastrojos, en las hondonadas, según los azares de la lucha. Cerca de un vallado, el primero que encontraron fue un sargento, un hombre hermoso, joven y fuerte, que parecía sonreírse, con los labios entreabiertos, la cara apacible. Cien pasos más allá, a través del camino, vieron a otro, mutilado atrozmente, la cabeza medio arrancada, les hombros manchados con salpicaduras de los sesos. Después de los cuerpos aislados, aquí y allá, había grupos, vieron siete en fila, la rodilla en tierra, con el fusil apuntando, heridos cuando disparaban, mientras que a su lado había caído un sargento. El camino seguía por una estrecha encañada y allí volvieron a horrorizarse, en frente de un foso donde había caído toda una compañía, ametrallada: los cadáveres lo llenaban, un hundimiento, una mezcolanza de hombres, empotrados, rotos, cuyas manos retorcidas habían arrancado la tierra amarillenta sin poder sujetarse. Y una bandada de cuervos alzó el vuelo llenando el espacio con sus lúgubres graznidos; y ya millares de moscas revoloteaban por encima de los cuerpos, bebiendo la sangre fresca de las heridas.

—¿Dónde está? —preguntó Silvina.

Pasaban entonces por un campo labrado, cubierto de mochilas. Algún regimiento había debido soltarlas allí, efecto del pánico, para huir más de prisa. Los restos que cubrían el suelo daban idea de los episodios de la lucha. En un campo de remolachas, algunos kepis esparcidos, parecidos a amapolas, trozos de uniformes, charreteras, cinturones, señalaban el trance horrendo, uno de los momentos en que la lucha de la artillería, que había durado doce horas, había sido más certera. Pero especialmente con lo que tropezaban a cada paso, era con trozos de armas, sables, bayonetas, fusiles, en tan crecido número que parecían ser producto de la tierra, una cosecha que hubiese crecido en un día de horrores. Platos, cantimploras se veían también por todas partes, todo lo que se había escapado de las mochilas rotas, arroz, cepillos, cartuchos. Y las tierras se sucedían a través de aquella devastación inmensa, las vallas arrancadas, los árboles achicharrados como en un incendio, el suelo mismo agujereado por las granadas, pateado, endurecido por el galope de las multitudes, tan asolado, que parecía iba a quedar estéril para siempre. La lluvia lo anegaba todo con su humedad, un olor se desprendía muy penetrante, ese olor de los campos de batalla, que huelen a paja fermentada, a paño quemado, una mezcla de podredumbre y de pólvora.

Silvina, cansada por la vista de aquellos campos de muerte por donde creía andar hacía muchas horas, miraba a su alrededor con creciente angustia.

—¿Dónde es? ¿Dónde es?

Pero Próspero no contestaba; lo que más le trastornaba, le conmovía, más que los

cuerpos de los compañeros muertos, eran los cadáveres de los caballos, los pobres caballos acostados sobre el flanco, en actitudes atroces, las cabezas arrancadas, los vientres abiertos, dejando paso a las entrañas. Muchos estaban boca arriba con las cuatro patas al aire, los vientres enormes salpicaban la llanura como si fueran jorobas. Algunos no habían muerto después de una agonía de dos días, y al menor ruido levantaban la cabeza dolorida, la balanceaban a derecha e izquierda, y la volvían a dejar caer; mientras que otros, inmóviles, lanzaban un grito, era la queja del caballo moribundo, tan particular, tan dolorosamente triste, que el aire temblaba. Y Próspero, con el corazón acongojado, se acordaba de Céfiro, creyendo que iba a volver a verle.

Bruscamente, sintió temblar el suelo, bajo el galope de una carga furiosa. Se volvió y solo tuvo tiempo para decir a su compañera:

—¡Los caballos, los caballos!... ¡Échese usted detrás de esa pared!

De lo alto de una pendiente, un centenar de caballos libres, sin jinetes, llevando algunos aún el equipo, descendían al galope como una avalancha. Eran los animales perdidos, abandonados sobre el campo de batalla, que se reunían así en rebaños, por instinto. Sin heno y sin avena desde la ante víspera, habían talado la escasa yerba y raído la corteza de los árboles, cuando el hambre les picaba el vientre como si fueran espolazos, salían todos a escape, con galope furioso, daban una carga por el campo vacío y mudo, despachurrando los muertos, rematando los heridos.

La tromba se acercaba, Silvina tuvo tiempo para llevar el burro y la carreta detrás del muro.

—¡Dios mío! ¡Van a destrozarlo todo!

Pero los caballos habían saltado el obstáculo, y galoparon del otro lado, engolfándose en un camino bajo, hasta llegar al lindero de un bosque, detrás del cual desaparecieron.

Cuando Silvina llevó el carrito al camino, exigió que Próspero la contestase.

—Vamos a ver, ¿dónde es?

Él, de pie, miraba a todas partes.

—Había tres árboles, necesito encontrarlos.

¡Caramba, no se ve muy bien cuando se da una carga y no es muy fácil saber luego qué caminos se han tomado!

Después, viendo alguna gente a la izquierda, dos hombres y una mujer, quiso preguntarles. Pero al acercarse huyó la mujer, y los hombres hicieron que se alejara, amenazándole; vio otros y todos se evadían, trataban de evitarle, huyendo, ocultándose, como animales que se arrastran, vestidos pobremente, con una suciedad sin nombre, con caras horrendas de bandidos. Entonces, al notar que los muertos, detrás de aquella gente asquerosa, no tenían zapatos, acabó por comprender que eran de esos merodeadores que seguían a los ejércitos alemanes, ladrones de cadáveres, toda una baja judería de rapiña, que seguía a los invasores para explotar los campos de batalla. Un hombre alto, flaco, echó a correr delante de él, llevando en los bolsillos, monedas y relojes robados a los cadáveres.

Un muchacho de trece a catorce años dejó que se le acercara Próspero, y como este al notar que era francés le injuriaba, el muchacho protestó: ¿Pues qué; no podían ganarse la vida? Recogía los fusiles, le daban veinticinco céntimos por cada uno. Por la mañana, cuando huía de su pueblo, con el estómago vacío, se había encontrado con un alemán que se había ajustado para recoger los fusiles sobre el campo de batalla. Los prusianos temían que si los aldeanos recogían las armas, las enviaran a Bélgica, para desde allí volver a Francia, y toda una nube de infelices se había dedicado a cazar fusiles, buscando entre las yerbas.

—¡Vaya un oficio! —decía Próspero.

—Hay que comer —replicaba el muchacho—. No robo a nadie.

Como no era del país y no podía darle ninguna noticia, le señaló una casería donde había visto gente.

Próspero le dio las gracias y se alejó para unirse a Silvina, cuando vio en un surco un fusil. Primero nada dijo, después retrocedió gritando como a pesar suyo:

—¡Mira, ahí tienes uno!

Silvina al acercarse a la casería, vio otros aldeanos cavando unas zanjas. Pero estos estaban a las órdenes de oficiales prusianos, los que con varita en la mano vigilaban el trabajo. Habían embargado a los vecinos de los pueblos para enterrar los cadáveres por temor de que la lluvia acelerara la descomposición de los cuerpos. Dos carretadas de cadáveres se encontraban allí; los descargaban, los echaban a tierra en fila, muy apretados, sin registrarlos, sin mirarles la cara; mientras que dos hombres con grandes palas, seguían cubriéndolos con una capa de tierra tan delgada, que ya con las lluvias se abría el suelo. Antes de quince días la peste, tan ligero era el trabajo, soplaría por allí. Silvina no pudo menos de pararse en el borde de la fosa, mirando los cadáveres a medida que los bajaban. Temblaba, creyendo reconocer a Honorato a cada momento. ¿No era el desgraciado aquel a quien faltaba un ojo?, ¿o aquel otro que tenía la boca destrocada? si no descubría pronto, en aquella meseta, se lo cogieran y lo enterrarían con los demás.

Echó a correr para alcanzar a Próspero que llegaba a la puerta de la casería.

—¡Dios mío!, ¿dónde es?... Pregunte usted.

En la casería no había más que prusianos, en compañía de una criada y de su hijo, que habían vuelto de los bosques, donde habían estado expuestos a morir de hambre y de sed. Era un rincón de patriarcal descanso, después de los días anteriores. Los soldados cepillaban con esmero sus uniformes, tendidos sobre las cuerdas que servían para secar las ropas.

Otro acababa de dar las últimas puntadas a un pantalón, mientras que el cocinero había encendido la lumbre sobre la cual cocía el rancho, que despedía un buen olor de berzas y de tocino. La conquista se organizaba con mucha tranquilidad y disciplina. Hubierase dicho que eran rentistas que había vuelto a sus casas fumando tranquilamente la pipa. Sentado en un banco, delante de la puerta, un hombre grueso, rubio, había cogido entre sus brazos al hijo de la criada, un niño de cinco a seis años;

y le hacía saltar, le decía en alemán palabras cariñosas y se divertía viendo reír al niño con las palabras que le decía y que no entendía.

En seguida, Próspero volvió la espalda temiendo le ocurriera algún nuevo contratiempo. Pero aquellos prusianos eran gente buena. Se echaron a reír al ver el burro, y no le pidieron el pase.

Entonces empezó una marcha loca. Entre dos nubes apareció el sol, que estaba ya muy bajo. ¿Iba a sorprenderles la noche en aquel lugar? Un nuevo chaparrón hizo que desapareciera el sol y solo quedó a su alrededor, un polvo de agua que lo borraba todo, caminos, campos y árboles. Próspero no sabía donde se encontraba y lo decía. El borriquillo trotaba siguiéndolos, con la cabeza baja, arrastrando el carrito. Subieron al norte, volvieron hacia Sedan. No sabían en qué dirección marchaban, retro cedieron dos veces por el mismo camino. Debían dar vueltas y acabaron, desesperados y cansados, por detenerse en el ángulo de tres caminos, batidos por el agua, sin fuerzas para buscar más.

Oyeron algunos lamentos y entraron en una casita aislada, a la izquierda, donde encontraron dos heridos en un cuarto. Las puertas estaban abiertas; llevaban dos días sufriendo la fiebre, sin que nadie los hubiese curado, sin haber visto a nadie. La sed, sobre todo, los hacía sufrir mucho, en medio de los continuos aguaceros que caían. No podían moverse, en seguida pidieron ¡agua!, ¡agua! ese grito de dolorosa avidez, con el que los heridos persiguen a los que pasan, al menor ruido de pasos que los saca de su somnolencia.

Cuando Silvio a les dio el agua, Próspero, que había reconocido a un compañero, un cazador de África, de su regimiento, comprendió que no debían estar muy lejos de los terrenos donde había dado la carga la división Margueritte. El herido acabó por señalar vagamente; sí, era por allí, al volver a la izquierda, después de pasar un campo de alfalfa. Silvina quiso ir en seguida. Acababa de llamar para que socorrieran a los heridos, a una cuadrilla que iba recogiendo cadáveres. Había cogido el borriquito de la brida y le hacía andar muy de prisa deseando verse al otro lado del campo de alfalfa.

Próspero se detuvo:

—Debe ser por aquí. Mire usted, a la derecha, ahí están los tres árboles... ¿Ve usted la señal de las ruedas? Allí hay un armón roto... ¡Por fin hemos llegado!

Silvina se precipitó, miraba las caras de dos muertos, dos artilleros que habían caído al borde del camino.

—¡Pero no está, no está! Habrá usted visto mal... ¡Sí, alguna equivocación, una alucinación que le habrá pasado por la vista!

Poco a poco se iba apoderando de ella una esperanza loca, una alegría inmensa.

—¡Si se hubiese usted equivocado!, ¡si viviese! ¡Y debe vivir, puesto que no está aquí!

De pronto lanzó un grito. Se había vuelto y se encontraba en el sitio donde había estado emplazada la batería. Era espantoso, el suelo removido como por un temblor

de tierra, restos arrastrándose por todas partes, muertos caídos en todos sentidos, en posturas atroces, los brazos torcidos, las piernas dobladas, la cabeza caída, con la boca abierta enseñando los dientes. Un sargento había muerto con las dos manos sobre los párpados, en una crispación asustada, como para no ver. Algunas monedas de oro que un teniente llevaba en una bolsa, habían caído al suelo mezclándose con su sangre.

Uno sobre otro, Adolfo, el conductor, y Luis, el hombre de a pie, con los ojos salidos de las órbitas, estaban furiosamente abrazados, unidos hasta en la muerte. Y era por fin, Honorato, echado sobre la pieza como sobre una cama de honor, herido en el costado y en el hombro, con la cara intacta y hermosa de cólera, mirando siempre hacia allá a las baterías prusianas.

—Pobre amigo —dijo Silvina llorando—. Había caído de rodillas sobre la tierra mojada, las manos unidas en un arranque de dolor. Aquella palabra de amigo, que solo encontraba su boca, decía bien la pérdida que había sufrido; ese hombre tan bueno, tan cariñoso, que la había perdonado, que con sentía en hacerla su esposa a pesar de todo. Ahora se acababa su esperanza; no viviría más. Nunca amaría a otro. La lluvia cesaba; una bandada de cuervos que revoloteaba por los aires lanzando graznidos, la inquietaba como una amenaza. ¿Querrían quitarle el muerto? Se había arrastrado sobre las rodillas, alejaba las moscas con mano temblorosa, esas moscas que revoloteaban al rededor de los dos ojos, grandes, abiertos, cuyas miradas buscaba.

Pero entre los crispados dedos de Honorato vio un papel manchado de sangre. Entonces quiso coger ese papel tirando poco a poco. El muerto no quería soltarlo, lo tenía tan sujeto, que no hubiese sido posible cogerlo sin hacerlo pedazos. Era la carta que le había escrito, carta conservada entre la camisa y su corazón, apretada así en una última convulsión, como una despedida. Y cuando la reconoció sintió una gran alegría en medio de su dolor intenso, trastornada al saber que había muerto pensando en ella. ¡Ah!, ¡sí, le dejaría aquella carta! no se la recogería puesto que quería llevársela consigo bajo tierra. Lloró de nuevo y esto la alivió. Se había levantado, le besaba las manos, le besaba en la frente, repitiendo siempre la misma palabra:

—¡Amigo mío, amigo mío!

El sol declinaba, Próspero había ido a buscar la manta. Y los dos, con lenta piedad, cogieron el cuerpo de Honorato, lo echaron sobre la manta, lo envolvieron después y lo llevaron al carrito. La lluvia amenazaba de nuevo: empezaron a andar de prisa, formando un triste cortejo a través de la llanura asesina, cuando un lejano rumor de truenos se dejó oír.

Próspero gritó de nuevo:

—¡Los caballos, los caballos!

Era una nueva carga de los caballos errantes, libres y hambrientos. Llegaban ahora por los rastrojos, en masa profunda, las crines flotando al viento, cubiertos de espuma; y un rayo oblicuo de sol rojo proyectaba hasta el otro extremo de la meseta

el frenético vuelo de su carrera. En seguida Silvina se lanzó delante del carrito con los brazos extendidos, como para contenerlos. Felizmente tomaron a la izquierda, desviados por una pendiente del terreno. Lo hubieran destrozado todo. La tierra temblaba, los cascos lanzaron una lluvia de piedras, una granizada de metralla que hirió al borriquillo en la cabeza. Y desaparecieron en el fondo de una cañada.

—¡Es el hambre que los hace correr! —dijo Próspero—. ¡Pobres animales!

Silvina, después de vendar la oreja del borriquito con su pañuelo, lo cogió de nuevo por la brida. Y el cortejo lúgubre volvió a ponerse en marcha atravesando la meseta en sentido contrario, para recorrer las dos leguas que los separaban de Remilly. A cada paso, Próspero se paraba, miraba los caballos muertos, con el corazón oprimido de alejarse de allí sin poder volver a ver a Céfiro.

Un poco más abajo del bosque del Garenne, al volver a la izquierda, para tomar el camino de la mañana, un puesto alemán exigió el pase. Y en vez de alejarlos de Sedan, esta vez les ordenaron pasaran por allí, si no querían ser detenidos. Nada había que replicar, eran las nuevas órdenes. Además, el camino se acortaba dos kilómetros pasando por Sedan.

Pero en Sedan sufrieron muchos percances en su marcha. En cuanto penetraron en las fortificaciones, un hedor insoportable los envolvió; una costra de estiércol los cubría los pies. Era la ciudad inmunda, una cloaca en la que desde hacía tres días se amontonaban las deyecciones y los excrementos de cien mil hombres. Toda clase de detritus habían espesado aquella litera humana; paja, heno, que fermentaban ya. Y, sobre todo, los esqueletos de los caballos muertos y despedazados en mitad de la calle, envenenaban el aire. Las entrañas se pudrían al sol, las cabezas, los huesos, se arrastraban por el suelo, cubiertos de moscas. La peste iba a declararse si no se daban prisa en barrer aquella capa de inmundicias que, en la calle del Minil, en la calle de Maqua, aun en la misma plaza de Turenne, alcanzaba hasta veinte centímetros. Unos anuncios blancos, pegados en las paredes por los prusianos, embargaban al vecindario para el día siguiente ordenando a todos, fuese quienes fueran, obreros, comerciantes, magistrados, empezaran a barrer con escobas y palas bajo la amenaza de penas severas, si la ciudad no estaba limpia por la noche, y se veía ya delante de la puerta de su casa al presidente del tribunal que quitaba la basura echándola con una pala en una carretilla.

Silvina y Próspero, que habían tomado por la calle Mayor, solo pudieron avanzar muy despacio entre aquel fétido barro. Además una continua agitación les impedía continuar el camino con frecuencia. Era el momento en que los prusianos registraban las casas para hacer salir a los soldados que se habían escondido y que no querían rendirse. La víspera, cuando el general Wimpffen había regresado del palacio de Bellevue, después de haber firmado la capitulación, había circulado el rumor de que el ejército prisionero iba a ser encerrado en la península de Iges, mientras se organizaban convoyes para llevarlos a Alemania. Algunos oficiales, muy pocos, contaban aprovecharse de la cláusula que los dejaba libres, comprometiéndose por

escrito a no servir más en el ejército. Uno solo, el general Bourgain Desfeuilles, poniendo por pretexto que padecía de reuma, había firmado el compromiso, y por la mañana su salida había sido saludada con silbidos al montar en el coche delante del hotel de la *Cruz de Oro*. Desde el amanecer se llevaba a cabo el desarme; los soldados tenían que desfilan por la plaza de Turenne, tirar los fusiles y las bayonetas al montón que iba aumentando poco a poco en un ángulo de la plaza. Había allí un destacamento prusiano mandado por un oficial joven, un muchacho pálido, con levita azul celeste, que vigilaba el desarme, correcto, altivo, con las manos enguantadas. Un zuavo que en un momento de desesperación no había querido entregar su fusil, había sido cogido por orden del oficial, diciendo tranquilamente: «¡Que me fusilen a ese hombre!». Los otros, tristes, continuaban desfilando, tiraban su fusil con un gesto de dolor, deseando acabar cuanto antes. ¡Cuántos estaban ya desarmados! ¡Aquellos cuyos fusiles habían quedado en el campo de batalla! ¡Y cuántos desde la víspera se escondían creyendo que iban a pasar inadvertidos en medio de la horrible confusión! Las casas estaban atestadas de soldados, que no contestaban, que se escondían en los rincones. Las patrullas alemanas, al registrar la ciudad, los encontraban ocultos debajo de los muebles. Y como muchos, aun después de descubiertos, se empeñaban en no querer salir de las cuevas, se habían decidido a disparar tiros por las ventanas. Era una caza al hombre, una batida espantosa.

En el puente del Meuse, el carrito tuvo que detenerse, por la aglomeración de gente. El jefe del puesto que guardaba el puente, desconfiado, temiendo se tratara de algún comercio de pan o de carne, quiso asegurarse de lo que llevaba el carretero; y cuando separó la manta, miró un momento el cadáver, sorprendido; después los dejó pasar. Pero no podían avanzar, aumentaba la confusión, era uno de los primeros convoyes de prisioneros que un destacamento prusiano conducía a la península de Iges. El rebaño, no paraba, se empujaban, se pisaban los talones, con sus uniformes destrozados, la cabeza baja, las miradas oblicuas, con los brazos caídos de vencidos que no tienen ni un cuchillo para abrirse la garganta. La voz ruda de su vigilante los hacía andar como a latigazos, en medio del atropello silencioso, donde no se oía más que las pisadas de los zapatos gordos en el barro espeso. Acababa de caer otro chaparrón y nada más triste que aquel rebaño de soldados vencidos, decaídos, parecidos a los vagabundos y mendigos de los caminos.

Bruscamente, Próspero, cuyo corazón de soldado latía con fuerza, tocó con el codo a Silvina, señalándole dos soldados que pasaban. Había reconocido a Juan y a Mauricio, llevados con los compañeros, marchando fraternalmente, al lado uno de otro; y el carrito volvió a emprender la caminata. Detrás del convoy, pudo seguirlos con la mirada hasta el barrio de Torcy, sobre aquel camino llano que va hasta Iges, entre las huertas y jardines.

—¡Ah! —murmuró Silvina, con los ojos vueltos hacia el cuerpo de Honorato, tras tornada con lo que veía—, ¡acaso los muertos son los más felices!

La noche, que los había sorprendido en Wadelincourt, era ya muy cerrada cuando

llegaron a Remilly. Delante del cadáver de su hijo, el señor Fouchard, se quedó sorprendido, porque estaba convencido que no lo encontrarían. Él había ocupado el día haciendo un buen negocio. Los caballos de los oficiales, robados en el campo de batalla, se vendían al precio corriente de veinte francos, y había comprado tres por cuarenta y cinco francos.

II

En el momento en que la columna de prisioneros salía de Torcy, hubo tal confusión, que Mauricio quedó separado de Juan. Por más que corrió tras él, se extravió. Y cuando, por último, llegó al puente que se había establecido sobre el canal que corta la península de Iges en su base, se vio mezclado con cazadores de África, sin poder unirse a su regimiento.

Dos cañones, con las bocas hacia la península de Iges, defendían el paso del puente. Después del canal, en una casita pequeña, el Estado mayor prusiano había instalado un puesto de guardia, a las órdenes de un comandante, encargado de la recepción y de la custodia de los prisioneros. Las formalidades eran pocas, se contaban los hombres como si fueran borregos, y entraban poco a poco, sin inquietarse por los uniformes ni los números; y el rebaño penetraba e iba a colocarse donde podía.

Mauricio creyó poder dirigirse a un oficial bávaro que fumaba tranquilamente, sentado en una silla.

—¿El 106.º, caballero, por dónde hay que pasar?

El oficial, por rara casualidad no entendía el francés o al menos quiso engañarle, porque se sonrió, levantó la mano e hizo la señal de que fuera derecho.

Aunque Mauricio era del país, no había ido nunca a la península de Iges, y anduvo a la descubierta, como lanzado por un vendaval, a una isla lejana. Primero tomó a la izquierda por la Tour a Glaire, una hermosa posesión, cuyo pequeño parque tenía un encanto infinito, allí en las márgenes del Meuse. El camino seguía al río, que se deslizaba a la derecha. Poco a poco subía para dar la vuelta al montecillo que ocupaba el centro de la península; había allí antiguas canteras, excavaciones por donde se perdían estrechos senderos. Más allá, a flor de agua, se encontraba un molino. Después torcía el camino, bajaba hasta la aldea de Iges, construida sobre una pendiente, unida por una barca, a la otra margen, delante de la fábrica de hilados de Saint Albert. Por último, campos de labranza, praderas que iban ensanchándose, toda una extensión de vastos terrenos llanos y sin árboles, que encerraba el círculo del río. En vano registró Mauricio la pendiente occidental del monte; solo veía allí la caballería y artillería, tratando de instalarse. Preguntó de nuevo, se dirigió a un sargento de cazadores de África, el que no pudo contestarle. Comenzaba a anochecer y se sentó en la orilla del camino, rendido.

Entonces, en la brusca desesperación que se apoderaba de él, vio en frente, del otro lado del Meuse, los campos malditos, donde se había batido la antevíspera. Era aquel día en que terminaba aquella jornada de lluvia, una evocación lívida, la triste visión de un horizonte anegado de barro. El desfiladero de Saint Albert, el estrecho camino por donde habían llegado los prusianos, se perdía por entre los recodos hasta

llegar a unas canteras. Más allá de la cuesta de Seugnon, se veían las cimas del bosque de Felizette. Pero, derecho delante de él, un poco a la izquierda, era sobre todo Saint Mengos, cuyo camino iba a pasar hasta la barca; era la eminencia del Hattoy en medio, Illy muy lejos, Fleigneux escondido detrás de un repliegue del terreno, Floing, más cerca, a la derecha. Reconocía el campo en el cual había aguardado muchas horas echado entre las berzas, la meseta que la artillería de reserva había tratado de defender, la cuesta donde había visto morir a Honorato, sobre su cañón destrozado. Y el horror del desastre renacía, se apoderaba de él haciéndole sufrir tanto, que hasta le daban náuseas.

El temor de verse sorprendido por la negra noche le obligó a continuar indagando. Tal vez encontrase al 106.º al otro lado de la aldea. Solo encontró allí merodeadores. Se decidió a dar la vuelta a la península. Al pasar por un campo sembrado de patatas, tuvo la precaución de arrancar unas matas, desenterrando las patatas para llenarse los bolsillos; no estaban maduras, pero no tenía otra cosa para comer, pues Juan había querido cargar con los dos panes que les había dado Delaherche. Lo que llamaba su atención era la multitud de caballos que encontraban por los terrenos pelados que bajaban suavemente hasta el Meuse, hacia Donchery. ¿Para qué habían llevado allí caballos? ¿Cómo iban a mantenerlos? Y la noche le sorprendió cuando llegó a un bosquecito en el que vio con sorpresa se encontraban los cien guardias del emperador, instalados ya, secándose delante de algunas hogueras. Esos señores, acampados aparte, tenían buenas tiendas de campaña, marmitas donde cocían la comida y una vaca atada a un árbol. Comprendió en seguida que le miraban de reojo al verle tan destrozado, con el uniforme hecho pedazos y lleno de barro. Sin embargo, le dejaron asar las patatas en la ceniza y se alejó después a un centenar de metros, se sentó al pie de un árbol y las comió. Había cesado de llover, las nubes desaparecieron y vio brillar en el cielo algunas estrellas. Entonces comprendió que lo mejor era pasar allí la noche, proponiéndose continuar buscando su regimiento al siguiente día. Estaba cansado; el árbol le protegería algo si empezaba de nuevo la lluvia.

Pero no pudo dormir recordando la prisión inmensa donde se encontraba, abierta en la espesa noche. Los prusianos habían tenido una idea feliz llevando allí a los ochenta mil hombres que quedaban del ejército de Chalons. La península podía medir una legua de larga por un kilómetro y medio de latitud, donde podía estar muy a sus anchas el inmenso rebaño desbandado y vencido. Se daba perfectamente idea de la cintura de agua que los encarcelaba; rodeándolos el Meuse en tres partes, después el canal que arrancaba de la base, uniendo los dos brazos del río. Allí se encontraba una puerta, el puente que defendían dos cañones. Y nada era más fácil que custodiar aquel campamento a pesar de su extensión. Había notado que en la otra margen del río se habían colocado centinelas alemanas, un soldado cada cincuenta pasos, con orden de disparar sobre cualquier prisionero que intentara escapar a nado. Los hulanos galopaban detrás, uniendo los distintos puestos, mientras que, más lejos, esparcidos en el campo, hubieran podido contarse las líneas negras de los regimientos prusianos,

una triple muralla, viva y movediza que encerraba al ejército prisionero.

Ahora, con los ojos grandes, abiertos por el insomnio, Mauricio no veía más que las tinieblas donde brillaban las hogueras de los campamentos. Sin embargo, más allá del Meuse pálido, distinguía aún las siluetas inmóviles de los centinelas. Bajo la claridad de las estrellas permanecían derechas y negras; y a intervalos regulares, un grito gutural llegaba hasta sus oídos, un grito de vela, amenazador, que se perdía allá en lontananza, en el ruido del río. Toda la pesadilla de la antevíspera renacía en él al oír aquellas duras sílabas extranjeras atravesando una hermosa noche estrellada de Francia; todo lo que había visto una hora antes, la meseta de Illy atestada de cadáveres, los infames contornos de Sedan, donde se había hundido un mundo. La cabeza apoyada contra una raíz del árbol, con la humedad de aquel bosque, volvió a apoderarse de él la misma desesperación que la víspera sobre el sofá de Delaherche; y lo que, agravando los sufrimientos de su orgullo, le torturaba ahora era la cuestión del mañana, la necesidad de medir la caída, la de saber en medio de qué ruinas ese mundo de ayer había desaparecido. Puesto que Napoleón había entregado su espada al rey Guillermo, ¿aquella horrible guerra no acabaría? Pero recordaba lo que le habían dicho dos bávaros que conducían los prisioneros a Iges: «¡Todos nosotros en Francia, todos nosotros en París!». En su somnolencia, tuvo la brusca visión de lo que ocurría; el imperio barrido, arrastrado bajo la maldición universal, la república proclamada en medio de una explosión de patriótica fiebre, mientras que la leyenda de 1792 hacía desfilar las sombras, los soldados llamados en masa, los ejércitos de voluntarios echando al extranjero del suelo de la patria. Y todo se confundía en su pobre cabeza enferma, las exigencias de los vencedores, la tenacidad de la conquista, la obstinación de los vencidos para derramar hasta la última gota de sangre, el cautiverio para los ochenta mil hombres que estaban ahí, en la península primero, después en las fortalezas de Alemania, durante unas semanas, unos meses, acaso años. Todo crujía desmoronaba para siempre en una desgracia sin límites.

El grito de los centinelas, aumentando poco a poco, resonó delante de él y fue a lo lejos. Se había despertado, daba vueltas sobre la tierra dura, cuando un tiro rasgó el silencio de la noche. Un estertor de muerte atravesó en seguida el espacio; el agua salpicó unos momentos durante la corta lucha de un cuerpo que se va a fondo. Algún desgraciado había recibido un balazo al querer atravesar a nado el Meuse para escaparse.

Al siguiente día, en cuanto amaneció, Mauricio estaba en pie. El cielo estaba despejado, tenía prisa para unirse a Juan y a los compañeros de la escuadra. Quiso registrar de nuevo el interior de la península, pero después se decidió a dar la vuelta entera. Y al encontrarse al lado del canal, vio los restos del 106.º, un millar de hombres acampados en la orilla del río que protegía una hilera de árboles. La víspera, si en vez de tomar por derecho, delante de él, hubiese torcido a la izquierda, hubiera encontrado en seguida su regimiento. Casi todos los regimientos de infantería estaban amontonados allí, en el ribazo que va desde la Tour a Glaire hasta el palacio de la

Villette, otra posesión, rodeada de algunas casitas, del lado de Donchery; todos acampaban cerca del puente, cerca de la única salida, con el instinto de la libertad que hace que se aplasten los rebaños contra la puerta del aprisco.

Juan lanzó una exclamación de alegría.

—¡Ah!, ¿eres tú? ¡Creí que te habías caído al río!

Estaba allí con lo que le quedaba de la escuadra: Pache y Lapouille, Loubet y Chouteau. Estos, después de haber dormido en un portal de Sedan, se habían encontrado de nuevo al ser hechos prisioneros. En la compañía no quedaba más jefe que el cabo; la muerte había segado las vidas del sargento Sapin, del teniente Rochas y del capitán Beaudoin. Y aunque los vencedores habían abolido los grados decretando que los prisioneros solo debían obedecer a los oficiales prusianos, los cuatro se habían acercado a Juan, sabiendo que era muy prudente y muy experimentado y que era muy útil en los casos de verdadero apuro. Así es que aquella mañana reinaba la mayor armonía y concordia entre todos. Para pasar aquella noche, les había encontrado un sitio casi seco entre dos arroyuelos, donde se habían acostado, no teniendo para todos más que un pedazo de lona. Después se había procurado leña y una marmita en la cual Loubet les había hecho el café que les había templado el cuerpo. No llovía, el día se anunciaba muy hermoso, tenían aún un poco de galleta y de tocino y después, como decía Chouteau, era una satisfacción no tener que obedecer a nadie y poder estar a sus anchas, pues aunque estaban encerrados, había mucho sitio para todos. Además, dentro de tres o cuatro días se marcharían. Aquel primer día, el día 4, que era un domingo, lo pasaron alegremente.

El mismo Mauricio, confortado desde que se había unido a sus compañeros, solo padeció oyendo las músicas prusianas que tocaron durante toda la tarde al otro lado del canal. Al anochecer cantaron coros. Se veía más allá del cordón de centinelas, a los soldados paseándose por pequeños grupos, cantando con voz lenta y fuerte para celebrar el domingo.

—¡Ah!... ¡esas músicas! —acabó por decir Mauricio exasperado—. Me penetran en la piel.

Menos nervioso, Juan movió los hombros.

—¡Hombres, pues ya tienen motivos para estar contentos! Y además, tal vez crean que nos distraen... El día no ha sido malo; no nos quejemos.

Pero al anochecer empezó a llover. Era un desastre. Algunos soldados habían invadido las pocas casas abandonadas de la península. Otros habían logrado plantar las tiendas de campaña. El mayor número, sin abrigo de ninguna clase, sin mantas, tuvo que pasar la noche al aire libre, bajo aquella lluvia diluviana.

A la una de la mañana, Mauricio se despertó en medio de un verdadero lago. Los arroyuelos hinchados por las lluvias se habían desbordado sumergiendo el terreno donde estaban echados. Chouteau y Loubet juraban, mientras que Pache sacudía a Lapouille, que seguía durmiendo, a pesar de todo, en aquella riada. Entonces Juan se acordó de unos álamos que había visto a la orilla del canal y fue a acogerse debajo de

ellos con los compañeros que acabaron de pasar allí la noche, medio doblados, la espalda contra la corteza, las piernas recogidas para guarecerse de las gotas.

Y la jornada siguiente y la del otro día fueron verdaderamente atroces, bajo los continuos chaparrones, tan frecuentes y tan fuertes, que las ropas no tenían tiempo de secarse. El hambre comenzaba de nuevo a hacerlos sufrir, no quedaba ni una galleta, ni un pedazo de tocino, ni un grano de café. Durante esos dos días el lunes y martes, vivieron con las patatas robadas en el campo y aún al final de los dos días eran tan escasas, que los soldados que tenían dinero las compraban a real cada una. Las cornetas tocaban a provisiones y el cabo se había dado prisa en acudir delante de un cobertizo de la Tour a Glaire, donde corría el rumor de que daban raciones de pan. Pero la primera vez tuvo que aguardar tres horas inútilmente, y la segunda empezó a regañar con un bávaro. Si los oficiales franceses nada podían, hacer imposibilitados de obrar, ¿los alemanes tendrían intención de dejar morir de hambre a los soldados vencidos? No parecía que hubiesen tomado precaución alguna, ningún esfuerzo se había hecho para alimentar, aquellos ochenta mil hombres cuya agonía empezaba, en aquel infierno horrendo que los soldados designaban con el nombre de Campo de la Miseria, un nombre de angustia, del que los soldados debían guardar un recuerdo indeleble.

Al regresar del cobertizo, Juan a pesar de su calma habitual se encolerizaba.

—¿Se quieren burlar de nosotros, tocando a provisiones cuando no hay nada? ¡Que el demonio me lleve, sí vuelvo a menearme!

Y a pesar de todo, al menor toque de llamada acudía de nuevo. Aquellos toques reglamentarios eran inhumanos; cada vez que sonaban, las cornetas, los caballos franceses, abandonados y libres del otro lado del canal, acudían, se retiraban al agua, para unirse a sus regimientos, atraídos por aquellos toques conocidos que los aguijoneaban como si fueran espolazos. Pero sin fuerzas apenas, pocos llegaban al otro ribazo, y se veían sus cuerpos hinchados flotar sobre las aguas, en crecido número. En cuanto a los que llegaban a tierra, como presa de súbita locura, galopaban, y se desvanecían en los campos de la península.

—¡Carne para cuervos! —decía dolorosamente Mauricio, que recordaba la infinidad de caballos, encontrada por él—. Si nos quedamos aún unos días, nos vamos a devorar unos a otros... ¡Pobres animales!

La noche del martes al miércoles fue terrible. Y Juan que empezaba a tener cuidado por el estado febril de Mauricio, le obligó a envolverse en un trozo de manta, que habían comprado por diez francos; mientras que él, en su capote que parecía una esponja, recibió el diluvio que no cesó en toda aquella; noche. Bajo los álamos, la posición era insostenible, había un barrizal enorme, y la tierra, harta de agua, la devolvía. Lo malo era que además tenían el estómago vacío, pues la cena había consistido en dos remolachas para los seis hombres, que no habían podido hacer cocer, por falta de la leña seca y cuya frescura azucarada, se cambió muy pronto en una intolerable sensación de quemadura. Sin contar con que se declaraba la disentería

a consecuencia del cansancio, de la mala comida y de la humedad. Varias veces Juan, adosado contra el tronco del mismo árbol, había alargado la mano para tentar y ver si Mauricio no estaba destapado. Desde que sobre la meseta de Illy, su compañero le había salvado de caer en manos de los prusianos, llevándoselo entre sus brazos, pagaba su deuda centuplicada. Lo hacía sin razonarlo, se daba por entero, se olvidaba de sí, por cariño hacia el otro. Se había quitado la comida de la boca para dársela, como decían los hombres de la escuadra; ahora hubiera dado su piel, para vestir al otro, abrigarle las espaldas y calentarle los pies. Y en medio del salvaje egoísmo que los rodeaba, en aquel rincón de humanidad doliente, donde el hambre hacía sufrir atrozmente, debía acaso a esa abnegación completa, el beneficio imprevisto de conservar su tranquilidad y su salud; porque solo él, firme aún, no perdía la cabeza.

Después de aquella noche horrible, Juan puso en ejecución un proyecto que venía meditando.

—Oye, Mauricio, puesto que no nos dan de comer y que nos tienen olvidados, tenemos que arreglarnos de algún modo, si no queremos morir como perros... ¿cómo estás con tus piernas?

Felizmente había vuelto a salir el sol y Mauricio calentado contestó.

—¡Pues estoy bien de piernas!

—Pues entonces vamos a ver si descubrimos algo... Tenemos dinero y malo será que no encontremos algo que comprar. Y no nos cuidemos de los demás, no lo merecen; ¡que se las arreglen!

En efecto, Loubet y Chouteau le sublevaban por su egoísmo, robando lo que podían, sin partir nunca con los compañeros: nada podían sacar de Lapouille, el bruto, ni de Pache, el beato.

Los dos, Juan y Mauricio, se fueron por el camino que este último había recorrido, a la orilla del Meuse. El parque de la Tour a Glaire y la habitación, estaban destrozados, saqueados, los árboles cortados, la casa invadida. Un gentío andrajoso, soldados llenos de barro, las mejillas hundidas, los ojos brillantes de fiebre, acampaban allí como bohemios, viviendo como lobos en los cuartos manchados, no atreviéndose a salir por temor de perder el sitio para pasar la noche. Y más lejos en las pendientes; atravesaron por los sitios donde acampaban la caballería y la artillería, tan correctas hasta entonces, decaídas también, desorganizándose con las torturas del hambre que alocaba a los caballos y echaba a los hombres por los campos, en bandadas devastadoras. A la derecha, vieron delante del molino una cola interminable de artilleros y de cazadores de África, desfilando con lentitud: el molinero les vendía harina, dos puñados por un franco. Pero el temor de tener que aguardar demasiado, les hizo pasar adelante, esperando encontrar algo mejor en el pueblo de Igea; y este presentaba un aspecto tristísimo; como si fuera una aldea de la Argelia después del paso de una nube de langosta: no quedaba ni una migaja de víveres, de pan, de legumbre ni de carne. Decían que el general Lebrun se había hospedado en casa del alcalde. Había tratado de organizar un servicio de bonos, pagaderos después de la

guerra, para facilitar el aprovisionamiento de las tropas. Pero como nada quedaba, el dinero era completamente inútil. La víspera se habían pagado dos francos por un galleta y siete francos una botella de vino, una copa de aguardiente un franco y un pipa de tabaco cincuenta céntimos. Y ahora los oficiales se veían obligados a custodiar la casa del general como las que se hallaban cerca, porque las cuadrillas de merodeadores derribaban las puertas y robaban hasta el aceite de las lámparas para beberlo.

Tres zuavos llamaron a Juan y a Mauricio. Entre los cinco podrían trabajar bien.

—Venid... hay aquí caballos que se mueren y si tuviéramos leña seca...

Después asaltaron la casa de un aldeano, rompieron los armarios, arrancaron el tejado de paja. Unos oficiales que llegaron a la carrera los hicieron huir, amenazándoles con los revólvers.

Cuando Juan se convenció de que los aldeanos que se habían quedado en Iges estaban tan hambrientos como los soldados, sintió haber desdeñado la harina del molino.

—Hay que volver allá, tal vez quede aún.

Pero Mauricio empezaba a estar tan cansado, tan debilitado, que Juan le dejó en un boquete de las canteras, sentado sobre una roca, en frente del ancho horizonte de Sedan. Después de formar cola durante tres cuartos de hora volvió con dos raciones de harina y no tuvieron más remedio que comer a puñados. No era malo, no sabía a nada, un sabor soso de pasta. El almuerzo los reconfortó un poco. Tuvieron también la suerte de encontrar en la roca un depósito natural de agua de lluvia, bastante pura y la bebieron con delicia.

Después Juan propuso pasar allí mismo la tarde, pero Mauricio se negó.

—¡No, no, aquí no!... Caería enfermo si tuviese ese panorama mucho tiempo ante mi vista...

Con mano temblorosa señalaba el horizonte inmenso, el Hattoy, las mesetas de Floing y de Illy, el bosque del Garenne, esos campos malditos de la matanza y de la derrota.

—Hace un momento, mientras te aguardaba, he tenido que volverles las espaldas, porque me entraban ganas de aullar de rabia, si, de aullar como un perro a quien se azuza. ¡No puedes imaginarte el daño que eso me causa! ¡Me vuelvo loco!

Juan le miraba, extrañándole aquel orgullo, inquieto al sorprender en los ojos ese extravío de la locura que había ya notado algunas veces. Quiso tomarlo a broma.

—¡Bueno! La cosa es muy sencilla. Vamos a cambiar de país.

Empezaron a andar y anduvieron hasta la caída de la tarde. Visitaron la parte llana de la península, esperando encontrar algunas patatas, pero los artilleros que se habían apoderado de los arados habían removido los campos recogiendo todo lo que quedaba. Retrocedieron. Atravesaron de nuevo por medio de las multitudes inactivas y moribundas, soldados que paseaban el hambre, sembrando el suelo con sus cuerpos aletargados, caídos de inanición a centenares, expuestos a los rayos del sol. Ellos

mismos, a cada momento, tenían que sentarse.

Después una sorda exasperación los ponía en pie, comenzaban a rondar como agujijoneados por el instinto del animal que busca su comida. Parecía que aquello duraba meses y, sin embargo, los minutos pasaban rápidos. En el interior de las tierras, hacia Donchery, tuvieron miedo de los caballos y les fue preciso esconderse detrás de una pared; se quedaron ahí mucho tiempo mirando, con sus ojos lánguidos, esos galopes de animales locos que pasaban rápidos bajo el cielo rojizo.

Como Mauricio lo había previsto, los millares de caballos aprisionados con el ejército y que no podían mantener, eran un peligro que aumentaba cada día. Primero habían comido la corteza de los árboles, después atacaron a los emparrados, a todas las maderas que encontraban y ahora se devoraban entre sí. Se les veía tirarse unos sobre otros para arrancarse las crines de la cola que mascaban furiosamente. Pero por la noche, eran terribles, como si la obscuridad los hostigase con horribles pesadillas. Se reunían, se lanzaban contra las escasas tiendas de campaña que aún permanecían de pie, atraídos por el olor de la paja. Inútilmente se habían encendido hogueras para alejarlos, estas parecían excitarlos más. Sus relinchos eran tan lamentables, tan horrorosos, que parecían rugidos de animales salvajes. L03 ahuyentaban y volvían en mayor número y más feroces. Y a cada momento surgía de las tinieblas el grito de agonía de algún soldado extraviado a quien acababan de aplastar al galopar furiosos.

El sol permanecía aun en el horizonte cuando Juan y Mauricio se disponían a regresar al campamento. En el camino se encontraron con los cuatro compañeros de la escuadra, medio enterrados en una zanja. Loubet los llamó y Chouteau les dijo:

—Estamos tratando de la cena de esta noche... Vamos a morir de hambre, pues hace treinta y seis horas que no comemos nada... Y como hay caballos y la carne de caballo no es mala...

—¿No es verdad, cabo? Forma usted parte de la expedición y cuantos más seamos mejor... Mire usted, hay allí uno rojo, grande, al que estamos acechando hace una hora. Parece que está enfermo y le acabaremos antes.

Y señalaba un caballo a quien el hambre había hecho caer sobre el costado, levantaba a veces la cabeza, paseaba alrededor unas miradas tristes y volvía a dejarla caer.

—¡Qué pesado es! —gruñó Lapouille, a quien su enorme apetito torturaba—. Voy a acabarle, ¿queréis?

Pero Loubet le detuvo. ¡No, no! Los prusianos habían prohibido que se mataran caballos bajo pena de muerte, por temor a que sus cuerpos produjeran la peste. Había que aguardar a que fuera de noche y por eso los cuatro estaban allí, en la zanja, aguardando, sin perder de vista al caballo.

—Cabo —dijo Pache con voz temblorosa—, usted que tiene tanta maña ¿no podría usted matarlo sin hacerle daño?

Juan se negó a hacer lo que le pedían. ¡Aquel pobre animal que agonizaba! ¡No, no! Su primer pensamiento fue huir con Mauricio para que ni uno ni otro tomaran

parte en aquella horrible matanza. Pero al ver tan pálido a su compañero tuvo lástima de él. Después de todo, se dijo, los animales se han hecho para que los coman las personas. No podían buenamente dejarse morir de hambre teniendo allí carne. Y se alegró al ver que Mauricio se reanimaba al pensar que podría cenar.

—¡Pues no, no sé cómo matarlo sin hacerle daño!...

—¡Pues a mí poco me importa! —dijo Lapouille—. ¡Ahora veréis!

Cuando los dos se sentaron en la zanja volvieron a esperar. De vez en cuando se levantaba uno, se aseguraba de que el caballo estaba allí, con el cuello tendido hacia el Meuse para respirar la fresca brisa. Después llegó el crepúsculo lentamente; los seis hombres se levantaron impacientados por aquella espera, mirando a todas partes para ver si los vigilaban.

—¡Ahora es la ocasión! —dijo Chouteau.

El campo estaba aún claro, con una claridad precursora de las sombras de la noche. Lapouille echó a correr seguido por los otros cinco. Había cogido una piedra grande y redonda, se tiró sobre el caballo y empezó a machacarle el cráneo, moviendo los brazos como si tuviera una maza. Pero al segundo porrazo el caballo hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Chouteau y Loubet se echaron sobre sus piernas para tratar de sujetarlo y pedían a los demás les ayudaran. El caballo relinchaba con voz casi humana, se movía, los hubiera destrozado si no hubiese estado medio muerto de inanición. Pero su cabeza se movía demasiado y Lapouille no acertaba a rematarle.

—¡Vaya unos huesos duros!... sujetadle para que le acabe.

Juan y Mauricio no hacían caso de las palabras de Chouteau, permanecían impasibles, sin tomar parte en la matanza.

Y Pache, bruscamente en un arranque instintivo de religiosa piedad, cayó en tierra de rodillas, con las manos juntas y empezó a rezar, como si estuviera a la cabecera de un moribundo.

—Señor, tened piedad de él...

Otra vez más Lapouille dio un golpe en falso; solo arrancó una oreja al pobre caballo que relinchó dolorosamente.

—¡Aguarda, aguarda! —gruñó Chouteau—. Hay que acabar de una vez, nos haría coger... ¡No lo sueltes, Loubet!

Acababa de sacar una navajita y de rodillas, sobre el cuerpo del caballo, sujetando con un brazo la cabeza, metió la navajita en el cuello, cortó pedazos de carne hasta que encontró y cortó la arteria. De un salto se levantó y la sangre empezó a chorrear como si fuera el caño de una fuente, mientras que las patas se movían y un estremecimiento agitaba todo el cuerpo. Tardó cinco minutos en morir. Sus grandes ojos se fijaban en los que le rodeaban aguardando su muerte.

—Dios mío —murmuraba Pache de rodillas—, socorredle...

Después, cuando murió, fueron las dificultades para sacar un buen pedazo. Loubet que había hecho todos los oficios indicaba cómo había que arreglárselas para sacar el filete. Pero carnicero torpe, y no teniendo más que la navajita, se perdió en

aquella carne caliente. Y Lapouille, impaciente, se puso a ayudarlo abriendo el vientre sin necesidad alguna y la carnicería fue horrible. Rebuscaban ferozmente entre la sangre y las entrañas, como lobos.

—No sé qué pedazo será este —dijo Loubet, levantándose con un enorme trozo de carne—, pero creo que con esto tendremos para hartarnos.

Juan y Mauricio, horrorizados, volvieron la cabeza. Pero siguieron a los otros cuando se alejaron del caballo, para que no los sorprendieran. Chouteau encontró tres remolachas olvidadas. Loubet, para quedar libre echó la carne sobre los hombros de Lapouille mientras que Pache llevaba la marmita de la escuadra. Y los seis corrían, corrían sin tomar aliento, como si los persiguieran.

De pronto Loubet se detuvo.

—Esto es tonto, sería necesario saber dónde vamos a guisar esto.

Juan, tranquilo ya, propuso fuese en las canteras. Estaban a unos trescientos metros y había allí algunos agujeros escondidos donde podrían encender lumbre sin ser vistos. Pero cuando llegaron allí se presentaron muchas dificultades. Primero la carencia de leña, pero encontraron la carretilla de un peón caminero y Lapouille la hizo pedazos con los tacones. Después fue el agua potable de que se carecía en absoluto. Durante el día, el sol había secado los pequeños depósitos de agua de lluvia. Había una fuente, pero estaba muy lejos, en el palacio de la Tour a Glaire y había que hacer cola hasta media noche para coger un poco. En cuanto a los pozos, estaban agotados hacía dos días y no se sacaba más que barro. Solo quedaba el agua del Meuse, cuyo ribazo se encontraba al otro lado del camino.

—Voy allá con la marmita —dijo Juan.

Todos se opusieron.

—¡Ah! no, no queremos envenenarnos.

¡Está lleno de cadáveres!

El Meuse, en efecto, acarreaba cadáveres de hombres y de caballos. Se veían pasar a cada instante, con el vientre hinchado, verdosos, descompuestos. Machos se paraban en las hierbas, en los bordes, envenenando el aire. Todos los soldados que habían bebido de aquella agua, habían tenido náuseas y disentería.

Había que resignarse. Mauricio explicó que después de cocida, el agua no era peligrosa.

—Entonces voy a buscarla —dijo Juan, llevándose a Lapouille.

Cuando la marmita estuvo en el fuego, llena de agua con la carne dentro, ya era de noche. Loubet peló las remolachas, para hacerlas caer con el caldo; era aquello un guiso endiablado; todos atizaban la lumbre. Sus grandes siluetas se reflejaban en las rocas. Después no pudieron resistir más, se echaron sobre el caldo inmundo y se distribuyeron la carne, partiéndola con los dedos. Pero a pesar de todo, con la falta de sal, aquella carne les repugnaba y el estómago no podía resistir aquella comida sosa, a medio cocer, con gusto de arcilla. En seguida empezaron a vomitarla. Pache no pudo continuar comiendo. Chouteau y Loubet insultaban al caballo que después de

darles tanto trabajo ahora les daba cólicos. El único que comió copiosa mente fue Lapouille, pero estuvo a punto de reventar durante la noche, cuando volvió con los otros para dormir, bajo los árboles del canal.

En el trayecto, Mauricio, sin decir una palabra, agarró el brazo de Juan y se lo llevó por un sendero. Los compañeros le disgustaban y había, tenido la idea de ir a dormir en el pequeño bosque donde había pasado la primera noche. Era una buena idea que Juan aprobó, cuando echado sobre la tierra seca empezó a dormir. Al día siguiente se despertaron muy tarde. El descanso les devolvió las fuerzas.

Habían llegado al jueves y estaban allí desde el domingo. No sabían cómo vivían, pero el tiempo hermoso que parecía haberse asegurado, les dio mucho ánimo. Juan decidió a Mauricio a pesar de su repugnancia a volver a la orilla del canal para saber si su regimiento marchaba aquel día. Cada día salían prisioneros por columnas de mil dociientos hombres, a los que dirigían sobre las plazas fuertes de Alemania. La antevíspera habían visto delante del puesto prusiano, un convoy de oficiales y de generales, que iban a Pont a Mousson, para tomar el ferrocarril. Todos tenían ganas de abandonar cuanto antes aquel Campo de la Miseria. ¡Cuándo les tocaría a ellos el turno! Y cuando encontraron al 106.º acampado en el ribazo, en el desorden creciente de tantos sufrimientos, se desesperaron.

Sin embargo, aquel día, Juan y Mauricio creyeron que comerían. Desde por la mañana se había establecido un comercio entre los bávaros y los prisioneros, por encima del canal: los prisioneros les echaban dinero en un pañuelo, y ellos les envolvían en el mismo un pedazo de pan y un poco de tabaco. Hasta los soldados que no tenían dinero, habían logrado hacer negocio, tirándoles sus guantes blancos de ordenanza que los bávaros recibían con gusto. Durante unas dos horas, ese comercio extraño se realizó sin tropiezos. Mauricio que había tirado una moneda de a duro bien envuelta en su corbata; pero el bávaro que le echaba el pan, lo tiró tan torpemente con buena o mala intención, que fue a parar al río. Entonces los alemanes se echaron a reír. Dos veces Mauricio quiso repetir y dos veces el pan cayó al agua. Después, atraídos por las risas, acudieron los oficiales, y prohibieron a los alemanes vendieran nada a los prisioneros. El comercio cesó. Juan tuvo que aplacar a Mauricio, que amenazaba con los puños a los ladrones, pidiéndoles le devolvieran el dinero.

El día aquel, a pesar del hermoso sol, fue terrible. Hubo dos alertas, dos llamadas de corneta, que hicieron a Juan acudir bajo el cobertizo, donde se debían repartir provisiones. Pero las dos veces solo recibió empujones. Los prusianos, tan admirablemente organizados, continuaban dando pruebas de una incuria brutal hacia el ejército prisionero. Con las reclamaciones de los generales Douay y Lebrun, hicieron llevar algunos carneros, y algunos carros de panes; pero tomaban tan mal las precauciones que los carneros desaparecían y los carros eran saqueados, cerca del puente, de modo que los soldados acampados a más de cien metros no recibían nada. Solo los merodeadores podían comer. Así es que Juan, comprendiendo la trampa, se llevó a Mauricio cerca del puente, para cazar la comida.

Eran ya las cuatro y nada habían comido, en aquel hermoso día, cuando tuvieron la alegría de ver a Delaherche. Algunos vecinos de Sedan obtenían permiso para ver a los prisioneros a los que llevaban provisiones. Cuando conocieron de lejos a Delaherche cargado con una cesta se echaron sobre él; pero aún llegaron tarde, hubo tal oleada que la cesta y un pan desaparecieron, sin que el fabricante pudiera darse cuenta de lo ocurrido.

—¡Pobres amigos! —balbuceó, estupefacto—, ¡yo que venía tan contento!

Juan se había apoderado del pan y lo defendía; y mientras que Mauricio y él lo comían, sentados en la orilla del camino, Delaherche les daba noticias. Su mujer, a Dios gracias, estaba muy bien. Pero el estado del coronel le inspiraba serios cuidados. Estaba muy abatido, aunque su madre le acompañaba noche y día.

—¿Y mi hermana? —preguntó Mauricio.

—¡Su hermana, es verdad!... Me acompañaba, era ella la que traía los dos panes. Pero había tenido que quedarse al otro lado del canal, pues no la habían dejado pasar... Ya saben ustedes que los prusianos han prohibido que entren mujeres en la península.

Entonces habló de Enriqueta, de lo que había intentado para ver a, su hermano y auxiliarle. Una casualidad la había puesto en presencia del primo Gunther, el capitán de la guardia prusiana. Pasaba con su aire altanero y duro haciendo como que no la conocía. Ella misma se había escapado, como si fuera uno de los asesinos de su marido. Después, sin saber cómo, volvió hacia él, le alcanzó y le contó todo, la muerte de Weiss. Y no se había conmovido al saber la muerte horrible de su pariente: esas eran cosas de la guerra, a él también hubieran podido matarle. Después cuando le habló de su hermano, que estaba prisionero y le suplicó interviniera para que le dejaran verlo, se negó en absoluto. La orden era formal; hablaba de la voluntad alemana como de una religión. Al separarse de él, tuvo la sensación de que se creía en Francia como un justiciero, con la intolerancia burlona del enemigo hereditario, que aumentaba con el odio hacia la raza a quien castigaba.

—Da todos modos —terminó diciendo Delaherche—, esta tarde habéis comido; y lo que me desespera es que temo mucho no poder obtener otro pase.

Les preguntó si tenían que hacerle algún encargo, se ofreció a llevar algunas cartas escritas con lápiz, que le entregaron otros soldados, porque habían visto que los bávaros encendían sus pipas con las cartas que habían ofrecido llevar al correo.

Después cuando Juan y Mauricio le acompañaron hasta el puente, Delaherche les dijo:

—¡Allí está, allí está Enriqueta!...

¿No veis como mueve el pañuelo?

Más allá de la línea de lo centinelas, entre el gentío, se distinguía una silueta menuda, un punto blanco que palpitaba al sol. Y los dos muy emocionados, llorando, levantaron los brazos y contestaron al saludo.

El día siguiente, un viernes, fue el peor para Mauricio. Después de una noche

tranquila en el bosque, había tenido la suerte de comer pan, pues Juan había descubierto, en el palacio de Villette, una mujer que lo vendía a diez francos la libra. Pero aquel día presenciaron una escena horrorosa, cuya pesadilla conservaron mucho tiempo.

La víspera, Chouteau había notado que Pache no se quejaba, estaba contento, como un hombre que hubiese satisfecho el hambre. En seguida comprendieron que debía tener algún escondite, tanto más, cuanto que aquella mañana lo habían visto alejarse durante una hora, y reaparecer después, satisfecho, con la boca llena aún. Con seguridad, le había caído alguna ganga, había encontrado provisiones. Y Chouteau exasperaba a Loubet y Lapouille, a este último especialmente. ¡Vaya una mala persona, si era verdad que tenía que comer y no daba parte a los compañeros!

—Esta tarde vamos a seguirle...

Veremos si tiene valor para comer solo, cuando nos morimos de hambre a su lado.

—¡Sí, sí, eso es, le seguiremos! —repetía con violencia Lapouille—; ¡ya veremos si se atreve!

Apretaba los puños, la sola esperanza de comer le volvía loco. Su gran apetito le torturaba más que a los otros, y era tanto lo que sufría que había intentado comer yerba. Desde la antevíspera, desde la noche que había comido carne de caballo, con remolachas, lo que le produjo disentería, estaba en ayunas; tan torpe era, que a pesar de sus hercúleas fuerzas no había podido coger nada al lado del puente. Hubiera pagado con sangre una libra de pan.

Al anoecer, Pache desapareció, por entre los árboles de la Tour a Glaire, y los otros tres desfilaron detrás de él.

—Que no nos vea —decía Chouteau—. Mucho ojo.

Pero unos cien pasos más allá Pache debió creerse libre, porque echó a andar más rápidamente, sin mirar hacia atrás. Y pudieron seguirle hasta las canteras, llegaron detrás de él, en el momento en que separaba dos piedras para coger la mitad de un pan que se hallaba debajo. Era lo último de sus provisiones y tenía para hacer una comida.

—¡Canalla! —aulló Lapouille—, ¡para eso te escondes!... ¡Vas a darme eso, es mi ración!

Dar su pan, ¿por qué? Aunque era muy pequeño, tuvo valor para ponerse en pie y apretaba el pan contra su pecho, con todas sus fuerzas. Él también tenía hambre.

—¡Déjame en paz!, ¿lo oyes? Esto es mío.

Después, al ver a Lapouille que le amenazaba con los puños, echó a correr, por entre las canteras, hacia Donchery. Los otros tres le perseguían, a escape. Pero ganaba terreno, el miedo le daba alas tanto que parecía que le llevaba el aire. Había recorrido un kilómetro, se acercaba al bosque, a la orilla del agua, cuando se encontró a Juan y Mauricio, que volvían al sitio donde debían pasar la noche. Les pidió auxilio sin dejar de correr, mientras que estos, sin darse cuenta de lo que significaba aquella caza al hombre, se quedaron parados.

Y así lo vieron todo.

Pache tuvo la desgracia de tropezar en una piedra y cayó. Los otros tres llegaban jurando, aullando como lobos hambrientos, persiguiendo una presa.

—¡Dame eso, bandido! —gritó Lapouille—, o acabo contigo.

Y alzaba la mano para pegarle, cuando Chouteau, sacó la navajita abierta, que le había servido para sangrar el caballo.

—¡Toma el cuchillo!

Pero Juan había echado a correr, para evitar una desgracia, perdiendo la cabeza él también, pues hablaba de meterlos en el calabozo; y Loubet cuando oyó tal cosa, le trató de prusiano, pues como no había jefes, los prusianos eran los únicos que mandaban.

—¡Dame eso, bandido! —repetía Lapouille—. ¿Quieres dármelo?

A pesar del terror, Pache apretó más el pan contra su pecho, obstinado como aldeano hambriento que no suelta nada de lo que le pertenece.

—¡No!

Entonces se acabó todo, el bruto de Lapouille la hundió el cuchillo en la garganta con tal violencia que el desgraciado no pudo lanzar un grito. Sus brazos se estiraron y el pan rodó por tierra manchándose con la sangre.

Ante aquel crimen, imbécil y loco, Mauricio, inmóvil hasta entonces, pareció ser presa de súbita locura. Amenazaba a los tres hombres, los trataba de asesinos con tal vehemencia que todo su cuerpo temblaba. Pero Lapouille parecía que no le oía. Se había quedado en tierra cerca del cadáver de Pache, devoraba el pan, salpicado de gotas de sangre; tenía un aspecto de estupidez salvaje como atontado por el ruido de sus mandíbulas, mientras que Loubet y Chouteau, al ver su aspecto feroz satisfaciendo su hambre no se atrevían a reclamarle su parte.

Era completamente de noche, una noche clara con hermoso cielo estrellado; Mauricio y Juan que habían regresado al bosque, solo vieron a Lapouille rondando a la orilla del Meuse. Loubet y Chouteau habían desaparecido para volver al canal, inquietos por aquel cadáver que dejaban detrás de ellos. Lapouille, al contrario, parecía temer ir a unirse a ellos. Después del aturdimiento del crimen, fatigado por la digestión del grueso pedazo de pan, comido demasiado de prisa, era presa de una angustia que le hacía agitarse, no atreviéndose a pasar por el camino que le cerraba el cuerpo de Pache; iba de aquí para allá sobre el ribazo sin saber qué hacer. ¿Era el remordimiento que se despertaba en el fondo de aquella inteligencia inculta?, ¿o era solo el miedo de que le descubrieran? Iba y venía como una fiera ante los hierros de la jaula, con el deseo de huir, que aumentaba por momentos, una necesidad dolorosa de huir, como si fuera un mal físico del que tuviera que morir. Tenía que salir a escape de aquella cárcel donde había matado a un hombre. Sin embargo, se dejó caer al suelo y durante mucho tiempo estuvo echado sobre las hierbas.

Exasperado Mauricio decía a Juan:

—Oye, no puedo seguir aquí por más tiempo. Te aseguro que me voy a volver

loco... Me extraña que el cuerpo haya resistido, no estoy mal de salud. Pero la cabeza se va. Si me dejas aquí un día más en este infierno soy hombre perdido... ¡marchémonos, vámonos en seguida!

Y empezó a explicarle planes extravagantes para evadirse. Iban a atravesar el Meuse a nado, echarse sobre los centinelas, estrangularlos con un pedazo de cuerda que tenía en el bolsillo, y sino los matarían a pedradas o los comprarían con dinero, se pondrían sus uniformes para pasar las líneas prusianas.

—Cállate, hombre, decía Juan, me da miedo oírte decir tales tonterías. ¿Estás en tu juicio? ¿Puede hacerse nada de lo que dices?... Mañana veremos. ¡Cállate ahora!

Juan, a pesar de que estaba muy disgustado y muy aplanado, conservaba su prudencia, a pesar de la debilidad y de las pesadillas causadas por el hambre. Y como su compañero, medio loco, se quería tirar al Meuse, tuvo que agarrarle, regañarle con lágrimas en los ojos. De pronto dijo:

—¡Mira!

Se había oído un ruido en el agua. Vieron a Lapouille que se había decidido a echarse al río después de quitarse el capote para que no le molestase; y su camisa blanca hacía que se le viera muy bien en la semioscuridad. Nadaba, subía lentamente, observando el sitio a donde podría abordar, mientras que sobre la otra orilla se distinguían las siluetas de los centinelas inmóviles. Rasgando la noche apareció un rayo, después se oyó un tiro. El agua se movió muy poco. Y fue todo; el cuerpo de Lapouille, la mancha blanca, empezó a bajar, abandonada a la corriente.

Al día siguiente, un sábado, Juan llevó a Mauricio al lugar donde acampaba el 106.º con la esperanza de salir aquel día. Pero no había órdenes, el regimiento estaba como olvidado. Muchos se habían ido, la península de Iges se vaciaba y los que allí quedaban caían enfermos. Desde hacía ocho días la demencia germinaba y subía en aquel infierno. Al acabarse las lluvias y con el sol de plomo, solo habían cambiado de suplicio. Los excesivos calores acababan por agotar las fuerzas de los prisioneros, dando a los casos de disentería un carácter epidémico grave. Las deyecciones, los excrementos de todo aquel ejército enfermo envenenaban el aire con emanaciones infectas. No se podía ir por las orillas del Meuse, tal era el olor que despedían los cadáveres de los soldados ahogados y de los caballos muertos que se pudrían entre las hierbas de las orillas. Y en los campos, los caballos muertos de inanición se descomponían, soplando tal aire de peste que los prusianos, que temían por su vida, habían llevado palas y azadones obligando a los prisioneros a enterrar los cuerpos.

Aquel sábado cesó la penuria. Como eran menos numerosos y los víveres llegaban de todas partes, pasaron de un golpe de la mayor escasez a la mayor abundancia. Tuvieron cuanto querían de pan, carne y aun vino, y se dieron un atracón de comer desde el amanecer hasta que anocheció. Llegó la noche y siguieron comiendo, y se comió aún hasta el amanecer del día siguiente. Muchos reventaron.

Durante aquel día Juan no hizo más que vigilar a Mauricio a quien creía capaz de todas las locuras. Había bebido bastante y hablaba de abofetear a un oficial alemán

para que se lo llevaran. Y por la noche, Juan que había encontrado en las dependencias de la Tour a Glaire un rincón libre en una cueva, creyó prudente ir a pasar allí la noche con su compañero, a quien el sueño acaso devolvería la tranquilidad de espíritu. Pero fue la noche más horrenda de su estancia en la península, una noche espantosa durante la cual no pudieron cerrar los ojos. Otros soldados llenaban la cueva; dos se habían echado en un rincón y se morían atacados de disentería; y cuando la oscuridad fue completa no cesaron las quejas, los lamentos, los estertores de la agonía.

En las tinieblas los estertores adquirían tal horror, que los soldados, acostados unos al lado de los otros, gritaban a los moribundos se callaran y los dejaran dormir, muy incomodados. Estos no los oían y el estertor volvía a dejarse oír, dominándolo todo, mientras que de fuera llegaban los clamores de las borracheras de los compañeros que seguían comiendo sin poder hartarse.

Entonces empezaron las angustias de Mauricio. Había intentado huir de aquel antro de horror que hacía correr por su piel un sudor frío, pero como se levantaba a tientas, había pisado unos miembros y había vuelto a caer a tierra entre aquellos moribundos. Y no trataba de escapar. Se evocaba en él todo el horrible desastre, desde la salida de Reims hasta el aniquilamiento de Sedan. Le parecía que la pasión del ejército de Chalons acababa solo en aquella noche, en la noche oscura de aquella cueva donde agonizaban dos soldados que no dejaban dormir a los compañeros. El ejército de la desesperación, el rebaño expiatorio, enviado en holocausto, había pagado las culpas de todos con la oleada roja de su sangre en cada una de las estaciones. Y ahora, muerto sin gloria, cubierto de oprobio, cala en el martirio bajo aquel castigo que no había merecido. Era demasiado, se encolerizaba sediento de justicia, con ansias de vengarse del destino.

Cuando amaneció uno de los soldados había muerto, el otro agonizaba aún.

—Vámonos. Mauricio, iremos a tomar el aire; será mucho mejor, dijo Juan.

Pero fuera, con la hermosa y cálida mañana, cuando los dos se encontraron cerca de la aldea de Iges, Mauricio se exaltó más aún, con el puño amenazando allá, al inmenso campo de batalla, la meseta de Illy en frente, Saint Menges a la izquierda, el bosque del Garenne a la derecha.

—¡No, no!, ¡no puedo ver más tiempo eso! El tener eso delante de mi vista me taladra el corazón y el cerebro... ¡Llévame de aquí en seguida, pero en seguida!

Aquel día era domingo, las campanadas de Sedan llegaban a todo vuelo, mientras que se oía a lo lejos una música alemana.

El 106.º no había recibido órdenes, y asustado Juan por el delirio de Mauricio, se decidió a poner en práctica un medio que venía meditando. Delante del puesto prusiano, sobre el camino, se preparaba una salida de prisioneros, la de otro regimiento, el 5.º de línea. Reinaba gran confusión en la columna de la que un oficial, que hablaba muy mal el francés no lograba hacer la lista. Y habiéndose arrancado del uniforme el número y los botones, pasaron el puente y se encontraron fuera. Sin duda

Chouteau y Loubet habían tenido la misma idea porque los vieron detrás de ellos, con sus miradas de asesinos, inquietos.

¡Qué desahogo! en aquel primer instante feliz. Fuera parecía una resurrección, la luz brillante, el aire sin límites, el despertar florido de todas las esperanzas. Cualquiera que fuera su desgracia ahora no la temían, se reían al salir de aquel horrible campamento de la Miseria.

III

Por última vez, por la mañana, Juan y Mauricio acababan de oír los toques alegres de las cornetas francesas, y marchaban ahora camino de Alemania entre el rebaño de prisioneros a los que precedían y seguían pelotones de soldados prusianos, mientras que otros, situados a derecha o izquierda, los vigilaban, con la bayoneta calada en el fusil. Solo oían ahora en los puestos las cornetas alemanas, con notas tristes.

Mauricio vio con satisfacción que la columna torcía a la izquierda y que atravesaba a Sedan. Tal vez tuviese la suerte de volver a ver a su hermana. Pero los cinco kilómetros que separaban la península de Iges de la ciudad, bastaron para que se echara a perder la alegría que había sentido al verse fuera de la cloaca. Ese convoy era otro suplicio, los prisioneros sin armas, llevados como ganado, destrozados; vestidos con pingajos, sucios de haberse visto abandonados durante tantos días, adelgazados por aquel ayuno de una semana, parecían vagabundos, merodeadores que hubiesen detenido los gendarmes en los caminos. Al llegar al barrio de Torcy, como algunos hombres se paraban y las mujeres salían a las puertas mirándolos con aire de lástima, una oleada de vergüenza ahogó a Mauricio, obligándole a bajar la cabeza.

Juan, de espíritu más práctico y del piel más dura, solo se acordó de que habían hecho una tontería no llevándose un pan cada uno. Con la precipitación de la salida no habían almorzado, y el hambre volvió a hacerles sufrir. Otros prisioneros debían haber hecho lo mismo, porque tendían monedas pidiendo les vendieran algo. Uno muy alto, con cara de enfermo, ofrecía una moneda de oro por encima de los soldados de la escolta, desesperanzado de no encontrar nada que comprar. Y fue entonces cuando Juan, que acechaba la ocasión apercibió de lejos, delante de una panadería, una docena de panes en una pila. Antes que los otros tiró un duro y quiso coger dos panes. Después como el prusiano que se encontraba cerca de él le empujara brutalmente, quiso recoger al menos la moneda. Pero el capitán encargado de la vigilancia de la columna, un hombre pequeñito de aspecto insolente, llegó en aquel momento. Apuntó con el revólver la cabeza de Juan y amenazó con levantar la tapa de los sesos al primero que se moviera. Y todos habían bajado la cabeza mientras que continuaba la marcha, oyéndose solo el ruido sordo de los pasos del rebaño.

—¡Ah!, ¡con qué gusto le abofetearía a ese! —dijo Mauricio— ¡con qué gusto le rompería las muelas!

Desde entonces la vista de aquel capitán, se le hizo insoportable. Entraban en Sedan, pasaban por el puente del Meuse, y las escenas brutales se renovaban, se multiplicaban. Una mujer, una madre sin duda, que quería abrazar a su hijo, un sargento joven había sido separada de un culatazo con tal violencia, que cayó a tierra. En la plaza de Turenne, fueron atropellados unos señores que echaban provisiones a

los prisioneros. En la calle Mayor, a uno de estos, que al coger una botella que le alargaba una señora, se escurrió y cayó al suelo, le hicieron levantar a puntapiés. Sedan, que desde hacía ocho días veía pasar así aquel desgraciado rebaño de vencidos, no se acostumbraba, estaba agitado y a cada nuevo desfile de prisioneros, se conmovía.

Juan, cuya cólera se había aplacado, se acordaba de Enriqueta y de pronto la idea de ver a Delaherche le vino a la memoria.

—Oye, dijo a Mauricio, abre los ojos cuando pasemos por la calle Maqua.

En efecto cuando entraron en la calle, vieron desde lejos, algunas cabezas asomadas, en una de las ventanas monumentales de la fábrica. Después reconocieron a Delaherche y Gilberta y detrás de ellos, de pie, la severa figura de la señora Delaherche. Tenían panes y los echaban a los hambrientos, que les tendían las manos temblorosas, implorándolos.

Mauricio había notado en seguida, que su hermana no estaba allí; mientras que Juan inquieto al ver volar los panes y temiendo que no quedaran para ellos se agitó, movió los brazos gritando:

—¡A nosotros, a nosotros!

En casa de Delaherche se sorprendieron alegremente. Sus caras pálidas, se iluminaron mientras que hacían gestos demostrando su alegría por aquel encuentro. Y Gilberta quiso echar ella misma el último pan, en los brazos de Juan, pero lo hizo con tanta torpeza, que se echó a reír.

No pudiendo detenerse, Mauricio preguntó a voces:

—¿Y Enriqueta?

Entonces Delaherche contestó, pero su voz se perdió entre el ruido de los pasos. Debió comprender que el joven no le había oído, porque hizo señas, señalando al Sur. La columna entró en la calle del Menil, la fachada de la fábrica desapareció, con las tres cabezas que se inclinaban mientras que una mano agitaba un pañuelo.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó Juan.

—No sé, no lo he entendido... y voy a estar intranquilo, hasta que reciba noticias de mi hermana, añadió Mauricio.

Continuaron andando, los prusianos aceleraban la marcha, con la brutalidad de los vencedores; el rebaño salió de Sedan, por la puerta de Menil y continuó la caminata por la carretera, galopando como si los persiguiera alguien.

Cuando llegaron a Bazeilles, Juan y Mauricio se acordaron de Weiss, buscaron las cenizas de la casita defendida con tanto tesón. Les habían contado en el Campo de la Miseria la devastación del pueblo, los incendios y las matanzas; y lo que veían sobrepujaba en horror a lo que lea habían contado. Después de doce días, los montones de escombros humeaban aún. Se habían hundido las paredes y no quedaban diez casas intactas. Lo que les consoló un poco fue encontrar carretillas y carros llenos de cascos y de fusiles bávaros, recogidos después de la lucha. Era la prueba de que habían matado a muchos de esos incendiarios.

La gran parada debía tener lugar en Douzy para permitir almorzar a los prisioneros. Llegaron allí después de sufrir bastante en el camino. Los soldados se cansaban muy pronto, aniquilados por los ayunos. Los que se habían atracado de comer la víspera, tenían vértigos, estaban rendidos, porque aquella glotonería en vez de reparar sus fuerzas las había agotado. Así es que cuando se pararon en un prado, a la izquierda del pueblo, los desgraciados se dejaron caer sobre la hierba, sin fuerzas para comer. Les faltaba el vino, y algunas mujeres caritativas que se acercaron para dárselo, fueron rechazadas por los centinelas. Una de ellas, asustada cayó al suelo, torciéndose el pie; hubo gritos, lágrimas, una escena lastimosa; mientras los prusianos que se habían apoderado de las botellas se las bebían. Esa solicitud de los aldeanos para los pobres prisioneros, se manifestaba así a cada paso, mientras que con los generales se mostraban intransigentes. En Douzy mismo, fue atacado un convoy de generales que se dirigían sobre Pont a Mouzon. Los caminos no estaban seguros para los oficiales; hombres con blusas, soldados evadidos, desertores tal vez, se echaban sobre ellos y querían asesinarles, como si fueran cobardes y traidores, con aquella leyenda de la traición, que veinte años más tarde, debía aún entregar al desprecio de aquellos campos, a todos los jefes.

Mauricio y Juan comieron la mitad de su pan, que tuvieron la suerte de remojar con algunos tragos de aguardiente que les dio un aldeano. Pero lo más terrible fue después, cuando tuvieron que emprender de nuevo la marcha. Tenían que ir a dormir a Mouzon, y aunque la etapa era corta, el esfuerzo parecía excesivo. Los hombres no pudieron levantarse sin gritar, tanto era lo que se enfriaban al menor descanso. Muchos, cuyos pies sangraban, se descalzaron para continuar la marcha. La disentería hacía estragos, uno cayó en el primer kilómetro y tuvieron que empujarlo a la orilla del camino. Otros dos, más allá, cayeron al pie de una valla, donde una mujer los recogió por la noche. Todos estaban muy débiles, se apoyaban en palos que los prusianos les habían permitido cortar en un bosque. Formaban una desbandada de desgraciados inválidos, cubiertos de llagas, pálidos y sin fuerzas. Y las violencias continuaban, los que se separaban un poco, volvían a entrar en fila a estacazos. En la cola, el pelotón que formaba la escolta, tenía orden de empujar a los que no podían seguir pinchándoles con las bayonetas. A un sargento que se negó a ir más lejos, el capitán dio orden de llevarle a rastras hasta que consintiera en andar. Y era prevalecía sobre todo un castigo: el del oficial calvo, que hablaba correctamente el francés y que abusaba de esa ventaja insultando a los prisioneros, con frases secas parecidas a latigazos.

—¡Ah! —decía rabiosamente Mauricio, ¡con qué placer le sacaría a ese toda la sangre, gota a gota!

Estaba aniquilado, más enfermo aún de la rabia que no podía desahogar, que del cansancio. Todo le exasperaba, hasta los toques de las cornetas prusianas, que le hubieran hecho aullar como un perro, tan enervado se encontraba. No podía llegar al final del viaje sin hacerse matar. Al atravesar algunas aldeas, sufría atrocemente al ver

a las mujeres que le miraban con aire de lástima. ¿Qué sucedería al entrar en Alemania, cuando los habitantes se atropellasen para verlos pasar? Y se figuraba ver los vagones de ganado, donde iban a amontonarlos, los disgustos y las torturas del camino, la triste existencia en las fortalezas, bajo el cielo de invierno, cargado de nieve. ¡No, no, prefería morir en seguida, pretería exponerse a morir en un recodo del camino, en Francia, que ir a pudrirse allá, en una cárcel durante meses y meses!

—Oye —dijo a Juan en voz baja—, al pasar cerca de un bosque nos escapamos por entre los árboles, de un salto. La frontera belga no está muy lejos, y ya encontraremos a alguien que nos enseñe el camino.

—¿Estás loco? —dijo Juan—, tirarán sobre nosotros y nos matarán.

Pero Mauricio replicaba que había alguna esperanza de escapar y que, después de todo, si los mataban, era preferible a continuar así.

—¡Bueno! —replicó Juan—, pero ¿qué haremos después con nuestros uniformes? Ya ves que el campo está lleno de puestos prusianos y necesitábamos otros trajes... Es demasiado peligroso, y no te dejaré llevar a cabo tal locura.

Tuvo que sujetarle, le cogió por el brazo, le apretaba contra sí mismo, como si se sostuvieran mutuamente, mientras continuaba calmándole, regañándole paternalmente.

Detrás de ellos, en aquel momento, hablaban y les hicieron volver la cabeza. Eran Chouteau y Loubet, que habían salido por la mañana al mismo tiempo que ellos de la península de Iges y a los que habían evitado hasta entonces. Ahora los dos los seguían. Chouteau debía haber oído las frases de Mauricio, su plan de huida por un bosque, porque lo tomaba por su cuenta.

—Oíd, entramos en la expedición. Es una magnífica idea la de largarnos. Algunos compañeros se han escapado y lo haremos como lo han hecho ellos. No nos vendrá mal tomar el aire a los cuatro.

Mauricio se excitaba y Juan se volvió para replicar a Chouteau:

—Si tienes prisa echa a correr... ¿a qué aguardas?

Ante las miradas del cabo tartamudeó, pero dio las razones por las que insistía.

—Es que si somos cuatro estaremos mejor... y alguno podrá salir libre.

Entonces, con gran energía, Juan se opuso. No se fiaba de Chouteau y temía alguna trastada. Tuvo que hacer uso de toda su autoridad sobre Mauricio para impedir que este accediera, porque se presentaba una ocasión: pasaban junto a un bosque muy tupido que solo separaba del camino un campo lleno de zarzas. Atravesarlo corriendo y meterse en el bosque, esa era la salvación.

Hasta entonces Loubet no había dicho nada. Miraba, aguardaba la ocasión oportuna decidido a no entrar en Alemania. Se fiaba en sus piernas y en su instinto, que le habían sacado de muchos apuros. Y de pronto se decidió.

—¡Vaya, hasta la vista, me largo!

De un salto se echó fuera del camino. Chouteau le imitó corriendo a su lado. En seguida dos prusianos los persiguieron, sin acordarse de disparar un tiro. La escena

que pasó después fue tan rápida que apenas pudieron darse cuenta de ella. Loubet, dando rodeos por entre las zarzas iba a lograr escaparse, mientras que Chouteau, menos ágil, iba a ser cogido. Pero de un esfuerzo supremo adelantó terreno, se echó entre las piernas de Loubet y le hizo caer; y mientras los dos prusianos se echaban sobre este para sujetarle, el otro desapareció en el bosque. Se oyeron algunos tiros, dieron una batida entre los árboles, pero todo fue inútil.

Los dos prusianos apaleaban brutalmente a Loubet. El capitán, enfurecido, acudió y hablaba de hacer un ejemplo; y ante aquellas palabras menudearon los culatazos y las patadas tanto, que cuando le levantaron tenía un brazo roto y la cabeza abierta. Murió antes de llegar a Mouzon, en el carrito de un aldeano que lo había recogido.

—Lo ves —murmuró Juan al oído de Mauricio.

Miraban alió, hacia el bosque impenetrable, encolerizados contra aquel bandido que corría libremente, mientras que sentían lástima por su víctima, que no valía gran cosa, era cierto, pero que era un muchacho alegre y listo, lo que no impedía que Chouteau le hubiese jugado una partida.

En Mouzon, a pesar de aquel terrible ejemplo, Mauricio volvió a pensar en la huida. Habían llegado tan cansados, que los prusianos tuvieron que ayudar a los prisioneros a plantar las tiendas que les habían dado. El campamento se encontraba cerca del pueblo, en un terreno bajo y pantanoso; y lo peor era que la víspera otro convoy había acampado allí y el suelo estaba lleno de basura: era una verdadera cloaca. La tarde fue menos dura, la vigilancia de los prusianos no era tan estrecha desde que desapareció el capitán para instalarse en alguna posada. Los centinelas toleraban a los chiquillos echasen frutas a los prisioneros; manzanas y peras. Después dejaban invadir el campamento a los vecinos del pueblo, de modo que se improvisaron muchos vendedores, hombres y mujeres, que despachaban pan, vino y tabaco. Todos los que tenían dinero comieron y fumaron. Bajo el pálido crepúsculo, aquel mercado improvisado estaba animadísimo.

Detrás de su tienda, Mauricio estaba muy excitado, repitiendo a Juan:

—No puedo más, en cuanto anochezca me escapo... Mañana nos alejaremos de la frontera y ya no será tiempo.

—Pues bueno, escapemos, acabó por decir Juan, no pudiendo resistir más y cediendo también a aquel afán de huir. Ya veremos sino dejamos el pellejo.

Empezó a mirar a los vendedores a su alrededor. Algunos compañeros se habían procurado blusas y pantalones; circulaban rumores anunciando que personas caritativas habían organizado almacenes de trajes para facilitar la evasión de los prisioneros. Y en seguida le llamó la atención una muchacha, una rubia de dieciséis años, con ojos magníficos, que tenía tres panes en una cesta. No voceaba su mercancía como los otros, tenía una sonrisa muy agradable. Juan la miró muy fijamente, sus miradas se cruzaron. Entonces se acercó:

—¿Quiere usted pan?

No contestó; la interrogó por señas. Después, como le dijo que sí con la cabeza,

añadió en voz baja:

—¿Hay trajes?

—Sí, debajo de los panes.

Y empezó a vocear su mercancía en voz alta. «¡Pan, pan!, ¿quién compra pan?». Pero cuando Mauricio quiso darla una moneda de oro, retiró la mano y se escapó, después de dejarles la cesta. La vieron que se volvía, alejándose, mirándolos con sus hermosos ojos.

Cuando tuvieron la cesta, Juan y Mauricio empezaron a temblar. Se habían separado de su tienda y no la pudieron encontrar, tan atolondrados se hallaban. ¿Dónde meterse? ¿Cómo cambiar de traje? Aquella cesta que Juan llevaba tan torpemente, les parecía que todo el mundo la registraba con los ojos y que veían lo que contenía. Por último se decidieron, entraron en la primer tienda vacía y se pusieron un pantalón y una blusa, después de colocar bajo los panes los uniformes. Y lo abandonaron todo. Pero no encontraron más que una gorra de lana, y Juan obligó a Mauricio a que se la pusiera. Él, sin nada en la cabeza, exageraba el peligro; se creía perdido y andaba buscando algo con que cubrísela; cuando se le ocurrió comprar el sombrero a un hombre muy sucio que vendía cigarros.

—¡A quince céntimos la pieza! ¡Dos por veinticinco céntimos! Cigarros de Bruselas.

Desde la batalla de Sedan no había aduanas y todos los productos belgas entraban libremente y el hombre había podido realizar muy buenos beneficios, lo que no le impidió querer sacar buen partido de su sombrero agujereado y grasiento cuando comprendió de lo que se trataba. No lo quiso dar por menos de diez pesetas, diciendo que se iba a constipar.

Juan tuvo otra idea, la de comprarle toda su mercancía, tres docenas de cigarros. Y, sin aguardar a más, empezó a vocear:

—¡A quince céntimos dos cigarros! ¡Cigarros de Bruselas!

Era la salvación. Hizo señas a Mauricio de que le precediera. Este tuvo la suerte de encontrar un paraguas y como caían algunas gotas, lo abrió tranquilamente para atravesar la línea de centinelas.

—¡A quince céntimos dos! ¡Cigarros de Bruselas!

En pocos momentos, Juan vendió su mercancía. Se la arrebatában de las manos; ¡este, al menos, es razonable —decían—, no quiere robarnos! Atraídos por la baratura, se acercaron algunos prusianos y tuvo que comerciar con ellos. Se arregló de tal manera, que al pasar la línea de centinelas vendió los dos últimos cigarros a, un sargento que no hablaba una palabra de francés.

—No vayas tan de prisa —decía Juan a Mauricio. Nos van a coger de nuevo.

Pero a pesar de ellos sus piernas los arrastraban. Tuvieron que hacer grandes esfuerzos para detenerse un momento en el ángulo que formaban los dos caminos, entre los grupos que se estacionaban delante de una posada. Algunos hombres hablaban allí tranquilamente con soldados alemanes; hicieron como que escuchaban,

tomaron parte en la conversación, hablando de la lluvia que amenazaba caer durante toda la noche. Un señor gordo, que los miraba con mucha insistencia, les hacía estremecer. Después, como se sonreía, se arriesgaron.

—Diga usted, caballero, ¿el camino de Bélgica está guardado?

—Sí, pero atraviesan ustedes ese bosque primero y después tomen por la izquierda, por los campos.

En el bosque, en el gran silencio de los árboles inmóviles, cuando nada oyeron, cuando se creyeron salvados, la emoción los echó en brazos uno del otro, en la fraternidad de lodo lo que habían sufrido juntos; y el abrazo que se dieron les pareció el más suave de toda su vida, un abrazo como no recibirían seguramente de ninguna mujer, la consagración de la inmortal amistad, la certidumbre absoluta de que sus dos corazones no formaban más que uno para siempre.

—No, Mauricio —dijo Juan con voz temblorosa, cuando se soltaron—, ya es algo bueno estar aquí, pero no hemos llegado al final... habrá que orientarse.

Mauricio, aunque no conocía el sitio, decía que no había más que seguir todo derecho para llegar a la frontera. Los dos, uno detrás de otro, empezaron a andar con muchas precauciones hasta salir del bosque. Acordándose entonces de la indicación que les habían hecho, quisieron tomar a la izquierda para cortar por los rastrojos. Pero como encontraran un camino, adornado con álamos, vieron las hogueras de un puesto prusiano que lo cerraba. Se veía brillar la bayoneta del centinela, los soldados acababan de comer y charlaban. Retrocedieron y se metieron dentro del bosque, temiendo verse perseguidos. Creyeron oír voces y pasos, anduvieron así durante más de una hora, sin dirección fija, dando vueltas, corriendo a veces y a veces también, inmovilizados delante de los árboles a quienes tomaban por prusianos. Por fin, desembocaron de nuevo en el mismo camino, a diez patos del centinela, cerca de los soldados que estaban calentándose.

—¡No tenemos suerte! —decía Mauricio— es un bosque encantado.

Pero esta vez les habían oído, se habían roto algunas ramas y rodaron piedras. Y como al «quién vive» del centinela, echaron a correr, sin contestar, el puesto cogió las armas y dispararon al bosque, acribillándole.

Juan lanzó un juramento, conteniendo un grito de dolor.

Había recibido un latigazo en la pantorrilla y cayó contra un árbol.

—¿Te han herido? —preguntó Mauricio.

—¡Sí; en la pierna! Es cosa perdida.

Los dos escuchaban, temblando de miedo, creyendo que les perseguirían. Pero los tiros cesaron y nada se movía. Los soldados no debían querer perseguirlos dentro del bosque.

Juan, que se esforzaba en querer ponerse en pie, ahogó un quejido y Mauricio le sostuvo.

—¿No puedes andar?

—¡Creo que no!

Se encolerizaba, apretaba los puños, se hubiera pegado.

—¡Vaya una mala suerte! dejarse romper una pata, cuando más falta hace para correr. ¡Es cosa de echarse al surco! Escápate solo.

Mauricio contestó alegremente.

—¡No seas tonto!

Le cogió por los brazos, le ayudaba, deseando alojarse a escape. Después de andar unos pasos, se detuvieron de nuevo al ver delante de ellos una casita. No se veía ninguna luz, la puerta del patio estaba abierta y cuando se decidieron entrar, les chocó encontrar un caballo ensillado, sin que pudieran averiguar cómo ni por qué estaba allí. Tal vez el amo iba a volver, tal vez hubiese quedado muerto en el camino.

Un pensamiento surgió en la mente de Mauricio.

—Oye, la frontera está muy lejos, y además, necesitábamos un guía... Mientras que si fuésemos a Remilly, a casa del tío Fouchard, podría llevarte allí con los ojos cerrados. Te voy a poner sobre el caballo, y nos largamos.

Primero quiso examinarle la pierna. Tenía dos agujeros, la bala debía haber salido después de romperle la tibia. La hemorragia era poca cosa; vendó la pantorrilla con el pañuelo.

—¡Escápate solo! —dijo Juan.

—¡Cállate, tonto!

Cuando Juan se encontró a caballo, Mauricio cogió la brida y salieron. Debían ser cerca de las once, creía poder recorrer el trayecto en tres horas, aún yendo al paso. Pero la idea de que tenían que atravesar el Meuse, le desconcertó. El puente de Mouzon debía estar custodiado. Se acordó que había una barca, cerca de Viniera; y se dirigió hacia allí, atravesando los prados de la margen derecha. Al pronto todo marchó bien, solo tuvieron que evitar una patrulla de caballería y estuvieron durante un cuarto de hora inmóviles, contra una pared. Había vuelto a llover y la marcha era muy difícil para Mauricio, que se metía en las tierras mojadas, al lado del caballo; afortunadamente este era muy dócil. En Villers tuvieron suerte, la barca que había servido para pasar a un oficial bávaro los recogió y los llevó al otro lado. Y los peligros y las fatigas terribles no empezaron hasta llegar a la aldea, donde estuvieron a punto de caer entre los centinelas escalonados en el camino de Remilly. Tuvieron que dar muchos rodeos. Saltaban zanjas, se abrían camino por entre las zarzas. Juan, presa de la fiebre, bajo la lluvia menuda, desmayado sobre el caballo, agarrado a las crines, se sostenía con mucha dificultad, mientras que Mauricio, que había pasado las bridas por el brazo derecho, se veía obligado a sostenerle para que no cayese.

Durante más de una legua, durante más de dos horas, aquella caminata fatigosa se eternizó, entre tropezones, exponiéndose a cada momento hombres y caballo a estrellarse. Formaban un convoy de miseria, cubiertos de barro, el caballo temblando sobre sus pies, el hombre que sostenía inerte, y el otro, con la mirada extraviada, marchando por el único esfuerzo de su caridad fraternal. Amanecía cuando llegaron por fin a Remilly.

En el patio de la casería que dominaba el pueblo, al salir del desfiladero de Haraucourt, el señor Fouchard estaba cargando en su carreta los dos carneros matados la víspera. Al ver a su sobrino con tal facha se trastornó tanto, que después de las primeras explicaciones, dijo brutalmente:

—¿Que me quede contigo y con tu amigo? Para tener compromisos con los prusianos, ¡ah, no, eso no! ¡Prefiero reventar antes!

Pero no se atrevió a impedir que Mauricio y Próspero bajaran a Juan del caballo y lo echaran sobre la mesa de la cocina. Silvina fue a buscar su almohada, que colocó debajo de la cabeza del herido, que continuaba desmayado. Pero el viejo gruñía, desesperado de ver aquel hombre su mesa, diciendo que ahí estaba muy mal y que era preciso llevarlo a la ambulancia que había en Remilly, cerca de la iglesia, en la antigua escuela, donde había un salón muy grande y se encontraban muy bien.

—¡A la ambulancia! —dijo Mauricio para que los prusianos se lo lleven a Alemania, después que se cure, puesto que todos los heridos les pertenece. ¿Se quiere usted burlar de mi, tío? No le he traído hasta aquí para entregarle después.

Las cosas se ponían mal, el tío hablaba de echarlos a la calle, cuando se pronunció el nombre de Enriqueta.

—¡Cómo, Enriqueta! —preguntó Mauricio.

Y acabó por saber que su hermana estaba en Remilly desde la antevíspera, tan triste con su luto, que se le hacía intolerable la estancia en Sedan, donde había sido tan feliz.

Había encontrado al doctor Dalichamp de Raucourt, a quien conocía, y este la había decidido a instalarse en casa del señor Fouchard, en un cuartito pequeño para dedicarse por completo a los heridos de la cercana ambulancia. Esto solo podía distraerla. Pagaba su hospedaje y era en la casería el ángel bueno, que hacía que el viejo la mirase con cariño y respeto.

—¡Ah!, ¿mi hermana está aquí? —decía Mauricio—. Eso era lo que me decía Delaherche... Pues si está aquí nos quedamos.

En seguida quiso ir a buscarla a la ambulancia, donde había pasado la noche, mientras que el tío estaba incomodado porque no podía marcharse con los dos carneros y el carrito en tanto no se arreglase el asunto del herido.

Cuando Mauricio llevó a Enriqueta, vieron al señor Fouchard que estaba examinando con mucho cuidado el caballo que Próspero había llevado a la cuadra. Un caballo cansado, pero muy fuerte y que le gustaba mucho. Mauricio, riéndose, le dijo que se lo regalaba. Enriqueta, por su parte, cariñosamente le explicó que Juan pagaría y que ella se encargaba de él y que le cuidaría en el cuartito que se encontraba detrás de la cuadra, donde no iría a cogerle ningún prusiano. Y el señor Fouchard, mal convencido aún, a pesar de que en el fondo de todo aquello veía alguna ganancia, acabó por subir a su carricoche y marcharse, dejándolos completamente libres.

En pocos minutos, ayudada por Silvina y Próspero. Enriqueta organizó el cuarto, hizo que llevaran allí a Juan, y que le acostaran en una cama recién hecha, sin que

este diese apenas señales de vida.

Abría los ojos, miraba, pero sin que al parecer reconociera a nadie. Mauricio acababa de beber un vaso de vino y de comer un pedazo de carne, cuando llegó el doctor Dalichamp, como acostumbraba todas las mañanas para hacer su visita a la ambulancia, y Mauricio, a pesar de que estaba muy cansado, le siguió con su hermana a la cabecera del herido.

El doctor era un hombrecillo con gruesa cabeza redonda, con el pelo gris. Su cara colorada se había endurecido como la de los aldeanos, efecto de su vida al aire libre; mientras que sus ojillos y sus labios revelaban su bondad, un poco tosco a veces, médico sin gran talento, pero a quien su larga práctica daba mucha experiencia.

Cuando hubo examinado a Juan, murmuró:

—Temo que sea necesaria la amputación.

Fue un pesar para Mauricio y Enriqueta. Sin embargo, añadió:

—Tal vez pueda conservar su pierna, pero serán necesarios muchos cuidados y será cosa larga. En este momento está bajo la influencia de tal depresión física y moral que la única cosa que se puede hacer es dejarle dormir... Veremos mañana.

Después de curarle empezó a hablar con Mauricio a quien había conocido siendo niño.

—Y usted también estaría mejor en la cama que sentado en la silla.

Como si no oyese, Mauricio miraba fijamente ante sí con los ojos extraviados. Se había apoderado de él una excitación nerviosa, efecto de los sufrimientos acumulados durante toda la campaña. La vista de su amigo agonizando, el sentimiento de su propia derrota, desnudo, sin armas, inútil, el recuerdo de que tantos heroicos esfuerzos habían dado por resultado tal desastre, le sacaban de quicio, era una necesidad frenética de rebelión contra el destino. Por último habló:

—¡No, no, no ha acabado, tengo que marcharme...! Puesto que él tiene para algunas semanas, para algunos meses, no puedo quedarme aquí, quiero irme en seguida... ¿No es verdad, doctor? Usted me ayudará, me proporcionará usted los medios para volver a París.

Enriqueta le cogió por los brazos:

—¿Qué es lo que dices? Enfermo como estás, habiendo sufrido tanto ¿crees que te voy a dejar marchar? ¿No has pagado tu deuda? Acuérdate de mí, piensa que estoy sola, que no tengo a nadie más que a ti en el mundo.

Sus lágrimas se confundieron: se abrazaron estrechamente en su adoración, con ese cariño de hermanos gemelos. Pero él se exaltaba cada vez más.

—Te aseguro que tengo que marcharme. Me aguardan, moriría de angustia si no me marchase. No puedes imaginarte el daño que me causa la idea de estar quieto. Te digo que esto no puede acabar así, que tenemos que vengarnos; ¿contra quién, contra qué? ¡No lo sé! pero tenemos que vengarnos de tantas desgracias para tener el valor de vivir.

El doctor Dalichamp, que seguía la escena con mucho interés, impidió a

Enriqueta que contestara. Cuando Mauricio hubiese dormido estaría más tranquilo; y durmió todo el día y toda la noche siguiente, durante más de veinte horas, sin movimiento. Únicamente al despertar al otro día volvió a aparecer su resolución. No tenía más fiebre, estaba sombrío, triste, deseando escapar. Su hermana, llorando, comprendió que no debía insistir.

Y el doctor Dalichamp, al hacer su visita prometió facilitar la huida gracias a los documentos de un ayudante de la ambulancia que acababa de morir en Raucourt. Mauricio se pondría la blusa gris, la cruz roja, pasaría a Bélgica para desde allí dirigirse sobre París que aún no estaba bloqueado.

Aquel día no quiso abandonar la casería, se escondió aguardando la noche. Apenas habló, solo intentó llevarse a Próspero.

—Oiga usted —le dijo—, ¿no tiene usted ganas de volver a ver a los prusianos?

El antiguo cazador de África, que acababa de comer un pedazo de pan con queso, replicó:

—¡Para lo que hemos visto no vale la pena!...

Puesto que la caballería no sirve más que para hacerse matar cuando todo ha acabado, ¿para qué quiere usted que vuelva allí?... ¡No, no quiero volver, me han cansado bastante sin hacer nada de provecho!

Hubo un corto silencio y añadió para ahogar los latidos de su corazón de soldado:

—Además hay aquí ahora demasiado trabajo.

Ahora viene la época de la labranza y después vendrá la sementera. Hay que acordarse de la tierra también ¿no es verdad? que hay que batirse es cierto, ¿pero qué sucedería si no se trabajase la tierra?... Comprenda usted que no puedo dejar el trabajo. Y no es que el señor Fouchard sea razonable, no, probablemente no veré el color de su dinero; pero los animales empiezan a tomarme cariño y francamente, esta mañana cuando me encontraba allá arriba labrando, miraba a lo lejos ese maldito Sedan y me sentía muy contento de verme solo, al sol, con mi ganado, guiando el arado.

A la caída de la noche el doctor Dalichamp se presentó en su coche. Quería conducir a Mauricio hasta la frontera. El señor Fouchard, satisfecho de ver que al menos se marchaba uno, fue a vigilar el camino para asegurarse de que no rondaba ninguna patrulla, mientras que Silvina cosía la blusa del enfermero, adornaría en la manga con la cruz roja. Antes de marcharse el doctor examinó de nuevo la pierna de Juan, sin poderle prometer si la conservarla. El herido continuaba siempre medio aletargado, sin conocer a nadie, sin hablar con nadie. Y Mauricio iba a alejarse sin decirle adiós, cuando al inclinarse para abrazarle, le vio abrir los ojos, muy grandes, mover los labios, hablando con voz débil:

—¿Te vas?

Y como se extrañasen:

—Sí, los he oído a ustedes, mientras que no podía moverme —dijo—. Coge todo el dinero. Registra los bolsillos de mi pantalón.

Del dinero del Tesoro, que se habían repartido, les quedaba todavía doscientos francos a cada uno.

—¡El dinero! —dijo Mauricio—, pero si tú lo necesitas más que yo. Con doscientos francos tengo para llegar a París, y para hacerme romper la cabeza no necesito dinero... Hasta la vista y muchas gracias por lo que has hecho por mí, porque sin ti es probable que me hubiese quedado en cualquier parte como un perro muerto.

Juan le hizo callar.

—No me debes nada, estamos en paz... Si no hubiese sido por ti, si no me hubieses llevado a cuestras, me hubiesen recogido los prusianos allá. Y ayer aún, me has librado de caer entre sus garras. Has pagado des veces y ahora me tocaría a mí pagarte la vida... ¡qué intranquilo voy a estar sin tenerte a mi lado!

Su voz temblaba y algunas lágrimas asomaron a sus ojos.

—Abrázame, Mauricio.

Y se abrazaron como en el bosque la víspera; había en el fondo ríe ese abrazo la fraternidad de los peligros corridos juntos, esas cuantas semanas de heroísmo común que los había unido más estrechamente que algunos fulos de amistad. Los días sin pan, las noches sin sueño, las fatigas excesivas, la muerte siempre debiste. ¿Pueden acaso separarse dos corazones cuando se han dado libremente y se han fundido uno en otro? Pero el otro abrazo, el que se dieron debajo de los árboles, estaba lleno de las esperanzas que la huida abría ante ellos; mientras que este abrazo, a esta hora, les hacía estremecer con las angustias de la despedida. ¿Se volverían a ver algún día? ¿Y cómo y en qué circunstancias de dolor o de alegría?

El doctor Dalichamp, subido en su coche, llamaba a Mauricio. Este abrazó con toda su alma a su hermana Enriqueta, que le miraba con lágrimas silenciosas, muy pálida, con su traje de viuda.

—¡Te confío a mi hermano... Cuídale bien, quiérele mucho como yo le quiero!

IV

El cuarto era una gran pieza con suelo de ladrillos, blanqueado con cal, que había servido para depósito de frutas. Se sentía aún el buen olor de las peras y manzanas y como muebles solo había allí una cama de hierro, una mesa de madera blanca y dos sillas, sin contar un armario viejo de nogal, grande, donde cabía un mundo. Pero reinaba allí mucha calma, solo se oían los ruidos sordos de la cuadra, los mugidos de los bueyes. Por la ventana que daba al mediodía entraba el sol. No se vela más que un trozo de monte, un campo de trigo que bordeaba un bosquecillo. Y aquel cuarto cerrado, misterioso, estaba tan oculto a todas las miradas que nadie podía sospechar existiera.

En seguida, Enriqueta lo arregló todo: para evitar sospechas quedó convenido que ella y el doctor serían las únicas personas que entrasen. Nunca debía entrar Silvina a menos que llamase. Por la mañana, muy temprano, las dos mujeres arreglaban el cuarto y después quedaba cerrado durante todo el día. Por la noche, si el herido necesitaba de alguien, no tenía más que tocar el tabique, porque Enriqueta dormía en el cuarto de al lado. Y así fue como Juan se encontró separado del mundo, después de unas semanas de atropellos y de violencias, viendo solo a aquella mujer tan cariñosa, cuyos pasos ligeros no nacían ruido. La volvía a ver tal como se le había aparecido allá, en Sedan, por primera vez, con su boca un poco grande, sus rasgos delicados, su hermoso pelo de color de avena madura, ocupándose de él con infinita bondad.

Los primeros días, la fiebre del herido fue tan intensa que Enriqueta no pudo apenas separarse de él. Todas las mañanas, al pasar, el doctor Dalichamp entraba con el pretexto de recogerla para llevarla a la ambulancia y de paso examinaba al herido y le curaba. La bala, después de romper la tibia, debía haber salido, le extrañaba el mal cariz que presentaba la herida, temía que la presencia de una esquirla que no podía hallar con la sonda, le obligase a tener que cortar el hueso. Había hablado de esto con Juan; pero este, al pensar que podía quedar cojo se había sublevado: no, no, prefería morir a quedar inútil. Y el doctor, dejando la herida en observación, no hacía más que curarla con hilas impregnadas en aceite común y en ácido fénico, después de haber colocado en el fondo de la llaga un tubito de cautchouc para dar salida al pus; pero previniendo que si no intervenía la cura sería muy larga. Sin embargo, en la segunda semana disminuyó la fiebre, mejoró un poco y seguiría mejorando con tal de que no se moviera.

Y la intimidad entre Juan y Enriqueta fue estableciéndose. Les parecía que habían vivido siempre así. Pasaba con él todas las horas que no estaba ocupada en la ambulancia, cuidaba de que comiera y bebiera con regularidad y le ayudaba a dar vueltas en la cama, con una fuerza que nadie hubiese podido sospechar tenía. A veces hablaban y con más frecuencia aún estaban callados, sobre todo al principio. Pero no

parecían aburrirse, era una vida muy tranquila; él aniquilado aún por la batalla y ella vestida de luto, con el corazón destrozado por la pérdida que había sufrido. Primero se había sentido un poco molesto porque comprendía que era una mujer superior, casi una gran señora, mientras que él solo había sido un aldeano y un soldado. Apenas sabía leer y escribir. Después se tranquilizó mucho cuando vio que le trataba sin orgullo, como su igual; lo que le había animado a mostrarse tal cual era, inteligente a su modo, a fuerza de paciencia y de meditación. Él mismo se extrañaba de haber cambiado con la sensación de las nuevas ideas: ¿era acaso efecto de la vida atroz que arrastraba hacía dos meses? Salía afinado, efecto de tantos padecimientos físicos y morales. Pero lo que acabó por conquistarle fue al averiguar que no sabía más que él. Muy joven, después de la muerte de su madre, hecha una ama de casa, teniendo que cuidar a tres hombres, a su abuelo, a su padre y a su hermano, no había tenido tiempo de instruirse. La lectura, la escritura, un poco de ortografía y de números; no había que pedirla más. Y no le intimidaba, no le aparecía sobre los otros más que porque sabía que era de una bondad infinita, de un valor extraordinario bajo su apariencia de mujer modesta que se complacía en los menudos cuidados de su casa.

Se entendieron en seguida, hablando de Mauricio. Si daba muestras de abnegación, era por el amigo, por el hermano de Mauricio, por el hombre cariñoso a quien pagaba una deuda de su corazón; sentía mucha gratitud, su afecto aumentaba a medida que le iba conociendo, sencillo y bueno, con un cerebro sólido; y él, a quien ella cuidaba como a un niño contraía una deuda de agradecimiento, le hubiera besado las manos por cada taza de caído que le daba. Ese lazo de tierna amistad aumentaba cada día entre ellos, en aquella profunda soledad en que habitaban, agitados por los mismos pesares. Cuando se agotaban los recuerdos, los detalles que sin cesar le pedía sobre la dolorosa marcha de Reims a Sedan, asomaba a sus labios la misma pregunta; ¿qué hacía Mauricio a aquella hora? ¿Por qué no escribía? ¿París estaba completamente bloqueado? Solo habían recibido una carta fechada en Rouen, tres días después de su marcha, en la que explicaba en algunas líneas como había desembarcado en aquella ciudad, después de dar un largo rodeo para entrar en París. Y nada más en una semana después de un silencio completo.

Por la mañana cuando el doctor Dalichamp, había curado al herido, le gustaba quedarse allí algunos momentos y aun volvía por las noches, y se quedaba otro rato; era así el único lazo con el mundo, aquel vasto mundo de fuera tan trastornado por las catástrofes. Las noticias no llegaban más que por él, tenía un corazón ardiente de patriota que se desbordaba de cólera y de pesar, a cada derrota. Así es que no hablaba más que de la marcha invasora de los prusianos, cuya oleada, desde Sedan se extendía poco a poco sobre toda Francia, como una matea negra. Cada día llevaba su duelo y se quedaba anonadado, sobre una silla, apoyada contra la cama y daba cuenta de la situación cada vez más grave. A menudo llevaba los bolsillos atestados de periódicos belgas, que dejaba allí. Con algunas semanas de intervalo el eco de cada desastre, llegaba así a aquel cuarto, uniendo más, en una angustia común, a los pobres

seres que allí se encontraban sufriendo.

Y así fue como Enriqueta, con periódicos viejos, leyó a Juan los sucesos de Metz, las grandes y heroicas batallas que habían vuelto a empezar por tres veces con intervalo de un día. Habían ocurrido cinco semanas antes, pero las ignoraba aún, y oía su relato con el corazón oprimido, al ver allí las mismas miserias y las mismas derrotas que había sufrido. En el silencio del cuarto, mientras Enriqueta con su voz cantante de alumna aplicada, leía espaciando cada frase, la lamentable historia se desarrollaba.

Después de Frœschwiller, después de Spickeren, en el momento en que el primer cuerpo, aplastado, arrastraba al quinto en su derrota, los otros cuerpos escalonados de Metz a Bitche, dudaban, refluían en la consternación de aquellos desastres, y concluían por concentrarse por delante del campamento atrincherado, sobre la margen derecha del Mosela. ¡Pero cuánto tiempo precioso perdido, en vez de acelerar la retirada sobre París que iba a ser después tan difícil! El emperador había tenido que ceder el mando al mariscal Bazaine, del que se aguardaba la victoria. Entonces, el 14 había sido Borny, el ejército atacado en el momento en que se decidía a atravesar el río, teniendo en contra suya, dos ejércitos alemanes, el de Steinmetz, inmóvil en frente del campo atrincherado, al que amenazaba, y el del príncipe Federico Carlos, que había pasado el río, más abajo y que subía por la orilla izquierda, para cortar a Bazaine del resto de Francia, Borny, cuyos primeros disparos solo empezaron a las tres de la tarde, Borny esa victoria sin provecho, que dejó a los cuerpos de ejército franceses, dueños de sus posiciones, pero que los inmovilizó caballo sobre el Mosela, mientras que el movimiento envolvente del segundo ejército alemán se terminaba.

Después, el 16, había sido Rezonville, todos los cuerpos sobre la margen izquierda, el 2.º y el 4.º solos, detrás, retrasados en la horrible confusión que se producía en el encuentro de los caminos de Etain y de Mars la Tour, el ataque audaz de la caballería y de la artillería prusianas, cortando esos caminos desde por la mañana, la batalla lenta y confusa, que hasta las dos hubiera podido ganar Bazaine no teniendo más que un puñado de hombres que rechazar delante de sí y que había acabado por perder, con su inexplicable temor de verse cortado de Metz, la batalla inmensa, cubriendo leguas de valles y de llanuras, donde los franceses atacados de frente y de flanco, habían hecho prodigios para no avanzar, dejando al enemigo tiempo para concentrarse, trabajando ellos mismos en favor del plan prusiano, que consistía en hacerlos retroceder, al otro lado del río. El 17 por último, después del regreso ante el campo atrincherado, había sido Saint Privat la lucha suprema, un frente de ataque de trece kilómetros, doscientos mil alemanes con setecientos cañones, contra ciento veinte mil franceses, no teniendo más que quinientos cañones, los alemanes la cara vuelta hacia Alemania, los franceses la cara vuelta hacia Francia, como si los invasores hubieran sido los invadidos, con el extraño movimiento giratorio, la más espantosa lucha desde las dos, la guardia prusiana rechazada, aniquilada, Bazaine mucho tiempo victorioso, fuerte con su ala izquierda, muy firme,

hasta el momento en que a la caída de la tarde, el ala derecha más débil, tuvo que abandonar a Saint Privat, en medio de una horrible matanza, arrastrando con ella todo el ejército, derrotado, rechazado, sobre Metz, encerrado en un círculo de hierro.

A cada momento mientras Enriqueta leía, Juan la interrumpía para decirle:

—¡Y nosotros que desde Reims esperábamos a Bazaine!

El telegrama del mariscal Bizaine, fechado en Saint Privat, en el que hablaba de volver a emprender su movimiento de retirada por Montmedy, ese telegrama, que había sido precisamente el que dio lugar a que se emprendiera la marcha de Reíais a Sedan, y que parecía el parte que da un general derrotado, deseoso de atenuar el desastre; y más tarde el 29 solamente, cuando la noticia de que se acercaba el ejército de socorro llegó hasta él, a través de las líneas prusianas, había intentado un último esfuerzo sobre la margen derecha, en Noiseville, pero tan lentamente, que el 1.º de septiembre, el mismo día en que el ejército de Chalons era aplastado en Sedan, el de Metz se replegaba, paralizado por completo y para siempre, perdido para Francia. El mariscal que hasta entonces había podido no ser más que un capitán poco inteligente que se olvidaba de pasar por los caminos cuando estaban libres, ahora, verdaderamente bloqueado por fuerzas superiores, iba a convertirse bajo el imperio de las preocupaciones políticas en un conspirador y en un traidor.

Pero en los periódicos que el doctor Dalichamp llevaba, Bazaine continuaba siendo el hombre de genio, el soldado valiente del que Francia aguardaba su salvación. Y Juan hacía que le volvieran a leer los párrafos para comprender perfectamente de que modo el tercer ejército alemán con el príncipe real de Prusia, había podido perseguirlos, mientras que el primero y segundo ejército bloqueaban a Metz, los dos tan fuertes en hombres y cañones, que había sido posible destacar aquel cuarto ejército que a las órdenes del príncipe real de Sajonia, había completado el desastre de Sedan. Por último, enterado de todo sobre aquel lecho de dolor donde le sujetaba su herida, se apoderaba aún de él la esperanza.

—Pues entonces ya se comprende. ¡No hemos ganado porque no éramos más numerosos!... Ahora ya sabemos a qué atenernos: Bazaine tiene ciento cincuenta mil hombres, treientos mil fusiles y más de quinientos cañones; con seguridad que les prepara un buen golpe, de esos que él solo conoce.

Enriqueta meneaba la cabeza, le daba la razón para no entristecerla más. Se perdía entre aquel inmenso movimiento de tropas, pero comprendía que la desgracia era irreparable. Con su voz suave continuaba leyendo muchas horas, nada más que por entretenerle. A veces, cuando leía alguna narración de matanzas, tartamudeaba, con los ojos llenos de lágrimas; sin duda, se acordaba de su marido, fusilado allá, empujado con el pie por el oficial bávaro.

—Si le causa tanto pesar no me lea usted lo que dicen de las batallas.

Pero ella se reponía en seguida, complaciente siempre.

—No, no, dispéñeme usted, le aseguro a usted que tengo verdadero placer en leer esto.

Una noche, en los primeros días de octubre, en que soplaban un viento muy fuerte, volvió de la ambulancia, entró en el cuarto muy emocionada, diciendo:

—¡Una carta de Mauricio! el doctor acaba de entregármela.

Todas las mañanas los dos estaban muy intranquilos sin recibir noticias del joven y sobre todo desde hacía una semana, en que se decía que París estaba completamente bloqueado; se desesperaban de no tener noticias y trataban de indagar qué es lo que le había ocurrido al salir de Rouen. Ahora todo se explicaba, la carta que había escrito al doctor Dalichamp el 18 de Setiembre, el mismo día en que salían los últimos trenes para el Havre, había dado muchos rodeos y llegaba por una verdadera casualidad después de haberse extraviado muchas veces en el camino.

—¡Pobre amigo! —decía Juan—, léame usted eso pronto.

El viento redoblaba su violencia, la ventana crujía y Enriqueta, después de llevar la lámpara, empezó a leer, tan cerca de Juan, que sus cabellos se tocaban. Se estaba muy bien en aquel cuarto, oyendo rugir la tempestad fuera.

Era una carta muy larga, de ocho carillas, en la que Mauricio explicaba primero cómo a su llegada, el 16, había tenido la suerte de sentar plaza en un regimiento de línea cuyos cuadros se completaban. Después contaba los sucesos de todo aquel mes, que había llegado a saber. París tranquilo después del estupor doloroso causado por las batallas de Wissemburgo y Frœschwiller, reanimándose con la esperanza de un desquite, volviendo a ser víctima de nuevas ilusiones; la leyenda victoriosa del ejército; el mando en jefe de Bazaine, la leva en masa, las victorias imaginarias, las hecatombes de prusianos de que los mismos ministros daban cuenta en el Parlamento. Y de pronto, daba nuevas de cómo había estallado el rayo por segunda vez en París, el 3 de Setiembre; las esperanzas destruidas, la capital ignorándolo todo, confiada, abatida con aquel golpe cruel del destino, los gritos de: ¡Dimisión!, ¡dimisión! repercutiendo desde aquella tarde por los bulevares, la corta y lúgubre sesión de noche de la Cámara de Diputados, donde Julio Favre había leído aquella proposición de expulsión reclamada por el pueblo. Después, al día siguiente, era el 4 de setiembre, el hundimiento de un mundo, el segundo imperio arrastrado por el desastre acumulado por sus vicios y por sus faltas, el pueblo entero por las calles, un torrente de medio millón de hombres llenando la plaza de la Concordia, con el hermoso sol de aquel domingo, rodando hasta las verjas de la Cámara de Diputados que custodiaban apenas unos cuantos soldados, la culata hacía arriba, echando abajo las puertas, invadiendo la sala de sesiones, desde donde Julio Favre, Gambetta y otros diputados de la izquierda iban a salir para proclamar la República en el Ayuntamiento, mientras que sobre la plaza de Saint Germain l'Auxerrois se abría una puertecita del Louvre, dando paso a la emperatriz regente, vestida de negro, acompañada por una sola amiga, temblando las dos, huyendo escondidas en un coche de alquiler que las llevaba lejos de las Tullerías, por las cuales paseaba el pueblo. Aquel mismo día, Napoleón III salía de la posada de Bouillon donde había pasado la primera noche del destierro, en dirección a Wilhelmshoe.

Juan, muy serio, interrumpió a Enriqueta.

—Entonces ¿ahora estamos en República? ¡Mejor, si esto nos sirve para batir a los prusianos!

Pero meneaba la cabeza, le habían asustado siempre, siendo aldeano, con la República. Y además, en frente del enemigo, no le parecía muy bien no estar de acuerdo. Pero era necesario que llegara a este caso puesto que el imperio estaba podrido y que nadie lo quería.

Enriqueta acabó la carta, que terminaba indicando que los alemanes se acercaban. El 13, el mismo día en que una Delegación del gobierno de la Defensa Nacional se instalaba en Tours, los había visto al Este de París, acercarse por Lagny. El 14 y el 15, estaban en las cercanías de Creteil y en Joinville le Pont. Pero el 18 por la mañana, en el momento en que Mauricio escribía, este no parecía creer en la posibilidad de un bloqueo completo, confiando de nuevo en que aquello era una tentativa insolente y arriesgada que no duraría tres semanas, contando con los ejércitos que las provincias iban a enviar, sin tener en cuenta el ejército de Metz, en marcha ya sobre Verdún y Reims. Y los anillos de la cintura de hierro se habían unido, habían encerrado a París, y París, separado ahora del mundo entero, era solo una gigantesca cárcel de dos millones de hombres, de donde salía un silencio de muerte.

—¡Dios mío!, ¿cuánto tiempo durará esto? ¿Le volveremos a ver?

Una ráfaga de viento hizo doblar los árboles que rodeaban la casería. Si el invierno era duro, ¿cuántos padecimientos por los pobres soldados que se batirían, sin fuego y sin pan, en la nieve!

—Es muy buena su carta —replicó Juan—, y da gusto tener noticias. No hay que perder nunca la esperanza.

Día por día pasó el mes de octubre, con el cielo triste, en que el viento llevaba y traía los pesados nubarrones; la herida de Juan se cicatrizaba con mucha lentitud, y el herido se había debilitado mucho, se obstinaba en negarse a dejar llevar a cabo ninguna operación, por temor a quedar inútil. Aguardaba con resignación cortada a veces por bruscas ansiedades, sin causa justificada, en el fondo de aquel cuarto, a donde llegaban las noticias muy lejanas. La guerra atroz, las matanzas, los desastres, continuaban allá, en algún sitio, sin que se pudiera saber nunca la verdad exacta, sin que se oyera más que el sordo clamoreo de la patria oprimida, destrozada. Y el viento arrastraba las hojas bajo el lívido cielo, y había grandes silencios en el campo yermo, donde pasaban bandadas de cuervos, cuyos graznidos anunciaban un invierno muy crudo.

Uno de los motivos de conversación era la ambulancia, de donde Enriqueta no salía más que para acompañar a Juan. Por la noche, cuando regresaba, la interrogaba acerca del estado de los heridos, queriendo saber los que sanaban y los que morían; y ella misma tenía una satisfacción desahogando su corazón, hablando de esas cosas con todos sus detalles.

—¡Ah! —repetía siempre— ¡pobres chicos, pobres chicos!

No era ya en plena batalla, sino en la ambulancia donde chorreaba la sangre fresca, donde se hacían amputaciones en carnes sanas y rojas. Era la ambulancia convertida en hospital, con su podredumbre, oliendo a fiebre y a muerte, con sus lentas convalecencias y agonías interminables. El doctor Dalichamp había pasado muchos apuros para procurarse camas, colchones y sábanas; y cada día el sostenimiento de los enfermos, el pan, la carne, las legumbres, sin hablar de las vendas, de las hilas, de los aparatos, le obligaba a hacer milagros. Los prusianos establecidos en el hospital militar de Sedan, le habían negado todo, hasta cloroformo, y tenía que traerlo todo de Bélgica, y, sin embargo, había acogido lo mismo a los heridos alemanes que a los franceses; cuidaba a una docena de bávaros recogidos en Bazeilles. Esos hombres, esos enemigos que se habían arrojado unos contra otros, se hallaban ahora juntos, sufriendo los mismos dolores. ¡Y qué estancia de espanto y de miseria, esas dos antiguas salas de la escuela de Remilly, que contenían cada una cincuenta camas!

Diez días después de la batalla, habían llevado heridos, olvidados, encontrados en el campo. Cuatro se habían quedado en una casa vacía de Balán, sin asistencia médica, viviendo sin saber cómo, gracias a la caridad de algún vecino, y sus heridas estaban llenas de gusanos, habían muerto, envenenados por aquellas llagas inmundas. Esa purulencia que no se podía combatir con nada, segaba las vidas de aquellos infelices. Al entrar en las salas, un olor insoportable hacía retroceder, las heridas supuraban gota a gota. A menudo había que volver a abrir las carnes para extraer algunas esquiras ignoradas. Después se declaraban accesos, flujos que iban a reventar más lejos. Cansados, sin fuerzas, con las caras delgadas, los infelices padecían todas las torturas. Unos, abatidos, sin aliento, pasaban los días sin moverse, con los párpados negros, y cerrados, como cadáveres medio descompuestos. Los otros sin poder dormir, agitados por un insomnio febril, sudando, se exaltaban, como si la catástrofe los hubiese vuelto locos. Y que estuviesen tranquilos y agitados, cuando el escalofrío de la fiebre infecciosa se apoderaba de ellos, era el fin, el veneno triunfaba, volaba de unos a otros, llevándoselos a todos en la misma oleada de podredumbre victoriosa.

Existía una sala para los que estaban atacados de disentería, de tifus y de viruela. Muchos tenían viruela negra. Se movían, se agitaban en su continuo delirio, se levantaban sobre las camas, como espectros. Otros, heridos en los pulmones, morían de pulmonía con toses atroces. Otros, que aullaban, no se calmaban hasta que se les mojaba la herida con un chorrito de agua. Cuando llegaba la hora de la cura, era cuando únicamente había un poco de tranquilidad, de descanso para tantos dolores. Y era también la hora temible, porque no pasaba día sin que el doctor, al examinar las heridas, no viese algunas manchas violáceas sobre la piel, reveladoras de la gangrena. La operación se hacía al siguiente día y se cortaba un brazo o una pierna más. A veces la gangrena subía más arriba y había que volver a empezar, hasta cortar todo el brazo o toda la pierna. Después, a veces, todo el cuerpo se envenenaba, con las

manchas lívidas del tifus, había que llevárselo, ebrio, vacilando, a la sala de los condenados donde sucumbía, la carne muerta y oliendo a cadáver antes de la agonía.

Todas las noches Enriqueta contestaba a las preguntas de Juan, con voz temblorosa, emocionada.

—¡Ah!, ¡pobres muchachos, pobres muchachos!

Los detalles eran casi siempre iguales, los tormentos de aquel infierno eran siempre los mismos. Habían desarticulado un hombro, cortado un pie, pero no se sabía si la gangrena o la infección purulenta perdonarían la víctima. A menudo decía que se había enterrado a alguno, a veces un francés, a veces un alemán. No pasaba día sin que un ataúd, construido de prisa con cuatro tablas, no saliese al anochecer acompañado por un enfermero y a veces por ella, para que no se enterrase a un hombre como a un perro. En el pequeño cementerio de Remilly se habían abierto dos zanjas y dormían todos muy cerca, los franceses a la derecha, los alemanes a la izquierda, reconciliados bajo tierra.

Sin haberlos visto Juan se interesaba por algunos heridos. Pedía noticias.

—¿Qué tal está hoy su «pobre muchacho»?

Era un soldado del 5.º de línea, un joven que no tenía veinte años y que había sentado plaza. Se quedó con el apodo de «pobre muchacho» porque siempre lo repetía hablando de sí mismo; y un día, al preguntarle el por qué de aquel apodo, contestó que su madre le llamaba siempre así. Pobre muchacho, en efecto, porque se moría de una pleuresía, originada por una herida en el costado izquierdo.

—Pobrecillo —decía Enriqueta que le había tomado mucho cariño—, no va muy bien, ha tosido todo el día... Me parte el corazón.

—¿Y su oso, ese Grutmann? —decía Juan con una débil sonrisa. ¿Tiene alguna esperanza el doctor?

—Sí, tal vez se salve. Pero sufre mucho.

Aunque le tenían mucha lástima, no podían hablar de Gutmann sin cierta alegría. Cuando la joven entró en la ambulancia el primer día, reconoció en aquel soldado bávaro al hombre de barba y pelo rojos, con los grandes ojos azules, la nariz ancha y cuadrada, que la había sujetado en Bazeilles mientras fusilaban a su marido. Él también la reconoció, pero no podía hablar; una bala que le penetró por la nuca le había arrancado la mitad de la lengua. Y después de retroceder horrorizada durante los días, se dejó atraer por las miradas de desesperación con que la seguía. ¿No era ya el monstruo, con el pelo tinto en sangre, los ojos rabiosos, que le traía tan triste recuerdo? Tenía que hacer un gran esfuerzo para ver ahora a aquel monstruo en ese ser desgraciado, sufriendo horrores. Su caso poco frecuente, esa brusca enfermedad, apiadaba a la ambulancia entera. No se tenía seguridad de que se llamase Gutmann, le designaban así porque era el único sonido que lograba emitir. De todo lo demás, se creía que era casado y que tenía hijos. Debía comprender algunas palabras del francés, pues contestaba a veces moviendo la cabeza. ¿Casado?, ¡sí, sí!, ¿con hijos?, ¡sí, sí! El cariño con que miraba un día la harina, hizo creer que fuese molinero. Y

nada más se sabía. ¿Dónde estaba el molino? ¿En qué lejana aldea de Baviera lloraban ahora la mujer y los niños? ¿Iba a morir, sin nombre, desconocido, dejando a los suyos aguardándole eternamente?

—Hoy —decía una noche Enriqueta a Juan—, Gutmann me ha enviado besos... No puedo darle de beber, no puedo hacerle el menor favor, sin que se lleve mi mano a sus labios, como un hombre muy agradecido... No se sonría usted, es demasiado horrible verse así como enterrado antes de tiempo.

A fines de octubre, Juan se encontraba mejor.

El doctor consintió en que se levantara, aunque no estaba del todo satisfecho, pero la herida pareció cicatrizarse rápidamente; se paseaba durante muchas horas por el cuarto, se sentaba delante de la ventana, entristecido por aquel cielo lleno de nubarrones. Después se aburrió, quiso hacer algo de provecho en la casería. Le preocupaba mucho la cuestión de dinero, pero no se atrevía a hablar de ello. Comprendía que en seis semanas se habrían gastado los doscientos francos. Para que el señor Fouchard no le pusiera mala cara, habría sido necesario que Enriqueta pagase. Esta idea le molestaba tanto, que sintió un gran placer cuando quedó convenido que se le haría pasar por un nuevo criado, encargado con Silvina de los cuidados del interior, mientras que Próspero se ocupaba de los de fuera casa.

A pesar de los malos tiempos que corrían, un criado más no estorbaba en casa del señor Fouchard, cuyos negocios prosperaban. Mientras el país entero agonizaba, había encontrado el medio de ensanchar su comercio de carnicero ambulante, y tenía que matar ahora tres o cuatro veces más que antes. Se decía que desde el 31 de agosto había hecho contratos magníficos con los prusianos; él, que el día 30 había defendido su casa contra los soldados del 7.º cuerpo con el fusil en la mano, negándose a venderles un pedazo de pan, diciéndoles que la casa estaba vacía, y al día siguiente se había hecho comerciante, traficaba en todo; al presentarse el primer soldado enemigo, había desenterrado de su cueva toda clase de provisiones y había sacado, no se sabía de dónde, verdaderos rebaños de ganado. Y desde aquel día era uno de los mayores abastecedores de carne de los ejércitos alemanes, haciéndose pagar su mercancía entre dos repartos. Los otros sufrían, efecto de las brutales exigencias de los vendedores y él no había entregado un saco de harina, una barrica de vino, un cuarto de vaca, sin que le diesen el dinero contante y sonante. Se hablaba mucho de eso en Remilly y se afeaba la conducta de un hombre que había perdido a su hijo en la guerra y cuya tumba no visitaba, pues Silvina era la única que la cuidaba. Y a pesar de todo, le respetaban viéndole enriquecerse cuando los más listos perdían el pellejo. Él, tranquilo, guasón a veces, oía y después contestaba:

—¡Patriota, patriota!... ¡lo soy más que todos vosotros!... ¡Vaya un patriotismo el de dar de comer gratis a los prusianos! ¡Yo les hago pagar todo lo que les doy! ¡Ya veremos, ya veremos más tarde!

Al segundo día, Juan se quedó mucho tiempo de pie y los temores del doctor se realizaron; la herida se abrió de nuevo, una inflamación le hinchó la pierna y tuvo que

meterse de nuevo en la cama. El doctor Dalichamp acabó por sospechar que existía alguna esquirra, que el esfuerzo hecho durante los dos días de ejercicio habría hecho soltar. La buscó y tuvo la suerte de extraerla. Pero no fue sin esfuerzos; se declaró una fiebre intensa y Juan quedó más débil que nunca. Enriqueta volvió a ocupar su puesto de enfermera en aquel cuarto que el invierno entristecía y helaba. Estaban en los primeros días de noviembre y el viento del este había llevado una borrasca de nieve, hacía mucho frío entre las cuatro paredes desnudas y como no había chimenea, se decidieron a poner una estufa que los distrajo en su soledad.

Los días transcurrían monótonos y aquella primera semana de la recaída fue para Juan y Enriqueta la más melancólica. ¿No acabarían los padecimientos? ¿Volvería a renacer el peligro sin que pudiesen esperar el fin de tantas miserias? Su pensamiento volaba siempre hacia Mauricio de quien no habían vuelto a tener noticias. Les decían que otros recibían cartas, billetes muy delgaditos llevados por palomas mensajeras. Sin duda, algún alemán había matado en el camino la paloma que les llevaba la alegría. Todo parecía retroceder, apagarse y desaparecer en el precoz invierno. Las noticias de la guerra llegaban con mucho retraso, los pocos periódicos que les llevaba el doctor Dalichamp tenían la fecha de una semana. Y contribuía a aumentar su tristeza la ignorancia de los sucesos.

Una mañana llegó el doctor trastornado, temblándole las manos, sacó un periódico belga del bolsillo y lo echó sobre la cama, diciendo:

—¡Ah, amigos míos, Francia ha muerto! ¡Bazaine le ha hecho traición!

Juan, recostado sobre la almohada, medio dormido, se despertó.

—¿Qué había usted de traición?

—Si, ha entregado Metz y el ejército que le guarnecía. Es otro Sedan que empieza y esta vez es lo último que nos queda de nuestra sangre.

Después cogió el periódico y leyó:

—Ciento cincuenta mil prisioneros, ciento cincuenta y tres águilas, quinientos cuarenta y un cañones de campaña, setenta y seis ametralladoras, ochocientos cañones de plaza, trescientos mil fusiles, dos mil carruajes y material para ochenta y cinco baterías...

Y continuó dando detalles: el mariscal Bazaine encerrado en Metz con el ejército, reducido a la impotencia, sin hacer un esfuerzo para romper el círculo de hierro que le encerraba, su trato seguido con el príncipe Federico Carlos, sus dudosas combinaciones políticas, su ambición de jugar un papel decisivo que no parecía haber determinado aún; después, toda la complicación de las negociaciones, el envío de emisarios sospechosos y embusteros a Bismarck, al rey Guillermo, a la emperatriz regente, quien finalmente debía rehusar tratar con el enemigo bajo las bases de la cesión de un trozo del territorio, y la catástrofe inevitable, el destino acabando su obra, el hambre en Metz, la capitulación forzosa, los jefes y los soldados obligados a aceptar las duras condiciones de los vendedores. Francia no tenía ya un ejército.

—¡Demonio! —dijo Juan, que no comprendía todo lo que le habían leído, pero

para quien, hasta entonces Bazaine había sido un gran capitán, el único salvador posible. ¿Entonces qué va a suceder? ¿Qué van a hacer en París?

El doctor empezó a leer entonces las noticias de París, que eran desastrosas. Hizo notar que el periódico tenía fecha de 5 de noviembre. La capitulación de Metz había tenido efecto el 27 de octubre y la noticia no se supo en París hasta el día 30. Después de las derrotas sufridas en Chevilly, en Bagneux, en la Malmaison, después del combate y la pérdida de Bourget, esa noticia cayó como un rayo en medio del pueblo desesperase, irritado por la debilidad, la impotencia del gobierno de la Defensa Nacional. Así es que al siguiente día, el 31 de octubre, se había iniciado una insurrección, mientras un gentío inmenso se apiñaba en la plaza del Ayuntamiento y acababa por penetrar en las salas, haciendo prisioneros a los individuos del gobierno que la guardia nacional pudo libertar por la noche, con el temor de que triunfaran los revolucionarios que pedían se proclamara la Comunque. Y el periódico belga añadía reflexiones insultantes para el pueblo de París, a quien la guerra civil desgarraba en el momento en que el enemigo se presentaba a sus puertas. ¿No era aquello la descomposición final, el charco de lodo y de sangre donde iba a hundirse un mundo?

—¡Es verdad —decía Juan—, estando enfrente de los prusianos no deben despedazarse los hermanos!

Enriqueta, que hasta entonces nada había dicho, evitando hablar de cosas políticas, se acordó de su hermano.

—¡Dios mío, con tal que Mauricio, que tiene mala cabeza, no se meta en todos esos líos!

Hubo otro momento de silencio, hasta que el doctor, patriota ardiente, añadió:

—No importa, sino quedan más soldados, saldrán otros. Metz se ha entregado. París puede entregarse, pero Francia subsistirá... ¡Sí, como dicen nuestros aldeanos, el arca es buena y viviremos a pesar de todo!

Pero advertíase que se forjaba muchas ilusiones. Habló del nuevo ejército que se estaba formando en las orillas del Loire, y cuyos comienzos no habían sido muy felices; iban a aguerrirse y marcha rían en socorro de París. Le entusiasmaban las declaraciones de Gambetta, que había salido en globo de París el 7 de octubre, e instalado en Tours a los dos días, llamando a las armas a todos los ciudadanos, hablando un lenguaje tan enérgico y prudente a la vez, que el país entero se entregaba a aquella dictadura. Y se trataba de formar otro ejército en el Norte, otro en el Este, de hacer brotar soldados de tierra por la sola fuerza de la fe. Era el despertar de la provincia, la indomable voluntad de crear todo cuanto faltaba, para luchar hasta perder la última gota de sangre.

—¡Bah! —terminó diciendo el doctor, levantándose para irse, he desahuciado a muchos enfermos, que a los ocho días estaban en pie.

Juan se sonrió.

—Doctor, cúreme usted pronto para que pueda ir allá a ocupar mi puesto.

Cuando Enrique y Juan se quedaron solos, una tristeza infinita se apoderó de

ambos. De nuevo hubo ráfagas de nieve y al día siguiente, al volver Enriqueta de la ambulancia, anunció que Gutmann había muerto. Ese frío intenso diezmaba a los heridos. El desgraciado mudo, con la lengua arrancada, había agonizado durante dos días. En sus últimas horas se quedó a su cabecera, accediendo a las súplicas que le dirigía con los ojos. Le hablaba con lágrimas en los ojos, le decía tal vez su verdadero nombre, el nombre de la lejana aldea, donde le aguardaban una mujer y unos niños. Y se fue, desconocido, enviándole con sus dedos un último beso, como para darla las gracias por sus cuidados. Ella sola le acompañó hasta el cementerio, donde la helada tierra, la ingrata tierra extranjera cayó sordamente sobre su ataúd de madera, con algunos copos de nieve.

Y de nuevo al día siguiente Enriqueta dijo:

—«Pobre muchacho» ha muerto.

Lloraba mucho, la muerte de este la causaba mucho pesar.

—¡Si le hubiera usted oído en su delirio! Me llamaba: ¡Mamá, mamá! y me tendía los brazos tan tiernamente, que tuve que cogerle y sentarle sobre mis rodillas... Pobrecillo, el dolor le había hecho adelgazar tanto, que pesaba menos que un niño... Y le he mecido para que muriese contento, ¡sí! le he mecido yo, a quien él llamaba mamá y que no tengo más que unos cuantos años más que él. Lloraba, no podía menos de llorar también, y lloro aún...

Estaba sofocada, tuvo que dejar de hablar un rato.

Cuando murió, murmuró estas palabras: ¡Pobre muchacho, pobre muchacho!... ¡Y qué verdad es! Todos esos pobres muchachos, tan jóvenes, que esta guerra atroz deja inútiles primero y mata después.

Enriqueta volvía ahora todos los días trastornada con los dolores ajenos y por aquellas agonías. Hablando de esto, se pasaban las horas tristes en aquel cuarto tranquilo. Horas muy tranquilas, porque la amistad había echado raíces en sus corazones, que habían aprendido a conocerse. Juan, de espíritu reflexivo, se había realzado con aquella intimidad continua; y ella, viéndole tan razonable, no se acordaba de que era un ser humilde, que había labrado la tierra antes de coger el fusil. Se arreglaban muy bien, hacían un matrimonio como decía Silvina.

Ella continuaba cuidándole la pierna sin que nunca tuvieran que dejar de mirarse. Vestida de negro, con su traje de viuda, parecía que no era ya mujer.

Juan, en las largas tardes, cuando se encontraba solo, pensaba mucho en ella. Sentía un agradecimiento infinito, un gran respeto, que le hubiera hecho alejar en seguida cualquier pensamiento amoroso. Y, sin embargo, se decía, que si hubiese tenido una mujer así, tan tierna, tan cariñosa, tan activa, la vida hubiera sido un verdadero paraíso.

Su desgracia, los malos años que había pasado en Rognes, el desastre de su matrimonio, la muerte violenta de su mujer, todo aquel pasado volvía a entristecerle y surgía una vaga esperanza, a penas formulada, de probar aún la felicidad. Cerraba los ojos, se adormecía, y entonces se veía confusamente en Remilly, casado de nuevo,

propietario de un campo que daba bastante producto para mantener a un matrimonio sin ambición. Era eso tan vago, tan ligero, que no podía ser, y no sería nunca. No se creía capaz de abrigar otro sentimiento que no fuera de amistad y no quería así a Enriqueta, más que porque era hermana de Mauricio. Después, ese sueño indeterminado de matrimonio, había acabado por ser un consuelo, una de esas ilusiones que se acarician en las horas tristes, aunque se sabe que son irrealizables.

Enriqueta, nada sospechaba, nada sentía. Al día siguiente del drama atroz de Bazeilles, su corazón había quedado destrozado, y si recibía algún con suelo era a pesar suyo, un cariño que se filtraba silenciosamente, que servía de bálsamo a su corazón; ese cariño recorría su camino como el grano que germina sin que se revele el trabajo escondido a las miradas. Ignoraba hasta el placer que había acabada por sentir, quedándose horas y horas cerca de Juan, leyéndole los periódicos, que solo les llevaban noticias tristes. Nunca su mano al encontrar la suya, había sentido temblor, nunca la idea del mañana la había dejado pensativa, con el deseo de ser amada y, sin embargo, no olvidaba sus penas, no se consolaba más que en aquel cuarto. Cuando se encontraba allí, ocupada, su corazón se calmaba, le parecía que su hermana iba a regresar y que todo quedaría bien arreglado, que todos serían felices, no separándose más. Y hablaba de ello sin escrúpulo alguno, tan natural la parecía todo, sin que se le ocurriese interrogarse más, tan casto era su corazón.

Pero una tarde, al marcharse a la ambulancia, se quedó aterrada al ver en la cocina a un capitán y dos oficiales prusianos, y entonces comprendió el gran afecto que Juan la inspiraba. Aquellos hombres debían haber averiguado que se encontraba un herido en la casa e iban a reclamarlo. Era el cautiverio en Alemania, en alguna plaza fuerte. Escuchó temblorosa, latiéndole con violencia el corazón.

El capitán, un hombre que hablaba muy bien el francés, regañaba con violencia al señor Fouchard.

—¡Esto no puede durar así, se está usted burlando de nosotros!... ¡He venido yo mismo para prevenirle que si se reproduce, la responsabilidad es para usted, y sabré tomar mis medidas!

Muy tranquilo, el viejo hacía como que no sabía de lo que se trataba.

—Pero ¿qué dice usted, caballero?

—No se haga usted el tonto, demasiado sabe usted que las tres vacas que vendió usted el domingo estaban podridas... Completamente podridas, enfermas, porque han envenenado a mis soldados, y a estas horas deben babor muerto dos.

El señor Fouchard hizo como que se indignaba.

—¡Mis vacas podridas!, ¡una carne tan buena, una carne que puede darse a una recién parida, para que tome fuerzas!

Empezó a darse golpes de pecho, diciendo que era un hombre honrado, que prefería cortarse una mano a vender carne mala. Le conocían en el país, donde llevaba vendiendo carne treinta años y nadie se quejaba ni del peso ni de la calidad.

—Estaban muy sanas, y si los soldados han tenido cólicos, es tal vez porque han

comido demasiado, o porque alguien habrá echado alguna droga en la comida...

Atolondraba al capitán con palabras, con hipótesis tan estupendas, que este, encolerizado, le hizo callar.

—¡No hable usted más! ¡Ya está usted prevenido!... Además, sospechamos que en este pueblo acogen ustedes a los voluntarios de los bosques de Dieulet, que nos han matado un centinela anteayer... ¡Tengan ustedes mucho cuidado!

Cuando se marcharon los prusianos, el señor Fouchard añadió con tono desdeñoso:

—¡Carne podrida! Pues ya lo creo que les doy, como que no les doy otra cosa. Todos los animales que le llevaban los aldeanos, que morían de enfermedad, y lo que él recogía en las zanjas, era demasiado bueno para esos canallas.

Guiñó el ojo, y añadió volviéndose hacia Enriqueta:

—¡Oye muchacha, cuando me acuerdo que andan diciendo por ahí que no soy buen patriota!... Esos que hablan, que hagan como yo, que les den carne y cobren los cuartos... ¡Que no soy patriota! ¡Pero, demonio, si he matado más alemanes con mis vacas enfermas, que ellos con sus fusiles!

Cuando Juan supo lo que pasaba, empezó a estar intranquilo. Si las autoridades alemanas sospechaban que los vecinos de Remilly albergaban a los voluntarios de los bosques de Dieulet, podían registrar las casas de un momento a otro, y descubrirle. Y la idea de que podía comprometer a sus amigos y causar algún disgusto a Enriqueta, le molestaba mucho. Ella le suplicó, le obligó a que se quedara unos días más, porque la herida se cicatrizaba lentamente y no tenía aún fuerzas bastantes para entrar en algunos de los regimientos del Norte o del Loire.

Y fueron entonces, hasta mediados de diciembre, los días más tristes. El frío era tan intenso que la estufa no calentaba la habitación. Cuando miraban por la ventana la campiña cubierta de nieve, se acordaban de Mauricio, encerrado allá en aquel París helado, y de quien no recibían noticias. Siempre volvían las mismas preguntas: ¿qué hacía, por qué no daba señales de vida? No se atrevían a comunicarse sus temores de que estuviese enfermo, herido, muerto acaso. Las pocas noticias que les llegaban por los periódicos, no los tranquilizaban mucho. Después de unas cuantas salidas felices, desmentidas siempre, había circulado la noticia de que el general Ducrot había ganado una gran batalla el 2 de diciembre en Champigny, pero supieron después que se había visto obligado a abandonar sus posiciones y a pasar el Marne. A cada hora se estrechaba el cerco de París, el hambre empezaba a hacer estragos en la capital, se habían embargado las patatas, después de haber recogido todo el ganado, se negaba el gas a los particulares, y después las calles se quedaron a oscuras. Y los dos no se calentaban, no comían sin que la imagen de Mauricio y de aquellos dos millones de seres encerrados en aquella tumba gigantesca, se presentase a su imaginación.

De todas partes, del Norte como del centro, las noticias eran malas, la situación se agravaba. En el Norte, el 22 cuerpo de ejército, formado por guardias móviles, por compañías de depósito, por soldados y oficiales escapados de Sedan y de Metz,

habían tenido que abandonar Amiens, para retirarse sobre Arras; y a su vez, Rouen había caído en poder de los enemigos, sin que aquel puñado de hombres, desbandados, desmoralizados, lo hubiesen defendido seriamente. En el centro, la victoria de Coulmiers, ganada el 3 de noviembre por el ejército del Loire, había hecho concebir algunas esperanzas. Orleans había vuelto a poder de los franceses, los bávaros huyendo, la marcha sobre Etampes, el levantamiento del sitio de París, muy próximo. Pero el 5 de diciembre el príncipe Federico Carlos ocupaba de nuevo Orleans, cortaba en dos el ejército del Loire del que tres cuerpos se replegaron sobre Vierzon y Bourges, mientras que los otros dos, a las órdenes del general Chanzy, retrocedían hasta el Mans en una retirada heroica; toda una se mana de marchas, contramarchas y de combates. Los prusianos estaban en todas partes, en Dijon como en Dieppe, en el Mans como en Vierzon. Además, cada día llegaba la noticia de la capitulación de una plaza fuerte. El 28 de septiembre había sucumbido Strasburgo, después de cuarenta y seis días de sitio y treinta y siete de bombardeo, con los muros destrozados, los monumentos acribillados por cerca de doscientos mil proyectiles. La ciudadela de Laon había volado, Toul se había rendido; y después asombraba el sombrío desfile: Soissons, con sus ciento veintiocho cañones, Verdun que tenía ciento treinta y seis, Neufbrisac, cien, La Fere setenta, Montmedy sesenta y cinco, Thionville estaba ardiendo, Shalsbourg no abría sus puertas hasta después de doce semanas de furiosa resistencia. Parecía que Francia entera se hundía y ardía en medio del rabioso cañoneo.

Una mañana en que Juan quiso marcharse, Enriqueta le cogió las dos manos y le detuvo, desesperada:

—¡No, no, no me deje usted sola, se lo suplico...! Está usted demasiado débil, aguarde usted unos días, unos días nada más... Le prometo a usted dejarle ir cuando el doctor me diga que está usted bastante fuerte.

V

En aquella fría noche de diciembre, Silvina y Próspero se encontraban solos, con Charlot, en la gran cocina de la casa; ella cosiendo, él haciéndose un látigo. Eran las siete, habían cenado a las seis sin aguardar al señor Fouchard, que debía haberse retrasado en Raucour, donde faltaba la carne; y Enriqueta, que tenía que velar aquella noche en la ambulancia, había salido, recomendando a Silvina no se acostara sin echar carbón en la estufa de Juan.

Fuera, el cielo era muy negro sobre la blanca nieve. No se oía ningún rumor, solo se oía en la cocina el ruido que producía el cuchillo de Próspero, que hacía una fina labor en el mango del látigo. A ratos se paraba y miraba a Charlot, cuya gruesa cabeza rubia vacilaba, efecto del sueño. El niño acabó por dormirse y pareció que aumentaba el silencio. Suavemente la madre separó la vela para que el pequeñuelo no recibiera la luz en los párpados, y después, cosiendo siempre, empezó su imaginación a volar por el mundo de los recuerdos.

Y fue entonces, cuando después de unos momentos de duda, Próspero se decidió a hablar.

—Oiga usted, tengo que decirle algo... He aguardado a que estuviéramos solos... Silvina alzó los ojos intranquila.

—He aquí la cosa... Dispénseme si la causo algún pesar, pero vale más que esté usted prevenida... He visto esta mañana en Remilly, en la esquina de la iglesia a Goliath, como la veo a usted ahora, sin equivocarme.

Se puso pálida, las manos temblorosas, no pudiendo murmurar más que una queja sorda.

—¡Dios mío, Dios mío!

Próspero continuó, con frases prudentes, contó lo que había averiguado durante el día. Nadie dudaba ya en el pueblo de que Goliath era un espía, que se había establecido en el país para conocer los caminos, los recursos, todo lo que pudiera interesar a Alemania. Recordaban su estancia en casa del señor Fouchard y el modo repentino con que había salido de allí, los sitios donde había ido hacia Beaumont y Raucourt. Y ahora estaba ahí, ocupando en la comandancia a Sedan, una situación indeterminada, recorriendo de nuevo los pueblos para denunciar unos y vigilar otros. Aquella mañana había aterrorizado a los habitantes de Remilly con motivo de una entrega de harina incompleta.

—Está usted prevenida, dijo Próspero; ahora sabrá usted lo que tiene que hacer cuando venga por aquí...

Le interrumpió con un gesto de terror.

—¿Cree usted que vendrá?

—Me parece que sí... No tendría que ser muy curioso puesto que no ha visto el

chico, a pesar de que sabe que vive... Y además está usted aquí, y no es usted muy fea y tendrá ganas de verla.

Pero ella le suplicó que se callara. Despertado por el ruido, Charlot levantó la cabeza, los ojos extraviados como al salir de un sueño, recordó la injuria que le había contado un guasón del pueblo y declaró gravemente con su aire de hombrecillo de tres años:

—¡Cochinos, los prusianos!

Su madre le cogió en brazos, le sentó sobre sus rodillas. ¡Ah! aquel pobre ser, su alegría y su desesperación, a quien quería con toda su alma y a quien no podía mirar sin llorar, ese hijo de sus entrañas a quien los chicuelos de su edad llamaban el prusiano. Le besó como para hacerle entrar las palabras en la boca.

—¿Quién te ha enseñado esas palabras tan feas? No se pueden decir, está prohibido.

Entonces, testarudo como un niño, ahogando la risa, repitió:

—¡Cochinos, los prusianos!

Después, viendo llorar a su madre, se echó a llorar también colgado de su cuello. ¡Dios mío!, ¿qué nueva desgracia la amenazaba? No era bastante haber perdido a Honorato, la única esperanza de su vida, con el deseo de olvidar y de ser feliz. Era preciso que el otro resucitase para acabar su desgracia.

—Vamos, añadió, ve a dormir, querido. Te quiero mucho y eso que no sabes cuánto me haces sufrir.

Y le dejó solo con Próspero, quien para no molestarla había vuelto a trabajar con mucho cuidado en su látigo.

Pero antes de llevar a la cama a Charlot tenía por costumbre enseñárselo a Juan de quien era buen amigo. Aquella noche, al entrar en el cuarto con la luz en la mano, vio al herido sentado en la cama con los ojos muy abiertos. ¿No dormía? No, Juan estaba soñando despierto durante aquella noche de invierno: Y mientras Silvina arreglaba la estufa, jugó con Charlot, que se revolcaba en la cama como un gatito. Conocía la triste historia de Silvina y le inspiraba mucha compasión, llevando el luto del único hombre a quien había querido, sin más consuelo que aquel niño cuyo nacimiento había sido la causa de todos sus tormentos. Cuando terminó de arreglar la estufa y fue a coger al niño, notó que había llorado. ¿Qué era aquello? Pero no quiso contestarle, más tarde se lo diría, si era preciso. La vida era para ella una continua serie de disgustos.

Silvina se llevaba a Charlot cuando se oyó ruido de pasos en el patio de la casería.

—¿Qué es eso? —dijo Juan—; no es el señor Fouchard, no he oído el ruido del coche.

Luego añadió:

—Deben ser los voluntarios de los bosques de Dieulet, que vienen a buscar provisiones.

—¡Pronto! —murmuró Silvina yéndose, dejándole de nuevo a oscuras—; tengo

que darles panes.

En efecto, en la puerta de la cocina sonaban puñetazos y Próspero, viéndose solo, dudaba, parlamentaba. Cuando el amo no estaba en casa temía abrir las puertas por miedo de que se hicieran destrozos. Pero tuvo la suerte de oír llegar en aquel momento el carricoche del señor Fouchard y este fue quien recibió a los tres hombres.

—¿Sois vosotros?, ¿qué me traéis en esa carretilla?

Sambuc, delgaducho, enterrado en su blusa de lana azul, demasiado ancha, no le oyó, exasperado como estaba contra Próspero, su honrado hermano, que hasta entonces no quiso abrir la puerta.

—¡Oye, tú!, ¿nos tomas por mendigos para dejarnos fuera, con la nieve que hay?

Pero mientras que Próspero muy tranquilo, sin contestar, hacia entrar el caballo y el carruaje, el señor Fouchard intervino de nuevo, inclinándose sobre la carretilla.

—Me traéis dos carneros reventados. ¡Tenéis suerte, porque sino helara, olerían bien!

Cabasse y Ducat, los dos ayudantes que acompañaban a Sambuc, replicaron.

—¡No tienen más de tres días! —dijo el primero—. Son unos animales que han muerto en la casería de Baffins, donde hay alguna epidemia.

—*Procumbit hunie bos* —declamó el otro, el procurador, que gustaba hablar un poco en latín.

El señor Fouchard seguía despreciando la mercancía, que encontraba muy pasada. Entró luego en la cocina con los tres, añadiendo:

—Tendrán que contentarse con esto... Y como en Raucourt no queda ni una chuleta, cuando se tiene hambre se come de todo. ¿No es verdad, muchachos?

Y contento, llamó a Silvina que venía de acostar a Charlot.

—Tráenos unas copas, vamos a echar un trago para que reviente Bismarck.

El señor Fouchard sostenía así buenas relaciones con los voluntarios de los bosques de Dieulet, que hacía tres meses salían de entre los árboles al anochecer, rondaban por los caminos, asesinaban y robaban a los prusianos y ponían a contribución las caserías cuando les faltaba caza. Eran el terror de las aldeas, tanto más que cuando atacaban un convoy o mataban a un centinela, las autoridades alemanas se vengaban en los pueblos cercanos, multando a los vecinos, llevándose prisioneros a los alcaldes y quemando las casas. Y si los aldeanos, a pesar de las ganas que tenían, no entregaban a Sambuc y su cuadrilla, era por temor de recibir algún balazo si no los cogían.

Fouchard había tenido la buena idea de comerciar con ellos. Como recorrían todo el país, eran sus abastecedores de animales muertos. No moría una vaca ni un carnero en tres leguas a la redonda, sin que ellos fuesen allí y se lo trajesen.

Les pagaba en provisiones, en pan sobre todo, hornadas de pan que Silvina hacía cocer. Aunque no los estimaba mucho; tenía cierta admiración por esos muchachos que hacían sus negocios burlándose del mundo entero; y aunque se enriquecía comerciando con los prusianos, cada vez que averiguaba que habían matado a uno

pasaba un buen rato.

—¡A vuestra salud! —dijo, chocando su vaso con los suyos.

Después limpiándose la boca con el revés de la mano, añadió:

—Oigan, ya saben ustedes lo que han hecho, a cuenta de los dos hulanos que han encontrado sin cabezas cerca de Viliéconrt... el pueblo está ardiendo desde ayer; es una sentencia, como ellos dicen, en castigo porque os han recibido... Hay que obrar con prudencia, no vengáis por aquí en uros días, os llevarán el pan allí.

Sambuc se incomodó; ¡ah, sí!, ¡los prusianos podían correr! Dio un puñetazo sobre la mesa.

—No es cosa de desperdiciar un par de hulanos, pero al que quisiera coger de frente, es al otro, al espía, ese que ha servido aquí...

—Goliath, dijo Fouchard.

Silvina que había vuelto a la costura, escuchó.

—Eso es, Goliath. ¡Vaya un bandido! Conoce los bosques de Dieulet y es capaz de hacernos coger; ayer decía en la Cruz de Malta, que antes de ocho días nos ajustaría las cuentas.

Vaya un canalla. Debe de ser él quien guio a los bávaros, la víspera de Beaumont.

—Está juzgado y condenado... di sabe usted algún día por donde ha de pasar, avíseme y su cabeza irá a hacer compañía a la de los hulanos.

Silvina oía con atención.

—Esas son cosas de las que no se debe hablar, dijo prudentemente el señor Fouchard. ¡A vuestra salud y buenas noches!

Apuraron la segunda botella. Próspero volvió de la cuadra, ayudó a cargar los panes sobre la carretilla, pero nada contestó cuando los otros, al marcharse le dieron las buenas noches.

Al día siguiente después del almuerzo, cuando el padre Fouchard, se hallaba solo, vio entrar a Goliath, grande, gordo, la cara colorada, con su tranquila sonrisa. Si se sorprendió al verle, no lo dejó notar. Guiñaba los ojos mientras que el otro se adelantaba, y le daba la mano.

—Buenos días, señor Fouchard.

Entonces fue cuando le reconoció.

—¡Calla! eres tú, muchacho... ¡Cómo has engordado!

Y le miraba, estaba vestido con una especie de capote, de paño azul, y tenía una gorra del mismo parlo.

—Pues si, soy yo, señor Fouchard. No he querido pasar por aquí, sin venir a saludarle.

El viejo estaba intranquilo. ¿Qué iba hacer allí? ¿Sabía acaso lo de la visita de los voluntarios? Había que vivir prevenidos. Pero como se presentaba muy cortés, lo mejor era pagarle en la misma moneda.

—Pues bien, muchacho, puesto que te has acordado de nosotros, te voy a convidar.

Trajo una botella y dos copas. Todo el vino que se bebía le dolía mucho, pero no había más remedio que gastar algo si se querían hacer buenos negocios. Volvió a empezar la escena de la víspera, con los mismos gestos y las mismas palabras.

—A su salud, señor Fouchard.

—A la tuya, muchacho.

Después Goliath, complaciente siempre, empezó a mirar alrededor suyo, como hombre que vuelve a ver con gusto las cosas conocidas. No habló del presente ni del pasado. La conversación rodó sobre el frío intenso que hacía y que iba a paralizar los trabajos del campo; afortunadamente la nieve tenía algo de bueno, pues mataba los insectos. Apenas hizo alusión al odio, al desprecio que le habían manifestado en otras casas de Remilly. Cada cual es de su país, y le sirve a su manera. ¿No es verdad? Pero en Francia tenían ideas muy raras acerca de algunas cosas. Y el viejo le miraba y le escuchaba, muy conciliador, muy razonable, creyendo que no había ido allí con malas intenciones.

—¿Está usted solo hoy, señor Fouchard?

—No, Silvina está allá, dando de comer al ganado. ¿Quieres verla?

Goliath se echó a reír.

—Ya lo creo; le digo con franqueza que si he venido ha sido por ella.

El señor Fouchard, tranquilo ya, se levantó y empezó a llamar:

—¡Silvina, Silvina!... ¡Ven aquí que te buscan!

Y se fue, sin preocuparse más de Goliath, puesto que la muchacha estaba allí para proteger la casa.

Cuando entró, Silvina no se sorprendió al ver a Goliath, que se había quedado sentado y que la miraba sonriéndose. Le aguardaba, se paró después de pasar la puerta. Y Charlot, que la había alcanzado corriendo, se agarró a sus faldas, extrañándose de ver a aquel hombre a quien no conocía.

Hubo un silencio que duró algunos segundos.

—¿Es ese el chico? —acabó por preguntar Goliath cariñosamente.

—Sí —contestó Silvina con dureza.

Volvió a reinar silencio.

Goliath se había marchado cuando ella se encontraba en cinta de siete meses; sabía que tenía un hijo, pero le veía por primera vez, por lo cual deseaba dar explicaciones acerca de su conducta.

—Oye, Silvina, comprendo que me habrás guardado algún rencor y, sin embargo, no lo merecía... Si me he marchado y te he dejado sola, hubieras debido comprender que era porque tenía un amo a quien obedecer. Si me hubiesen enviado cien leguas más allá, lo mismo hubiese ido y, naturalmente, no podía hablar. Bastante pena me ha causado marcharme sin decirte nada. Hoy no te diré que tenía seguridad de volver, pero pensaba hacerlo y ya ves que estoy aquí...

Silvina volvió la cabeza, miraba la nieve por la ventana del patio, resuelta a no escuchar y él, a quien el silencio molestaba, interrumpió sus explicaciones para

decirla:

—¡Sabes que estás más guapa!

En efecto, estaba muy hermosa con su palidez, con sus grandes ojos que iluminaban su cara.

—¡Sé amable! Ya sabes que no te quiero mal... Si no te quisiera no hubiera vuelto... Puesto que me encuentro aquí, todo se arreglará ¿no es verdad?

Retrocedió bruscamente, mirándole de frente.

—¡Nunca!

—¿Por qué nunca? ¿No eres mi mujer? ¿Este hijo no es nuestro?

No dejó de mirarle, habló lentamente:

—Escuche usted, es mejor acabar en seguida... Ha conocido usted a Honorato, le quería, no he querido más que a él. Y ha muerto, me lo han matado ustedes. Nunca seré de usted.

Levantó la mano, hizo el juramento con tal acento rencoroso, que Goliath se quedó un momento sin saber qué decir.

—Sí, ya sé que Honorato fea muerto. Era un buen muchacho. Pero que quiere usted, otros han muerto también, son cosas de la guerra. Después creía que habiendo muerto no había más obstáculos; porque en fin Silvina, permítame usted que se lo recuerde, no la he atropellado, ha consentido usted...

Pero no acabó, la vio tan trastornada, las manos en la cara, dispuesta a destrozársela.

—Eso es precisamente lo que me vuelve loca, ¿por qué consentí, yo que no le quería a usted?... No puedo recordarlo estaba tan triste, tan enferma, con motivo de la marcha de Honorato, y tal vez sea por eso, porque me hablaba usted de él, y parecía quererle... ¡Dios mío; cuantas noches he pasado llorando acordándome de eso! Es horrible haber hecho una cosa sin querer y no poder explicarse después porque se ha hecho... Y me había perdonado, me dijo que si esos cochinos de prusianos no te mataban, se casaría conmigo, cuando volviese del servicio... ¿Y cree usted que voy a casarme con usted? ¡Nunca, nunca, nunca!

Esta vez Goliath se puso triste. La había conocido muy sumisa y comprendió que su resolución era definitiva. Aunque era buen muchacho, quería poseerla hasta por la fuerza, ahora que era el amo; y si no imponía su voluntad, era por una prudencia innata, por su instinto de paciencia y de astucia. Ese coloso era enemigo de los puñetazos. Así es que acudió a otro recurso para someterla.

—¡Bueno! puesto que no me quiere usted a mí, voy a coger al chico.

—¡Al chico!

Charlot se había quedado agarrado a las faldas de su madre, haciendo esfuerzos para no llorar, al oír aquella disputa. Y Goliath que había abandonado su silla, se acercó.

—¿No es verdad que eres hijo mío? ¡Eres un prusiano, vente conmigo!

Pero Silvina le cogió entre sus brazos y le apretaba contra su pecho.

—¡Él, prusiano! no, es francés, ha nacido en Francia.

—¿Un francés, este chico? mírele usted. ¡Es mi retrato! ¿Acaso se parece a usted?

Entonces fue cuando vio a aquel muchachón rubio con barba y pelo rizados, con ojos azules que brillaban extraordinariamente. Y era verdad, el pequeño tenía el mismo color sonrosado, toda la raza alemana. Ella misma se sentía otra, con su pelo negro que cala sobre sus espaldas.

—Le be concebido, es mío. Es un francés que no sabrá nunca alemán, un francés que irá algún día a mataros a todos.

Charlot empezó a llorar, agarrándose al cuello de su madre.

—¡Mamá, mamá, tengo miedo, llévame de aquí!

Goliath, que no quería dar un escándalo, retrocedió y volviendo a tutearla añadió con voz dura:

—Oye bien lo que voy a decirte, Silvina... Sé cuanto ocurre aquí. Recibís a los voluntarios de los bosques de Dieulet, ese Sambuc, que es hermano del mozo de labranza, un bandido a quien abastecéis de pan. Y sé que ese chico, ese Próspero, es un cazador de África, un desertor que nos pertenece; y sé además que tenéis aquí escondido un herido, otro soldado, al cual, con decir una palabra, se llevarían prisionero a Alemania... Ya ves que sé cuando pasa por aquí...

Silvina escuchaba, muda, aterrada, mientras que Charlot repetía a su oído:

—¡Mamá, mamá, llévame, tengo miedo!

—Pues bien, añadió Goliath, no soy malo, no me gustan las disputas, puedes creerlo, pero te aseguro que los haré detener a todos, al señor Fouchard y a los demás, si no me recibes en tu cuarto el lunes próximo... Y me llevaré al chico, le enviaré allá con mi madre, que le recibirá muy contenta, porque desde el momento en que no quieres ser mi mujer, me pertenece... Ya lo sabes; cuando no quede aquí nadie, vendré a buscarle y me lo llevaré. Soy el amo y hago lo que me da la gana... ¿Qué resuelves?

Ella no contestaba, apretaba el niño contra su pecho, como si hubiese temido que se lo arrancasen y sus ojos expresaban todo su espanto y su odio.

—Bueno, pues te concedo tres días para pensar lo que has de hacer... Dejarás la ventana de tu cuarto abierta, la que da sobre la huerta... Si el lunes, a las siete de la noche, no encuentro abierta la ventana, el martes todos seréis detenidos y volveré para coger el chicuelo... Hasta la vista Silvina.

Se marchó tranquilamente y ella se quedó en el mismo sitio, con la cabeza trastornada por ideas tan tremendas, que parecía atontada. Y durante todo el día sostuvo una lucha continua en su interior. Primero tuvo el pensamiento de encapar con su hijo a cualquiera parte; pero el temor de que al llegar la noche no sabría dónde acostarle y dónde darle de comer, la contuvo, sin tener en cuenta que los prusianos que guardaban los caminos, la detendrían y la devolverían a Goliath. Después tuvo intención de hablar a Juan, de prevenir a Próspero y al señor Fouchard, y de nuevo dudó, no tenía seguridad absoluta, para no temer que la sacrificaran para tranquilidad

de todos. No, no, nada diría del peligro que la amenazaba y procuraría librarse de él sola, puesto que era la única que lo había querido. No sabía qué partido tomar, su honradez se sublevaba y no se perdonaría nunca si por su causa sucedían desgracias a tantas personas, a Juan sobre todo, que tanto quería a Charlot.

Pasaron las horas, pasó el día siguiente sin que hubiese encontrado una solución. Trabajaba como de costumbre en sus quehaceres, barría la casa, cuidaba de las vacas, hacía la comida. Y encerrada en un silencio completo, un silencio horrible, solo seguía aumentando su odio contra Goliath. Era su pecado. Sin él, hubiera aguardado a Honorato y Honorato viviría y sería feliz. Recordaba el tono con que había dicho que era el amo. Y era verdad; ya no había jueces a quien dirigirse; la fuerza era la única razón. ¡Ah!, ¡si fuese la más fuerte y al venir él le cogía! Solo alentaba en ella el amor a su hijo. Aquel padre del azar no había entrado nunca en su corazón. No era su esposa y sentía hacia él una repulsión inmensa. Antes que entregarle Charlot le hubiera matado y ella se mataría después. Y ya se lo había dicho; aquel niño que le había dado como un regalo de odio, hubiera querido que fuese grande, capaz de defenderla y le veía más tarde llevando un fusil, agujereándoles la piel. ¡Ah, sí! ¡Un francés más, un francés más para matar prusianos!

No quedaba más que un día y tenía que decidirse. Desde el primer momento tuvo una idea que la trastornaba: avisar a los voluntarios, a Sambuc. Pero había tratado de rechazar esa idea; aquel hombre, después de todo, era el padre de su hijo y no podía hacerle asesinar. Después, el mismo pensamiento volvió a apoderarse de su espíritu y se imponía por la fuerza de las circunstancias. Si Goliath moría, Juan, Próspero y el señor Fouchard nada tenían que temer y ella se quedaría con Charlot, que nadie podría quitarla. Y subía del fondo de su corazón la necesidad de acabar, de borrar aquella paternidad suprimiendo al padre, era una alegría salvaje, sería madre y único dueño de su hijo. Durante el día aquel pensamiento la hostigaba, sin fuerzas para rechazarlo, llegando hasta preparar la emboscada, combinando los detalles. Era el único pensamiento que pudiera librarla de sus torturas, cuando empezó a obrar, a obedecer a aquella inspiración, a aquella fatalidad inevitable, como en un sueño.

El domingo, el señor Fouchard, intranquilo, había manifestado a los voluntarios que les llevarían el pan a las canteras de Boisville, a unos dos kilómetros y como Próspero no pudo ir, fue Silvina con la carretilla a llevárselo.

¿No era la casualidad quien decidía lo que había de ocurrir? Vio en aquello un decreto del destino, habló, dio cita a Sambuc para la noche siguiente muy tranquila, como si no hubiese podido evitarlo. Al día siguiente hubo señales de que las cosas y las gentes quería que se consumara el atentado. Primero, el señor Fouchard fue llamado a Raucourt, dejando prevenido que cenaran sin él, pues no regresaría hasta las ocho de la noche. Después, Enriqueta, que no tenía que velar en la ambulancia hasta el martes, recibió aviso de ir el lunes por la noche. Y como Juan no salía de su cuarto, no que daba más que Próspero, cuya intervención se podía temer, pues no era partidario de matar a un hombre entre varios y cuando vio llegar a su hermano con

los dos hombres, el disgusto que estos le inspiraron se aumentó con el odio que tenía a los prusianos. Prefirió acostarse para no ver ni oír.

Eran las siete menos cuarto y Charlot no quería dormirse. En cuanto cenaba se quedaba dormido sobre la mesa, pero aquella noche no tenía sueño.

—Vamos, duerme, decía Silvina echándole en la cama de Enriqueta, ¡ya ves que es una cama muy buena para dormir!

Pero el niño, precisamente en aquella cama tan buena no quería dormir, quería jugar, se reía.

—¡No, no, quédate conmigo, mamá, juega conmigo!

—Duerme, hijo mío, decía ella, sé bueno.

Y el niño acabó por dormirse, con la sonrisa en los labios. No le había desnudado, le tapó y se fue sin cerrar el cuarto con llave, pues tenía un sueño muy pesado.

Nunca se había visto Silvina tan tranquila. Se movía con una ligereza de movimientos maravillosa, obrando bajo el impulso de otro ser a quien no conocía. Había introducido a Sambuc, con Cabasse y Ducat, recomendándoles gran prudencia y los llevó a su cuarto, los colocó a derecha e izquierda de la ventana que quedó abierta a pesar del frío que hacía. Las tinieblas eran muy intensas, solo el reflejo de la nieve iluminaba un poco la estancia. De la campiña venía un silencio de muerte, pasaron minutos interminables. Al oír un ruido de pasos, Silvina se fue a la cocina, donde se quedó sentada, inmóvil, con los ojos fijos en la luz.

Goliath rondó alrededor de la casería antes de arriesgarse. Creía conocer a Silvina y solo había ido con su revólver. Pero un presentimiento le prevenía, abrió del todo la ventana, asomó la cabeza llamando en voz baja:

—¡Silvina, Silvina!

Puesto que estaba abierta la ventana era que había reflexionado y que consentía. Esto le alegró mucho aunque hubiese preferido verla allí. Sin duda el señor Fouchard le habría llamado. Alzó la voz un poco más.

—¡Silvina, Silvina!

Nadie contestaba. Saltó el poyo de la ventana, entró con intención de meterse en la cama para aguardar, pues hacía mucho frío.

De pronto hubo un ruido espantoso, voces, juramentos. Sambuc y sus dos acólitos se habían echado sobre él y a pesar de ser tres, no lograban sujetar al coloso, cuyas fuerzas duplicaba el peligro. Se oían crujir huesos en la oscuridad. El revólver se había caído. Una voz, la de Cabasse, pidió las cuerdas, mientras que Ducat pasaba estas a Sambuc. Llevaron a cabo la operación de atarle brutalmente, a puñetazos, a patadas. Primero le ataron las piernas, después los brazos, todo el cuerpo luego, con tal lujo de nudos, que parecía estar dentro de una red. Continuaba gritando y Ducat le decía que callara. Los gritos cesaron, porque Ducat le ató un pañuelo azul tapándole la boca. Se lo llevaron a la cocina, lo echaron sobre la mesa como un paquete al lado de la vela.

—¡Vaya con este cochino prusiano!, ¡pues no nos ha dado poco trabajo!... Oiga

usted, Silvina, traiga usted otra vela para que le veamos bien.

Silvina se levantó, no pronunció una palabra, encendió la vela y fue a colocarla al otro lado de la cabeza de Goliath, que apareció iluminada la cara como entre dos cirios y sus miradas se cruzaron en aquel momento; la suplicaba asustado, pero ella hizo como que no le entendía y fue apoyarse contra la alacena.

—Este bandido me ha comido medio dedo, dijo Cabasse, cuya mano estaba ensangrentada. ¡Tengo que romperle algo!

Se levantó armado con el revólver, pero Sambuc le desarmó.

—¡No, no hagamos tonterías!... Nosotros no somos bandidos, somos jueces... Oyes tú, prusiano infame, vamos a juzgarte y no tengas cuidado, respetamos el derecho de defensa... Tú no te defenderás, porque si te quitásemos el bozal nos aturdirías. Pero te daré un buen abogado.

Fue a buscar tres sillas, las colocó en fila formando lo que él llamaba el tribunal. Se sentó en el centro teniendo a derecha o izquierda a sus satélites. Los otros se sentaron también. Después el presidente se levantó, empezó a hablar con voz guasona que poco a poco fue haciéndose grave.

—Yo soy presidente y acusador fiscal a la vez. No es muy correcto, pero no somos aquí bastante gente... Te acuso de haber venido a Francia a espiarnos, pagando así con la más negra traición el pan que has comido en nuestras mesas. Porque tú eres la causa principal del desastre, tú eres el traidor que después del combate de Nouart has guiado a los bávaros hasta Beaumont, durante la noche, por los bosques de Dieulet. Era necesario que fuese un hombre que hubiese habitado mucho tiempo el país, para conocer todos los senderos; y nuestra convicción es completa, te han visto guiar la artillería por caminos imposibles donde han tenido que enganchar ocho caballos a cada cañón. Cuando se vuelven a ver esos caminos es cosa que parece imposible, la gente se pregunta cómo ha podido pasar por allí un cuerpo de ejército... Sin ti, sin tu crimen, si no te hubieses instalado en nuestra casa para vendernos, no se hubiera realizado la sorpresa de Beaumont y no hubiéramos ido a Sedan y acaso hubiéramos podido destrozarnos... Y no hablo del asqueroso oficio que continuas haciendo, de la osadía que has tenido al presentarte aquí, triunfando, denunciando y amedrentando a las pobres gentes... Eres el más infame de los canallas, pido para ti la pena de muerte.

Reinó silencio. Se había sentado y añadió por último:

—Nombre de oficio abogado defensor a Ducat... Ha sido escribano y hubiera podido llegar muy lejos, sin sus pasiones feas. Ya ves que somos amables, no te negamos nada.

Goliath, que no podía mover un dedo, volvió los ojos hacia su defensor improvisado. Solo sus ojos estaban vivos y suplicaban, bajo la lívida frente de la que la angustia hacer caer gotas de sudor a pesar del frío.

—Señores, dijo Ducat levantándose; mi cliente es en efecto el más infame de los canallas, y no aceptaría su defensa si no tuviese que hacer notar para excusarle, que

en su país todos son así... Mírenle ustedes, ya ven ustedes que esto le extraña mucho. No comprende su crimen. En Francia no tocamos nuestros espías más que con pinzas, mientras que allá el espionaje es una carrera muy honrosa, una manera muy meritoria de servir a su país... Me permitiré decir que acaso tengan razón. Nuestros nobles sentimientos nos honran, pero lo malo es que nos han hecho derrotar. Si puedo expresarme así, *quos vult perdere Jupiter dementat*... Vosotros apreciaréis, señores.

Y se sentó, mientras que Sambuc añadía:

—Y tú, Cabasse, ¿no tienes que decir nada en pro o en contra del procesado?

—Tengo que decir que estos son muchos cuentos para ajustarle las cuentas a ese canalla... He tenido que aguantar muchas cosas durante la vida; pero no me gusta que se tomen a broma las cosas de la justicia, eso trae la desgracia... ¡A muerte, a muerte!

Sambuc se puso en pie solemnemente.

—¿Esa es vuestra sentencia?... ¿A muerte?

—¡Sí, sí, a muerte!

Separaron las sillas, se acercó a Goliath diciéndole:

—No eres soldado, eres un espía. Vas a morir como lo que eres.

Las dos velas ardían, con la mecha alta, como si fueran cirios, a derecha e izquierda de Goliath, que temía el rostro descompuesto. Hacía tales esfuerzos para pedir perdón, que el pañuelo azul que le tapaba la boca estaba lleno de espuma; y era espantoso ver aquel hombre reducido al silencio, mudo como un cadáver, que iba a morir con aquella oleada de explicaciones y de ruegos en la garganta.

Cabasse preparaba el revólver.

—¿Hay que saltarle la tapa de los sesos? —preguntó.

—No, no —dijo Sambuc—, sería demasiado honor.

Y volviéndose hacia Goliath añadió:

—No eres soldado, no mereces morir de un balazo en la cabeza... ¡No, vas a morir como lo que eres, como un espía cochino!

Se volvió y pidió con mucha finura:

—Silvina, quisiera que me diese usted un cubo.

Durante la escena del juicio, Silvina no se había movido. Aguardaba rígida, sin darse cuenta, embriagada con el pensamiento fijo que la perseguía hacía dos días. Y cuando la pidieron el cubo, obedeció y desapareció para ir a buscarlo.

—Póngale usted ahí debajo, en el borde de la mesa.

Lo dejó allí y al levantarse, sus miradas se cruzaron con las de Goliath, y las de este miserable suplicaban por última vez el perdón. Pero en aquel momento nada quedaba de la mujer, nada más que el deseo de verle muerto para quedar libre. Retrocedió hasta la alacena y se quedó allí.

Sambuc abrió el cajón de la mesa y sacó un cuchillo de cocina.

—Puesto que eres un cochino, vas a morir como un cerdo.

Y no se dio prisa, discutió con Cabasse y Ducat, para que el degüello se hiciera decentemente. Hasta tuvieron una disputa, porque Cabasse decía que en su país, en

Provenza, se degollaban los cerdos colgados con la cabeza abajo, mientras que Ducat se incomodó, indignado, diciendo que aquel método era bárbaro e incómodo.

—Acercadle al borde de la mesa, encima del cubo, para que no caigan gotas de sangre.

Le acercaron y Sambuc empezó tranquilamente la operación. De una cuchillada abrió la garganta Goliath. En seguida empezó a chorrear la sangre en el cubo, cayendo como si fuera el caño de una fuente. Había hecho la hendidura con mucho cuidado y saltaron muy pocas gotas de sangre fuera. Si fue más lenta la muerte, no notaron las convulsiones porque estaba sólidamente atado; y el cuerpo se quedó inmóvil. No hubo sacudida. No pudieron seguir la agonía sobre aquella cara desfigurada por el espanto, de donde se retiraba la sangre gota a gota, descolorida la piel. Y los ojos se enturbiaron y se apagaron.

—Oiga usted, Silvina, hará falta una esponja.

No contestó, los brazos cruzados contra el pecho, inconsciente, clavada en el suelo y la garganta oprimida, como si la rodeara una argolla. Miraba el cadáver. Después notó que Charlot estaba allí, colgado a sus faldas. Debía haberse despertado y haber abierto las puertas y nadie le vio entrar. ¿Cuánto tiempo llevaba allí escondido detrás de su madre? Miraba con gran curiosidad caer la sangre, la fuente roja que llenaba poco a poco el cubo. Aquello le divertía tal vez. Primero no debió darse cuenta de lo que era.

Después el espectáculo al que asistía le horrorizó, lanzó un grito.

—¡Oh, mamá, mamá, tengo miedo, llévame!

Y Silvina recibió una sacudida cuya violencia la estremeció. Era demasiado; el horror de la escena que había presenciado, se llevó aquella fuerza, aquella exaltación que la sostenía desde dos días. Volvió a ser mujer, empezó a llorar, tuvo un gesto de loca, cogiendo a Charlot y apretándolo contra su corazón. Se escapó con él aterrada, sin poder oír, sin poder ver más, con el único deseo de irse, de anonadarse en cualquier parte.

En aquel instante, Juan se decidió a abrir la puerta suavemente. Aunque los ruidos que oía no le inquietaban mucho, acabó por sorprenderse de la idas y venidas y del ruido de voces que oía. Y en su cuarto fue donde cayó Silvina, llorando, sacudida por tal crisis, que no pudo entender apenas sus palabras. Por último comprendió, vio a su vez la emboscada, el degüello, la madre de pie, el pequeño en sus faldas, en frente del padre degollado cuya sangre chorreaba, y quedó anonadado de angustia. ¡Ah!, ¡la guerra, la atroz guerra!, ¡que cambiaba a todas aquellas gentes en animales feroces, que sembraba aquellos odios horribles, el hijo salpicado con la sangre del padre, perpetuando la querrela de las razas, creciendo más tarde, aborreciendo a toda la familia paterna, que tal vez iría a exterminar algún día! ¡Eran simientes asesinas para horribles cosechas!

Caída sobre una silla, cubriendo de besos a Charlot, que lloraba abrazado a Silvina, repetía siempre la misma frase de doloroso espanto.

—¡Ah! pobrecito, no dirán ahora que eres un prusiano... ¡Pobrecito, no dirán ahora que eres un prusiano!

En aquel momento llegó el señor Fouchard. Había tocado a la puerta como amo y se decidieron a abrirle. Y, en verdad, no recibió una sorpresa agradable, al encontrar aquel muerto sobre su mesa y el cubo lleno de sangre. Naturalmente se enfureció.

—¡Canallas!, ¿no podíais haber hecho en otra parte vuestra canalladas? ¿Habéis tomado mi casa por un estercolero?

Después, como Sambuc explicaba las razones que tenía para obrar de ese modo, el viejo, al que el miedo empezaba a hacer palidecer, se incomodó más:

—¿Y qué queréis que haga con el muerto? ¿Creéis que es cosa agradable matar a un hombre en mi casa y sin saber qué se va a hacer de él?... ¡Si entrase ahora una patrulla estaba arreglado! ¡A vosotros poco os importa! ¡Pero os aseguro que si no os lleváis el cadáver inmediatamente, tendréis que veros conmigo! Cogedle por los pies, por la cabeza, por donde queráis y que no quede aquí señal dentro de cinco minutos.

Sambuc obtuvo del señor Fouchard un saco, aunque a este le doliese darlo. Lo escogió de entre los más rotos, diciendo que de todos modos ora bastan te bueno para un prusiano. Pero Cabasse y Ducat tuvieron que pasar muchas fatigas para meterle dentro; el cuerpo era, muy gordo y muy largo y los pies quedaron fuera.

Después le cargaron sobre la carretilla.

—¡Le aseguro a usted —declaró Sambuc—, que vamos a echarle al Meuse!

—¡Pero tened, cuidado, atadle dos piedras grandes para que no flote!

Y en la noche negra, sobre la nieve pálida, desapareció el pequeño cortejo, sin hacer más ruido que el que producía la carretilla.

Sambuc juró que había echado a Goliath al río atado con dos piedras. Pero el cuerpo flotó, los prusianos le descubrieron a los tres días en Pont Maugis; y su furor no tuvo límites, cuando retiraron el cuerpo de aquel hombre degollado, como un cerdo. Debieron hablar demasiado los vecinos de Reimilly, porque fueron a apresar al alcalde y al señor Fouchard, como culpables de apoyar a los voluntarios a los que se acusaba de aquel asesinato. Y el señor Fouchard en aquella ocasión estuvo admirable, con su impasibilidad de viejo aldeano, conociendo la fuerza invencible del silencio y de la sangre fría. Se dejó llevar, sin hacer manifestación alguna de asombro, sin pedir explicaciones. Ya se vería lo que pasaba. En el pueblo se decía en voz baja, que había ganado una fortuna con los prusianos, y que había ido enterrando el dinero poco a poco, a medida que lo ganaba.

Cuando Enriqueta conoció todo lo ocurrido, volvió a estar intranquila. Juan, por temor de comprometer a los que le habían dado albergue, quería marcharse, aunque el doctor decía se encontraba demasiado débil y deseaba que aguardase quince días más, apenado también por la idea de una separación. Cuando fue detenido el señor Fouchard, pudo librarse escondiéndose en el pajar, pero podían cogerle de un momento a otro. Además, Enriqueta estaba muy preocupada con lo que pudiera ocurrirle a su tío. Se decidió ir a Sedan para ver a Delaherche, en cuya casa estaba

alojado un oficial muy influyente.

—Cuide usted bien al enfermo, Silvina —dijo al marcharse—; dele usted el caldo al mediodía y la medicina a las cuatro.

Silvina, entregada a sus ocupaciones habituales, había vuelto a ser la mujer de siempre, trabajadora y sumisa, dirigiendo los trabajos en ausencia del amo, mientras que Charlot brincaba y reía a su lado.

—No tenga usted cuidado, señora; no le faltará nada. Yo me encargo de cuidarle.

VI

En Sedan, en la calle Maqua, en casa de los Delaherche, había vuelto a normalizarse la vida, después de las terribles sacudidas de la batalla y de la capitulación, y pasaban los días, hacía cuatro meses, tristes, con la ocupación militar de los prusianos.

Un rincón de los vastos edificios de la fábrica permanecía cerrado, como inhabitado: era el cuarto que ocupaba el coronel de Vineuil. Mientras que las otras ventanas se abrían, dejando pasar el aire, el ruido, la vida, las de aquella habitación tenían las persianas constantemente cerradas muy herméticamente. El coronel se quejaba de la vista, pues la luz del día le hacía sufrir mucho, y no se sabía si mentía; día y noche tenía en su cuarto una lámpara. Durante dos largos meses permaneció en cama, aunque el módico Bouroche había diagnosticado que solo tenía una rozadura en la canilla; la herida no se cerraba, habían ocurrido muchas complicaciones. Ahora se levantaba, pero anonadado moralmente, sufriendo una enfermedad desconocida, y se pasaba los días echado sobre un canapé, delante de la chimenea. Adelgazaba, parecía una sombra, sin que el médico que le cuidaba pudiese encontrar ninguna lesión, ni averiguar la causa de aquella muerte lenta; se apagaba como una llama.

Y la señora Delaherche, la madre, se había encerrado con él desde el día siguiente al en que ocuparon la ciudad los prusianos. Debían haberse comprendido en pocas palabras, una vez para siempre, sobre el deseo de enclaustrarse entre aquellas cuatro paredes, mientras que los prusianos viviesen en la casa. Muchos habían pasado dos o tres noches; un capitán, el señor Gartlauben, vivía allí aún. Ni el coronel ni la señora habían vuelto a hablar de esas cosas. A pesar de sus setenta y ocho años, la señora Delaherche se levantaba al amanecer, e iba a instalarse enfrente de su amigo, en una butaca al otro lado de la chimenea y a la luz de la lámpara, se entretenía haciendo medias para los pobres, mientras que él, fijos los ojos en la lumbre, no hacía nunca nada, parecía vivir presa de un pensamiento, de un estupor que seguía aumentando. No hablaban veinte palabras al cabo del día; la había hecho callar, cuando ella que iba y venía por la casa, intentó darle algunas noticias de fuera, de manera que nada de la vida exterior penetraba allí y no sabía nada del sitio de París, de las derrotas del ejército del Loire, ni de los cotidianos sobresaltos que producía la invasión. Pero en aquella voluntaria tumba, aunque el coronel se negaba a dejar penetrar la luz del día, aunque se tapaba los oídos, todo el terrible desastre, todo el duelo llegaba hasta él, por las hendiduras, con el aire que respiraba: porque de día en día se moría como si fuese envenenando lentamente.

Durante ese tiempo, a la luz del día, Delaherche se agitaba, trataba de abrir su fábrica. No había podido poner en marcha más que algunos telares, en medio del trastorno que se había apoderado de los obreros y de los clientes. Para ocupar el tiempo se le ocurrió hacer un inventario de su fábrica y estudiar algunos

perfeccionamientos con los que soñaba hacía algún tiempo. Tenía para auxiliarle a un joven que fue a parar a su casa después de la batalla, el hijo de uno de sus clientes, Edmundo Lagarde, que había crecido en Passy, en la tienda de su padre, sargento en el 5.º de línea, de veintitrés años, aunque no representaba más de diez y ocho; había recibido un balazo en el brazo izquierdo, y Delaherche, desde que se habían llevado los heridos del cobertizo, lo tenía con él por compasión. De este modo Edmundo formaba parte de la familia, comiendo, durmiendo, viviendo allí, sirviendo de secretario al fabricante, mientras llegaba la hora de poder regresar a su casa. Gracias a la protección de este último y bajo promesa formal de no escaparse, los prusianos le dejaban en paz. Era rubio, con ojos azules, bonito como una mujer y tan tímido, que se ponía colorado por cualquier motivo. Su madre le había educado en un colegio, gastando con él los pocos beneficios que dejaba la tienda. Y echaba de menos a París, al que adoraba aquel querubín herido, que Gilberta había cuidado como a un compañero.

La casa tenía además otro huésped, el señor Gartlauben, capitán de la *landwehr*, cuyo regimiento había reemplazado en Sedan el ejército activo. A pesar de su grado modesto, era un personaje influyente, porque su tío era el gobernador general, instalado en Reims, que ejercía un poder absoluto sobre toda la región. Él también conocía París, le gustaba, conocía sus refinamientos y ocultaba su rudeza nativa bajo una corrección de hombre bien educado, siempre de uniforme, alto y grueso, se quitaba años y se desesperaba de tener cuarenta y cinco. Con más inteligencia hubiera podido ser terrible; pero su excesiva vanidad le dejaba siempre satisfecho, porque no le cabía en la cabeza que pudieran burlarse de él.

Más tarde fue para Delaherche un verdadero salvador. Pero en los primeros días de la capitulación ¡qué días tan horrorosos! Sedan invadido, poblado de soldados alemanes, temía el saqueo. Luego las tropas victoriosas refluyeron hacia el valle del Sena; solo quedó una guarnición y la ciudad quedó en la paz de una necrópolis: las casas siempre cerradas, las tiendas lo mismo, las calles desiertas al anochecer, recorridas por patrullas. No llegaban cartas ni periódicos. Era el calabozo amurallado, la brusca amputación, en la ignorancia y con la angustia de los nuevos desastres que presentían. Para colmo de desgracias, el hambre amenazaba hacer estragos. Una mañana se despertaron sin pan, sin carne, arruinado el país, como destrozado por nube de langosta, desde hacía ocho días que rodaba por él aquella oleada de cientos de miles de hombres. La ciudad no tenía víveres más que para dos días y había sido preciso pedirlos a Bélgica de donde procedía todo, a través la frontera abierta, de donde había desaparecido la aduana, arrastrada también por la catástrofe. Por último, eran las continuas vejaciones entre la comandancia militar prusiana instalada en la subprefectura y el municipio que estaba en sesión permanente en el Ayuntamiento. Este último, heroico en su resistencia administrativa, hacía inútiles esfuerzos, discutía, cedía poco a poco, pero el vecindario tenía que sucumbir bajo las crecientes exigencias y los frecuentes y caprichosos registros.

Primero Delaherche sufrió mucho con los soldados y los oficiales que tuvo que alojar. Todas las nacionalidades desfilaban por su casa con la pipa en la boca. Cada día caían de improviso sobre la ciudad, dos mil hombres, tres mil hombres, infantes y jinetes; y aunque solo tenían derecho a cama y lumbre, tenían que ir a menudo en busca de provisiones. Los cuartos donde dormían quedaban hechos basureros. A menudo los oficiales volvían borrachos y eran más insoportables que los soldados. Pero la disciplina los sujetaba tanto, que las denuncias de saqueo y de violencias eran escasas. En todo Sedan no se citaban más que dos mujeres violadas. Más tarde, cuando París se resistió, hicieron sentir su mano dura, desesperados de ver que se eternizaba la lucha, temiendo siempre un alzamiento en masa, esa guerra de escaramuzas que les hacían los voluntarios.

Delaherche acababa de albergar a un comandante de coraceros, que dormía con las botas puestas, el cual, al marcharse, había dejado basura hasta encima de chimenea, cuando, el 15 de septiembre el capitán Gartlauben se presentó en su casa, una noche en que diluviaba. El primer momento fue bastante duro. Hablaba fuerte, pedía el mejor cuarto y hacía sonar el sable en la escalera. Pero, al ver a Gilberta, se moderó, pasó muy tieso, saludando. Era muy adulado porque sabían que una tarjeta suya dirigida al coronel que mandaba en Sedan, bastaba para suavizar asperezas y poner en libertad a un preso. Su tío, el gobernador general, había lanzado un edicto, decretando el estado de guerra y castigando con pena de muerte a toda persona que sirviese al enemigo como espía, extraviando las tropas alemanas que debían guiar, o destruyendo puentes, cañones, líneas telegráficas y vías férreas. El enemigo eran los franceses; el corazón de los vecinos de Sedan saltaba dentro del pecho leyendo aquel cartel blanco, pegado a la puerta de la Comandancia militar, que convertía en crímenes sus angustias y sus ardientes deseos. ¡Era ya bastante duro llegar a saber las nuevas victorias del ejército alemán, por los hurras de la guarnición! Cada día traía su duelo: los soldados encendían grandes hogueras, cantaban, se emborrachaban durante toda la noche, mientras que los vecinos, obligados a meterse en casa a las nueve de la noche, los oían desde sus casas, tristes, poseídos de incertidumbre, adivinando una nueva desgracia. En una de esas circunstancias, a mediados de octubre, el señor de Gartlauben, dio por primera vez prueba de delicadeza. Desde por la mañana Sedan volvía a tener esperanza; circulaba el rumor de que el ejército del Loire había obtenido una gran victoria y se dirigía a París. ¡Pero se habían cambiado tantas veces en malas las buenas noticias! Y por la noche se supo en efecto que los bávaros se habían apoderado de Orleans. En la calle Maqua en una casa que daba frente a la fábrica, alborotaron tanto unos soldados, que Gilberta se emocionó mucho, y al notarlo el capitán prusiano, bajó a la calle para hacerlos callar.

El mes pasó y el señor Gartlauben prestó aún algunos servicios. Las autoridades prusianas habían reorganizado los servicios administrativos, habían instalado un subprefecto alemán en Sedan, lo que no impedía continuaran las vejaciones, aunque este se mostrase relativamente razonable. Entre las continuas dificultades que

renacían entre la comandancia militar y el municipio, una de las más frecuentes era el embargo de coches y carruajes y se produjo un conflicto un día que Delaherche no pudo enviar su coche a la subprefectura: fue detenido el alcalde y él mismo hubiera ido a hacerle compañía a la ciudadela, sin la intervención del capitán, que logró aplacar las iras del jefe militar de Sedan. Otro día por su intervención logró concediera un plazo a la ciudad para pagar una multa de treinta mil francos que le había sido impuesta por no haber terminado la reconstrucción del puente de la Villette, un puente que los prusianos habían destruido. Pero, especialmente después de la capitulación de Metz, fue cuando Delaherche tuvo que agradecer la influencia de su huésped. La noticia cayó en Sedan como un rayo, era la destrucción de sus últimas esperanzas; y a 3a semana siguiente empezaron a pasar las tropas, torrentes de hombres que bajaban de Metz, el ejército del príncipe Federico Carlos que se dirigía hacia el Loire, el del general Manteuffel que se dirigía a Amiens y Rouen, otros cuerpos de ejército que iban a reforzar a los sitiadores alrededor de París. Durante varios días las casas se llenaron de soldados, las panaderías y carnicerías fueron saqueadas, no quedó ni una migaja, y las calles volvieron a oler a estiércol como después del paso de los grandes rebaños. La fábrica de la calle de Maqua se vio libre de aquel desbordamiento; preservada por una mano amiga, solo albergó a algunos jefes de alta categoría, personas bien educadas.

Delaherche acabó por abandonar su actitud fría. Las familias acomodadas se encerraban en sus habitaciones, evitando el trato con los oficiales que hospedaban. Pero a Delaherche, con la necesidad que sentía de hablar, de moverse, de agrandar, no le gustaba representar aquel papel de vencido intratable. Su casa, donde cada cual vivía aparte, odiándose, le mortificaba. Así es que un día empezó a hablar en la escalera con el capitán, dándole las gracias. Y poco a poco los dos hombres hablaban cuando se encontraban; de modo que una noche el capitán prusiano se encontró sentado en el despacho del fabricante, fumando un cigarro al amor de la lumbre, charlando sobre las últimas noticias. Durante los primeros quince días, Gilberta no se presentó, y el capitán hacía como que ignoraba su existencia, aunque al menor ruido volvía la cabeza. Parecía querer hacer olvidar su situación de vencedor, se presentaba muy correcto y amable y se burlaba de algunos registros que hacían las tropas alemanas. Así, un día que embargaron un ataúd, se rio mucho. En cuanto al carbón, aceite, leche, azúcar, manteca, pan, carne, sin contar las ropas, las estufas y las lámparas, en fin, todo lo que se come, todo lo que sirve para la vida.

—¿Qué quiere usted? —decía—; convengo que se pide demasiado, pero son cosas de la guerra. Y hay que vivir en país conquistado.

Delaherche, a quien molestaban mucho aquellas peticiones de víveres y utensilios, las examinaba detenidamente. Pero no tuvieron más que una discusión un poco fuerte, con motivo de la contribución de un millón de francos que el prefecto prusiano de Rethel había impuesto al departamento de los Ardennes, con el pretexto de compensar las pérdidas que los buques de guerra franceses causaban y para

indemnizar a los al emanes expulsados. En el reparto correspondieron cuarenta y dos mil francos a Sedan. Se esforzó en hacer comprender a su huésped que aquello era inicuo, que la situación de Sedan era excepcional, que había sufrido demasiado. Los dos salían más amigos, él satisfecho de la oleada de sus palabras y el prusiano contento de haber dado pruebas de su buena educación.

Una noche, impensadamente, entró Gilberta, haciendo como que se sorprendía al verle. El señor Gartlauben se había levantado y tuvo la galantería de retirarse. Pero al día siguiente encontró a Gilberta sentada y entonces ocupó su puesto al lado de la chimenea. Entonces empezaron las veladas agradables, al lado de la lumbre. Más tarde, cuando Gilberta consintió en tocar el piano, iba al salón dejando la puerta abierta para que oyera el huésped. En aquel crudo invierno, los árboles de los Ardennes ardían a grandes llamaradas en el fondo de la alta chimenea. A las diez tomaban el té y pasaban el rato charlando como buenos amigos. Y el señor Gartlauben, se había enamorado de aquella mujer tan alegre, que coqueteaba con él, como otras veces en Charleville con los amigos del capitán Beaudoin.

Él se cuidaba más, se mostraba muy galante, contentándose con el menor favor, atormentado por el único deseo de que no le confundieran con un soldadote grosero, que violentaba mujeres.

Y la vida se hizo así menos pesada en el caserón de Delaherche.

Mientras que en las comidas Edmundo, con su linda carita de querubín herido, contestaba con monosílabos a la charla de Delaherche, poniéndose colorado en cuanto Gilberta le pedía la sal, ¡por las noches, mientras que el señor Gartlauben escuchaba atentamente una sonata de Mozart que Gilberta tocaba al piano, el cuarto de al lado donde vivían el coronel y la señora Delaherche permanecía silencioso, las persianas cerradas, la lámpara siempre encendida, como una tumba alumbrada por un cirio! Diciembre había envuelto la ciudad con un manto de nieve, las malas noticias se ahogaban con el frío intenso. Después de la derrota del general Ducrot en Champigny, después de la pérdida de Orleans, no quedaba más que una sombría esperanza, la de que la tierra francesa se hiciese la vengadora, devorando a los vencedores. ¡Que la nieve siguiera cayendo en espesos copos, que el suelo se abriese bajo la capa de hielo, para que Alemania entera encontrase allí su tumba! Y una nueva angustia ahogaba a la señora Delaherche. Una noche en que su hijo se hallaba ausente de Bélgica, para sus negocios, había oído al pasar delante del cuarto de Gilberta ruido de besos, mezclado con risas. Sobrecogida, entró en su cuarto, espantada por aquel sacrilegio que sospechaba: no podía ser más que el prusiano que se encontraba allí, y creía haber notado ya algunas miradas de inteligencia entre ellos. ¡Ah!, ¡aquella mujer a quien su hijo había llevado a su casa a pesar suyo, a quien había perdonado una vez, no denunciándola después de la muerte del capitán Beaudoin! ¡Y volvía a empezar y esta vez era mayor la infamia! ¿Qué iba a hacer? Una monstruosidad tan enorme no podía tolerarse. La tristeza de la reclusión en que vivía se aumentó; pasaba los días enteros luchando. Los días en que volvía al lado del

coronel, más triste, llorando, muda durante muchas horas, este la miraba y se imaginaba que Francia había sufrido una nueva derrota.

Fue en aquellos días en que se presentó Enriqueta una mañana en la calle Maqua, para que los Delaherche interpusieran su influencia en favor del tío Fouchard. Había oído hablar de la influencia que Gilberta tenía sobre el señor Gartlauben y al encontrarse con la señora Delaherche, a quien encontró primero en la escalera subiendo a casa del coronel, creyó deber explicarle el objeto de la visita.

—¡Ah!, ¡señora, qué buena sería usted si quisiera intervenir en favor de mi tío! Tratan de llevárselo a Alemania.

La anciana señora, que la quería mucho, tuvo sin embargo un gesto de cólera.

—Pero, pobre hija mía, yo no tengo ninguna influencia... No se dirija usted a mí.

Después, a pesar de lo emocionada que la veía, añadió:

—Llega usted en mala ocasión, mi hijo se marcha esta noche a Bruselas... Además, se encuentra como yo, sin influencia... Diríjase usted a mi nuera, esa lo puede todo.

Y dejó a Enriqueta, trastornada, convencida de que caía en medio de un drama de familia. Desde la víspera la señora Delaherche estaba decidida a revelárselo todo a su hijo antes de que este saliera para Bélgica, donde iba a contratar una partida de hulla con la esperanza de poner en marcha algunos telares de su fábrica. No quería tolerar a su lado aquellos horrores durante la ausencia. Solo aguardaba para hablarle a tener la seguridad de que se marchase. Era el hundimiento de la casa, el prusiano echado a la calle, la mujer expulsada de su hogar, su nombre puesto en la picota, como se había amenazado hacerlo con toda mujer francesa que se entregase a un alemán.

Cuando Gilberta advirtió a Enriqueta lanzó un grito de alegría.

—¡Qué feliz soy viéndote de nuevo!...

—¡Me parece que hace un siglo que no te he visto y envejecemos tanto en estos tiempos con tantos disgustos!

La llevó a su cuarto, la hizo sentar y se apretó contra ella.

—Vamos, hoy almorzarás con nosotros... Pero antes hablemos. ¡Debes tener tantas cosas que contarme!... Sé que estás sin noticias de tu hermano. ¡Pobre Mauricio!, ¡qué lástima me da el pensar que está en París, sin lumbre, acaso sin pan! ... ¿Y ese muchacho a quien cuidas, el amigo de tu hermano? Ya ves que me han dicho algo... ¿Es por él por quien vienes?

Enriqueta tardaba en contestar, sobrecogida interiormente. ¿No era por Juan por quien había ido a Sedan para tener la seguridad de que cuando soltasen al tío no le molestasen? Al oír a Gilberta hablarle de él, se quedó confusa, sin atreverse a decir el verdadero motivo de su visita; la conciencia le remordía y le repugnaba emplear aquella influencia que adivinaba no era honrada.

—Entonces —añadió Gilberta con tono indiscreto—, ¿es para ese muchacho para lo que nos necesitas?

Y como Enriqueta, medio avergonzada, hablase de la detención del señor

Fouchard:

—¡Pero es verdad!, ¡si seré tonta!, ¡yo que hablaba de eso esta mañana!... Has hecho muy bien en venir; hay que ocuparse en seguida de tu tío, porque las últimas noticias que tengo no son buenas. Quieren dar un ejemplo.

—Sí, me he acordado de vosotros, continuó diciendo Enriqueta. He creído que me darías un buen consejo, que podrías hacer algo por mí...

Gilberta se echó a reír.

—¡Si serás tonta! ¡Voy a hacer que pongan en libertad a tu tío antes de tres días! ¿No te han dicho que tengo aquí un capitán prusiano, que hace todo cuanto quiero?... ¡Ya lo oyes, no me puede negar nada!

Y reía con ganas, como una loquilla, orgullosa de su triunfo de coqueta, cogidas las manos de Enriqueta entre las suyas acariciándola, y esta sin encontrar frases de agradecimiento, atormentada ante el temor de que aquello fuese la revelación de su falta. ¡Qué serenidad y qué franca alegría!

—Déjame hacer, te irás satisfecha esta noche.

Cuando pasaron al comedor, Enriqueta se sorprendió al notar la delicada belleza de Edmundo, a quien no conocía. La encantaba y no podía comprender cómo se había batido aquel muchacho y cómo se habían atrevido a romperle un brazo. La leyenda de su heroico valor acababa por hacerle agradable, y Delaherche, que había acogido a Enriqueta muy contento al volver a ver una cara conocida, no dejó mientras duró el almuerzo de hacer elogios de su secretario, tan activo y bien educado. El almuerzo entre los cuatro en el comedor fue delicioso.

—¿Y es para hablarnos del tío Fouchard para lo que ha venido usted aquí? —dijo el fabricante—. Me fastidia tener que marchar esta noche... pero mi mujer le arreglará a usted el asunto. Logra lo que quiere, no hay quien la resista.

Se reía, decía esas cosas con toda naturalidad, como hombre satisfecho, a quien halagaba esa influencia. Después añadió:

—¡Ah querida! ¿No te ha dicho nada Edmundo de un hallazgo?

—No, ¿qué hallazgo? —preguntó Gilberta mirando al sargento, que se ponía como una cereza.

—Se trata, señora, del encaje antiguo que sentía usted no encontrar para adornar su vestido... He tenido la buena suerte de descubrir ayer cinco metros de punto de Bruges, muy hermoso y arreglado. La vendedora vendrá a enseñárselo muy pronto.

—¡Qué bueno es usted, yo le recompensaré! Después, como sirvieran un territo de *foie gras* comprado en Bélgica, la conversación tomó otro giro, se paró un momento en el pescado del Meuse, que moría envenenado, y acabó por ir a parar al peligro que amenazaba a la ciudad, en cuanto llegara el deshielo. En noviembre se habían presentado algunos casos de epidemia. Aunque después de la batalla se habían gastado más de seis mil francos en limpiar la ciudad, en quemar todos los restos sospechosos que encontraban, de los campos que la rodeaban salían olores nauseabundos a la menor humedad, tantos eran los cadáveres mal enterrados que allí

se hallaban, cubiertos apenas por una delgada capa de tierra. Por todas partes las tumbas se agrietaban, con el empuje de los cadáveres, la putrefacción dilatava las capas de tierra y el aire apestado corría envenenándolo todo. Y días antes se había descubierto otro foco infeccioso, el Meuse, de donde se habían sacado más de mil doscientos cuerpos de caballos. Todo el mundo creía que no quedaba allí un cadáver humano, cuando un guardia de campo, al mirar con cuidado a más de dos metros de profundidad, había apercibido bajo el agua cosas blancas que parecían piedras y eran lechos de cadáveres, cuerpos reventados que no habían podido flotar. Estaban allí hacía cuatro meses, entre aquellas aguas, entre las hierbas. Cuando intentaban sacarlos se deshacían, se desgajaban, y subían a la superficie burbujas que al reventar apestaban el aire.

—La suerte que tenemos es que hiela, hizo notar Delaherche. Pero en cuanto desaparezca la nieve, habrá que desinfectarlo todo, si no perderemos todos la vida.

Su mujer le suplicó que al menos mientras comían hablase de otras cosas y terminó diciendo:

—Nos quedaremos sin pescado del Meuse durante mucho tiempo.

Acabaron de comer, sirvieron el café y en aquel momento la doncella anunció que el señor Gartlauben pedía permiso para entrar un momento. En seguida Delaherche dio orden de que le introdujeran para aprovechar la ocasión de presentarle a Enriqueta, y cuando el capitán vio allí a otra señora, se deshizo en cumplidos. Aceptó una taza de café, que bebía sin azúcar como muchas personas en París. Si insistió para que le recibieran era porque había obtenido que uno de los protegidos de Gilberta fuese puesto en libertad, un desgraciado obrero de la fábrica que había sido detenido por haber reñido con un soldado prusiano.

Gilberta aprovechó la ocasión para hablar del señor Fouchard.

—Capitán, le presento a usted a una de mis más queridas amigas... Desea ponerse bajo su protección: es sobrina del señor Fouchard, de Remilly, ese que ha sido detenido a consecuencia de esa historia de los voluntarios.

—¡Ah! sí, la historia del espía, ese desgraciado a quien han encontrado dentro de un saco... ¡Es cosa grave, muy grave! Temo mucho no poder hacer nada por él.

—¡Capitán, me causaría usted tanto placer!

Le miraba, acariciándole con sus ojos, y él, satisfechísimo, se inclinó muy galante: ¡haría cuanto quisiera ella!

—Se lo agradeceré a usted mucho, murmuró Enriqueta, presa de súbito malestar al recordar a su marido, a su pobre Weiss fusilado allá en Bazeilles.

Pero Edmundo, que había desaparecido discretamente al llegar el capitán, entró para decir algo al oído de Gilberta. Se levantó en seguida, contó la historia del encaje que una mujer le llevaba y siguió al joven. Enriqueta se quedó sola en compañía de los dos hombres y pudo aislarse, sentada cerca de la ventana mientras que ellos seguían hablando en voz alta.

—Capitán, acepte usted una copita... Ya lo vé usted, le digo las cosas lealmente,

con franqueza, porque le conozco a usted. Pues bien, le aseguro que su prefecto obra muy mal, al imponernos una contribución de cuarenta y dos mil francos... Fíjese en los sacrificios que llevamos hechos. Primero, en vísperas de la batalla, hemos alimentado a todo el ejército francés, hambriento. Después a ustedes, que tenían buen apetito. El paso de las tropas, las reparaciones, los gastos de todas clases nos han costado millón y medio. Calcule otro tanto por las ruinas que ha acumulado la batalla, las destrucciones y los incendios y tenemos tres millones y otros dos millones que calculo habrán perdido el comercio y la industria, y tenemos cinco millones. ¿Qué le parece? Cinco millones de francos para una población de trece mil almas. Y ahora nos piden cuarenta y dos mil francos de contribución, no sé con qué pretexto. ¿Es esto justo?

El capitán movía la cabeza, diciendo:

—¿Qué quiere usted? ¡Son cosas de la guerra!

Enriqueta estaba abatida, se apoderaban de ella toda clase de tristes pensamientos, mientras que Delaherche decía que Sedan no hubiera podido hacer frente a la crisis, con la falta de dinero, sin la feliz creación de un papel moneda local, de la Caja del Crédito Industrial, que habían salvado a la población de un desastre financiero.

—Capitán, tome usted otra copita.

Pasó a otro asunto.

—No es Francia quien ha hecho la guerra, es el imperio... ¡Ah! el emperador me ha engañado. Todo se ha acabado con él, no queremos nada con ese hombre nefasto... Mire usted, el único que ha visto claras las cosas, ha sido Thiers, cuyo viaje actual por las capitales de Europa, es un acto de prudencia y de patriotismo, en el que se ve acompañado por todos los franceses.

No acabó su pensamiento porque le parecía mal hablar de paz delante de un prusiano, aunque fuera simpático. Pero el deseo de ver llegar la paz reinaba en él como en todas las clases acomodadas. Estaban sin fuerzas y sin dinero y era preciso rendirse, y París era objeto de un rencor sordo, porque continuaba resistiéndose. Terminó en voz baja, haciendo alusión a las palabras de Gambetta.

—No, no podemos estar con los locos furiosos. Yo estoy con Mr. Thiers, que quiere las elecciones, y en cuanto a su república, no me estorba, la conservaremos si es preciso hasta encontrar otra cosa mejor.

El señor Gartlauben continuaba oyéndole, aprobando las palabras del fabricante.

Enriqueta no pudo seguir allí más tiempo, se levantó y fue a buscar a Gilberta, que no había vuelto aún.

Al entrar en su cuarto la encontró llorando, muy emocionada.

—¿Qué te sucede?

Gilberta empezó a llorar más, se negaba a hablar, avergonzada. Y por último, escondiendo su cara en el pecho de Enriqueta, balbuceó unas palabras:

—¡Ah! querida mía, si supieses... Nunca me atreveré a decírtelo... Y, sin embargo, tú eres la única que puedes aconsejarme.

Se paró y después añadió:

—Estaba con Edmundo... y la señora Delaherche me ha sorprendido...

—¡Cómo!, ¿te ha sorprendido?

—Sí, estábamos aquí, me abrazaba, me besaba.

Y besando a Enriqueta, estrechándola entre sus brazos, se lo contó todo.

—¡Querida mía! no me regañes, me causarla mucha pena. Ya sé que te había jurado que no volvería a hacerlo más. ¡Pero ya has visto a Edmundo, es tan valiente, es tan guapo! ¡Después, figúrate que el pobre, herido, enfermo, lejos de su madre! ¡Además, nunca ha sido rico y no he podido negarme!...

Enriqueta la escuchaba atontada.

—¡Cómo!, ¿pero es con el sargento? Pues si todo el mundo cree que eres la querida del prusiano.

Gilberta se levantó, secó sus lágrimas y protestó.

—¡La querida del prusiano! eso nunca. Es horrible, me repugna. ¿Por quién me toman? ¿Quién me cree capaz de tal infamia? ¡No, no, nunca!, ¡preferiría morir!

Se había puesto muy seria, y después añadió alegremente:

—Es verdad que me divierto con él. Me adora y no tengo más que mirarle para que me obedezca. Si vieras qué bueno es burlarse así de un hombre que parece creer siempre que le van a recompensar.

—Pero es un juego muy peligroso —dijo Enriqueta.

—¿Lo crees?, ¿a qué me expongo? Cuando vea que no puede obtener nada se incomodará y se irá. Además nunca lo notará. Es uno de esos hombres que no ofrecen peligro. Es demasiado vanidoso y no creerá nunca que me he burlado de él. Y cuando se marche, lo único que se llevará será mi recuerdo y el consuelo de decir que ha obrado correctamente.

Se alegraba y añadió:

—Mientras tanto va a hacer que pongan en libertad al señor Fouchard y en pago solo recibirá una taza de té en la que yo echaré el azúcar.

Pero de repente volvieron sus temores y las lágrimas humedecieron sus ojos.

—¡Dios mío!, ¿qué hará la señora Delaherche?, ¿qué va a ocurrir? No me quiere mucho y es capaz de contárselo todo a mi marido.

Enriqueta acabó por tranquilizarse. Secó las lágrimas de su amiga, la obligó a levantarse del canapé y a arreglarse el pelo y los vestidos.

—¡Escucha, querida, no tengo valor para reconvenirte y sin embargo sabes cuánto te echo en cara tu conducta! Pero me habían asustado tanto con el prusiano, que lo otro me ha servido de consuelo. ¡Cálmate, todo puede arreglarse!

Era lo mejor; en aquel momento entró Delaherche con su madre. Explicó que había enviado a buscar el coche para hacer el viaje a Bélgica aquella misma tarde, pues quería coger el tren de Bruselas. Se despidió de su mujer; después volviéndose a Enriqueta:

—Esté usted tranquila, el señor Gartlauben me ha prometido ocuparse de su tío y

cuando no esté aquí, mi mujer hará el resto.

Desde que la señora Delaherche había entrado, Gilberta no la perdía de vista, toda angustiada. ¿Habría? ¿Contaría lo que había visto antes de que se marchara su hijo? La anciana señora se fijaba en su nuera. A pesar de su rigorismo sentía sin duda el mismo consuelo que Enriqueta. Puesto que había sido con aquel joven, con aquel francés que se había batido con tanto heroísmo, ¿no debía perdonarla como lo había hecho con el capitán Beaudoin? Sus miradas se suavizaron, volvió la cabeza. Su hijo podía ausentarse; Edmundo la protegería contra el prusiano.

—¡Hasta la vista! —dijo abrazando a Delaherche—. Haz tus negocios y vuelve pronto.

Y se fue, entró lentamente en el cuarto donde el coronel continuaba ensimismado.

Aquella misma noche Enriqueta regresó a Remilly, y tres días después tuvo la alegría de ver al señor Fouchard que volvía tranquilamente a su casa. Se sentó, comió un pedazo de pan con queso. Contestó a todas las preguntas que le dirigían, con mucha calma, como hombre que no ha tenido nunca miedo. No había hecho daño a nadie, no podían detenerle. Como él no había matado a Goliath, había contestado a las autoridades que buscaran al asesino. Y habían tenido que soltarle, lo mismo que al alcalde, puesto que no tenían pruebas contra ellos. Pero sus ojos relucían, sentía cierta satisfacción por haber engañado a aquellos canallas, de los que empezaba a estar harto, ahora que encontraban mala la carne que les daba.

Diciembre concluyó y Juan quiso marcharse. Ahora estaba bien de su pierna y el doctor declaró que podía ir a batirse. Fue aquello para Enriqueta una gran pena que trató de ocultar. Desde la desastrosa batalla de Champigny, no habían recibido ninguna noticia de París. Únicamente sabían que el regimiento de Mauricio, expuesto a un fuego terrible, había perdido muchos hombres. Después, siempre el silencio, no les llegaba ninguna carta, cuando sabían perfectamente que algunas familias de Sedan y de Raucourt las habían recibido. Acaso la paloma mensajera que llevaba las noticias de Mauricio había sucumbido bajo las garras de algún ave de rapiña o de alguna bala prusiana. Pero lo que más les apenaba era el presentimiento de que había muerto. El silencio de la gran ciudad, muda, cerrada por los prusianos, se había convertido con la angustia, en un silencio de tumba. Habían perdido la esperanza de obtener noticias, y cuando Juan expresó el deseo formal de marcharse, Enriqueta no pudo reprimir esta exclamación:

—¡Dios mío! todo se acaba, ¡voy a quedarme sola!

El deseo de Juan era unirse al ejército del Norte, que el general Faidherbe había reorganizado. Desde que el cuerpo de ejército del general Manteuffel, había llegado hasta Dieppe, este ejército defendía tres departamentos separados del resto de Francia, el Norte, el Paso de Calais y el Somme; y el proyecto de Juan era de muy fácil ejecución, se reducía a ir a Bouillon y dar la vuelta a Bélgica. Sabía que se acababa de organizar el 23.º cuerpo, con todos los antiguos soldados de Sedan y de Metz que lograban escaparse. Había oído decir que el general Faidherbe, tomaba la

ofensiva, y señaló para su marcha el domingo siguiente, en cuanto supo el resultado de la batalla de Pont Noyelle, esa batalla, de un resultado indeciso, que los franceses habían estado a punto de ganar.

El doctor Dalichamp se ofreció a llevar a Juan a Bouillon en su coche. Tenía un valor y una bondad inagotables. En Raucourt, donde hacía estragos el tifus, llevado allí por los bávaros, tenía enfermos en todas las casas, además de los de las dos ambulancias que visitaba. Su patriotismo ardiente, la necesidad de protestar contra las inútiles violencias, le proporcionaron dos veces el disgusto de ser detenido. Así es que al llegar a la casa del señor Fouchard, para llevarse a Juan y hacer escapar a otro de los vencidos de Sedan, estaba muy contento. Juan, que no sabía cómo arreglar la cuestión del dinero, aceptó los cincuenta francos que le dio el doctor para hacer el viaje, pues no quiso pedir nada a Enriqueta, sabiendo que estaba muy pobre.

Para la despedida, el señor Fouchard quiso hacer bien las cosas. Encargó a Silvina trajera dos botellas de vino, y quiso que todo el mundo echara un trago de vino para lograr la es terminación de los alemanes. Él, rico ya, tenía su dinero escondido y tranquilo desde que los voluntarios de los bosques de Dieulet habían desaparecido, perseguidos como fieras, no tenía más que el deseo de gozar tranquilamente de su fortuna en cuanto se hiciera la paz. Hasta en un momento de generosidad pagó a Próspero su soldada, quiso que Silvina bebiese y chocase su copa con la suya; Silvina con quien había tenido la idea de casarse, al verla tan prudente y tan trabajadora. ¿Pero para qué? Comprendía que no se movería de allí, cuando Charlot creciese y fuese soldado. Y cuando bebió con el doctor, con Juan y con Enriqueta añadió:

—¡A la salud de todos!, ¡que todos hagan sus negocios y no se encuentren peor que yo! Enriqueta quiso acompañar a Juan hasta Sedan. Iba vestido con paletó y sombrero redondo que le prestó el doctor. Aquel día brillaba el sol sobre la nieve y el frío era muy intenso. Solo debían atravesar la ciudad, pero cuando Juan supo que su coronel continuaba en casa de Delaherche, quiso ir a saludarle y al mismo tiempo daría las gracias al fabricante por sus bondades. Y recibió allí una última y dolorosa sensación, en aquella ciudad de desastre y de duelo. Al llegar a la fábrica de la calle de Maqua, encontraron la casa trastornada por un suceso trágico. Gilberta estaba atontada, la señora Delaherche lloraba, mientras que su hijo que subía de los talleres donde había vuelto a comenzar el trabajo, lanzaba exclamaciones de sorpresa. Habían encontrado al coronel en el suelo del cuarto, muerto, caído como una masa. La lámpara continuaba ardiendo. El médico a quien habían llamado, no pudo comprender de qué había muerto. Ni aneurisma ni congestión. El coronel había fallecido sin que nadie supiera cómo, y al día siguiente encontraron un pedazo de periódico que había servido para encuadernar un libro, donde se daba cuenta de la rendición de Metz.

—Querida —dijo Gilberta a Enriqueta—, el señor Gartlauben, al pasar delante de la puerta donde descansa el cuerpo de mi tío, le ha saludado... Edmundo le ha visto. ¿No es verdad que es un hombre muy correcto?

Juan no había abrazado nunca a Enriqueta. Antes de subir al coche, con el doctor, quiso darla las gracias por sus buenos cuidados y por haberle atendido como si hubiera sido su hermano. Pero no encontró palabras adecuadas: abrió los brazos y la abrazó llorando. Ella estaba inconsolable y le devolvió el beso. Cuando el coche empezó a andar, se volvió, se saludaron con las manos mientras de sus bocas salían las palabras:

—¡Adiós, adiós!

Aquella noche, al volver Enriqueta a Remilly, estuvo de servicio en la ambulancia. Durante su larga velada las lágrimas corrieron por sus mejillas y lloró, lloró mucho, ahogando sus penas, tapándose la cara con sus manos.

VII

Al día siguiente de la batalla de Sedan, los dos ejércitos alemanes se habían puesto en marcha hacia París, dirigiéndose el del Meuse por la cuenca del Marne, mientras que el del príncipe real de Prusia, después de haber pasado el Sena por Villeneuve Saint Georges, se dirigía a Versailles. Y en aquella hermosa mañana de septiembre; cuando el general Ducrot a quien se había dado el mando del 14.º cuerpo, resolvió atacar al segundo ejército alemán, durante su marcha de flanco, el nuevo regimiento de Mauricio, el 115.º, que estaba acampado en los bosques, a la izquierda de Meudon, no recibió la orden de marchar sino cuando era ya seguro el desastre. Habían bastado unas cuantas granadas; un pánico espantoso se había apoderado de un batallón de zuavos, compuesto de reclutas, comunicándose al resto de las tropas, las cuales no pararon de correr hasta Paris, donde fue inmensa la alarma. Se habían perdido todas las posiciones de la parte del Sur, y aquella misma noche fue cortada la línea telegráfica del ferrocarril del oeste, la única que aún no lo estaba. París quedaba separado del mundo.

Aquella noche fue muy triste para Mauricio. Si los alemanes se hubiesen atrevido, habrían acampado en la plaza del Carrousel. Pero eran gente de gran prudencia y habían decidido poner sitio en toda regla. El ejército del Meuse se extendía por el Norte, desde Croissy hasta el Mame, pasando por Epinay; el tercer ejército cubría la línea desde Chennevières hasta Châtillon, y el cuartel general, con el rey Guillermo, Bismarck y el general Moltke, se había establecido en Versailles. Aquel gigantesco bloqueo, en el cual no se creía, era un hecho consumado. La capital, con su recinto fortificado de ocho leguas y media de perímetro, con sus quince fuertes y sus seis reductos destacados, iba a encontrarse como encarcelada. Y el ejército de defensa no contaba sino con los cuerpos 13.º y 14.º, que reunían entre los dos una fuerza de ochenta mil soldados, a los cuales había que agregar los catorce mil hombres de la marina, los quince mil de los cuerpos francos, y los ciento quince mil de la guardia móvil, sin contar los trescientos mil guardias nacionales repartidos entre los nueve sectores de las murallas. Era una muchedumbre armada, pero faltaban los soldados aguerridos y disciplinados. París no era ya más que un inmenso campo atrincherado. Se activaban los preparativos de defensa, cortándose las carreteras, derribándose las casas de la zona militar y poniéndose en batería dos mil setecientas piezas de artillería. Después del rompimiento de las negociaciones de Ferrieres, cuando Julio Favre hizo públicas las exigencias de Bismarck, la cesión de Alsacia, tres mil millones de indemnización, estalló la cólera popular, aclamándose la continuación de la guerra como una condición indispensable para la vida de Francia. Aun sin esperanza de vencer, París tenía que defenderse para que viviese la patria.

Un domingo, a fines de septiembre, tuvo que ir Mauricio al otro extremo de la

capital, y al ver el aspecto que presentaban las calles y las plazas, concibió nuevas esperanzas. Desde la derrota de Chatillon le parecía que los parisienses habían tomado bríos para la obra magna. ¡Ah!, ¡aquel París que él conoció, tan ansioso de gozar, tan próximo a cometer las últimas faltas, lo encontraba sereno, valiente, decidido a todos los sacrificios! No se veían más que uniformes. Como un reloj gigantesco cuyo muelle real ha saltado, la vida social se había paralizado de repente, la industria, el comercio, los negocios; y solo quedaba una pasión, la voluntad de vencer, el único asunto de que se hablaba, que enardecía los corazones y la cabeza, en las reuniones públicas, en las veladas de los cuerpos de guardia, entre los grupos de gente que obstruían las aceras. Todo se volvían ilusiones que arrastraban a aquel pueblo al peligro de las locuras generosas. Declarábase una crisis de nervosidad enfermiza, una fiebre epidémica que exageraba lo mismo el miedo que la confianza y que al menor soplo hacía que se desbocase la bestia humana. Y Mauricio presenció en la calle de los Mártires una escena que le impresionó mucho; el asalto, dado por gente enfurecida a una casa, en cuyas guardillas se habían visto brillar luces, como si fueran señales. El día antes, un miserable, que estaba mirando un plano de París, había estado a punto de ser víctima del furor del pueblo.

Mauricio, que era antes tan indiferente, se había vuelto receloso. No se desesperaba ya, como la noche del pánico de Chatillon, ansiando saber si el ejército francés recobraría la virilidad de batirse. La salida del 30 de septiembre hacia Chevilly; la del 13 de octubre, en la que los movilizados habían tomado a Bagneux: por último, la del 21 de octubre, en la que su regimiento se había apoderado por un momento del parque de Malmaison, le habían devuelto toda su confianza, aquella llama de la esperanza que le consumía. El ejército se había batido con bravura y todavía podía vencer. Pero el sufrimiento de Mauricio, reconocía por causa la facilidad con que pasaba París desde la ilusión extrema al desaliento más grande, dominado por el miedo de la traición, en su sed de victoria. Los generales Trochu y Ducrot ¿no resultarían los jefes ineptos, los causantes inconscientes de la derrota? El mismo movimiento que había derribado al imperio, amenazaba dar al traste con el gobierno de la Defensa Nacional; una impaciencia de los exaltados por coger el poder, para salvar a Francia. Julio Favre y sus colegas eran ya más impopulares que los antiguos ministros de Napoleón III. Ya que no querían batir a los prusianos, debían dejar el puesto a otros, a los revolucionarios, seguros de vencer, decretando el levantamiento en masa, protegiendo a los inventores que ofrecían minar las afueras o aniquilar al enemigo con una lluvia de fuego griego.

La víspera del 31 de octubre, Mauricio estaba dominado por aquel mal de la desconfianza y del ensueño. Aceptaba ideas que antes le hubieran hecho reír. ¿Por qué? ¿Acaso no tenían límites la estupidez y el crimen? ¿Acaso no era posible el milagro en medio de las catástrofes que trastornaban el mundo? Él alimentaba un gran rencor desde que había sabido lo de Frœschwiller; tenía la conmoción de cada una de las derrotas, el cerebro debilitado por tantos días como había pasado sin comer

y sin dormir; casi no sabía si vivía; y la idea de que tantos sufrimientos tendrían por término otra catástrofe irremediable, le enloquecía, le hacía retroceder a la infancia, arrastrado sin cesar por la emoción del momento. ¡La destrucción, el exterminio, todo, antes que dar un céntimo de la fortuna, una pulgada del territorio de Francia! Estaba acabando de hacer la evolución que, bajo la impresión de las primeras batallas perdidas, se había llevado la leyenda napoleónica, el bonapartismo sentimental que debía a las narraciones épicas de su abuelo. Ni siquiera admitía ya la república teórica y prudente; se apasionaba por las violencias revolucionarias; creía en la necesidad del terror para acabar de una vez con los ineptos y con los traidores que estaban matando a la patria. Así fue que el 31 de octubre estuvo de corazón con los revoltosos, cuando se recibieron las noticias desastrosas, una tras otra: la pérdida de Bourget, tan valerosamente tomado por los voluntarios de la Prensa en la noche del 27 al 28; la llegada de M. Thiers a Versalles, de regreso de su viaje a las capitales de Europa, de donde volvía, según se susurraba, para entrar en negociaciones en nombre de Napoleón III; por último, la rendición de Metz, el último golpe, otro Sedan más vergonzoso todavía. Y al día siguiente, cuando supo los sucesos de la Casa Consistorial, el triunfo momentáneo de los revoltosos, la detención, durante algunas horas, de los individuos del gobierno de la Defensa Nacional, salvados por un cambio de actitud del vecindario de París, Mauricio sufrió el fracaso de aquella Comuna de la que tal vez hubiera salido la salvación, el llamamiento a las armas, la declaración de la patria en peligro, todos los recuerdos clásicos de un pueblo libre que no quiere morir. Thiers no se atrevió a entrar en París, y faltó poco para que hubiera una iluminación general después del rompimiento de las negociaciones.

El mes de noviembre se pasó en una impaciencia febril. Hubo acciones de poca importancia, en las que no tomó parte Mauricio. Vivaqueaba en las cercanías de Saint Ouen, y, siempre que podía, se escapaba, devorado por una necesidad continua de noticias. París esperaba, lleno de ansiedad, como él. La elección de los alcaldes parecía haber calmado las pasiones políticas; pero casi todos los electos pertenecían a los partidos avanzados y aquello era un síntoma muy malo para el porvenir. Lo que esperaba París, era la gran salida, tan reclamada, la victoria, la liberación. Nadie tenía dudas; los prusianos serían arrollados. Se habían hecho preparativos en La península de Gennevillers, el punto que se consideraba más favorable para una embestida. Una mañana se alegró locamente todo el mundo con las buenas noticias de Coulmiers. Se decía que el ejército del Loire había avanzado hasta Etampes. No se pensaba ya más que en ir a reunirse con él, al otro lado del Marne. Se habían reorganizado las fuerzas militares, creado tres ejércitos; el primero compuesto de los batallones de la guardia nacional, a las órdenes del general Clemente Thomas; el segundo, formado con los cuerpos 13.º y 14.º y otro de nueva creación, mandado por el general Ducrot; por último, el tercero, el de reserva compuesto únicamente de movilizandos y confiado a la pericia del general Vinoy. Y Mauricio tenía una fe absoluta cuando el 28 de noviembre su regimiento fue a vivaquear al bosque de Vincennes. Allí estaban los

tres cuerpos del segundo ejército. Se contaba que la cita dada al ejército del Loire era para el día siguiente, en Fontainebleau. Después hubo las faltas de siempre, órdenes mal dadas, una crecida repentina que impidió echar los puentes de barcas. El 115.º fue uno de los primeros regimientos que pasaron el río; y a las diez, en medio de un fuego espantoso, Mauricio entró en la aldea de Champigny. Estaba como loco, su fusil le quemaba los dedos, a pesar del frío terrible. Su único deseo era seguir marchando de frente, hasta encontrarse con los camaradas de provincias. Pero el ejército había tenido que detenerse delante de las tapias de los parques de Coeuilly y de Villiers, tapias de medio kilómetro, transformadas por los prusianos en fortalezas inexpugnables. Todos los esfuerzos se estrellaron allí. El tercer cuerpo se había retrasado; el primero y el segundo se sostuvieron dos días en Champigny, pero tuvieron que abandonarlo el 2 de diciembre por la noche. Todo el ejército volvió a acampar en el bosque de Vincennes; y Mauricio, con los pies entumecidos, tendido boca abajo, se echó a llorar.

¡Qué días tan tristes, después de aquel tremendo fracaso! La gran salida, preparada hacía tanto tiempo, la embestida irresistible que debía salvar a París, había resultado infructuosa; y tres días después, una carta del general Moltke anunciaba que el ejército del Loire debía tener que abandonar a Orleans por segunda vez. El círculo se estrechaba cada vez más, sin que hubiera ya posibilidad de romperlo. Pero París, en su fiebre de desesperación, encontraba nuevas fuerzas para resistir. Empezaba a amenazar el hambre. Desde mediados de octubre, la carne estaba racionada. En diciembre no quedaba ni una sola cabeza de ganado, y se mataban caballos. Las requisas de harinas y de trigo debían dar cuatro meses de pan. Cuando se acabó la harina fue preciso construir molinos en las estaciones de ferrocarriles. Faltaba también combustible; se le reservaba para moler los granos, para cocer el pan, y para fabricar las armas. Y París, sin gas, alumbrado por lámparas de petróleo, París tiritando debajo de su capa de hielo, París a ración de pan negro y de carne de caballo, esperaba a pesar de todo; hablaba de Faidherbe en el Norte, de Chanzy en el Centro, de Bourtaki en el Este, como si algún prodigio fuera a llevarles a París, victoriosos. Delante de las panaderías y de las carnicerías, las largas hileras de gente que esperaba, en medio de la nieve, se alegraban, de cuando en cuando, con la noticia de grandes victorias imaginarias. Después del abatimiento de cada derrota renacía la ilusión tenaz entre aquella multitud hambrienta. Un soldado que habló de rendirse, en la plaza del Châtelet, estuvo a punto de ser destrozado por las turbas. Mientras que el ejército, desalentado y viendo acercarse el fin, pedía la paz, el vecindario reclamaba todavía la salida en masa, la salida torrencial, el pueblo entero, las mujeres, hasta los niños, lanzándose contra los prusianos, como un río desbordado que lo arrastra todo.

Y Mauricio se aislaba de sus camaradas, cobrando cada vez más odio a su oficio de soldado, que le recluía al abrigo de Mont Valerien, ocioso e inútil. Aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para ir a aquel París, donde estaba su corazón. No se encontraba a gusto sino en medio de la multitud. Muchas veces, iba a

ver salir los globos, que, cada dos días se elevaban de la estación del Norre, llevando palomas mensajeras y pliegos. Los globos subían y desaparecían en el triste cielo de invierno; y cuando el viento los empujaba hacia Alemania: se oprimían los corazones. Debían haberse perdido muchos. Mauricio había escrito dos veces a su hermana Enriqueta, sin saber si recibiría las cartas. El recuerdo de su hermana y el de Juan estaban tan remotos, allá abajo, en el fondo de aquel vasto mundo de donde no llegaba ya nada, que rara vez pensaba en ellos, como afecciones dejadas en otra existencia. La tempestad continua de abatimiento y de exaltación en que vivía, llenaba demasiado su ser. En los primeros días de enero se apoderó de él otra exasperación, la del bombardeo de los barrios de la orilla izquierda. Había acabado por atribuir a motivos de humanidad, los retrasos de los prusianos, debidos sencillamente a dificultades de instalación. Desde que una granada había matado a dos niñas en el Val de Grace, Mauricio estaba poseído de un desprecio furioso contra aquellos bárbaros que asesinaban a los niños, y que amenazaban con quemar los museos y las bibliotecas. Pasados los primeros días de espanto, París reanudaba, en medio del bombardeo, su vida heroica de obstinación.

Desde el desastre de Champigny no había habido más que otra tentativa desgraciada, por la parte del Bourget; y la noche en que tuvo que desalojarse la meseta de Avron, Mauricio se irritó, como toda la ciudad. La racha de impopularidad que amenazaba llevarse al general Trochu y al gobierno de la Defensa nacional, se aumentó hasta el punto de obligarles a intentar un esfuerzo supremo e inútil. ¿Por qué se negaban a hacer entrar en fuego a los trescientos mil guardias nacionales que no cesaban de reclamar su parte en el peligro? Era la salida torrencial que se estaba exigiendo desde el primer día, París rompiendo sus diques, ahogando a los prusianos en la oleada colosal de su pueblo. No hubo más remedio que ceder a aquel deseo de valor, a pesar de la seguridad de una nueva derrota; pero a fin de disminuir la matanza, no se mandó marchar con el ejército activo, sino a los cincuenta y nueve batallones de la guardia nacional movilizada. En los boulevares y en los Campos Elíseos, una multitud inmensa miraba desfilar los regimientos que, con la música a la cabeza, entonaban himnos patrióticos. Niños y mujeres les acompañaban. Los hombres les animaban con aclamaciones entusiastas. Al día siguiente todo París corrió hacia el Arco del Triunfo, y sintió una especie de locura, de esperanza, al recibir la noticia de la toma de Montretout. Se referían cosas increíbles acerca del arranque irresistible de la guardia nacional. Se aseguraba que los prusianos habían sido desbaratados, y se anunciaba la toma de Versalles. ¡Qué desengaño más terrible cuando, al anoecer, se supo el fracaso inevitable! Mientras que la columna de la izquierda ocupaba A Montretout, la del centro, que había saltado las tapias del parque de Buzenval, se estrellaba contra otra tapia interior. El deshielo y una llovizna continua habían puesto intransitables las carreteras, y los cañones, aquellos cañones fabricados por suscripción popular, no pudieron pasar. La columna de la derecha, que había entrado en acción muy tarde, se quedó atrás. El general Trochu tuvo que dar la

orden para la retirada general. Se abandonó a Montretout y a Saint-Cloud. Los prusianos incendiaron a Saint Cloud. Y al hacerse de noche, el horizonte de París se iluminó con aquel inmenso incendio.

Aquella vez Mauricio comprendió que todo había acabado. Durante cuatro horas, en medio del fuego terrible de las trincheras prusianas había permanecido en el parque de Buzenval, entre las filas de la guardia nacional; y cuando volvió a París, ponderó el valor de aquella fuerza. Efectivamente, la guardia nacional se había portado con bizarría. Y siendo así, ¿de qué procedía la derrota, sino de la estupidez y de la traición de los jefes? En la calle de Rívoli encontró Mauricio grandes grupos que gritaban: ¡Abajo Trochu! ¡Viva la Commune! Era el despertar de la pasión revolucionaria, una nueva manifestación de la opinión, tan alarmante, que el Gobierno de la Defensa Nacional, para no caer, tuvo que obligar al general Trochu a presentar su dimisión, y nombró en su lugar al general Vinoy. Aquel mismo día, en una reunión pública de Belleville, en la que había entrado Mauricio, oyó reclamar de nuevo el ataque en masa. Demasiado sabía él que aquello era una locura, y sin embargo, le impresionó aquella obstinación. Pasó la noche soñando con prodigios.

Transcurrieron ocho días más. París agonizaba sin exhalar ni una queja. Las tiendas no se abrían ya; los pocos transeúntes no encontraban coches en las calles desiertas. Habían sido comidos cuarenta mil caballos; los perros, los gatos y las ratas se pagaban muy caros. Desde que se había acabado el trigo, el pan, hecho con arroz y avena, era un pan negro, viscoso, de difícil di gestión; y para conseguir la ración, reducida a 300 gramos, las colas interminables delante de las panaderías se hacían mortales. ¡Cuánta lástima inspiraban aquellas pobres mujeres, esperando horas y horas a la intemperie! La mortalidad había triplicado; los teatros estaban convertidos en hospitales. Desde el anochecer los antiguos barrios aristocráticos quedaban silenciosos y a oscuras, como si fueran arrabales de una dudad maldita, asolada por la peste. Y en aquel silencio, en aquella obscuridad, solo se oía el continuado fragor del bombardeo, solo se veían los fognazos de los cañones.

De repente el 29 de enero, París supo que, desde la antevíspera, estaba Julio Favre en tratos con Bismarck para conseguir un armisticio; y, al mismo tiempo, se enteró de que no quedaba pan sino para diez días. La capitulación brutal se imponía. París, estupefacto al saber la verdad, dejó obrar. Aquel mismo día, a la noche, se disparó el último cañonazo. Cuando los alemanes ocuparon los fuertes, el regimiento de Mauricio volvió a acampar, cerca de Montrouge, dentro del recinto fortificado. Y entonces empezó para Mauricio una existencia vaga, llena de holganza y de fiebre. La disciplina se había relajado mucho; los soldados se desbandaban, vagaban sin objeto fijo, esperando el momento de recibir su licencia. Pero Mauricio seguía inquieto, nervioso e irritable. Leía con avidez los periódicos revolucionarios, y aquel armisticio de tres semanas, pactado con el único objeto de que Francia pudiera nombrar una Asamblea para acordar la paz, le parecía una asechanza, un a traición final. Aunque París se viese obligado a capitular, él estaba, con Gambetta, por la continuación de la

guerra en el centro y en el Norte. El desastre del ejército del Este lo puso furioso. Las elecciones acabaron de desesperarle. Era lo que él había previsto, las provincias cobardes, irritadas con la resistencia de París, ansiando la paz, restableciendo la monarquía, bajo los cañones de los prusianos. Después de las primeras sesiones de Burdeos, Thiers, elegido en veintiséis departamentos, aclamado jefe del poder ejecutivo, fue a los ojos de Mauricio el monstruo, el hombre de todas las mentiras y de todos los crímenes. Y ya no se inquietó; aquella paz, hecha por una Asamblea monárquica, le parecía el colmo de la vergüenza; deliraba con solo la idea de las durísimas condiciones, la indemnización de los cinco mil millones. Metz entregado, la Alsacia cedida, el oro y la sangre de Francia corriendo por aquella herida incurable.

Entonces, en los últimos días de febrero, Mauricio se decidió a desertar. Un artículo del tratado decía que los soldados acampados en París serían desarmados y mandados a sus casas. Él no esperó; le parecía que le arrancarían el corazón si salía de aquel París glorioso, que solo había cedido al hambre; y desapareció, tomó, en la calle des Orties, en lo alto de la Butte des Moulins, en una casa de seis pisos, un cuartito amueblado, una especie de torrecilla, desde donde se veía el mar sin límites de los tejados, desde las Tullerías hasta la Bastilla. Un antiguo compañero de la Facultad de Derecho le había prestado cien francos. Se alistó en un batallón de la guardia nacional, y con el franco y medio de la paga tendría bastante. Le horrorizaba el pensamiento de una existencia tranquila y egoísta en provincias. Hasta las cartas que recibía de su hermana Enriqueta, a quien había escrito inmediatamente después del armisticio, le incomodaban, con sus súplicas, con el deseo ardiente de volver a Remilly. Él se negaba, iría más tarde, cuando ya no estuvieran allí los prusianos.

Y la vida de Mauricio fue una vida de ociosidad y de fiebre. Ya no le atormentaba el hambre. Había devorado con delicia el primer pan blanco. París, alcoholizado, donde no había faltado ni el aguardiente ni el vino, vivía en una borrachera continuada. Pero seguía estando preso, con las puertas guardadas por los alemanes. Una complicación de formalidades impedía la salida. Ni la vida social, ni el trabajo, ni los negocios se habían reanudado; y allí estaba un pueblo entero, sin hacer nada, acabando de perder la cabeza al claro sol de la primavera naciente. Durante el sitio, por lo menos, el servicio militar fatigaba los miembros, ocupaba la cabeza; mientras que ahora el vecindario había pasado de repente a una vida de holganza completa, en el aislamiento en que se hallaba del mundo entero. Mauricio hacía lo mismo que los demás; andaba todo el día de acá para allá, respiraba el aire viciado de todos los gérmenes de locura que se desprendían de la multitud. La libertad ilimitada de que se disfrutaba, acababa de destruirlo todo. Mauricio leía los periódicos, frecuentaba las reuniones públicas, se encogía de hombros cuando oía disparates y se afirmaba, cada vez más, en su resolución de sacrificarse por lo que él creía que era la verdad y la justicia. Y en su cuartito, desde donde dominaba la ciudad, se ponía a soñar en la victoria, figurándose que había posibilidad de salvar a Francia y a la República

mientras no estuviese firmada la paz.

Los prusianos iban a entrar en París el 1.º de marzo. Un prolongado grito de execración y de cólera salía de todos los pechos. Mauricio no asistía a una reunión pública en que oyese acusar a la Asamblea, a Thiers, a los hombres del 4 de septiembre, de aquella afrenta suprema, que no habían querido evitar a la gran ciudad heroica. Él mismo, una noche se exaltó hasta el extremo de tomar la palabra para decir que París entero debía ir a morir en las murallas antes que dejar entrar a un solo prusiano. En aquel pueblo, entregado a una ociosidad llena de pesadillas, después de haber pasado muchos meses de angustia y de hambre, la insurrección salía así naturalmente, se organizaba a la luz del día. Era una de esas crisis morales que siempre se han observado después de los grandes sitios, el exceso del patriotismo engañado, que, después de haber enardecido inútilmente las almas, se cambia en una necesidad de venganza y de destrucción. La junta central, elegida por los comisionados de la milicia ciudadana, acababa de protestar contra toda tentativa de desarme. En la plaza de la Bastilla se verificó una gran manifestación; bandera roja, discursos violentísimos, un gentío inmenso, un agente de policía asesinado, arrojado al canal, rematado a pedradas. Y dos días después, el 27 de febrero por la noche, Mauricio, despertado por el toque de llamada, vio pasar por el boulevard de Batignolles cuadrillas de hombres y mujeres que arrastraban cañones; él mismo se puso a tirar de una pieza, con otros veinte, al oír que el pueblo había ido a coger aquellos cañones en la plaza Wagram, para que la Asamblea no los entregase a los prusianos. Había ciento setenta. El pueblo los arrojó con cuerdas, los empujó con los puños, los subió hasta lo alto de Montmartre en un arranque feroz de horda bárbara que salva a sus dioses. El 1.º de marzo, cuando los prusianos tuvieron que contentarse con ocupar por veinticuatro horas el barrio de los Campos Elíseos, encerrados como un rebaño en un redil, París no se movió, quedando las calles desiertas, las casas cerradas, la ciudad muerta, envuelta en el inmenso crespón de su luto.

Pasaron otras dos semanas. Mauricio no sabía ya cómo se deslizaba su vida, en espera de algo indefinido y monstruoso que veía venir. La paz estaba hecha; la Asamblea debía empezar sus sesiones en Versalles el 20 de marzo; y, sin embargo, para él no había concluido nada; alguna revancha tremenda iba a empezar. El 18 de marzo, al levantarse, recibió una carta de Enriqueta, suplicándole de nuevo que fuera a Remilly, amenazándole tiernamente con ir ella misma a buscarle, si tardaba mucho en darle aquella gran alegría. Después le hablaba de Juan; le contaba que este se había separado de ella, a fines de diciembre, para incorporarse al ejército del Norte, había caído enfermo con calenturas en un hospital de Bélgica; y que acababa de tener carta suyo diciéndole que, a pesar de su estado de debilidad salía para París, donde pensaba volver a hacer servicio. Enriqueta terminaba suplicando a su hermano que la diese noticias de Juan en cuanto lo viese. Entonces Mauricio, con aquella carta en la mano, cayó en una meditación tierna. ¡Enriqueta y Juan, su hermana idolatrada, su hermano de desgracias y de penalidades! ¡Qué lejos estaban de sus pensamientos

aquellos seres queridos, desde que la tempestad habitaba en él! Sin embargo, como su hermana le advertía que no había podido dar a Juan las señas de la calle de las Orties, se propuso buscarlo aquel mismo día, yendo a preguntar a las oficinas militares. Pero no hacía más que poner el pie en la calle cuando se encontró con dos camaradas de su batallón que la enteraron de lo ocurrido por la noche y de lo que estaba ocurriendo en Montmartre. Y los tres salieron a la carrera, medio locos.

¡Ah! ¡Qué exaltación tan decisiva produjo en Mauricio aquella jornada del 18 de marzo! Más tarde no pudo acordarse bien de lo que había dicho, ni de lo que había hecho. Primero se veía corriendo, furioso por la sorpresa militar que se había intentado, antes del amanecer, para desarmar a París, recuperando los cañones de Montmartre. Hacía dos días que Thiers, de regreso de Burdeos, meditaba evidentemente aquel golpe de mano, para que la Asamblea pudiese sin temor proclamar la monarquía en Versalles. Mauricio volvía a verse en Montmartre a las nueve de la mañana, enardecido por los triunfos que le contaban, la llegada furtiva de las tropas, el retraso de los tiros de caballos, que había dado tiempo a la guardia nacional para tomar las armas, los soldados sin atreverse a hacer fuego contra las mujeres y los niños, poniendo hacia arriba las culatas de los fusiles, fraternizando con, el pueblo. Luego, andaba a la ventura por París, y al mediodía conocía que este pertenecía a la Commune. Thiers y los ministros habían huido a Versailles, con treinta mil hombres del ejército; desertaron cinco mil. A eso de las cinco y media, Mauricio se encontraba en el boulevard exterior, en medio de un grupo de energúmenos, escuchando sin indignación el relato del fusilamiento de los generales Lecomte y Clemente Thomas. ¡Ah! ¡Generales! Se acordaba de los de Sedan, vividores e ineptos. ¡Uno más o menos qué importaba eso! Y el resto del día acababa en la misma exaltación, que desfiguraba para él todas las cosas, una insurrección que hasta los adoquines parecían haber querido, triunfante por una fatalidad imprevista y que a las diez de la noche se había hecho dueña de las Casas Consistoriales, donde se había instalado la Junta Central.

Un recuerdo quedaba, sin embargo, muy claro en la memoria de Mauricio: su encuentro repentino con Juan. Hacia tres días que este último se hallaba en París, a donde había llegado sin un céntimo, extenuado por las calenturas que le habían tenido dos meses en un hospital de Bélgica; y, casi en seguida, habiendo encontrado a un antiguo capitán del 106.º, el capitán Ravaud, se afilió en la compañía del 124.º, que este mandaba. Habían vuelto a darle los galones de cabo y acaba de salir aquella tarde del cuartel del Príncipe Eugenio, con su escuadra, para ir a la orilla izquierda, donde estaba reconcentrándose todo el ejército, cuando tuvo que detenerse en el boulevard de San Martín, porque la multitud no le dejaba pasar y quería desarmar a él y a su escuadra. Con mucha serenidad contestó que le dejaran en paz, que no tenía que ver con nada de aquello y que solo quería cumplir su consigna sin hacer daño a nadie. Pero hubo un grito de sorpresa, Mauricio que se había acercado, daba un abrazo fraternal a Juan.

—¡Eres tú!... Mi hermana me ha escrito. Yo que ría haber ido esta mañana a preguntar por ti en las oficinas de Guerra.

Los ojos de Juan se arrasaron en lágrimas.

—¡Muchacho, cuánto me alegro de verte! Yo también he andado buscándote, pero ¿quién te encontraba en esta Babilonia?

La gente se impacientaba y Mauricio se volvió:

—Ciudadanos, dejadme que les hable. Respondo de ellos.

Cogió las manos de su amigo, y le dijo en voz baja:

—Te quedas con nosotros ¿no es verdad?

Juan se sorprendió mucho.

—¿Con vosotros?

Escuchó por un momento sus quejas contra el gobierno y contra el ejército, y sus explicaciones acerca del modo de salvar a la República. Y conforme se esforzaba por comprenderle, su plácida fisonomía de campesino ignorante tomaba una expresión de sentimiento.

—¡No, no, si es para esa tarea, no me quedo!... Mi capitán me ha dicho que vaya con mi gente a Vaugirard, y allí voy. Aunque estuviera allí el demonio con todo el infierno junto, no dejaría de ir. Es natural. Debes comprenderlo.

Se echó a reír, y añadió:

—Quien va a venirse con nosotros, eres tú.

Mauricio, enfadado, le soltó las manos. Y los dos se quedaron un instante mirándose de hito en hito, el uno con la exasperación del acceso de locura que padecía París entero, aquel mal producido por los malos fermentos del último reinado, el otro fuerte con su buen sentido y con su ignorancia, sin haberse maleado, porque se había criado en tierra del trabajo y del ahorro. Y sin embargo, los dos eran hermanos, estaban unidos por un vínculo fuerte, y sintieron lo que les sucedía en aquel momento. De repente una oleada de gente les separó.

—¡Hasta la vista, Mauricio!

—¡Hasta la vista, Juan!

La masa compacta de un regimiento, el 79.º, que desembocaba de una calle inmediata, había echado a la multitud a las aceras. Nadie se atrevió a ponerse delante de la tropa. Y la escuadra del 124.º, ya libre, pudo continuar su marcha.

—¡Hasta la vista, Juan!

—¡Hasta la vista, Mauricio!

Se saludaron con la mano. Seguían queriéndose, aunque cedían a la fatalidad violenta de aquella separación.

Los días siguientes, Mauricio olvidó su encuentro con Juan, en medio de los acontecimientos extraordinarios que se precipitaban. El 19, París se despertó sin gobierno, más sorprendido que asustado al saber el pánico que había hecho marchar de Versalles, durante la noche, al ejército, a los funcionarios públicos y a los ministros; y como hacía un tiempo magnífico, París salió tranquilamente a las calles

para ver las barricadas. Pareció muy oportuna una alocución de la Junta Central convocando al pueblo para unas elecciones comunales. Solo le chocó que estuviera firmada por nombres completamente desconocidos. En aquella aurora de la Commune, París estaba en contra de Versalles, por el resentimiento de lo que había padecido y por las sospechas que le asaltaban. Empezó la anarquía, entablándose una lucha entre los alcaldes y la Junta Central. Los esfuerzos de conciliación intentados por los primeros, resultaron inútiles, mientras que la Junta, poco segura de tener en su favor a toda la guardia nacional federada, no hacía más que reclamar modestamente las libertades municipales. Los tiros disparados contra la manifestación pacífica de la plaza Vendôme, las víctimas cuya sangre había enrojecido el empedrado, causaron el primer estremecimiento de terror en la ciudad. Y en tanto que la revolución triunfante se apoderaba definitivamente de todos los ministerios y de todas las administraciones públicas, Versalles temblaba de cólera y de miedo, el gobierno se daba prisa a reunir fuerzas militares suficientes para rechazar un ataque que preveía. Las mejores tropas de los ejércitos del Norte y del Loire eran llamadas con premura, habían bastado diez días para reunir ochenta mil hombres, y la confianza se restableció tan pronto, que el 2 de abril se rompieron las hostilidades, siendo tomados por dos divisiones los pueblos de Puteaux y Courbevoie.

Solo al día siguiente fue cuando Mauricio, que había salido con su batallón por la carretera de Versalles, volvió a ver delante de sí, en la fiebre de sus recuerdos, a Juan, que le decía «Hasta la vista». El ataque de los versalleses había asombrado e indignado a la guardia nacional. Tres columnas, con una fuerza total de cincuenta mil hombres, habían marchado por Bougival y Meudon, a apoderarse de la Asamblea monárquica y de Thiers el asesino. Era la salida torrencial, con tanto ardor exigida durante el sitio, y Mauricio se preguntaba a sí mismo dónde volverla a ver Juan, como no fuese allá abajo, entre los muertos del campo de batalla. Pero la derrota fue inmediata. El batallón de Mauricio llegaba a lo alto de la cuesta de las Pastoras, en el camino de Rueil, cuando, de repente, cayeron en las filas algunas granadas, disparadas desde el Mont Valerien. Los federados se quedaron sin saber lo que les pasaba, unos creían que el fuerte estaba ocupado por compañeros suyos, otros contaban que el gobernador se había comprometido a no hacer fuego. Y un terrible pánico se apoderó de ellos; los batallones se dispersaron, y volvieron a París a todo correr, mientras que la cabeza de la columna, cogida por un movimiento envolvente del general Vinoy, era acuchillada en Rueil. Entonces, Mauricio sintió aumentar su odio contra aquel supuesto gobierno de orden y de legalidad, que derrotado en todos los encuentros por los prusianos, no recobraba el valor sino para atacar a París. ¡Y los ejércitos alemanes estaban todavía allí, presenciando aquel hermoso espectáculo de la caída de un pueblo! Por eso, en la crisis de destrucción que le invadía, aprobó las primeras medidas violentas, la construcción de barricadas en las calles y plazas, el encarcelamiento de los rehenes —el arzobispo, sacerdotes, antiguos funcionarios—. Por una y otra parte empezaban ya las atrocidades; Versalles fusilaba a los

prisioneros, París decretaba que, por la cabeza de uno de sus combatientes, haría caer tres cabezas de rehenes; y la poca cordura que le quedaba a Mauricio, después de tantos sacudimientos y de tantas ruinas, se la llevaba el viento de furor que soplaba por todas partes. La Commune se le presentaba como una vengadora de los ultrajes sufridos, como una libertadora, llevando el hierro que amputa y el fuego que purifica. Aquello no estaba muy claro en su imaginación, porque lo que en él había de instrucción, le evocaba sencillamente recuerdos clásicos, ciudades libres y triunfantes, federaciones de provincias ricas imponiendo su ley al mundo. Veía a París reconstituyendo una Francia de justicia y de libertad, reorganizando una sociedad nueva, después de haber barrido los restos podridos de la antigua. A decir verdad, los nombres de los individuos elegidos para la Commune le habían sorprendido algo, por la extraordinaria mezcla de moderados, de revolucionarios de todas sectas a quienes se confiaba la obra magna. Conocía a muchas de aquellos hombres y les consideraba como unas medianías. Pero el día en que se constituyó solemnemente la Commune en la plaza de la villa, Mauricio había querido olvidarlo todo, animado de nuevo por una esperanza sin límites y renacía la ilusión, en la crisis aguda del mal en su paroxismo, en medio de las mentiras de los unos y de la fe exaltada de los otros.

Durante todo el mes de abril, Mauricio anduvo tiroteando por las cercanías de Neuilly. La primavera, adelantada, hacía ya florecer las lilas. Muchos guardias nacionales volvían por la noche con un ramo de flores en el cañón del fusil. Entre tanto se había reunido en Versalles tanta tropa, que habrían podido formarse dos ejércitos, uno de primera línea, a las órdenes del mariscal MacMahon, y otro, de reserva, mandado por el general Vinoy. La Commune contaba con cerca de cien mil guardias nacionales movilizados y casi otros tantos sedentarios; pero en realidad no había para batirse más que cincuenta mil. Y de día en día se acentuaba el plan de ataque de los versalleses. Después de Neuilly habían ocupado el palacio de Bécon y luego Asnières, nada más que para estrechar la línea de asedio, porque pensaban entrar por el Point du-Jour en cuanto pudiesen asaltar la muralla por aquella parte, bajo los fuegos convergentes del Mont Valerien que estaba en su poder. Todos sus esfuerzos tendían a tomar el fuerte de Issy, al que atacaban utilizando las trincheras de los prusianos. Desde mediados de abril no cesaba el fuego de fusilería y de artillería. En Levallois, en Neuilly, era un combate continuado, un fuego incesante de guerrillas, lo mismo de día que de noche. Por el ferrocarril de circunvalación se llevaban en vagones blindados piezas de grueso calibre para batir a Asnières. Pero en Vanves y en Issy era tremendo el bombardeo, haciendo temblar todos los cristales de París, como en los días más terribles del sitio. Y cuando el fuerte de Issy cayó en manos del ejército de Versailles, el día 9 de mayo, entró el pánico en la Commune, impulsándola tomar resoluciones extremas.

Mauricio aplaudió la creación de una Junta de salvación pública. Sí se quería salvar la patria, ¿no era llegada la hora de las medidas enérgicas? De todas las

violencias, solo una le había oprimido el corazón; el derribo de la columna Vendôme; y se acusaba de aquello como de una debilidad de niño. Le parecía estar oyendo a su abuelo cuando le relataba las batallas de Marengo, Austerlitz, Jena, Eylau, Friedland, Wagram y Moscowa, narraciones épicas que todavía le impresionaban. Pero que se arrasara la casa de Thiers el asesino, que se guardase a los rehenes como una garantía y una amenaza, ¿qué tenía eso de particular? ¿Acaso no eran represalias justas por el bárbaro proceder del gobierno de Versalles? Mauricio sentía cada vez más la sombría necesidad de la destrucción, por lo mismo que se acercaba el fin de sus ensueños. ¡Si la idea justiciera y vengadora había de ser ahogada en la sangre, que se abriese la tierra, transformada, en medio de uno de esos trastornos cósmicos que han renovado la vida! ¡Qué se hundiese París, que ardiera como una inmensa hoguera de holocausto antes que volviese a sus vicios y a sus miserias, a aquella antigua sociedad corroída por abominable injusticia! Mauricio tuvo otro gran ensueño: la ciudad reducida a cenizas, nada más que tizones humeantes en las dos orillas, la llaga curada por el fuego, una catástrofe sin nombre, sin ejemplo, de la que saliese un pueblo nuevo. Así era que cada vez se enardecía más con lo que oía contar: los barrios minados, las catacumbas atestadas de pólvora, todos los monumentos preparados para volarlos, los hornillos de mina puestos en comunicación por hilos eléctricos para que una sola chispa les prendiese fuego; repuestos inmensos de materias inflamables, especialmente petróleo, para transformar las calles y plazas en torrentes, en mares de llamas. La Commune lo había jurado; si entraban los versalleses, ni uno solo pasaría más allá de las barricadas, se abriría el empedrado, se desplomarían los edificios, París quemaría y tragaría a todo un mundo.

El descontento de Mauricio contra la Commune, fue lo que le hizo concebir aquellas ideas propias de un loco. La Commune le parecía torpe, desatentada, incoherente, estúpida. De todas las reformas sociales que había prometido, no había podido realizar ni siquiera una, y era ya seguro que no dejaría detrás de sí ninguna obra duradera. Pero lo que más la perjudicaba eran las rivalidades que la desgarraban, la inquietud en que vivía cada uno de sus individuos. Muchos de ellos, los moderados, no asistían ya a las sesiones. Los otros eran arrastrados por los acontecimientos, temblaban ante una dictadura posible, estaban en la hora en que los grupos de las Asambleas revolucionarias se exterminan entre sí para salvar a la patria. Después de Cluseret, después de Dombrowski, Rossell iba a hacerse sospechoso. Delescluze, nombrado para el cargo de delegado civil del ministerio de la Guerra, no podía hacer nada a pesar de su gran autoridad. Y el gran esfuerzo social vislumbrado abortaba en el aislamiento que de hora en hora se extendía al rededor de aquellos hombres que carecían de prestigio y no podían hacer más que atrocidades.

En París aumentaba el terror. París, irritado al principio contra Versalles, se iba separando de la Commune. El alistamiento forzoso de todos los hombres de menos de 40 años había exasperado a las personas pacíficas y determinado una fuga en masa. Se escapaban valiéndose de un disfraz, con documentos alsacianos, falsos; en las

noches oscuras se descolgaban por las murallas con cuerdas y escalas. Hacía mucho tiempo que se habían marchado los vecinos ricos. Ninguna fábrica había vuelto a abrir sus puertas. No había comercio, no había trabajo, continuaba la existencia de ociosidad, en espera del desenlace inevitable. Y la gente del pueblo no vivía más que del sueldo de los guardias nacionales, aquellos treinta *suses* que se pagaban con los millones cogidos al Banco, los treinta *suses* por los cuales se batían muchos de los rebeldes, una de las causas verdaderas y la razón de ser de la insurrección. Barrios enteros estaban deshabitados; las tiendas, cerradas. A la claridad del sol del admirable mes de mayo, no se encontraban más que entierros de federados muertos en los combates, entierros sin sacerdotes, carros fúnebres cubiertos con banderas rojas, seguidos de mucha gente que llevaba ramos de siemprevivas. Las iglesias, cerradas, se transformaban por la noche en salas de club. Solo se publicaban los periódicos revolucionarios; todos los demás habían sido suprimidos. Era la destrucción de París, aquel malhadado París que tenía a la Asamblea una repulsión de capital republicana, y donde iba en aumento el miedo a la Commune, la impaciencia por verse libre de ella, en medio de los rumores aterradores que circulaban, de las detenciones diarias de rehenes, de los barriles de pólvora llevados a las alcantarillas, donde hacían centinela muchos hombres con teas encendidas, esperando una señal.

Entonces, Mauricio, que no había bebido nunca, se encontró cogido y como ahogado en la embriaguez general. Cuando estaba de servicio de avanzadas, o cuando pasaba la noche en el cuerpo de guardia, solía aceptar una copa de cognac. Si tomaba otra, se exaltaba entre las bocanadas de alcohol que le daban en la cara. Era la epidemia creciente, la borrachera crónica, herencia del primer sitio; un vecindario sin pan, pero con aguardiente y vino a discreción, y que al menor trago que echaba, se trastornaba por completo. Por primera vez en su vida, Mauricio volvió borracho a su casa (donde dormía de cuando en cuando) el domingo 21 de mayo, por la noche. Había pasado el día en Neuilly, disparando tiros, bebiendo con sus compañeros, con la esperanza de quitarse el cansancio que le abrumaba. Después, trastornado, rendido, había ido a echarse en su cama, llevado por el instinto, porque nunca se acordó cómo había vuelto a su casa. Y al otro día el sol estaba ya muy alto, cuando le despertaron ruidos de campanas, de tambores y de cornetas. Los versalleses habían entrado libremente en París, por haber encontrado abandonada una de las puertas.

Mauricio se vistió de prisa, cogió el fusil y salió a la calle. En la alcaldía del distrito encontró a unos compañeros que le contaron confusamente lo que ocurría. Hacía diez días que el fuerte de Issy y la batería de Montretout, auxiliados por la ciudadela de Mont-Valerien, estaban abriendo brecha, obligando a los federados a abandonar la puerta de Saint Cloud. Al día siguiente iba a darse el asalto. Serían las cinco de la tarde cuando un transeúnte, viendo que nadie guardaba ya la puerta, había llamado con una seña a la guardia de trinchera que estaba a unos 50 metros escasos. Dos compañías del 37.º de línea entraron sin esperar órdenes, y detrás de ellas entró todo el 4.º cuerpo mandado por el general Douay. A las siete la división Vergé pasó el

pueblo de Grenelle y avanzó hasta el Trocadero. A las nueve, el general Clinchamp se apoderó de Passy. A las tres de la mañana, el primer cuerpo acampó en el Bosque de Boulogne, y al mismo tiempo la división Bruat pasaba el Sena para tomar la puerta de Sèvres y facilitar la entrada del 2.º cuerpo, el cual ocupó, una hora después, el barrio de Grenelle. El día 22 por la mañana, el ejército de Versalles era, pues, dueño del Trocadero y de la Muette, en la orilla derecha, y de Grenelle, en la izquierda, con asombro y terror de la Commune, que se veía ya perdida.

El primer pensamiento de Mauricio fue que todo había concluido y que no quedaba más que hacerse matar. Pero las campanas seguían tocando a rebato, las mujeres y hasta los niños trabajaban en las barricadas, los batallones, reunidos a toda prisa, corrían a su puesto de combate. Y a mediodía renacía la esperanza en el corazón de los soldados de la Commune, resueltos a vencer, al observar que los versalleses no avanzaban más. Este ejército procedía con una prudencia extraordinaria, aleccionado por sus derrotas, exagerando la táctica que los prusianos le habían enseñado tan duramente. La Junta de salvación pública organizaba y dirigía la defensa desde la Casa de la Villa. Contábase que había rechazado desdeñosamente una suprema tentativa de conciliación. Esto alentaba a las masas; la resistencia iba a ser tenaz, puesto que el ataque sería implacable, dado el odio que enardecía a los dos ejércitos. Y aquel día, Mauricio lo pasó en el barrio del Cuartel de Inválidos, retirándose lentamente de calle en calle, sin dejar de hacer fuego. No habiendo podido encontrar a su batallón, se reunió con camaradas desconocidos, con los cuales pasó a la orilla izquierda. A las cuatro, defendieron una barricada que cerraba la calle de la Universidad por la parte de la Explanada y no la abandonaron hasta el anochecer, cuando supieron que la división Bruat, corriéndose por el muelle, se había apoderado del palacio del Cuerpo Legislativo. A duras penas pudieron llegar a la calle de Lille, dando un gran rodeo por las calles de Santo Domingo y Bellechasse. Al cerrar la noche, el ejército de Versalles ocupaba una línea que empezaba en la punta de Vanves, pasaba por el palacio del Elíseo, la iglesia de San Agustín y la estación de San Lázaro, y terminaba en la puerta de Asnières.

El día siguiente, el 23, un martes primaveral, de ardiente sol, fue para Mauricio el día terrible. Unos cuantos centenares de federados de distintos batallones, entre los cuales se hallaba él, se sostenían todavía en el barrio de Santo Domingo. Pero la mayor parte habían vivaqueado en los jardines de los palacios de la calle de Lille. Él mismo se había quedado profundamente dormido en un jardincito contiguo al palacio de la Legión de Honor. Por la mañana creía que las tropas saldrían del palacio del Cuerpo Legislativo para atacar las fuertes barricadas de la calle del Bac. Sin embargo, iban pasando las horas sin que se diese la orden de ataque. Solo había algún tiroteo. Era el plan de Versalles, que se desarrollaba con prudente lentitud; la resolución de no atacar de frente al terraplén de las Tullerías, transformado por los rebeldes en una fortaleza formidable; la marcha a lo largo de las murallas, por derecha e izquierda, para apoderarse primero de Montmartre y del Observatorio y para coger después

todos los barrios del centro en una inmensa redada. A eso de las dos, Mauricio oyó decir que la bandera tricolor ondeaba en Montmartre. Atacada por tres cuerpos de ejército, que habían lanzado sus batallones sobre el cerro, por las calles Lepic, de los Sauces y del Mont-Cenis, acababa de ser tomada la gran batería del Molino de la Galette; y los vencedores entraban en París, apoderándose de la plaza de San Jorge, de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, de la alcaldía de la calle Druot y del nuevo teatro de la Opera; mientras que en la orilla izquierda, tomaban la plaza de Enfer y el Mercado de Caballos. Los insurrectos recibían aquellas noticias con asombro y espanto. ¡Montmartre tomado en dos horas, Montmartre, la ciudadela gloriosa e inexpugnable de la insurrección! Mauricio notó que las filas se aclaraban, muchos camaradas, amedrentados, se marchaban, yendo a lavarse las manos y a ponerse una blusa por temor a las represalias. Corría el rumor de que se preparaba el ataque a la Croix Rouge. Las barricadas de las calles Cartinag y Bellechasse habían sido ya tomadas; empezaban a verse pantalones encarnados al extremo de la calle de Lille. Y no tardaron en quedarse solos los convencidos, los tercios, Mauricio y unos cincuenta más, resueltos a morir, pero no sin matar antes cuantos versalleses pudieran, aquellos versalleses que trataban a los federados como bandidos, que fusilaban a los prisioneros a retaguardia de la línea de batalla. Desde el día anterior había aumentado el odio. Entre aquellos sublevados que morían por su ideal y aquel ejército lleno de pasiones reaccionarias, exasperado por tener que batirse otra vez, no había, ni podía haber más que exterminio.

Serían las cinco de la tarde, cuando Mauricio y sus compañeros se replegaban detrás de las barricadas de la calle de Bac, sin dejar de hacer luego, vieron de repente salir una gran humareda por una ventana abierta del palacio de la Legión de Honor. Era el primer incendio y Mauricio sintió una alegría feroz. Había llegado la hora. ¡Que ardiese, pues, la ciudad entera como una hoguera inmensa! ¡Que el mundo se purificase por el fuego! Pero una aparición brusca dejó atónito a Mauricio. Acababan de salir precipitadamente del palacio cinco o seis hombres, y delante iba un mocetón, en el cual reconoció a Chouteau, su antiguo camarada de escuadra del 106.º. Ya lo había visto después del 18 de marzo con un kepis galoneado y a los pocos días lo había encontrado con más galones, agregado al estado mayor de algún general que no se batía. Se acordó de una historia que le habían contado: el tal Chouteau, instalado en el palacio de la Legión de Honor, viviendo allí en compañía de una querida en una francachela continua, rompiendo los espejos a tiros de revólver y limpiándose las botas con las colchas de damasco. Hasta se aseguraba que, con el pretexto de ir a la compra, su querida salía todas las mañanas en carruaje de gala, llevándose envoltorios de ropa blanca, relojes de sobremesa y hasta muebles. Mauricio al ver correr a Chouteau, con una lata de petróleo en la mano, sintió un malestar, una duda tremenda que hizo vacilar toda su fe. ¿Si sería mala la obra terrible, puesto que un hombre así era uno de los obreros?

Pasaron más horas. Mauricio se batía a la desesperada. Si se había equivocado,

¡que pagase al menos su error con su sangre! La barricada que cerraba la calle de Lille, a la altura de la calle del Bac, estaba hecha con sacos y con barricadas llenas de tierra y protegida por un foso profundo. Defendíala Mauricio con una docena de federados, todos medio tendidos en el suelo, matando a los soldados que se presentaban. Él no se movió hasta el anochecer, gastó sus cartuchos, silencioso, en la terquedad de su desesperación. Miraba cómo iba aumentando la humareda del palacio de la Legión de Honor. Todavía no se veían las llamas. Un edificio contiguo empezaba a arder también. De repente, un compañero fue a avisar a Mauricio que los soldados, no atreviéndose a salir al centro de la calle, avanzaban por los jardines y por dentro de las casas, abriendo boquetes en las paredes. De un momento a otro podía ser tomada la barricada por retaguardia. A la luz de un fogonazo que salió de una ventana, Mauricio vio a Chouteau y a su cuadrilla que subían a las casas de esquina llevando latas de petróleo y hachas de viento. Media hora después estaban ardiendo las casas de las cuatro esquinas. Entretanto, Mauricio, tendido detrás de las barricadas, se aprovechaba del resplandor del incendio para tirar a los soldados imprudentes que se arriesgaban a salir al centro de la calle.

¿Cuánto tiempo estuvo Mauricio haciendo fuego? No tenía ya conciencia del tiempo, ni de los lugares. La detestable tarea que estaba ejecutando le daba náuseas. A su alrededor, el incendio empezaba a envolverle con un calor intenso en una atmósfera sofocante. La encrucijada, con los montones de adoquines que la cerraban, se había convertido en un campo atrincherado, defendido por los incendios. ¿No eran esas las órdenes; prender fuego a los barrios al abandonar las barricadas, detener a las tropas con una línea de hogueras? Mauricio comprendía que las casas de la calle del Bac no eran las únicas que ardían. Detrás de sí veía iluminarse el cielo con un resplandor rojizo. A la derecha debía haber otros incendios. Hacia ya rato que Chouteau había desaparecido. Los más furibundos de los compañeros de Mauricio se marchaban también uno a uno, aterrados con la idea de ser cogidos de un momento a otro. Al fin, Mauricio se había que dado solo, tendido entre dos sacos de tierra, sin pensar en otra cosa que en defender el frente de la barricada cuando los soldados, que habían ido pasando por los patios y por los jardines, llegaron por retaguardia, saliendo de un portal de la calle del Bac.

En la exaltación de aquella lucha suprema, hacía dos días largos que Mauricio no se acordaba de Juan. Y tampoco Juan, desde que había entrado en París con su regimiento, se había acordado de Mauricio, ni siquiera un minuto. El día antes había estado en las guerrillas, en el campo de Marte y en la explanada de los Inválidos. Después, aquel día, no había salido de la plaza del Palacio Borbón hasta mediodía para ir a tomar las barricadas del barrio. Él, tan tranquilo, se había ido exasperando poco a poco en aquella guerra fratricida, en medio de compañeros que no deseaban sino descansar, después de tantas fatigas y penalidades. Además, los relatos de las atrocidades de la Commune, le ponían fuera de sí, lastimando su respeto a la propiedad y su necesidad de orden. Era el tipo del verdadero francés, un campesino

sesudo, ansioso de paz, para que se volviera a trabajar, a ganar. Pero lo que más ira le daba eran los incendios. ¡Quemar las casas, quemar los palacios, porque no se había triunfado! ¡Caramba, eso no! Solo unos bandidos eran capaces de hacer una barbaridad semejante. Y él, que se había conmovido al presenciar el día antes los fusilamientos, no sabía ya lo que hacía, se había vuelto feroz.

Juan salió, impetuosamente, a la calle del Bac, con algunos individuos de su escuadra. Al principio, no vio a nadie, creyó que la barricada acababa de ser desalojada. Luego, vio a un comunista revolviéndose entre los sacos de tierra y disparando tiros hacia la calle de Lille. Impulsado por la fatalidad, Juan salió a la carrera, y atravesó al comunista, de un bayonetazo.

Mauricio no había tenido tiempo para volverse. Dio un grito, levantó la cabeza. Los incendios los alumbraban con una claridad extraordinaria.

—Juan, querido Juan, ¿eres tú?

Quería morir, lo deseaba con frenética impaciencia. Pero morir a manos de su hermano, aquello era demasiado, aquello emponzoñaba la muerte con una amargura terrible.

—¿Con que eres tú, Juan, querido Juan?

Juan le miraba asombrado. Estaban solos, porque los demás soldados habían salido en persecución de los fugitivos. A su alrededor los incendios ganaban terreno; grandes llamaradas rojizas salían por las ventanas; desplomábanse los techos con pavoroso estrépito. Y Juan desesperado y lloroso, se arrodilló junto a Mauricio, palpándole, procurando levantarlo, para ver si podía salvarlo.

¡Pobre amigo mío, pobrecillo!

VIII

Cuando el tren procedente de Sedan llegó, con mucho retraso, a la estación de San Dionisio, a eso de las nueve, un gran resplandor rojizo iluminaba el cielo, por la parte del Sur, como si estuviese ardiendo todo París. Conforme había ido haciéndose de noche, aquel resplandor había aumentado, y, poco a poco se extendió por todo el horizonte, dando color de sangre a unas nubecillas que, por la parte de Oriente, se perdían en el fondo de las tinieblas.

Enriqueta bajó del coche, inquieta por aquellos reflejos de incendio que los viajeros habían visto por las ventanillas del tren en marcha. Los soldados de un destacamento prusiano que acababa de ocupar la estación, hacían bajar a todo el mundo, y dos de ellos gritaban en francés:

—París está ardiendo... El tren no pasa de aquí... ¡Abajo todo el mundo!... París está ardiendo...

Enriqueta se angustió mucho. ¿Llegaría demasiado tarde? Como Mauricio no había contestado a sus dos últimas cartas, y las noticias de París eran cada vez más alarmantes, se había decidido a marcharse de Remilly. En casa de su tío Fouchard llevaba una vida muy triste. Conforme se había ido prolongando la resistencia en París, las tropas de ocupación se habían vuelto más exigentes. El racionamiento de las fuerzas que regresaban a Alemania estaba acabando con los recursos de los pueblos. Al salir Enriqueta de la casería para ir a Sedan a tomar el ferrocarril muy de madrugada, había visto el corral lleno de soldados de caballería que habían dormido allí. A un toque de corneta, todos se habían levantado, silenciosos, envueltos en sus capotes, y tan apiñados que Enriqueta creyó estar presenciando la resurrección de los muertos en un campo de batalla, al toque de llamada de las trompetas del Juicio final. Y encontraba más prusianos en San Dionisio, y ellos eran los que daban aquel grito que la trastornaba:

—¡Abajo todo el mundo! ¡De aquí no se pasa!... ¡París está ardiendo!

Enriqueta, desesperada, con su maletita en la mano, pidió noticias. Hacía dos días que en París se estaban batiendo; la vía férrea se hallaba interceptada; los prusianos se mantenían a la expectativa. Pero Enriqueta quería pasar a todo trance; vio en el andén al capitán de la compañía que ocupaba la estación, y se acercó a él.

—Caballero, voy a ver a un hermano mío, de quien no sé nada. Suplico a usted, que me facilite un medio de continuar mi viaje.

Se detuvo, sorprendida, al reconocer al capitán.

—¡Es usted, Otto!... Favorézcame usted, ya que la casualidad ha hecho que volvamos a encontrarnos.

Su primo, Otto Gunther, seguía tan espetado y orgulloso como siempre. Y no reconocía a aquella mujer delgada, rubia y bonita, de aspecto enfermizo. Al fin la

recordó, pero se contentó con hacer una inclinación de cabeza.

—Ya sabe usted que tengo un hermano soldado, continuó Enriqueta. Está en París, y temo que haya tomado parte en esa lucha horrible... Otto, por favor, deme usted el medio de seguir mi viaje.

Entonces él se decidió a hablar.

—No puedo hacer nada... Desde ayer no circulan los trenes. Creo que han levantado los rails. Y no tengo a mi disposición ningún carruaje, ni caballo, para llevar a usted.

Ella le miraba, apesadumbrada por encontrarle tan frío, tan resuelto a no auxiliarla.

—No quiere usted hacer nada... ¡Dios mío! ¿A quien me dirigiré yo?

¡Aquellos prusianos, que eran los dueños de todo, que, con solo una palabra, hubieran podido volver la ciudad de arriba a bajo, embargar cien carruajes, hacer salir de las cuadras mil caballos! Y Otto se negaba, con su aire altanero de vencedor que se imponía la obligación de no intervenir nunca en los asuntos de los vencidos, por figurarse, sin duda, que iban a manchar su gloria recién ganada.

—En fin —dijo Enriqueta, procurando calmarse—; sabrá usted, por lo menos, lo que ocurre. Dígamelo.

—París está ardiendo... Venga usted conmigo. Desde ahí se ve perfectamente.

Otto salió del andén seguido por Enriqueta, y anduvo por la vía un centenar de pasos para llegar a una pasadera de hierro, construida encima de la vía. Cuando hubieron subido la estrecha escalera y se encontraron arriba, apoyados en la barandilla, pudieron ver por encima de un talud, la inmensa llanura.

—Ya lo ve usted; París está ardiendo.

Eran las nueve y media, poco más o menos. El resplandor rojizo se extendía cada vez más. Las nubecillas ensangrentadas habían desaparecido, y quedaba en el zenit más que una mancha negra, en la cual se reflejaban las llamas lejanas. Toda la línea del horizonte despedía llamaradas, pero a trechos, se distinguían focos más intensos cuyo continuo centelleo rayaba las tinieblas, en medio de grandes humaredas. Parecía que los incendios andaban, que algún bosque gigantesco estaba ardiendo, que hasta la tierra iba a arder, abrasada por aquella colosal hoguera de París.

—¡Mire usted! —explicaba Otto—; aquella cosa negra que se destaca sobre el fondo rojo es Montmartre. A la izquierda, en la Villette, en Belleville, no se quema nada todavía. El luego es en los mejores barrios y se va extendiendo... ¡Mire usted, allá a la derecha, otro incendio! Se ven las llamas, un hervidero de llamas... ¡Más, más!...

No gritaba, no se animaba, y la enormidad de su alegría tranquila dejó aterrada a Enriqueta. Otto estaba insultante con su calma, con su sonrisita, como si hubiera previsto y esperado, desde mucho tiempo atrás, aquel desastre sin ejemplo. Al fin ardía París, aquel París donde las granadas alemanas no habían hecho casi daño. Todos los rencores del capitán estaban satisfechos. Parecía vengado de la larga

duración del sitio, de los fríos espantosos, de las dificultades que a cada paso habían sufrido. En el orgullo del triunfo, las provincias conquistadas, la indemnización de los cinco mil millones, nada valía tanto como aquel espectáculo de París destruido, atacado de locura furiosa, prendiéndose fuego a sí mismo y desvaneciéndose en humo en aquella noche serena de primavera.

—Tenía que suceder —añadió Otto en voz baja—. ¡Buena tarea, buena!

Ante la inmensidad de la catástrofe, Enriqueta sentía oprimírsele el corazón. Durante unos minutos desapareció su desgracia personal, perdida en aquella expiación de un pueblo entero. La idea de que el fuego estaría devorando vidas humanas, la vista de la ciudad ardiendo, despidiendo la claridad infernal de las capitales malditas, le arrancaban exclamaciones de dolor. Cruzó las manos y preguntó:

—¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho para ser castigados de esta manera?

Otto hizo un ademán de apóstrofe. Iba a hablar con la vehemencia de ese frío y duro protestantismo militar que citaba versículos de la Biblia. Pero una mirada de Enriqueta le contuvo. Además, su ademán había bastado, porque había expresado su odio de raza, su convicción de ser en Francia el justiciero enviado por el Dios de los ejércitos para castigar a un pueblo pervertido. París ardía en castigo de muchos siglos de mala vida, de la acumulación de sus crímenes y de sus orgías. Los germanos volverían a salvar al mundo, barriendo el último polvo de la corrupción latina.

Otto se contentó con decir:

—Es el final... Ahora empieza a arder otro barrio... aquel otro foco, allá, más a la izquierda...

Los dos callaron. Llamadas continuas subían sin cesar, desbordándose en el firmamento. El mar de fuego ensanchaba a cada momento su línea en lo infinito, una marejada incandescente de la que salían humaredas que formaban encima de la ciudad un inmenso nubarrón cobrizo.

Enriqueta sintió un estremecimiento. Le pareció que salía de una pesadilla. Y angustiada con el recuerdo de su hermano, dirigió a Otto la última súplica.

—Conque... ¿no puede usted hacer nada por mí? ¿Se niega usted a ayudarme a entrar en París?

Otto hizo un ademán como si fuera a barrer el horizonte.

—¿Para qué? Mañana no habrá allí más que escombros.

Y no hablaron más. Enriqueta bajó de la pasadera y se dirigió a la estación. Otto se quedó arriba un largo rato, gozando con la monstruosa fiesta que le proporcionaba el espectáculo de aquella Babilonia incendiada.

Al salir de la estación, Enriqueta tuvo la suerte de tropezar con una señora que estaba ajustando un carruaje que la condujese inmediatamente a París, calle de Richelieu; y tanto la suplicó, con lágrimas tan conmovedoras, que la señora acabó por consentir en llevarla. El cochero arreó a su caballo; no habló una palabra en todo el camino. La señora no cesó de charlar, contando que la antevíspera había salido de su

tienda dejándola cerrada, pero que había hecho la tontería de dejar unos valores escondidos en una pared, y volvía a buscarlos, aunque tuviera que pasar por entre las llamas. En la puerta no había más que unos cuantos insurrectos, medio dormidos. El coche pasó sin grandes dificultades. La señora dijo al comandante de aquella guardia que había ido a buscar a su sobrina para cuidar entre las dos a su marido, herido por los versalleses. Los grandes obstáculos empezaron en las calles, obstruidas por barricadas.

Después de haber dado varios rodeos llegaron al boulevard Poissonniere, donde el cochero manifestó que no seguía adelante. Y las dos mujeres tuvieron que continuar a pie por la calle de Sentir y por todo el barrio de la Bolsa. Les extrañaba la calma y la soledad que había en aquella parte de la capital. Sin embargo, al pasar por delante de la Bolsa oyeron tiros. En la calle de Richelieu, la señora, muy contenta por haber encontrado intacta su tienda, quiso enseñar a Henriqueta por donde había de ir a la calle des Orties, que no estaba lejos. Por fin, a las cuatro de la mañana, ya de día, Henriqueta, rendida de cansancio, llegó a la casa donde vivía su hermano.

En la barricada de la calle del Bac, Mauricio había podido sentarse en el suelo, con gran alegría de Juan, porque este creía que lo había matado.

—Muchacho ¿vives todavía?... ¿Tendré esa suerte?... Espera; déjame ver. A la claridad del incendio reconoció con cuidado la herida. La bayoneta había atravesado el brazo derecho por cerca del hombro; y lo peor era que había penetrado después entre dos costillas, interesando, sin duda, el pulmón. Sin embargo, el herido respiraba sin mucha dificultad.

—¡Pobre Juan! No te desesperes así. Yo estoy contento; me gusta acabar de una vez. Bastante has hecho por mí, porque hace mucho tiempo que a no haber sido por ti estaría yo debajo de tierra.

Al oírle decir aquellas cosas, Juan se desesperaba más.

—¡Te quieres callar! Tú me has salvado dos veces de los prusianos. Estábamos en paz. Ahora me tocaba dar mi vida, y te he herido... ¡Maldita sea mi suerte! ¡Si estaría yo borracho cuando no te he conocido!... ¡Sí, borracho como un marrano de tanto beber sangre!

Se le saltaban las lágrimas, al recordar su separación allá en Remilly, cuando se habían despedido sin saber si volverían a verse. ¿Conque no servía de nada haber pasado juntos tantas penalidades y haber tenido la muerte delante? ¿Y era para llevarlos a aquella abominación a aquel fratricidio monstruoso y estúpido, para lo que se habían unido sus corazones durante aquellas semanas de vida heroica? ¡No y no!

—Tengo que salvarte, muchacho... quieras o no.

Lo primero era sacarle de allí, porque la tropa remataba a los heridos. Suerte tenían en estar solos. No había que perder ni un minuto. Juan quitó a Mauricio el uniforme, y le vendó fuertemente el brazo, con pedazos que sacó del forro. Después tapó la herida y sujetó el brazo por encima, con un pedazo de cuerda, para contener la hemorragia.

—¿Puedes andar?

—Me parece que sí.

Pero no se atrevía a llevárselo así, en mangas de camisa. Tuvo una inspiración repentina; corrió a una calle inmediata, donde había visto un soldado muerto, y volvió con un capote y un kepis. Echó el capote sobre los hombros de Mauricio.

—¡Vaya! Ya eres de los nuestros... ¿A dónde vamos?

Esa era la dificultad. ¿Dónde encontrarían un refugio seguro? Las tropas registraban las casas y fusilaban a todos los comunistas cogidos con las armas en la mano. Además, ni Juan, ni Mauricio, conocían a nadie en aquel barrio, ni había por allí nadie a quien pedir auxilio.

—Lo mejor será ir a mi casa, dijo Mauricio. Está en una calle tan extraviada, que nadie ha de ir por allí... Pero está al otro lado del río; en la calle de las Orties.

Juan, desesperado, juraba como un carretero.

—¿Y qué hacemos ahora?

No había que pensar en tomar por el puente Real, porque el resplandor de los incendios lo alumbraba como si hiciera sol. En las dos orillas seguía el tiroteo. El palacio de los Tullerías estaba ardiendo. Por el Louvre tampoco se podía pasar.

De repente se le ocurrió a Juan una idea. Si había barcas, como antes, junto al puente Real, podía intentarse pasar a la otra orilla. La tentativa era muy arriesgada, pero no había otro medio y era preciso decidirse pronto.

—Oye, muchacho, aquí no estamos bien; tenemos que largarnos... Yo contaré a mi teniente que me cogieron unos comunistas y que me escapé.

Cogió a Mauricio por el brazo sano, y le ayudó a salir de la calle del Bac, cuyas casas ardían de arriba a bajo, como enormes antorchas. Una lluvia de tizones encendidos caía sobre ellos. Cuando llegaron al muelle, se quedaron un momento como ciegos, por la espantosa claridad.

Y no se consideró algo seguro basta que no hubo hecho bajar a Mauricio la escalera del muelle, a la izquierda del muelle Real, aguas abajo. Se escondieron entre unos árboles. Al poco rato, oyeron tiros y gritos, después el ruido de un cuerpo que caía al agua. El puente estaba guardado; no había duda.

—¿No te parece que debíamos pasar la noche en esa caseta? —preguntó Mauricio señalando una caseta de guarda.

—¡Eso es! ¡Para que nos cojan cuando sea de día!

Juan no renunciaba a su plan. Acababa de encontrar allí una flotilla de barquichuelos. Pero estaban amarrados. ¿Cómo podía deamarrar uno y soltar los remos? Al fin encontró un par de remos viejos y pudo hacer saltar un candado, que sin duda estaba mal cerrado. Enseguida acomodó a Mauricio en la proa del bote y se dejó llevar por la corriente siguiendo la orilla a la sombra de las casetas de baños y de las gabarras. Ni uno ni otro hablaban una palabra, aterrados con el espectáculo que tenían ante sus ojos. Al llegar al puente de Solferino, vieron los dos muelles ardiendo.

A la izquierda estaba ardiendo el palacio de las Tullerías. Los comunistas habían

prendido fuego al pabellón de Flora y al de Marsan, desde los cuales se había comunicado al del Reloj, donde estaba preparada una mina, barriles de pólvora amontonados en la sala de los Mariscales. En aquel momento salían por las ventanas remolinos de humo rojizo. La techumbre ardía, entreabriéndose como una tierra volcánica al impulso de la hoguera interior. El pabellón de Flora era todo él una hoguera. El petróleo, con el que se habían rociado el piso y las colgaduras, daba a las llamas tanta intensidad que se veía retorcerse los hierros de los balcones.

A la derecha, en primer término, el palacio de la Legión de Honor, que estaba ardiendo desde las cinco de la tarde y que se consumía en una gran llamarada, como una hoguera cuya leña se acaba toda al mismo tiempo. En segundo término el palacio del Consejo de Estado, el incendio inmenso, el más grande, el más aterrador, el gigantesco cubo de piedra vomitando llamas. Los cuatro edificios que rodeaban el patio interior habían empezado a arder a un tiempo; y allí, el petróleo, derramado por barricadas enteras en las cuatro escaleras, había corrido por los escalones a manera de torrente infernal. En la fachada que da al río se destacaba la línea del ático en medio de las lenguas rojizas que lamían sus bordes; las columnatas, las cornisas, los frisos, las esculturas, aparecían con un relieve extraordinario en medio de un resplandor que quitaba la vista. El fuego tenía allí una fuerza tan terrible, que el colosal monumento parecía vacilar sobre sus cimientos, conservando únicamente la armazón sus espesos muros bajo aquella violencia de erupción que lanzaba al aire el zinc de las techumbres. También estaba ardiendo una parte del cuartel del muelle de Orsay, una columna alta y blanca que parecía una torre de luz. Y detrás, había más incendios, las siete casas de la calle del Bac, las veintidós de la calle de Lila, destacándose las llamas sobre otras llamas, en un mar sangriento.

Juan, espantado, murmuró:

—¡Esto no puede ser!... Va a arder el río. Parecía, efectivamente, que el bote navegaba por un río de fuego. Hubiérase dicho que a los reflejos de aquellos focos inmensos, arrastraba el Sena carbones encendidos. Y el bote seguía siendo llevado por la corriente entre palacios incendiados.

—¡Ah! —dijo Mauricio enloquecido ante aquella destrucción que había deseado —; ¡que arda todo!, ¡que vuele todo!

Pero Juan le hizo callar, como si hubiera tenido miedo de que una blasfemia así les llevase la desgracia. ¿Era posible que un muchacho a quien que ría tanto, tan instruido, tan fino, tuviese ideas semejantes? Y se puso a remar con más fuerza, porque habían dejado atrás el puente de Solferino. La claridad era tan grande, que el río estaba alumbrado como con el sol de mediodía. Se distinguían los más pequeños detalles con una precisión asombrosa; los visos que hacía el agua, los arbolillos de los muelles. Los puentes se destacaban con una blancura deslumbradora, con una claridad tal que podían contarse las piedras. De cuando en cuando se oían fuertes crujidos. El viento llevaba olores pestíferos. Y lo espantoso era que no se veían los demás barrios, los situados agua abajo. A derecha e izquierda la violencia de los

incendios deslumbraba, abría más allá un abismo negro. Solo se veía una enormidad tenebrosa, como si París entero, invadido por el fuego, hubiera desaparecido en una noche eterna. Y el cielo también había dejado de existir: las llamas subían tan arriba que apagaban las estrellas.

Mauricio, a quien la calentura hacía delirar, soltó una carcajada de loco:

—¡Gran fiesta en el Consejo de Estado y en las Tullerías!... Las fachadas están iluminadas, las mujeres están bailando... ¡Bailad, sí, bailad con esas faldas que echan humo, con esos moños que echan chispas!

Y con el brazo que tenía útil, evocaba las fiestas de Sodoma y Gomorra, las músicas, las flores, los goces monstruosos, los palacios convertidos en burdeles, iluminando la abominación de las desnudeces con tanto lujo de bujías que se habían incendiado a si mismos. De repente sonó un estampido espantoso. Era que el fuego en las Tullerías había llegado a la sala de los Mariscales o inflamando los barriles de pólvora había causado la voladura del pabellón del Reloj. Surgió un inmenso penacho de llamas que llenó el cielo oscuro, el *bouquet* flamígero de la horrenda fiesta.

—¡Bien por el baile! —gritó Mauricio, como cuando termina un espectáculo.

Juan volvió a suplicarle que callase. ¡No, no! No había que querer el mal. Si todo quedaba destruido perecerían ellos. Y no deseaba ya más que atracar a la orilla, huir del terrible espectáculo. Tuvo, sin embargo, la prudencia de seguir hasta más allá del puente de la Concordia para no desembarcar sino en el Muelle de la Conferencia, pasado el recodo del Sena. Y en aquel momento crítico, impulsado por su respeto instintivo a los bienes ajenos, perdió algunos minutos en amarrar el bote, en lugar de dejarlo ir por el río abajo. Su plan era pasar por la plaza de la Concordia y por la calle de San Honorato para llegar a la calle de los Orties. Después de haber hecho sentar a Mauricio en la orilla del río subió la escalera del muelle y al llegar arriba comprendió que les iba a costar mucho trabajo salvar los obstáculos acumulados allí; el terraplén de las Tullerías, transformado por los comunistas en fortaleza inexpugnable, las calles Real, San Florentino y de Rívoli, cerradas con barricadas altas; y esto explicaba la táctica del ejército de Versalles, cuyas líneas formaban aquella noche un inmenso ángulo entrante, con el vértice en la plaza de la Concordia, uno de los extremos en la orilla derecha, en la estación de mercancías del ferrocarril del Norte, el otro extremo en la orilla izquierda, en un baluarte de las murallas, junto a la puerta de Arcueil. Pero iba a amanecer, los comunistas habían desalojado las Tullerías y las barricadas, la tropa acababa de apoderarse del barrio, en medio de más incendios, doce casas que estaban ardiendo desde las nueve de la noche en las cuatro esquinas de la calle de San Honorato y calle Real.

Cuando Juan volvió a buscar a Mauricio le encontró soñoliento, como atontado después de su crisis de sobreexcitación.

—¡No va a ser fácil!... ¿Podrás andar, muchacho?

—Sí, sí, no tengas cuidado. Muerto o vivo, yo llegaré.

Le costó trabajo subir la escalera de piedra. Ya arriba echó a andar despacio,

apoyado en el brazo de su compañero, con paso de sonámbulo. Aunque no era todavía de día, el resplandor de los incendios próximos alumbraba la extensa plaza con una aurora amoratada. Al otro lado del puente y al extremo de la calle Real, se distinguían confusamente los fantasmas del Palacio Borbón y de La Magdalena. Una parte del terraplén de las Tullerías, batido en brecha, se había hundido. En la plaza de la Concordia las balas habían agujereado el bronce de las fuentes, la estatua de Lila yacía en el suelo, partida en dos por una granada, y la estatua de Strasburgo, cubierta con un crespón, parecía que llevaba luto por tantas ruinas. Y había allí, junto al obelisco, en una zanja, una cañería de gas, rota por algún piquetazo, a la que se había prendido fuego por una casualidad y de la que salía con un ruido estridente una llamarada.

Juan evitó el pasar por la barricada que cerraba la calle Real entre el Ministerio de Marina y el Guarda Muebles, salvados del incendio. Oía voces de soldados detrás de los sacos de tierra y de los toneles que lo formaban. Por delante la defendía un foso, lleno de agua corrompida, en la cual flotaba el cadáver de un federado; y por un boquete se veían las casas de la calle de San Honorato, que todavía estaban ardiendo a pesar de las bombas que se habían llevado de los pueblos de las afueras. A derecha e izquierda, los arbolillos, los kioskos para la venta de periódicos estaban destrozados, acribillados a metrallazos. Se oían gritos. Los bomberos acababan de encontrar, en un sótano, los cadáveres, medio carbonizados, de siete personas.

Aunque parecía más fuerte la barricada que obstruía la calle de San Florentino, Juan comprendió que por allí era menos peligroso el paso. La barricada estaba completamente abandonada, sin que la tropa se hubiese atrevido todavía a ocuparla. Detrás de aquella muralla no había ni un alma, únicamente un perro vagabundo que echó a correr. Pero sucedió lo que Juan temía; en la calle de San Florentino se encontraron con una compañía del 88.º de línea, que había flanqueado la barricada.

—Mi capitán —dijo—, este es un camarada a quien han herido esos pillos, y lo llevo al hospital de sangre.

El capote echado por los hombros de Mauricio, fue lo que le salvó. Juan pasó un susto terrible. Al fin, pudieron tomar la calle de San Honorato. Empezaba a amanecer; se oían todavía algunos tiros en las calles transversales. Fue un milagro que los dos camaradas pudiesen llegar a la calle de Frondeurs, sin haber tenido otro mal encuentro. Andaban muy despacio, porque Mauricio iba debilitándose cada vez más. Los 300 o 400 metros que faltaban, parecían interminables. En la calle de Frondeurs tropezaron con unos comunistas sueltos; pero estos se asustaron, creyendo que llegaba un regimiento entero, y echaron a correr. No quedaba más que un trozo de la calle de Argenteuil para llegar a la de los Orties. ¡Dichosa calle de los Orties! ¡Con qué impaciencia la deseaba Juan, hacía cuatro horas largas! Cuando entraron en ella, estaba obscura, desierta, silenciosa, como a cien leguas de la batalla. La casa, una casa vieja y estrecha, sin portería, dormía con un sueño de muerte.

—Tengo las llaves en el bolsillo —balbuceó Mauricio—. La grande es la de la

calle, la pequeña, la de mi cuarto, en lo más alto de la casa.

Y se desmayó en brazos de Juan, cuya inquietud y apuros fueron grandes. Se le olvidó cerrar la puerta de la calle, y tuvo que subir a Mauricio en brazos, a tientas, por aquella escalera desconocida, evitando hacer ruido, por miedo de que acudiera gente. Al llegar arriba, se perdió en los pasillos, tuvo que dejar al herido en el suelo y buscar la puerta, encendiendo fósforos que, por una feliz casualidad, llevaba en el bolsillo. Por fin acostó al herido en la camita de hierro, enfrente de la ventana, la cual abrió de par en par, porque necesitaba aire y luz. Cayó de rodillas delante de la cama, sollozando, rendido y sin fuerzas, dominado por el horrible pensamiento de que había matado a su amigo.

Al cabo de un rato se encontró de repente con que estaba allí Enriqueta. Esto no le sorprendió; al contrario, le pareció lo más natural del mundo. Ni siquiera había visto entrar a Enriqueta; quizás estaría allí hacía ya tiempo. La miraba agitarse calurosamente impresionada al ver a su hermano sin conocimiento, ensangrentado. Juan se serenó un poco y preguntó:

—Diga usted, ¿ha vuelto usted a cerrar la puerta de la calle?

Ella, toda trastornada, contestó afirmativamente con una señal de cabeza; en seguida le alargó las manos. Juan se las cogió y dijo:

—Yo soy quien le ha matado... ¿sabe usted?

Ella no le entendía, no le creía.

—Pues sí... yo he sido, allá en una barricada... Él era de un partido, yo de otro...

Las manitas temblaron.

—Estábamos como borrachos, ya no sabíamos lo que hacíamos... Yo soy quien le ha matado...

Entonces, Enriqueta retiró las manos, estremecida, pálida, mirando a Juan con ojos asustados. ¡Dios poderoso! ¿Se habría concluido todo y no habría de sobrevivir nada en su corazón destrozado? ¡Ah! aquel Juan, de quien se había acordado aquella misma noche, esperando volver a verle. Y él era quien había hecho aquella cosa atroz, y acababa, sin embargo, de salvar otra vez a Mauricio, puesto que él era quien lo había llevado allí, corriendo tantos riesgos. Enriqueta puso la última esperanza de su corazón en una frase:

—¡Le curaré, es preciso que le cure!

Durante sus largas vigiliias en el hospital de sangre de Remilly había adquirido mucha práctica en curar heridas. Y desde luego quiso reconocer las de su hermano, a quien desnudó sin que él saliese de su desmayo. Cuando le quitó el vendaje improvisado por Juan, él se movió, dio un quejido, abriendo mucho los ojos, y conoció a su hermana.

—¿Estás ahí? ¡Cuánto me alegro de verte antes de morir!

Enriqueta le hizo callar con un ademán de confianza.

—¡Yo no quiero que te mueras! ¡Quiero que vivas!... No hables más...

Pero después que hubo reconocido la herida, se quedó triste y sintió ganas de

llorar. Registró la habitación, consiguió encontrar un poco de aceite, desgarró camisas viejas para hacer vendas, mientras que Juan bajaba a buscar un cántaro de agua. El pobre Juan la miró lavar las heridas, curarlas diestramente, sin atreverse a decirle ni una palabra, incapaz de ayudarla, consternado, aniquilado. Viendo lo inquieta que estaba se ofreció a ir a buscar un médico. Pero Enriqueta no había perdido la serenidad. ¡No, no! ¡Un médico cualquiera... no! Podía denunciar a su hermano. Se necesitaba un hombre de confianza. No había peligro en esperar unas horas. Como Juan dijese que tenía que ir a incorporarse a su regimiento, quedó convenido entre los dos que en cuanto él pudiera escaparse volvería con un cirujano.

Juan no se marchó en seguida. Parecía que no podía resolverse a salir de aquella habitación. La ventana seguía abierta. Y desde su cama, con la cabeza alta, el herido miraba, en tanto que Juan y Enriqueta dirigían también sus miradas a lo lejos, en medio del pesado silencio que había acabado por abrumarle.

Desde aquella altura del cerro de los Molinos, veían la mitad de París, primero los barrios del centro, desde la calle de San Honorato hasta la Bastilla, después todo el curso del Sena, la orilla izquierda, un mar de tejados, de copas de árboles, de campanarios, de cúpulas y de torres. Era ya de día; la abominable noche, una de las más horrorosas de la historia, había cesado. Pero, a la límpida claridad del sol naciente, los incendios continuaban. En frente, se veía el palacio de las Tullerías que seguía ardiendo, el cuartel de Orsay, los palacios del Consejo de Estado y de la Legión de Honor, cuyas llamas no brillaban tanto como por la noche. Más allá de la calle de Lila y de la calle de la Barca debían estar ardiendo otras casas, porque de la encrucijada de la Cruz Roja, y todavía más lejos, de la calle de Nuestra Señora de los Campos, subían columnas de chispas. A la derecha se extinguían los incendios de la calle de San Honorato, mientras que hacia la izquierda, en el Palais Royal y en el Louvre nuevo, no se propagaban unos incendios tardíos. Pero lo que Juan y Enriqueta no se explicaron desde luego, fue una gran humareda negra que el viento del Oeste llevaba hasta debajo de la ventana. Desde las tres de la mañana estaba ardiendo el Ministerio de Hacienda, sin llamas altas; se consumía en espesos remolinos de hollín, tanto era lo que se comprimía, en aquellas oficinas de techos bajos, la inmensa acumulación de papelotes. Y aunque ya habían cesado la impresión trágica de la noche y el espanto de una destrucción total, quedaba una tristeza desesperada, con aquella espesa humareda cuya nube seguía extendiéndose y que no tardó en obscurecer el sol.

Mauricio, que empezó otra vez a delirar, murmuró:

—¿Está ardiendo todo? ¡Cuánto tarda!

A Enriqueta se le saltaron las lágrimas, como si su infortunio se hubiera aumentado con aquellos desastres inmensos, en los que había tomado parte su hermano, y Juan, que no se atrevió a darla la mano, ni a abrazar a su amigo, se marchó entonces haciendo un ademán de desesperación.

—¡Hasta luego!

No pudo volver hasta por la noche. A pesar de su gran inquietud estaba contento: su regimiento había quedado en reserva y recibido la orden de guardar el barrio, de suerte que él, vivaqueando con su compañía en la plaza del Carrousel, esperaba poder ir todas las noches a saber cómo seguía el herido. Y no volvía solo. Había encontrado por una casualidad al antiguo médico mayor del 106.º, a quien llevaba por no haber podido encontrar otro y porque en medio de todo, aquel hombre terrible, con su cabeza de león, era un buen hombre.

Cuando Bouroche, que no sabía quien era el herido y que iba gruñendo por haber subido tantas escaleras, comprendió que tenía delante de sí a un comunista, se puso furioso:

—¿Se están ustedes burlando de mí? ¡Forajidos que se han cansado de robar, de asesinar y de incendiar!... ¡Yo me encargo de curar a este, haciendo que le metan en la cabeza cuatro onzas de plomo!

Pero al ver a Enriqueta tan pálida, con su magnífica cabellera rubia tendida por la espalda, se calmó de repente:

—Es hermano mío. Ha sido del regimiento de usted y estuvo en Sedan.

El médico no contestó, quitó el vendaje de las heridas, las reconoció sin decir nada, sacó de sus bolsillos unos frasquitos y practicó la cura, enseñando a Enriqueta como había de arreglarse. Después preguntó bruscamente al herido:

—¿Por qué te has ido con esos pillos? ¿Por qué has hecho una porquería como esa?

Mauricio le estaba mirando, sin decir nada, desde que había entrado.

—¡Porque hay demasiadas iniquidades, y demasiada afrenta! —le contestó.

Bouroche hizo un ademán, como para decir que con semejantes ideas no podía hacerse nada bueno. Fue a hablar, pero se contuvo. Y se marchó, diciendo únicamente:

—Volveré.

Al salir, manifestó a Enriqueta que no se atrevía a responder de nada. Estaba interesado el pulmón. Podía declararse una hemorragia que mataría al herido.

Cuando Enriqueta volvió a entrar en la habitación, hizo un esfuerzo para sonreír, a pesar del golpe que acababa de recibir en medio del corazón. ¿No había de salvar a su hermano, no había de evitar la eterna separación de los tres que estaban allí reunidos con el ansia de vivir?

Pero, cediendo a su excitación febril, Mauricio hacía preguntas a Juan. Este no decía todo, no quería hablar de la cólera furiosa que sentía París contra la Commune agonizante. Estaban ya en miércoles. Desde el domingo por la noche, la gente estaba metida en los sótanos, temblando de miedo; y cuando se arriesgó a salir, el miércoles por la mañana, se exasperó terriblemente al ver las calles desempedradas, los escombros, la sangre, y, sobre todo, los incendios. El castigo iba a ser tremendo. Se registraban las casas, se entregaba a las tropas la gente sospechosa que se cogía en ellas. Aquel día, a las seis de la tarde, el ejército de Versalles era dueño de la mitad de

París, desde el parque de Montsouris hasta la estación del Norte. Y los últimos individuos de la Commune, unos veinte, habían tenido que refugiarse en la alcaldía del undécimo distrito, boulevard Voltaire.

Hubo un rato de silencio. Mauricio murmuró:

—En fin, la cosa marcha, París sigue ardiendo.

Era verdad. El resplandor de los incendios enrojecía, de nuevo el cielo. Por la tarde, cuando voló con horroroso estruendo el polvorín del Luxemburgo, corrió la voz de que acababa de hundirse el Panteón. Durante todo el día habían continuado ardiendo los palacios de las Tullerías y del Consejo de Estado y el ministerio de Hacienda. Enriqueta había tenido que cerrar muchas veces la ventana, porque una infinidad de papeles quemados revoloteaban por el aire y caían en menuda lluvia. Todo París quedó cubierto de ellos; algunos fueron a parar a Normandía, a veinte leguas. Y no eran ya solo los barrios del Oeste y del Sur los que ardían, las casas de la calle Real, las de la encrucijada de la Cruz Roja y de la calle de Nuestra Señora de los Campos: toda la parte oriental de la ciudad parecía incendiada; la inmensa pira de las Casas Consistoriales obstruía el horizonte con una hoguera gigantesca. Y también estaban ardiendo el Teatro Lírico, la alcaldía del cuarto distrito, y más de treinta casas de las calles inmediatas; sin contar el teatro de la Porte Sant Martín, situado en la parte del Norte, el cual ardía aislado, como una hacina, en el fondo de los campos tenebrosos. Se ejecutaban venganzas particulares, y quizás también cálculos criminales para destruir expedientes de importancia y legajos de causas. No era cuestión de defensa, de detener con el fuego a las tropas vencedoras; lo único que dominaba era la demencia. El Palacio de Justicia, el Hospital General, Nuestra Señora se habían salvado por casualidad. Destruir por destruir, enterrar bajo las cenizas de un mundo a la humanidad podrida, con la esperanza de que surgiese una sociedad nueva, inocente y feliz, en pleno paraíso terrestre de las leyendas primitivas.

—¡Lo que es la guerra, esa maldita guerra! —dijo Enriqueta, contemplando el pavoroso espectáculo de los incendios.

¿No era, en efecto, el último acto, la locura de la sangre que había germinado en los campos de batalla de Sedan y de Metz, la epidemia de destrucción producida por el sitio de París, la crisis suprema de una nación en peligro de muerte, en medio de las matanzas y de los hundimientos?

Pero Mauricio, sin separar la vista de los barrios que ardían, balbuceó lentamente, con esfuerzo:

—No, no maldigas la guerra... Es buena, está haciendo su obra...

Juan le interrumpió con una exclamación de rencor y de remordimiento:

—¡Dios santo! ¡Cuando te veo ahí, y sé que es por culpa mía!... ¡La guerra es una barbaridad, no la defiendas!

El herido murmuró:

—Tal vez sea necesaria esa sangría. La guerra es como la vida; no puede existir sin la muerte.

Y Mauricio cerró los ojos, fatigado por el esfuerzo que había hecho para pronunciar aquellas palabras. Enriqueta hizo una seña a Juan para que no discutiese. Y ella sentía una irritación profunda contra los padecimientos humanos, a pesar de su calma de mujer delicada y tan valiente, con su límpida mirada en la que revivía el alma heroica del abuelo, el héroe de las leyendas napoleónicas.

Pasaron dos días, el jueves y el viernes, en medio de los mismos incendios y de las mismas matanzas. No cesaba el fuego de artillería; las baterías de Montmartre, de las que se había apoderado el ejército de Versalles, cañoneaban sin descanso a las que habían establecido los federales en Belleville y en el cementerio del Padre Lachaise, y estas últimas arrojaban proyectiles a París. En la calle de Richelieu y en la plaza Vendôme habían caído granadas. El 25 por la noche toda la orilla izquierda quedó en poder de las tropas. Pero, en la orilla derecha, seguían resistiéndose las barricadas de la plaza del Château-d'Eau y de la plaza de la Bastilla. Eran dos verdaderas fortalezas, defendidas por un fuego terrible, incesante. Al anoecer, cuando se dispersaron los últimos individuos de la Commune, Delescluze cogió su bastón y como quien va de paseo, se fue tranquilamente hasta la barricada del boulevard Voltaire, donde murió como un héroe. Al amanecer del día siguiente, 26, fueron tomadas las plazas del Château d'Eau y de la Bastilla. Los comunistas, reducidos a un puñado de valientes, no ocupaban ya más que la Villette, Belleville y Charonne, resueltos a morir.

El viernes por la noche, al ir Juan desde la plaza del Carrousel a la calle de los Orties, presencié en la calle de Richelieu una ejecución que le dejó trastornado. Desde la antevíspera actuaban dos consejos de guerra, uno en el Luxemburgo y otro en el teatro del Châtelet. Los sentenciados por el primero, eran pasados por las armas en el jardín, mientras que los del segundo, eran conducidos al cuartel Lobau, donde había piquetes permanentes que los fusilaban casi a boca de jarro. Allí fue, sobre todo, donde la matanza tomó proporciones aterradoras: hombres, muchachos, sentenciados por un indicio, por tener las manos ennegrecidas por la pólvora, o por llevar zapatos de munición; inocentes denunciados falsamente, víctimas de venganzas personales, clamando justicia, sin conseguir que les escuchasen; rebaños arrojados en montón bajo los cañones de los fusiles, tantos infelices a un tiempo, que no había balas para todos y era preciso rematar a culatazos a los heridos. Todo el día estaban saliendo del cuartel carros cargados de cadáveres. Y en la ciudad conquistada, al azar de los arrebatos de furia vengadora, se hacían otras ejecuciones delante de las barricadas, contra las paredes de las calles desiertas, en las gradas de los monumentos. Así era como Juan había visto a unos vecinos del barrio llevando a una mujer y a dos hombres al cuerpo de guardia del Teatro Francés. Los paisanos demostraban más ferocidad que los militares; los periódicos que habían vuelto a publicarse, excitaban al exterminio. Una multitud enfurecida se encarnizaba con la mujer a la que acusaban de ser una de las petroleras que, según se decía, andaban de noche echando en los sótanos latas de petróleo ardiendo. Se aseguraba que aquella

acababa de ser sorprendida en el momento de agacharse delante de un respiradero de la calle de Santa Ana. Y a pesar de sus protestas y de sus lamentos, la arrojaron con los dos hombres a una trinchera de barricada, y allí se les fusiló como lobos cogidos en un cepo. Unos transeúntes se pararon a mirar, entre ellos una señora con su marido; y un pinche de cocina que pasaba con una cesta en la cabeza, se puso a silbar un toque de caza.

Juan, helado de espanto, apretó el paso. De pronto, tuvo un recuerdo. ¿No era Chouteau, el antiguo soldado de su escuadra, a quien acababa de ver con la honrosa blusa blanca de obrero, presenciando el fusilamiento con ademanes de aprobación? ¡Y él sabía que Chouteau era un bandido, traidor, ladrón y asesino! Estuvo a punto de volver atrás, de denunciarle, de hacer que le fusilasen sobre los cadáveres de los otros tres. ¡Ay! ¡Qué cosa tan triste es ver como los más culpables se libran del castigo, como se pavonean con su impunidad, mientras que los inocentes se pudren debajo de tierra!

Enriqueta al oír el ruido de pasos, había salido a la meseta de la escalera.

—Tenga usted prudencia... Hoy está sumamente excitado... El doctor ha vuelto, me ha quitado las esperanzas.

Efectivamente, Bouroche había meneado la cabeza. No podía prometer nada. Acaso la juventud del herido triunfase de los accidentes que él temía.

—¡Ah! eres tú —dijo Mauricio en cuanto vio a Juan—. Te esperaba. ¿Qué sucede? ¿Cómo anda eso?

Y recostado en las almohadas, frente a la ventana, señalando a la ciudad, otra vez iluminada por el resplandor de los incendios:

—Ya vuelve a empezar la función. París está ardiendo y esta vez es todo él.

Desde el anochecer el incendio de la Alhóndiga alumbraba los barrios lejanos. En el palacio de las Tullerías y en el del Consejo de Estado, habían debido desplomarse los techos, avivando el fuego con las vigas que se consumían, porque de cuando en cuando salían llamas y chispas. Hacía tres días que en cuanto anochecía empezaban de nuevo los resplandores, como si las tinieblas atizasen el fuego. ¡Ah! ¡Ciudad infernal, que se enrojecía por la noche, encendida para toda una semana, alumbrando con sus antorchas monstruosas las noches de la semana sangrienta! Y aquella noche, cuando se quemaron los almacenes de la Villette, fue tan vivo el resplandor sobre la ciudad inmensa, que esta parecía estar ardiendo por los cuatro costados.

—Se acabó —repitió Mauricio—, ¡París está ardiendo!

Se excitaba con estas palabras, repetidas veinte veces en una necesidad febril de hablar, después de la pesada somnolencia que le había hecho estar casi mudo durante tres días. Pero un ruido de sollozos contenidos le hizo volver la cabeza.

—¿Qué es eso, Enriqueta?... ¡Tú, tan valiente... lloras porque voy a morirme!

Ella le interrumpió con viveza:

—¡Pero como no te morirás!

—¡Sí, sí, es mejor... No se perderá mucho con que yo me muera! ¡Te he dado

tantos disgustos, he costado tan caro a tu corazón y a tu bolsillo!... Hubiera tenido mal paradero. ¿Quién sabe? Una cárcel... un...

Enriqueta volvió a interrumpirle con violencia.

—¡Calla!, ¡calla!... Bien lo has pagado todo.

Mauricio se quedó pensativo por un instante.

—¡Cuando me muera, sí! ¡Ay! Juan, ¡qué favor tan grande nos has hecho a todos, con darme el bayonetazo!

Pero Juan, con los ojos arrasados en lágrimas, protestó también:

—¡No digas eso! ¡Quieres que me rompa la cabeza contra la pared!

Mauricio continuó:

—Acuérdate de lo que me dijiste al día siguiente de Sedan; que no venía mal recibir de cuando en cuando una buena paliza... Y añadiste que, cuando se tenía algo podrido, un miembro averiado, valía más cortarlo, echarlo al suelo de un hachazo, que irse muriendo a pedazos... Muchas veces me he acordado de aquellas palabras, cuando me he visto solo, encerrado en este París maldito. ¡Pues bien! Yo soy el miembro podrido que tú has cortado...

Su exaltación iba en aumento; no escuchaba las súplicas de Enriqueta y de Juan, aterrados. Y siguió hablando con una vehemencia febril, abundante en símbolos, en imágenes brillantes. La parte sana de Francia, la razonable, la bien equilibrada, la campesina, era la que suprimía a la parte pervertida, exasperada, maleada por el Imperio, extraviada por los ensueños y por los goces, y había tenido que cortar su misma carne, como si se arrancase el alma, sin saber bien lo que hacía. Pero el baño de sangre era necesario y de sangre francesa; un holocausto tremendo, un sacrificio vivo en medio del fuego purificador. El calvario había subido hasta la más espantosa de las agonías; la nación crucificada pagaba sus culpas e iba a renacer.

—Juan, tú eres el bueno y el fuerte... ¡Anda, coge la azada, coge la llana! ¡Labra el campo, reedifica la casa!... ¡Has hecho bien en matarme porque yo era la úlcera que corroía tus huesos!

En medio de su delirio, Mauricio quería levantarse, asomarse a la ventana:

—París está ardiendo, no va a quedar nada... ¡Ah! esas llamas que se lo llevan todo, que todo lo curan, yo las he deseado... ¡Bien trabajan, bien! Dejadme levantar, dejadme acabar la obra de humanidad y de libertad...

Le costó a Juan un trabajo ímprobo sujetarle en la cama, mientras que Enriqueta, desconsolada, le hablaba de su infancia, le suplicaba que se calmase. Y, sobre París inmenso, se había extendido más el resplandor; la mar de llamas llegaba a los límites tenebrosos del horizonte; el cielo era como la bóveda de un horno gigantesco, calentado al rojo claro. Y en aquel resplandor de los incendios, las espesas humaredas del Ministerio de Hacienda, que seguía ardiendo sin echar llamas, pasaban en una sombría y lenta nube de luto.

Al día siguiente, sábado, tuvo Mauricio una mejoría repentina: estaba mucho más tranquilo, la calentura había disminuido; y fue para Juan una gran alegría el encontrar

a Enriqueta risueña, reanudando el ensueño de la intimidad de los tres en un porvenir de felicidad todavía posible, que ella no quería precisar. ¿Iría a cesar la mala suerte? Enriqueta pasaba los días y las noches sin salir de aquella habitación, donde su dulzura activa de cenicienta, sus cuidados suaves y silenciosos ponían una especie de caricia continua. Y aquella noche Juan estuvo más tiempo al lado de sus amigos. Las tropas habían tomado a Belleville y las Buttes Chaumont... Únicamente se resistía ya el cementerio del Padre Lachaise, transformado en un campo atrincherado. Juan daba todo por concluido; hasta aseguró que ya no se fusilaba a nadie. Habló de las conducciones de los prisioneros a Versalles. Por la mañana había encontrado una en los muelles; hombres con blusa, con gabán, en mangas de camisa, mujeres de todas edades, niños menores de quince años, un montón movedizo de miseria y de rebeldía empujado por soldados, y al cual se recibía en Versailles con silbidos, bastonazos y paraguazos; al menos así se decía.

Pero el domingo Juan se horrorizó. Era el último día de la semana terrible. Desde la salida triunfal del sol, en aquella mañana del día de fiesta, Juan sintió pasar el estremecimiento de la agonía suprema. Hasta entonces no se supo que el miércoles habían sido fusilados en la cárcel de la Roquette el arzobispo, el párroco de La Magdalena y otros muchos de los detenidos en rehenes por los comunistas; que el jueves habían sido cazados a tiros, como liebres, los dominicos de Arcueil; y que en el sector de la calle Haxo se había hecho el viernes una matanza de cuarenta y siete personas, entre las cuales había sacerdotes y gendarmes. Al saberse aquellos horrores, se apoderó de todo el mundo un furor de represalias. Las tropas fusilaron en masa a los últimos prisioneros que cogieron. Durante todo aquel domingo tan hermoso, no cesaron las descargas en el patio del cuartel Lobau, lleno de estertores, de sangre y de humo. En la Roquette fueron ametrallados en montón doscientos veintisiete infelices, cogidos al azar de la redada. En el cementerio del Padre Lachaise, bombardeado durante cuatro días, y al fin tomado, sepulcro por sepulcro, se fusiló a ciento cuarenta y ocho. Entre los doce mil infelices a quienes costó la vida la Comune ¡cuántos hombres de bien hubo por cada pillo! Decíase que había llegado de Versalles la orden de cesar las ejecuciones. Pero, así y todo, se seguía matando, y Thiers iba a quedar como el asesino legendario de París, en su gloria de libertador del territorio; en tanto que el mariscal MacMahon, de quien había todavía en las paredes una proclama anunciando la victoria, era ya, únicamente, el vencedor del Padre Lachaise. Y París, asoleado y animado, parecía estar de fiesta. Un gentío inmenso llenaba las calleas; los paseantes iban a ver los escombros humeantes de los edificios incendiados, muchas madres, llevando de la mano a sus hijos, se paraban un momento a escuchar con interés el ruido sordo de las descargas del cuartel Lobau.

EL domingo por la tarde, después de puesto el sol, cuando Juan subió la escalera obscura de la casa de la calle de las Orties, llevaba el corazón oprimido por un presentimiento horrible. Entró, y en seguida vio el final inevitable. Mauricio muerto, ahogado por la hemorragia, como temía Bouroche. La roja despedida del sol se

deslizaba por la ventana abierta; dos velas ardían encima de la mesa, a la cabecera de la cama. Y Enriqueta, de rodillas, se deshacía en llanto. Al ruido, levantó la cabeza y se estremeció al ver entrar a Juan. Él, desesperado, iba a cogerle las manos, a mezclar su dolor con el de ella. Pero sintió trémulas las manos, comprendió que la joven se apartaba de él para siempre. ¿No había acabado ya todo entre los dos? La tumba de Mauricio los separaba. Y él también cayó de rodillas y se echó a llorar.

Sin embargo, a los pocos instantes, habló Enriqueta.

—Yo estaba vuelta de espaldas, con una taza de caldo en la mano, cuando él dio un grito. No tuve tiempo más que para acudir, y murió, llamándome a mí, llamándole a usted, también a usted y echando una bocanada de sangre...

¡Su hermano, su Mauricio idolatrado, a quien ella había educado y salvado! ¡Su única afección, desde que había visto, en Bazeilles, el cuerpo de su pobre Weiss, acribillado a balazos! ¡Iba a quedar sola en el mundo, viuda, sin tener a nadie que la quisiera!

—¡Ay! —exclamó Juan—. ¡Yo tengo la culpa!... ¡El pobre muchacho, por quien hubiera dado yo la vida... y le he matado!... ¿Qué va a ser de nosotros?... ¿Me perdonará usted alguna vez?

Y, en aquel instante, se encontraron sus ojos, y los dos quedaron aterrados con lo que en ellos leían claramente. Evocábase el pasado, la habitación escondida de Remilly donde habían transcurrido días tan tristes y tan tranquilos. Él volvía a encontrar su ensueño, inconsciente al principio, apenas formulado después: la vida en Remilly, un casamiento, una casita, una heredad cuyo cultivo bastaría para proporcionar el sustento a una pareja buena y modesta. Juan tenía la seguridad de que, con una mujer como Enriqueta, tan cariñosa, tan activa, la vida hubiera sido una verdadera existencia paradisiaca. Y ella, a quien no había turbado antes aquel ensueño, veía ahora, lo comprendía todo, de repente. Ella misma, sin saberlo, había deseado aquel casamiento. Amaba a aquel hombre, a cuyo lado no había encontrado al principio más que consuelos. Y las miradas de los dos se decían eso, y no se amaban abiertamente, en aquel momento, sino para la despedida eterna. Se necesitaba todavía aquel horrible sacrificio. La felicidad de ambos, que era posible la víspera, se hundía hoy con lo demás, arrastrada por la oleada de sangre que había matado a Mauricio.

Juan se levantó trabajosamente.

—¡Adiós!

Enriqueta permaneció inmóvil.

—¡Adiós!

Pero Juan se había acercado al cadáver de Mauricio, y miraba su frente despejada, que parecía más grande, su cara larga y delgada, sus ojos abiertos. Hubiera querido dar un beso en la frente a su muchacho, como le había llamado tantas veces; pero no se atrevía. Retrocedía ante el horror de la fatalidad. ¡Qué muerte aquella, en medio del derrumbamiento de un mundo! ¡En el último día, entre los últimos restos de la

Commune expirante, se había formado aquella grandiosa y monstruosa idea de la sociedad destruida, de París incendiado, del campo labrado y purificado para que en él naciese el idilio de una nueva Edad de Oro!

Juan, lleno de angustia, se volvió para mirar a París. El sol, al declinar, iluminaba la inmensa ciudad con un ardiente resplandor rojizo. Los cristales de las ventanas chispeaban, como atizados por fuelles invisibles; los tejados relumbraban, como capas de carbones encendidos; los trozos de pared, los altos monumentos, de color de moho, relucían con chisporroteo de hogueras, en el aire de la noche. ¿Y no era aquello la pieza final, el gigantesco bouquet de púrpura, París entero ardiendo como un bosque seco y desapareciendo entre llamas y chispas? Los incendios continuaban, se oía un rumor inmenso, quizás el estertor de los fusilados, en el cuartel Lobau, quizás la alegría de las mujeres y la risa de los niños, que comían, después de un buen paseo, a la puerta de las tabernas. De las casas y de los edificios saqueados, de las calles desempedradas, de tantas ruinas y de tantos sufrimientos, se exhalaba aún la vida, en medio del centelleo de aquella regia puesta de sol.

Juan tuvo entonces una sensación extraordinaria. Le pareció que por encima de aquella ciudad ardiendo, asomaba ya una aurora. Era, sí, el final de todo; un encarnizamiento de la suerte, una acumulación tan grande de desastres, que ninguna nación los había tenido mayores: ¡las derrotas continuas, las provincias perdidas, los miles de millones que pagar, las más espantosas de las guerras civiles ahogada en olas de sangre, montones de escombros y de cadáveres, perdidos el dinero y la honra, todo un mundo que era preciso reconstituir! Él mismo dejaba allí su corazón destrozado, Mauricio, Enriqueta, su vida dichosa arrebatada por la tempestad. Y, sin embargo, mas allá de aquel infierno, renacía la esperanza en el fondo del cielo sereno. Era el rejuvenecimiento seguro de la Naturaleza eterna, de la humanidad eterna, la regeneración prometida al que espera y trabaja; el árbol que echa nuevo ramaje después de cortadas las ramas podridas, cuyas hojas ponía amarillas la savia envenenada.

Juan repitió, sollozando:

—¡Adiós!

Enriqueta, con la cara tapada por las manos cruzadas, contestó sin levantar la cabeza:

—¡Adiós!

El campo estaba en barbecho, la casa estaba en el suelo; y Juan, el más humilde y el más dolorido, emprendió la marcha para el porvenir, para empezar la penosa cuanto sublime tarea de reconstituir a Francia.

FIN

NOTAS

[1] Apodo de Napoleón III. <<